

OBRAS PUBLICADAS POR ESTA BIBLIOTECA

Administracion: Angeles, 14.—Barcelona

SECCION CASTELLANA.

- Los Trabajos de Jesus**, por Fray Tomé de Jesús, consta de 3 tomos de 300 páginas cada uno á 15 rs. rústica y 18 media holandesa.
- La Conversion de la Magdalena**, por Malon de Chaide, consta de 2 tomos á 10 rs en rústica y 12 en media holandesa.
- El Príncipe Cristiano**, del Padre Rivadeneyra, consta de 1 tomo de 380 páginas á 5 rs en rústica y 6 en media holandesa.
- El Filósofo Rancio**, del Padre Alvarado, consta de 6 tomos de 320 páginas cada uno á 30 rs. en rústica y 36 en media holandesa.
- Hechos políticos y religiosos del que fué Duque de Gandía San Francisco de Borja**, por el Padre Nieremberg; 3 tomos á 15 rs. en rústica y 18 en media holandesa.
- La providencia de Dios**, por D. Francisco de Quevedo.—Un tomo 5 rs. en rústica y 6 en media holandesa.
- El Orinoco Ilustrado**, por el Padre Gumilla, consta de 2 tomos de 300 páginas á 10 rs. en rústica y 12 en media holandesa.
- Historia de Gulpúzea**, del Padre Larramendi. Un tomo, 5 reales rústica y 6 en media holandesa.
- El Epistolario y la Victoria de la muerte**, del Beato Padre Orozco. Dos tomos, 10 rs. rústica y 12 en media holandesa.
- La Crotalogia**, del Padre Fernandez Rojas (Liseno). Un tomo, 5 reales rústica y 6 en media holandesa.
- Meditaciones devotísimas del amor de Dios**, por el P. Fray Diego de Estella. 2 tomos. 10 rs. rústica y 12 media holand.
- San Juan de la Cruz**.—Todas sus obras.—4 tomos 20 reales y 24 en media holandesa.
- Exómen de ingenios**, por Juan Huarte; un tomo, 5 rs. en rústica y 6 en media holandesa.
- Autos sacramentales**, de don Pedro Calderon de la Barca; un tomo 5 rs. en rústica y 6 en media holandesa.
- Vanidad del mundo** de Fray Diego de Estella. Tres tomos, 15 rs. rústica y 18 media holandesa.
- Pintor cristiano**, 3 tomos rústica, 15 rs., media holandesa. 18 rs.
- Imitacion de Cristo**, del Padre Francisco Arias; 5 tomos en rústica 25 rs.: media holandesa, 30 rs.

SECCION LATINA.

- In Quatuor Evangelistas Commentarii**. (Joan. Mal donati.) 10 tomos á 95 rs. en rústica y 105 en media holandesa.
- Patrologia Hispana. PP. Sæculi IV.** (DD. Paciani et Damasi Opera.—Faustini, Ossii, Potamii, Severi Majoricensis et aliorum Sedulii Opera.—Theodosii, Bachiarii et D. Phylastrii Opera.—Arzenci Opera.—Gaudenci Opera.—Luciferi Opera.)—Seis tomos. 87 rs. rústica 63 media holandesa.
- De Suavitate Del et Custodia Linguae**, de Beato Alonso de Orozco. Divididas en dos tomos, 19 rs. rústica y 21 media holandesa.
- Defensio Fidelitatis Catholicæ adversus Anglicanæ sectæ errores**, P. Franc. Suarez, S. J. Seis tomos, 57 rs. rústica y 63 en media holandesa.
- Cursus philosophiel**, regalis Collegii Salmaticensis Societatis Jesu, in tres partes divisi.—Auctore Ludovico de Lossada, eiusdem Societatis.—Diez tomos 95 rs. rústica y 105 media holandesa.

R-89

E-II

T-3

nº-10

GUERRAS DEL PALATINADO

Y DE

LOS ESTADOS BAJOS

TOMO PRIMERO.



Comisión Provincial de  
documentos - GRANADA  
BIBLIOTECA

Sala

C

Estanto

número

96

R: 502

326

78

)

---

*Con censura de la Autoridad Eclesiástica.*

---

R. 289

LA VERDADERA CIENCIA ESPAÑOLA.

---

**GUERRAS**  
DEL  
**PALATINADO**

Y DE LOS  
**ESTADOS BAJOS**

POR  
D. FRANCISCO DE IBARRA Y D. CÁRLOS COLOMA.

---

**TOMO PRIMERO.**

---

BARCELONA:  
IMPRENTA DE LA V. É H. DE J. SUBIRANA,  
CALLE DE LA PUERTA FERRISA, NÚM. 16.

1884.



---

---

Es propiedad de los Editores, que se reservan todos los derechos que por la ley les competen.

---

---

Á  
DON BALTASAR DE ZUÑIGA,

DE LOS CONSEJOS DE ESTADO Y GUERRA DE SU MAGESTAD, COMENDADOR MAYOR DE LEON EN LA ÓRDEN DE SANTIAGO Y AYO DEL PRÍNCIPE NUESTRO SEÑOR.

*Don Francisco de Ibarra.*

Contiene esta relacion que envio á V. E. toda la verdad posible; infalible no sé como pueda ofrecerse, considerada la fragilidad de los sentidos y ser forzoso al más presente y atento valerse del oido (en no pocas cosas), el más sujeto de todos á ser engañado. Pero, como ninguna historia se libró ya más de esta objecion, podré esperar no le será desagradable á V. E. (en tanto que no lo hace otro con la elocuencia que merece el sujeto) pasar los ojos por el fruto de su prudencia, pues ha sido la directora del reparo á tan eminentes males, no sólo encaminando en la embajada de Alemania la continuacion del Imperio á la casa de Austria con la eleccion de Ferdinando, sino despues (de este supremo consejo) el reparo de la rebelion de Bohemia, por medio de esta diversion, que tanta parte ha tenido en ello. Y si el haber tomado este cuidado acertare á ser de algun agrado á V. E. y parte de demostracion del reconocimiento de mis obligaciones, no quedará premiado con pequeño exceso. Guarde Nuestro Señor á V. E. con los acrecentamientos que merece y deseo.

De Kierberg, á 20 de Enero de 1621.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

RECORDS

1910-1911

1912-1913

1914-1915

1916-1917

1918-1919

1920-1921

1922-1923

1924-1925

1926-1927

1928-1929

1930-1931

1932-1933

1934-1935



# LA GUERRA DEL PALATINADO.



## LIBRO PRIMERO.

Los sucesos que tuvieron las armas del rey don Felipe III nuestro señor, movidas en los Países Bajos el año 1620 contra el estado de Federico, conde y elector Palatino, injusto usurpador del reino de Bohemia, pretendo escribir, como testigo de la mayor parte de sus efectos, medroso de que el descuido de quien pudiera hacerlo mejor deje la verdad de estas cosas en manos de las relaciones de quien no las vieron, y por eso sujetas á los errores que contienen todas las historias á quien sucede esto, y, lo que es peor, la fama y premio de lo bien hecho expuesta á que la defraude el ódio, la afición ó la lisonja. Quisiera carecer de tales pasiones cuanto conviene á la pureza de la verdad, pero puesto que ninguno de los mortales pueda limpiar su ánimo cabalmente de semejantes afectos, que no pocas veces vencen aún sin dejarse reconocer, podré afirmar que de los tres sólo me recato de la afición, porque para incurrir en los otros era menester determinadamente perder el respeto á la verdad. Pero para peligrar en este, parece que las mismas virtudes (aún cuando las tuviera) y la buena inclinacion ayudan á errar principalmente en las acciones de la

propia nacion: afecto tan natural que apenas nadie supo separarse de él. Yo, pues, no me prefiero con imposible ofrecimiento á perfecta neutralidad; pero afirmo con toda verdad que la procuraré como la cosa más amada de mi natural y huiré de lo contrario como la más vituperosa en mi estimacion. Y ayudará no poco á esto tener entendido que, sin vituperio, un príncipe, un gran personaje y una nacion entera puede cometer yerros, que, pesados con otras virtudes y aciertos, le sean de poco perjuicio, antes bien de beneficio grande, estableciendo el crédito de lo loable; puesto que una continuada alabanza fué siempre no sólo sospechosa, sino convencida de falsa. Y aunque pudiera, y no sin razon (detenerme), saber cuánta es sensitiva y delicada la condicion de los poderosos, que entre infinitos loores apenas saben oír con tolerancia levísimos defectos, huiré este escollo con dos diligencias: callando mi nombre, como cosa que puede tener algunas conveniencias y ningun daño; y no metiéndome en los defectos de nadie, sino en los que de tal manera se ingirieren en estas acciones que directamente sean una parte de la verdad que se ha de referir. Que, aunque no es lo que ha ocasionado menor golosina de leer los historiadores y negociado una buena parte de su aceptacion, siempre me he persuadido á que en los escritores antiguos tuvo esto menos integridad que ellos pregonan, y que, si vivieran los interesados, pudieran mostrar que no gastan mucho menos tiempo en murmurar que en referir.

Diré, pues, ingénuamente lo que entendiere, y, procurando inquirir cuanto pueda las causas de los efectos que he de referir, confesaré que será fuerza ignorar muchas que la prudencia de los superiores encubre con invencible cuidado, puesto que por edad y cargo no me toca ninguna parte del gobierno y de los secretos de él; aunque por ambas cosas, lugar y aceptacion, no incapaces de ser informado medianamente. Mas antes de entrar en los límites de mi argumento, puesto que no será desviarme mucho de ellos, tomaré de más atrás la corriente y daré sumariamente un rasguño en el origen de la rebelion de Bohemia y la eleccion que aquellos pueblos hicieron de rey en la persona del Elector, hasta parar en las razones que movieron nuestras armas contra su estado. Sujeto, si la pasion de propio no me

engaña, digno de la memoria posterior sin dada. Y aunque, por la brevedad del país, no igual á la materia de otras historias, por la dignidad electoral conjunta á él, por ventura más importante y considerable que otros muchos más extendidos; y por la conexion de esta guerra con la de Bohemia, diversion enderezada sólo á la recuperacion de aquel importantísimo reino y sumamente necesaria á las cosas universales de la cristiandad (pues del fin de ella habia de seguirse ó el total exterminio de la religion católica en Alemania y las provincias adyacentes, uno de los mayores y más principales troncos de la jurisdiccion apostólica, ó la restauracion de todo esto por muchos años), considerable tambien mucho por la variedad de accidentes, por la mayor parte desviados del juicio comun y útil no menos por los ejemplos que dan estos sucesos de la fragilidad de las grandezas humanas y de cuán leves accidentes bastan á turbarlas.

Elegido, por muerte de Rodolfo II (que con grave perjuicio de su casa persistió en no casarse), Matías, su segundo hermano y primero de este nombre entre los emperadores romanos de occidente, con la remision y blandura de su condicion, rendida demasadamente á privados (peligroso escollo de la reputacion real y del acierto de su gobierno), mostró brevemente que las virtudes del hermano acompañadas de sus defectos eran más capaces de sostener el gobierno que su remision y mejor condicion. Tenia Rodolfo agudo ingenio y valor tal que su largo encierro, y haberse rendido á gustos que suelen anublar no poco el juicio, no le embarazaron á que por muchos años no conservase la reputacion que dignamente habia adquirido en los primeros de su imperio. Bastó esto para mantener las cosas en un estado quieto, hasta que su perseverancia en no casarse hizo discurrir más de lo que él quisiera en la necesidad de procurarle sucesor.

Fueron muchas las instancias que se le hicieron para que se casase ó tratase de esto, y aunque á la primera plática no le pudo ofender ni enojaba, dilatábala fácilmente con las pocas veces que se dejaba hablar; con lo cual caminaban los negocios tan lentamente que cada paso consumia años enteros, y así era fácil, sin concluirlos, no acabarlos y tener persuadidos los ministros á que la dilacion era per-

plejidad y no resolucion de no hacerlo. Lo segundo que se proponia era plática de muy poco gusto suyo, y así era fuerza tratarla menos veces y con mucho tiento; y aunque fué príncipe sumamente callado, no se dejó de rastrear que debió de reparar en que, habiendo de escoger sucesor entre sus hermanos, no se satisfacía de la suficiencia de Matías, y conociendo en Maximiliano, fuera de no poderse casar por el hábito teutónico, ninguna inclinacion á encargarse del imperio, era menester decender al archiduque Alberto, en quien se duda reconocia virtudes y talento muy á propósito; pero viéndole sin hijos tambien, y, á lo que dicen, no amándole lo que debiera, envidioso del casamiento de la infanta con la donacion de los Países y Estados bajos que él tanto deseó, inclinábase á él, segun se entiende, aún menos que á los otros: tanto es más poderosa en los pechos humanos la envidia que la obligacion. Todo esto, pues, le hizo, segun se cree, perseverar en su perplejidad hasta dejar la vida y el imperio en manos de Matías, que, sin podérsele estorbar, empezó á quitársele, despojándole de los reinos de Hungría y Bohemia antes de su muerte. Obtuvo despues de ella el imperio por eleccion, y gobernó de suerte que, tomando los de Bohemia por pretexto su remision, y, como decian ellos, la ambicion y avaricia del cardenal Griselio, gran privado suyo y dueño absoluto del gobierno, comenzaron á irse descubriendo ruines intenciones á tiempo que, por proveer á su sucesion (desconfiado de tener hijos), trataba de hacer elegir rey de Hungría y Bohemia á Ferdinando, archiduque de Austria, primo hermano suyo; como se efectuó despues, encaminándolo de parte del Rey católico y del archiduque Alberto sus embajadores y ministros, habiendo puesto los ojos en aquel príncipe, cuya proximidad, edad, virtud é hijos le destinaban necesariamente aquella dignidad, escalon necesario para el Imperio; no le apeteciendo para sí, como está dicho, por falta de sucesor, el archiduque Alberto, ni el Rey Nuestro Señor, por continuar el prudente acuerdo con que Carlos V dividió en dos ramos la casa de Austria, juzgando no necesario el Imperio para la grandeza del mayor en España, ni fácil de conservarse desde tan lejos, reservando esto al segundo, que habia de descender de su hermano Ferdinando en Alemania. Y así ni

el Rey lo pretendió, ni lo obtuviera por ventura fácilmente, por los celos que pudiera causar, ni (lo que es más considerable) le fuera de ningun provecho, antes de inconveniencias muchas, segun siempre se ha entendido, llevando en estas materias por pretension única continuar el imperio en la casa de Austria y con ordinarios vínculos de matrimonios renovar y perpetuar el parentesco y la amistad. Fué, pues, el último año de Matías, fortaleciendo y descubriéndose la máquina de los mal contentos, de manera que vino á parar en descubierta rebelion, aunque no comprendiéndose en ella ciudades ni pueblos, sino algunos nobles que la fueron continuando, creciendo sus fuerzas y esperanzas con varios sucesos, que por no ser del sujeto de mi argumento voy pasando.

Trataba entonces de remediarlo Ferdinando, muerto ya el emperador Matías, en Viena, á los 20 de Marzo del año de 1619, haciendo la guerra en su nombre Cárlos de Longaval, conde de Buscoy, general de artillería del Rey en Flandes y maestro de campo general del Emperador, caballero de valor personal, prudencia y experiencia militar dignas de su fortuna. Y aunque el Rey católico ponía la mayor parte de las fuerzas, y Ferdinando las que podía, no eran todas bastantes á tener más que alternadamente buenos y malos sucesos, porque el principal cuidado de aquel príncipe entonces estaba vuelto al suceso de la dieta, que fué tal como pudiera desearle, pues todos los electores, sin discrepar ninguno, y entre ellos, por medio de sus diputados, el conde Palatino, le elegieron y aclamaron Emperador romano, con todas las circunstancias acostumbradas y necesarias; habiendo precedido una grande instancia de parte de los Bohemios, que, juzgándose sin rey, pretendian tocarles el voto y dignidad electoral. La cual fué refutada por todos los electores y entre ellos los diputados del Palatino, declarando todos á Ferdinando elector como Rey de Bohemia y admitiéndole como tal en su convento. Y fenecido por él tan gran negocio, en que se le lució la ayuda y favor de España, volvió los pensamientos á asistir á lo necesario para la guerra, y habiendo obtenido gruesos socorros de Su Majestad de dineros y gente, últimamente por Mayo de 1619 se le envió de los países bajos uno, que constaba de 9000 hombres

infantes: los 6,000 valones en dos tercios, uno que quiso el mismo conde de Buscoy para sí y otro de que fué maestro de campo el conde de Henin y los tres mil alemanes, cuyo coronel fué el conde Juan de Nasao, y mil caballos á cargo del capitán Goxe, soldado viejo y de opinion, principalmente en la caballería y de nacion borgoñona. Acompañó esta gente otra tropa de mil caballos, levantada por cuenta del varon de Volstain en servicio del Emperador. Con este socorro substancial mucho y enviado á buen tiempo tuvo aquel año el conde de Buscoy algunos buenos sucesos, y despues, deshaciéndosele algo la gente, mal acudida de municiones y pagas, no pudo continuar los tales: bien que dejó el juicio de estas acciones á quien las vió y le tocó referirlas por menudo, que yo paso ligeramente, tocando sólo lo necesario á la inteligencia de lo que he de escribir.

Viéndose pues los Bohemios por este tiempo apretados y necesitados de ayudas forasteras, comenzaron á conocer que ningun cuerpo puede permanecer sin cabeza y que necesariamente cualquier género de gobierno ha de parar, aunque se le dé diferente nombre, en una especie de monarquía inevitable. Trataron de establecer sus cosas con algun apoyo que pudiese continuar su designio, que era eximirse de su rey y totalmente del ejercicio de la religion católica, por ventura primer fin de estas discordias y efecto inseparable á la herejía. Para esto, pretendiendo no haber concurrido en la eleccion de Ferdinando toda la libertad necesaria, considerábanse sin rey, y aunque la razon misma, y las que algunos bien intencionados daban, pudieran convencer todo lo que no fuera obstinacion, sordos ellos á todo buen discurso y atentos sólo al vano nombre de libertad (anzuelo de que los particulares ambiciosos se han servido siempre para quitársela á los mismos pueblos que ciegameente la pretenden), comenzaron á poner los ojos en algun príncipe no católico para hacerle su rey: el pueblo con esperanzas de obtener por su medio una durable paz y segura libertad en sus conciencias, y los nobles para perpetuar la guerra, dejándole sólo el nombre de príncipe con que cohonestar su rebelion y continuar sus ambiciones debajo de esa sombra. De tal calidad es la autoridad participada de tales manos, y tanta la ceguedad de la ambicion, que, por

sólo el nombre de rey, se resolvió el conde Palatino exponerse al odio y fuerzas de todos los príncipes católicos, bien que antes de venir á él intentaron otros sujetos que lo rehusaron. Créese que, aunque mozo, estuvo bien dudoso en resolverse, y que las continuas instancias de su mujer le apretaron harto, y dícese que, en medio de su duda, le dió en rostro alguna vez con «que pues habia tenido brio para casarse con una hija de un rey, era justo que no le faltase para serlo.» En un ánimo incitado de la ambicion no es buen consejero una mujer, en quien de ordinario esta pasion tiene, por frágil resistencia, no poca fuerza. Tambien se dice que le persuadió su tío el príncipe de Orange (1), ó porque pensase que podría prevalecer y quedarse con el reino, ó porque, aunque fuese á costa de algun peligro de su sobrino, deseaba comprar la conveniencia de tener embarazado al rey en una guerra nueva. Cuéntase que al pedirle su parecer el Palatino, respondió que era la primera vez que habia visto dudar en admitir una corona. Menos incentivos bastaban para precipitar la ambicion de un príncipe mozo. Aceptó en efecto la oferta de los Bohemios, y partiendo de su estado, sin perder tiempo, llegó á Praga, córte de aquel reino, donde de la mano de aquellos rebeldes recibió la corona con todas las ceremonias que si se la pusiera en la cabeza una muy jurídica eleccion.

Causó esta notable accion en todas partes los discursos que se puede pensar, procediendo en ellos cada uno segun su inclinacion y sus afectos. Quanto á la justificacion del Palatino, apenas los más apasionados osaban emprenderla; todavia se esforzaban á querer probar en primer lugar que la eleccion de Ferdinando era nula, por haber tenido, decian ellos, mucha parte de violencia, que despues habia dado muestra de no pensar guardarles enteramente sus privilegios á los no católicos; y otros, que pretendian fundar mejor su razon, alegaban que, aunque en la eleccion no hubiese defecto, habiendo en Ferdinando causas legítimas para deponerle, podian hacerlo los que lo habian elegido, y que éstas eran quebrantarles sus privilegios, como de hecho lo

---

(1) Mauricio de Nassau.

ejecutó, no permitiendo la libertad de conciencia y erigiendo nuevos templos de católicos, derribando los que ellos edificaban, y que, últimamente, siendo la conservacion de la religion caso que deroga todos otros respetos y obligaciones, veían muy bien que el emperador totalmente inclinado á los Padres de la Compañía, mortales enemigos suyos, habia de maquinár su ruina. Mostraban por otra parte los bien intencionados haber concurrido en la eleccion todo lo necesario, y, lo que es más, haber sido admitido Ferdinando en la dieta por Rey de Bohemia, tras haberse disputado si se podia tener por tal ó no, durante la contradiccion de sus vasallos para concurrir como elector en el convento de Francfort, y tras haberse consultado por todos los electores y por los diputados del mismo Palatino, fué declarado elector como Rey de Bohemia y admitido por tal. Despues de oidas y refutadas todas las razones apuntadas arriba, allegadas en aquella sazón por los Bohemios: ¿con qué pretesto puede, decian, revocar un príncipe su propia sentencía y usurpar el reino de aquel á quien juzgó él mismo que le tocaba? Si el vínculo de guardar lo que una vez se afirma se quita y deroga, ¿con qué seguridad se podrá contratar de aquí adelante entre los hombres? ¿Qué príncipe se ha de fiar de otro, ni qué diligencias bastarán á que se crea lo que se contrata? ¿Quién hasta ahora, de los que con mayor atrevimiento menospreciaron los derechos divino y humano, ha llegado á atropellar el natural, apenas ignorado en parte de los irracionales mismos? Claras eran harto las razones con que se reprobaba la resolucíon del Palatino, pero él, ó los que le pusieron en ello más tiempo, debían de gastar en especular si era útil y segura, que en apurar su justificacíon, aunque no dejaron de publicar algunos papeles procurándola, poco admitidos de los desapasionados; y entre otros uno, aunque en francés y hablando con aquel rey, impreso fuera de su reino y por persona que servía á otra república no católica, y, aunque él quiere mostrar que lo es, encubre poco cuidadosamente el no serlo, pues entre otras cosas que condena con grave exageracíon en el emperador Ferdinando es haber respondido á ciertas proposiciones de paz que se le hacían con condiciones perjudiciales á la religion, que le parecia mejor ser príncipe sin vasallos que permitirles otra que la suya.

He querido referir las formales palabras para que se vea qué graves y justificados cargos le hacen á este príncipe sus enemigos y rebeldes y en honra grande suya, pues lo calumnian de lo que puede justamente darle fama inmortal. A tales fundamentos aprueban su justificación los Bohemios, pero ya que en esto erraban tanto, no lo hacían en convocar ayudas y procurar alianzas. Fueron, como era de creer, estas diligencias mejor admitidas en Holanda que acerca de ningún otro príncipe, y parte llevados del ódio á la religion católica, y á la casa de Austria, parte de la autoridad del príncipe de Orange, ofrecieron toda ayuda al Palatino, y áun dicese que se alargaron á asegurarle que en su ausencia le guardarían su estado: con lo cual pudo él volverle el rostro y asistir personalmente en Praga para establecerse con la presencia que tanto importa áun en los dominios muy asentados.

Pudiera todo esto despertar el cuidado de los católicos menos celosos de la conservacion de la Iglesia, cuanto más el del rey, tan desvelado en asistirle en las más menudas ocurrencias; y así desde luego se comenzó á discurrir en los remedios necesarios á tan peligrosos males. Comprendía el cuidado casi á todos, especialmente al Sumo Pontífice, como cabeza universal de los fieles; pero habiendo de valer-se de los príncipes temporales bien afectos, tambien, como más interesados, los de la casa de Austria eran los primeros á tratar de los medios, recurriendo á las fuerzas y piedad del rey y á las del archiduque Alberto, sobre cuya gran prudencia estribaba la direccion de todo. Considerábase primeramente la calidad y cantidad de los enemigos, necesario principio para proporcionar con él los medios. Y empezando por los descubiertos, á quien en este caso más directamente tocaba este nombre, ofrecíanse en primer lugar los mismos Bohemios, entre los cuales habiendo empezado la conjuracion, comprendiendo algunos nobles, no más mal contentos, segun decian, de algunas cosas no muy difíciles de mitigar, abrasaba ahora todo el cuerpo casi universal del reino, en que apenas conservaba el Emperador parte considerable. Cuyo ejemplo seguido por los más de la Moravia, Silesia y Hungría, casi habian reducido las cosas más á necesitar conquis-

ta de nuevo que á movimientos y discordias civiles, pues todo era menester recuperarlo con armas forasteras: cosa que pedia tanto tiempo y dineros, como se deja considerar. Y volviendo los ojos á los que querian gozar de esta ocasion para encaminar la ruina de la casa de Austria, hallábanse no pocos, que, sin recatarse de mostrarlo, ayudarian á ello con todas sus fuerzas, y casi la mayor parte de los demás príncipes no católicos que secretamente asistirían á los intentos de los descubiertos, envidiosos de la grandeza de esta casa, y ansiosos por ver alguna vez el Imperio fuera de sus manos ó por lo menos las fuerzas con que le conservaban enflaquecidas, para que en lo porvenir siquiera quedase esto más posible; bien que siempre se esperó buena correspondencia del duque de Sajonia (1), el cual últimamente vino á declararse, aunque algo condicionalmente, por el Emperador. En los católicos se vió generalmente loable conformidad y pronto deseo de emplearse en causa tan justa cuanto necesaria á su propia conservacion. A la verdad en los electores era el interés tan grande, que apenas parecian otros más directamente interesados. Mostróse el duque de Baviera (2) luego harto deseoso de acudir pronta y eficazmente á la causa comun, aunque no faltaba quien temia que por ventura pudiera parecerle á propósito la revuelta de los tiempos para conservarse neutral, dudando de que los príncipes puedan mirar ninguna cosa antes que su provecho; si bien parecia en este caso que, áun en razon política, le era perniciosa al Duque la neutralidad, pues sólo le sirviera, segun se decia, de mejorar el partido de los herejes, émulos forzosos suyos y perder los católicos tan sus aficionados y á todos los príncipes de la casa de Austria, de quien ha sido siempre tan obligado y con quien tiene tan estrechos vínculos de parentesco; no habiendo llegado las cosas á términos, ni su partido á tal desfallecimiento, que se pudiese esperar su ruina, y es grande error irritar, aunque esté embarazado, un poderoso que puede volver á serlo. Echó, pues, el Duque entonces por mejor camino y manifestó así al

---

(1) Juan Jorge I, duque y elector de Sajonia.

(2) Maximiliano I.

Emperador como al Rey y al Archiduque la resolución con que estaba de asistir á la causa comun, metiendo en ello al Elector de Colonia (1) y príncipe de Lieja, su hermano. Fuése con estos buenos principios abriendo zanjás el edificio de establecer una liga católica y universal, y, aunque se fuese ajustando con felicidad, pareció bien que fuese sin llegar á publicaciones formales, por ir dirigiendo los disignios más cautamente, conformándose todos en renovar y confirmar la concordia tratada ya años antes (2).

Entre los demás discursos que se hacian comunmente sobre ei remedio de estas cosas, tuvo siempre grande aceptación el parecer de los que aconsejaban una gallarda diversion en el estado del Palatino. Alegaban en primer lugar, tomando la materia en comun, cuán eficaces suelen ser tales remedios y cuán recomendados de cuantos han escrito preceptos políticos, cuyos efectos suelen ser en extremo útiles y prontos, especialmente encaminados á parte tan sensitiva como los propios estados que se heredaron y poseen pacíficamente, pudiendo creer se le hará muy de mal á cualquiera que acomete lo ajeno é incierto perder lo propio y seguro. Añadíase por circunstancia importantísima que el estado que se acomete sea más breve y fácil de ganar que el de que se pretende desviar al enemigo, pues podia fácilmente sucederle haberle perdido y tener muy poco andado en la conquista de esotro. Y, descendiendo más al particular, se mostraba que la cualidad del sitio y de las plazas no necesitaban mucho tiempo de guerra, ni amenazaban gran defensa, puesto que no se ignoraba de que la habian de intentar los holandeses y príncipes protestantes, como tan interesados en ella; bien que la asistencia de Holanda se creía en forma auxiliar, sin romper la tregua que tenia con nosotros, por las utilidades que les traía: siendo la mejor manera de pronosticar lo que hará el enemigo especular lo que le conviene. Pero, aunque estas

(1) Ferdinando de Baviera, tercer hijo de Guillermo V.

(2) De Munich, á 10 de Julio de 1609.

razones tras las otras inclinaban á tratar de esta empresa, nunca se menospreció la dificultad della, de manera que no se cuidase de todas las que podia tener y de proporcionar con ellas los medios, de tal manera que antes sobrase que faltase todo lo necesario para el fin.

Tuvo este pensamiento, á lo que se cree, origen en el Archiduque, dándose cuenta dello á España. Y como negocio en que todos los buenos juicios concurrían, ayudando especialmente mucho la autoridad de tal autor, despues de conferido maduramente, quedó llano el primer punto: de que convenia. Pero tratando de encaminar la ejecucion, se comenzó á discurrir en los medios, y pareció comunmente á los que eran consultados en este punto que lo primero á que se debía atender, puesto que la diversion habia de hacerse desde el País bajo, por ser el estado más vecino del Rey, era aderezar las cosas de suerte allí, que, despues de la salida del ejército que iba fuera, quedasen otras tantas fuerzas como las que siempre se habian sustentado, sin que las que habian de salir llevasen otro cuidado sino el que los sacaba del país y nunca se viesen obligadas á volver, lo que no pudiera ser sin grave daño de lo que se intentaba y eminente peligro de aquellas provincias, estando ya la tregua en el último año y no siendo muy imposible hallar colores los holandeses con que romperla, ó por lo menos convenencias grandes que suelen hacerlo atropellar todo, fiando que el suceso excusaría la falta de fe, y que, como dijo un rebelde yendo al suplicio, « sólo es traidor quien se deja vencer. » Escribióse esto á España en esta forma y avisóse el dinero que podia costar la lleva y el sustento de todo; y aunque desde el principio habia ofrecido el Rey una buena parte, mostróse que era menester añadir más y conferir esto y otras circunstancias de la jornada. Envió el Archiduque á España á don Franciseo de Medina, capitán de caballos en aquel ejército, con órden de ayudarse en todo de don Pedro de Toledo, capellan mayor del Archiduque, á cuyo cargo estaban estos negocios desde su primer origen. Llegado á la corte y conferida entre ambos la comision, desde luego se admitió con grande aplauso la importancia della y parecieron los medios los que pedia el fin; pero en la provision del dinero no dejaron de ofrecerse dificultades causa-

das de la estrechez de la hacienda, que, aunque inmensa la de aquella monarquía, obligada á tan extendidos gastos, estaba poco alentada para acudir á otros extraordinarios.

Todavía habiendo propuesto los vireyes desde Italia algunos medios de este género, se concedió la añadidura que se pedia, y remitiendo al conde de Benavente (1), presidente de Italia, el cuidado de ponerlo en plática, se mandó á don Juan Vivas, embajador del Rey á la república de Génova, que en persona fuese á tratar estos negocios, dando luego de toda esta resolución parte al Archiduque y al marqués Ambrosio Spinola (2), para que con su acostumbrada solicitud y prudencia se empezase á tratar de las llevas. Y aunque tardó en empezar á venir el dinero, luego que se tuvo aviso de que se quedaba resolviendo en Madrid todo esto, buscando alguna cantidad anticipada para abreviar y ganar tiempo, en que tanto se interesaba, se comenzó á nombrar en Flandes los que habian de levantar la gente. Diósele al duque de Ariscot (3) un regimiento de tres mil alemanes, y otro al coronel Vaur (4), mandóse al conde Cristóbal de Emden que rehinchiese el suyo de alemanes viejos hasta el número de 3,600, y á monsieur de Gulssin (5), maestre de campo de infantería valona, que hiciese reclutas hasta igualar el tercio al número de 3,000 infantes, y lo mismo al baron de Balanson (6), el suyo de infantería borgoñona y patentes para llevar 4,200 caballos á 37 capitanes, los 600 en Borgoña y los demás en el País bajo. De Italia ordenó Su Majestad que bajasen á los Estados 10,000 infantes, toda soldadesca vieja, la mayor parte de ella entretenida por el duque de Osuna (7) en Nápoles, de donde habia de sacar el maestre de campo don Gonzalo Fer-

- (1) Juan Alonso Pimentel.
- (2) Ambrosio Spinola, marqués de los Balbases.
- (3) Felipe Carlos de Ligne, príncipe de Arenberg y duque de Aerschot.
- (4) Sebastian Bauer.
- (5) Maximiliano de Houchin, señor de Gulzin.
- (6) Claudio de Rye, baron de Balanson.
- (7) D. Pedro Giron, tercer duque de Osuna.

nandez de Córdoba 3,000 españoles, un tercio de 4,000 napolitanos, y de Lombardía otro de aquella nacion. Mandóse tambien venir de Portugal uno que habia levantado en aquel reino Diego Luis de Oliveyra, maestre de campo de él; y aunque el designio fué que tuviese 2,000 infantes, llegó á Flandes con pocos más de mil: donde habiéndose creído que se reformaran, pareció mejor dejarle en pié en lugar de uno de los tres viejos de españoles que habia de sacarse, haciendo tambien cuenta que el camino de conservar por ahora aquella gente, aunque poca, buena, seria dejarla en pié con las cabezas, á cuya devocion habian desamparado sus casas.

Llegaba todo el ejército así en papel, cuenta que raras veces sale cierta en la ejecucion, á 20,000 infantes y más de 4,000 caballos, sin cercenar del número de lo viejo más que cosa de dos mil, que á la sazón tenian los dos tercios de borgoñones y valones, y cualquiera que se sacase de españoles, poco más de mil. Y hacíase cuenta entonces (aunque despues pareció necesario dejar en Flandes más gente y llevar menos), que, dejando en su lugar el de portugueses y 2,000 valones fuera de regimiento en vez de los otros dos tercios dichos, y trocando el de alemanes del conde de Emden con uno de los nuevos, paraba todo en entrada por salida, como suele decirse.

Estando, pues, en los Países Bajos prevenidas las cosas en este estado y comenzadas á los primeros de Junio de 1620 las llevas, que solo habian de consumir un mes de tiempo (á costa del Archiduque el sustento de ellas, hasta salir), no correspondía la diligencia de enviar la gente en Italia á la que pedía todo lo demás y estar el verano tan entrado. Y aunque en el dinero se tenian dilaciones, á pocos dias despues de empezadas las llevas, envió el duque de Feria (1), gobernador á la sazón de Milan, 600,000 escudos, que alegraron mucho á los ministros, á quien tenia en harta perplejidad la dilacion desto; y poco despues remitió don Juan Vivas algo menos que 70,000 que le habian llegado de Nápoles, y avisó que se partía á solicitar lo de-

---

(1) Don Gomez Suarez de Figueroa y Córdoba.

más. Con que se comenzaron á cobrar seguras esperanzas de que todo lo tocante de este género tenia efecto, y así el mayor cuidado era entonces la dilacion de la venida de la gente de Nápoles, por saberse que en la córte se hacian diligencias para la prorrogacion del duque de Osuna en aquel cargo. El cual, aguardando el suceso desto, insistía en que el cardenal de Borja (1), nombrado de su Majestad para sucederle en él interin y llegado ya á Proxita, suspendiese el tomar posesion dél. Y habiendo llegado estas dificultades á más apretados términos de lo que parecia convenir, juzgábase al Duque tan embarazado en este negocio que no tendria tiempo ni desocupacion de apresurar estotro. Sobrevino despues otro que pudo ocasionar peores efectos y mayores dilaciones, habiéndose encendido en Nápoles ciertas diferencias entre el pueblo y la nobleza, cuestion ya otra vez vista en aquel reino, aunque no tan tumultuariamente. Y así estando ya la gente embarcada desde los tres de Junio, la volvió el Duque á tierra, en órden, segun debe creerse, á refrenar semejante movimiento. Pero, juzgando el Cardenal necesaria en tal caso su persona en Nápoles, apresuró su entrada para ayudar como decia en esta ocasion al Duque, que luego trató de su viaje á España, y el Cardenal del avio de la gente, quedando á los nueve embarcada toda, bien que della habia llegado á Luxemburgo, dias habia, un tercio de 2,000 napolitanos á cargo del marqués de Campo Latharo.

No se perdia tiempo entre tanto en Flandes, disponiendo el marqués Espinola con su acostumbrada diligencia todo lo necesario para la jornada, aunque obligado á nuevos cuidados, si bien antevistos desde el principio; porque movidos los Holandeses de las conveniencias y necesidad de defender al Palatino y hacer lo posible para que las armas del Rey no se extendiesen tanto en su vecindad, comenzaron de tratar de sacar en campaña un buen número de gente hasta 10,000 infantes y 2,000 caballos, á cargo del conde Enrique de Nasao, segun se comenzó á divulgar á los principios de Julio; á tiempo que por

---

(1) Don Gaspar de Borja.

la suspension de la venida de la gente de Italia estaban nuestras cosas no muy prontas. Que fué lo que debió de dar mayor motivo de desear anticiparse á los Holandeses con designio de presidiar y fortificar las plazas principales de aquel Estado (segun entonces se juzgó, pero despues se les descubrieron diferentes fines) y con eso hacernos la guerra más larga que de medio verano, que era sólo lo que quedaba de este año; pareciéndoles que, consumido lo que se habia juntado con no poco trabajo, por ventura nos ocasionaría mayores daños que provecho la jornada, siendo así que por la vecindad de sus riberas podian ellos en muy pocas dias atender á poner en defensa aquel estado. Y pues habemos llegado á hablar en él, seria bien hacer una breve y sucinta descripcion de sus límites y fuerzas.

Es el Palatinado del Rhin una provincia, aunque pequeña, de las más fértiles y pobladas de Alemania. Contiene algo más de 20 leguas de longitud, y de latitud poco más de doce; divídela casi por medio, en forma de diámetro, el Rhin, llamándose superior todo lo que está de otra parte, é inferior lo que de ésta. Considerándolo desde el País Bajo, fertilizánla con maravillosa espesura muchos rios, algunos harto grandes, los más principales, fuera del Rhin, la Mosela, el Meno, el Necher, el Nar (1) y al Lauter, que la atraviesan y cruzan por la parte siniestra viniendo desde Flandes. Hace (cuando se juntan con el Rhin cerca de Maguncia) uno como medio arco el Meno, atravesando por Francfort, ciudad imperial principalísima, y lo propio, siguiendo el mismo lado, el Necher á vista de Eidelberg (2), córte de aquel Estado, de manera que casi entre estas dos riberas le rodean y ciñen por aquella parte; y por la siniestra, apartándose del Rhin desde Vinguen (3), el Nar, atravesando á Cruzenach (4), hace otro medio círculo, que se desvía de la provincia no lejos de donde el Lauter, puede decirse, le continua hasta desaguar en el Rhin junto á Manen, plaza

- 
- (1) La Nahe.
  - (2) Heidelberg.
  - (3) Bingen.
  - (4) Kreuznach.

la más fuerte de aquel condado. Del cual baña tambien otro pedazo de la Mosela, ciñéndole desde cerca de Coblens hasta no lejos de Trevers, en cuyo espacio de tierra se contienen algunas villetas: entre ellas la más principal, especialmente si se considera la fortaleza del sitio, Trarbac (1), y otras no despreciables, de aquella parte de país llamado el Honstrunk (2), contenido entre la Mosela y el Nar. Es este Estado respecto de sus breves límites un pedazo de tierra harto estimable.

Cuéntanse en él, fuera de los villajes y castillos, cuarenta y ocho entre villas y burgos cercados, pudiendo, segun nuestro uso, responder las primeras á lo que en España llamamos ciudades, aunque no son muy grandes y los segundos á las villas, puesto que contienen calles y casas harto vistosas y bien formadas, y algunas veces nada inferiores á las otras entre las villas. Tiénese por la más principal Heydelberg, córte y asiento de aquel príncipe, situada, como se ha dicho, sobre el Necher, en sitio en extremo ameno y apacible. Tienen algunos ser ella la que Ptolomeo llamó Budoris, otros que Manem; memorable, entre otras cosas, por haber sido prision del Papa Juan III en el concilio de Constancia. Son sus contornos en extremo fértiles de vino, trigo, aceite y todo género de frutos, como todo lo restante del estado. En el año de 1546 fundó en ella Ruberto, conde Palatino, una universidad que floreció no poco en buenas letras y varones insignes, hasta que la herejía deste infelice siglo las corrompió el año de 1556, en tiempo de Otton Henrique, señor de aquel estado, que exterminó de todo él la religion católica, y puesto el cuchillo de las ciencias en manos del furor y ceguera de la impiedad, produjo sujetos ingeniosos y perniciosos al par.

Divídese toda esta provincia en cuatro perfecturas ó porciones: Heydelberg, la más principal, Albeyn (3), Neustat y Mostach (4); pero

- 
- (1) Trarbach.
  - (2) Hunsrück.
  - (3) Alzei.
  - (4) Mussbach.

estas dos villas últimas no son, aunque cabeza de partido, de igual dignidad á las primeras. Fuera de las cuales, hay, no de inferior tamaño, otras entre ellas: las más señaladas Fraquendal (1), Crusinach (2), Oppenheim y Keyssesluter (3), y, aunque no tan grandes, harto buenas, Bacharati (4), Trabach (5), Kirberg (6), Sobernein y Montingen (7). Esto, no contando algunas imperiales tan amigas y dependientes de aquel príncipe que casi se podían reputar por propias, y que en esta guerra han corrido para con nuestro ejército la misma cuenta como Vormes, Espira y Francfort.

Todavía no eran estas plazas tan fuertes que la mayor parte del dominio de ellas no dependiese del ser señor de la campaña, y para esto, conviniendo tanto á toda la faccion protestante conservarlas, hallándose tanto nervio de caballería, no se juzgaba le sería dificultoso ni poco necesario á los Holandeses el ayudar á presidirlas y fortificarlas, asistiendo á ello con las fuerzas y con el consejo, dándoles nuestra dilacion no poco tiempo para hacerlo. Pero á la verdad no se hallaban ellos demasiado libres de otros embarazos domésticos y miedos externos, que con facilidad pudiesen atender á todo; porque habiendo empezado algunos años antes á avivarse una gran disension entre los Gomaristas y Arminianos (sectas en que la mayor de aquellos pueblos se había comenzado á dividir), estaban en conocida discordia, y, por otra parte, en generales celos de la grandeza del príncipe de Orange, despues que, habiendo trazado la muerte de Benavelt (8), principalísimo ministro de aquella república, gran celador de su libertad (y por eso émulo aborrecido de Mauricio), había depuesto la mayor par-

- 
- (1) Frankenthal.
  - (2) Kreuznach.
  - (3) Kaiserslautern.
  - (4) Bacharach.
  - (5) Trarbach.
  - (6) Kirchberg.
  - (7) Monzingen.
  - (8) Juan Van Olden Barneveldt.

te de los magistrados de las villas, mudádoles á su devocion y crecido los presidios. Acciones todas de muchas sospechas. Y así no era tiempo de desmembrar sus fuerzas el de Orange y sacar aquellas con que teuia enfrenadas las villas y de que dependia su conservacion; pero imaginándose con caudal para todo ó deseando mostrarlo, aunque fuese incurriendo en algun peligro, trató por este tiempo de ir juntando este número de gente, segun se comenzó á divulgar, á cargo de su hermano el conde Enrique de Nassao, general de la caballería de los Estados, pareciéndole necesario no desamparar con su persona á Holanda y dejarla expuesta á los movimientos que era de creer fomentarian sus émulos en su ausencia.

Habíase desde que se empezó á pensar en la jornada, tratado de que de la gente que habia de quedar en el País Bajo se formase un ejército de hasta 10,000 infantes y 2,500 caballos á cargo de don Luis de Velasco, marqués de Velbeder, capitan general de la caballería, caballero de valor y experiencia militar, que por espacio de más de treinta años ha mostrado en las más principales ocasiones de estas guerras. Habia de hacer con esta gente plaza de armas junto á Wesel (1) y tomando puesto entre las riberas del Rhin y el Mosa, estar atento á los designios de los Holandeses y oponérseles. Los cuales, viendo ahora que gozando de nuestra forzosa dilacion podian (anticipándose á salir en campaña) ponernos en alguna perplejidad, comenzaron á tratar vivamente de ello. Con que hubo de nuestra parte pareceres que se comenzase á juntar desde luego el ejército que habia de quedar á cargo de don Luis de Velasco, pues la mayor parte constaba de la gente de estos Estados, sin que para ello hiciese notable falta la que venia, y que esto sólo bastaba á causar una gran confusion en los enemigos y la perplejidad que bastase á recuperarnos el daño de la dilacion; pues era de creer que sin duda repararian mucho en salir de sus casas y alejarse á guardar las ajenas, dejando ejército nuestro fuera tan pegado á sus fronteras, y que por lo menos esta du-

---

(1) Wesel.

da seria la que bastase á estorbar por ahora su entrada en el Palatinado, y mientras tanto tendria tiempo de llegar lo que venia de Italia, haciendo nosotros por este camino el mismo efecto que ellos pretendian con su anticipacion é hiriéndoles por los mismos filos de su prudencia.

Pero mientras se discurría en esto con ocasion de faltar nueva de la venida de la gente, llegó correo de Milan, en que avisaba el duque de Feria que ya la tenia toda en Lombardía, habiendo tambien añadido, como se lo habia mandado Su Majestad, el tercio de los Lombardos del Valon, soldadesca vieja la mayor parte y que, con la recluta que le habia mandado hacer, cumpliría el número de tres mil infantes. Alentó mucho esto al Archiduque, al marqués Espinola y á los demás ministros, á quien daban no poco cuidado estas dilaciones, que tanto suelen desbaratar y deslucir los designios más bien trazados, pendiendo de la celeridad de la ejecucion el fruto de cuanto dispone y trabaja la prudencia. Y así, sin perder tiempo, se comenzaron á ir disponiendo todas las órdenes necesarias para formar ambos ejércitos. Y habiendo entendido que las fuerzas que los Estados juntaban serian aún algo mayores de lo que al principio se pensó y con diferentes designios, fué menester tratar de aumentar algo las que se dejaban á don Luis, aunque fuese cercenando las que salian, que con la nueva añadidura de los 3,000 Lombardos habia al parecer para todo, entendiéndose á mediado Julio que se daban priesa en Holanda á levantar aquella milicia que llaman de media paga para dejarla de presidio en las villas. Son estos ciertos burgueses que, quedándose en sus casas, se alistan para guarnicion de sus propias patrias con un estipendio moderadísimo, y, no pudiendo tenerlos por seguro freno de los demás ciudadanos ni por bastante fuerza para defenderse de los enemigos, vienen á ser de poquísimo provecho para ninguna ocurrencia. Todavía, obedeciendo á las leyes de la necesidad, que no pide remedios perfectos, sino tolerables, parece por lo menos que sirven de alguna aparente seguridad, y no quedan las villas expuestas á cualquier leve tumulto.

No dejaba de conocer este peligro el príncipe de Orange y así se

entendió que ni iba satisfecho de lo que dejaba ni poco cuidadoso de lo que enviaria fuera. Y pensando que el acudir á la defensa del estado del Palatino no era remedio suficiente contra tantas fuerzas, pues no las tenia iguales para hacerles oposicion, ni los Estados, á lo que se cree y se ha dicho, mucha gana de romper la tregua, como sucediera fácilmente peleando con nuestras armas, aunque fuese con el pretexto de ayudar á un príncipe tan confederado y benemérito suyo, comenzaron á pensar, segun se tuvieron avisos por este tiempo, en buscarnos alguna diversion no menos importante que la que intentábamos. Y no pudiendo poner los ojos en cosa más confederada nuestra que el estado de Colonia ni más vecina suya y menos fuerte, iban, segun se conjeturaba y temia, haciendo amago á esta parte, presuponiendo poder sacar los 9,000 infantes y 2,000 caballos suyos y más de 3,000 ingleses que esperaban de Inglaterra, donde los quedaba levantando aquel Rey (1), como tan interesado en la proteccion de su yerno el Elector, aunque no dejaba de procurar satisfacer al conde de Gondomar (2), á la sazón embajador de España en su córte, por traer entre manos algunas negociaciones de parentesco que deseaba encaminar años habia con Su Majestad, en que se hallaban mayores imposibilidades que conveniencias.

Hizo pues este Rey que el varon de Boquingan (3), á la sazón su mayor privado y casi absoluto dueño del gobierno, escribiese al embajador de su parte que, habiendo sido requerido diversas veces de los príncipes de la union protestante para que les socorriese, jamás habia querido hacerlo ni á su yerno mismo, hasta que habiéndosele representado en su nombre, que pues en su reino permitia indiferentemente á todos los príncipes hacer levas por su dinero, como con efecto las habia hecho el Rey de España, los de Dinamarca y Suecia y los Holandeses más de ordinario, que le fuese lícito á él lo

---

(1) Jaime I.

(2) Diego Sarmiento de Acuña.

(3) Jorge Villiers, duque de Buckingham.

mismo, y que, habiéndolo mandado ver por su consejo de estado, parecía no poder excusarlo y así no habia podido dejar de permitirlo. Razones todas que era menester poco ingenio para convencerlas, pero las mismas leyes de estado, que las hacian decir, obligaban por estotra parte disimularlas; que, segun dijo un rey, era la sola ciencia de reinar. Presumiendo tambien que, por hallarse aquel príncipe menos sobrado de dinero y tener en las materias de la guerra no tanta experiencia ni inclinacion como otros, se procedería en esto no muy vivamente; y no se estaba con pocas esperanzas de que sería su socorro menos pronto y grande de lo que se divulgaba.

Con todo, creyendo de los Holandeses, que, á la verdad, disponen no con poca vigilancia y solicitud sus cosas, que no dejarían de pasar adelante en su pensamiento, como el más acertado que pudiera ocurrirles, ó que, ya que no ejecutasen cabalmente esta diversion, procurarian hacerla, sacando las fuerzas en campaña, con lo cual obligarian á hacerles equivalente oposicion, para en cualquier acontecimiento, fuese por acá trazando para ello la prevencion necesaria, pensando en dejar mayores fuerzas á don Luis. Y así desde luego se destinó el tercio del Valon y se hacia cuenta que podría sacar en campaña hasta 12,000 infantes y 2,500 caballos, la mayor parte gente vieja; la cual, ayudándose de la reputacion de tal cabeza, se juzgaba, y sin pasion, daría no poco en que pensar á los Holandeses. Y cuando bien continuasen en el designio que se sospechaba de acometer las tierras del Elector de Colonia, abria fuerzas con que no dejárselo ejecutar muy á su salvo; y aunque el pelear con ellos parecia en ofensa de la tregua, podia muy bien excusarse con ser en país ajeno y sobre defenderle á quien injustamente le invadian. Pero ellos, interpretando á su modo, créese que dirían que, por guardar religiosamente las treguas, dejaban de oponerse á nuestras armas en el estado del Palatinado, príncipe no menos devoto y aliado súyo que nuestro el de Colonia, y que debíamos hacer con él lo mismo: como si la causa de nuestra guerra con quien tenia tiranizado un reino al Emperador fuera tan poco justa como hacerla ellos á un príncipe que no les daba ninguna ocasion, antes bien en sus tierras, trances y alojamientos tan

continuos que no venian á servirse menos de ellas que de las suyas propias la mayor parte del año. Con todo eso no se creía llegaría don Luis á las manos con ellos, menos quedando toda esta ocasion, y que sería una de las cosas que llevaría más encargada del Archiduque, como príncipe á quien parecía el mayor interés cumplir su palabra. Todo esto se discurría por este tiempo, pero en la salida de su gente y la de don Luis sucedió lo que adelante se dirá.

Hallábanse las cosas, pues, en este estado á mediado Julio, disponiéndose de nuestra parte la masa de ambos ejércitos, sabiéndose que la gente de Italia caminaba á priesa, cuando un nuevo y no pensado accidente, bien que interpretado variamente, dió no poco que pensar. Era, como se ha apuntado, una de las más principales fuerzas de la liga católica las que tenía juntas el duque de Baviera, la mayor parte á su costa y lo demás á la de los electores y príncipes católicos. Constaba este ejército de más de 20,000 infantes y casi 5,000 caballos, y habiéndose trazado, desde el invierno antes, que se comenzaría á obrar lo más temprano que se pudiese, como el Duque se hallaba con dinero pronto y los demás coligados asistían de buena gana á la expedición, caminóse á priesa de manera en ella que á los fines de Mayo estaba todo en buen estado; y como de nuestra parte (sea por la remision que nuestros enemigos atribuyen al gobierno español ó porque en una monarquía tan extendida y obligada á repartir el cuidado y hacienda á tantas partes ningun negocio grande puede resolverse ni efectuarse con la celeridad que conviene) se fué incurriéndose unas dilaciones en otras procedidas de las causas que se han dicho, iba el Duque haciendo vivas instancias para que se apresurase la salida de este ejército, siendo el concierto que con él se tenía que, en moviéndose nuestras armas contra el Palatino, habían de hacer los suyos lo mismo contra los estados de los príncipes protestantes, como era el duque de Vithemberg (1) y los marqueses de

---

(1) Juan-Federico, duque de Würtemberg.

Anspach (1), Tournalach (2) y otros, que se hallaban con hasta diez y seis ó diez y siete mil infantes y más de 1,000 caballos. Y era el designio que á un mismo tiempo acometiera y entretuviera el Duque á ellos y nosotros, como se ha dicho, al Palatinado.

Estaba el duque de Sajonia tambien con un razonable ejército, declarado, como se ha apuntado, por el Emperador y habia de encaminarle, en viéndonos mover, tambien la vuelta de Bohemia. Con lo cual, á un mismo tiempo, habian de ser acometidos los herejes en Bohemia, en los estados de los príncipes sus fautores y en el del Palatino, principal motivo de estas discordias.

Estando, pues, ajustado esto en esta forma, iba el de Baviera llevando cada día más impacientemente la dilacion, á causa de tener todo su ejército alojado en su estado. Y cuando estaba más cerca de efectuarse todo, por hallarse nuestras armas á punto de marchar, dispuestas ya las órdenes para ello, llegó nueva á mediado de Julio de que el Duque habia concluido cierto acuerdo con los protestantes, mediando en ello el embajador de Francia, en esta forma: que pues entre ellos no habia ninguna ocasion de guerra, más que las diferencias entre el Emperador y el Palatino, que, sin hacer actos de hostilidad entre sí, cada uno pudiese enviar la gente en favor de su parcialidad, dándoselos unos á los otros libres pasos por sus tierras. Con lo cual el Duque, decian, se encaminaria luego en socorro del Emperador la vuelta de Bohemia.

Dió esta novedad no poco que pensar, así por lo que se alteraba el estado de las cosas y se diferenciaban las que se traian entre manos á tiempo que no era fácil mudar ni multiplicar los medios, como por la ocasion que daba de recato verlo ejecutar sin haber avisado que se trataba; y no dejaban algunos de temer que, desabrido el Duque de nuestra dilacion, podria estar menos afecto á nuestras cosas de lo que siempre se habia juzgado, ó por ventura con diferentes pensa-

---

(1) Joaquin-Ernesto de Brandebourg.

(2) Jorge-Federico, margrave de Bade-Durlach.

mientos. Siendo, segun decian los de esta opinion, tan dificultosos de averiguar los de los príncipes á quien algunas acciones, que en un particular fueran vituperosas, grangean estimacion y alabanza. Y mudando fácilmente la lisonja los nombres á las cosas, no falta quien llame prudencia á la malicia y astucia, y maña al doblez y engaño; y cuando bien en esto no le hubiese, añadian ser grande sin duda la oposicion que se le reecreia al ejército del País Bajo, desembarazados los protestantes de todo, y pudiendo acudir con sus fuerzas cabales á la defensa del Palatinado. Con lo cual podian tambien animarse otros, que hasta allí el miedo los habia conservado neutrales, á declararse del todo, y pudiendo Inglaterra con esperanzas de mejor suceso reforzar el socorro que aparejaba, con el pretexto que se ha dicho. Daños todos que era bien preservar la eleccion de trocarlos por esos otros provechos al Archiduque, cuando bien no se pudiese aguardar á que lo hiciese el Rey.

No dejaban por otra parte los aficionados al Duque de procurar mostrar la accion no sólo no culpable sino útil y acertada. Decian en primer lugar que, considerando el intento principal que se llevaba, que era la recuperacion de los estados de la casa de Austria y el de la religion con ellos, los medios más útiles serán aquellos que más brevemente se encaminasen á este fin, y que, siendo la jornada que se destinaba en el Palatinado una diversion sola enderezada á esto, cuando esta accion se dificultase algo, mejorándose la otra, nadie podría igualar la pérdida con la ganancia. Que, aunque las fuerzas del de Baviera estaba concertado que acometiesen á los protestantes en sus estados, era con dos fines: el uno embarazarlos para que tanto más fácilmente obrasen nuestras armas, y el otro, y más importante, penetrar los de la Liga hasta Bohemia, Austria y Hungria, que era la parte más noble que pretendia curarse, y que, habiendo podido negociar esto segundo, sin exponerse á los riesgos y dilaciones de la fuerza, era el solo camino de poderse servir este verano de aquel ejército en la parte que más convenia y para que principalmente se habia juntado. Añadiendo que, sabiendo el duque de Sajonia que no se les admitia á los protestantes este partido, entraría sin duda en grandes

celos y sospechas en que el de Baviera queria más ganar estados á los protestantes que recuperar los propios á la casa de Austria. Con lo cual era de temer que no sólo rehusase de asistir al Emperador con su exercito, sino que quisiese mudarse al partido contrario, con que se acabaria de estragar de todo el de los católicos.

Estas eran las razones que por una parte y por otra se discurrían, pero á la verdad pocos eran entonces los que no extrañaban una mudanza tan intempestiva, no hallando camino para alabar que se hubiese efectuado sin avisar por lo menos antes al Archiduque y á los demás ministros del País Bajo, bien que, recurriendo á la gran reputacion del duque de Baviera y á su conocido celo á la religion católica, todos esperaban que brevemente se descubrirían más justificados motivos, puesto que desde luego se divulgó haberse hecho todo con acuerdo del Emperador.

La verdad es tambien que nuestras dilaciones fueron grandes y pudieron desabrirle no poco, viéndose obligado á sustentar inútil la mayor parte del verano tan numeroso ejército en sus propias tierras. Pero apenas se discurría en esto cuando tuvo el Archiduque carta del de Baviera de 6 de Julio, refiriéndole todas las causas y motivos de esta accion muy por extenso. Confesaba en primer lugar haber recibido por via del conde de Oñate (1) las cartas de S. A. de 17 y 20 de Junio, pidiéndole que se apresurase á mover sus armas contra los Bohemios y despues convertirlas contra los protestantes proscriptos por el Imperio, diciéndole que sin eso no podria el ejército del País Bajo entrar en Alemania. Ponia por testigo á S. A. del deseo en que habia estado de ejecutarlo mucho antes, á no haberse ofrecido dificultades en juntar su gente y ahora expresa necesidad de no desamparar á los católicos del Imperio, á cuya defensa y la suya propia le habia parecido justo acudir tambien; y que, juzgándose sin fuerzas suficientes para asistir á un mismo tiempo á muchas cosas, le habia tenido con harto cuidado la eleccion de lo que seria más conve-

---

(1) Iñigo Velez de Guebara y Tasis.

niente: acudir á la defensa del Emperador ó bien á la de los príncipes católicos coligados, y por cuál de las dos cosas debería empezar; pero que, por muchas razones, había juzgado lo más acertado moverse en primer lugar á socorrer á S. M. Cesárea antes que romper con los de la Union. Que, si lo hiciera, sin duda se hubieran causado tales movimientos que obligaran á desampararle con grave daño de lo más importante, conformándose en esta opinion tanto más habiendo entendido que el Emperador y el conde de Oñate lo entendian y deseaban así, habiéndole costado no pequeña perplejidad el deseo de abrazar ambas cosas y de oponerse á los protestantes en defensa de los católicos unidos, de cuya sustancia se sustentaba la mayor parte de aquellas armas. Pero, aunque esta obligacion le habia parecido harto precisa, habia juzgado serlo más acudir á la que generalmente él y los obedientes estados del Imperio tienen de mirar sobre todo por la suprema cabeza, que es S. M. Cesárea, procurándole por todas vias conservar la autoridad que de derecho le toca contra sus enemigos y rebeldes, siendo así, decia, que, prevaleciendo la cabeza todos los demás miembros participan de la misma prosperidad, y lo contrario sería ocasion de que, valiéndose de ella sus enemigos, acabasen de traer á su parcialidad los Húngaros y quizá los mismos Turcos, que sería llegar al último estrago de las cosas, habiendo de comunicarse necesariamente el mismo peligro á los demás príncipes católicos; y que era mucho de considerar, fuera de esto, las desconfianzas y siniestros pensamientos que pudiera ocasionar en los príncipes herejes aficionadas ver convertir enteramente las armas contra los protestantes, pudiendo, por medio del paso que concedian, aplicarlas más fácilmente al principal motivo que las habia juntado, y que, no hacerlo, sería perderlos enteramente y en primer lugar al Elector de Sajonia con el daño que se deja advertir. Consideraciones todas que le movieron á querer saber resueltamente de los Unidos si pensaban oponérsele á tratarle como enemigo ó no, en caso que quisiese pasar en socorro del emperador; para lo cual pasó en persona á su ejército y desde él les envió embajadores á decirlos que con última resolucion le dijiesen si querian continuar la paz que siempre habian tenido con él y los



demás electores y príncipes católicos para dirigir conforme á eso sus acciones. Sobre lo cual movieron varias dificultades, deseando mezclar en este tratado diferentes cosas, procurando fuese comprendido (1) en él el Archiduque, y que de su parte se les asegurase no serian ofendidos con las armas del País Bajo. En que no habia querido venir por ningun caso, ni dar lugar á ningun otro género de pláticas que halló no convenian, excusándose con que no podia dar leyes al archiduque en lo que pensaba hacer, y que así, visto por ellos que no podian obtener nada de esto, se concertaron con intervencion de los embajadores de Francia. Que en este caso afirmaba haber hecho buenos oficios, capitulando paz y amistad recíproca con la Liga católica, debajo de la firma y sello del marqués de Anspach, su maestre de campo general, y qué, además de no haber querido el duque comprender en ellas al Archiduque y al ejército con que se hallaba, habia reservado para sí el poder acudir á Bohemia y á todo lo dependiente de aquella corona y juntamente á la ejecucion del bando imperial, en caso que se hubiese de llegar á este extremo. Para lo cual le habian quedado las manos libres y para acudir á socorrer á S. M. Cesárea en cualquier parte de sus provincias, como lo comenzaria desde luego, encaminando prontamente sus armas la vuelta de Austria superior, de donde esperaba volver en busca del enemigo en persecucion de cuanto el Emperador le tiene ordenado; no pudiendo por ahora desviarse de este intento hasta ver cómo le va en él, y que, perseverando el archiduque en ejecutar la empresa que trae entre manos, aunque no sea sino comenzando á encaminar las armas á ella, seria ocasionar gran perplejidad á los protestantes, y, desviándoles de Bohemia, dar lugar á grandes efectos, obligándolos á acudir á sus propios estados y á consumirlos, deteniéndose en ellos, que seria sin duda reducirlos á la última desesperacion. Aconsejaba en todas maneras que no dejase de moverse el ejército católico, aún cuando bien no hubiese resolucion de empeñarle muy adentro, que aún con sólo esto haria bonísimos efec-

---

(1) Ms. «reprehendido.»

tos. Y remataba asegurando á S. A. la pureza de su intencion, en cuya prueba habia querido darle tan menuda cuenta de ella, suplicándole le quisiese hacer lo mismo para que, pues todos tiraban á un mismo blanco, pudiesen acertarle mejor, siendo tan esencial la comunicacion y conferencia de las inteligencias y consejos, de quien resultan siempre acertados y provechosos efectos.

Esto contenia en suma la carta del de Baviera, y aunque no acababan de asegurarse del todo los que á fuerza de malicias y sospechas afectan opinion y crédito de prudentes, concibieron más segura opinion de su motivo, juzgando que á la suma de las cosas habia traído no pocas conveniencias el concierto por las razones referidas y que los daños eran sin duda inferiores y en parte menos importante, alabándose de asegurar del todo y confirmarse en esto, por haberse entendido iba el de Baviera marchando con más de 20,000 hombres y que entraría en Austria superior á los fines de Julio, como con efecto lo hizo. Cuyos sucesos dejaré á los que los vieron, habiendo sido fuerza referir sólo la parte de ellos esencial á mi argumento por la conexion que con él ha tenido hasta aquí.

Comenzábase por este tiempo ya á mover nuestra gente, encaminándose á la plaza de armas; y aún le pareció al rey de Inglaterra razon de entretenerlas con embajadas y negociaciones, buenas sólo para excusar los gastos grandes de guerra antes de empezarla, mas no para suspenderlos despues de hechos. Envió, pues, un embajador al Archiduque, representándole las obligaciones que le corrían de no desamparar el estado patrimonial de sus nietos, valiéndose para esto de las razones que le parecieron menos flacas. A que respondió el Archiduque, mostrando las que habia para que el conde Palatino restituyese lo que tan injustamente poseía, siendo fuerza y por ley divina y humana justísimo, en tanto que no lo hacía, procurararlo por cuantas vías se pudiese; lo cual esperaba confesaria el Rey, como tan prudente y amigo de la razon, y así creía seria quien más ayudase á encaminarlo. No pudieron sacar en sustancia mejor respuesta estos embajadores, á quien sin duda habian sacado de sus casas más la obligacion de mostrar se hacia algo, ó por ventura el deseo de infor-

marse por vista de ojos de nuestras expediciones, que la esperanza de conseguir ningun medio, no hablando en la restitution de Bohemia, punto sin el cual apenas podia oirse ninguna proposicion de acuerdo, y aún no sé si en la sazón presente bastara ofrecerlo para detener nuestras armas; pues de eso á la ejecucion hay en los príncipes tan larga distancia, no sólo (1) avergonzándose sino preciándose de engañar sus contrarios como si se pudiese hacer sin perjuicio de la verdad: tanta es la licencia que se han tomado estas que llaman leyes políticas.

Estando, pues, las cosas en este estado, en fin de Julio comen-zóse á disponer la masa de ambos ejércitos en esta forma. Señaláron-se para el del marqués de Velveder los dos tercios viejos de Españoles de don Iñigo de Borja y Simon Antunes, menos algunas compañías que habian de quedar en las plazas de donde salian, y la mayor parte del que habia levantado en Portugal Diego Luis de Oliveira, de suerte que el número de los Españoles, incluso estos últimos, llegaria en este ejército á más de 2,500, sin más de 600 del tercio de don Gonzalo (2), que habian de venir de Italia para quedar en el País Bajo, el tercio de Italianos viejos de Marcelo de Ludice, menos dos compañías, agregados á él cosa de mil Napolitanos del marqués de Campo Lataro, que todos podrian hacer cerca de 2,500, y el de Lombardos del Vallon que venia marchando, del mismo número, ó poco más, de manera que entre estas dos naciones se juzgaba tendría don Luis arriba de siete mil infantes; y de los tercios de Valones de Monsieur de Fontana (3) y conde de Henin, regimiento de Alemanes del duque de Ariscot y de Irlandeses del conde de Tirol, de los cuales quedaba una gran parte en las guarniciones, cosa de otros cinco mil: con lo cual frisaba con 13,000 la infantería y la caballería (que constaba de catorce compañías viejas y doce nuevas) pasaba de 2,400, la mayor parte soldadesca vieja y de

---

(1) No sólo no.

(2) Gonzalo Fernandez de Córdoba.

(3) Paul-Bernard de Fontaine, señor de Gomery.

mucha estima, y aunque inferior en el número á la que salia del País Bajo, no lo era en el valor y bondad por ningun caso.

Con lo cual y lo que se podia esperar de tal cabeza como la que le quedaba, se consideraban bastanteamente asegurados los Estados, en tanto que este otro ejército hubiese de militar fuera de ellos. Para el cual se señaló en primer lugar el tercio viejo de españoles de don Diego Mejía (1), que hacia el número de 1,300 infantes, toda soldadesca vieja, de quien podia esperarse mucho. Destinósele tambien el que venia marchando de don Gonzalo Fernandez de Córdoba, que frisaba con 2,000, sin los 600 que aún no se sabia hubiesen partido de Nápoles, si bien se creía los enviaba el Cardenal, pero éstos, como se ha dicho, habian de quedar en Flandes, el tercio del marqués de Campo Latharo de pocos menos de 2,000 napolitanos, agregadas á él dos compañías viejas de Jerónimo Baleta y de don Leonardo Charachulo (2), el viejo de alemanes del conde de Hendem que pasaba de 3,000 y el de Borgoñones del baron de Balançon, poco menor, en que habia hasta mil soldados viejos, gente de valor y buena disciplina, y el de Valones de Monsieur de Gulsin, cuasi igual en el número de los viejos, y los bisoños añadidos, y otro regimiento de alemanes que levantó el coronel Vaur de 3,000 hombres. Juzgábase que toda junta llegaría á cerca de 17,000, la mayor parte soldadesca vieja, residuo de las más largas y acreditadas guerras que ha visto Europa en muchos siglos. La caballería constaba de doce compañías viejas, tres de lanzas españolas de Iñigo de Brisuela, don Francisco de Ibarra y don Juan Niño de Tavora, y la de italianos de Juan Bautista de Oria, las de corazas españolas de don Diego de la Cueva y don Felipe de Silva, la del conde Enrique y Berugueta del País y de arcabuceros á caballo españoles del comisario general, y del País los capitanes Grinnart, Guillermo Durich y Juan Filler. Era este trozo de caballería por ventura de los mejores que habian visto en muchos años, en ex-

(1) Diego Mejía y Guzman.

(2) Caracciolo.

tremo bien á caballo y armado, todos soldados viejos y no pocos oficiales reformados y personas de cuenta, pero para nueva y levantada tan aprieta fueron harto buenos. Las demás compañías levantó el príncipe de Pinoc (1), cinco que habian de estar á su cargo, dos de corazas, sin la suya, de los capitanes Dam Sermon (2) y Oflang (3), y las de arcabuceros de Premech (4) y Nivelers (5). Encargáronse al conde Juan de Nassao otras tantas de los capitanes Monsieur de Oboch (6), Juan Francisco de Raville, de corazas las suyas, y las de arcabuceros de Medina (7) y Tilburch (8); y al cargo del conde de Isemburg (9) se señalaron tambien los capitanes Enetten (10), Monsieur de Ernicur (11), de corazas las suyas, con las de Arcabuceros de Monsieur de Obremont (12) y Breag (13). En Borgoña hicieron tres compañías de doscientas corazas los barones de Ree (14), de Sey (15) y de Deise (16), y dos de arcabuceros, los de Monlee (17) y Goise (18), y el marqués de Bada y príncipe de Barbançon, cada uno doscientos caballos, y los capitanes Estiland (19) y Hianjaques de la Suur y de arcabuceros Juan Perez Baron, cada uno ciento. Pasaba toda junta esta caballería de 4,000 caballos, si bien, como de ordinario sucede, jamás los hubo cumplidos; pero es cierto que á los principios fueron pocos menos, que fué la lleva harto lucida y cabal, mostrando en ella todos los caballeros del país que la hicieron el celo con que se empleaban en tan honrada ocasion.

Fuése sin perder tiempo encaminando á la plaza de armas este ejército; pero el del marqués de Velveder no se hacia cuenta de jun-

---

(1) D'Epinoi. — (2) D'Ansermont. — (3) D'Auflance. — (4) Premeche. — (5) Neufvillers. — (6) Carlos de Ursel, baron de Hoboken. — (7) Cristóbal de Medina-Montoya. — (8) Adriano de Maelsen, señor de Tilbourg. — (9) Ernesto, conde de Isenbourg. — (10) Adolfo de Eynatten. — (11) Carlos de Bryas, de Hericourt. — (12) D'Aubermont. — (13) Juan van der Gracht, de Brébault. — (14) Baron de Ray. — (15) Cláudio de Beaufremont, baron de Scy. — (16) Márcos de Rye, baron de Discey. — (17) De Mont-Cley. — (18) De Voisey. — (19) De Steelant.

---

tarle hasta que lo hiciesen los holandeses, estando á la mira de gobernarse conforme á ellos, pues el principal fin era tenerlos divertidos y no consentirles ningun efecto. Los cuales, hallándose con no muy aventajadas fuerzas y harto embarazados con los humores y designios domésticos, causados, como se ha dicho, de la desconformidad de la religion y celos del de Orange, hasta ahora no se acababan de moverse á ninguno de los designios que se habian sospechado, como se han apuntado antes; bien no faltaba quien creyese no harian movimiento considerable. Pero en esto sucedió lo que adelante se verá, obligando la variedad de los accidentes, de que está lleno el proceder de los mortales, á no poder determinar ni creer inmutablemente ninguna cosa, antes bien á estar siempre dispuestos á variar conforme las ocurrencias, los consejos siendo por razon de eso inutilísimos, aquellos en que se discurre demasiado lejos de la ejecucion, y poco menos malos los que se toman en la misma ocasion: pero elegir el punto cierto entre estas dos distancias debe de ser más facil deseirlo que conseguirlo.

---

## LIBRO II.

A la cantidad y calidad de la gente que habia de entrar en Alemania solo faltaba la parte del verano que habian hecho perder las dilaciones de la Italia; pero entendida la diligencia con que venia, marchando con ella el maestre de campo don Gonzalo de Córdoba que la conducia, comenzó el marqués Espinola á disponer su salida con toda brevedad, ordenando al conde Henrique de Bergas, gobernador del ducado de Gueldres y teniente general de la caballería que con toda la gente señalada para la jornada que alojaba cerca del Rhin, fuese marchando la vuelta de Coblenz, pequeña villeta situada en la parte que se juntan las dos riberas del Rhin y la Musela, y por eso en extremo á propósito para concurrir á ella la gente del País Bajo y la de Italia, que, desde Lorena, marchaba casi á las márgenes de aquella ribera. Y él habiéndose partido de Bruselas á las ocho, encaminando á Matrik toda la gente de su ejército alojada de aquella parte de la Mosa, hizo con ella plaza de armas pegado á aquella villa á los diez de Agosto, y luego pasando por allí el Mosa, se encaminó la vuelta de Aquisgran y desde allí á Coblenz, donde llegó á los 17, alojando la gente en sus contornos.

Comenzó el día siguiente á ir viniendo la de Italia, y aunque á los 20 no habia acabado de llegar don Gonzalo con su tercio, sabiendo cuán cerca estaba, por no perder tiempo, hizo aquel día plaza de armas en unos espaciosísimos llanos que, teniendo al Rhin por frente y la Mosela por el lado diestro, se ven rodeados de algunas villetas, aunque pequeñas, de harto vistosa apariencia. Pareció en extremo bien la gente, la mayor parte de ella vieja y bien disciplinada, y, aunque inferior en número de lo que se habia esperado, capaz sin duda de cualquier empresa. Llegó el día siguiente don Gonzalo de Córdoba con su tercio, uno de los más lucidos que han pasado de Italia. Contenia algo más de 1,700 soldados, gente de edad y brio, capaz de pa-

decer cualquier fatiga, y no era poco mostrarlo tras tan largo viaje, hecho con tanta diligencia.

Habia, desde que llegó, el Marqués tratado de inquirir diligentemente las fuerzas y designios de los enemigos, siendo los que al presente en aquella parte tenían este nombre, bien aunque no del todo declaradamente, los que comunmente llaman príncipes de la Union protestante: entre ellos los más principales, el duque de Vitemberg, aunque ausente, y los marqueses de Ansbask y Turlask, que en persona gobernaban la gente, cuyo número, según los más ciertos avisos pasaban de 14,000 infantes y 7,000 caballos. Estas eran las fuerzas con que los de aquella facción pretendían defender el estado del Palatino y, desobligándole de acudir á él, conservarle en Bohemia. Habíase concertado desde el principio, como queda apuntado, que el duque de Baviera los acometiese al mismo tiempo que nuestras armas en el Palatinado; pero habiendo sucedido en esto la mudanza que se ha visto, fundada en las razones apuntadas, quedando ellos libres de esa oposicion, hallábanse en disposicion de hacerla á nuestro ejército y embarazarle cuanto pudiesen sus designios, sin quedarles otro ninguno á qué acudir; y aunque su ejército no se juzgaba igual al nuestro, no era la diferencia tan grande que no fuesen fuerzas todavía suficientes para una segura defensiva en el propio país, donde hasta las piedras son enemigas del ejército extranjero.

Estaban ellos á la sazón deste lado del Rhin por estarlo también la principal parte del Palatinado, y aunque el intento nuestro era entrar en aquel estado y para eso no era necesario pasar aquella ribera, todavía se mandó luego labrar un puente en él con toda diligencia, con este designio.

La entrada que desde allí se ofrecía obligaba á marchar gran parte de país por bosques y pasos tan estrechos y difíciles que en ninguna manera era posible hacerlo en buen orden y sin sujetarse á que con poquísima gente pudiese el enemigo causar daños é inquietudes perjudicialísimos. Deseando, pues, el Marqués estorbarlos, conocía no ser posible sin desviar al enemigo de aquellos puestos, lo que no podía ser menos que obligándole á acudir á parte más sensible; y así

puso los ojos en Francfort, juzgando que viéndole encaminado hácia aquella ciudad (una de las más principales y ricas del Imperio y la más caudalosa de las confederadas), divertirían á ella sus fuerzas, acudiendo al dolor más vivo. Y sucedióle como lo pensó, porque en viéndole pasar el Rhin, cargó todo su ejército á sus contornos.

Marchaba el Marqués con toda prisa y con la misma crecía en los de Francfort el cuidado y miedo de su ruina, ayudando á aumentar su sospecha haber mandado adelantar la vuelta de ella al conde Enrique de Bergas con un golpe de infantería y caballería de hasta cinco mil hombres de todas naciones con seis compañías de Españoles del tercio de don Diego Mejía y dos piezas de artillería; los cuales, tomando puestos de esotra parte del Rhin y asegurando el pasaje, comenzaron á hacer punta hácia aquella ciudad. Y como en las populosas y ricas es tan aborrecido el riesgo de la guerra, deseando cada cual conservar sus haciendas sin reparar mucho en otras consideraciones universales menos propíncuas al particular de cada uno, enviaron con diligencia diputados al Marqués para excusar lo que recelaban, y aunque él no pensó (ni á lo que se cree tenia orden para ello) intentar la espugnacion de aquella ciudad, todavía valiéndose de su temor le pareció bien grangear de camino aquello más, que, sin costarle nada, valia mucho; y así capituló con ellos que volverían á la obediencia del Emperador reconociéndole Señor soberano, y apartándose de todo género de alianzas contrarias á Su Majestad Cesárea, con otras condiciones de interior importancia. Y luego, sin perder tiempo, volvió, á encaminarse la vuelta de Maguncia, donde tenia trazado el volver á pasar el Rhin, á causa de que desde allí por tierra abierta y llana se podía entrar en el Palatinado, habiendo concertado con aquel Elector (1) que le permitiese el paso. Envió delante al maestre de campo Gulsin con un golpe de infantería y dos compañías de caballos á tomar puesto de esotra parte, donde desde luego comenzó á fortificarse para hacer espaldas al pasaje que se comenzó, por no perder tiempo

---

(1) Juan Schweikard von Kronenberg.

en pontones, y, en llegando el Marqués, se labró un puente para apresurarle. Acabóse de pasar, pues, á los cuatro de Setiembre, dando mientras tanto á la caballería algun refresco en los villajes de aquel contorno, necesitada de él con todo extremo, por hallarse fatigada de las jornadas pasadas que fueron grandes, y, aunque dañosas, necesarias para excusar que el enemigo no previniese el disignio y se pusiese de la otra parte á dificultarle. Pero, como para esto le era fuerza volver á pasar tambien la ribera, pudo hacerse todo, como se ha dicho, á fuerza de la diligencia y presteza, que es quien en la guerra logra y ocasiona todos los buenos sucesos, valiendo más en ella que en ningun otro género de negocio la solicitud.

Acabado, pues, por el Marqués todo lo que tocaba al pasaje, marchó el dia siguiente á las cinco con toda la caballería de vanguardia en cuatro alas, dando para ello comodísimo terreno unas espaciosísimas campañas pegadas á Maguncia. Hacia el ejército una hormosísima vista, especialmente la caballería que era mucha y buena, y aunque se creyó llegar á ver algunas tropas del enemigo, por no estar más de dos leguas de él, en todo el dia no se descubrió cosa, y así se acampó allí aquella noche el Marqués, alojando la caballería en dos villajes cercanos y lo demás en campaña.

El dia siguiente hizo alto, y á los siete marchó, echando la caballería de vanguardia en la misma orden del antecedente, y se acuarteló á vista de Openhem, villa medianamente grande, fuerte por naturaleza y á la sazón por arte, ella y los cuarteles del enemigo en la forma que adelante se verá. Tenía allí alojado todo su ejército, y, al llegar el nuestro, sólo se vió del suyo algunas centinelas de la caballería que de unas colinas pegadas á sus fortificaciones descubrian comodísimamente nuestro campo. Fuélas á reconocer, en presencia el Marqués aquella tarde, y habiendo el varon de Golstein, coronel de mil caballos en su ejército, enviado á decir al conde Enrique que él holgaria de hablarle, alcanzando licencia del Marqués, lo hizo en presencia de algunos capitanes en ambos ejércitos en aquella poca distancia de tierra que los dividia. La plática no pasó de cumplimientos, y á la postre tocando así de paso algo en lo general de la guerra,

diciendo el conde Enrique que el Marqués venia sólo á ejecutar lo que el Emperador le mandase, respondió que ellos eran servidores de Su Majestad Cesárea, pero si se tocaba en tierras de algun principe aliado creian que se pondrian á defenderlo. Fué con esto el Golstein, y de su parte toda aquella noche, como de la nuestra, no se hizo hostilidad ninguna.

Esperaban para el siguiente dia todos los soldados una solemnísima jornada, y dábales no poca ocasion de pronosticarse felicísimo suceso ser dedicado á la natividad de la Virgen Santísima; pero el Marqués, puesta la mira en el principal fin con que el Rey habia formado aquel ejército, que era ocupar el Palatinado con el designio que se ha apuntado, venia prudentemente resuelto en dejar por entonces á los protestantes y encaminarse la vuelta de aquel estado, que fué para lo que pasó el Rhin ambas veces, habiéndolos desviado de aquella ribera con sola la punta hecha á Francfort, como se ha dicho, pareciéndole ahora que, si ellos le querian defender, como debia creerse, habian de ir á hacerlo, dejando sus fortificaciones, y entonces los tendríamos en campaña raza, que era cuanto podia desear nuestro ejército; y si no se atrevian á elegir este partido, puesto que no se creia tal, ¿qué mayor ganancia que hallar el país que se pretendia conquistar privado de toda defensa, que era casi empezar á acabar la guerra todo de un golpe? A la verdad no era esta opinion capaz de ninguna oposicion, porque la de ir á desalojarlos, aunque no faltaban razones á que apoyarla, todavía era experimentar sin necesidad la incertidumbre de la fortuna, fuera de que estaban sus cuarteles tambien fortificados, que por ningun caso fuera fácil. Añadíase á esto, y por ventura fué la principal consideracion, no querer el Rey mover sus armas contra ningun príncipe del Imperio, sino el Elector Palatino, como aquel contra quien sólo habia razones para hacerle guerra, pues los demás hasta entonces no habian procedido á descubierta hostilidad contra ninguna de las dos Majestades Cesárea y Católica, y aunque no se dudaba de que aquel ejército estaba allí en defensa de aquel estado, era bien aguardar á que ellos fuesen los primeros á declararlo y menear las manos para justificar del todo nuestra accion.

Por lo cual, resuelto el marqués en dejarlos por entonces y atender el solo principal designio, que era ir ocupando el Estado del Elector, marchó el día siguiente, que fueron ocho de Setiembre, y, echando toda la infantería de vanguardia, pasó con ella y toda la caballería de retaguardia en vistosisima órden á los ojos de sus centinelas, y á menos de cuarto de legua de sus cuarteles, sin que de ellos se desmandase una alma á más que con pequeñas tropillas reconocer nuestro ejército desde lejos. Acuartelóse poco más de legua de ellos, y ordenó que á media noche partiese el maestre de campo don Cárlos Coloma, gobernador y castellano de Cambray, con los dos tercios de Borgoñones y Valones, que harian poco más de cinco mil infantes y trescientos caballos, la vuelta de Ecursenak (1), una de las villas del Palatinado, á tomar puesto sobre ella, encaminándose despues hácia allí el Marqués con todo lo restante del ejército. Marchó don Cárlos la noche toda que salió y entero el día siguiente, á cuyas puestas del sol llegó á vista de la villa. Arrimósele luego con la artillería, enviándole primero á decir á los de dentro que si se reducian á la obediencia del Emperador se les haria en todo buen tratamiento. Respondieron que siendo lo que se les pedia negocio tan árduo, no podian dejar de tomar tiempo para resolverse, y teniendo don Cárlos la respuesta por sospechosa y por indicio claro de que aguardaban socorro, mandó luego plantarles las cuatro piezas que traía, mejorando la gente hasta la puerta y pié de la muralla. Hiciéronlo todos con resolucion, especialmente los Borgoñones, aunque sin daño ninguno, por no haberse atrevido los de dentro á tirar. Alojáronse en un revellinejo de tierra y los Valones en la misma puerta, que comenzaron luego á procurar quemarla ó romperla. Visto esto, tiraron desde el castillo que domina la villa algunos mosquetazos, que fué lo primero con que de una parte y otra se comenzó á romper la suspension, en que se habia estado hasta allí, de que se querian ser tratados ó no como enemigos. La respuesta de nuestra parte fué con una camarada de artillería, ate-

---

(1) Kreuznach.

morizándolos de manera que á la punta del dia llamaron para rendirse con las condiciones que don Cárlos quisiese ponerles. Habia dentro tres compañías de infantería y una de caballos. Apeóse ésta y desarmáronse las otras, tomándoles juramento de que no servirían más contra el Emperador, haciéndole tambien los del magistrado. Dejó dentro dos compañías de Borgoñones y una de Valones y por cabo á Monsieur de Misiers.

La villa es harto linda y de tamaño tal que puede compararse á las medianas del País Bajo. Pasa por medio de ella el Nar, que la divide en dos, teniendo cada parte su muralla, pero ambas poco fuertes y no menos el castillo, dominados él y ella de mil padrastrós, de donde pueden ser batidos con facilidad y daño irreparable.

Llegó al marqués el aviso de esto el dia de los 10; el cual marchó con lo restante del ejército la vuelta de Alzem, villa tambien del Palatinado, contada entre las razonables de aquel Estado, la cual se le rindió en llegando, sin haberse atrevido á aguardar aquella poca batería que la otra. A la verdad las de aquella provincia ni son grandes ni fuertes, y así el que fuese señor de la campaña lo vendrá á ser casi con sólo esto del Estado. Mas, aunque nuestro ejército era harto bueno y grande, los trabajos que habia costado el conducirle y de tan léjos, especialmente la parte venida de Italia, que no era la menor, le tenian no poco cercenado, especialmente la caballería; y así no eran por ningun caso despreciables las fuerzas de los protestantes, cuya caballería fresca y descansada llegaba al número que se ha dicho, y, añadido á esto, tener hasta las piedras por enemigas un ejército extranjero, daba no poca ocasion de proceder maduramente.

Estaba, como se ha dicho, por comenzar hasta este punto ningun género de hostilidad con los protestantes; pero, viendo ellos que nuestro ejército habia tomado á Crusenaek, la misma noche que desalojó de junto Openen el marqués para ir á Alzem, como hemos dicho, hizo el coronel Obeestrod (1), que lo era de mil caballos del ene-

---

(1) Von Obentraut.

migo, soldado entre ellos de buena opinion, una emboscada á uno de los cuarteles de la caballería en que alojaba el príncipe Pinué (1), con otras dos compañías, y cuando al amanecer salia la suya del villaje cerraron tan intempestivamente con él que sin que de las demás pudiese ser socorrido, á causa de que iban saliendo por un puentecillo de piedra estrecho, le degollaron cosa de veinticinco soldados y le tuvieron ganado el estandarte, volviéndole á cobrar, ayudando á ello valerosamente el baron de Beaveis, caballero borgoñon, cuñado del mismo príncipe, y otros gentil-hombres soldados de su compañía; y el príncipe, habiendo cerrado honradamente con los enemigos, quedó preso de ellos. Fué esta su mayor ganancia, porque segun se entendió perdieron la misma ó poco menos gente, y, habiendo tenido suerte de dar en un cuartel tan sin ser sentidos, pudieran no contentarse con hacer tan poca mella en él, todavía el ser en cuartel tan empeñado entre los nuestros disculpa su apresurada vuelta.

Estaba el Marqués en esta sazón con deseo grande de ocupar algun puesto principal para asegurar con él los víveres y municiones, sin lo cual era temeridad dejar ir entrando el invierno; y para esto ninguno parecia, como á la verdad lo era, tan á propósito como la villa de Openem con el puente y fortificaciones que en ella tenia el enemigo. Pero lo mismo que inducia á codiciarla de nuestra parte obligaba de la suya á guardarla con sumo cuidado, y era muy difícil de creer que, menos que á viva fuerza, quisiese desamparar lo que tanto importaba defender y podia tan fácilmente, á causa de hallarse en extremo fortificada con una ribera tan principal á sus espaldas, por medió de la cual se daba la mano con lo mejor de su país. Acometerle en sus fortificaciones para ganárselas y desalojarle, tenia, segun la más general opinion, tanto y más de temeridad y dificultad, y pedia más tiempo del que concedia la parte del otoño que quedaba: razones todas que le hicieron tomar al Marqués una resolucion no poco acertada como lo comprobó el suceso.

---

(1) Epinoi.

Desalojó de Alzem, pues, y marchando con prisa tal que mostraba una resolucion muy hecha, se encaminó la vuelta de Vorms, villa har-to principal y grande, una de las mejores de la faccion protestante y de quien aquella Union sacaba mayor substancia, y, como tal, deseosos de defenderla; y apretados por sus brujeses, que amenazaron, segun se dijo, entregarla, si no los socorrian, se resolvieron en hacerlo, y, dejando en Openem algo menos de mil infantes en guardia de sus cuar-teles, marcharon luego tras nosotros la vuelta de allá.

Habíase el marqués encaminado hácia Vorms con dos fines, el principal sacarlos á ellos de Openem para ejecutar lo que despues hizo, y, en caso que se estuviesen quedos, hacia cuenta de siti- ar aquella villa, que, no siendo socorrida, era cierto no podía escapárse- le. Y así, en viéndole desalojado el enemigo, visto que se le había lo- grado lo principal de su designio, pues se hallaba más de cinco leguas de los cuarteles (con lo cual no podía tener el aviso y llegar á tiempo de volver á cobrarlos), desalojó tambien tan aprisa poco antes de ano- checer, que, cuando pudo saberse, estaba el Marqués á menos de le- gua de Openem. Con lo cual, habiendo llegado allí al amanecer el dia de los 14 de Setiembre, sin contradiccion ninguna ocupó los puestos y la villa, desamparándolo todo aquella guarnicion con notable desór- den y prisa. Mataron y desbalijaron algunos de ellos nuestros soldados, y los demás, rendidos á merced, fueron dejados ir libremente.

Habia el enemigo errado, no sólo en dejar un puesto tan importan- te por socorrer una plaza, á quien bastara enviar dos ó tres mil in- fantes para entretener nuestro ejército algunos dias, que no era la me- nor guerra que podía hacerle, sino en el modo mismo de retirarse, dejando los cuarteles llenos de tiendas y bagajes á riesgo de que pu- diese ser todo desbalijado, como sucedió con tanta pérdida de reputa- cion; pero lo cierto es que jamás, á lo que pudo creerse, jugó aquel lance de pensar que pudiésemos hacer lo se hizo, si bien á la verdad no era dificultoso de entrever. Pero no faltaban algunos que quisieran que de esta ocasion hubiera sacado el Marqués mayor provecho, si- guiendo al enemigo, que, al parecer, mostraba tener de nosotros me- jor opinion que de sí, desamparando tan aceleradamente un puesto

tal, juzgando que dándonos prisa, podríamos alcanzarle antes de fortificarse en Worms ó en otra parte; pero la importancia de asegurar un puesto sobre el Rhin para nuestro ejército era tal que parecia justo asistir á ello antes que á ninguna otra cosa, ó, por ventura, en la intencion del Rey, era poco menos importante detener y divertir los protestantes que vencerlos, y lo segundo no se podia hacer tan aseguradamente como convenia á la suma de las cosas de Alemania, respecto á lo cual la guerra del Palatinado era sólo una circunstancia muy inferior, y si este ejército se perdiera y quedara victorioso y desembarazado esotro, extragáranse irremediabilmente las cosas para siempre. Consideraciones que no ocurren á los soldados, que de ordinario miran singularmente las ocasiones, y, los que gobiernan, el fin del príncipe (encubierto á los demás), los cuales por eso juzgan á ciegas las más veces. Añadíase haber llegado allí el ejército al amanecer fatigado de haber marchado toda la noche, y querer, sin refrescarle, encaminarse á buscar al enemigo tres leguas más adelante, mal se pudiera llegar á pelear con la ventaja que convenia.

Resolvióse, pues, el Marqués en asegurar en primer lugar el puesto de Openem, el cual sin duda era el que más le convenia al enemigo haber conservado en todo el país, porque por naturaleza y por arte estaba bastantemente fuerte para no podersele quitar con facilidad, aún cuando le guardara con menos gente y fuera acometido con más. Mantenía con él el dominio del Rhin y de toda la parte del Palatinado que está de esotro lado, llamado comunmente superior: tenia en la ribera un puente muy bueno y en ambos remates dos fuertes harto capaces y bien labrados, todo el ámbito de sus cuarteles cerrados con trincheras y traveses tales que mostraban bien haberse hecho con harto espacio. Cubria todo esto á la villa, de suyo no tan flaca que por sí sola no pudiera hacer una mediana defensa, con un castillo, aunque á lo antiguo, medianamente fuerte. Contiene casi mil casas, poco más ó menos, todas ellas harto vistosas por defuera, bien que las desluzce algo el sitio montuoso y desigual.

Trató luego el Marqués de rehacer el puente que los enemigos

dejaron roto, aunque sin poder retirar la mayor parte de las barcas y materiales, y así pudo estar acabado á los 18, y comenzó á fortificar la villa para asegurar en ella las municiones, viendo cuán conveniente era tener aquel pié firme en el país para todo acontecimiento, resuelto en aguardar desde allí á ver qué derrota tomaban los enemigos que por este tiempo se estaban todavía junto á Worms, donde habian hecho un puente, aguardando el socorro que les llegaba de Holanda de 2,500 caballos y casi 3,000 infantes Ingleses. Dábase el Marqués gran prisa á adelantar las fortificaciones de la villa, deseoso de concluir con aquello á tiempo de poder hacer alguna empresa antes que el otoño se acabase, y viendo que así por la gente que consumian las guarniciones de Alzem y Crusenak y la que era fuerza dejar en Oopenen, como por la que habian acabado las enfermedades y trabajos, se hallada con menos número del que era necesario para oponerse al ejército enemigo, superior no poco en la cantidad de caballería, aún sin añadirse la que le llegaba, despachó á Bruselas al capitán don Diego de Salcedo, entretenido cerca de su persona, á representar todo esto al Archiduque, pidiéndole el tercio de Italianos del Vallon y alguna caballería más, juzgando que, pues los Holandeses enviaban parte de sus fuerzas por acá, podia hacer lo mismo S. A., no habiéndolas menester tan grandes donde los enemigos las disminuian; pero este remedio ni carecia de dificultades, ni, cuando bien se negociase, era fácil llegar á tiempo de hacer gran efecto.

Las cosas presentes pedian más breve resolucion, porque el estarse quedo aquel ejército, ni era decente á la reputacion, ni á propósito para ningun buen efecto, y así, excluido esto como impracticable, discurrían en lo que podria hacerse. Todos concordaban en no moverse hasta dejar las fortificaciones acabadas, quedando en ellas el número de gente necesario á su defensa, asentado por fundamento llano convenir sobre todas las demás cosas la conservacion de aquel puesto. Y hallándose á los 23 de Setiembre casi en defensa, llamó el Marqués á consejo á don Carlos Coloma, los maeses de campo, don Diego Mejía y don Gonzalo de Córdoba, el conde Enrique, teniente general de la caballería, el marqués de Campo Latharo, maestro de campo de Italianos,

el de Henden y el Baur, coroneles de Alemanes, el varon de Balanzon maestre de campo de Borgoñones y Monsieur de Gulsein de Valones para consultar lo que conforme al estado de las cosas pareciese más conveniente. Juzgaron en primer lugar todos que el salir á buscar el socorro del enemigo y procurarle romper, como algunos querian, era cosa demasiado incierta, no habiendo pasos precisos en que aguardarle; puesto que nada pudiera haber mejor á poder hacerse, tratóse solamente de apurar qué plaza debia acometerse de los enemigos, y para entender mejor las razones de los pareceres deste consejo, será bien describir primero el sitio de aquellas en que se podian poner los ojos.

Siguiendo la ribera del Rhin desde Openen, dejándola á nuestra mano izquierda, como á la sazón la teníamos, á cinco leguas de distancia está Worms, y allí los enemigos tenían sus cuarteles y su puente. A poco más de dos leguas, sobre la misma márgen más adelante, se ve Franquendal, villa poco menos grande, y otras seis más. Siguiendo el mismo lado de la ribera, Espira, ciudad imperial principalísima. Pasando nosotros el agua por nuestro puente en Openen y costeano su márgen diestra, no hay en toda ella ninguna villa principal hasta que, á cosa de ocho leguas no lejos de Landemburg, hace el Rhin un ángulo, donde se le junta el Necher, ribera medianamente grande, que, á menos de dos leguas de distancia, pasa por Idelberg, desviándose del Rhin sobre la mano izquierda. Esto todo es tomando desde Openen la derrota del Rhin arriba; pero volviendo algo hácia atrás, sin pasarle, no lejos de Crucenack, está sobre la márgen diestra Bacharack, villa medianamente grande, y algunas poblaciones de menor nombre entre ella y Maguncia, que, colocada sobre el mismo lado de la ribera, dista de Bacharack cosa de siete leguas; y todo este distrito, donde á la sazón se hallaba su ejército, casi nueve horas de camino, por donde menos.

Habiéndose discurrido, pues, en el consejo sobre todo esto, vino á dividirse casi todo él en dos diversas opiniones. Alegaban los unos, que hallándose nuestro ejército no tan entero como convenia, era bien proporcionar los designios con las fuerzas, y tanto por eso como por

no desviarnos demasiado de las plazas ocupadas, acometer á Bacharack, que sin duda se tomaría sin contradiccion, pues los enemigos para socorrerla habian de desviarse no menos que doce leguas de Vorms y pasar el Nar, ribera sobre la cual teníamos á Crucenack, y unidas en todo aquel contorno nuestras fuerzas; lo que no fuera, em-  
prendiendo á Idelberg, sino tan desviadas unas de otras, que, si mientras tanto acometía el enemigo á Openen, eran menester casi tres dias para venir á socorrerla, aún cuando bien se quisiese desamparar aquel designio, que no podia ser sin grave daño en la opinion; y que, ocupada Bacharack, ó habría llegado la gente que se pedía en Flandes, ó el invierno mismo obligaría á alojar la nuestra, que sin duda en Openen, Crucenack, Alzem y Bacharack estaría acomodada y unida, y no se tendría pequeña parte del Palatinado ocupada, que era lo principal á que se habia venido. Añadiendo por última razon la conveniencia de tener aquel puesto más sobre el Rhin con que darse la mano con Maguncia, asegurando las espaldas y los bastimentos al ejército, que tanto importaba. Por esta opinion se alegaba que con tomar á Bacharack no se adelantaban sustancialmente mucho las cosas, y que á la reputacion de aquel ejército convenia hacer efectos correspondientes á la fama con que habia entrado, y al fin con que Su Majestad le habia hecho tocaba hacer mayores progresos en el estado de aquel príncipe, pues los hechos no le podian lastimar tanto que le divirtiesen en el grado que se pretendía; que la falta de gente no era tan grande, aunque se confesaba que, considerada la diferencia del valor, no se pudiesen esperar antes buenos que malos sucesos llegando con el enemigo á las manos, puesto que, seguros de todós, nadie les pretendió en la guerra, en la cual es menester poner una buena parte en las manos de la fortuna, y que, desviándose tanto del enemigo, ya fuera confesarse inferiores, con lo cual hasta las piedras se habian de animar hasta echarnos de sus casas; y siendo el principal nervio de las fuerzas la reputacion, descaeciendo en ella, tendría gravísimas dificultades el conservarse este ejército todo el invierno en país tan enemigo y desviado de los suyos. Y que si el no aventurar se habia de ser incurriendo en tales peligros, más valía pasar los que

podía haber en fiar algo de la fortuna ó, por mejor decir, en las manos de Dios en causa tan suya. Y así concluían los que reprobaban el primer parecer en que, dejando á Oopenen defensa bien guarnecida y dentro la mayor parte de los víveres, municiones y bagaje inútil, se marchase la vuelta de Idelberg, que, al parecer, podía hacerse con 10,000 infantes y más de 3,200 caballos, ejército, si no igual al número del suyo, ventajoso sin duda en el valor y disciplina de los soldados y en la experiencia de las cabezas; y que si el enemigo quería venir á encontralle (puesto que había de ser en campaña, desviado de sus plazas), no era mucho de temer, considerando que no lo haría también sin dejar un buen golpe de gente en Vorms, con que la desigualdad no sería del todo tan grande. Estas fueron en sustancia las razones que por una parte y por otra apoyaban las dos opiniones.

El Marqués, sin escoger entonces ninguna, disolvió el consejo, y, apresurando sumamente las obras, deseaba en todas maneras hacer algo, tanto más entonces que le acababa de llegar de España el título de capitán general de aquel ejército, merced merecida de sus servicios y digna de sus partes, sin duda la mayor que podía hacerle el Rey, pues comunmente se juzga que, si algo puede satisfacer la insaciable sed de la ambición humana, es mandar absolutamente un ejército en la guerra. Ofrecióse en este medio una ocasión que parecía podía darla de venir á las manos y tener alguna buena suerte.

Túvose aviso á los 25 que el enemigo sacaría aquella noche un buen golpe de caballería para intentar algo en nuestros cuarteles, y así mandó el Marqués al conde Enrique, habiendo hecho pasar el puente á la caballería borgoñona y la infantería española, que con la demás caballería, que allegaría á más de 2,200 caballos, el tercio de Borgoñones, regimiento de Alemanes del conde de Henden y tres piezas de campaña marcharse en anocheciendo el camino de Vorms delante, y en la mejor distancia de sus cuarteles que le pareciese, se pusiese en emboscada, aguardando á ver si el enemigo salía como se pensaba. Hízose así, marchando en harto buena orden y conociéndose en toda la gente no poca alegría de pensar llegar á las manos; pero



ni en todo el camino, ni despues de llegados tan cerca de sus centinelas que se mató una, hubo nadie que se moviese, ni apenas se oyó señal de que en sus cuarteles se hubiese tocado arma. Si fué prudencia y deseo de no probar la mano hasta la venida de su socorro, ó menos valor del que debieran tener, déjolo juzgar á quien lo leyere, puesto que lo uno ó lo otro pudo ser; aunque no es posible negar, que, pudiendo salir la mayor parte de su ejército contra tanto menor número del nuestro, debieran, si se aseguraban de sus manos, esperar antes bueno que mal suceso.

Volvióse con esto el conde Enrique, y á los 27 no habiéndose el Marqués movido aún á nada, deseoso de tener, antes de resolverse, nuevas ciertas del socorro que venia á los enemigos, supo como á los 23 habia pasado la Mosela por Carden, juzgándose que se hallarian entonces cerca de Kayserluter; y así resolvió volver á pasar el Rhin para hallarse de la misma parte que ellos venian, comenzándolo á ejecutar desde luego, y, segun se conoció, más inclinado al parecer de acometer á Bacharack que á Idelberg, por no desmembrar y separar sus fuerzas hasta ver la calidad del socorro que venia y si la caballeria holandesa quedaria ó no por acá. A la verdad nuestro ejército, y principalmente nuestra caballería, estaba harto cercenado y una buena parte repartido en guarniciones; y la obligacion de aventurar con mucho tiento la gente en provincia tan desviada de las propias, tiene bien estrechas leyes, y sabe pedir la cuenta de ellas no poco rigurosamente el vulgo en cualquier siniestro suceso.

Estaba el Marqués á la sazón aún no resuelto en lo que habia de hacer, y para acabarlo de ajustar determinadamente juntó otra vez consejo á los 29, y, vuelta á conferir la misma materia del antecedente, pareció generalmente á los más, que, aunque la empresa de Idelberg tenia todas las conveniencias referidas y que sin duda fuera de mayor estimacion y efecto á la suma de las cosas, era fuerza por ahora dejarla por dos causas: principalmente por no tener puente para pasar el Necher, sin el cual era imposible hacer nada, y labrarla pedía más tiempo del que convenia desperdiciar; la segunda por estar más á la mira, como se ha apuntado, de la gente que venia á los ene-

migos, sin empañarse á cosa tan grande y tan desviada de nuestras fuerzas hasta ver si quedaría ó no por acá la caballería holandesa; pues el quedarse ó el volverse obligaría á variar mucho cualquier designio nuestro, siendo un nervio de gente tan considerable que pedia justísimamente toda esta atencion. Añadíase á esto que no se descarnaba de buena gana el Marqués del deseo de hacer alguna emboscada á este socorro, si se ofreciese ocasion para ello; para lo cual se andaban reconociendo los pasos y cierto esguazo que se creia habia en el Meno no lejos de Francfort. Razones todas que, añadidas á las que, segun hemos dicho, habian apadrinado el parecer de emprender á Bacharack, hicieron resolver del todo esta empresa, para la cual parecia bastante un mediano trozo de gente; y así, quedándose el Marqués con el grueso del ejército para estar á la mira del camino que hacian los Holandeses y de si daba la fortuna ocasion de intentar algo contra ellos. mandó al maestre de campo, don Gonzalo de Córdoba, que con 1,800 hombres, parte Españoles de su tercio y los demás Alemanes y Borgoñones, márchase la noche de los treinta de Setiembre por tierra á ponerse á Bacharack y que, en barcas por el Rhin abajo, enviase al capitan Diego Ruiz, su sargento mayor, que con seiscientos hombres procurase ganar á Coub (1), pequeña villeta situada sobre esotra márgen del agua.

Partió, pues, don Gonzalo en conformidad de su órden, y habiendo marchado con no poca dificultad por la aspereza del camino, la mayor parte montuoso, llegó á Bacharack el dia siguiente, y luego que dió vista á la villa, medrosos los de dentro por haberles desamparado la mayor parte de la guarnicion que tenian, vinieron á ofrecerse y así sin contradiccion les medió trescientos Valones de presidio. A Coub llegó el mismo dia el sargento mayor y el teniente de maestre de campo general, Baltasar de Santander, y aunque hicieron alguna más resistencia, tirando algunos pocos mosquetazos, rindiéronse finalmente, recibiendo casi otra tanta guarnicion; quedando con es-

---

(1) Kaub.

tas dos plazas y sus castillos, que ambas los tienen, el ejército católico señor de toda la ribera del Rhin desde Openen para abajo. Habia entre las dos villas un islote en la ribera y en él un castillejo, aunque de poca consideracion, considerable por el dominio de ella y por el nombre Palz, que le da á todo el país del Palatinado, y así se ocupó tambien.

Mientras don Gonzalo entendia en todo, crecia en el Marqués vivamente el deseo de procurar verse con el socorro de Holanda, juzgando, como á la verdad era así, que, si podia romperle, haria un efecto importantísimo; pero era tan incierta cosa y tenia el país tan propio por donde desviarse y tanto de su parte los naturales para ser avisados, que generalmente estaba tenido por intento impracticable. Todavía, como siempre parece fácil lo que se desea, y lo que mucho importa conviene intentarlo, aunque sea con poca premisa de conseguirlo, cuando puede hacerse sin mucho riesgo, trataba el Marqués de ello vivamente, y habiendo tenido aviso de que en el Meno, como se ha apuntado, á cosa de dos horas de camino de Openen habia un esguazo, aunque demasiado hondo, resolvió de enviar al conde Enrique con algo más de dos mil infantes, doscientos españoles del tercio de don Diego Mejia y los demás Italianos, Borgoñones y Alemanes, toda la caballería y dos piezas de campaña con orden de pasarle y ver si era posible dar con ellos.

Marchó él Conde aquella tarde, y, habiendo alojado la noche misma no lejos del agua, tentó el esguazo el dia siguiente, y, aunque le halló tan dificultoso que se ahogaron algunos caballos, le pasó, consumiendo la mayor parte de la mañana en ello. Veniale siguiendo el Marqués con casi todo el ejército, y á aquella hora llegó carta suya en que le avisaba haber entendido que el conde Enrique de Nassao, con los Ingleses y caballería que traía, trataba de hacer puente junto de Anao (1), sobre la misma ribera del Meno, y que, conforme á esto, viese si le parecia posible y conveniente ir la vuelta de él. Pidió el

---

(1) Hanau.

Conde parecer sobre esto á la mayor parte de los capitanes y al teniente de maestre de campo general, don Francisco de Medina, que venia con él, y pareció á los más que, hallándose el enemigo siete horas de camino, y no pudiendo ir á buscarle sin que el Marqués quedase asegurando el puesto del esguazo, podian los de Worms acometer nuestros cuarteles y puente de Openen, hallándolos desamparados de todo nuestro ejército con sola la guarnicion de la villa y alguna poca gente más, cosa que no era menester aventurar por ningun caso; y así se resolvió el Conde en volverse, avisándolo al Marqués. El cual, vuelto tambien á los cuarteles de la otra parte del Rhin en frente de Openen, alojó la caballería en dos villajes á poco más de hora de camino del esguazo, no desconfiado todavía de poder dar con los Ingleses. Pero, habiendo entendido que, aunque á costa de un gran rodeo, estaban ya muy cerca de juntarse con los de Worms y que así era fuerza apearse de la esperanza de dar con ellos de todo punto, habiendo recibido tambien cartas del Archiduque, avisándole como le enviaba 3,000 infantes, 800 Italianos del Vallon, 700 Valones del tercio de Mr. de Fontana, 1,500 Alemanes del duque de Ariscot y diez compañías de caballos, juntó consejo á los seis de Octubre, en que se trató principalmente entre otras materias si era bien, dejando el puesto de Openen guarnecido, pasar con el ejército á Alzem para abrigar aquella villa y las demás que se habian ocupado, que todas caian más cerca de ella que de estotra, ó si, con reforzar sus guarniciones, serian capaces de defenderse algun tiempo; pues, estándonos quedos, era de creer intentaria cobrarlas el enemigo, animado con la gente que le llegaba, y el conde Enrique de Nassao lo habia de procurar como la cosa que más podia dar lustre á su venida. El mudar el ejército tenia por principal inconveniente desviarle del Rhin, cosa que ocasionaria gran penuria de bastimentos como de ordinario sucede, especialmente en país enemigo, y, por mayor que todos, ponerse en aventura de perder un puesto tan importante, el cual no le tenian por bastante asegurado, los que no aprobaban la mudanza del ejército, con sola la gente que habia de quedar en él, siendo el ámbito de sus fortificaciones tan grande. Por esotra opinion se consideraba que el aven-

turar que el enemigo recuperase á Alzem ó á cualquiera de las otras villas que estaban en nuestro poder era en extremo de temer por la pérdida de la reputacion que ocasionaria dejárselas tomar y la gran parte que desharia de lo hecho y por el riesgo que traería al quererlas socorrer antes de haber llegado la gente que se esperaba. Y así generalmente parecia forzoso procurar que esto no sucediese: lo cual se aseguraría, decian, pasando ella con todo el campo, juzgando los de esta opinion que sin notorio riesgo de Openen podria hacerse; y, porque la oposicion de la falta de los bastimentos, desviándonos del Rhin, apretaba no poco, hubo quien preguntó si llegaría á total descomodidad ó pasaria á imposibilidad tambien: que si quedaba en solo lo primero, tenia por más justo, decia, y decente padecer trabajos y pérdidas. Pero, como los excesivos no paran en sólo desacomodar las personas sino en deshacer los ejércitos, y esa es la última de las pérdidas que pueden hacerse en la guerra, pareció más practicable otra proposicion que mediaba entre los dos extremos de ir ó de quedarse, aconsejando que se reconociese mejor el sitio de Alzem, y que si, con fortificarla lo que el tiempo diese lugar y reforzar su guarnicion, pudiese dejarse en estado de esperar una mediada defensa, tal que diese tiempo á ser socorrida, se hiciese, quedando el ejército á donde estaba hasta que, llegada la gente de Flandes, se pusiesen los ojos en otros designios. Para reconocer pues esto se envió el teniente de maestre de campo general, don Francisco de Medina, el cual, habiendo vuelto y visto que podia hacerse, le mandó ir á meter en aquella villa al Barón de Balanzon con la mayor parte de su tercio de Borgoñones, de cuyo valor y experiencia se podia muy bien fiar que pondria aquello en la mejor forma que se pudiese.

Iba por este tiempo acercándose á Vorms el socorro de Inglaterra, cuyo nombre, como hemos dicho, era de 3,000 infantes ingleses y 2,000 caballos de Holanda, y, como nervio de gente tan considerable, especialmente la caballería, era una de las cosas que más materia daba á los discursos de todos. Estábase en general duda de si quedaria ó no por acá la caballería, porque ambas cosas se habian divulgado con igual incertidumbre. Parecia generalmente que una de tres reso-

luciones podrian tomar: ó volverse á mirar por sus casas en tiempo que en su vecindad tenian un ejército tal como el que gobernaba don Luis de Velasco, y estando las treguas tan cerca de acabarse, tanta necesidad de conservar aquella caballería, la mayor parte vieja, y por eso uno de los esenciales trozos de su ejército; ó quedarse á ayudar descubiertamente á los protestantes, juzgando que si, añadiendo estas fuerzas á las suyas, podian deshacer el ejército del Marqués Espinola, sacaban al Rey la mejor pluma de sus alas, pues estaba en él la mayor parte de la soldadesca vieja de Flandes, daño que, una vez recibido, ni áun con dineros podia repararse, porque soldados viejos los hace el discurso largo del tiempo y la continuacion de las guerras y no el oro; ó bien no irse (malogrando tan buena ocasion de ayudar sus amigos y dañarnos), ni quedarse (atropellando los inconvenientes y peligros de romper la tregua que tan religiosamente se les habia observado,) sino elegir entre estos dos extremos un medio, poco menos útil, mucho más seguro, casi tan favorable á sus amigos y perjudicial á nosotros: esto era quedarse neutrales á título de refrescarse y descansar de los trabajos de la jornada. Con lo cual, estándose á la mira de lo que hiciese la fortuna, impedirían nuestros progresos aún mejor que juntándose á los protestantes; que siempre habíamos de temer que, llegando á las manos con ellos, podian dar cuidado aquellas fuerzas descansadas y enteras, aún en la misma victoria, cuando bien la alcanzásemos, pues nunca se compra tan barata ni queda el vencedor tan mal parado que mucho menor número de gente no baste á darle no poco en que pensar.

Esto era lo que en tanto que se dudó su resolucion se discurria; pero luego comenzaron á mostrarse más inclinados á esta última, y, dejando sacar la mayor luz de ello que se pudiese, envió el conde Enrique una persona práctica de entre ellos á su campo á procurar á penetrarlo y, por si venian á descubrirle, le dió una carta para el de Nassao, de que no habia de usar sino en caso de necesidad; contenia cumplimientos particulares y no dejaba de tocar esta materia como de paso. A que respondió que él habia venido con orden de los Estados á sólo conducir aquella infantería hasta entregarla al Marqués de Ans-

pack y juntarla con el ejército de la union protestante; pero, habiendo hallado que el nuestro habia ocupado los puestos que tenia sobre el Rhin y que por eso no podia él volver á Holanda con toda la seguridad necesaria, se quedaria por acá hasta ver lo que sobre ello ordenarian los Estados. Esta respuesta y las razones de conveniencia que ellos tenian para hacerla verdadera hizo que generalmente se tuviese por tal.

Estando pues las cosas en este estado, recibió el Marqués cartas del baron de Balanzon, que gobernaba, como se ha dicho, á Alzem, avisándole como á las doce (habiendo el enemigo hecho una emboscada con siete compañías de caballos á lo que se entendiò) habia cargado á los corredores de la compañía de arcabuceros del varon de Monclé, caballero borgoñon, que estaba en presidio en aquella plaza, y muertóle tres soldados no sin algunos heridos de su parte. Túvose por cierto con esto (y otro aviso de que marchaba con todo el campo) que seria la vuelta de aquella villa, y, aunque la importancia de ella no era mucha, todavía, por no dejar perder lo que se habia ocupado y por la guarnicion que en ellas se habia metido, se resolvió el Marqués en marchar tambien hácia allá, resuelto á socorrer la plaza y dar la batalla al enemigo para desalojarle, si fuese menester, aunque de nuestra parte se aventuraba tanto más, como se ha dicho, y el número de la caballería excedia tanto, no dudándose de que en tal caso los Holandeses menearían las manos en su favor.

Partió, pues, el Marqués de junto á Openen á los 13 de Octubre con todo su ejército, menos lo que tenia en guarniciones: con que la infantería que se llevaba pasaba poco de 8,000 infantes y la caballería no mucho de 3,000 caballos. Lleváronse doce piezas de artillería y habiendo marchado la vuelta del camino de Alzem, la mañana siguiente tuvo lengua del enemigo, y, despues de haber procurado toparle (con más diligencia de la que algunos juzgaban que le convenia, reparando en la diferencia del número de gente y en el riesgo é incertidumbre de una batalla, con las circunstancias que para nosotros podia traer de mayor daño que para ellos), vino á darle vista poco antes de mediodía. Acerto á ser en un puesto fuerte igualmente para ambos ejérci-

tos, porque cada uno alojó sus escuadrones y tropas cubiertas con una loma que los dividia, cuya eminencia encubria los unos de los otros. Hechos los escuadrones y reconocidas las tropas enemigas, trabándose algunas ligeras escaramuzas de ambas partes, hizo el Marqués plantar su artillería á la frente de nuestros escuadrones en sitio que podia batir algunas tropas de la vanguardia de su caballería; y para darles mayor ocasion, aunque sin esperanza de hacerles daño considerable por ser demasiado larga la distancia, mandó tirarles algunos cañonazos. Hizose así y no bastó para trabarse, mas antes retiraron aquellas tropillas y no se valieron de su artillería como nosotros, aunque la disposicion del terreno les daba la misma ocasion. Estuvieron así los dos campos todo el dia, y pareciéndole al Marqués que no habia que esperar sacarle de su puesto á pelear, contento de haberle estorbado el designio de ir á Alzem y batídole sus tropas, sin que él hubiese seguido el mismo ejemplo, volvió aquella noche á sus cuarteles, dejando de retaguardia de todo el campo á su caballería. Viéronse entre sus tropas todas las que habian venido de Holanda, con que se creyó tanto más de nuestra parte que no habia porque dudar que teniamos aquellos enemigos más, y siendo su caballería tanta que, junta con la Holandesa, afirmaban los que menos, pasaba de 8,000 caballos.

Mucho fué no querer aventurarla este dia, en el cual juzgábase entre nosotros que habia el ejército católico llevado sin contradiccion la mejor parte, porque ellos, habiéndosele juntado, se decia, un socorro tal, salieron á ponerse sobre Alzem y no lo hicieron. Nuestro ejército, (aunque inferior en número y dividido en tantas partes) salió á estorbárselo y consiguíolo. Procuró lengua dél y toparle, aún despues de saber que se habia retirado de Alzem. Buscóle, hallóle y presentóle la batalla; incitóle con escaramuzas, batióle sus escuadrones y últimamente, volviéndose á sus cuarteles tan tarde, no se vieron tropas que inquietasen su retaguardia ni un hombre tan sólo que le tocase arma. Pero, como es tan fácil dar diferentes colores á todo género de ocasiones y hallar razones con que afeitar hasta las muy declaradamente feas, no faltará alguno de su parcialidad que al escribir

estos mismos sucesos diga que, yendo á sitiar á Alzem, dejaron de hacerlo, sabiendo que nuestro ejército habia salido para buscarle, y que lo hicieron y se pararon á vista de él presentándole la batalla; que viéndonos quedos en sitio fuerte (donde no era razon acometernos) aguardaron todo el dia hasta que retirándonos nosotros, aún no lo quisieron hacer ellos: pero yo dejo á cualquier juicio desapasionado que juzgue si el dejar el designio de sitiar á Alzem fué para pelear con nosotros, pues teniéndolo tan á mano, provocados con escaramuzas que no quisieron cebar, se dejaron batir de nuestra artillería sin atreverse á lo mismo siquiera. Que no nos buscaron téngolo por cierto, pero no sé que su camino fuese á Worms, antes creería que, viéndonos fuera de Openen, por ventura quisieron intentar aquella villa y que les hizo parar el deseo de que no les cogiésemos marchando, y eso mismo estarse quedos aquella noche y no marchar cuando lo hicimos. Tras eso posible será que, por mucho que lo procure, no acierte á juzgar tan del todo desapasionadamente como quisiera, pero esto sin duda que siempre que topare hierros nuestros lo escribiré cuanto rigurosamente acertare, aunque fuesen con todo extremo vituperosos.

Quedóse pues aquella noche el enemigo en campaña en el mismo sitio que tuvo el dia (ó porque era tarde para moverse, no habiendo de seguirnos, ó porque hiciese reputacion de estarse quedo). El dia siguiente, que fueron 15 de Octubre, se volvió á sus cuarteles ordinarios de Worms, donde hizo alto, y nosotros en Openen, aguardando la llegada de nuestra gente, habiendo mientras tanto reducióse á la devocion del ejército católico por conciertos tratados con el hestathalter (1) del Elector de Maguncia la villa del Baltbechelhem (2) con su castillo y el de Estromberg (3) y Castellon, (4), y ambos con sus viltas y la de Sobernein y Monzinguen), algo mayores, todas á propósito para alojar la gente más esparcida y cómodamente al invierno, seño-

---

(1) Allem. «Statthalter.» — (2) Waldböckelheim. — (3) Stromberg. — (4) Castellaun.

reando por medio de ellas la mayor parte del Obstrunek (1). Pero, por haber sido en forma más militar y ser la plaza de mayor consecuencia, fué de mayor reputacion el haber ocupado Kiberg (2), villa medianamente grande, situada en una eminencia que domina extremadamente todos sus contornos, con su muralla de piedra, aunque sin terraplano, harto fuerte y espesa, y, si bien carecia de traveses, no dejaban de ser á propósito para eso las torres de piedra harto buena de que está guarnecida á trechos. Cñela un foso de agua no malo, y dos puertas solas que tiene están harto razonablemente guardadas y cubiertas; en fin es villa capaz de defenderse y en extremo á propósito para fortificarse estremadamente sin mucha cósta. Habíase puesto los ojos en ella con deseo de haberla, pero embarazado el ejército con designios mayores, como se ha visto, suspendíase por entonces aquél como de inferior importancia, hasta que por estos tiempos habiendo conferido con el Marqués la traza que para ello parecia á propósito, se tomó resolucion de intentarla, mandando al capitan Baron la encargase á Monsieur de Mesiers, capitan de la infantería borgoñona, que á la sazón estaba en Krusenack, caballero de mucho valor y experiencia militar, el cual lo ejecutó de esta manera.

Salió de aquella villa á los tres de Octubre, á cosa de las cinco de la noche, con 150 infantes escogidos la mayor parte en su compañía, 80 arcabuceros á caballo y una carreta llena de palas, hachas y todas municiones de guerra. Habiendo hecho salir su gente á la deshilada para excusar sospechas y avisos, encaminóse con diligencia la vuelta de Kiberg, que está en distancia de siete horas de camino, escusando todo lo posible atravesar por poblado, deteniendo cuantos topaba por el camino y preguntando á sus guias solamente el que sería más diestro para encaminarse á la Mosela, por excusar todo lo posible el nombre de la villa. Sirviéronle de mucho las hachas y palas para allanar las cortaduras que el enemigo tenia hechas en el camino. Llegado finalmente junto della, tomó consigo quince soldados de su com-

---

(1) Hunsrück.—(2) Kirchberg.

pañía con arcabuces de rueda y cuatro ó cinco armas de asta, con los cuales fué á reconocer la puerta y los sitios más á propósito para emboscar la gente. Lo cual hecho y ordenado que al contraseño de un pistoletazo acudiese la infantería y caballería que estaba más lejos, hizo que seis soldados de su compañía se pusieran vestidos de los villanos que servían de guías, y tomando cada uno una espada corta y una pistola, del tamaño que podían esconderla cómodamente, les ordenó que al abrir la puerta se llegasen á ella con disimulacion, y sirviéndose de la lengua alemana en que eran harto prácticos, se procurasen señorear del puente, tirando un pistoletazo con lo cual al momento serían socorridos de la emboscada más cercana en que estaba el dicho capitán. Llegaron, pues, los primeros algo antes de haberse abierto la puerta y fueron preguntados por la centinela si habían visto al enemigo, juzgándolos por gente suya. Los soldados habiendo respondido que no, se pusieron á coger fruta de un jardinejo pegado á la puerta para con aquella ocasion poder no desviarse de ella. Abrióse poco despues, y habiendo salido seis mosqueteros á descubrir, fueron derechos á dar en la emboscada, donde con no poca dicha pudieron sin mucho ruido asirlos y detenerlos todos, y los soldados disfrazados sin perder tiempo acudir á la puerta, y señoreándose del puente levadizo, hacer la seña, con que brevísimamente fueron socorridos de todas las emboscadas. Los que estaban de guardia á la puerta intentaron alguna defensa, tirando algunos diez ó doce mosquetazos; pero, sin más daño nuestro que matar un soldado y herir dos, fueron rechazados con muerte de algunos pocos. Con lo cual se retiraron á la última puerta y la cerraron; pero sirviéndose de las hachas y martillos que prudentemente se habían traído, fué luego rota y entrada la villa, haciéndose diligentemente escuadron en la plaza: donde pensaron rehacerse al abrigo de cuatro piezas de artillería que había en ella; pero, tras alguna poca defensa, depusieron las armas, procurando salvarse confusamente, y nuestra gente hizo escuadron luego por no mal lograr (como ha sucedido, no lo haciendo, algunas veces) semejantes victorias, diligencia necesarísima en tales casos, dejando también guarnecida con un buen cabo la puerta por donde se había

entrado y enviando á ocupar la otra. Entró tras esto la caballería, la cual tomó y corrió todas las calles para quitar al enemigo toda esperanza de recuperarse. Llegaba el presidio al número de doscientos hombres sin los burgueses. Dando de todo cuenta luego al Marqués, en cuya estimacion tuvo este suceso y el valor y buena suerte del dicho Misiers el lugar que era razon.

Estábase en esta sazón con el ejército vigilantemente á la mira de lo que quería intentar el enemigo despues de la llegada de su socorro, y aunque ponía el Marqués toda la diligencia posible en procurar ser avisado breve y puntualmente, como cosa de que dependen los más de los buenos sucesos de un general, todavía el tener hasta las piedras por enemigas le hacía procurar esta entre las demás dificultades que tiene hacer la guerra en país tan desviado de los propios. Carecíase sumamente de avisos verdaderos y así variaban mucho los que le llegaron estos días de los designios del enemigo, cosa que obligaba á no tomar resolucion hasta verle marchar; pero á los 23 de Octubre se supo que se había encaminado la vuelta de Kirberg, deseoso de cobrarla y con esperanza de hacerlo, avisado del poco presidio que la guardaba. Juntó el Marqués consejo luego con esta nueva y pareció generalmente que se marchase el día siguiente, no tanto por socorrer la villa, cuya importancia no obligaba demasiado á empeñar nuestro ejército y desviarle tanto de nuestras plazas, estando á la sazón harto menoscabado de gente, sino para salir de camino también al encuentro de la que nos llegaba, y abrirla hasta que se incorporase con el ejército sin ningun detenimiento, habiendo llegado nueva de que á los 22 saldría de Coblenza, y así se hacía cuenta que el día que marchásemos ó el siguiente podríamos toparla.

No dejaba de dar pena la compañía de Borgoñones que estaba en Kirberg tan imposibilitada de poder sustentarse, y sólo se sentía en este caso, que, considerado el punto y valor de aquella nacion, querian más defenderse, perdiéndose que conservarse, aunque podian tan disculpadamente. Arrimóse pues el enemigo á Kirberg, en conformidad del aviso que se había tenido el día de los 22 de Octubre, y habiendo sido descubierto de algunos conocedores de la villa, le dió vista con



cosa de 5,000 infantes, catorce compañías de caballos y cuatro piezas de artillería y enviaron con un trompeta á decir á Monsieur de Misiers si queria rendir la plaza como la habia tomado, pareciéndole que, hallándose con tan poca gente, podría querer por ventura valerse desta disculpa. Pero él respondió al trompeta que se retirase y que se llegasen á hablarle en ello de más cerca. Hicieron con esto seguir toda la villa con la caballería é infantería y se fueron llegando hasta ponerse á tiro de mosquete de la muralla, dividiendo en dos puestos toda su gente. Adelantóse un capitán á procurar ocupar una barrera con obra de cuatrocientos hombres, pero fué saludado de manera de la mosquetería que estaba en la muralla, que le pareció retirarse á puesto más cubierto, desde el cual y desde el que habian ocupado del otro lado continuaron en tirar desde las ocho de la mañana hasta otras tantas de la noche, trayendo su artillería hásta muy cerca del arcén del foso, pero sin resolverse á valerse de ella desconfiados de tomar la plaza tan fácilmente como habian pensado. Se retiraron á la mañana con pérdida, á lo que pudo saberse, de casi 150 entre muertos y heridos, sin haber costado la vida á ninguno de los de dentro ni quedado heridos más que cosa de cinco ó seis. Accion tan honrada para los defensores (á cuya nacion nadie puede negar dos partes tan esenciales como son el valor y fidelidad) quanto de poca reputacion para el enemigo; pues tras haberse estado quedo tanto tiempo sin oponerse á ninguna de nuestras acciones ni intentado (ó para recuperacion ó para diversion siquiera) ninguna de las plazas que estaban en nuestro poder, ya que pelear con nuestro ejército no le parecia seguro ó necesario, se hubiese resuelto tras tan larga suspension á atacar una villeta tal sin fortificacion ni presidio considerable, parecia que áun el salir con ello no les acreditara demasiado, quanto más intentarlo y desistir obligados de fuerzas tan desiguales, si ya no lo hicieron más por la salida de nuestro ejército que por el presidio, al cual en cualquier acontecimiento no se le puede negar lo bien que anduvo.

Llególe al Marqués este aviso á los 25 de Octubre por la mañana y, agrado de tan honrada accion, lo que puede presumirse, marchó

en seguimiento de su disignio, avisado que podria juntarse con la gente que le llegaba de Flandes. Hizo para esto alto á los 26, y, habiéndola visto pasar, pareció hartó buena y no poco entera tras tan largo viaje. Llegaba la infantería á 2,500 entre Alemanes é Italianos y Valones y la caballería á más de 800 en diez compañías, todo á cargo del maestre de campo Lamoteria (1), gobernador de Matrique; y pareciéndole al Marqués necesario darles un par de dias de reposo, los hizo alto.

A los 29 volvió á marchar, alojando la caballería en dos villajes pegados á su infantería, y conferiendo de nuevo lo que sería bueno emprender, en que aún no se habia tomado resolucion, hubo diversas opiniones en el consejo, todas con no pequeños fundamentos. Deseaba el Marqués en todas maneras hacer algo, juzgándolo necesario á la reputacion, especialmente con la llegada de la gente que habia pedido; pero, discurriendo en todas las villas que podian emprenderse, no se hallaba fácilmente en qué poner los ojos, porque Hidelberg se excluia como demasiado desviada y como imposible sin puente para pasar el Necher. Vorms tenia en su defensa no menos que todo el ejército contrario. Franquendal ser más fuerte de lo que era menester, emprendiéndola á principio de Noviembre en país que á las primeras aguas queda inaccesible para ningun género de carruaje. Y esta oposicion de la vecindad del invierno hacia parecer total temeridad ponerse á ninguna empresa, casi por el riesgo de haberla de dejar imperfecta como por lo mucho que habia de padecer la gente en campaña, ya una gran parte comenzada á enfermar, especialmente la que vino de Italia, que era casi el principal nervio del ejército: el cual decian los de este voto, convenia más conservar que ocupar una villa más en la provincia; pues, si fuese menguando demasiado, sería fuerza perderlo todo.

Eran estas razones tan fuertes que casi todos los consejeros no acababan de resolverse á que se emprendiese nada; pero el Marqués

---

(1) Claudio de Lannoy, señor de la Motterie.

(llevado de su deseo de hacer más) en todas maneras queria ponerse sobre alguna plaza, y así, excluidas las nombradas por las razones dichas, puso los ojos en Keisersluter, entre las de aquel estado de las de mayor opinion, pero tenia dificultades casi invensibles, no siendo aún la mayor hallarse dentro, segun se entendia, cerca de mil infantes y esperar otros dos mil, segun se afirmaba, brevemente. Era menester para ir allá marchar la mayor parte por montañas, bosques y pasos estrechos, lo que no podia hacerse sin gran riesgo del bagaje y consumir un gran número de dias en llegar, y, esto todo, no lloviendo; que, si las aguas comenzaban á cargar, parecia que las dificultades casi vendrian á parar en toda imposibilidad, y siendo efecto tan incontingible, no era bien fiar de él una cosa tan importante como la reputacion que se interesaría en no salir con lo que se emprendiese. Instaba con todo el Marqués en no dejar la empresa, y habiendo hecho tres dias alto para sólo que aquel carruaje pudiese caminar poco más de una legua (tal era la aspereza del camino), juntó de nuevo consejo á 1.º de Noviembre y halló total oposicion en los votos de todos.

Las razones en que se fundaba la contradiccion eran no pocas, pero las más esenciales dos: la principal no tener el ejército que comer para más de nueve dias y ser menester consumir los cuatro ó cinco en el camino; con lo cual iba necesitado el Marqués á tomar la plaza en tres ó perecer, que habiendo dentro el presidio que se ha dicho, ya se deja pensar si contenía imposibilidad ó sólo dificultad este inconveniente: apenas á esta razon era menester añadir otra. Pero era poco menos esencial el riesgo de consumir en el sitio una buena parte del ejército, y que á otra no pequeña de la gente venida de Italia, con la vecindad de Lorena, se le añadiese la comodidad y tentacion de ausentarse, como lo iban haciendo de más lejos y con diferente riesgo, y con eso no quedar el Marqués señor de la campaña ni con fuerzas para abrigar lo conquistado el invierno, que era lo mismo que perderlo de un golpe todo. Y los que tendian la mira más adelante, y no sólo consideraban militarmente los efectos que podia ó no hacer aquel ejército aquel año, sino el fin con que el Rey le habia juntado, que

era divertir las fuerzas de los protestantes para que no acudiesen á Bohemia, y en aquel reino pudiesen lograrse los buenos sucesos que se habian seguido con esta diversion, juzgaban que para ella no era de ninguna esecncia tener una villa más ó menos en el Palatinado, sino sustentar en las entrañas de él nuestro ejército y detener la fuerza de los protestantes. Todo lo cual se hacia con la parte que se poseia, y que aventurar este tan gran efecto, conseguido ya, parecia cosa totalmente reprobable.

Aconsejaban, pues, que, dejande el intento de Keisersluter, se pusiese la mira en otras villas más fáciles y para alojamiento del ejército poco menos útiles. Entre las que se habian rendido á la obediencia del Marqués, como se ha dicho, por conciertos tratados con el statalder de Poseldorp y el capitan Baron, las más principales eran Sobernein y Monsinguen, situadas sobre el Nar, rivera que, dejando estas dos villas sobre la mano izquierda y atravesando por Krusenack, desagua en el Rhin junto á Binguen. Pusiéronse en cada una entonces sólo veinte soldados en forma de salvaguardias por no dividir en más presidios el ejército católico; y valiéndose el enemigo de la ocasion que le daba esto y las inteligencias con los naturales, las volvió á cobrar por estratagema y todas las demás plazas adquiridas por esta negociacion. Propusóse, pues, en este consejo que se cobrasen estas villas y lo restante de aquella parte de país llamado el Ostrunck, en extremo importante para alargar el ejército al invierno y dar á sentir á la provincia el daño de los alojamientos, principal efecto de la diversion; y juntamente se puso la mira en Trarback y su castillo, villa situada sobre la Mosela, muy vecina al país de Luxemburg, y Lorena, por cuyo medio se podian recibir socorros de Italia y Flandes y mancomunar nuestras fuerzas en cualquier ocurrencia: que siendo en las dificultades, decian, tan inferior estos acquisti al de Keisersluter, no lo venia á ser en ninguna manera en la importancia.

Pudieron finalmente inclinar á este parecer al Marqués tantas razones como le apadrinaban, y así, torciendo el camino, marchó el dia siguiente la vuelta de Krusenack, y habiendo entendido que en el castillo de Lanzberg habia cosa de 250 infantes, que podian molestar

los convoyes y forrageadores del campo, y ser de provecho para asegurar las espaldas á nuestro ejército no dejar aquel padrastró atrás, ordenó al conde Enrique de Bergas que aquella misma tarde tratase con el presidio que se rindiese, amenazándole, si no le hacia y aguardaba batería, que no seria admitido á ningon acuerdo. Respondieron que pensaban defenderse hasta perder las vidas, tirando al Conde (que se les habia arrimado con tres ó cuatro caballos, dejando atrás tres compañías) algunos esmerilazos. Avisó de esto al Marqués, el cual avisó al maestre de campo, don Diego Mejía, que con 2,000 infantes de todas naciones y tres piezas de artillería se arrimase al castillo y le batiese; pero antes que empezase, viendo venir esta infantería, volviendo de nuevo á hacerles instancia el Conde, se rindieron, saliendo con armas y bagaje á los 3 de Noviembre. Era el castillo, aunque á lo antiguo, bastantemente fuerte y capaz de hacer una mediana defensa, colocado sobre una eminencia, aunque dominado de otras no poco vecinas. Habia dentro un muy buena casa y, fuera de las torres y murallas de piedra harto espesa, una como barbacana que no podia ser batida fácilmente, desde la cual pudieran defenderse algunos días 250 infantes que le guardaban.

Alojóse el Marqués no léjos de allí aquella noche, y habiendo tenido aviso que el enemigo habia salido de sus cuarteles, cuidadoso de vernos fuera y del designio que llevabamos de Keisersluter, suspendió por entonces de ir á aquellas villetas, como cosa que se emprenderia, por no tener otra que hacer más importante, y siéndolo tanto el buscar al enemigo, como lo habia procurado siempre que él habia salido en campaña, marchó á los 4 de Noviembre con harta diligencia la vuelta de Alzem, en cuyo paraje se hallaba, á lo que parecia, sólo para estar á la mira de nuestras acciones. Y así viéndonos hacer alto y no continuar el intento de Keisersluter, lo hizo él tambien, alojando su gente á cosa de dos leguas de distancia de nuestro ejército; pero poco despues, por tenerla con alguna más comodidad y poderla alojar más especialmente, se retiró la vuelta de Worms, en cuyos contornos puso la mayor parte y la demás en los cuarteles santiguos. Con lo cual, pareciéndole al Marqués sazón de ejecutar el intento de cobrar esta

parte de país que se ha dicho y para esto bastaría un mediano número de gente, quedándose él en campaña al opósito del enemigo, lo encargó á don Diego Mejía; juzgando tambien que no era empresa, aunque de harta importancia, digna de todo el ejército y que le sería más decente oponerse al enemigo, con lo cual podría ejecutarlo don Diego con sola la gente que pensaba darle: que fueron 700 Españoles de su tercio en nueve compañías, 400 Lombardos, 600 Alemanes, 200 Valones, y, á cargo de don Francisco de Ibarra, su compañía de lanzas y la de arcabuceros á caballo de don Alvaro de Losada con cuatro piezas de artillería.

La órden que llevó fué tomar en primer lugar el castillo de Piquelen (1), y despues, encaminándose la vuelta de la Mosela, hacer llamar los burgomaestres de las villas de Sobernein y Monzinguen, y, tomándoles juramento de estar á obediencia del Emperador, sin ponerles por entonces guarnicion, á pasar Trerbak y procurar tomarla con su castillo y luego los de Stachemberg (2), Wolff y Bielstem (3) y los demás puestos y lugares que le pareciesen de aquel contorno que fuesen del Palatino y de su devocion, y, hecho esto, volviese á buscarle. Esta fué en sustancia la instruccion de don Diego.

El cual llegó á los 10 de Noviembre á vista del castillo llamado Malpiquelen (4), habiendo antes mandado ocupar los puestos á don Francisco con las dos compañías. El cual llegado, ocupadas las avenidas y puesto centinelas en los lugares convenientes, se adelantó con don Alvaro y otros dos soldados á reconocer el castillo, y habiéndoles tirado algunos mosquetazos, conocieron que el presidio tenia resolucion de defenderse. Con todo les envió don Francisco con un trompeta suyo, como don Diego se lo habia mandado, á decirles que se rindiesen antes de aguardar batería, porque despues no serian admitidos á ningun acuerdo. Respondieron que habian jurado fidelidad y pensaban guardarla. Era el castillo, aunque sin traveses, de una muralla fuerte

---

(1) Böckelheim. — (2) Starckenburg. — (3) Beilstein. — (4) Waldböckelhime

y espesa, ceñido en forma oval del Nar, que, como se ha dicho, pasa por Krusenack. Estaba, puede decirse, divino en dos, porque le partida por de dentro otra muralla tan buena como la principal, además de una barbacana, tambien de piedra, que le servia como destrada cubierta y de plaza no fortificada á lo moderno. Puede ésta tenerse por medianamente fuerte. Llegado don Diego, se plantaron tres cañones á un torreón y, por ser la batería en la parte superior de él, en toda aquella tarde y la noche siguiente no se hizo efecto que pudiese servir á los de fuera ni dañar á los de dentro. Los cuales desviados de la parte que se batía y divididos en las troneras, aunque no tiraban muy á menudo, por andar nuestra gente demasiado descubierta, hirieron cosa de diez ó doce y mataron cinco. Avisó de todo al Marqués, y, juzgando que habia menester más gentes, le envió 400 infantes y dos piezas de artillería que llegaron la mañana siguiente, pero á tiempo que estaba ya el castillo tomado. El cual, visto que no se batía por buena parte, se le mudó la batería á un lienzo que era la habitacion principal y de otra más débil, y así á cosa de media noche se tenia hecha batería suficiente para proceder al asalto, resolviéndose don Diego en dársele el día siguiente. Habíase juzgado tambien que hubiera sido más á propósito asestar la batería al puente, por parecer que con pocas ruinas que cayeran se cegaría aquella parte de foso más estrecha y seca que lo demás. Pero dejóse, porque el alférez Villaruel, que en hábito de villano habia reconocido la plaza, advirtió que quedaba despues otra retirada con una muralla poco meros buena que la principal. Con todo eso, además de la batería de los tres cañones, ordenó don Diego que con el cuarto se batiere el puente, haciendo reconocer la batería principal á dos alféreces reformados de su tercio. Y estando tratando de disponer el asalto, á los primeros tiros del cuarto de cañon llamaron los de adentro, y, no queriéndoles conceder don Diego ningun género de partidos, se resolvieron en darse á merced. Salieron pues sin armas ningunas, y, aunque asistió personalmente el maestro de campo á su seguridad, indignados los soldados de que hubiesen querido defenderse, á su parecer, con obstinacion, mataron deshordenadamente algunos, sin que fuese posible estorbár-

selo, que fué deshórden harto culpable. No dejeron de sacar heridos y entre ellos al capitan, y, dado que se le puede imputar que con menor fundamento, en razon de guerra; que pertinacia se hubiese querido defender, no se le puede negar el valor con que lo intentó.

Dejó don Diego dentro cien Borgoñones, y el día siguiente en conformidad de su órden, pasando por Sobernein y Montsigenen, tomó juramento á los magistrados de aquellas villas, sin dejarles por entonces guarnicion como el Marqués le hebía mandado, y marchó la vuelta de Trerbak, enviando delante, á los 12 de Noviembre, á tomar los puestos con la caballería. La cual, llegada al cuartel de aquella noche, habiendo don Francisco recibido aviso de don Diego de que sospechaba quería el enemigo meter en aquella plaza 400 infantes, marchó al momento para prevenirlo, llegando allá antes de amener, y ocupados los puestos y avenidas avisó don Diego, que, apresurando su jornada, llegó á los 13 á vista de la villa. La cual, reconocida, pareció más fuerte de lo que pedia el acometerla con tan poca gente, porque está rodeada toda de peñas inaccesibles, sin tener más camino para entrar en ella, que dos ó tres harto difíciles en artillería, y por el lado de la Mosela una pequeña distancia de tierra harto más llana, pero tan estrecha casi como los caminos. No se podía con esto abrir las trincheras por ninguna parte, pero sirviéndose de un camino hondo que va á una de las puertas y á un lienzo de muralla, aunque fuerte, sin traveses, se ordenó á los capitanes Antonio de Otaiza, don Diego de Carvajal, Pascual de Arenas, don Diego de Zúñiga y Francisco Correa de Silva se arrimasen por ahí, y, algo antes de llegar á la puerta, sacasen al camino un ramal de trinchera con sus traveses. Ordenóse tambien que en una eminencia pegada á la villa se hiciese la misma noche una batería de los cuatro cañones, que, aunque no podía ser de efecto en la muralla, batiendo en ruina las casas, se presuponia que el miedo le haria no pequeño en los burgueses. Los cuales, habiéndoles propuesto don Francisco, cuando llegó, que se rindiesen como se ha dicho, súpose que lo deseaban y que el cabo de la gente de guerra se lo estorbó. Mandóse

tambien á los Italianos que, ocupando otro lado, sacasen un ramal de trinchera para que, acometidos por tantas partes los pocos soldados del presidio, viéndose obligados á guardar muchos puestos, perdiesen las esperanzas de defenderse.

Esto se ordeó la noche de los 13 de Noviembre, y la mañana siguiente, reconocido con el día mejor el puesto de la batería, escogido otro mejor, se mandó mudar, caminando entretanto las dos naciones con las trincheras. Empezóse al momento á tirar, continuándose más de cinco horas, la mayor parte al castillo, y con un trabuco se les arrojaron gran cantidad de bombas á él y á la villa, asistiendo á todo don Diego y visitando los puestos continuamente; pero siempre se descubrian mayores dificultades que esperanzas de tomar tan brevemente como era menester la plaza: cuando, á cosa de medio día, salieron á parlamentar algunos de los del magistrado de la villa, los cuales propusieron las condiciones que se habian concedido á las otras que nuestro ejército habia tomado y algunas más. Estas no quiso concederles don Diego, y, hecho acuerdo con las otras, envió al capitán Otaiza, que con cien infantes fuese á ocupar la puerta, mientras enviaba la demás gente de que habia de constar el presidio.

Túvose á muy buena suerte que quisiese rendirse de esta manera, porque estando resuelto don Diego que aquella noche se acometiese la puerta que respondia á la trinchera de los Españoles, no pudiera ser sin mucha sangre, que jamás se les habia podido batir un torreón que hacia traves á toda aquella cortina, á la cual fuera menester arrimarse descubiertos. Hicieron los de la villa este concierto contra la voluntad de quien mandaba el castillo, en orden á la expugnacion del cual se ofrecian hartas dificultades, porque para batirle eran menester no pocos días á causa de ser de piedra fuertísima, no pudiendo tirarle sino de sola una parte y esa en distancia hien larga. Todavía iba disponiendo don Diego con toda diligencia lo necesario á la empresa, si bien el poco número de gente con que se hallaba lo dificultaba harto.

Este mismo dia se le rindió por conciertos el castillo de Ester-

quenburgo (1) y el burgo de Kerik (2) que contenia más de 400 casas, situado á cosa de media legua de Traback sobre la misma márgen de la Mosela, y el siguiente, el castillo de Wolf, uno de los contenidos en su órden. Empezóse pues la batería de este otro á los 14 desde una eminencia, asestada más particularmente á un lienzo que parecia el principal de la habitacion y de obra más flaca; pero era el efecto que se hacia de poquísima importancia, no habiendo por donde llegar á servirse de la batalla para asaltarle, ni más que el camino hondo enderezado á la puerta por donde pegarse al castillo, el cual tenia un torreon que le franqueaba, imposible de ser batido por no haber parte de donde se le pudiese plantar pieza ninguna. Todavía hizo don Diego que el capitan Latour, que lo era de artillería, reconociese si se podia llevar á manos un cañon por el camino hondo que iba á la puerta. Reconocióse, y aunque parecia imposible, se resolvió don Diego en intentarlo, viendo que no habia otro camino de atacar la plaza.

Ejecutóse la noche de los catorce, venciendo infinitas dificultades, estando entre otras una vez casi volcada la pieza, cortando con picas en algunas partes el camino. Tirábanla cuatrocientos hombres, unas veces el menor número detrás y otras delante, segun lo pedian las cuestas, tal vez abajo y tal arriba, lo más del tiempo descubiertos todos de la mosquetería del castillo, obligando al trabajo con su ejemplo don Diego, don Francisco y don Alvaro y los demás capitanes, que eran los primeros á tirar las cuerdas, con el cual y con el gusto de emplearse en cosa tan dificultosa trabajaban los soldados gallardamente. Llevóse en fin hasta donde se habia reconocido, y acomodando la batería aquella noche, el dia siguiente se vió que, aúa desde allí no se podia hacer efecto considerable, porque sólo podian batirse de medio arriba dos torreoncillos de la puerta; y la trinchera en que habia de asistir la gente estaba la mayor parte desemboscada y descubierta de uno de los torreones del castillo que no se podia batir. Con esto se

---

(1) Starkenburg.—(2) Enkirch.

hablaba de servirse todo el día de la pieza donde estaba, y á la noche, aunque fuese á costa de mucha sangre, pasarla pegada á la puerta; pero, tratándose de esto, comenzaron á parlamentar. Ajustóse que se juntasen en medio del castillo y nuestras trincheras tres de cada lado. Señaló don Diego al coronel Baur, á don Francisco de Ibarra y al capitán Vanefre, que al presente, por patente del Marqués, tenía el gobierno de Alzem en lo civil, de cuya inteligencia se valia en las negociaciones del país y para eso se le dió á don Diego. Los cuales ajustaron con él que gobernaba entre ellos que entregaría la plaza el día siguiente á las ocho de la mañana, dando desde luego rehenes. Concediéronseles ordinarias condiciones de sacar armas y bagajes, pero no la artillería y municiones: y así se ejecutó el día siguiente 15 de Noviembre.

Fué sin duda gran suerte tomar esta plaza á tan poca costa y con tan corto número de gente, porque, á ser más los defensores y tener municiones bastantes, tuviera que hacer muchos días un gran ejército, y por la importancia de ella no fue poco considerable facción, pues además del ensanchar, como se ha dicho, tanto el alojamiento del ejército, por su medio se mancomunaban las fuerzas que se tenían en el Palatinado con la del País bajo por la provincia de Luxemburg, atravesando solamente muy poca tierra de príncipes tan seguramente amigos, como son el Elector de Treveris (1) y el duque de Lorena (2); y se podían comodamente recibir socorros no sólo de Flandes pero también de Italia para todas las empresas y ocurrencias de Alemania. Añadíase por circunstancia de no mediana estima la poca gente que bastaba para guardarla.

Contento pues don Diego de tan buen suceso, marchó el día siguiente con la infantería á alojarse en un villaje pegado á un cuartel de la caballería, y el de los 17, continuando su viaje, le feneció llegando al campo, que estaba alojado á los alrededores de Krusenack, á los 20 de Noviembre, donde durante su ausencia no había

---

(1) De Metternich.—(2) De Lorraine.

habido cosa considerable; continuando el ejército protestante su ordinaria resolución de no emprender nada, contentándose de estar solamente á la mira del nuestro, atendiendo más que á la conservación de la provincia á la de aquella gente. Que como los negocios propios tienen siempre tanto mayor lugar que los ajenos, con más confederación y amistad que intervenga (á lo que yo creo), pareciales á aquellos príncipes que con la conservación de aquellas fuerzas atendían á las de sus propios estados, y, que si una vez llegaban á experimentar un siniestro suceso y deshacerse, correrían el mismo riesgo que el Palatino, el cual no era mucho que desearan evitarle en primer lugar: que no contiene mayor fineza la buena voluntad entre príncipes. Por ventura, en descuento de los demás bienes en que se aventajan á los particulares, quiso el cielo privarles del regalo de la amistad, uno de los que goza el alma racional.

Hacíanse en el campo la noche que se incorporó con él la gente de don Diego universales fuegos y salvas por la más justa alegría que pudiera ocasionarlas, habiendo recibido cartas el Marqués aquel día del Elector de Maguncia con aviso de la señalada victoria que había tenido el ejército del Emperador gobernado por el conde Buque y el de la Unión católica y duque de Baviera por su propia persona contra el de los Bohemios y el Palatino. Hubo también carta del Conde refiriendo muy por menudo todo lo sucedido en la batalla, la disposición del sitio, el orden de ambos ejércitos, las causas en que se fundó el atacar el contrario, la manera en que se hizo, y últimamente el feliz suceso que se obtuvo; que, aunque no sea directamente de mi argumento, ni muy de mi opinión escribir lo que no se vió, por la dignidad de tan gran victoria y por la conexión que tuvo con lo que refiero, me ha parecido tocarlo sumariamente, y no menos por las advertencias militares que pueden sacarse de la prudencia con que este gran caballero y valeroso soldado se portó en tan importante ocasión.

Decía, pues, el Conde que á los 5 de Noviembre habían partido de Raconitz ambos ejércitos la vuelta de Praga y que, habiéndole tocado la retaguardia al imperial, por quedar á las espaldas el enemigo, la necesidad de abrigar todo el bagaje obligó á detenerse más de lo que

se había pensado, y habiéndose adelantado Mos de Tilly, maestre de campo general del Duque, con su gente, fué el primero á ver el ejército contrario; pero, por aguardar al Conde, hizo alto todo aquel día á vista de él sin moverse. Andada la noche, tuvo aviso el Conde que marchaba, y luego despachó al coronel Gauche, con quinientos caballos y mil mosqueteros para entretenerle. El cual, llegado á los cuarteles de los Húngaros al amanecer, los rompió y pegó fuego. Hizo esto apresurar el paso á ambos ejércitos, sacándolos á media noche de los cuarteles, y, caminando con diligencia, dieron vista al enemigo al amanecer á media legua de distancia, juntó á un villaje. Era el puesto que ocupaba algo eminente, y, por la parte que miraba al ejército católico hácia la mano derecha, tenia un fuerte con dos piezas y unos barrancos grandes, á las espaldas un parque cerrado de murallas y el lado izquierdo abrigado de otro fuerte, aunque en campaña más llana. Iba la eminencia calando hácia otra no tan grande, y esta segunda lo mismo hasta un arroyo que no podia pasarse sino por un puente que estaba algo más adelante del villaje, por la parte que se encaminaba el de Baviera. Fué, pues, de parecer el Conde que se pudiesen ambos ejércitos en batalla y se reconociese por cuál de los dos costados habria mejor disposicion de venir á las manos. Comenzóse á poner en ejecucion, haciendo ambos ejércitos sus escuadrones, pero Mos de Tilly pasó más allá del villaje á hacer los suyos y sin avisar al Conde se encaminó la vuelta del enemigo con demasiada prisa y con ella pasó el puente con un regimiento de infantería, empeñándose de manera, que, si el enemigo le cargara, hubiera corrido gran riesgo de perder aquella gente. Envió á solicitar al Conde se diese prisa á llegar, que no sintió poco la confusion que pudiera ocasionar, si bien el apresuramiento que con más valor que advertencia tuvo el Tilly fué por ventura harta causa del buen suceso, obligando este empeño á la necesidad de seguirle á atacar al enemigo con más resolucion y presteza de lo que por ventura se hubiera hecho, reparando más en la importancia del caso y deseando proceder en él más madura y aseguradamente. La verdadera dicha es la que necesariamente obliga á acertar y cierra todos los demás caminos que pueden estorbarlo, co-

mo en las desdichas fatales lo contrario. Sintió no poco el Conde el desórden que pudiera haber ocasionado esto, pues le fuera fácil al enemigo degollar aquella gente y necesario en los ejércitos católicos permitirlo á sus ojos, ó, para remediarlo, haber de pasar ambos el puente, deshechos los escuadrones. Tomó despues Buque el camino más sobre la mano derecha, que era el más llano y con menos defectos, y el ejército de Baviera pasó el puente con más desembarazo. El cual, con haber cargado demasiado sobre la mano izquierda, fué fuerza que el del Emperador se desviase del buen camino que había traído, dejándose caer sobre la misma mano, tambien recibiendo ambos mucho daño de la artillería enemiga. Necesitaba esto á acometer desaventajadamente al enemigo, y, lo que era peor, sin poder reconocer la forma con que estaba ordenado en batalla y los demás reparos y prevenciones que podian tener, ni, si ocupada la eminencia por aquella parte, habria impedimento tan entre ellos y los católicos, que, no pudiendo pasar adelante, quedase la gente expuesta y descubierta á toda la artillería, á menos de tiro de mosquete de distancia, de que podia resultar tal desórden como deja considerarse.

Visto todo esto por el Conde, tomó resolucion de combatir en otra forma de lo que habia pensado, y fué probar la suerte con cuatro batallones de infantería y quince gruesos de caballería, sustentados al calor de lo restante de ambos ejércitos. A todo lo cual se dió órden que no se moviese sin tenerla, y, pensando que el enemigo no saldría de sus puestos, era fuerza ganar el reductillo de la mano derecha, con que se le venia á igualar en superioridad de puestos, y, si se mejoraba y salia de sus ventajas, con lo demás del ejército se le acometería con más igualdad de terreno. Encamináronse, pues, los batallones dichos al enemigo, el cual, haciendo lo mismo con algunos escuadrones de caballería y batallones de infantería, recibió nuestra gente con tanto valor que comenzó á ponerla en huida. Visto lo cual, se encaminó lo demás del ejército y dió tal calor á los primeros, que, rechazando al enemigo, le hizo perder el puesto de la artillería y volver las espaldas hácia Praga. Siguióse con resolucion, matando todo lo que se topó con armas en la mano y rindiendo catorce banderas

que se recogieron en una casa de placer del parque de aquella ciudad, debajo de cuyas murallas se pasó á tomar puesto aquella noche, habiendo ganado diez piezas de artillería y gran cantidad de estandartes y banderas, muchos oficiales y prisioneros de calidad. Retiróse tambien á Praga el mismo Palatino, y otro dia la vuelta de Silesia con algunos pocos que le siguieron, hallándose la órden de la *Charitière* que traía este príncipe, de que se infiere la mucha priesa y poca decencia con que le fué fuerza retirarse. Procuró un embajador de Inglaterra esforzarse á introducir algunos medios de paz, que ni fueron admitidos, ni los de la ciudad dieron lugar á ello, abriendo las puertas al ejército católico el mismo dia de los 9 de Noviembre, uno de los más dichosos sin duda que han amanecido en nuestros siglos á la Iglesia católica, nada inferior en la importancia, puede decirse, al de la felicísima batalla de Lepanto; pues si en aquélla por medio de tan señalada victoria se habia oprimido la fuerza y poder otomano, que tanto amenazaba la Iglesia, en éste no se habian remediado menores males, oponiéndose al caudal de las herejías que no ya con persuasiones sino con armas tan gallardas y confederaciones tan bien fundadas estaba cerca de inundar las provincias más puras. Pues, desterrada una vez la religion católica de Alemania, quedaba Italia, Francia y España en tan urgente peligro, siendo la miseria de nuestros tiempos tal, que, llevados de estas que llaman conveniencias y consideraciones políticas, no faltaron príncipes católicos que ayudarían á la duracion de semejantes males. Pero cuanto éstos son dignos de vituperio y lástima, por mejor decir, lo es de inmortal alabanza el de Baviera, habiendo empleado no sólo sus fuerzas sino su persona con tanta fineza y resolucion en tanto desígnio, quedando la cristiandad en perpétuas obligaciones á aquella serenísima casa y en primer lugar al celo y largueza del Rey católico, por medio de cuyas armas y tesoros, desde el principio destas peligrosísimas revoluciones, se fué encaminando al remedio de ellas. Y no se debe poco al valor y prudencia militar del conde de Buque, así en la direccion y acierto de esta batalla como en los tiempos, que tan falto de gente y otras asistencias, conservó en medio de tantos enemigos el puesto de Bu-

dunais (1), con lo cual no acabando de sacar los piés de Bohemia, guardó aquella puerta abierta al remedio de tan grandes miserias como amenazaban la cristiandad, y no dejará de ser forzoso confesar ingénuamente aquellos victoriosos ejércitos y sus cabezas que deben á éste, que, entrando en el Palatinado, detuvo y divirtió las fuerzas protestantes, el haber podido lograr tan buen suceso. Pues, si con sólo el ejército que pelearon estuvo tan dudoso, puédesse considerar qué fuera, añadido á él uno en que por lo menos hay, segun la más comun cuenta, más de diez mil caballos; pero lo más cierto de todo es que á sólo Dios y á su infinita misericordia se debe tan gran suerte, habiendo encaminado que voluntades de príncipes, de ordinario tan desunidas y llenas de defectos y ambiciones propias, se hubiesen conformado tan uniformemente en asistir al bien comun de la cristiandad, de que se olvidan hartos no pocas veces.

Obligaba ya por este tiempo el invierno á meter la gente en guar-niciones, multiplicándose cada día las enfermedades que causan los excesivos trabajos, á que ayudaba ya no poco el frio en extremo nocivo á los soldados, que apenas tenían paja en que dormir. Y viendo que los enemigos no hacian muestra de moverse, antes de retirarse tambien á invernar, se resolvió el Marqués á lo mismo, repartiendo la gente menos ancha y cómodamente de lo que quisiera por la estrechez del país. Pero, con todo, no dejó de alojar todo su ejército en el estado, carga que le hizo de nuevo culpar y gemir el hierro de su señor, y darle á conocer cuánto más dichosos son los pueblos á quien Dios hizo miembros de grandes monarquías, cuya defensa se apoya á tanto más sólido fundamento, y, participando de las fuerzas comunes, su amparo no le tienen expuesto á tan leves accidentes como aquellos, cuyos príncipes, ó contentándose con la escaseza de su poder, no le tienen para defenderlos, ó aspirando á ensancharle, mal fundadamente lo intentan á tan gran riesgo de sus súbditos.

---

(1) Budweis.

## LIBRO III.

No ponía á la vigilancia y cuidado del Marqués algunas treguas el invierno. La dificultad de alojar en tan poco ámbito todo el ejército no era pequeña, y, sobre todo, la que tenía el designio con que estaba de sustentarle la mayor cantidad de tiempo que pudiese de sólo la sustancia del país. Intento harto prudente, anteviendo las dilaciones que podía haber en proveerle de dineros desde España, donde se acudia presentemente á tan largos gastos; pues, fuera de los ordinarios de Flandes y ambos ejércitos de Alemania, los nuevos movimientos que amenazaban á Lombardía con la reciente ocupacion de la Baltovina había obligado á formar ejército, que, á cargo de don Jerónimo Pimentel, militaba en aquella parte con los sucesos que escribiría algun testigo de ellos. Necesitábale todo esto al Marqués á gastar con mucha escasez la parte de dinero que le había quedado en ser, aunque fuese á costa de tener menos gustoso su ejército de lo que él quisiera, siéndolo el estarlo aún mayor interés de quien da que de quien recibe. Pero pesada la calidad de ambos inconvenientes (que es el mayor primor de la prudencia) estimaba menos mucho el desabrimiento de la gente que hallarse á la entrada del verano con un ejército incapaz de valerse de él, y así aspiraba á buscarle un sustento solamente tolerable, procedido, como se ha dicho, del país, del cual sacando el mayor jugo que le fué posible, comenzó á meterle todo en contribucion; y para ver un escollo en que han peligrado no pocos generales, quiso que así á la forma de la exigencia del dinero como á la de su distribucion no faltasen testigos con que lavar sus manos contra las calumnias que en este género de casos jamás faltaron al más bien opinado, así por la aceptacion que tiene esta suerte de chismes en los príncipes como por las espaldas que hace á sus autores la emulacion y envidia. Desdicha fatal á grandes personajes: teniendo este vicio, áun entre

todas las demás virtudes, particular ojeriza con la militar como la más lucida.

Determinó, pues, el Marqués que de todo lo procedido de la im-  
posicion se hiciese una masa y depósito en manos de Juan Bautista  
Vocabela, á quien hizo depositario general para recogerle y guardar-  
le, y para distribuirle formó uno como consejo de hacienda, dando el  
primer lugar en él al consejero Estienus (1), que, siendo del privado  
del Archiduque en Flandes, venia con órden suya acompañando al  
Marqués en esta jornada para servirle en las ocurrencias que necesi-  
tasen de persona togada. Los demás eran: Melchor de Spinosa, per-  
sona inteligente en las materias de hacienda, y que años antes habia  
servido por órden del Rey al cargo de veedor general en Flandes, ha-  
ciendo en esta junta oficio de veedor, de contador Pedro de Alzamo-  
ra, y de secretario de ella el secretario ordinario Hanz Oberholtzer,  
en quien, fuera de la experiencia en papeles, concurría la naturaleza  
y lengua alemana necesaria para la gente con que habia de tratarse.  
Formada esta junta y ajustada con los pueblos la cantidad de contri-  
bucion, se fué distribuyendo de manera que la mayor parte del ejér-  
cito se sustentaba sin tocar al dinero del Rey, aunque algo permanen-  
te, y no sin desabrimiento de los soldados que imaginaron esta guerra  
más provechosa. Lo cierto es que á un mismo tiempo no se puede  
atender á fines opuestos.

Quedaba todavía una parte de gente que aún no habia (sustento) en  
el país que se ocupaba, y así por eso, como por inquietar y consumir  
al enemigo, se determinó el Marqués en echar de esotro lado del rio  
nueve compañías de caballos y hasta 600 infantes á cargo del conde  
de Liembourg, qué, como Aleman, con mayor noticia de la tierra y la  
lengua procurase sustentar esta gente y ocupar alguna villeta en que  
alojarse y hacerse contribuir desde ella, dándole por acompañarlo pa-  
ra las negociaciones al capitán Vanefren, de quien se hallaba bien  
servido en semejante ministerio. Pasó, pues, el Conde el Rhin no lejos

---

(1) De Steenhuis.

de Maguncia, á los 16 de Noviembre, y á los 19 ocupó el burgo de Nivenhein (1), tomó á los 23 el castillo de Ritelen (2), á media legua de Francfort, situado sobre el Nit (3), y á los 28, por conciertos capitulados con los condes de Laueteran (4), la villa de Fridbourg (5) con su castillo, plaza medianamente grande y fuerte. Halláronse en ella 37 piezas de artillería, la mayor parte de bronce, y armas para un buen número de gente. Con este aviso le envió el Marqués más infantería para reforzar la guarnicion de aquella villa, desde la cual y desde las de Muntzenbourg (6) y Gelhausen (7), que ocupó tambien el mismo Conde á los 15 y 18, comenzó el Marqués de tratar de hacerse contribuir, y se fué consiguiendo en felicidad, trayendo á manos de la junta de la hacienda todo lo que se sacaba, con la puntualidad y publicidad necesaria en tales casos á la opinion y seguridad del que gobierna.

Echó tambien otro golpe de gente por el mismo tiempo de esotro lado de la ribera á cargo del conde Juan de Nassao, que á los 16 del mismo mes tomó la villa de Vetzlar, situada sobre la Ene (8). Y con eso toda aquella parte de país, llamado comunmente Laueteran (9), que se contiene entre Francfort y las montañas, obedecia al ejército católico y comenzó á ayudar á su sustento, dando no poco cuidado al enemigo.

El cual, por este tiempo, deseoso de hacer alguna suerte en nuestros cuarteles, puso los ojos en un villaje casi abierto, en que alojaba la compañía de infantería italiana de Jerónimo Valeta, que por estar á poco más de hora de camino de Krusenack, si bien del otro lado de la ribera, se juzgaba razonablemente asegurado, aunque sólo en número de poco más de 140 hombres. Resolvióse con todo eso el enemigo en intentarlo, fiado en sus buenos avisos y en la falta de los nuestros, con lo cual podia caminar sin ser descubierto. Llegó, pues,

---

(1) Neuenhain.—(2) Rödelhein.—(3) La Nidda.—(4) La Wetterau.—(5) Friedberg.—(6) Münzenberg.—(7) Gelnhausen.—(8) La Lahn.—(9) La Wetterau.

al cuartel el día 22 de Enero, al romper del alba, con 400 caballos y otros tantos mosqueteros en grupa, y acometióle intempestivamente por dos partes, apoderándose de una granja deshabitada, con que dejaron cortado un cuerpo de guardia que estaba en una de las avenidas á una barrera, y, apoderados de él, acudieron con presteza á la casa del capitán; el cual, levantándose casi desnudo de la cama, se empezó á defender honradamente: pero, con algunas heridas y una en particular en la cabeza, fué tomado en prision. Púsose luego la compañía en arma, acudiendo con presteza los que se hallaron más á mano; y juntos ya hasta 14 soldados y tres alféreces reformados, acometieron resolutamente al enemigo que pugnaba por apoderarse de la bandera, la cual pusieron en salvo, haciéndole empezar á retirar con hasta seis muertos y algunos heridos, y apretándolos de nuevo, los acabaron de poner en rota hasta echarlos del casar totalmente, habiéndose peleado casi dos horas. Murieron de nuestra parte once, quedaron ocho heridos y fueron presos siete con el capitán, que fué el que sólo pudo dar materia de sentimiento, por ser soldado de valor y estimacion. De la honrada defensa de los soldados se hizo la que era razon, pues, acometidos por fuerzas tan desiguales, conservaron su cuartel y bandera, aunque no se puede negar al enemigo la resolucion de haberle acometido tan pegado al centro de nuestras plazas. Súpose en Krusenack á tiempo que comenzaba á volverse, y así, perdiendo la esperanza de poder alcanzarlos, sólo se mandó salir una escuadra de caballos á tomar lengua de su vuelta.

No daba el rigor del invierno lugar á mayores hostilidades, aunque no dejaba de inquirir el Marqués menudamente el estado de sus plazas para gozar de cualquier ocasion, y así informado de que en Bessetheven (1), burgo cerrado á poco más de una legua de Vormes habia alojadas tres compañías de infantería, que llegarían á 400 hombres y una de caballos, se resolvió (aunque estaba tan cerca del más grueso presidio de su ejército) en tentar de desalojarlos, y para eso ordenó

---

(1) Ost-Hofen.

al conde Enrique (1) que sacando cuatro piezas de artillería y un petar de Krusenak, casi 2,000 infantes Borgoñones, Italianos y Valones de las guarniciones de Alzem, Openen y Odernem (2) con doce compañías de caballos, entre ellas las de don Diego de la Cueva y don Alvaro de Losada de Españoles, la de Italianos de Juan Bautista de Oria, y las demás del país, se hallase allí el día de los 15 de Febrero, al amanecer, procurando, como mejor le pareciese, apoderarse del cuartel. Llegó á él el Conde al romper del alba y, no habiendo querido rendirse, los batió hasta más de las dos. Al cabo se dieron á merced, y él, con las banderas, estandarte y caballos, los trajo á todos hasta Krusenack, no se habiéndose atrevido los de Vorms á socorrerles. Por ventura se temieron que dejando poca gente en la villa, al volver, sus burgueses les cerrarian las puertas, cansados de sufrir tan largo y grueso alojamiento, por mantener el peso de la guerra más útil á los designios de los príncipes que al sosiego del pueblo, el cual á los principios entra á la parte en los ódios y en el deseo de la venganza de la guerra civil, pero, cuando con la duracion de ella conoce que en solo los daños y miserias ha de tener vez, y en los premios nobles no más, cánsase y desea las victorias al que más modestamente usa de ellas, aunque sean enemigos. Así se entendia de los de Vorms, además de haber número considerable de católicos en aquella villa, y esa pudo ser la causa de no salir gente de ella al socorro de su cuartel.

Pero, aunque el Marqués cuidaba de este género de facciones, su principal vigilancia es cierto que no cargaba ahí, sino en el fin principal de la guerra y á encaminar muy con tiempo las prevenciones de la que habia de hacerse el año siguiente, si antes por algun otro camino no se pusiesen estas discordias en el estado que se pretendia, aguardando á ver que efectos producía la venida del Palatino á Heidelberg, que era lo que mayor materia daba á los discursos de todos; y, segun se entendía entonces, le esperaban allí, habiendo vuelto las es-

---

(1) Enrique de Bergh.—(2) Odernheim.

paldas á Bohemia y á las esperanzas de reinar; que se pudo prometer tan seguras. Tal es la ordinaria mudanza de las felicidades humanas y tal la presteza con que se truecan las que parecen más fundadas.

Juzgábase que con la venida de este príncipe por acá (donde le aguardaban juntos en Hellebrun (1), villa situada sobre el Necher más arriba de Heidelberg, todos los de la Union) no podían, según se discurría, dejar de resultar novedades muy considerables á la suma de las cosas. Creían algunos que, conhortado de perder lo de Bohemia como cosa difficilísima de cobrar, todos sus pensamientos se volverían á la recuperacion de su patrimonio, y que no se alargaría á mayor desígnio la ayuda que pediría á la Union, cuyos príncipes también se conformarían en esto, viéndose defraudados de otros fines mayores. Lo cual capitulándolo con las armas en la mano, sería con reputacion suya y con esperanzas de sacar del Emperador, el Rey y los católicos condiciones útiles á su particular seguridad; pues era de creer se las haría conceder liberalmente la gana de concluir de una vez con la quietud pública y la restauracion de la casa de Austria á su antiguo dominio. Y así los de esta opinion prometíanse que fácilmente vendrían en cualquier género de acuerdos. Otros dudaban de ello, y tenían por más segura la guerra que la paz, creyendo que desobligados los protestantes de acudir con parte de las fuerzas y dineros á Bohemia, como hasta aquí había sido forzoso, ahora, habiendo de hacer la guerra en sola una provincia, podría ser más gallarda, y que este era el camino de remediar los sucesos del año pasado, haciendo cuenta que acabándosele al Rey la tregua en Flandes, comenzándosele en Lombardía una guerra nueva y continuándole la del Palatinado, malamente podría acudir á todo. Y así este, decían, era el tiempo de hacer el último esfuerzo por apretarle, pues si una vez dejaban establecer pacíficamente y victorioso el Emperador en Alemania en todos sus estados y volver el ejército del Palatinado á Flandes, ó (lo que

---

(1) Heilbronn.

fuera notablemente peor) quedarse en aquella provincia tan en medio de sus casas, era permitir una reputacion y mejora en las cosas del Rey, la casa de Austria y el partido católico, difícilísima de desarraigar en muchos años, y que era lo mismo que reducirse á pasar por el último estrago de sus cosas. Y así, para asistir á esto y remediarlo, era menester, decian, no desamparar al Elector y servirse de él, como el primer pretexto de la guerra, para no desmembrarse tambien totalmente de los Bohemios, los cuales, aunque vencidos al presente, podian intentar nuevos movimientos; añadiendo que serviria esto tambien de no perder á Inglaterra y otros príncipes de su devocion.

En estas dos distantes opiniones estaban partidos los discursos de casi todos, y el Marqués, aunque en todas ocasiones daba á entender cuanto deseaba el Rey la concordia universal, cuyas armas sólo á ese fin habian entrado en Alemania, trataba por otra parte de hacer gallardas prevenciones militares para la primevera. Dió patentes para dos regimientos de Alemanes al conde Isembourg (1) y al príncipe de Simay (2), y, con otras levas que tenia trazadas en Lorena y Borgoña, pensaba hallarse á los fines de Abril con casi 30,000 infantes y poco menos de 6,000 caballos, siguiendo en esto la antigua máxima de que las negociaciones de la paz se han de tratar con las armas en la mano. Pero, para mostrar que la deseaba (como era justo y conveniente manifestarlo) para oponerse á la fama que los protestantes esparcian que las armadas del Rey en Alemania las movia más la ambicion de ganar estados para sí que el deseo de la quietud pública (razones de que se valian para inducir los pueblos pertinazmente á la guerra los que la deseaban), en sabiendo que la junta de Illebrun se habia comenzado, se resolvió en escribir á aquellos príncipes, manifestándoles la intencion del Rey tocante al bien público de Alemania y del Imperio. Deciales en primer lugar que no dudaba se acordarian de lo que habia escrito á algunos de ellos luego que entró en aquel

---

(1) Ernesto, conde d'Isembourg.—(2) Alejandro de LigneCroy-Arenberg, príncipe de Chimay.

estado con el ejército en ayuda y servicio del Emperador, no sólo á fin de que á Su Majestad Cesárea se le guardase el respeto debido, sino de excusar tambien el estrago y desolacion de los países vecinos, no habiendo deseado cosa más que ver algun buen efecto de esta bien intencionada persuasion, y que, haberlo ellos entendido así, no podia dudarse que se hubiera conseguido muy con tiempo la deseada paz y tranquilidad del Imperio. Péro no habiendo podido efectuar nada por este medio, resueltos los Estados Unidos en defender al Palatino, declarado enemigo de S. M. Cesárea, habian sucedido harto contra su voluntad mayores inconvenientes, no pudiendo en semejantes ocasiones de guerra excusarse los daños de ambos ejércitos que habian cargado á un mismo tiempo sobre muchos inocentes, á quienes antes deseaba ver libres y guardados de semejantes males; siendo mucho de temer que, si las cosas no se considerasen mejor por parte de los Unidos, no mezclándose con los particulares ajenos y acomodándose con S. M. Cesárea, podrian resultar mayores inconvenientes. Movido de todas estas razones, no habia querido dejar (habiendo sido advertido por ellos de esta junta) de requerirlos amigablemente quisiesen tomar muy á pechos el remedio que debia desearse en los grandes é innumerables trabajos que trae la guerra á las provincias que la padecen, dirigiendo sus consejos y acciones de tal manera que á S. M. Cesárea se guardase el debido respeto, librándose por este medio de que el Emperador no procediese rigurosamente contra ninguno de ellos, no siendo la intencion de la casa de Austria, mediante la ayuda que se le daba, molestar ninguno de los estados obedientes. Y así hacian muy grande agravio á S. M. Católica, divulgando que con este ejército de S. M. Cesárea (este nombre se ha dado en todos los actos públicos al que ha militado en el Palatinado, para mostrar que sólo la defensa del Emperador, sin mezcla de otros fines propios, se le habia hecho levantar al Rey) se pretendiese alguna ventaja particular en el Imperio, juzgando que se lleve la mira á adquirir algo en sus tierras ni contravenir en nada á la quietud de la religion, constituciones imperiales y libertad alemana, habiendo antes procurádose diligentemente por su parte no llevar otra mira en sus acciones que la debida

obediencia de S. M. Cesárea en el Imperio y que su casa quedase con el entero y quieto dominio de los reinos y estados que Dios le ha dado, sintiendo, cuanto era razon, ver usurpar á algunos lo que por ningun título pudo tocarles. Y así, deseando la conservacion y aumento del Imperio y no su destruccion, le habia parecido conveniente advertirle á la junta para que los daños de la guerra despues no corriesen por cuenta de las armas del Rey, que sólo el deseo de la paz y quietud pública las introdujo.

Pareció á todos los que supieron esta accion no poco acertada para desmentir por todos los caminos que se pudiese la fama que esparcian, como se ha dicho, los protestantes, dando siniestras interpretaciones á los intentos del Rey. Y quien notare el cuidado con que en la carta se procede de no tocar en los particulares del Palatino, ni empeñarse en cosa que pudiese oler á restitucion de su estado, echará de ver la libertad que en esto se pretendió en órden al fin que se llevaba, y que sólo se procuraba ir enagenando de su amparo y proteccion los ánimos de los coligados, unas veces haciéndoles temor con el peligro en que ponian sus cosas y otras obligándolos con la equidad que se platicaba de nuestra parte y la buena acogida que se hacia á los neutrales, en que tuvo el Marqués particular cuidado desde el primer dia que puso el pié en Alemania, cosa harto bien considerada y de que habian resultado buenos efectos y se esperaban algunos sumamente importantes, trayendo ya entre manos cierta plática de acuerdo con el lantzgrave Mauricio de Hesen, como se verá á su tiempo.

Habíase hasta el presente diferido llegar á la publicacion del bando imperial, aunque desde que llegó el Marqués al Palatinado, le tenia en su poder; pero, juzgando cuánto importaba no usar de él sino con total seguridad de su ejecucion, se iba reservando á cuando las cosas estuviesen en tal estado: porque habiendo sido siempre este remedio respetado y tenido en mucho, si una vez se le llegaba á perder el miedo, se estragaba totalmente para siempre, y así era fuerza proceder con mucho tiento en elegir la sazón de ponerle en practica. Pero esta ya (mediante los buenos sucesos de Bohemia y tener reducidas la mayor parte de aquellas provincias con tanta reputacion, y en

el Palatinado un ejército tal, tratando de levadas tan gruesas) parecía haber llegado, y así se resolvió su publicación que se hizo en Viena á los 22 de Enero de 1621. Expresábanse en él menuda y precisamente desde su origen todo el discurso de la rebelion de los Bohemios, las flacas razones con que querian disculparla y la blandura y suaves medios con que habia deseado remediarla Ferdinando, á la sazón su rey. La eleccion que tan contra todo derecho hicieron en el Palatino y la injusticia de haberla aceptado contra su misma sentencia y declaracion de rey de Bohemia en la persona de Ferdinando tras la controversia que se ha referido, y, añadiendo á estas causas otras que justificaban el rigor de aquel castigo, le publicaba rebelde contra el Imperio y reo de crimen *lesæ majestatis* con todas las ceremonias de rigor que contiene la institucion de esta venerable proscripcion tan respetada y temida en todos tiempos. Su mayor sustancia es proscribir no sólo el estado sino la persona, dando libre permission de quitarle la vida y la hacienda á quien pudiese conseguirlo y aplicar todos sus bienes á quien se los quitare, transfiriendo desde luego un perpétuo y firmísimo dominio de ellos, incapaz de ninguna repeticion al que los ocupare; pero, aunque esto se expresa con esta forma de generalidad, siempre el Emperador usa cometer en particular la ejecucion á algun príncipe, ó en premio de lo que le hubiese servido y ayudado contra la rebelion del reo, ó con atencion á las fuerzas con que podrá hacer y conseguir la ejecucion, mirándose mucho en no cometerla á quien la ponga en duda, por lo que conviene á la reputacion de este castigo ser ejecutivo y puntual, de suerte que en vez de servir al escarmiento no produzca el menosprecio de él y de la autoridad imperial: que tanto fuera de temer, dejando la ejecucion al que la quisiese emprender y, por consiguiente, en duda. Mirando, pues, á todo esto y á la satisfaccion que se deseaba dar al de Baviera, habiase siempre llevado la mira á trazarlo en esta forma. Señalábasele á aquel Duque la ejecucion en el Palatinado superior, que es una parte del Estado de este príncipe harto desviado de este otro, y muy confinante al de Baviera. Hacia se cuenta que éste le ocupase él, y por razon del bando le agregase á su patrimonio, y con eso premiarle lo servido y gastado. En

estotro Palatinado, llamado inferior, que es el principal patrimonio del Elector, y donde habia militado nuestro ejército, hacia la ejecucion el Rey con las armas que metió en él el marqués Espinola, y con el tiempo veria si le estaba bien retenerle, trocarle ó darle, supuesto que para todo le daba justísimo derecho el bando. Por medio del cual se esparció un universal temor en los ánimos de los que incurrian en él, y así comenzó á mejorarse mucho el designio que el Marqués traía entre manos de procurar por todas las vias posibles que se disolviese la Union de los protestantes, ó por el medio de la fuerza, ó por la buena maña de la negociacion, como se ha ido apuntando.

Tratábase esto con los más de aquellos príncipes unidos, median-do mucho en todo la autoridad y celo del Elector de Maguncia, á quien sin duda debe la Iglesia y el bien público no poca parte en todas estas negociaciones.

Las cuales comenzaron á hacer bonísimo efecto en el landgrave Mauricio (1), que, aunque era de los menos bien intencionados, el deseo de conservar su Estado le hizo prevenirse recatadamente, y así comenzó á dar oídos y á tratar de condiciones con harto gusto del Marqués que no deseaba poco sacar este príncipe de entre los demás, como una de las principales cabezas de la Union; pero él estaba harto perplejo entre el deseo de su conservacion y el de no descarnarse de la confederacion protestante. Cedió al fin la obligacion al miedo y, anteponiendo á los respetos públicos los particulares (como las más veces sucede), mostró declarada intencion de acomodarse, si bien alargaba la cura cuanto podia, haciendo lo posible por entretener mañosamente la negociacion, en la cual iba tomando plazos, medroso de incurrir en un ódio de los compañeros, y así deseaba no llegar á las inmediateones de la resolucion. Ajustóse todavía que hubiese conferencia de diputados de ambas partes, y señalado y propuesto á Vinguen, villa, como se ha dicho, del Elector de Maguncia, se fué peloteando la materia hasta que últimamente escribió el Landgrave al Marqués, á

---

(1) Mauricio de Hesse.

los 20 de Enero, por medio de sus diputados, instándole mucho que para determinarse en desamparar de todo punto la Union, como se le pedia, le concediese siquiera un mes de tiempo, esforzándose á querer probar que en ninguna manera procedia aquella liga contra el Emperador, ni aquellas armas se habian juntado á otro fin que á la defensa propia y particular de los coligados. El Marqués, considerando cuán dañosas podian ser semejantes cargas y cuánto convenia al intento de disolver la Union sacar de ella persona tal, sirviéndose de la atencion que se le descubria á conservar sus estados, juzgó conveniente confirmarle en este temor y encubrir el deseo con que estaba de capitular con él, para hacerlo con las ventajas convenientes al ejemplo que se pretendia para con los otros, y (aunque no es fácil rehusar lo que se desea) respondió con pocas y graves palabras que para entrar en ningun género de tratado con el Landgrave convenia que en primer lugar sin ninguna dilacion se apartase de la Union, por ser la que se oponia directamente al Emperador y á aquel ejército, que habia entrado á ejecutar sus órdenes, y que así no podia tratar de condiciones de paz con persona que tuviese aquel partido; por lo cual, si era que deseaba tratarla, le convenia ante todas cosas separarse de él, que era el solo camino que habia de esperar de aquella junta algun buen efecto. Respuesta que acabó de mover eficazmente el ánimo de aquel príncipe á tratar de su particular seguridad, y últimamente á dividirse en todo de aquella Liga con condiciones de gran reputacion á las armas del Rey, que á la sazón, sin moverse, iban haciendo tan importante efecto como apartar la persona deste príncipe, uno de los más poderosos de aquella faccion. Y el conde Juan de Nassao, que por su calidad y confianza grande que tenia con aquel príncipe y mucha mano en sus cosas, parecia de los que más habian de tardar en dejarle; y así se estimó su separacion por el ejemplo que podian seguir con más disculpa los demás.

En el mismo tiempo se concertó tambien la ciudad de Argéntina (1), una de las tres principales della.

(1) 24 Marzo 1621.

Empezóse á tener con esto por segura la esperanza con que se estaba de disolver la Union enteramente, negocio en que consistia toda la importancia del que se traia entre manos, pues con ello quedaba el estado y patrimonio del Palatino privado de la mayor parte de su defensa, y dispuestas las cosas de Alemania y del Imperio á reducir las en el grado de mayor perfeccion que podia desearse, suministrando con tiempo y puntualidad los medios necesarios. Tenia cargado y vuelto á esta consideracion el Marqués enteramente su cuidado, y juzgando cuánto convenia representar al Rey el buen estado de aquellas cosas y la perfeccion á que podian reducirse, se resolvió en enviar persona particular á darle cuenta dello. Eligió para esto á don Francisco de Ibarra, que, como se ha dicho, servia en aquel ejército una compañía de lanzas; habiendo comunicado primero con el Archiduque á lo que pensaba enviarle y aprobádolo Su Alteza mucho. La sustancia de su instruccion era (entonces, que despues la mudó algo el accidente que se dirá) informar menudamente á Su Majestad en primer lugar el buen estado de aquellas cosas y los efectos que iba produciendo la negociacion. Quería que se le representase la importancia de la ocasion que habia de perfeccionar de una vez las cosas de Alemania, no ya reduciéndolas al estado que tuvieron antes de estragarse, sino á la perfeccion mayor que podian tener: en que no sólo se ganaba el salir de aquel cuidado, remediando males tan perniciosos y que tan grande le habian dado á toda la Iglesia y en particular á Su Majestad, sino el rematar con la costa y peso dellos de una vez. Ordenábale que informase á Su Majestad del concierto que se habia hecho con la villa de Argentina por medio del elector de Maguncia y el landgrave Ludovico de Hesía, la cual se apartaba de la Union y se reducía á la obediencia del Emperador enteramente. Que refriese como en la junta que los protestantes tenian en Helebrun no se entendia hubiesen concertado cosa considerable, y así, ora fuese por la via de la negociacion disminuyendo la Union, ora por la de la fuerza disolviéndola, las cosas al presente estaban en estado que daban muchas esperanzas de reducir las al que convenia. Que, considerado esto, Su Majestad se sirviese de asistir á aquel ejército, de ma-

nera que se pudiesen perfeccionar efectos de tan grande importancia, y no (por desampararlos en sus últimos pasos) malograr el fruto de lo trabajado y gastado hasta entonces. Representábasele al Marqués terrible el estorbo que hacia á todo esto la vecindad del fin de la tregua para con los holandeses, para cuyo plazo apenas faltaban cuatro meses, y estos del rigor del invierno, en que es fuerza tener las armas en ocio. Juzgaba, y prudentemente, que, aún cuando la hacienda real tuviera diferente desahogo, fuera muy dificultoso asistir á un mismo tiempo á dos guerras, y con tanta parte de gasto á otra, como el que ha tocado á Su Majestad en Bohemia. Añadíase verle armado tambien en Lombardía, y aún no resuelto de escusarse de tener allí otra guerra con ocasion de la reciente ocupacion de la Valtelina, sustentando ya forma de ejército en aquella parte, como se ha apuntado, y disputándose con no pocas razones de conveniencia y reputacion por parte de los que deseaban ó juzgaban conveniente no desamparar aquello.

Coligió de todo esto el Marqués (que conviniendo para esperar buenos sucesos en algunas destas guerras procurar no tratarlas todas juntas sino elegir la más conveniente, y, cargando á ella todo el peso de las fuerzas, perfeccionarla) ser necesario que, en caso que por la via de la negociacion se pudiese en lo demás introducir alguna manera de sobreseimiento, se procurase; que, aunque se podia presumir que conocerían y procurarían estorbar nuestra conveniencia, no le parecia del todo imposible. Juzgaba, pues, entre todo lo que se traía entre manos lo más urgente acabar con lo de Alemania de una vez, por dos razones principales, entre otras: por lo poco que faltaba para perfeccionarla y lo que dello se conseguía, y por lo que se aventuraba dejándolo imperfecto, añadiendo lo poco que iba á decir en emplazar un año más tarde la guerra en Flandes, cuya naturaleza y experiencia pasada muestra bien no ser de las que se adelantan con poco tiempo ni de aquellas á quien un grande esfuerzo las extingue, ni aún las mejora mucho. Cuanto á lo poco que faltaba para poner en perfeccion las cosas de Alemania, ofrecia poquísima dificultad el probarlo, pues las principales fuerzas enemigas consistian en la Union,

y ésta estaba comenzada á disolverse, y con tan probable esperanza de conseguirse enteramente. Hecho lo cual, quedaba el campo libre para arbitrar el Rey como le pareciese en todo : y entonces queria el Marqués que, acabando de ganar el estado del Palatino, á demás de concluir con la perfeccion deste escarmiento (tan necesario el conseguirlo, y tan dañoso el intentarlo y no hacerlo), se hiciese espaldas al transferir seguramente la dignidad electoral en el duque de Baviera para dejarle con alguna satisfaccion, debiéndosele tan grande; y comenzándose á dudar desde entonces si aún con esto le quedaria materia que podia dar no pequeño cuidado, viéndole con las armas de toda la liga católica en su poder. Y así juzgábase tambien necesario el llevar adelante estas cosas hasta acabarlas para encaminar diestramente el desarmar aquel ejército, aunque católico, no conveniente ya su conservacion, pasada la ocasion que hizo juntarle, siendo importante para dejar el sosiego de Alemania y la debida obediencia en ella al Emperador en el grado necesario, no haber otras armas en pié en todo el Imperio que las del dueño dél.

No le parecia tambien al Marqués menospreciable la posesion de una provincia tan fértil, rica y por la razon de su situacion tan importante como el Palatinado, y así, no pudiéndose dudar la justificacion de retenerla (ora por razon de gastos, ora por el derecho del bando), hallaba muchas razones para codiciarla, así por tener ese pié en Alemania para corroborar lo hecho y acudir á todos los accidentes que ocurriesen, como por el daño que desde ella podia hacerse á los Holandeses, impediéndoles mucha parte de los socorros de Alemania de gente y dineros, cuyos príncipes con la nueva vecindad y reciente escarmiento era de creer mirarian mucho en irritar las armas del Rey. Y, juzgando en esto al Emperador establecido con mayor autoridad que ninguno de sus predecesores, parecíale al Marqués que para cuando el Rey hubiese de menear las armas contra Holandeses (que segun su cuenta habia de ser cuando diremos), seria de grandísimo efecto publicar el bando imperial contra todos aquellos príncipes y repúblicas que directa ni indirectamente los ayudasen, con lo cual juzgaba que ó todos ó la mayor parte se abstendrian de hacerlo y hacien-

do la misma diligencia en lo mercantil en toda Alemania, se les quitaría de provecho y fuerzas una considerabilísima porción: y del efecto de todo esto no se dudaba, llegando á establecer el Emperador y las demás cosas en el estado que se ha dicho. Todo lo cual lo juzgaba no dificultoso de conseguir el Marqués, esforzando la guerra en sólo el verano siguiente, y por otra parte, por extremo dañoso el dejar imperfecto todo esto, y, con quererlo curar á prisa, sobresanarlo solamente, dejándolo en posibilidad de volver á reverdecer, que sería dar en el más pernicioso inconveniente que podía temerse; añadiendo por última consideracion y la más importante las grandes ventajas con que podía S. M. empezar la guerra con Holanda el año siguiente, despues de acabada estotra, que era para cuando la trazaba, no le pareciendo dificultoso introducir con ellos algun tratado de tregua ó paz, quedándoles esperanzas de utilísimas condiciones sin concluirse, durase toda ó la mayor parte del verano.

Todo esto habia resuelto el Marqués que representase don Francisco en España, cuando llegó correo del Rey, diciéndole que despues de haber considerado maduramente (como lo pedia la gravedad del caso) el estado universal de las cosas y los daños que en las Indias y las demás partes de su monarquía causaba la tregua con Holandeses, se habia resuelto que no se tratase de ello sino de hacerles la guerra lo más vivamente que se pudiese, para lo cual quedaba previniendo los medios necesarios en el Palatinado. Decía que holgaría se compusiese aquello en la mejor forma que fuese posible. Parecióle con esto al Marqués no ser ya tiempo de dar parecer, sino de entender en la ejecucion de lo resuelto, y así ordenó á don Francisco que, tratando solamente de referir el estado de aquellas cosas, solicitase con Su Majestad el sustento de la gente que habia de quedar en Alemania, empezándose desde luego á disponer la negociacion que S. M. deseaba, no sin mucho recelo de que, oliendo los protestantes la gana de componerlo por aquella vía, cayesen en que podian mejorar mucho su partido, usando de alguna paciencia y difiriendo la conclusion de la plática á quien tenia necesidad de abreviarla por acudir á lo demás: que, aunque el secreto podía y debia impedir que lo penetra-

sen (ó por la ordinaria dificultad que tiene el guardarse inviolablemente el que pasa por muchas manos, ó por la facilidad con que podian, aunque no supiesen la causa de nuestra prisa, colegirla), era mucho de temer se sirviesen de ella muy á su propósito. Daban todas estas razones motivo á muchos de dudar la ocasion de no haberlo entendido así en España. Pero otros juzgaban (no con poca razon) la diferencia que hay entre conferir y disputar lo conveniente ó lo forzoso. Si la hacienda, decian, estuviera en estado de no atar las manos á los consejos, sino que pudiera suministrar los medios necesarios á lo más útil, fuera tiempo de discurrir en cuál lo era, y en tal caso á nadie podia dejar de parecérsolo acudir á un mismo tiempo á entrambas cosas, á la una por conveniente, y á la otra por forzosa. Que lo fuese la guerra contra los Holandeses juzgaban todos, ó los más, y el diferirla por muy dañosa por los innumerables daños que se padecian en las Indias, y, lo que era peor, la quiebra de reputacion en aquellas partes, que siendo la principal fuerza que apoyaba la obediencia en provincias tan distantes de su principal, era en extremo de temer el descaecer en ella y lo que en aquellos súbditos menguaría del amor á su Rey verse mal amparados dél: lo cual sucedería necesariamente sin culpa de S. M., á causa de la dificultad que traia defender provincias tan dilatadas, acometidas por la mar en tanta diversidad de puestos, cuya eleccion la posee quien ofende y quien se guarda obliga el cuidado y la costa á todas partes. Añadían lo mucho que costaría mantener en paz los Estados Bajos y daban por gastos dependientes de la tregua y que cesarian con la guerra, decian, todos los que se habian recrecido en las Indias, ó por lo menos la mayor parte, que, Juntado esto á las provisiones ordinarias en Flandes en paz, quedaría no mucho que añadir para la guerra, en la cual por lo menos se aspiraba á ganar, se criaban soldados, se grangeaba reputacion y se hacia cuenta que se peleaba en aquella parte sola con casi todos los enemigos del Rey, con que se esperaba quietud en todos los demás estados. Añadiendo que aquel modo de diferir la guerra por poco tiempo con la duracion del tratado, ni era tan cierto que se pudiese sobre este fundamento armar esotra resolucion y discurso, é imposi-

ble esperar lo, al menos sin armarse y mostrar gana de la guerra, lo cual costaria lo mismo casi que hacerla. Pero el designio de cargar las fuerzas á los de Alemania hasta perfeccionarlo no confutaba esta opinion, sólo queria suspender el entrar en esta guerra y concluir esotra para venir á ella con las grandes ventajas que se ha dicho, todas de tal calidad, que, pérdida esta ocasion de lograrlas, no habia que esperarlas jamás.

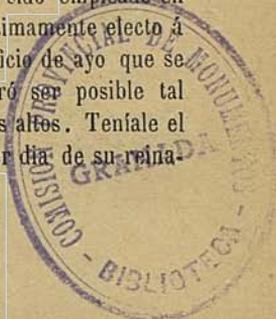
Partió, pues, don Francisco á España, donde halló las cosas en ruin disposicion de negociar, á causa de la falta de salud del Rey, que habiendo variado entre la esperanza y el miedo comun, algunos dias comenzaba á amenazar ya eminente peligro. El cual agravándose más comenzó á divulgarse con general desconfianza el dia de los 20 de Marzo, y el primero de Abril poco despues de amanecer dió el alma á Dios, recibidos todos los sacramentos de la Iglesia con devocion y humildad cristiana, si bien excediendo algo los términos de esta virtud. Sintió de sí tan desconfiadamente, que mostró más miedo de su salvacion del que debiera darle la limpieza de su conciencia quanto á las virtudes morales. Pero las que en aquella sazón temió haberle faltado en el grado que á su parecer debiera fueron todas las que tocaban á la persona y oficio del Rey. Congojóle esta duda notablemente, y, ora fuese representándosele más claramente que hasta allí el escrúpulo del gobierno y los avisos que de los daños procedidos de esto se le habian dado hasta en los púlpitos diversas veces, ó que pretendiese Dios poner en su boca palabras de enseñanza y escarmiento á su sucesor para huir el riesgo de los privados, culpó mucho diversas veces su proceder en esta parte y llegó á dudar tanto de su salvacion que se juzgaba indigno de reposar en tierra santa. Atribuyeron muchos esto á delirio y efecto sólo de la enfermedad; pero, viendo las concertadas razones con que lo decia y oyéndole hablar de tal manera que en ninguna otra ocasion se acreditó más su talento, juzgaban otros que haberle Dios abierto los ojos más en aquel instante que en todo lo pasado de la vida le hacia ponderar con aquella congoja no ser en los príncipes de inferior gravedad los pecados de omision, pues de ella pueden resultar tan universales daños en la república y en quien

tiene por oficio remediarlos (á no disculparlo con la dificultad de acudir á todo) es poco menos consentirlos que causarlos. Duróle esta congoja de manera que dió cuidado, pero, mostrando Dios que no pretendia tanto su castigo quanto su reparo y el escarmiento de los sucesores, le fué sacando de aquel aprieto poco antes de su fallecimiento, de tal manera que, cuando llegó á él, se le oyeron muchas palabras de confianza en la misericordia divina, y las que decia de temor, todas fundadas en una profundísima humildad y conocimiento de sus culpas, sin tocar en ese otro peligroso extremo. Dió el alma á Dios con señales y afectuosas muestras de príncipe verdaderamente católico, que lo fué sin duda con todo el celo y fervor que el más aventajado en esta parte. Vivió 43 años menos 14 dias y reinó de ellos los 22 y 6 meses, Príncipe que, para hablar de él sin adulacion, se puede afirmar que, á no serlo, ningun hombre pudiera igualar sus virtudes. Pero es cierto que hubieran caido más á propósito en persona privada ó religiosa, porque todas fueron puramente morales. Las políticas no se puede negar que ó le faltaron en gran parte, ó la blandura de su condicion y el rendimiento á sus privados le despojó totalmente del uso de ellas. Atribuyóse generalmente más á esto que á defecto en el talento la poca parte que quiso tener en el gobierno, y hay criados suyos, muy familiares á su persona, que afirman haber sido dotado de un ingenio no sólo bueno si no excelente, y que tal vez hablaba y discurria en la ambicion de los privados. Pero fué tan fatalmente rendido á ellos que, habiendo precedido algun aviso de los inconvenientes de algo que, le habian de pedir y ofrecido no concederlo, no fué en su mano (y confesólo así, disculpándose con quien le habia advertido) dejar de otorgarlo: tanto le inclinaba su natural á inclinar su voluntad.

Poseyóla con notable mano don Francisco Gomez de Sandoval, duque de Lerma, los primeros 18 años de su gobierno, hasta que la envidia invencible á excesivas felicidades y el descontento de haber puesto en grandes lugares algunos criados, ó suyos no bien quistos ó (lo que es más cierto) haberse transferido ya la gracia del Rey en el duque de Useda, su hijo, le hizo caer del mayor lugar que pudo te-

ner vasallo con su príncipe, si bien no con mayor estrago de sus cosas que dejar la córte con la ocupacion y mano que en ella tenia todo en poder de su hijo, de quien se afirmaba que trazó su disposicion, impaciente de aguardar á sucederle en la total privanza despues de sus dias: tal es de ciega la ambicion y de tal manera olvida las mayores obligaciones que pudo creerse esto. Otros afirman no sólo no haber sido accion del hijo, pero no haber estado en su mano el remediarla. No falta quien entre estos dos extremos (y parece lo más cierto) se inclina á que, sin desear descomponerle de todo, dió lugar á que otros lo hiciesen, ó ambicioso de sucederle ó no sabiendo remediarlo, Tomóse, pues, por color para quitarle los negocios, entre otras razones, la dificultad de emplearse en el servicio manual del Rey, electo ya cardenal, cosa que no ayudó mucho á su reputacion, divulgando ó la envidia ó la ciega manera de discurrir del vulgo que habia apetecido aquella dignidad para asegurarse de algunas emulaciones y calumnias, eximiéndose con ella de la jurisdiccion real y secular. Contentáronse, pues, sus émulo con sólo sacarle de la córte y en ella poseyó su hijo el mismo lugar y gracia con el Rey, no sabiéndose librar mejor que el padre de la calumnia y envidia comun, y faltándole muchas de las virtudes con que el otro lo reparaba, granjeando aún más amigos que perdia.

En este estado sobrevino el gran accidente de la muerte del Rey, que causó maravillosa mudanza en todo. Sucedióle su hijo mayor don Felipe IV de edad de 16 años, poco más, Príncipe de señaladissimas esperanzas, amable por la hermosura del cuerpo y por las virtudes del ánimo, de que comenzaba á dar grandes muestras, luciéndosele la educacion de don Baltasar de Zúñiga, su ayo, caballero de los más estimables de la nacion española en este tiempo; el cual dotado de excelente ingenio y letras de humanidad, habiendo sido empleado en las embajadas de Flandes, Francia, Alemania y últimamente electo á la de Roma, fué traído al consejo de estado y al oficio de ayo que se ha dicho, con tanta aprobacion universal que mostró ser posible tal vez disimularse, si no faltar, la envidia á los lugares altos. Tenfale el Rey, siendo Príncipe, en mucha estima, y el primer día de su reina-



do mandó se le entregase todo el manejo de los negocios, concurriendo en ello el conde de Olivares su sobrino, gentil hombre de la cámara de S. M. que poseía su gracia, en cuya confirmacion le hizo su sumiller de corps, y poco despues, grande. Deseó este caballero acertadamente que los negocios por entonces corriesen por cuenta de la prudencia de don Baltasar y él (libre de ese peso y de la emulacion de los que pudieran tenerle por mayor que sus años y experiencia) hallarse más desembarazado para no perder el lado del Rey, y usando este acto de modestia, mostrarle que le deseaba para usar bien de él. Pero, ¿quién lo pudiera hacer, por más prudente y libre de afectos que fuera, á no fundarle en la seguridad que le daba en su tio la provida de su ánimo y la pureza de su intencion, raras veces vista en sujetos de tal talento que no están totalmente desviados de la ambicion del siglo?

Comenzó pues á correr en esta forma el gobierno, habiendo mandado salir de la córte al duque de Useda y depuesto a'gunos otros ministros inferiores con tan universal satisfaccion que es increíble cuán conformemente la recibian el vulgo y los más entendidos y preeminentes, con no poca maravilla de ver unidas tan distantes opiniones. Casi ninguna eleccion se hizo que no la pronosticase antes el pueblo y la aprobase despues. Dióse el cargo de caballerizo mayor del Rey al duque dei Infantado (1), restituyóse al de la camarera mayor de la Reina la duquesa de Gandía (2). Mandáronse jurar de la boca pocos y de escogida nobleza y costumbres, reparando el exceso que en esto habia habido por lo pasado. En el Consejo de Estado mandaron entrar en un mismo dia al marqués de Aytona (3), que, habiendo servido la embajada de Roma, le habian tenido muchos años vacado, mereciendo lo contrario sus servicios y talento; al marqués de Montesclaros (4), virey que habia sido de ambos reinos en las Indias largo tiempo, juz-

---

(1) Juan Hurtado de Mendoza, sexto duque del Infantado.—(2) Doña Juana de Velasco.—(3) Gaston de Moncada.—(4) Juan Manuel de Mendoza y Luna.

gando que, siendo una de las más principales partes de la monarquía, convenia hubiese en aquel supremo tribunal (timon y gobernalle de toda ella) quien con experiencia particular pudiese dar noticia de su substancia y forma de gobierno, así por proceder de aquella parte la mayor de la hacienda real (materia que tan mezclada anda con las políticas), como por las ocurrencias que de este género podian ofrecerse con el tiempo. Añadióse á estos dos el duque de Monteleon (1), señor de mucha calidad en el reino de Nápoles, pareciéndole que seria gran satisfaccion de los estados que S. M. poseia en Italia ver un natural de ellos en aquel lugar, y que ayudaría mucho para las materias de aquellas partes, además de su talento y experiencia probada en el cargo de virey de Cataluña y embajada de Francia. Fué el cuarto don Diego de Ibarra, cuya capacidad y experiencia adquirida en el discurso de 50 años, los más ocupado en negocios y cargos de confianza, hacian juzgar su voto conveniente en aquel consejo.

Con estas y otras provisiones de tal aprobacion y una gran diligencia de que usaba don Baltasar en el expediente de los negocios públicos y de partes, comenzó el Rey á hacerse gran lugar en la estimacion y amor de sus vasallos, y á irse estableciendo su reinado con un gratísimo principio; y don Francisco con los nuevos ministros pudo tratar su comision con más esperanzas de breve despacho. Pero, como las cosas particulares de Flandes, hallándose ya en el fin de la tregua, apretaban como propias, llevaban á sí la principal parte del cuidado, y estotras se deseaban curar lo más brevemente (aunque no fuese lo mejor) que se pudiese. Si bien, juzgando sumamente necesario para ambos fines la conservacion del ejército del Palatinado, se le envió al Marqués alguna suma con que entretenerle, aunque harto limitada, y se declaró cuánto deseaba S. M. acomodar aquello y cargar con lo principal de sus fuerzas al País Bajo.

Dispúsose con esto el Marqués á apretar la materia gallardamente, no con poco temor de que, entendida por los protestantes la co-

---

(1) Hector Piñatelo.

yuntura de alargar al Rey la negociacion en tan gran perjuicio de sus cosas, querrian no perderla, y que insistirian valientemente en ello los Holandeses como tan interesados y todos los demás enemigos y émulos de esta corona, contra quien no podrian jugar mejor lance en muchos años. Pero no todas veces hacen los hombres lo que más les conviene, y esta regla de prudencia de juzgar del enemigo, que no ignora el mejor consejo, no deja de tener como todas las demás cosas su imperfeccion en el extremo del exceso, pues muchas veces hace no intentar lo que por ventura se consiguiera, y tal vez gastar mucho tiempo en recatos y prevenciones no necesarias. Tal es la calidad del ingenio humano que á las veces, áun acertando, yerra. Fué, pues, el Marqués echando sus redes, valiéndose mucho del deseo que conocia en los protestantes de excluirse de gastos y materias tan pesadas y peligrosas por conveniencias ajenas, fineza de amistad que se cansa y entibia, aún más presto que en ningun otro género de hombres, en os príncipes, las más veces sólo aficionados de sí mismos. Encubria tambien con notable cuidado el deseo y órden que tenia de desembarazarse de aquello para acudir á Flandes, como disimulacion en que consistia toda la esperanza de buen suceso, tratando esta negociacion con el cuidado que merecia una cosa en que estribaba la suma casi de aquellos negocios. Parecióle al Marqués (conformándose con la antigua sentencia) que los medios más eficaces para conseguir una útil y verdadera paz era prevenir una gallarda y eficaz guerra; y así, aunque hasta entonces todo lo que sabia de la intencion del Rey era más en órden á librarse de ella en aquella parte que á continuarla, para esto mismo le parecieron necesarias las demostraciones de lo contrario, además de que, ora para llevar adelante aquella guerra, ora para acudir á la de Flandes, el apresurar las levas y conducir las prontamente á efecto era una diligencia igualmente útil á cualquiera de ambos fines. Apresuró con esto todo lo tocante á las reeultas y nuevas tropas, de manera que para los fines de Marzo estuvo todo á punto, y él resuelto á salir en campaña el dia de Pascua de resurreccion, á cuyo fin habia hecho grandes prevenciones de forrajes y algunos instrumentos á propósito de excusar las trincheras, que por la

dureza del suelo, á causa de los hielos, fueran á la sazón difícilísimas de labrar. Constaban de ciertas tablas muy dobladas y espesas, capaces de resistir al mosquete, las cuales habian de armarse sobre unos piés ó candeleros, que, hincados en la tierra á manera de horquillas, admitian las tablas y formaban el reparo.

Estas y semejantes prevenciones con las órdenes resueltas ya para salir acabó de persuadir los ánimos de aquellos príncipes ya de atrás inclinados á cuidar más de sus propias cosas que de las ajenas. De manera que, despues de haber venido á Krusenack dos veces á mediar de su parte el landgrave Lodovico (1), se concertó que el Marqués fuese á Maguncia el Viernes Santo á verse con aquel Elector, donde concurrieron los demás príncipes, y habiendo conferido la mayor parte de los puntos antes de esto, por medio de los diputados de todos, cuando para el día de Pascua esperaban los soldados más cierta que nunca la orden de salir en campaña, esa misma vecindad de la guerra apresuró y acabó de persuadir la paz. No dejó para esto de hacer buen efecto la resolucion que se imaginó tenia el Marqués de acometer ante todas cosas la ciudad de Worms, porque entre los de la Union siempre se conoció mayor atencion á la conservacion de las tierras imperiales y estados de los Unidos que á la del Palatinado, si bien era lo que principalmente mostraban atender.

Hallábanse finalmente todos ya por este tiempo, con más deseos y necesidad de la paz (de que habian de gozar los provechos) que inclinacion y medios para la guerra, cuyos buenos sucesos (cuando bien los tuvieran) había de lograr el Palatino. Con lo cual, como las intenciones del Marqués y dellos caminaban á una misma parte, aunque movidos de diversas causas, fácilmente vinieron á juntarse, acabando de ajustar por entrambas partes, á los 12 de Abril, una paz y concierto tal que no maravilló poco á los que por aquel camino hallaban hartas razones para dudar que se consiguiese de parte del Rey ningun provechoso efecto. Pero vióse en este caso cuán errada cosa

---

(1) Luis de Hesse.

es querer hacer siempre á nuestros enemigos tan circunspectos que no esperemos en sus acciones ningun yerro y sólo nos parezcan posibles las acertadas, lo cual no pocas veces desmaya la esperanza de intentar muchas con que se saldria. Además de que no siempre los príncipes tienen sus cosas en disposicion de pretender lo que mejor les está; que tal vez la necesidad, que no sabemos, les hace conformarse en los deseos con sus mayores enemigos, como sin duda en este caso la falta de dineros y otros medios en estos príncipes los tenia en el mismo cuidado de dejar la liga, por no dar en otros males mayores, que á nosotros la conveniencia de disolverla. Así la necesidad y la fuerza hace al inferior ministro de su propio daño en favor del que puede más. No pocas veces hicieron (como se ha dicho) har-to buen medio el Elector de Maguncia y landgrave Ludovico, segun la opinion de los más, movidos de una buena intencion al bien público y no poco afectos al servicio del Rey; mas desto último se aseguraban menos otros, resolviéndose en todas maneras á prohijar esta accion sólo al deseo de poner fin en aquella guerra, que, como se hacia tan pegada á sus tierras, sentian y con razon su vecindad. Y en todo caso los tales querian que en el deseo de ver las armas del Rey fuera de Alemania, fuesen iguales los intentos de todos, en tanto que la conveniencia de la propia conservacion no gobernaba su demostracion, al paso que apretaba ó aflojaba la necesidad ó el miedo. De cualquier manera hizo mucho al caso la intervencion destes dos príncipes, los cuales ajustaron toda la capitulacion, cuya mayor sustancia se reducía á tres artículos principales.

Contenia el primero una recíproca palabra de cesar toda hostilidad, así de parte del Marqués y aquel ejército del Emperador (tal nombre, como se ha dicho, se dió siempre al del Rey) como la de Joachem Ernesto, marqués de Brandembourg (es el que comunmente hemos llamado de Anspack), capitan general de la Union protestante, y Juan Federico, duque de Virtemberg, y los demás príncipes y estados unidos de aquella parcialidad. Ofrecía el Marqués no tocar ahora ni en ningun tiempo á ningunas tierras de su dominio ni molestarlas por via de contribucion ó en cualquier otra manera. Ellos se

obligaban á observar lo mismo en todas las que al presente poseían nuestras armas, á no tocar en los estados de los príncipes contenidos en el concierto por nuestra parte, no ayudar directa ni indirectamente por sí ó por tercera persona con dineros, soldados ó en otra cualquier forma á Federico Palatino, no prórogar la Union hecha antes de ahora en su favor ni fraguar ninguna otra de nuevo en cualquier manera opuesta al Emperador, y sacar todas sus fuerzas y gente de guerra, así del Palatinado como de otros cualesquier lugares frecuentados para su defensa, el dia de los 14 de Mayo siguiente; quedando de allí adelante ellos y todos sus estados fieles y obedientes á la Majestad Cesárea, obligacion á que pretendian no haber faltado, segun lo habian protestado diversas veces. Todo esto contenia el primer artículo en que consistía la mayor substancia desta paz.

Expresaba el segundo ser incluidos en este tratado así los príncipes nombrados en la concordia de Ulma como todos los electores nobles y los demás estados del Imperio católicos y evangélicos (tal nombre se abrogan tan injustamente los herejes en Alemania). Pero lo que en este capítulo fué de no pequeña consideracion, era declarar con expresas palabras no entenderse que hagan ninguna fuerza en favor de los estados de Juliers y Cleves, porque dellos no se pretendia tratar ni disponer nada en este lugar.

Contenia la tercera y última cláusula conceder el Marqués, á instancia del rey de Inglaterra, que suspendería hasta los 14 de Mayo siguiente la ejecucion en lo restante del Palatinado, obligándose la Union á que la gente del Palatino (que al presente ocupaba la parte del Estado que la obedecía) no cometeria ninguna hostilidad dentro de los límites de aquellos dias, así en las tierras que poseía el ejército católico, como en las de los príncipes confederados suyos.

Otros capítulos se veian en el instrumento que se imprimió de este acuerdo, pero no contenian cosa importante respecto de estas tres, ó eran una manera de especificacion de ellos mismos por menor con algunos términos más claros y casos expresados, como de ordinario suelen ponerse en las escrituras, para excusar ambigüedad acerca de estos tres puntos. No hubo nadie entre los más sútiles discursistas

que hallase cosa de que desagradarse de parte del Rey, porque en la primer cláusula se privaba al enemigo de un ejército tan grande, no sólo desviándole de su ayuda, pero obligándole á disolverse de todo con la liga de príncipes tan poderosos que le sustentaba, sin dar en cambio de esto más que un ofrecimiento de lo que no se pensaba hacer, que era no invadir sus tierras, sobre las cuales no tenia el Rey ningun designio. En el segundo no era menos de notar lo que el Rey conseguía, no capitulando nada en favor de Juliers y Cleves, con que le quedaban las manos libres para el acquisto de dos tan importantes Estados (si con el tiempo se hallase con intencion y derecho para procurarlo), que lo poco que en recompensa de eso les sacaban, porque se les concedió lo que se les pudiera pedir, que fué acrecentar en el número de los confederados los contenidos en la concordia de Ulma, quedando el Rey y la casa de Austria con estos enemigos menos. Era el tercero el que sólo les traía algun género de paga á tanto como daban, y en él no negociaban más que una suspension en la guerra contra el Palatino de 32 dias, en que no dejaba de lucir mucho la reputacion de las armas del Rey, viendo que el librarse de ellas por tan poco tiempo se compraba con tan útiles condiciones á Su Majestad.

Tal fué la sustancia de este concierto, en que sin duda mostró mucho el Marqués no menos en lo político que en lo militar su buena maña. Y no fué poco maravillosa la ejecucion de cuanto en él se capituló, sacando los príncipes protestantes todo su ejército de cuanto poseía el Palatino, y, lo que es más, licenciando desde luego la mayor parte de él, haciendo las villas coligadas lo mismo, y volviendo á su antigua quietud. Con lo cual fué esta negociacion universalmente estimada en mucho, así por la substancia de ella como por el tiempo en que se habia reducido las cosas al mismo estado que pudiera las fuerzas de las armas tras una señalada victoria. Y áun algunos querian que por esta via hubiesen adquirido remedio más firme y de más dura, porque para la reduccion de aquellos que necesitaban de cura violenta, el miedo de su ruina, decian, habia llegado á amenazarles tan de cerca que no los habria corregido menos que el castigo mismo en su ejecucion, y en los no tan culpados, á causa de ser grande el número, no podia esotro

camino ejecutarse sin comprender el rigor y el estrago á muchos, y por esta parte tocar en cruel é inducir á cierta desesperacion muy de temer en las guerras civiles, en las cuales el remedio que más presto las apaga, decian, era sin duda el mejor, sin querer, deteniéndose á sanarlas perfectamente, dejárlas arraigar: lo cual sucedido, son de dificilísima y larguísima cura, como el reciente ejemplo del País Bajo lo ha mostrado. Añadian que, caso que el Rey juzgase necesario llevar aquellas cosas por el cabo, quedaba en libertad de hacerlo muy á su salvo, pues para eso nada podía ser más á propósito que el ver disuelta la liga y ejército protestante, y con eso el Estado del Palatino privado de toda defensa. Finalmente los más juzgaban las cosas de toda Alemania en gran proximidad de acomodarse en breve y buena forma, siendo las mayores fuerzas enemigas que habia en el Imperio las de esta liga, pues las de las provincias patrimoniales del Emperador rebeldes por sí solas no eran muchas, y la buena fortuna, prudencia y valor del conde de Buque tenia su reduccion casi en los últimos pasos, estando por este tiempo todo lo de Bohemia, las dos Austrias, Moravia y Silesia casi del todo llano, faltando sólo Hungría, de quien se tenían muy buenas esperanzas. Pero tal es de incierto el juicio permitido al ingenio humano de lo porvenir y tanta la variedad de accidentes capaces de desbaratar las más bien fundadas, que éstas que se apoyaban á tan buenas razones se trocaron no poco con harta brevedad, como adelante se verá, y aún desde este buen estado comenzaron algunos á temerlo. Que, como para asegurar del todo un edificio que ha padecido un gran incendio conviene apagar hasta la última centella y aún despues algun tiempo recatarse de las cenizas y no darse por seguro hasta verlo de todo frio, pedian todavía estas cosas muy particular cuidado; porque, aunque las fuerzas de la Union, que eran las que mayor le dieron, quedaban disueltas por el concierto, en la parte de la provincia que obedecia al Palatino se conservaba en su nombre un número de gente no despreciable que llegaba por lo menos á casi 6,000 infantes, la mayor parte Ingleses del coronel Verre (1),

---

(1) Horacio Veer.

que lo gobernaba todo, y lo demás en dos regimientos de los coroneles Valmanchaus y Esterquenbourg con cosa de mil caballos á cargo del coronel Houverstraut; así la gente, como las cabezas, soldados más independientes y libres que los que habian servido á la Union el año antes, y, teniendo en su poder las dos plazas más fuertes, Franquindal y Manein, conservaban en ella mayores raíces de lo que algunos pensaban. Y así, aunque el principal desvelo del Marqués (como el del Rey) estaba vuelto á Flandes y se encaminó allá con 8,000 infantes y 2,500 caballos, parecióle dejar allí ejército tal que no sólo pudiese presidir las plazas, pero tener fuerzas con que asistir á lo que ocurriese y obligar á cumplir su palabra á los recientes amigos: con lo que, mejor que ninguna otra cosa, hace guardarla.

Dejó, pues, en aquella provincia cosa de 15,000 infantes y algo más de 2,000 caballos, á cargo de todo el maese de campo don Gonzalo de Córdoba, de cuyo valor y cordura podia bien fiar su ausencia; encargándole, entre otras cosas, mucho la proteccion de los príncipes católicos y en particular la del obispo de Espira, como el más vecino y expuesto á las armas enemigas, con órden expresa de socorrerle, siempre que fuese acometido de ellas.

Llegó luego el Marqués á Flandes, y allí, á instancia del Rey de Inglaterra, de quien el Aechiduque y él tuvieron tres cartas en pocos dias, se prorogó la ejecucion del Palatinado inferior por todo Junio, haciendo cuenta que por ese tiempo se haría el convento que el Emperador convocaba para 24 del mismo en Ratisbona, á fin de tomar allí resolucion en todo; si bien no dejaba de temerse en esto alguna dilacion á causa de reparar Sasonia en ir á él, como la hubo, y ninguna conclusion en la suma de las cosas, habiéndose todas las de Alemania estragado notablemente en esta sazón con la muerte del conde de Bucoy, que sucedió á 11 de Julio deste año, saliendo á una arma cerca de la villa de Neuhausen, donde estaba acampado, adelante á reconocer de donde venia, tanto que dió en manos de una gruesa emboscada á tiempo que le acompañaban muy pocos; y así, mostrando en esta última ocasion su mucho valor inútilmente, atravesado de muchas lanzadas, murió á manos de los Húngaros con universal dolor de todo

su ejército y de cuantos le conocían. Caballero sin duda de los más señalados de nuestro tiempo, dotado de todas las virtudes necesarias á la persona de un general. Tuvo, además de mucho valor personal, excelente y agudo ingenio, acompañado de medianas letras humanas. Fué en los trabajos indefenso, resuelto en los peligros, felicísimo en granjear la voluntad y la estimacion de los soldados, para lo que le ayudaba no poco ser en extremo liberal y desinteresado y de los primeros que mostraban á los suyos el camino de menospreciar la vida, aventurándola tanto más de lo que le tocaba, que, si el exceso de las virtudes debe llamarse vicio, puede reprobarse el extremo de que osó en esta parte. Finalmente por la estimacion de su persona pudo sentirse su muerte al igual de cualquier otra en la cristiandad, por la falta que hizo sin duda en aquella sazón más que ninguna. Faltóle la vida á tiempo que naturalmente podían quedarle hartos años que emplear en el servicio del Rey, al cual la dedicó casi toda, porque imitando la fidelidad de Mons. de Vaus (1), su padre, que en los más turbados tiempos de las revueltas fué de los que con mayor fineza siguieron (con no pequeño beneficio de la causa católica) la voz de Su Majestad, le fué á servir de paje en su menor edad, hasta que, teniéndola para traer las armas, volvió á buscar las ocasiones de Flandes, donde comenzó á señalarse tan aventajadamente que en poco tiempo llegó á ser coronel de Valones, acreditándose de suerte en este cargo que, vacando el de general de la artillería, fué antepuesto á otros de igual grado y de tantos más años de servicios que casi igualaban los de su edad. Comenzó luego á ser empleado en mandar trozos de ejército con grandes medras de su opinion. Ofreciéronse, pocos años despues, estas revueltas de Alemania á tiempo que en Flandes con notable quietud se observaba la tregua, y con esa ocasion, á pedimiento del emperador Rodolfo y poco despues de Matías, fué llevado á gobernar sus armas con título de maestre de campo general y despues de su teniente general, mandando juntamente las que

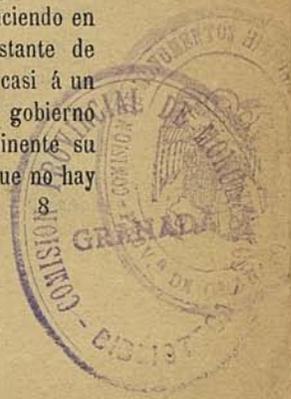
---

(1) Maximiliano de Longueval.

concurrían del Rey en aquella guerra: en que por espacio de siete años tuvo señaladas victorias, y, lo que es más, ocasion de ejercitar todas las virtudes militares de un perfecto capitán, no se señalando menos en la adversa que la próspera fortuna. Púedese contar por una de sus señaladas acciones haberse sabido mantener en los cuarteles de Budunays con tan poca y descontenta gente casi dos años. Las descomodidades de asistir acuartelado en un propio sitio en invierno y verano, siendo el enemigo señor de la campaña, júzguelo cualquier mediano soldado, y cuanto debió de ser menester para esto servirse de su prudencia, desvelo y sufrimiento y del amor que la gente le tenía, y, lo que es más cierto, de su reputación, siendo sola la que en tal caso pudo enfrenar amigos y enemigos. Esto cuanto al primor desta acción, y cuanto á la importancia, es cierto que de ello dependió quejarse la liga católica, y mejorándose las cosas, recuperar el reino de Bohemia por medio de la importante batalla de Praga, como se ha dicho en su lugar: acción que sola ella pudiera (no quitando la parte que en tal victoria tuvieron los demás que mandaban aquellas armas) ilustrar el elogio debido á este valeroso capitán. Murió de edad de 51 años y días. Su vida será dechado de toda generosa ambición, su muerte objeto de infinito dolor á cuantos le conocieron. Posible será por ventura que en la estimación de sus partes me haya dejado llevar algo de lo que amé y estimé su persona, podrá quien más desapasionadamente leyere este juicio moderarle como le pareciere, pero es cierto que quien con mayor severidad juzgare dél, siempre le dejará de los más estimables personajes del siglo presente.

Añadióse á este accidente otro de los mayores que pudieran ocurrir para doblar el cuidado de todas estas cosas, faltando con la persona del archiduque Alberto, el mayor apoyo que tenían despues de Su Majestad. Murió en Bruselas, á los 13 de Julio, habiéndosele reforzado algo más una continua calentura con que andaba meses había, conservándose en los dos postreros años de su vida tan rodeado de achaques y extrema flaqueza que apenas parece efecto natural, si es que pudo llamarse vida aquella última parte de ella que le cupo en suerte, tan llena de continuos dolores de la gota y todos los demás achaques

que este penosísimo mal trae consigo en sus mayores extremos. Perdió en él la cristiandad uno de los más señalados príncipes sin duda que tuvo en esta era, dotado de todas las virtudes morales y políticas que desean los que forman con mayor curiosidad y atención la idea de un perfecto gobernador, dotado también no poco de las militares, en que ninguno de su calidad tuvo mayor experiencia, si bien no igual fortuna á aquella con que comenzó á tratar las armas en los primeros tres años que, siendo cardenal, gobernó á Flandes. Empleóse desde su primera edad, después de haber dado la adolescencia al estudio de las letras, de que fué más que mediatamente instruido, en hacerse capaz de los más graves negocios, queriendo Felipe II, su tío, que le trajera de Alemania y le criara muy á su imitación, que los más importantes pasasen por su mano. Gobernó á Portugal con admirables muestras de prudencia, estableciendo en aquel reino los principios de hacerle provincia de Castilla, muy contra el humor y naturaleza de aquella gente, sabiéndola llevar de manera que insensiblemente se les fué atenuando el dolor de verse sin rey propio y natural, como le habían gozado, acción tan mañosa cuanto admirable en su edad. De allí fué enviado á Flandes, donde se halló personalmente en los sitios de Ardres, Cales y Ulst, y poco después, el año de 1598, llamado á España para darle la señora Infanta doña Isabel con los estados de Flandes, dádiva en que no fué menos de considerar la admirable fortuna de quien la recibía que la notable liberalidad de quien la daba, y no poco de maravillar ver, después de muerto quien la hizo, llevado por ventura más del afecto de amor que tenía á hija y sobrino que de la conveniencia, ejecutarla al hijo en quien pudiera faltar todo esto, á no disponerle la fortuna de este príncipe. Así poseyó las provincias que en el País Bajo obedecían al Rey casi 22 años, introduciendo en ellas una tregua de 12, con que los gozó en paz todo lo restante de su vida, que parece la midió con la prudencia, pues aspiró casi á un mismo tiempo en establecer las artes de la paz, atender al gobierno político y al reparo de la religión. Fué de todo punto eminente su cuidado, mejorando de tal manera en esta parte las cosas que no hay



palabras con que encarecerlo. Apenas quedó iglesia ó convento en aquellas provinias que no poseyese alguna señal de su piedad. El culto divino en parroquias y monasterios pasó del un extremo al otro. En la introduccion de las nuevas religiones, especialmente de la Compañía de Jesus, Capuchinos y Carmelitas descalzos, puso mucho de su cuidado y de su liberalidad: fundaciones que trajeron notable fruto á los Estados, y lo que en esta parte lo hizo mayor, fué la diligencia y felicidad con que proveyó los obispados y abadías, sacándolos las más veces de curas y eligiendo para ello señaladísimos varones. En la atencion y asistencia á los negocios fué maravilloso, tanto que pudo afirmar con verdad que no quitaba de esta ocupacion más horas del dia que tres, que gastaba con la Infanta en acabando de comer. Fué en todas sus pasiones moderadísimo, muy concertado en el comer y beber, extremado en la paciencia y sufrimiento de los dolores, y en reprehender, si se le ofrecía ocasion, con moderadísimas palabras. Conservó tan hasta la postre el juicio en tan admirable extremo, que, llegándole á consultar algunas cosas que pedian breve resolucion no un cuarto de hora antes de su fin, despues de haber oido al que lo hacia, dió su parecer en todas, le aprobó en las más, y le contradijo en algunas, con tan agudas y eficaces razones que le dejó convencido, mostrando en aquel último trance tan delgada vista en el entendimiento, que descubrió mejor los inconvenientes de lo que se le consultaba que quien con harta capacidad lo hacia sobre haberlo pensado antes con el cuidado que se deja considerar. Fué admirable, sin duda, tambien en la junta de dos condiciones tan incompatibles como otras: ser tan moderado en la ambicion, ser tan extremado y celoso en la conservacion de su autoridad. Mostró de estas dos partes la primera no menos que en renunciar un imperio dos veces, dos reinos y cinco provincias que la mayor parte por derecho patrimonial le tocaban, y la segunda con tanto extremo, que no se sabe haya habido príncipe en su era más respetado de los demás y más temido y reverenciado de los suyos; por cuyo respeto aventuró, siendo tan amigo de la paz, más de una vez en entrar en nuevas guerras con príncipe harto poderoso y vecino y con parte de sus vasallos, tan contra su inclinacion

y conveniencia, por no dispensar en nada por leve que fuese contra este necesario cuidado. Finalmente pudo decirse de él lo que advirtió un gran juicio, en aprobacion de su rara prudencia en lo político, y de lo que supo establecer el respeto y reverencia á la dignidad del principado: que antes de la rebelion era el Rey señor del País Bajo á medias y ahora de la mitad por entero. De defectos careció cuanto es capaz de no tenerlos la fragilidad de la naturaleza humana. Todavía fué notado de algo severo y rígido de condicion, poco recompensador de servicios y remiso en el efecto de la aficion á las personas de quien los recibia, si ya no estudian los príncipes en esta independencia, juzgándola necesaria á su autoridad; pero es cierto que acertar á practicarla demuestra asperezas en el natural, y menos blandura de aquella que da no menos adorno, que á las personas privadas, á los príncipes.

Con su muerte se publicó la resolucion que S. M. tenia tomada de que gobernase en tal caso los Estados la señora Infanta, disolviéndose con la falta de cualquiera de entrambos la donacion, como se capituló entonces, aunque secretamente y contra lo que muchos pensaban; y si bien S. A. hizo dificultad en encargarse del gobierno, conociendo cuánto convenia, lo aceptó con general alegría de todos, mostrando desde luego (aunque con el reciente dolor tardó en dejarse hablar algunos días) cuán justas eran las esperanzas que de su talento habian concebido siempre los que mejor la conocian, y desengañándose los más que habian vivido en esto no poco perplejos, fundados en haberla visto tan desviada de los negocios en vida de su marido, que los muy allegados á su persona, hablándole alguna vez en los propios, jamás habian podido sacar de ella más que ofrecer intercesion con palabras tan modestas y poco confiadas que apenas supiera usarlas la persona menos cercana al Archiduque. Pareciales á estos, y era el número mayor, que debiéndola él, además del respeto y estimacion á que obligaba su sangre, no menos que los estados que poseía, de razon debía darle en el manejo de ellos cuanta parte pudiese llevar su talento, y, como se habia divulgado en vida de Felipe II, su padre, que no hacia cosa sin comunicársela, verla ahora tan fuera del

juego, atribuíanlo á que, por ventura, el marido más de cerca y libre del afecto paternal, habria reconocido mejor su capacidad. En fin su modestia y el parecerle justo dar al sexo el respeto y oficio que le tocaba, á no concurrir tantas otras razones que moderaban esta regla, la hizo aventurar casi del todo su opinion en esta parte, hasta con las personas más allegadas á la suya. Tanto quiso ajustarse al extremo de esta obligacion, si ya no reconoció en el natural de su marido que con desabrimiento partiera en lo público el oficio de príncipe; y es así que, aunque fué tan moralmente virtuoso en la conservacion de su autoridad, no dejó de tocar algo en el extremo de la entereza, y no bastó para desengaño de esto entre los criados familiares ver al Archiduque entrar cargado de papeles, siempre que iba á hablarla, porque tal estaban de persuadidos á esotra opinion que lo juzgaban cumplimiento. Vióse con esto esta princesa necesitada, luego que se encargó del gobierno, á procurar un universal desengaño para entrar en él acreditando su persona. Diligencia tan necesaria que sin ella todas las demás sirven de poco, y no sólo se mostró prudente en saberle conseguir, sino en la modestia del modo, haciendo que este efecto solicitasen sus obras y le encubriesen sus palabras. Echó para ello por un camino sin duda raro y acertadísimo, porque se resolvió á gobernar de tal manera las cosas que por ningun caso tuviese en ellas ninguna ayuda, ni el mundo ocasion de atribuir á la asistencia de ella su acierto. Ordenó á todos los ministros que negociasen por escrito y no asistiendo cerca de su persona. Al responder las consultas, ninguno ví aún para ayudarla á cerrar los pliegos. No podia haber contradiccion en atribuirle la buena ó mala direccion de las resoluciones; las cuales comenzaron en todo género de negocios hasta en los militares, á ser tales que brevemente se vió cuán errado habia sido el mundo de lo contrario y cuán extremada su moderacion y paciencia, encogiendo su gran talento dentro de los límites de la que juzgó más precisa obligacion de lo que parecia á todos en aquel tiempo. Ejemplo por ventura singular y no menos rara la poca ambicion que mostró en desear el gobierno, pues, habiendo declarado harta gana de no encargarse de aquel peso, poniéndole en consideracion los ministros

de S. M. cuanto convenia al bien público, luego se allanó á ello, sin ser afectada ni pertinaz la modestia del rehusarlo. En el señalarla S. M. lo necesario á la decencia y gasto de su casa jamás se le oyó otra palabra de que se hiciese en eso lo que pareciese necesario y no un cabello más, puesto que le sobraba así, como así habia de gastarlo en servicio de la república. Notóse por maravillosa la brevedad que usaba con el expediente de los negocios: con lo cual fué dando excelente cobro en todos; pero en lo de Alemania no daba lugar á mejorarlos mucho el daño que habian recibido en estas dos señaladas muertes.

Quedaron con esto las cosas del Palatinado en la misma rotura que antes, si bien se conservaron sin actos de hostilidad hasta Agosto en una encadenada suspension de armas, que se fué prolongando de una en otra con plazos harto breves. Sentíalo don Gonzalo, pareciéndole se malograban muy buenas ocasiones, no pasando á la sazón de seis mil infantes y mil caballos, como se ha dicho, el ejército enemigo. El cual, pareciéndole que tener en medio del verano esparcidas sus fuerzas era aventurarlas, ó porque desease intentar algo con ellas; comenzó á juntar formado ejército á los principios deste mes; y no le pareciendo á don Gonzalo bastantemente sazónada la ocasion de romper sin avisar de nuevo al Marqués, se contentó con alentar sus cuarteles por entonces y reforzar los más fronterizos, conservándose así hasta que á mediado aquel mes recibió cartas del Elector de Maguncia y landgrave Ludovico, con aviso de que habia Horacio Vere enviado mil infantes y quinientos caballos á juntarse con Mansfeld en socorro del Palatinado superior contra Baviera, advirtiéndole que la ociosidad de nuestras armas daba lugar á semejantes ayudas, con que se dificultaban los efectos que habia de hacer en favor de la causa católica aquel duque y en utilidad y recompensa suya. El cual se quejaba no poco, y era de temer resultase dello menos conformidad y alianza entre todos de la que convenia al buen remate de las cosas que se procuraban. Pedíale instantemente que para deshacer todas estas disidencias comenzase á obrar cuanto antes con su gente. Convencíale á don Gonzalo, no menos que la razon que tenían, la utilidad

que traería á Su Majestad emplear aquel ejército, á quien no faltaba nada de lo necesario, teniendo al enemigo á la sazón tan inferior en fuerzas, y así se resolvió en consultarlo al Marqués con persona propia, eligiendo para esto á don Alvaro de Losada, capitán de corazas en aquel ejército. Ordenábale que en primer lugar le advirtiese el peligro en que se hallaba de ser ofendido en algun cuartel, estando contra toda razón militar alojado en tantos y tan distantes por Agosto, con la guerra rota, en sazón que el enemigo tenía sus fuerzas en tal distancia que en pocas horas podía unir las, tratando, según los avisos que había, de interpresas, que, con las inteligencias que en nuestros cuarteles no le faltaban, era de temer las ejecutase; que se perdían algunas ocasiones de ocupar puestos como el castillo de Steyn y otros que costarían, previniéndolos, poco trabajo, y cada día se dificultarían más, y, habiendo de venir á la guerra, fuera de gran embarazo no tenerlos; que se daba al enemigo demasiado lugar de reparar sus plazas y de nuevo fortificar otras, como lo hacían en Gernesen (1), puesto que con la comodidad del agua podía venir á ser muy considerable, todo á fin de entretener la guerra, que era su principal designio y nuestro mayor daño; que se descreditaban con la ociosidad no poco nuestras armas, y al revés las suyas, arrimándoseles muchos que no se atrevieran viéndonos mover, entrando nuestros parciales en la disidencia que avisaban el landgrave y el Elector de Maguncia; que se les daba lugar para tratar inteligencias en Vorms, donde se hallaban unos con mucho temor y otros con deseo de que ocupasen las armas del Palatino aquella ciudad; y aunque por estas apariencias se les había escrito que, si querían para su seguridad guarnicion, se les daría, advirtiéndoseles que, si los enemigos por su remision la ocupaban, se iría sobre ella, tratándolos con toda hostilidad, no por eso se concluía nada: con que tanto más debía dudarse de su intencion, pudiendo ser del daño que se sabe ocupar el enemigo tan importante puesto en la ribera. Llevaba tambien entendida

---

(1) Gernsheim.

don Alvaro la cantidad de gente nuestra que podria sacarse en campaña, tomando resolucion de que se hiciese, y la parte que habia de quedar en guarniciones, y asimismo los designios que tenia pensados don Gonzalo y la forma de hacer la guerra, señalando menudamente los pasos con que pensaba guiarla, en tanto quanto es posible determinar desde lejos en materia tan incierta y sujeta á infinidad de accidentes; si bien no poca parte de lo trazado se ejecutó como se dispuso en discurso. Advertia, que, no tomando esta resolucion, quedaba la provincia totalmente imposibilitada de llevar más tiempo el peso de los alojamientos, y, no desocupándolos, ser imposible á los villanos cultivar la tierra y coger los frutos, que era lo mismo que acabar su sustento y el nuestro de una vez, y que ultimadamente no podia resultar de estarse quedos sino gastar el tiempo, la provincia y el dinero inútilmente todo junto y ser imposible al invierno sustentarse.

Llegó don Alvaro á Bruselas á los 20 en ocasion que se desbajaban los correos, de que resultó faltarle al Marqués cartas de una persona que tenia cerca del duque de Baviera para avisarle si rompía en el Palatinado superior, sazón en que se habia ofrecido hacerlo por acá. Pero poco despues, con la llegada de los duplicados y cartas del cardenal de Solorena que lo aseguraban, y las recibió estando con el ejército del País Bajo, cerca de Bessol (1), despachó á don Alvaro con órden á don Gonzalo de que procediese en la ulterior ejecucion, mandándole tomar su viaje para Bruselas, para que, consultándolo tambien con la Infanta y los demás ministros de Su Majestad, S. A. ordenase lo que fuese servida. Pero aún antes de tener respuesta don Gonzalo de lo que habia enviado á tratar, se le ofreció precisa ocasion de mover las armas en socorro del obispo de Spira, como le estaba ordenado, porque, hallándose en esta sazón los enemigos faltos de dinero y medios de sustentar su gente, se resolvieron sacarla á comer en las tierras de aquel Estado, donde hicieron notables desórdenes, robos y quemas de lugares enteros, para apremiar aquellos pueblos á más gruesas contribuciones.

---

(1) Wesel.

No dudó don Gonzalo un momento en la resolución de remediarlo, pero pudo, y con razón, en la forma de hacerlo; porque con pequeñas tropas era poner en mucha duda el fin y en igual peligro los medios, aventurando á que, si las rompiesen, mover todo el ejército y transferirle allá no podia ser sin desviarle mucho de sus plazas y hacer largos tránsitos por tierras ajenas, la mayor parte enemigas. Parecióle con esto más á propósito poner los ojos en alguna diversion tal que doliese y obligase á dejar lo ajeno por lo propio: calidad y circunstancia necesaria en este género de torcedor; y deseando no sólo hacer desnudamente este efecto con algun acometimiento sino emplear la gente á un mismo tiempo en adquirir tambien algo, que para la guerra (que ya habia inexcusable) pudiese serle de provecho, advirtió concurrir en el castillo de Steyn cuanto en esta sazón se deseaba, habiéndole hablado de su situacion é importancia diversas veces el maestre de campo Gulsin, que como tan en la vecindad de Openen, donde habia alojado el invierno, con curiosidad y advertencia militar lo tenia muy bien reconocido.

Está este castillo situado á poco más de 300 pasos de esotro lado del Rhin en la parte oriental de él, considerándolo desde Openen. Dista de Worms poco más de hora de camino más arriba: puesto en extremo importante así para librar de él al enemigo, librándonos de los daños y descomodidades de aquella ladronera tan en la necesidad, como por el paso que desde él se nos abría para toda la Bergesträd: así llaman aquel territorio, que, arrimado á la falda de las montañas discurre hasta el Necher y para en Heidelberg.

Resolvió, pues, don Gonzalo que se emprendiese este castillo; y conviniendo haberlo en forma de interpresa, para no dificultarlo y darlo á sospechar moviendo todo el ejército, lo resolvió y dispuso en esta forma. Ordenó que á los dos de Agosto el capitán Juan Giarte (1) del tercio de Gulsin con 60 Valones de su compañía en dos fragatas fuese á desembarcar y emboscarse del otro lado, antes de amanecer,

---

(1) Guyar.

lo más cerca del castillo que pudiese, sin ser descubierto, en tanto que otros 200, que estaban de la otra parte con el capitán Barel (1) del mismo tercio, procuraban divertir los de dentro, incitándolos á acudir á un reducto que tenían á la orilla del río. Como sucedió, saliendo para ojo del castillo hasta seis ó siete á reconocerlos, de 25 soldados que en él había. Cerró con ellos prestamente el capitán, ejecutándolos hasta el castillo y ganándoles la que en España llaman barbacana y, entre los soldados en estos países, usando del término francés, bajacorte. Fuélos siguiendo hasta la segunda puente levadiza sobre un foso, en el cual saltó el capitán, llegándole el agua casi á los hombros, y acompañado de dos soldados, ganó una puerta falsa que estaba abierta al lado entre las dos principales. Bajaron luego entre los tres con diligencia el puente, y rompiendo con maderos gruesos la postera, se entró en el castillo con muerte de solos dos soldados nuestros y ocho del enemigo, escapándose los demás por las ventanas y murallas.

Dióles la pérdida de esta plaza notable cuidado por el amago que con ella se hacía á Heidelberg, á cuya conservacion han estado siempre notablemente atentos, no tanto por la consecuencia de la plaza, que es flaca, fácil de tomar, dificultosa de mantener, cuanto por ser la villa más populosa y rica de la provincia y cabeza de ella. Y entre la gente vulgar y poco experta de la guerra hace gran aprehension ver perdida la corte del Estado, creyendo que sin ella no puede mantenerse lo demás; además de que, considerándolo más militarmente, podía con razón darles pena vernos ocupar un puesto tal del otro lado del Rhin, por cuyo medio era fuerza tenerlos en grande inquietud, especialmente siendo el sitio por naturaleza fuerte y capaz de ponerle muy en defensa con mediano trabajo. Y así deseando no darnos lugar á esto, de tal manera obró la diversion, que, saliendo al momento de las tierras de Spira, se resolvieron en procurar cobrarle tan diligentemente, que, á los 27, llegó sobre ella Obstraut con el mayor golpe

---

(1) René d'Yve, de Warelles.

de infantería y caballería que pudo recoger, dos piezas de artillería y dos morteros. Pero con el cuidado que el dicho capitán había prestado en fortificarse y particularmente en levantar un parapeto entre los dos fosos de agua que hay alrededor del castillo, y la diligencia de Gulsin en enviarle las municiones que había pedido de comida, pólvora y balas con 240 hombres de socorro, la resolución con que les acometieron les salió vana, habiéndolo hecho por tres partes, tirándoles más de 50 cañonazos con muchas granadas y bombas, sin daño ninguno de los de dentro: con que se retiraron aquella misma tarde. A cuyo ruido vino desde Openen, enviado del maestre de campo, su sargento mayor don Diego de Bogssot (1) á reconocer lo que había, con orden de entrar, si pudiese, en el castillo para mandarle, como lo hizo.

Los avisos que de todo esto tuvo don Gonzalo le hicieron resolver á formar y juntar luego ejército para socorrer y conservar el castillo, oponiéndose á los designios que podría tener el enemigo, así contra él como con cualquiera otra plaza, y así despachó órdenes luego para juntar la gente á los contornos de Oderneym, ejecutándose con tanta diligencia que se hizo el día de los 27. Pero, pareciéndole que la conservación del castillo pedía aún más apresurado remedio, ordenó que con suma presteza marchasen la vuelta de allá aquella noche 500 Italianos y otros tantos Borgoñones de los tercios del maestre de campo, el marqués Campo Latharo y barón de Balanzon, á cargo de Luis Velez, su sargento mayor, soldado de mucha experiencia, valor y cordura. Los cuales caminaron tan bien que antes del amanecer pasaron la ribera en pontones y se metieron en la plaza, sobre que volvieron aquella misma mañana los enemigos con mayores fuerzas, entre ellas la mayor parte de sus Ingleses, que era la gente de más cuenta. Y enviando delante un buen golpe á reconocer una barrera que estaba á mil pasos del castillo, toparon en ella con Luis de Ville y alguna gente nuestra italiana que iban á lo mismo, con quienes escaramuzaron

---

(1) Diego de Boisot-Tassis.

vivamente dos horas y más con muerte de ocho ó diez de los nuestros, saliendo herido en un brazo don Francisco Torralvo, capitan de Napolitanos. Retirándose ellos con no pequeña pérdida de su parte, y reconociendo Mos. de Ville el puesto, le juzgó demasiado apartado del castillo, y que, así por eso como por la espesura del bosque que hay en todo el sitio, podia, si queríamos mantenerle, cortar con facilidad el enemigo la gente que se dejase en él. Pareció con esto retirarla, y así se hizo aquella misma noche emplearla en labrar (á la orilla de un dique que alinda con un pozo de agua muy buena) una trinchera de más de 500 pasos, no impediéndolo la gran cantidad de mosquetazos que continuamente tiraban los enemigos, haciendo otro tanto sobre la mano izquierda, hasta darse la mano con el puesto que se había atrincherado, á fin de mantener la orilla y paso libre del rio.

Marchó nuestro ejército aquella noche toda y el varon de Auci, que iba de vanguardia con diez compañías de caballos, envió (como se le había ordenado) el teniente de la suya á reconocer y tomar lengua, y no habiendo topado enemigo desta parte y el paso todo libre, vñose avanzando todo el ejército hasta el mismo rio, de donde don Gonzalo á mediodía mandó pasar algunos pontones con refresco de municiones y víveres. A los cuales, ellos, con más de 500 mosqueteros, salieron por estotra orilla, dándoles gallardas cargas, pensando estorbarles el paso, aunque sin efecto ninguno. Pasando tras estos otros y algunas barcas al sabor de tres medios cañones que se plantaron luego de nuestra parte, que, á poco más de á doce tiros, despejaron toda aquella orilla, sin que despues en ella pareciese tropa suya. Alojóse nuestro ejército aquella tarde á su vista con un dique sobre el Rhin por costado, y él (sin hacer más faccion desde aquella noche que tirar continuamente con la mosquetería y dos cañonazos no más) se retiró á los 10 de Setiembre por la mañana sin tocar cajas, ni cumplir Obstraut á todos los lugares de aquel contorno la palabra que les había dado, á lo que dicen, con solemne juramento de recobrar el castillo ó perder sobre él la vida, con cuya esperanza les acudian con municiones víveres prontísimamente. De los nuestros faltaron hasta 25 con 40 heridos, y de los suyos más de 200.

Trató luego don Gonzalo de asegurar y fortificar aquel sitio, conociendo aún más de cerca la importancia de él, y como tenia diversidad de puestos que era necesario ocupar, para estorbar que el enemigo no se le pegase, señoreándose del dique, fué fuerza abrazar buena cantidad de terreno y consumir en ponerlo en defensa algunos dias, conociendo que sin dejar aquello del todo asegurado no podia tratar de desviar el ejército, especialmente poniendo allí el puente como lo hizo, fortificando tambien esotro lado. Mandó asimismo venir la mayor parte de la gente que pudo sacar sin detrimento de la seguridad de la plaza. Previsiones todas que de una parte y de otra acabaron de mostrar que la guerra se tomaba de veras: con lo cual cada una de las partes se fué diligentemente previniendo para ella, acampándose tambien el enemigo con todas sus fuerzas en unos villajes distantes de Steyn poco más de legua alemana, con no pequeña alegría de los soldados, cuyas esperanzas tenia casi sepultadas el ocio pasado. Desdicha la mayor de esta profesion, la cual en excesivos trabajos, descomodidades y escaso estipendio, la más infima y abatida de la república no iguala su infelicidad, á no recompensarlo la ordinaria mudanza de cosas que trae consigo la guerra, con que cada cual, dándose á conocer con sus obras, halla ocasion para acrecentarse en honor y puestos, que raras veces faltan al que se señala, si ya no lo contradice una falta de infelicidad que suele desbaratarlo todo.

---

## LIBRO IV.

Cualquier dichoso principio en los movimientos de las armas inflama el ánimo de los soldados, acrecienta las esperanzas de quien la manda y mueve los pensamientos y los discursos de todos al deseo de mayores cosas. Tal vez hace esto abrazar designios de superior dificultad á los medios y fuerzas, no siendo fácil resistir las persuasiones de los que, llevados de aquel primer ardor, todo lo juzgan fácil y posible. El seso y la prudencia del general menosprecia (cuando la ocasion lo pide así) esa vulgar manera de juzgar, y con el espacio y tiempo conveniente mide las propias y ajenas fuerzas, pesa las conveniencias y peligros, atendiendo á que entre los entendidos (aunque sean los pocos) se acredite su prudencia y aguardando á que los efectos (el día del poner las manos) satisfagan los menos considerados, cuyo aplauso no debe desearse todas las veces. Estaban los ánimos de los soldados atentos á la brevedad del progreso, y la prudencia y cuidado de don Gonzalo á la buena eleccion y acierto de él, teniendo vuelto todo el pensamiento á discurrir en lo que podrian emprender aquellas armas, hallando hartas razones de perplejidad, porque para todo se descubrian dificultades muy considerables.

En una de dos cosas se ponian principalmente los ojos, ó en encaminarse hacia el enemigo y, presentándole la batalla, que era de creer la rehusaria, procurar con la artillería irle ganando puestos y, desalojándole, romperle del todo ó darle algunas manos tales que quedase en poco menos mal estado. Era el otro camino intentar alguna plaza de importancia, como serian Franquendal ó Manen, excluyendo á Heidelberg por demasiado desviada y dificultosa de mantener: con lo cual se ensanchaba el dominio de la provincia, se adelantaba el intento de ocuparla y se poseía nuevo país en que cargar el peso de la guerra, porque parecia estaba el que le habia llevado el año antes de-

masiado consumido. Oponíase al primer intento, en primer lugar, no ser cosa que estaba totalmente en nuestra mano su ejecucion, porque un ejército acampado y fortificado, como lo estaba el enemigo, si no le convenia pelear, difícilmente se le podia constreñir á que lo hiciese, y en tal caso, decian, se vendría á consumir la parte del verano que quedaba en sólo mirarse ambos ejércitos y hacer algunos efectos de poca ó de ninguna importancia para la suma de la guerra; con que se le ponía al enemigo en las manos cuanto podia desear, y se le dejaba conseguir la defensiva, que era todo lo que en esta sazón pretendia. Contra el segundo designio se consideraba la dificultad de emprender el sitio de una plaza fuerte, como lo eran cualquiera de las dos, con el invierno casi en casa y con un ejército que no pasaba de 9,000 infantes y 1,800 caballos á lo sumo, del cual era de creer se perdería una razonable parte, y con estar, como de ordinario sucede, en el sitio; y cuando bien se ganase la plaza, considerada la gente que habia de consumir el presidiala, quedaría nuestro ejército indigno de este nombre y el enemigo casi señor de la campaña, además que, en tanto que nos via ocupados en cosa tan grande, muy á su salvo podría emprender alguna de nuestras plazas, siendo especialmente Alzem y Krusenack tan flacas, que era infalible, no socorriéndoselas, llevárselas, y con esto era sin duda que nos atrasáramos mucho de reputacion y de sustancia.

Juntó don Gonzalo á consejo diversas veces á los maeses de campo, el marqués de Campo Latharo, Mos. de Gulsin, el coronel conde de Isemburg y el capitán Pascual de Verenguel, comisario general de la caballería, que á la sazón la gobernaba toda. Y como la materia tenia, mirada á todas luces, tales dificultades, duró el resolverla todo lo que se consumió en fortificar el castillo y puente de Steyn. Habíasele representado siempre muy considerable á don Gonzalo el inconveniente de que podría el enemigo, viéndonos ir hácia él, retirarse y meter toda su gente, la mitad en Franquendal y la otra en Manen y parte en Heidelberg y con eso dejarnos sin que pudiésemos ganarle un palmo de tierra, y así se inclinaba más á la empresa de Franquendal. La cual trazaba en esta forma.

Hacia cuenta de irle á romper con la artillería su puente, y, hecho esto, privabásele totalmente de socorrer tan presto la plaza, pues el aderezarla habia de consumir tiempo bastante á que el sitio estuviere muy adelantado, con que esperaba sin duda tomarla, no se le figurando tampoco más dificultoso ganar un pequeño fuerte que tenia, al parecer de los que lo vieron, en el remate del lado de acá. Esto se halló, mandándole reconocer, muy dificultoso, ó por mejor decir, imposible, así por estar más fortificado que se pensó como por ser largo y dificultoso el camino y muy fácil á ellos cargar á la defensa con todo su ejército. No pudiendo, pues, romper el puente, quedaba notablemente crecida la dificultad del sitio, del cual se apartaba de mala gana don Gonzalo, porque decia no consistir todo el dominio desta provincia en más que dos puestos, Franquendal de la una parte del Rhin y Manen de la otra, y que con ellos se poseía todo y sin ellos nada. Todavía en el último consejo, que fué el día de los 21 de Setiembre, acabó de prevalecer la opinion de irse derecho al enemigo, y luego se comenzaron á repartir las órdenes para el siguiente. Pasando el Rhin con bonísimo concierto y con no pequeña suerte, pues en acabando de estar del otro lado toda la artillería, viveres, municiones y la gente, á los primeros carros del bagaje se rompió el puente. No por esto se dejó de pasar adelante, si bien con el cuidado, que es de creer, de dejar todo el bagaje cortado, no habiendo quedado en el castillo y fortificaciones más que dos compañías de infantería alemana y una de caballos. Diósele esto á don Gonzalo bien grande cuando lo supo, que fué poco antes de la noche, y luego pensó en pasar la más gente que pudiese en pontones para refrescar aquella guarnicion, como lo hizo, hasta en cantidad de 1,500 hombres. La rotura del puente, á causa de la mareta que hacia en el rio el mucho viento, fué con gran fracaso de las barcas y materiales. Y hicieronse aquella mañana los batallones y dispúsose todo en la forma ordenada: con lo cual se fué marchando á vuelta del cuartel del enemigo, entre el cual y nuestro fuerte habia dos casares, Goffen (1) á cosa de una

---

(1) Hofheim.

legua del castillo, donde alojaba el coronel Oberstrot, cabo de su caballería, con toda ella, y media hora de camino más adelante Persat (1), en que estaba Horacio de Vera y la infantería. Al descubrir del primero nuestra vanguardia, se mostraron tres tropas de su caballería, con las cuales se escaramuzó un poco y luego se retiraron al segundo, donde sacaron nueve en harto buena orden, haciendo siempre cara á nuestro ejército. Fué don Gonzalo en persona á reconocer la disposicion en que estaba, aunque habia pensado hacer cuartel junto al primer casar. No viendo que mostraban designio de retirarse, mandó mejorar los batallones á menos de tiro de cañon, y en buena distancia, á su abrigo, plantarles tres medios, con que se les comenzó á batir sus tropas y con una manga de mosquetería se fué en persona mejorando por unos setos, desde donde se les comenzó á tirar tambien. Pero, aunque, á lo que se vió, recibieron algun daño y al segundo cañonazo derribaron, segun se conoció por el trozo de la lanza que se topó junto al caballo muerto, un estandarte, no se pusieron en ninguna confusion, antes con buena orden y harto espacio fueron desviándose de nosotros al abrigo de su cuartel, acercándose á él de manera que en razon de guerra no se les podia acometer, pues era de creer estarian fortificados y abrigados de toda su infantería y artillería, para lo cual era necesario tomarlo más de propósito, arrimándose á sus puestos con trincheras, procurando ganárselos uno á uno.

En esto, á poco más de una hora antes de anochecer, se vieron comenzar á arder sus cuarteles y desaparecer cubiertos del humo y llama las tropas todas. Envióse á reconocer lo que era, y volvieron los corredores á decir que el enemigo estaba retirado ya lejos, y siendo de creer que todo el carruaje le habrian echado de vanguardia desde que llegamos y que aquella retaguardia á la ligera con la ventaja que llevaba era imposible alcanzarla, pareció lance forzoso por esto y por tratar de remediar la rotura del puente, alojarnos en sus

---

(1) Bürstadt.

propios cuarteles de la caballería que desampararon aquella noche, y el día siguiente procurar nuevas de su derrota. Envióse para esto á tomar lengua con diversas tropas y, aunque sin avisos ciertos del todo, trajeron luz de que se retiraron, conforme el más probable discurso, la vuelta de Manen.

Este mismo día, que fué el de los 23 de Setiembre, fué don Gonzalo en persona con una de las compañías de caballos de guardia á reconocer á Prestat y sus cuarteles para alojarse en ellos. Pero impidiólo el haberse pegado fuego casualmente en el villaje y quemándose más de la mitad. Estaban los cuarteles de manera que mostraban haber pensado sus dueños habitarlos mucho tiempo, porque habia barracas con chimeneas de ladrillo muy bien fabricadas y otras comodidades que no se hacen para pocos días. Todo esto lo desampararon con más prisa y no tan buena orden como el abrigo que hicieron á su retirada con la caballería, que en esta accion parecieron soldados, y se vió en ella cuanto le importa á un príncipe un hombre de buen juicio en el manejo de sus armas. Pues el que aconsejó hacer aquella frente con la caballería (quisiera saber quién fué para nombrarle, porque no me parecen menos bien las acciones acertadas de mi enemigo que las propias) no le dió menos, á mi parecer, al conde Palatino que cuanto poseia en la provincia, que todas las esperanzas que le quedaron de algun concierto. Porque con aquello obligó, no pudiéndole nosotros reconocer su retirada, á que acertadamente se resolviese el reconocer sus puestos el día siguiente y procurar ganárselos por todos los pasos y reglas militares. Pero visto ya que se habia puesto en salvo, procuróse luego con toda diligencia tomar lengua de su derrota, y, mientras tanto ocupar todas las villas del Vergestrat, menos á Helledberg, para lo cual se envió al conde de Roxfort (1) con las cinco compañías de su cargo y otras dos de arcabuceros y en su compañía Monsieur Vanefren, por cuya mano habian pasado, como se ha visto, los conciertos hechos con la mayor parte de las villas que se rindieron

---

(1) Juan Thierry, conde de Rochefort.

el año antes, con órden de encaminarse la vuelta de la Vergestrat hácia las villas de Venceyn (1), Openen (2) y Wanen (3), á las cuales procurase tomarles juramento en nombre del Emperador, con aquella misma forma que se hizo en Sobernén y Mensienguen el maestre de campo don Diego Mejía cuando tomó á Trarback.

Partió el Conde del campo el día de los 23 de Setiembre, y pocas horas despues los que habian ido á tomar lengua trajeron aviso de haber dividido todo su ejército el enemigo en Maneyn, Franquendal y Heidelberg y alojado su caballería junta en Ladenburg. Con lo cual temeroso don Gonzalo de que con ella cortase al Conde, mandó al Comisario general que con otras diez compañías, entre ellas las de don Francisco de Ibarra, don Alvaro de Losada y la suya de Españoles fuese luego en busca del Conde á darle calor á su vuelta.

Partió el Comisario general aquella tarde poco antes de anochecer y en Venzein supo como, habiendo tomado el juramento en aquella villa y dejado en ella al capitan Juan File con su compañía de arcabuceros, habia pasado á la de Openen. Tomó el Comisario general la misma derrota y halló al Conde en la villa que la habia topado desierta de todos los moradores.

Hay pegado á ella un castillo llamado Esterquenbrak (4) razonablemente fuerte para á lo antiguo, á que habian añadido un buen trincheron todo al rededor con sus puntas en forma de estrella, si bien faltaba un pedazo por perfeccionar. Guardábanle cosa de 30 infantes con su capitan y bandera, los cuales, apretados con amenaza, la mañana siguiente le rindieron. Es el castillo harto importante para por medio de él tener un razonable dominio en la Vergestrat y, para si se hubiese de emprender Heidelberg, puesto muy conveniente. Pero como el designio de don Gonzalo era de no empeñarse de esotro lado del Rhin demasiado, especialmente ocupando puestos cuya debilidad ó larga distancia de los nuestros dificultase el mantenerlos, no habia sido su pensamiento más que tomar los juramentos y volverse. Pero

---

(1) Bensheim.—(2) Heppenheim.—(3) Weinheim.—(4) Starkenburg.

hecho ya esto, pareció necesario al Comisario general y los capitanes con quien lo consultó dar luego parte á don Gonzalo con el capitan Gustines (1), habiéndolo hecho con el baron de Longvi luego que llegó, y mientras tanto se resolvió aguardar su respuesta, con el cuidado necesario á quien con sola caballería estaba empeñado tanto el pais adentro del enemigo. A Vanen (2), que era la tercera villa con que habia de tratar el de Roxfort, no pareció bien ir por entonces con la gente por no alargarse atrás dos horas más de camino, pero, como diligencia en que no se aventuraba nada, se le envió un trompeta, que poco despues volvió con uno del magistrado á concertarse, como se hizo.

Llegó en este medio la respuesta de don Gonzalo, mostrando gusto y satisfaccion de lo hecho; y para reconocer la fortificacion del castillo y la que podria añadirse antes de empeñarse en guarnecerle, envió al ingeniero Martin Anere y el capitan Varon, que, considerándolo todo, le refiriesen el parecer del Comisario general y los capitanes sobre este punto con la respuesta de la diligencia. Se procedió con la que convenia en este negocio, de manera que entró la guarnicion en el castillo aquella misma noche. Y á la verdad convenia así, porque era demasiado tiempo el que venia á estar en algun riesgo la caballería. Constaba el presidio de 300 ínfantes, más de los 200 de una compañía de Alemanes y otra de Valones del capitan Guiart, que le habia de mandar. Volvió con esto el Comisario general á los cuarteles, y poco despues el Conde, que quedó allí hasta ajustarlo todo.

Estaba don Gonzalo aún no resuelto en lo que habia de emprender y para acabar de resolverlo del todo, juntó consejo el dia de los 22, en que de nuevo consultó las materias precedentes con todas las consideraciones, no sólo militares sino políticas, discurriendo por todo breve y sustancialmente con mucha ponderacion. Propuso así el estado de nuestras fuerzas como el de las enemigas, la situacion de las plazas, las dificultades y conveniencias, más ó menos de las unas que de las otras, consi-

---

(1) Francisco de Custine, señor d'Aufflance.—(2) Weinheim.

deradas por una parte para concluir la guerra, y por otra para el intento de la negociacion. En que habia notable diferencia, porque para la continuacion y progreso de la guerra, decia, la razon de ella pedia intentar en primer lugar á Franquendal, por acabar de obtener todo el dominio del un lado del Rhin, dando por fácil tomar consiguientemente á Keisersluter, y luego, pasando la ribera, ocupando á Landenbourg, cortar toda la distancia de tierra entre el Necher y el Rhin que mira á Manen, y con eso, que no la entrara un pájaro, hacerla venir á la obediencia, y el dia que se hiciese, necesariamente Heidelberg viniera á rogar con las llaves. Lances todos de no mucho tiempo, á tener nosotros más gente para formar dos cuerpos de ejército equivalentes al suyo. Pero, no pudiendo hacerlos, excluia en primer lugar lo de Heidelberg, como cosa totalmente insustancial, antes de tener dominio sobre el Necher y librádose del padrastro de Manen, para lo cual se oponian todas las dificultades dichas de intentar plaza fuerte y bien presidada, militando las mismas en Franquendal. Refirió tambien cuánto se variaban todas estas consideraciones, volviendo los ojos al camino de la negociacion, y para hacer capaces á los de la junta del estado de ella, les leyó una carta que la Infanta habia tenido del Emperador, cuya copia mandó S. A. remitirle, para que, entendido lo que contenia, fuese reglando con ello sus acciones. En ella decia S. M. Cesárea que movido de diversas instancias hechas por el Rey de Inglaterra para obtener para su yerno y nietos alguna manera de conciertos, deseoso de agradar al dicho Rey, se andaba pensando en ello.

Añadió á esto don Gonzalo que se considerase cuánto podria atrasar lo que se trataba cualquier mal suceso del ejército, y que el tomar una plaza más no nos ponía en mejora equivalente con mucho al riesgo de la pérdida; que tambien no era de olvidar el peligro de cogernos una suspension de armas sobre unas desas plazas, y, habiendo de dejarla, vernos obligados á estrecharnos con los límites antiguos, cansados ya del peso de la guerra é imposibilitados de ayudar á llevar parte del gasto de ella, que tanto convenia á S. M. Razones todas que era bien mezclarlas con las militares y de ellas juntas sacar la re-

solucion más adecuada al intento y conveniencia del Rey en estos negocios. Pareció con esto á todos lo mejor volver los ojos á buscar alguna ensancha á nuestras espaldas, y así se resolvió la empresa de Keisersluter, trazándola desta manera.

Mandóse quedar en Steyn en guarda del castillo y puente al maestre de campo Gulsin con 1,000 infantes, la mayor parte Valones de su tercio y Alemanes los demás, en Stechenbrot (1) los 300 infantes dichos, y, acampándose don Gonzalo en Durmestein (2) al opósito de Manen y Franquendal con el grueso del ejército, enviar un golpe de hasta 3,000 infantes á tomar á Keisersluter por las espaldas, pareciendo que con la asistencia del ejército en este puesto se estaba amenazando á Franquendal y á Manen, de manera que le era imposible al enemigo sacar de ellas gente ni formar cuerpo de ejército con que campear. Y con eso lo de Keisersluter quedaba fácil, mucho más que si se emprendiera con todo el campo entero, pues entonces con cualquier puerta que el enemigo hiciera, nos divirtiera notablemente. Resolvióse juntamente tambien de avisar luego al Marqués y á la señora Infanta el estado de todo, para que si quisiesen que se emprendiese lo demás, poniendo los medios necesarios, lo ordenasen.

Hecho esto, desalojó el ejército á último de Setiembre, y ocupando, al pasar por ella, la villeta de Lampsen (3), pareció dejarla con 300 infantes y una compañía de caballos por tener tanto más cerca de Franquendal ese puesto ocupado. El dia siguiente se dió vista á la villa, marchando en batalla y se alojó en Durmesteyn. De donde salió á 1.º de Octubre el marqués de Campo Latharo con su tercio de Napolitanos y hasta el número de 3,000 infantes, lo demás de Alemanes, tres medios cañones y otras tantas compañías de caballos, á cargo del baron de Lomby con orden de sitiar á Keisersluter, quedándose don Gonzalo con el grueso del ejército á hacerle espaldas, como se ha dicho, en aquel puesto. En el cual pareciéndole justo procurar reconocer á

---

(1) Starkenburg.—(2) Dürkheim.—(3) Lambsheim.

Franquendal, en tanto que no habia otra cosa que hacer, mandó que con toda la caballería que allí estaba lo hiciese el Comisario general, que salió al amanecer de los cuarteles el dia de los tres, y llegó á dar vista á aquella plaza aquella mañana, y haciendo poner las tropas en los puestos necesarios la reconoció por todos los lados.

Está la villa situada en una llanísima campaña, si bien toda aquella parte que contiene la poblacion se levanta en una apacible eminencia, tal que por todas partes se ve superior á cuanto mira. No tiene en larguísimo trecho parte por donde se pueda venir á ella con ningun género de cubierta, si no es por una que se le avecina, una punta de un pequeño bosque que se remata por allí con unas hayas; pero desde ellas al foso hay distancia de más que de tiro de mosquete. Está del Rhin poco más de media legua. La muralla, á lo que se pudo reconocer, pareció harto buena y los baluartes grandes y en proporcionada distancia. No echaron gente fuera á escaramuzar, si bien sacaron alguna al abrigo de sus murallas, que tiraron algunos pocos mosquetazos y dos ó tres cañonazos no más. Visto y considerado todo esto, volvió el Comisario general á los cuarteles, á donde lo refirió á don Gonzalo; el cual, en tanto que se entendia en la empresa de Keisersluter, aguardaba la respuesta del correo de Flandes, y de ambos cuidados salió á un mismo tiempo, porque de Keisersluter le avisó el marqués de Campo Latharo el haber ocupado aquella villa en esta forma.

Llegó á ella el siguiente dia que se apartó del campo una hora antes del anochecer, y luego con su sargento mayor se adelantó á reconocerla. Tiraron los de dentro siete ú ocho cañonazos y alguna mosquetería, al dar vista nuestra gente. Mandó el Marqués con diligencia plantar en una colina que domina toda la villa su artillería, y sin perder tiempo comenzó á batirla en ruina, enviándolos con un trompeta á requerir que se rindiesen. Respondieron que la hora no era á propósito para tratar de acuerdos, y el maestro de campo volvió á decirles que, si no lo hacian á la mañana, no usarian con ellos de ninguna misericordia, cosa que los atemorizó de manera que se resolvieron en darse con las ordinarias condiciones con que se habian ocupado las demás villas de este Estado. Este fué el suceso de Keisersluter, villa de no pequeña importancia por la vecindad de Lorena.

De Flandes le escribió la señora Infanta que hasta entonces no se había asentado cosa en razon de suspension de armas, porque, habiéndose propuesto, el duque de Baviera la contradecía, y así ordenaba á don Gonzalo que pasase adelante con la guerra en la mejor forma que le pareciese.

Fué sin duda respuesta muy del buen juicio de S. A. y del acierto con que iba tomando las riendas del gobierno, descubriendo en él un maravilloso talento y especialmente un admirable y pronto modo de despachar, cosa con que se acreditaba y daba estimar mucho. A la verdad fuera lastimoso desperdicio dejar de obrar con aquellas armas, á las cuales ni faltaba valor ni dineros para poner en buen estado cuanto tenian á su cargo. Y así como en la infelicidad es prudencia tolerar la mala fortuna, conviene, cuando la suerte dispone favorablemente las cosas, no perdonar á nada de cuantos beneficios se pueden conseguir. Y eran sin duda grandes los que podia traer á la monarquía española el acabar de perfeccionar aquella conquista, por dos razones entre otras principalísimas. Lo poco que era menester para conseguirlo y lo mucho que se perdiera, dejándolo imperfecto. Parecia que para conducir las cosas de aquella provincia á una total posesion, faltaba sólo, como se ha apuntado, el dominio de Franquendal y Manen, cosa que, consideradas las tuerzas enemigas, era menester muy poca añadidura á las nuestras para obtenerlo. Con lo cual, además de poseer una de las mejores provincias de Europa, tanto por tanto, y que en sus propias fuerzas podia mantenerse y sustentar un golpe de gente con que tener un amago eterno á todos los enemigos de la casa de Austria, en Alemania se hacia espaldas á acabar de ajustar del todo la reduccion del dominio imperial y pacificar revueltas tan perniciosas, desobligándose el Rey y desenlazándose de una vez de aquellos gastos que tanto atrasaban las cosas propias, estableciendo un firme escarmiento (remedio que no sufre practicarse á medias) para en lo venidero, de que conforme á razon podia esperarse una durable quietud pública. Añádase á esto lo mucho que se mejoraba la naturaleza de la guerra del País Bajo con este aquisto, creciendo nuestras fuerzas y embarazando á los rebeldes cuantas les venian de

Alemania, de la cual no sólo se les podían quitar las ayudas sino también el trato del Rhin y el de las villas Ansiáticas con la prohibición imperial, que, estando aquella majestad establecida, sería respetada y obedecida cuanto deja considerarse. Y el consumir el tiempo y dineros inútilmente, no sólo hiciera malograr estos provechos sino pasar las cosas al extremo contrario, pues no le sería fácil al Rey la continuación de esta guerra más tiempo, embarazado en la de Flandes, para que era menester no menos que trescientos mil escudos al mes.

Animaba todo este discurso no poco ver la felicidad con que se iban acomodando las cosas en Bohemia y Hungría; pues en esta sazón avisó el duque de Baviera haber concertado con Ernesto de Mansfelt, que, entregando todas sus plazas y fuerzas en manos de Su Majestad Cesárea, le vendría á servir con todo su ejército, y si bien hubo en esto el engaño que se verá, nadie lo dudó entonces y sirvió por lo menos al de Baviera de que le entregase Mansfeld todas las plazas que poseía del superior Palatinado, con lo cual faltaba harto poco para no quedar cosa por hacer en aquellas partes. No siendo circunstancia poco lucida destas guerras ver la misma persona del Palatino vagar privadamente, mendigando auxilio y entrándose personalmente por las puertas de hombres de tan poca calidad como los Holandeses, como lo hizo por este tiempo, llegando á los cuarteles del conde Mauricio junto á Bisel (1).

Alentaba todo esto mucho á don Gonzalo, y, aunque se hallaba con pequeño ejército para sitiar villa tan grande y que debía ser acometida por muchos puestos, estaba de todo resuelto de emprenderlo, presupuestas todas estas consideraciones, las cuales, según el estado de las cosas entonces, eran en todo extremo bien fundadas: pero en todo hubo tan señaladas mudanzas que lo que parecía, y á la verdad estaba bien trazado y en disposición de lograrse según reglas de prudencia humana, hubo tan diferente suceso, como se verá. Y todo este

---

(1) Wesel.

concierto de Mansfelt, que todos juzgaron infalible, paró en lo que veremos y alteró la naturaleza destas cosas; casi pasándolas del un extremo al otro, especialmente las particulares del Palatinado y nuestro ejército, mostrando cuán flacamente se discurre en lo porvenir.

Resolvió ahora don Gonzalo reconocer personalmente la plaza, antes de ponerle sitio, y para eso mandó á don Francisco de Ibarra que con siete compañías de caballos, entre ellas las de don Alvaro de Losada, el Comisario general y la suya de españoles, le fuesen haciendo escolta. Partió de los cuarteles al anochecer, y, llegando á vista de Franquendal á poco más de las nueve, poniendo la caballería en los puestos necesarios, fué en persona á visitar todos los que parecia debian ocuparse, advirtiendo con mucha menudencia todas las circunstancias necesarias en tales casos, que tanto suele importar no olvidar ninguna por leve que parezca. Y no dejaba de haber algunas harto considerables y que ofrecían no pequeñas dificultades, siéndolo bien grandes los muchos puestos que era necesario ocupar y la poca gente con que se emprendía. Causaba uno de los mayores embarazos un marazo que habia de dividir los dos cuarteles principales con increíble discomodidad.

Consideraba don Gonzalo todas estas dificultades, más para buscar el camino de vencerlas que para dejar por ellas de caminar con lo resuelto; si bien no dejaban de ofrecerse aún nuevos embarazos fuera de los límites de la misma empresa, porque Monsieur de Gulsin avisaba que se juntaba copia de gente en el condado de Anolt, que decian entraría en la provincia brevemente. Resolvióse con esto don Gonzalo de enviarle 200 infantes más para el castillo de Sterkenbourg, con lo cual se juzgaba bastantemente capaz para defenderse largo tiempo, y con esto comenzó á disponer las órdenes para marchar el día de los 7 de Octubre, como lo hizo, llegando á dar vista á la villa aquella mañana. Tardóse todo el dia en elegir y disponer los cuarteles, alojándolos juiciosamente, tomando por frente una ribe-  
rilla, sobre la cual, al otro lado, cerca de donde desagua en el Rhin, habia un puente roto con que forman ambos un ángulo, y allí se mandó ir al coronel Vaur con su regimiento de alemanes, las cuatro

compañías del conde de Henin y cuatro de caballos para ocupar y fortificar aquel puesto, mediante el cual se poseían ambas riberas y se le quitaba al enemigo el uso dellas, efecto de la importancia que deja considerarse. Hecho esto, fué avisado don Gonzalo que entre aquel puesto y el suyo habia otro puente sobre la riberilla, que era necesario ocuparle, y el enemigo habia alojado en él alguna gente, si bien la mayor parte villanaje. Parecióle necesario hacerle ocupar, y para esto mandó al sargento mayor de los Borgoñones, Luis de Ville, que con siete compañías de su tercio, dos de alemanes del conde de Isenbourg y dos de medios cañones fuese á desalojarlos. La caballería entró en dos villajes, la mayor parte á cargo del Comisario general y la resta al de don Francisco de Ibarra, fuera de las cuatro compañías que llevó al Vaur. Dispuesto todo en esta forma, se acabó de acampar el ejército, sin que al tomar los puestos ni al hacer todas estas faenas, tirasen más que dos ó tres cañonazos.

Habia en la villa, segun se supo de unos prisioneros que se tomaron, más de 1,200 infantes, la mayor parte Ingleses con su sargento mayor que la gobernaba y los demás Alemanes. El dia siguiente, nueve del mes, andando demasiado descubiertos algunos Borgoñones del puesto del sargento mayor, desde un reducto que tenian los enemigos, á que se acercaron demasiado, les mataron cuatro é hirieron seis ó siete.

Empezáronse aquella noche las trincheras, adelantándose notablemente. El dia siguiente, que fueron diez, sacó el enemigo cosa de 30 soldados al abrigo de un escuadron de obra de 200, que le puso pegado á sus fortificaciones, en parte que no se le podia descubrir á causa de que entre él y nuestra vanguardia de las trincheras habia la riberilla, de que se ha hecho mencion, que entra en el Rhin, y al lado de ella de nuestra parte un dique, tras el cual emboseó esta gente é hizo subir encima cosa de 30 ó poco más tiradores. A ellos salieron con más valor que recato algunos soldados Españoles é Italianos con el capitan Cepeda y el sargento mayor Cacha de los Napolitanos, adelantándose tanto que, no contentos con echar del dique los enemigos, los quisieron seguir, pasando la riberilla por un puentecillo muy estrecho con que se expusieron á toda mosquetería de la gente que es-

taba abajo, con pérdida de siete ú ocho de los nuestros, y, á lo que se pudo juzgar, no la tuvieron ellos menor, ayudando tambien á hacerlos retirar la compañía de caballos borgoñones del baron de See (1), que los acometió valerosamente. Fué de nuestra parte muy de sentir la pérdida de los muertos, si bien en número tan corto, por las personas á quien tocó, porque al sargento mayor Cacha y al capitán Cepeda los mataron al arremeter, soldados ambos de honrados y largos servicios, especialmente Cacha, por espacio de 40 años continuos, ganando en las más de las ocasiones de aquellas guerras honradísima opinión.

Hubo tambien por la parte de los Borgoñones otra parte de escaramuza aquella misma tarde en una barrera, que aquel sargento mayor habia ocupado, de un paso á propósito para darse la mano con el Vaur en harto breve distancia, cosa que fué de no poco gusto para don Gonzalo, que desde que llegó habia deseado y procurado descubrirle. Tambien hácia el cuartel de Vaur hicieron otro acometimiento con poca gente, escaramuzando algun rato al abrigo de sus fortificaciones. En todas partes se iban adelantando las obras, y pareciendo que no era menester ya en el puesto de los Borgoñones tener ocupada toda aquella nacion, que contenia soldados de tanto efecto, se resolvió don Gonzalo en traerse á las trincheras una parte de ella con su sargento mayor y enviar allí al Conde de Isenbourg con la mayor de su regimiento de Alemanes, habiéndolo pedido instantemente el mismo Conde, deseoso de emplearse más cerca del enemigo. El cual acostumbraba de ordinario sacar por la puerta que mira á Vorms una tropilla de caballos y alguna infantería á desbalijar los vivanderos que iban á cargar de provisiones en aquella ciudad. Advirtió esto don Francisco de Ibarra el día que fué de guardia á un casar que mira á aquella parte, y buscando paso por la riberrilla, para poder con brevedad cargarlos, halló uno que tenian los enemigos barricado, el cual hizo abrir y esplanar; y el día siguiente el capitán Gustines que

---

(1) Cláudio de Beauffremont, baron de Scey.

le mudó, advertido por don Francisco de que por aquella parte podría cortar los que saliesen, lo hizo con cuidado, de manera que á cosa de 30 infantes, que fueron los primeros que picaron en la golosina de los carros, la mañana de los 11 del mes los degolló casi todos, con que quedó aquel paso en virtud de aquel escarmiento más asegurado.

Habíase, desde el dia siguiente á la primera noche que se comenzaron las trincheras, labrado una batería para cuatro cañones, aunque algo de lejos y con ella se fué batiendo la villa todos estos dias, bien que sin mucha prisa, por conocer que hasta mejorarlo en la distancia conveniente el efecto no sería muy considerable. Adelantáronse las trincheras en las primeras dos noches notablemente, y al último ramal pareció necesario sacar un través y labrar un reducto, cerca del cual se hizo el dia de los once tambien dejándolas con esto en la perfeccion necesaria. Tiraban de la villa á ellas con razonable prisa, y de ellas á la villa con la misma, sin haber de nuestra parte más daño de cuatro ó cinco muertos y pocos más heridos. Ordenó don Gonzalo que el marqués de Campo Latharo sacase otro ramal por el lado izquierdo de las nuestras y allí dispusiese una batería para tres medios cañones. Hizolo así y el dia de los trece comenzó á jugar con muy buen efecto. Yéndola á reconocer aquella mañana, dieron un mosquetazo en los pechos al capitán Otaiza, teniente de general de la artillería y á cuyo cargo estaba la de aquel ejército, tan venturoso que sólo le rasgó levisísimamente la carne, que fué harto buen suceso, por la falta que pudiera hacer su persona. Adelantó harto buen trecho sus trincheras el de Isenbourg, y allí se le hizo otra batería, que, con la que por la parte de los Españoles se había de hacer más adelante, serian cuatro, si bien de la antigua se hacia poco caso por la distancia.

En los burgueses y los soldados que defendían la villa no se sentía ninguna tibieza que pudiese dar más esperanzas que las que iria solicitando la fuerza. Juzgábase causa de esto ser aquella villa poblada la mayor parte de herejes fugitivos del País Bajo y recelarse de algun castigo, haciéndolos, como de ordinario sucede, recatados el fiscal de

jas propias conciencias. Dábanse muy buena maña en trabajar, y, además de las murallas y fortificaciones antiguas, habían labrado algunos reductos y medias lunas, entre otras una con un trincheron como estrada cubierta en aquella punta de la villa contraria á la que mira á Vorms, por la que caminaban casi todas las nuestras trincheras, especialmente las de los Españoles.

A los 14, poco antes de mediodía, tuvo don Gonzalo aviso de que había pasado el puente alguna gente enemiga con evidentes señales de intentar meter algun socorro á los sitiados. Resolvió, visto lo que importaba remediarlo y reconocerle, que marchasen luego á vuelta de allá el teniente de maestre de campo general Santander con obra de 1,500 infantes Españoles, Italianos, Valones, Borgoñones y Alemanes y don Francisco de Ibarra con diez compañías de caballos, dos de arcabuceros y siete de corazas y la suya de lanzas. La órden era encaminarse la vuelta del puente, si topaban socorro pelear con él, y, si no, darle una vista, renocer sus puestos, tomar lengua, si se pudiese, y volverse. Llegóse pues á cosa de las tres ó poco más á vista de sus cuarteles, delante de los cuales se vió una hermosísima llanura ceñida toda en forma casi circular de dos espesísimos setos, que á manera de luna se remataban en una casa fuerte y un villaje prolongado que acababa de continuar el círculo, á cuyas espaldas estaba un reducto que se trababa por medio de un trincheron con el puente, y á su remate, desotra banda del Rhin, se via Manen. Al desembocar, pues, desta campaña, don Francisco, que iba en la vanguardia de la caballería y ella en la de la infantería, descubrió tres tropas de caballos del enemigo, abrigadas con los setos á los costados y la casa fuerte á las espaldas. Mandó luego detener todas las tropas para que no se mostrasen, y sacó solas dos compañías de arcabuceros y 30 corazas escogidas, que encargó al teniente Juan Bautista Basana, nuevamente elegido para ayudante de Comisario general en el País Bajo, oficio no hasta entonces visto, si bien deseado muchos años de cuantos han entendido la caballería. Con estas tres tropas se mejoró don Francisco hasta la mitad de la llanura, mandando á los arcabuceros que trabasen la escaramuza y la tropilla de corazas que, sin moverse, les

hiciese espaldas para no rehacerse á su abrigo los escaramuzadores. Sacó tambien una manga de mosquetería por la falda del seto izquierdo, sin adelantarla mucho, habiendo avisado de todo esto á Santander, que luego por la retaguardia, sin descubrirse, formó dos escuadrones de toda la infantería y vino á verse con don Francisco, el cual, aunque por razon de su cargo, en nada inferior, no le tocaba obedecerle, viendo cuánto se debía á los méritos, experiencia y valor de Santander y cuánto podia importar no embarazarse en semejantes diferencias, le dijo cuán pronto estaba á obedecerle y servirle. Cortesía que fué recambiada con otra tal y con irse conformando con cuanto don Francisco iba haciendo con la vanguardia, en la cual á esta sazón se escaramuzaba, sin que aprovecharan ningunas diligencias para atraer el enemigo, que tenia todos los setos muy bien guarnecidos de mosquetería. Viendo, pues, que no prestaba esta diligencia, pareció que no podia perderse nada (pues nos hallábamos con fuerzas superiores á las que podria, segun buen discurso, osar desviar de Manen) en juzgar al descubierto, sacando nuestras tropas todas y escuadrones á la campaña, en la cual fuera sin duda ventaja muy para no menospreciarla irnos encaminando y abrigando á alguno de los setos de los costados, pero era notable el rodeo del círculo y la comodidad que en esto se les daba de retirarse á sus fortificaciones á su salvo, y parecia poco airoso haber visto la cara al enemigo y no tentar en alguna manera sus manos.

Representó todo esto don Francisco á Santander y concurrió en que por medio de la campaña, torciendo siempre la vuelta del seto izquierdo, nos fuésemos mejorando con buen tiento con la manga de la mosquetería y toda la caballería. La cual dispuso don Francisco, dando la vanguardia á las dos compañías de arcabuceros, cada una en el remate de dos alas en que se dividió toda, siguiendo á cada tropa de arcabuceros la mitad de su compañía de lanzas, tras de ella dos compañías de corazas á cada lado, y en medio un escuadron de las otras tres, con órden de no cerrar sin que el mismo don Francisco se la diese con algun oficial. Comenzóse luego á avivar la escaramuza con la caballería, sin reparar en las apretadas cargas que le daba la mos-

quetería del seto; con la cual escaramuzó nuestra manga bizarrísimamente, andando los capitanes Agüero, don Jerónimo Boquin y don Antonio de Cáceres, Españoles, con mucho valor y concierto, y lo mismo don Andrea de Limotile, napolitano. Fué luego el enemigo desamparando el seto, cargándole toda la caballería, aunque de la casa blanca recibió gentiles cargas. Visto lo cual, su caballería se retiró á largo paso y toda la infantería hasta encerrarse en sus fortificaciones, de las cuales, habiéndolas reconocido, nos departió la noche y la razon, que sin artillería condenara por barbarísima temeridad tratar de intentarlas, principalmente viéndose venir por el puente gran golpe de infantería. Parecióle con esto á Santander y á don Francisco que se ordenase la retirada con mucho espacio, y la forma fué recogerse todas las tropas y en una ala hacer frente al enemigo, que luego hizo lo mismo. Comenzaron con esto nuestros escuadrones á marchar con corto paso, dejando una de las mangas de mosquetería y con ella el capitan Agüero hecha alto, vueltas las caras al enemigo, hasta que los escuadrones hubiesen marchado un buen trecho. Luego se movió toda nuestra caballería, menos dos compañías de arcabuceros, menos treinta corazas escogidos, que hacían testa en tanto que marchaba la manga, á quien despues seguian lentamente. En esta forma se fué perdiendo de vista el enemigo, continuándola hasta nuestros cuarteles. Hubo de nuestra parte cosa de catorce ó quince heridos y siete ú ocho muertos, entre caballos ligeros é infantes de todas naciones. Del enemigo no se supo, pero presúmesese mucho mayor daño, porque, al retirarse, recibieron dos ó tres cargas muy apretadas. Al capitan Juan Vile de arcabuceros de á caballo, soldado viejo y de opinion, dieron un mosquetazo en un brazo, de que murió dentro de poco tiempo.

Tal fué el suceso deste dia, y, á traer nuestra gente un par de piezas de campaña, hubiérase batido y ocupado la casa fuerte, y, á lo que puede presumirse, ganádoles el trincheron y reducto y roto el puente; si bien en lo que sucedió ni se puede hacer juicio cierto ni argüir ventaja. La que este dia hubo de nuestra parte juzgue quien no lo sea. De la suya no se niega el acierto de haber hecho frente, es-

caramuzado desde los setos un rato bien y retirándose, ya que lo hubieron de hacer, sin desconcierto notable. Holgó don Gonzalo, á quien don Francisco avisó del suceso con el teniente Juan de Mallea, mucho de todo, principalmente por el cuidado en que estaba.

El dia siguiente, que fueron 15, se continuaron todas las baterías, aunque sin hacer efecto notable. Pareció á don Gonzalo que convenia mucho apresurar la empresa, entre otras razones por el riesgo grande que se corria, si, dilatándose, viniera al enemigo algun socorro tal que con él pudiese formar ejército y divertirnos, acometiendo cualquiera de las villas que poseíamos, estando á la sazón todas con poquísimo presidio: cosa que nos pusiera en notable conflicto, y no se hallaba en menos que venir Mansfelt con todo su ejército, habiendo avisos que lo aseguraban y que se habia roto el concierto que tuvo hecho con el de Baviera, cosa que podia dar el cuidado que se deja pensar, y así deseaba apresurar todo lo posible el sitio.

Tenian los enemigos por la parte de la trinchera de los Españoles y Borgoñones fuera de la muralla un reducto muy bueno y delante de él trincheron. Este primer puesto se resolvió don Gonzalo en alcanzarle, pospuestas todas las consideraciones de los riesgos y poca certeza de semejantes facciones, la mucha gente que suelen costar y cuánto le importaba conservar la suya, pesando más á su parecer la necesidad de desembarazarse cuanto antes de aquel sitio para poder acudir á esotros aprietos que amenazaban. Ordenó, pues, que el sargento Cárdenas, que lo era de don Pedro de Aguilar, con treinta soldados escogidos y uno (*sic*) de Borgoñones (*sic*) con otros tantos embistiesen la vanguardia. Habia entre los Españoles muchos caballeros y oficiales reformados. Ordenábasele que, hallando demasiada resistencia, se metiese en el foso del reducto, que allí le socorrerian. Ejecutó el sargento y los que con él iban esta orden con tanta resolucion que brevísimamente tomó pié en él, peleando valerosamente un gran rato. Secundóle luego el capitan Alonso Martinez, cerrando con el socorro que salia de la villa á los defensores. Tras él venian los capitanes Estéban Martinez y la compañía que fué de Cepeda, la de don Alonso de Fauste el capitan Agüero y dos capitanes Bor-

goñones, Vacaron y Dentier. Peleóse un rato porfiadamente, y aunque á los primeros lances hubieron de retirar al sargento herido de dos mosquetazos y un picazo, con un ojo menos, portáronse los que le siguieron tan bien que no mostraron haber faltado quien los guiaba, si bien se defendieron más de un cuarto de hora gallardamente los de dentro. Al cabo, cediendo los Ingleses, se ganó el puesto con muerte de más de 150. Murieron peleando de nuestra parte hasta siete, entre ellos don Francisco Pinel y don Francisco de Villegas, caballeros de valor y calidad. Sacó un picazo en un ojo el alférez don Bernardino de Palacios y don Fernando Galindo un mosquetazo, sin salir heridos don Pedro Manrique, don Alonso de Palacios, el alférez Ribera, Cristobal de Medina y don Agustin de Pallazo; estos de la primera tropilla y con Alonso Martinez su alférez Francisco Roque, que sacó un picazo en un ojo, el alférez Juan Porcel y otros muchos, no quedando nadie que con mucho valor no hiciese el deber. Hicieron tambien los Borgoñones y sus soldados bonísimo efecto, con lo cual se acabó de ganar el puesto, y luego con mucha priesa se cubrieron, tratando de lo necesario á su conservacion con valor y advertencia militar.

De la parte de Isenbourg se habia ordenado asimismo que con su gente acometiese otro reducto que tenia delante. Hízolo así, y aunque la gente cerró con él con determinacion y le tuvo ganado, no pudieron conservarle á causa del mucho daño que recibian de un través. Llególe este aviso á don Gonzalo y reprendió que no se hubiese procurado cubrir con una cortadura luego para mantenerle. Resolvió el Conde á la mañana volver á acometerle. Ejecutólo y le ganó honradamente, matando más de 60 enemigos con pérdida de pocos suyos, si bien le mataron dos capitanes. Ganó en él tres piecezuelas de artillería, y para ver el estado de este puesto y lo que en él conveüía hacer, envió allá don Gonzalo á Santander y á Martín Anierre, el ingeniero. Junto al reducto que ganaron los Españoles se comenzó á trazar una batería y á disponer que de allí, se le tirasen bombas, como se hizo el dia de los 19, doblándosele aquella misma mañana á don Gonzalo

el cuidado del socorro con una carta que tuvo del landgrave Ludovico, príncipe declaradamente amigo.

Decíale en ella haber tenido aviso que Mansfelt habia llegado la vuelta de Heidelberg con 400 caballos y 1,500 infantes; lo demás de su ejército hablábase en que venia tambien la vuelta de esta provincia, aunque el duque de Baviera, cuando avisó la rotura del concierto, ofreció que le vendria siguiendo en caso que él hiciese punta hácia acá. Podia esto en razon dar no pequeño cuidado, hallándonos con un ejército tan pequeño embarazados en una empresa tan grande y abrazando tanta cantidad de plazas, todas las cuales era fuerza guardar con pequeñas guarniciones y ahora necesario sacar las más ó disminuirlas de manera que quedasen expuestas á muchos riesgos. Todavía acudiendo á lo más forzoso (sazon en que es fuerza disimular inconvenientes) despachó órdenes para sacar la más gente que se pudiese de todas las guarniciones y traerla al campo, mandando asimismo venir al maestro de campo Gulsin con su tercio de Valones y al coronel Vaur que, fortificando su puesto y guarneciéndole moderadamente, se agregase al campo con lo restante de su regimiento y las cuatro compañías de caballos de su cuartel. Hacía cuenta de juntar un cuerpo de gente de hasta 3,000 infantes y toda la caballería y con ello hacer cuartel entre Lampsen (1) y Lambersen (2), villeta en que alojaba el Comisario general á menos de hora de camino del puente de Manein, y con esto hacer rostro al enemigo, y, dándose la mano con él, continuar el sitio. Esto se pensó entonces, no trayendo Mansfelt más fuerzas que las dichas, no dudando que lo demás de su ejército lo entretendria el duque de Baviera como lo habia ofrecido, pero despues, como su venida fué con tanta más gente y el cumplir Baviera con esta obligacion tuvo la remision que se verá, fué necesario variar y resolver lo que se dirá á su tiempo, y ahora con este aviso no desconfiar del sitio, en orden á cuya continuacion aquella misma noche, que se contaron diez y nueve, ordenó que los Italianos acometiesen su reducto, lo cual ejecutaron en esta forma.

---

(1) Lambsheim.—(2) Lampertheim.

Arremetió determinadamente de vanguardia el sargento de don Andrea de Limonti con 25 hombres por el costado de la trinchera de los Españoles, y al mismo tiempo con igual valor el alferez de la misma compañía por la parte que miraba á la campaña. Desampararonle los enemigos luego, y el alferez diligentemente ocupó un trincheron pegado á ella. A estas dos tropillas venia dando calor el capitán Jacome Raposo, y, juntos todos, comenzaron á fortificar estos puestos, si bien, recelosos de alguna mina, no se alojaron en todo el reducto, sino, cortándole por la entrada, se comenzaron á cubrir. Costóles solamente siete heridos y la persona del alferez, el cual habia dicho aquella misma tarde que ó habia de entrar en la media luna ó perder la vida, no adivinando que le podrian suceder ambas cosas, como fué. Ignórase su nombre: fué mozo de valor y honradas esperanzas. Todas las trincheras se adelantaron aquella noche y en la suya el conde de Isenbourg mejoró la batería buen pedazo. De la de los Españoles se les tiraron algunas bombas, y, aunque se vió el provecho que podian causar, respecto de ser pocas las que se tenian, lo fueron tambien las que se echaron, reservándolas para la postre, cuando se tuviesen puestos más cercanos, siendo éstos que habian conservado lejos, los sitiados notablemente desviados de su muralla y el no tener modo de defender una villa tener mucho que ir perdiendo antes de llegar á ella, de que se sigue la dilacion, enemigo mayor de los sitiadores.

Tornó á avivarse otra vez la nueva de la venida de Mansfelt, tras haber llegado otra muy poco antes, tan diferente que aseguraban su reduccion, perplejidad en todo extremo penosa para quien tenia á su cargo un ejército, á cuya seguridad daba tan diferente cualidad lo uno ó lo otro, especialmente hallándose embarazado en faccion tan importante. Trató luego don Gonzalo de oír los pareceres de las cabezas del ejército, y hubo entre ellos no poca variedad. Decian unos no tener todos estos peligros otro remedio que sacar un golpe de gente escogida de hasta 3,000 infantes y toda la caballería para intentar con ello ganarles el puente, alegando que el día que estuvieron allá Santander y don Francisco de Ibarra reconocieron no ser faccion en ex-

tremo dificultosa; que, hecho esto, todos los miedos de la venida de Mansfelt cesaban, pues para rehacer el puente habia menester el enemigo más dias que nosotros para ganar la plaza, además de que sin mucho riesgo no podian ellos labrarle casi á nuestra vista. Los de la opinion contraria no negaban la conveniencia de todo esto, sino proponian la dificultad ó la imposibilidad, á su parecer, de ejecutarlo, porque el puesto, segun lo que refirieron reconocedores le habian fortificado desde que estuvo allá nuestra caballería, y era de temer, y mucho, que acometer fortificaciones con gente cansada de caminar dos leguas con los malos caminos casi inaccesibles por las aguas ocasionase la pérdida de una buena parte, y, como de ordinario acontece, la más escogida: con que quedase nuestro ejército desnatado, amilanados los soldados y los enemigos con reputacion y ánimo, que era lo mismo que perderlo todo de una vez.

Entre estas dos distintas opiniones fluctuaba el ánimo de don Gonzalo en el cuidado que se puede pensar, dudando muchos lo que podría argüirse de haber dejado el duque de Baviera llegar las cosas á semejante aprieto, por no haber efectuado con Mansfelt la negociacion que tuvo en los últimos lances. Algunos, que no pueden acomodarse á creer ningun género de lisura en las facciones de los príncipes, maliciaban que fuese deseo de ver nuestro ejército fuera de Alemania, pareciéndole que pues el echarle no habia de costar de balde á Mansfelt, podía él despues quedar señor de la campaña y en su mano el exponer las cosas á su modo. Otros por ningun caso se podian persuadir á que habiendo el de Baviera procedido tan bien en defensa de la religion católica y la casa de Austria, quisiese hacerse sospechoso á entrambas causas, y, poniendo el partido de los católicos en nuevos riesgos, y ponerse á los mismos (que sin duda era bien de comprender el primero), y así juzgaban los de este parecer que sin falta Mansfelt habria propuesto tan exorbitantes y perniciosas condiciones que Baviera juzgaba menos daño el peligro de dejarle enemigo que incurrir en alguna dañosa consecuencia y que dejase las cosas curadas, como dicen, sobre falso para reverdecer á tiempo que no fuese fácil volver á establecer y armar otra liga catolica: con lo cual, mien-

tras estaba en pié, era menester disponer de tal suerte el remedio de todo que quedase curada de una vez para siempre. Y así los de esta opinion no dudaban que vendria como lo habia ofrecido, siguiendo á Mansfelt para no dejarle á su salvo ejecutar empresa importante. Despues mostró el tiempo cuán mal se juzga de lo por venir, y ahora, como su venida era tan cercana y de la de Baviera no se sabia palabra, quedóle con todo el peligro y todas esas otras esperanzas fundadas hasta entonces en solos discursos y razonables conjeturas, que por ningun caso podrian moderar el cuidado presente que sin duda era grande.

Tuvo don Gonzalo el día de los 23 resuelta para la mañana siguiente la jornada del puente y dadas ya las órdenes para ella; pero prevaleció en segunda cesion el voto de los más que lo contradijo, juzgándola en extremo aventurada y de dudoso efecto ó imposible, pareciendo mejor volver todo el cuidado al sitio y apretarla cuanto se pudiese, sin determinar tampoco por entonces esotro parecer en que se habia hallado de hacer cuartel junto á Lampsen con un trozo de ejército, juzgando que el hacerle fortificado razonablemente perdia mucho tiempo y, sin esto, siempre se podia, cuando las nuevas apretasen; si bien siempre se tuvo (respecto de nuestra poca gente) por impracticable esta division. Juzgóse ahora más necesario, aún cuando bien hubiese de hacerse, no sacar desde luego de las trincheras esta gente que sin duda las atrasara notablemente su falta. Volvió con esto don Gonzalo todo el cuidado (ó por decir mejor la asistencia personal, que esotro forzosamente habia de estar muy partido) á apresurar cuanto se pudiesen las obras, que era fuerza cada palmo de tierra consumir diferente cantidad de horas, pues tan pegado al enemigo, se trabajaba á costa de la sangre que se sabe.

Pero todo esto se volvió á trabucar de nuevo con el aviso cierto que á los 24 se tuvo de haber llegado indubitavelmente Mansfelt, no sólo á Heidelberg sino á Maneyn, el dia antes con 6,000 infantes y 40 compañías de caballos, si bien todas pequeñas, de tal manera que aseguraban no llegaban á 1,800. Todavía era cosa clara que, juntas estas fuerzas á las del enemigo, su ejército excedia dobladamente en



número al nuestro, aún cuando libre y desembarazado pudiera ponerse á su opósito. Pero en tal caso no se recusara venir á las manos. Lo que de todo se juzgaba imposible era perseverar en el sitio y tomar la resolución que se había pensado de sacar un golpe de gente con que acuartelarse á su opósito, porque unidas y desembarazadas nuestras fuerzas eran considerables, sino por el número, por la calidad, y, repartidas, no eran nada. Quiso don Gonzalo, aunque la necesidad mostraba claramente el consejo, tomarle todas las cabezas del ejército, á los cuales, refiriendo los avisos, pidió parecer, ofreciendo ejecutar cualquiera que se le diese por aventurado que fuese, con tal que la deliberación no corriese por su cuenta sola. Sin mucha dilación notaron todos la forzosa necesidad de mirar por el ejército de que pendía la conservación de lo demás, y consiguientemente lo de cuanto se había hecho hasta entonces en favor de la causa católica en Alemania. Y así notaron que, comenzado á retirar el bagaje, desde luego lo hiciese el ejército la mañana siguiente con todo el espacio y buena forma necesarias y se acuartelase aquella misma noche cerca de nuestra puente y castillo de Steyn, enviando con toda diligencia gente á Alzem y Keisersluter, como se hizo.

Ejecutóse todo esto en harto buena orden, aunque conociendo en los rostros de todos los soldados una increíble tristeza de alzar la mano de aquella empresa que tenían en tan buenos términos. Marchó, pues, todo el bagaje aquella noche, y al amanecer la infantería alemana y valona de vanguardia siguió luego la italiana, en cuyas trincheras sucedió por desgracia casual un desmán que fué el solo que tuvo esta retirada en su ejecución. Como las trincheras se fueron desamparando, la compañía de arcabuceros Italianos de retaguardia estaba conservando su puesto, aguardando la orden de dejarle, la cual por hierro no se dió á tiempo, y por un ramal de la trinchera de los Españoles, que estaba ya sin gente, se fueron quietamente adelantando algunos enemigos. Los Italianos, no creyendo que lo eran, fueron acometidos de ellos tan intempestivamente que se perdió una buena parte de aquella compañía á tiempo que no se hallaba, como se ha dicho, nadie que oyese el rumor ni pudiese socorrerlos, de manera que se

supo la nueva buen rato despues de haberse vuelto los enemigos. Retiróse de retaguardia de toda la infanteria el batallon de los Españoles, y Borgoñones y luego la caballeria, junto á la cual, á media hora de camino andado, dieron vista algunas tropas de caballeria suya. Fueron con esto nuestras companias moderando el paso y haciendo algunos actos, vueltas las caras las últimas: con lo cual, mejorándose las demás, las siguieron éstas, sin que el enemigo se les llegase en más cercana distancia que cuando les dió vista. Llegóse aquella noche á acuartelarse el campo junto á Steyn, y el dia siguiente se volvió á marchar, alojándose todo en tres villajes, no lejos de Openen, en uno toda la caballeria y la infanteria en los otros.

Llególe en esta sazón á don Gonzalo aviso de que el duque de Baviera enviaba á esta provincia á Mos de Tille, su maestro de campo general, con tres regimientos de infanteria y buen golpe de caballeria, socorro que antes nos podia embarazar que aprovechar, malográndolo todo la dilacion y no haber (ya que pensaba enviarle) hecho que siguiera á Mansfelt más de cerca, ó dándonos aviso seguro de él tan á tiempo como convenia para regular conforme á esto nuestras acciones. Tanto es lo que va á decir en una negligencia, que, con sólo no haberla tenido, pudiéramos, continuando el sitio, sacar de nuestro campo dos ó tres mil infantes escogidos y, juntándonos con el suyo, romper á Mansfelt, cogiéndole en medio y despues tomar la plaza. Buena distancia hay desto al conflicto en que nos puso: ejemplo quo debia servir para estimar el tiempo en lo que vale y conocer que, perdida la sazón, no importa tener medios y fuerzas; que usar bien ó mal de ellas es quien las hace útiles ó perniciosas.

Tal fué el suceso del sitio de Franquendal. El cual, segun el estado de las cosas en la sazón que se emprendió, se hizo con buen acuerdo, y, aunque el pronosticarnos buenos sucesos que no tuvimos parezca tiene algo de amor propio, segun lo que en razon de guerra puede juzgarse, es de creer que, si se saliera bien de ello, en él todas las cosas no sucedieran bien. Los puestos que acometimos los ganamos con la pérdida de los enemigos que se ha visto. A ellos no se les puede negar haberse defendido honradamente, y, cuando mucho

queramos hacer su parte por loarles, aquella salidilla primera, si bien el no haber ganado cosa considerable y ser sola no da mucha materia de alabanza, la resolucion de adelantarse Mansfelt con la diligencia que lo hizo y lo bien que le salió pueden estimarlo, si bien no sé en qué razon de guerra fundó el meterse en nuestro ejército y el de Tili, si ya no supo la ftema con que habia de seguirle. Esto tiene el acertar, que, aunque sea mal fundadamente, es cosa lúcida.

El mismo dia que nos retiramos llegó Mansfelt á Franquendal y el siguiente el ejército católico á Steyn, ocupando los mismos cuarteles que tuvo cuando socorrió aquel castillo. Visitó la mañana despues don Gonzalo aquellos puestos y los dispuso en esta forma: en el castillo, el reducto y trincheron, desotro lado del puente, quedó Gulsin con la gente que siempre habia tenido allí; en un censo grande, situado en el dique del Rhin, los Borgoñones, y en otros dos villajes, en conveniente distancia, los Españoles, Alemanes, Italianos y la córte, la caballería toda en un burgo sobre el mismo dique más arriba del censo. Los enemigos se alojaron á nuestra vista, casi tomando por espaldas á Worms, cuyos burgueses, alentados con la venida de Mansfelt, comenzaron á disimular menos que hasta allí la violencia con que conservaban nuestra amistad, negándonos, si no expresa, tacitamente, viveres y la entrada que solia tener en suavidad nuestra gente, contratacion que no les acarreó pequeña utilidad; tanto es más poderoso efecto el ódio que la codicia.

Ponfense en nuestro campo dos compañías de caballos de guardia en el dique, cerca de un artificio con que se embarcan todas las mercaderías y se sacan, que llaman crana (1). A éstas se determinó el enemigo acometer el dia de los veinte y siete, y para ello sacó tres tropas de caballería demás de cien arcabuceros de á caballo escogidos, segun afirmaron prisioneros, entre todos, y una de corazas. Con esto se comenzó á escaramuzar con las compañías de corazas de Monsieur de Gustines y la de arcabuceros de Sirik (2) que tenian la guardia;

---

(1) Allem. Krahn, garrucha.—(2) De Scherrich.

las cuales entretuvieron cuanto les fué posible el puesto, avisando luego el Comisario general, que sacó con diligencia toda la caballería en campaña, y por no llevarla desalentada corriendo, y dar algun breve reparo al riesgo de aquellas dos compañías, mandó adelantar las dos de arcabuceros del baron de Monce y François Le Roy, las cuales llegaron á tiempo que las guardas se hallaban apretadas. Cerraron luego valerosamente por dos costados, dando al enemigo una carga bien apretada, y él la recibió con otra no menos viva. Llegó en esta sazón don Francisco de Ibarra, que se adelantó á reconocer lo que habia, y topando la compañía de corazas de Gustines que la venía cargando el enemigo, la hizo hacerle cara, con lo cual reparó, tambien dudando de que llegaba socorro, y dándole en esta sazón una buena rociada los arcabuceros; habiendo llegado tambien la compañía del Comisario general, que lo hizo muy bien, comenzándose ya á descubrir los demás, le acabaron de obligar á tomar la carga apresuradamente y á perder el puesto con pérdida de hasta 22 de los suyos, que quedaron en aquella plaza, sin los heridos y los que allá murieron, que, segun afirmaron prisioneros, no fueron pocos. De nuestra parte hubo hasta seis heridos y dos Españoles muertos, si bien ninguno á manos del enemigo peleando, sino el uno, disparándosele su propia pistola al meter mano á la espada, y el otro llevando un prisionero tan inadvertidamente que no le quitó las pistolas, y con una de ellas le mató.

Ordenó la mañana siguiente don Gonzalo que en lugar de las compañías de caballos de guardia se metiesen cuatro y 600 infantes, aquella noche, Españoles y Borgoñones, mandando que para abrigar toda aquella gente se labrase un trincheron, con que se aseguraba la plaza de armas y se daba la mano con el puente. Esta manera de guardia se fué continuando, tocándose algunas armas sin suceso considerable.

Habia don Gonzalo sospechado siempre desde que se alojó Mansfelt en este paraje que haría lo posible por meter el pié en Worms, conviniéndole mucho tener esa plaza á que arrimarse, para que por el Rhin le pudiesen venir bastimentos y para abrigarse con ella cuan-

do no nos llegase la gente de Baviera, y con esas espaldas conservarse hasta que lo riguroso del invierno nos despartiese. Y por si acaso podia ser de algun fruto, como diligencia que no costaba tiempo, gente ni dineros, desde la primera nueva de su venida hizo que el conde de Icenbourg fuese á hablar al magistrado de aquella villa, presentándole de su parte que por lo que deseaba la conservacion de ella, en cumplimiento de la amistad y union que tenia con las armas del Rey, le habia parecido avisarles cuánto cuidado debian tener de que Mansfelt con engaños, á muestra de amistad, no se les metiese dentro de sus murallas, pues para defenderlas no habia menester á nadie, estando allí las armas de S. M. que lo harian como él se lo ofrecia. Que ya veian la poca fe que se podia dar á las palabras de aquel hombre, que sólo tenia por cosa honesta encaminar su mejora por cualquiera medios, á cuya fortuna se le iba descubriendo ya la ruina que amenazaba; que, cuando él estuviera en la más feliz y segura, fuera de servicio á Su Majestad Cesárea y faltar á la propia palabra y amistad que con otros tenian recibirle, cuanto más á tiempo que, por hallarse metido entre nuestro ejército y Baviera, acudir á ver si, engañando á su pobre ciudad, podria mezclar con ella su fortuna, y, no le quedando otra barca en que salvarse, no seria más que hacerla participante de su ruina. Y pues mudar partido quien le tiene bueno, aún para mejorarle, no es de alabar, para empeorarle tanto no podria juzgarse sino por una clara demostracion del ódio que aquella ciudad tenia á Su Majestad Cesárea, tal que, á trueque de desviarse de su servicio, querian exponerse á todos esotros evidentes daños y los que podria traerle incurrir en su indignacion; la cual, cuando de presente no se les figurase tan formidable, podian considerar que no era del todo segura cosa tener por enemigo un emperador confederado y ayudado de España. Que todo esto podria tener un solo remedio, que era recibir para su seguridad guarnicion de este ejército, la cual no les seria de carga ninguna, viviendo los soldados de sus pagas. Que se lo representaba á tiempo para que, si quisiesen, pudiesen mirar por su salud, y sino, perdicion corriese por su cuenta.

A esto respondieron que estimaban mucho el ofrecimiento y que

mirarian lo que podian responder á ello, haciendo por otra parte no pequeñas demostraciones de la poca afición que nos tenian, y aunque no dieron entrada á Mansfelt, como se dice y creyó en nuestro campo, ayudáronle en 60,000 florines por una vez, y desde la primera noticia que tuvieron de su venida (y fué la más cierta que nosotros tuvimos tambien) comenzaron á no traer bastimentos á nuestro ejército y á tratar mal las personas de él que á la sazón se hallaban dentro.

Estábase estos dias con harto deseo de ver en qué pondria Mansfelt los ojos, ó en qué forma dispondria de sí, conformándose los más de los discursos en que no podria mantenerse en este estado largo tiempo, para derramar su gente donde comiese y robase, que era el solo sustento con que la entretenia, juzgando tambien que repararia mucho en dejarse encerrar entre nuestro ejército y la gente de Tilli. Y apenas se descorria en esto, cuando se supo haber desalojado la noche del postrero de Octubre la vuelta del obispado de Spira, no habiendo aún por este tiempo nuevas ciertas de cuándo llegaría la gente de Baviera.

Daba esto no poco que murmurar á algunos, que se alargaban á creer no sólo que aquel duque habia dejado despejar de sí de buena gana á Mansfelt para acabar tanto más desembarazadamente lo que habia que hacer en el Palatinado superior y en acomodar todo lo de por allá, en que tenia tanta parte de interés propio, sino deseado de atajar la corriente de las armas del Rey en el Palatinado inferior, enviando á aquella provincia aquel poco de ejército de Tilli, poniendo tambien el pié en ella ó para apropiarse algun pedazo ó para embarazar al Rey su entero dominio. Que, entre príncipes, los más bien afectos huelgan de no ver aumentarse á sus mayores amigos. Parecía que todo esto daba motivo á los ministros del Rey en aquella parte para no sólo haber sentido la falta del socorro, pero aún tambien la venida de él tan fuera de sazón, que parece sólo llegaría á estrecharnos el invierno y obligar aquel ejército del Rey, que sin tal compañero pudiera vivir de la substancia del país, hubiese ahora de recurrir á su bolsa sola, á tiempo que acudia á tantos y tan crecidos gastos. Todos estos embarazos removió la remision del duque de Baviera en

detener ó seguir á Mansfelt con las veras que lo pedia la conveniencia de las cosas públicas y el cumplimiento de sus obligaciones y palabras, mirando con lisura: pero debe de ser impracticable entre príncipes. Otros y por ventura con más acierto, juzgaban de esta accion menos maliciosamente y creian que se dejó engañar de las palabras y esperanzas del concierto, y que en él no seguir á Mansfelt pudo haber más parte de descuido que de malicia, y no faltaba quien lo atribuia á solo deseo de sustentar este invierno su ejército en esta provincia, hallándose falto de medios para hacerlo en otra parte, y siéndole necesario para entrar en ella el color de seguir á Mansfelt, lo fué el dejarle venir para poderlo hacer disculpadamente.

Estaban en esta sazón en Flandes así la Infanta como los demás ministros bien ajenos de todo esto, tanto que escribió S. A. á don Gonzalo que, acabado con lo de Franquendal, emprendiese todo lo demás que juzgase á propósito: tanto más apriesa (como dijo un autor francés) camina el deseo del príncipe que ordena, que la posibilidad del que ejecuta, y cuanto á la venida de Mansfelt, no podía creer S. A. que el de Baviera la permitiese. Tan dificultosamente se acierta á juzgar de lejos áun los más bien informados, y no era de pequeña consideracion el cuidado que en esta sazón se le recreció á don Gonzalo de otro socorro que le avisaban venia al Palatino, y áun decian que le traería en persona. Constaba, segun se refería, de 12 compañías de infantería y 200 caballos pagados por los Estados de Holanda, y lo demás hasta el número de 6,000 hombres, que era, á lo que se alargaban los avisos del elector de Maguncia y lansgrave Ludovico, por cuenta del conde Mauricio, segun la voz, pero pagado por Inglaterra. Había de marchar todo por el país de Plataborn (1) y podia á un mismo tiempo verse nuestra provincia acometida por la Berguestrat de Mansfelt y el Emtuink (2) por esotra gente, y aunque esto no tuvo por entonces más efecto que el que se verá, bastó para dar cuidados de harta consideracion, cogiendo nuestro ejército tan menoscabado de

---

(1) Paderborn.—(2) Hunsrück.

gente, que, dejando bien moderados presidios en las plazas, no pasaba lo que campeaba de siete mil infantes y 1,200 caballos.

Comenzaron por este tiempo, con considerar á Mansfelt algo desviado de nosotros, los de Worms á verse afligidos de sus propias conciencias, cayendo mejor en el yerro que era desobligar nuestras armas, y así para repararlo en la mejor forma que pudiesen, enviaron á don Gonzalo dos Padres de la Compañía para que de su parte los disculpase, aunque con la frialdad de razones con que procuran dorarse culpas convencidas. La respuesta fué tan breve cuanto para ellos de cuidado, porque sólo dijo que él no quería ni enojarse ni desenojarse, hasta informarse bien de lo que habia pasado, que entonces tomaria el negocio como le pareciese que lo merecia, con que se volvieron no poco confusos.

Hubo en esta misma tarde que se contaron tres de Noviembre segundas nuevas de la gente de Tilli, el cual habia hecho adelantar mil caballos, que decian llegarían á nuestro campo el dia siguiente, como lo hicieron, aunque por representar el cuidado con que dejaban á Mos de Tilli de que Mansfelt, hallándose superior de caballería á la que á él le quedaba, le cortase los pasos de la Berguestrat. Resolvió don Gonzalo que sus mil caballos acompañados de diez y seis compañías nuestras volviesen á encontrarle, como lo hicieron, juntándose con él el dia de los seis de Noviembre. Causó la vuelta desta gente accidentalmente un muy buen efecto, porque tres dias antes Oberstraut y Megant, considerando á nuestro ejército ocupado con la venida de Mansfelt, habian intentado el castillo de Stercherbruck, gobernado en aquella sazón por el capitan Giart con su compañía de Valones y otra de Alemanes. Llegaron á darle vista con mucho golpe de infantería y caballería, y habiéndole ceñido y procurado combatir, estuvieron sobre él cinco dias, en los cuales hicieron los sitiados tres salidas: con que, desconfiados de tomarle y, á lo que puede creerse, cuidadosos de nuestra caballería, que, como se ha dicho, iba á encontrar la de Tilli, el dia de los 8 desalojaron con notable prisa y confusión, dándosela nuestros soldados que salieron á pelear con su retaguardia, de manera que, además de dejarse número considerable

de muertos, perdieron la mayor parte del bagaje, retirándose á sus plazas; con que quedó aquella Bergestrat desocupada y pudo sin es- torbo marchar por ella la gente de Tilli.

El cual, segun se entendi6, traía en todo poco menos de 2,000 caballos y en cinco regimientos de infantería cosa de 8,000 infantes, si bien nunca pudo averiguarse este número precisamente, juzgán- dolo á la vista muchos por el tamaño de los escuadrones buen pedazo menos que su fama. La artillería eran siete piezas, si bien la mayor parte menuda, á cargo de Alejandro de Grot su general della: re- fuerzo para nuestra gente que, aunque fuera menor, si llegara antes, pudiera traerle grande utilidad, pero ya habiéndonos defraudado su dilacion de rematar la empresa de Franquendal en que tanto iba, y quedando tan poco tiempo de lograrle en cosa de un momento, daba ocasion de holgar menos con él de lo que se hiciera en mejor sazon, y, si bien atajó parte de nuestros cuidados, nos puso en otros no pe- queños, como se ha dicho, y en descomodidades harto grandes.

Dábala no pequeña en esta sazon un aviso que se tuvo de otra di- version con que amenazaba, aunque con leves hostilidades, el land- grave Mauricio el presidio de Bacharak, con el que tenia en san Gouert (1), que como habia en aquella plaza tan poca gente y por el paso del Rhin era tan importante, cualquiera amago que se hacia era no indigno de atencion, pero pedíala, sin comparacion mayor, la gen- te de Holanda. Y así envió don Gonzalo al baron de Ansi, capitán de caballos en nuestro ejército, caballero de entendimiento y maña, ca- paz de cualquier negocio, á que de su parte propusiese al obispo de Erbipole la conveniencia á la causa católica, que seria oponerse á aquella diversion, atajando que no nos la hiciese en daño de lo que se iba trabajando, pidiéndole que emplease en esto un buen golpe de gente con que se hallaba. Dió este prelado por medio desta negocia- cion muy buenas esperanzas de hacerlo, y sirvió esta diligencia no menos que de deshacerse casi toda aquella gente que se averiguó ser

---

(1) S. Goar.

más de dos mil infantes y cosa de doscientos caballos, levantados todos por un Ascanio de Gauna, rebelde del Emperador, sin habersele arrimado la gente de Holanda que se dijo. Menguóse en esto no poco este cuidado, volviendo todo el pensamiento á trazar lo que podría ejecutarse en los pocos dias que quedaban de Noviembre, que era lo más que podría estirarse el obrar con aquellas armas.

Dispúsose que para conferirlo se viesen Tilli y don Gonzalo el cual por la obligacion de hospedaje fué el primero á moverse, pasando el Rhin acompañado de los caballeros y personas señaladas que le seguian, el dia de los siete de Noviembre. El siguiente le pagó Tilli la visita y con ella se comenzó á descubrir alguna diversidad en los pareceres, y, lo que era peor, al juicio de algunos, en los fines de ambas cabezas. Deseara don Gonzalo, como á la verdad le pedia la razon, que pues aquella gente de Baviera habia venido á asistirle, lo hiciese en lo que á él le pareciese y fuese de mayor conveniencia al servicio del Rey, siendo la obligacion ordinaria de quien da ayuda emplearla en lo que la ha menester quien la recibe y remitirle el juicio de su necesidad y la forma de usar de ella, y lo contrario antes embarazo y ocasion de sospechas y desconfianzas que socorro. Para esto quisiera que luego que ambos ejércitos fueran á meter guarnicion en Vorms, castigando en aquella villa el delito de haber dado tan buena acogida á Mansfelt y tanta suma de dineros, valiéndose de esta ocasion tambien para librarse de esa espina digna de tanto cuidado en el corazon de la provincia y tan á propósito su posesion para lo que quedaba por hacer. Tilli en todo caso queria pasar el Rhin é ir la vuelta de Heidelberg. Parecia esto ó con fin de querer entrar á la parte con el Estado ó de querer ocupar aquella ciudad para alojarla este invierno, no reparando en que, para nuestro designio, era de ningun fruto y mucho embarazo obligarnos á guardar una plaza tan flaca, dividida de las nuestras con dos riberas como el Rhin y el Necher, dejando en poder del enemigo los fuertes contra toda buena razon de guerra: cosa que, á no tenerla entendida, así pudiera don Gonzalo haberla ocupado cuando á Esterquenbruck. Hacia Tilli notable fundamento (con no pequeña admiracion de los que le veian estribar en tan pueril dis-

curso) de lo que convendría ocupar la cabeza y córte del Estado, alegando con el ejemplo de Praga, que, hasta que se tomó aquella ciudad, duró obstinadamente la guerra, y, en ganándola, todo se trocó en favor del Emperador, no advirtiendo cuán flaco es el argumento del ejemplo, no pudiendo jamás concurrir con iguales circunstancias, bastando la menor que falte á variar totalmente la naturaleza del caso presente y desconformarle notablemente del que se alega, como en este caso: no habiendo en Bohemia plaza ninguna fuerte sino aquella ciudad, por la muchedumbre de sus ciudadanos, en que consistía, la mayor parte del reino, y así con su posesion, faltando otras villas que pudiesen hacer gran resistencia, se conseguia casi la total de la provincia al revés de lo que debia considerarse en Heidelberg. Pues conservando en su poder los enemigos Maneyn y Franquendal, y en medio de ellos y nosotros dos riberas tales, quedaba cualquiera presidio que se le pudiese cortado y en todo extremo expuesto á perderse, viéndose obligado á guardar una ciudad tan llena de enemigos dentro y tan poco fuerte por arte y por naturaleza para defenderla de los de fuera. Y era sin duda mucho de maravillar que pudiese entrar en el pensamiento de un soldado tal manera de hacer la guerra como seria ocupar los puestos flacos y desviados, dejando el dominio de los fuertes y las riberas en poder del enemigo en el centro de nuestras plazas: consideracion de las primeras que en los rudimentos de la facultad militar se practica. Al intento de entrar en Vorms, si bien con más fundadas consideraciones, se opuso Mos de Tilli gallardamente, alegando seria dar una gran estampida y revolver en el Imperio perniciosísimos humores con notable estrago de la quietud que pretendia establecerse, no pudiendo dejar de causar á todos los Alemanes daño-sísimos celos y desconfianzas ver comenzar á ocupar las ciudades libres; que luego Francfort y Spira entrarian en los mismos miedos. Añadíase á esto haber escrito poco menos recatadamente el Elector de Maguncia y lansgrave de Dermestat, como por vía de advertimiento, á don Gonzalo.

Todo junto hizo dejar por entonces este designio, y ver á Tilli marchar de hecho por la Berguestrat determinarse don Gonzalo en no

dejarle ir solo, así para seguridad de lo que hubiese de ejecutar, como por estar más á la mira de los intentos que descubriese, comenzando á no asegurarse mucho de las utilidades que habia de traerle aquel socorro; pero no era sazón de darse por entendido, descubriendo inútiles desconfianzas, antes bien demostrar todo lo contrario y agradecer lo mismo que sentia. Fué caso éste sin duda en lo que se vió mucho la dificultad con que se concuerdan los designios de los príncipes y la poca lisura y conformidad que puede practicarse en las ligas, por lo cual han durado siempre poco y consiguiéndose de ellas inferiorísimos efectos á las esperanzas que se contienen en los tratados, especialmente en comenzando á calmar algo el aprieto que las hizo quejar, y aunque algunas veces se han curado males de harto cuidado con semejante remedio, casi nunca se ha visto llegar á perfeccionar las cosas reduciéndolas al estado que conviene, porque la necesidad es sola la que hace venir los príncipes á gastar en la causa comun, y en alojando ella, cada uno vuelve los pensamientos á las particulares utilidades, bien así como cuando la venida del enemigo sobre una ciudad destierra de ella todos los ódios y emulaciones privadas, reduciéndola á suma concordia y, despues de defendida, vuelve de nuevo á reverdecer la disconformidad antigua hasta parar en lo que de antes.

En este socorro que envió Baviera, los muy atentos adviertan tres cosas. Haber dejado apartar de sus armas á Mansfelt muy contra lo tratado y la misma conveniencia de las cosas públicas, héchole seguir despues con gran remision y en tercer lugar (y era en lo que más cargaban la consideracion) enviándonos un socorro mucho mayor del que habíamos menester, pues constándole ser nosotros en número y bondad de gente notablemente superiores á Horacio Vere y las armas que en su cargo y al de Oberstraut militaban por el Palatino en esta provincia, bastara enviarnos un trezo de gente con que los igualáramos, despues de habérseles juntado Mansfelt, que era el accidente que él se habia obligado á prevenir; y para esto mil caballos y tres mil infantes sobran agregados á nuestro ejército: cantidad de gente que pudiera haber marchado con la priesa que bastara á llegar al mismo tiempo que Mansfelt, y con esto rotóle el designio de socorrer

á Franquendal. Añadiéndole que, desde que supo su derrota, debiera (pues un correo camina tanto más que un ejército), habérselo avisado y lo que en nuestro favor pensaba y podia hacer para que tuviéramos medido con esa esperanza, nuestra resolucion. Conclufan de todo esto los que juzgaban con esta delicadeza ó malicia que haber venido con tanta gente y artillería, parecia más haber atendido á no hallarse en esta provincia con inferiores fuerzas á nosotros que á procurarnos atajar el daño que haria Mansfelt á nuestros designios tan sangrientamente. Juzgaban muchos esta accion, aún antes de ver á Tilli querer usar á su modo de la ayuda que nos traía y no segun á nuestra conveniencia, que es una estraña manera de hacer bien.

Hallábanse, segun la lengua que se fué tomando de algunos prisioneros, repartidos en esta forma. Todas las fuerzas antiguas de la provincia (que eran los regimientos de Valmansanz), Esterquenbrok y Horacio Vere y la caballería de Oberstraut en las tres plazas principales, Maneyn, Franquendal y Heidelberg. Mansfelt con toda su gente habia tomado la vuelta del obispado de Spira para rescatarle, pero tan poco desviado de los otros que brevísimamente podian juntarse. Hallábamonos con esto incapaces de poder intentar nada, pues sitiár plaza á diez de Noviembre era ridicula proposicion, y combatir al enemigo, como nos convenia y se deseaba, impracticable, estando el un ejército en sus troneras y el otro fuera del país y en libertad de irsenos desviando, quanto quisiese, siempre que le siguiésemos, pero cómo hacia muy buen tiempo y con Tilli no era posible acabar de ajustar lo que habría de hacerse, y de hecho iba todos los dias marchando de vanguardia, no se parando á aguardarnos, ofreciendo cada noche que lo haría, era fuerza irle siguiendo con harto dolor de trabajar inútilmente nuestro ejército, no poco necesitado de retirarse á invernar tras lo mucho que continuamente habia padecido, y no nos conviniendo, como se ha dicho, ocupar nada de esotro lado del Rhin por ahora, sino unir nuestras fuerzas en la parte de la provincia que poseíamos.

Iba don Gonzalo procurando apurar con Mos de Tilli que se acabase de ajustar lo que habia de hacerse, y él, con dejarse ver pocas

veces ó ir de hecho marchando, dificultaba el ajustarlo. Fué con esta perplejidad hasta llegar á Veynen, la última de las tres villetas que habian hecho juramento en la Bergestrat, y desde allí se concertó que se metiese guarnicion de la gente de Baviera en Lanembourg, villa del obispo de Worms, en que tiene alguna parte el Palatino. Está situada sobre el Necher á poco más de dos horas de Heidelberg. Ejecutó esto Tilli sin dificultad, y luego comenzó á tratar de tomar puesto desotro lado de la ribera para hacer puente en ella.

Llegó don Gonzalo, y, pareciéndole tiempo de hablar claro, le dijo que no hallaba que hubiese necesidad ni conveniencia de pasar aquella ribera, pues para tomar plaza de importancia desotro lado era tarde, y para pelear con el enemigo, imposible; estando metido en guarniciones y Mansfelt tan desviado y tan en disposicion de no dejarse alcanzar, que nuestro ejército le había venido acompañando hasta allí con no pequeño riesgo de lo que dejaba á esotro lado, por no dejarle solo, que el modo de hacer la guerra en aquel estado corría por cuenta del ejército de Su Majestad Católica, á quien estaba cometida la ejecucion, que la venida del suyo había sido á enmendar el descuido ó desgracia de no haber podido entretener á Mansfelt como le tocaba, que para mostrar el Duque no haber sido con culpa suya y el cuidado en que le había puesto el ejército de Su Majestad, enviaba aquella parte del suyo á juntarse con él, ayuda de que había de usar don Gonzalo como su necesidad y conveniencia lo pidiesen, que acudir á esto era sólo lo que Mos de Tilli tenía allí que hacer y no elegir y arbitrar el modo de hacer la guerra, y, lo que era de mayor consecuencia, con ir de hecho marchando obligar á seguirle casi á ciegas; que le pedía considerase todo esto y que á las armas de Su Majestad no le estaba á cuento en aquella sazón desviarse de la parte que poseían tantas leguas, que, si tenía algun aviso de tener cerca de allí á Mansfelt en parte que no pudiese escaparse de pelear, que á eso pasaria la ribera de muy buena gana por lo que á lo sumo de las cosas y al servicio de Su Majestad Cesárea y bien de los príncipes católicos de Alemania podía importar, pero que, siendo esto imposible, no había á que ir desotro lado. Conoció Tilli la razon de

don Gonzalo, pero no dejaba todavía de instar en pasar la ribera, figurándosele muy posible el dar alcance á Mansfelt, si bien su principal intento, á lo que puede creerse, más era de ensanchar, si pudiese, su cuartel para invernar, ocupando con nuestro abrigo algo que sirviese á ese fin. Asegurábale don Gonzalo que en nada aventurara el ejército y la provincia de mejor gana, si lo tuviera por posible, en ir tras Mansfelt, pero que no le juzgaba tan mal advertido, que no habiendo querido acometer nuestro ejército á solas, le aguardase ahora tan acompañado, y que esto sólo serviría de hacer entrar más el invierno y de irnos, despues de pasada el agua, empeñando en seguirle, desabrigando tanto más nuestras plazas, expuestos á haber de marchar por lo riguroso de Diciembre muchos dias hasta alcanzar nuestras guarniciones, que algunas dellas no distaban de donde estábamos menos de treinta horas de camino, que ante todas cosas era menester labrar puente en el Necher y un fuerte á esotro lado, sin lo cual fuera un absurdo impracticable dar un paso más adelante; y en todo caso tratar de dejar el bagaje, con el cual era de todo punto imposible marchar uua legua al dia y hallar parte segura en que meterse, no tenia pequeña dificultad; pero que, hecho esto, aunque el pasar aquella ribera para el ejército del Rey era de mucho inconveniente, y para las conveniencias del Duque probablemente de ningun beneficio, todavía porque en ningun tiempo se dijese que quedaba por él el deshacer aquel tirano, pues le parecia posible, aguardaria expuesto á todas estas descomodidades á que se acabase el puente y que le acompañaría en ese designio de muy buena gava, especialmente para socorrer al obispo de Spira, en cuyo estado hacia Mansfelt grandes daños.

Concurrió en todo esto Tilli y tomó á su cargo la fábrica del puente, si bien hubo de enviar don Gonzalo á Oponen por barcas y la mayor parte de los materiales, dando en tanto menuda cuenta al Marqués de cuanto le pasaba, pidiéndole que con brevedad le avisase si mandaba que pasase el Necher á invernar con parte del ejército, como lo proponía Tilli para su abrigo, con advertencia de que no se lo remitiese á su parecer, porque de tal manera tenia por deservicio de

Su Magestad el desviarse de lo que era ya propio, no menos que con dos riberas tales en medio, que, en dejándolo á su deliberacion, por ningun caso lo haria, pero que, ordenádoselo, lo ejecutaria con mucha prontitud. Entre tanto hacia cuenta que tardaba en acabarse el puente y que, cuando no hubiese llegado la respuesta, pasaría acompañando á Tilli en el designio de buscar al enemigo, pero no se quedaría á invernarse por allá menos que con la circunstancia y órden que se ha dicho. Y áun en el pasar desta manera hallaba harta contrariedad en los votos de todos, considerada la circunstancia del tiempo, mediado ya Noviembre, y la gran cantidad de bagaje con que habia de retirarse tantas leguas, no sabiendo qué número de días habrian de consumirse en lo que se traia entre manos, que más parecian designios y consejo de los principios de una campaña en Mayo ó en Junio que discursos de fines de Noviembre, sazón en que apenas se oye en los ejércitos otra plática que retiradas y alojamientos. Todava no osaba dejar aquel ejército desamparado y quejoso de que podia resultar deservicio considerable al Rey, ni dar materia tampoco á que se esparciese voz que el deshacer á Mansfelt habia quedado por no haber querido emplearse en ello nuestras armas. Consideraciones que al parecer de don Gonzalo pesaban más que esotras descomodidades, siendo el saber elegir entre inconvenientes apretados el menor la más primorosa accion de la prudencia, en que es menester no poco valor para menospreciar los discursos de la gente vulgar, que como cosa más clara advierten les daños que materialmente tocan y no la disculpa que no ha de darse y por especulacion la alzan los menos. Añádese á esto que don Gonzalo, aunque no lo comunicó con nadie, siempre juzgó que la misma imposibilidad de la ejecucion y del tiempo habian de abrir los ojos á Tilli y que de suyo mismo se le iria entrando el desengaño y la desconfianza por las puertas y habia de venir á concurrir en lo que rehusaba, cuando hubiese visto el mundo, que de nuestra parte, advirtiendo el inconveniente, no se veía el peligro; y si, cuando más metido estaba en la opinion de poder deshacer, pasando el Necher, á Mansfelt, se le contradiciera abiertamente, jamás por ventura se redujera á tenerlo por impracticable, siendo así que los

desengaños se toman y no se dan, y que conviene para lograrlos dejar resfriar el afecto para dar tiempo al juicio, como dijo agudamente un antiguo.

Buscaba tambien don Gonzalo el mismo afecto con la satisfaccion del obispo de Spira, cuya proteccion tenia tan á su cargo, como se ha dicho, y descubriéndose entre tanto la obra del puente más difícil de lo que se pensaba, pareció lograr el tiempo que se gastaba en ella ocupando á Mosbak, villa de razonable tamaño, situada sobre el Necher más adelante de Heidelberg, así para poseer ese puesto más en que extender al invierno la gente de Baviera, como por tenerle cortada aquella villa la ribera por ambos lados. Encargóse esto al baron de Anolt (1), que entre su gente tenia despues de Tilli el primer lugar. Llevó su regimiento de infantería con cinco compañías de caballos suyas, otras tantas nuestras y la mayor parte del conde de Enden, dándole tambien don Gonzalo dos medios cañones.

Parte de estos cuidados y consideracion cesaron con haberse dicho que pasaba Mansfelt el Rhin, si bien reecrecieron otros de harto mayor importancia, aunque no se discurrió entonces en todo el daño que esta accion nos traía, no se sabiendo más que simplemente su pasaje, creyéndose era á solo fin de comer esotro lado del obispado de Spira, y poniéndonos en alguna sospecha de ser efecto de cierta práctica que se habia empezado á trabar con él en materia de reduccion, que paró en lo que adelante se verá. Por ahora trató luego don Gonzalo de ajustar con Tilli que, quedándose de aquel lado de la ribera, le diese alguna gente para pasar de la otra, lo cual hizo más liberalmente que se pensaba, enviándole 16 compañías de caballos y dos regimientos, si bien contenia todo pequeño número de gente. Con la que pasó Mansfelt, fué toda su infantería, 41 compañías de caballos suyas y la mayor parte de Oberstraut, cuatro piezas entre menudas y medianas. Juzgábase que una de dos cosas le llevaría por allá, ó tener algun designio sobre alguna de nuestras plazas, ó querer asolar

---

(1) Juan Jaime de Bronckhorst, baron d' Anholt.

y robar la otra parte del obispado de Spira que está del lado inferior del Rhin, como habia hecho la superior con incendio de más de 40 lugares, los más harto buenos y grandes, sacando de aquel miserable distrito una gran cantidad de dinero con que satisfacer la codicia de los que sólo con este motivo mezclaban voluntariamente su fortuna y seguridad con la inquietud y peligro de un rebelde.

Entre nuestras plazas la que daba mayor cuidado era Keisersluter, así por la importancia de ella como por su flaqueza, no habiendo dado tiempo de fortificarla lo poco que habia estaba en nuestro poder y las ocupaciones que en él habia habido, de tal calidad que era imposible partir el cuidado con otras que apretaban menos. Fortalecia esta sospecha la voz que corria de que Mansfelt queria, atravesando por Lorena, pasar á Francia, y segun otros discurrían, á Savoya, para cuyo viaje le venia á propósito aquella villa, ó para robarla ó para asegurarse las espaldas, manteniéndola. Además de que á sólo socorrer el obispo de Spira era bien pasar luego el Rhin, viniéndole á don Gonzalo harto á propósito esta ocasion para hacerlo, y así puso cuidado en que se ejecutase antes que, volviendo á pasarle Mansfelt, Tilli volviese á hacer nueva instancia para detenernos. No dejaba de dar cuidado Kueruegut, si bien ambas tenían á la sazón, como queda dicho, reforzado medianamente el presidio.

Habia falta en esta sazón no haber vuelto la gente que fué á ocupar á Mosbak, si bien se sabia haberlo hecho, y así por la bondad, siendo la infantería el regimiento de Alemanes viejos del conde de Enden, como por la falta que harían las cuatro compañías de caballos, daba cuidado lo que se perdía en aguardarlas, estando tan adelante el tiempo y siendo necesario para llegar á nuestro puente y pasarle casi cuatro días, que eran los que sólo faltaban de Noviembre. Resolvióse con esto don Gonzalo en no aguardarlos, habiéndole venido harto á propósito la dilacion de la vuelta de esta gente para emplearla en lo que adelante se verá, y á los 27 pasó el Rhin nuestro ejército tan falto de gente que no pudo llevar arriba de 4,000 infantes y poco más de mil caballos. Lo que le envió Tilli llegaría á otra tanta caballería escasamente y poco más de dos mil infantes en dos regimientos, uno

de Alemanes y otro de Loreneses de Monsieur de Florenville, buena gente, aunque no pasaban de 500, todo á cargo de Luis de Grot, general de la artillería de Baviera. Con esto no sólo se veía obligado á oponerse á Mansfelt, pero á otro socorro, que este mismo día tuvo aviso le venia al enemigo, no menos (segun lo escribieron el Elector de Maguncia y lansgrave de Dermestat) que de 8,000 infantes y 4,600 caballos, todo á cargo de un duque de Branswik (1), administrador del obispado de Herbestrat (2), persona de desbaratadas costumbres; y aunque de su talento y juicio se podia dudar, su duracion con las graves desórdenes que permitía á su gente era de presumir lo siguiese la que tenia de buena gana y se le agregasen todos los inclinados á libertad y robos, que de ordinario no son pocos. Temióse que con asistencia del lansgrave Mauricio pasase el Rhin por Sañover (3) y nos divirtiese en el Onstrunk. Instaba el de Maguncia que se acudiese á su defensa y el de Spira no daba menores voces; el de Dermestat representaba las amistades hechas á nuestra gente y el peligro en que éstas le ponian: á todo habia más obligacion que medios de acudir. Lo que más se sentía que faltasen era para abrigar lo propio, si bien lo ajeno, especialmente la parte que tocaba á los obispos, no se miraba como tal.

Parecióle necesarísimo á don Gonzalo oponerse con toda diligencia, cuanto se pudiese, á la entrada de este socorro; para lo cual ordenó al sargento mayor Luis de Ville que con tres compañías borgoñonas suyas se juntase á los 800 Alemanes que volvian de Mosbak, y embarcándose en Maguncia guarneciese la ribera lo mejor que pudiese, acudiendo de esta manera con las pocas fuerzas que tenia, lo mejor que le era posible, á la conservacion de lo que corria por su cuenta, á tiempo que de nuevo se lo encargaba la Infanta, respondiéndole, al haberle consultado las proposiciones de Tilli, mandándole mirar mucho, y en primer lugar, para la conservacion de lo que se poseia. Mayores fuerzas pudiera dar cuidado el modo de emplearlas en tan

---

(1) Christian de Brunswick.—(2) Halberstadt.—(3) S. Goar.

distantes intentos á un mismo tiempo, cuanto más hallándose nuestro ejército en tales términos. En todo caso pareció necesario pasar el Rhin y desotro lado consultar la menos mala salida que podría haber entre tales dificultades.

Hallábase Mansfelt á la sazón alojado en algunas villetas del obispado de Spira, una de ellas Deydesein (1), lugar situado sobre el Lauter, razonablemente fuerte, como adelante se dirá, y bien cerca de Keisersluter, con que tanto más creció la sospecha de quererle intentar. Cierto que raras veces se deben de haber visto armas extranjeras divertidas por tantas partes y rodeadas de mayores dificultades, no se pudiendo tomar en la boca pedir ni esperar socorro del País Bajo, donde faltaba gente para las ocurrencias de aquella guerra, que, aunque se había levantado tanta el verano antes, se vió con nueva experiencia cuán mal se milita con armas, cuya mayor parte consta de levadas nuevas, gastándose en ellas el dinero tan inútilmente que apenas es posible conservar ejército muy moderada cantidad de tiempo, siendo sola le gente vieja y experimentada la que logra lo que cuesta. Y así cuando no fuera sino por conservar milicia vieja deben los grandes monarcas no codiciar demasiado el extinguir todas sus guerras.

Llegó nuestro ejército á alojarse poco más de hora de camino de Deydesein, el postrero de Noviembre, y aquella noche no pudo de los corredores averiguarse en qué cuarteles tenía repartida Mansfelt su gente. Sólo se supo que había metido en aquella villa un regimiento de infantería y una compañía de caballos. Habíala ocupado no sin alguna resistencia de los moradores, á quien castigó con eso con hacerles padecer hartos daños y ahora fué fuerza recibirlos no pequeños de los que venían á socorrerla. ¡Tal es la fortuna de los desdichados! Con los cuarteles que se tomaron este día nos pusimos en parte, que, aunque quisiese volver á pasar el puente por Maneyn, no pudiese sin que nos fuese fácil pelear con él, que fué el principal designio que se llevó. Temíase ahora una de dos cosas, ó que las villetas y cuarteles

---

(1) Deidesheim.

que tenia ocupado fuesen, si quisiese sustentarlos, defensibles, especialmente Deydesein, y, respecto á la sazón del año, imposible combatirle en ellos, con lo cual el rigor de las nieves infalibles en Diciembre nos hiciese por fuerza de separar, quedándonos dentro de la provincia todo el invierno con los inconvenientes que dejan considerarse, siendo de creer que la dilación le acarrearía fuerzas, alianzas y reputación, ó que con la ventaja que nos llevaba y con haber puesto en caballos hurtados del país toda su infantería tomase la derrota de Strasbourg, y allí pasase otra vez el Rhin y nos picase desotro lado de la provincia, perpetuándonos la guerra, y no dejándonos reposar la gente tan necesitada de ello, que era muy de temer acabarse de deshacer con sólo esto casi del todo. Inconvenientes ambos, tan fácil para él de dañarnos con ellos cuanto difícil para nosotros el obviarlos.

Marchóse el día siguiente, primero de Diciembre, á tomar cuarteles cerca de Deydesein, para desde ellos ver el modo que se podría tener en ganar aquella villa, que está situada á la falda de una larga cordillera de tierras en forma prolongada. Del remate de entrambas puntas distan poco más de cuarto de legua por cada lado dos buenos casares, y la llanura de la frente, cortada de notable cantidad de zanjas, tiene su muralla de piedra, aunque á lo antiguo, harto recia y espesa. Delante de ella un fosillo de agua no malo, y luego un recinto de tierra alto y más espeso que prueba de cañón, con foso al rededor, y, aunque sin traveses, de algunas torres está medianamente franqueado. Considerada la sazón del tiempo y la gente que lo guardaba, más se hallaba capaz de ser defendida que tomada. Alojóse nuestra infantería en ambos villajes, y la caballería en otros dos poco más lejos.

En esta disposición se acampó el ejército el primero de Diciembre con un tiempo bien riguroso. El día siguiente se supo haberse alargado Mansfelt con todo su campo otras cinco horas de camino, siempre haciendo punta á la derrota de Strasburg, según entonces se discutía, ó resuelto de dejar este regimiento empeñado y á costa de su pérdida ó de su peligro salvarse, si ya no tuvo la plaza por defendible como lo era y en esa confianza se empeñó, ó con designio de venir á

socorrerla. El comenzó á defenderse bien y no era dificultoso hacerlo tan buen golpe de gente á tan poca como se le arrimaba con las aguas y frios de Diciembre y sin artillería gruesa, siendo sólo medios cuartos la que se trajo por venir más á la ligera, no pensando por ningun caso emplearla en sitio de tierra. Encargóse el arrimarse á esta villa al conde de Isembourg con su regimiento de Alemanes y los Valones de Gulsin por una parte, y por otra sacaron otro ramal de Borgoñones, Españoles é Italianos y otro los Loreneses de Mons. de Florenville con los Alemanes de su ejército, y, aunque la razon era la que se ha dicho, se comenzó á trabajar y á tratar de plantar batería, si bien sirviéndose harto poco de ella.

El dia de los tres de Diciembre, ó el antecedente, se mandó á don Francisco de Ibarra ir con cinco compañías de caballos de nuestro ejercito y cuatro de Baviera á reconocer á Neustat que por estar menos de media hora de camino de los cuarteles pudo hacerse, sin faltar á esotro designio. Mandósele que les enviase (como diligencia en que no se perdía nada) un recaudo con un trompeta. Lo cual, llegado allá, para hacerlo con más valor, ordenó don Francisco que dos compañías de arcabuceros á caballo, apeándose, ocupasen (como lo hicieron) un reducto, que está tiro de pistola de la villa en una eminencia que la domina casi toda; que, aunque desde él no se podía sin artillería acometer la muralla (que además de la piedra habia una de tierra con razonables rebelinejos y traveses), todavía podia esperarse que el miedo de vernos en aquel puesto les hiciese titubear, y el dejarle para volver al cuartel lo tenia asegurado con tener otra compañía de arcabuceros á pié, que tras una muraleja de piedra de través podia hacer espaldas á los que volviesen. Al trompeta respondieron que aquella villa pretendia, por ser duarío (así llamaban la parte de la hacienda que se señala á la viudez de la mujer en estas partes) de la condesa Palatina, cierta neutralidad, que, como queda dicho, habian puesto en plática, cuando el marqués de Campo Latharo, habiendo ganado á Keisersluter, les hizo otra requisicion semejante, dejándolo indeciso para acudir entonces al sitio de Fraquendal. A visó luego de esto don Francisco á don Gonzalo, diciéndole que, si queria enviar alguna

infantería, se ganaría sin duda la villa. A que respondió que hasta estar desembarazado de lo que tenia entre manos no le parecia tratar desto, reservándolo para entonces, y ordenándole que se volviese (pues lo habia reconocido todo) para hacerle relacion de ello. Hizolo luego así, y aunque al sacar la gente tiraron desde la muralla razonablemente, no se resolvieron á acometerle, y así se ejecutó sin daño más que salir heridos dos soldados, volviéndose aquella misma tarde á los cuarteles, donde se supo de un muchacho con quien dieron nuestros batidores que no un instante antes de la llegada á Neustat de nuestra gente, entró en ella una compañía de infantería de Mansfelt, del cual se entendia ir marchando la vuelta de Luterberg (1).

Los de la guarnicion de Deydeseyn entretanto se defendian bien, habiendo llegado nuestras trincheras la noche de los dos á desembarcar al foso. Pero hacia gran falta no haber traído artillería más gruesa; todavía se trabajaba quanto el rigor del tiempo permitia para apresurar la empresa, que como la villa tenia tanta gente á su defensa, respecto de su ámbito ser, como se ha dicho, medianamente fuerte y con la ventaja que se tiene tras cualquier muralla, era fácil haber más larga resistencia de lo que al estado de nuestras cosas y del año convenia.

Este mismo dia hubo ocasion de discurrirse en la derrota de Mansfelt con harto diferente motivo y para nosotros de no pequeña añadidura de cuidados, aunque en todos estos discursos mostró el tiempo la dificultad con que se puede penetrar por conjeturas el designio ajeno. Tuvo aviso don Gonzalo del sargento mayor Luis de Ville que habiendo entendido en Coub (2) ser cierta la venida de aquel socorro, que, coma queda dicho, habia ido á procurar á estorbar y tenerle concedido paso por san Govert el lansgrave Mauricio, se habia resuelto en procurar ocupar aquel fuerte, y habiéndolo intentado y hallado gallarda resistencia, no le fué posible conseguirlo, perdiendo en ello algunos hambres. Parecióle en esto á don Gonzalo hacer saber

---

(1) Lauterburg. — (2) Kaub.

el nuevo aprieto á Mos de Tilli, y enviando á hablarle con don Alvaro de Losada, y á proponerle que, pues todos los enemigos estaban deste lado, enviase aquí el mayor golpe de gente que pudiese para que junta con la nuestra se tratase de hacér oposicion á todos; juzgando algunos ahora que el fin del viaje de Mansfelt, que se habia interpretado tan variamente, habria sido á desviarse de nosotros para dar lugar á la llegada de esta gente despues juntárseles, aunque á costa de un gran rodeo, y el dejar esotra en Deydesen á efecto de que le hiciese espaldas con esperanza de que podria mantenerse lo que bastase á llegar la que venia. Oponíase á este discurso caminar él la vuelta del Rhin arriba y venir esotros por abajo. Otros interpretaban esto ser á intento de cogernos en medio y á un mismo tiempo picarnos y divertirnos por dos partes tan distantes que no nos fuese posible abrugarlas ambas. Entre esta distancia de opiniones y pareceres, en la que no podia haber duda era en el cuidado que debia darnos la venida desta gente, y no menos la incertidumbre de su derrota, recelándonos mucho de todo el Onstruk.

Iba don Alvaro encargado de hacer suma diligencia, procurando pasar por Vorms el Rhin, el mismo dia de los tres que salia del campo, y el siguiente caminar para verse con Tilli y hacerle resolver con diligencia, ó con ella traer el desengaño, que á veces importa poco menos que el socorro. Entre tanto se trabajaba en las trincheras con la diligencia posible en tal tiempo por todos lados, pasando el primer foso, el dia de los cuatro, zapándose ya en el recinto de tierra espeso que se ha dicho, hallándole de más de 30 piés de ancho y de materia harto dura y resistente á la zapa. Hacíase cuenta de penetrarle todo aquella noche y alojar alguna gente en el pié de la muralla de piedra; para lo cual se trazaban unas galerías de tablas, respecto á no poder con la artillería, por la calidad de su calibre, bñtirse las defensas de unos torreoncillos, á cuya misericordia era imposible alojar descubierta la gente, habiendo de costar mucho trabajo y tiempo el zapar en la cortina de piedra tan dura como suelen serlo todas las antiguas. Ibase con intento de labrar un hornillo, y por ese camino tomar puesto en ella. A todo hacia harto embarazo el rigor

del tiempo y las descomodidades de la gente cansada, rota y enferma, como acontece en todos los remates de las campañas con el invierno tan adelante, sazón en que debe recatarse cualquier cuerdo general de empeñarse en trabajos de tal calidad, porque el punto y la vergüenza de los soldados de que consta el número mayor tiene límites que no es bien apurarlos, y aunque en esta ocasión más la hubo de advertir este inconveniente que de temerle por la honrada soldadesca de que constaba este ejército, á lo menos una buena parte de él, me ha parecido que podría esta consideración ser de algún fruto al que se viere en semejante caso, siguiendo esta profesión, para quien principalmente he tomado trabajo de dejar memoria de estos sucesos. Bien antevió Don Gonzalo este inconveniente, pero la precisa obligación de asistir al obispo de Spira y de seguir y procurar desviar de la provincia á Mansfelt con necesidad de oponerse á los demás enemigos no le permitían retirarse ni dejar de emplearse en semejantes trabajos, cuyo riesgo no ignoraba; pero no se puede todas veces evitar el inconveniente, sino escoger el menor. Animaba mucho á adelantarle todo su asistencia personal, tan necesaria en los que mandan: que el que fuere en esta diligencia algo remiso puede recelarse mucho de su reputación, debiendo creer que en ninguno será el deseo del buen suceso tan ferviente como en el que ha de ganar las gracias y el premio de él, y así no es cordura fiar de otro cuidado el desvelo de que él ha de sacar el fruto.

Súpose este día más de cierto (según lo que se pudo creer de avisos que se tuvieron) ir Mansfelt siguiendo la derrota de Strasbourg con apariencias de querer pasar por allí el Rhin, afirmando los más de los reconocedores marchaba la vuelta de Lauterberg, y aunque en esto no hubo engaño, recibiéndole todos generalmente en asegurarse de él por entonces, no se pensando en cosa menos que haber de verle sin buscarle. Y así cuando más asentada estaba esta opinión, el día de los 6 á cosa de las cuatro de la tarde, estando de guardia en el cuartel de la caballería la compañía de don Francisco de Ibarra, vinieron tocando arma unos mozos del campo que se habían alargado como suelen por los contornos. Salió don Fabian de Vargas sútilmen-

te luego con 20 caballos á reconocer, y apenas se había alargado á tiro de cañon cuando descubrió 14 tropas enemigas y oyó cajas de infantería. Tomó consigo tres soldados bien á caballo y avisando con otros dos don Francisco al Comisario general y á don Gonzalo, salió á hacer frente á dos tropas que habían salido de Neustat al mismo tiempo y lo venian cortando por el costado derecho. Esto con designio de darles á pensar que tenía emboscada en las viñas y dar tiempo á que su tropa, menos los tres soldados, con que se quedó, pudiese retirarse como lo hizo, sirviendo esta diligencia no menos que de dar lugar á no llegar el arma y el enemigo todo junto á los cuarteles: de los cuales será bien decir la situacion y distancia para entender lo que pasó este dia.

Estaba toda la infantería de nuestro campo alojada en dos grandes casares lejos de Deydesein algo más de media hora de camino. En las trincheras asistia el conde de Isenbourg con su regimiento de Alemanes que las gobernaba y cuatro compañías de cada nacion, como se ha dicho, siguiendo la falda de la sierra. Ocupaba su caballería dos grandes casares casi pegados ambos á menos de tiro de cañon de la infantería, todos en forma prolongada, rematándose el último á menos de cuarto de legua de Neustat, sobre cuya mano derecha á poco más de tiro de mosquete, estaba un castillejo, aunque á lo antiguo, no despreciable con alguna guarnicion, y sobre la izquierda, en distancia de media legua, una abadía y más lejos un gran casar la vuelta de Spira. Rodeaban todos estos lugares, que casi parecian uno solo, muchas viñas espesas, sin más caminos que sendas, y por el lado izquierdo, viniendo de las trincheras, había una poca de campaña harto embarazada de cortaduras. Por esa razon y por no desviarnos del sitio, cuando la ocasion de pelear se ofreciese, se había señalado por plaza de armas general otra más despejada, cerca del cuartel de la infantería y dado orden á la caballería que, en tocándose arma, acudiese á ella dejando sus cuarteles, pues no podia pelear en ellos ni la infantería socorrerla á tiempo, dando lugar á esto el hallarse sin bagaje, como se ha dicho. El haberla alojado contra las reglas en vanguardia de la infantería fué por no tener cuarteles á propósito en

la retaguardia, por donde no le faltaban tampoco enemigos, pues podía recatarse de las fuerzas de Horacio Vere que dejaba atrás, que entonces se consideraban más vecinas que Mansfelt, de quien se creía iba desviándose de nosotros. El cubrirla en una ú otra parte dentro de su propio cuartel con infantería se dejó, por tener poca y haberla menester en las trincheras: todavía el suceso mostró el yerro que será siempre alojarla abrigada de infantería, aunque se salió bien de él.

El enemigo vino este día (segun se pudo averiguar), aunque de muchos prisioneros que se tomaron no fué posible conformarse en las relaciones, con 22 compañías de caballos y dos regimientos de infantería, una buena parte á caballo. Mostróse con tres tropas y detúvose algo con la frente que le hizo el teniente de la guardia, como se ha dicho, en sazón que los de la tierra habian enviado á parlamentar y estaban ajustando las condiciones. Don Gonzalo con el aviso del arma envió á ordenar al conde de Isenbourg que se diese priesa á rematar con ellos, concediéndoles lo que pidiesen por desembazarse de aquello, que, habiendo de pelear con un ejército, ya se ve lo que pudiera estorbar asistir á unas trincheras, dividiendo el suyo, á la sazón tan pequeño, no con poco recelo de que, siendo avisados de la venida de Mansfelt, ó conociéndole por el arma que se tocaba, se hiciesen reacios, cuidado de no pequeña consideracion. Ordenó tambien luego á toda la caballería que en conformidad de lo acordado se viniesen á la plaza de armas general, donde iba sacando y componiendo los batallones. Ejecutóse así, y el enemigo con más resolucion que recato militar se fué entrando en el primero que ocupaba la caballería de Baviera y comenzó á discurrir por el segundo, como los halló vacíos. Resolvióse don Gonzalo de echarle de ellos y marchando con todos los batallones y caballería, le fué desalojando, retirándose él luego que nos vió venir con priesa y pérdida de algunos que de su retaguardia degollaron nuestras mangas de mosquetería; adelantándose hasta cerca de Neustat por la cordillera de las viñas. Nuestra caballería volvió á ocupar ambos casales y en ellos alojó buen golpe de nuestra infantería. En Neustat metió el enemigo guarnicion y, segun el parecer más general, vino á solo ese efecto, que pudiera haberle hecho con menos

ruido y trabajo, arrojando de noche 500 ó 600 infantes por las viñas; pero de un prisionero se supo haber venido tambien á socorrer á Deydesen.

Alojose aquella noche en la abadía y el dia siguiente sacó todas sus tropas y escuadrones la vuelta del casar grande de más allá. Nuestra infantería, que cubrió la caballería aquella noche, ocupó las villas y eminencias de los cuarteles, y en ellos, sin dejarlas, estuvo la caballería prevenida, asistiendo á sus puestos toda la de las trincheras con excelente efecto, logrando la práctica de la rendicion de la villa, de suerte que á un mismo tiempo salia de ella la guarnicion, recuperándola el obispo de Spira, intento principal por entonces de nuestras armas y se hacia opósito á todas las fuerzas del enemigo con ejército apenas capaz de cualquiera de las dos facciones.

Los conciertos fueron los que suelen concederse á buenos defensores, no dando lugar la conveniencia de desembarazarnos cuanto antes de eso á apretar más en ese punto. Contenia la guarnicion un regimiento de ocho banderas, en que habia más de 600 mosqueteros y una compañía de caballos. Fué mucho de maravillar que no supiesen la venida de Mansfelt, ó que, sabida, no sacasen de ella mayor beneficio.

Llegó el dia siguiente á nuestro campo don Alvaro de Losada con 700 infantes que le dió Tilli y cinco compañías de caballos de las suyas, quedando todavía allá las nuestras, con las cuales y las demás suyas y un buen golpe de caballería fué el baron de Hanolt á hacer oposicion á Branswick.

De Mansfelt se entendió por diversos prisioneros que trajeron nuestros corredores haber hecho cuarteles en Guermersheim (1) con que se perdió totalmente la esperanza de venir á las manos con su gente en puesto tan fuerte, por razon de concurrir en él el Rhin, una ribera y muchos marrazos de que está casi ceñido, empezado á forti-

---

(1) Germersheim.

ficar de mucho antes, demás de lo que por razon de la naturaleza del sitio lo estaba.

Tratóse con esto en consejo de lo que seria bien hacer, considerada la sazón del tiempo, y, á diez de Diciembre, el estado de los caminos casi inaccesibles, las enfermedades, desnudez y mengua de la gente, la conveniencia sobre todas las demás de conservar lo que quedaba, los daños irrecuperables de no hacerlo y la imposibilidad de combatir á Mansfelt, en sitio tan fuerte, para que, mirado el negocio á todas estas luces, se decretase lo más conveniente. Concordaron, sin discrepar ninguno, todos los votos en la necesidad de mudar cuarteles, excluyendo la plática de ir sobre Neustat, cosa que totalmente acabara el ejército, puesto que, hallándose con guarnicion la villa, pedia sitio en forma y detencion de tiempo con trincheras y las demás facciones impracticables en invierno. Tomada pues resolucion de desviar de allí el ejército, se executó, habiendo avisado antes al obispo de Spira que, si queria mantener á Deydesen, se encargase de presidiarla, no pudiendo el ejército del Rey empeñar gente en parte tan desviada de sus límites. Cosa de que el obispo no se quiso encargar, y así fué fuerza dejar aquella villa, la cual volvió á ocupar despues sin dificultad el enemigo.

De sus contornos salió el campo á los diez, marchando la vuelta de Worms con designio de refrescar algo la gente, no pareciendo justo (aunque la necesidad y enfermedades lo pedian) disolver el ejército en tanto que el enemigo no lo hacia. Andaba (aunque con el secreto conveniente) muy viva la plática de los que aconsejaban el meter guarnicion en Worms, cuya gran conveniencia, mirado militarmente, nadie ignoraba, pero habia otras razones en extremo considerables que obligaban á reparar mucho en las circunstancias desta accion. En primer lugar habia el Marqués siempre recelado mucho esta empresa, no tanto por la dificultad de ejecutarla, quanto por todas las que á don Gonzalo se le representaban en esta ocasion. Era entre ellas la principal tener entendido cuán cerca andaba de reverdecer la Union pasada de los príncipes, á quien sin duda acabaría de despertar y hacer resolver vernos ocupar una ciudad libre del Impe-

rio, por sólo (segun ellos decian) conveniencia propia : lo cual, si sucede así, era reducir las cosas al último estrago, no pareciendo bastantes nuestras fuerzas á resistir los enemigos presentes, cuanto más los que desta accion necesariamente resultarían. Añadíase luego la dificultad de la ejecucion, porque, aunque la ciudad no tenia grueso presidio, hallábase á lo menos con alguna gente levantada á su costa, y era de temer en tal ocasion no hiciesen menos bien el oficio de defensores los ciudadanos, que, como tan interesados, no habia porque presuponerlos perezosos en cosa tan propia, y así parecia ser impracticable el medio de la fuerza, no consintiendo el tiempo ni el tamaño de nuestro ejército emprender sitio de propósito. Y, aunque se hallaba don Gonzalo en esta sazón con permission del Emperador para ejecutarlo, no la tenia de la Infanta ni del Marqués, y sin ella, aunque conocia la conveniencia, temía el suceso y la calumnia de atribuirle el meter al Rey en nuevas y mayores guerras; que, aunque el fraguarse de nuevo la Union entre los que miraban atentamente aquellas cosas era indubitable, cuando no se ocupase Vorms (y antes el hacerlo podia ser el solo reparo á tal nublado), todavía los más se aficionaran á darlo por efecto desta accion. Peligro que recelaba justamente, cuyo suceso no quería echar sobre sus hombros solos, si bien le premia mucho por otra parte considerar cuán mal podría aquel ejército sustentarse con algun sosiego en la provincia el invierno, rodeado de tantos enemigos, sin aquel puesto, sin duda el más conveniente de aquel estado, porque sin él cuantas veces el enemigo acomete la una ó la otra parte del Rhin, es fuerza socorrerla, pasándole por Stein con un círculo de cuatro jornadas, haciéndolo el enemigo por el diámetro en una sola junto á Maneyn: efecto que fuera comun á nosotros teniendo nuestro puente en Vorms, además de la necesidad de asegurarse de aquella ciudad y la importancia de hacerla cámara de municiones y víveres. Todas estas razones esforzaban la conveniencia, pero no confutaban las que representaba la dificultad y el peligro. Parecia, entre los dos extremos de procurarlo por la fuerza ó desistir totalmente por el riesgo, más practicable el camino de la negociacion, en la cual habia dado don Gonzalo algunas

puntadas, valiéndose de la amonestacion y el consejo , proponiendo á aquella ciudad cuánto importaba á su misma seguridad apoyarla á las armas del Rey y admitir parte dellas, que seria sin costa ni opresion suya, antes con mucho beneficio. Pero ibase desengañando cada dia más de que sin más fuertes medios no conseguiría el fin. Todavía como diligencia que no le costaba nada, le pareció ahora con la órden del Emperador valerse de la autoridad del Elector de Maguncia y landgrave Ludovico, diputados suyos, para este efecto, á los cuales envió á representar con el baron de Ausi cuanto convenia esperar todos en esta accion para lograr la importancia della, cuyo mayor beneficio resultaba á entrambos; pues sin esa comodidad era imposible á las armas de Su Majestad transferirse á la una y la otra parte del Rhin con tiempo para asistir á la defensa de los príncipes amigos. Parecíale á don Gonzalo que, concurriendo estos dos á ayudar á esta accion, habia alguna apariencia de conseguirla y los enemigos de Su Majestad tendrian menos motivo de reprobarla, librándose tambien del temor de los que quisiesen hacer la accion sólo suya, y así estaba resuelto en poner la mano en ella con esta aprobacion y asistencia y no de otra manera, aunque los más del ejército en cualquier forma lo aconsejaban, reparando desnudamente en la conveniencia y menospreciando respecto della todas esotras consideraciones dignas á la verdad de harta advertencia. Alegando tambien la poca apariencia que habia de negociar nada por este camino, pues, además de que en los mismos príncipes diputados se comenzaba á conocer harta tibieza, hubo algun confidente de la misma ciudad que avisó haber hecho ruines oficios Mos de Tili secretamente y muy apretados para que admitiesen gente suya; que, si fué verdad (de que debe dudarse), mostró no estar muy engañados los que se recataban de los intentos del de Baviera, con no pequeña maravilla de lo poco que hay que fiar de príncipes en atravesándose ambicion propia. Del de Maguncia y Dermestat tambien se sospechaba (aunque habian sido siempre los más confidentes) que deseaban á nuestras armas en Alemania tal estado que fuese suficiente á su amparo y no formidable á su seguridad. Con toda esta delicadeza querian ayudar á estorbar nuestro estable-

cimiento en la provincia, segun la opinion de los que lo maliciaban así, arguyéndolo de no verlos adherir mucho al ocupar á Vorms, pues era la más importante acción que entonces se podia emprender. Y, aunque se maliciaba esto, no se habia hallado abierta contradiccion en los príncipes, antes con el baron de Ausi (á quien don Gonzalo envió á hablarles sobre ello y á pedirles que con brevedad enviasen diputados para tratarlo) ofrecieron hacerlo para el dia de los veinte y uno.

Propúsoles el Baron que, en no conviniendo en que se ocupase este puesto para transferir las armas de S. M. á la una ú otra parte del Rhin con la brevedad conveniente, seria necesario, que el obispo y Lansgrave y los demás príncipes amigos no se quejasen de no ser socorridos á tiempo, porque la experiencia habia mostrado ser imposible.

Habia vuelto en esta sazón Mos de la Ravelle, gobernador en el país de Lucembourg, á quien la Infanta habia encargado la plática que se trataba con Mansfelt, é iba el negocio llegando á conferencia de condiciones, habiendo dado Mansfelt una memoria de las que pedia. Con todo esto habia tan leve apariencia de efectuar nada y tan pocas causas de asegurarse de él, que en la misma sazón estaba tratando con la mayor eficacia todo lo necesario para la guerra, si ya no lo hacia para mejorar los conciertos, en que no dejaba de andar acertado. Escribióle el Rey de Inglaterra en esta sazón, en carta de 22 de Noviembre, escribiéndole con notables y corteses encarecimientos la gran obligacion en que le estaba, exhortándole mucho á continuar el amparo de su yerno para cuya ayuda quedaba, prometiendo él asistirle con gente y dineros muy en breve. Y ora fuese efecto de esta carta, ora querer doblarnos el cuidado para vender más cara la negociacion y darle mayor valor y viveza al tratado de ella, este mismo dia entró Mansfelt en Manein, segun se dijo, con mil caballos. Divulgábase que tenia comision de Inglaterra para encargarse de la provincia y el ejército que se le cedería, volviéndose Horacio Vere, no habiendo habido buena inteligencia entre ambos desde su llegada.

Avisó de todo don Gonzalo á la Infanta mostrando con evidencia

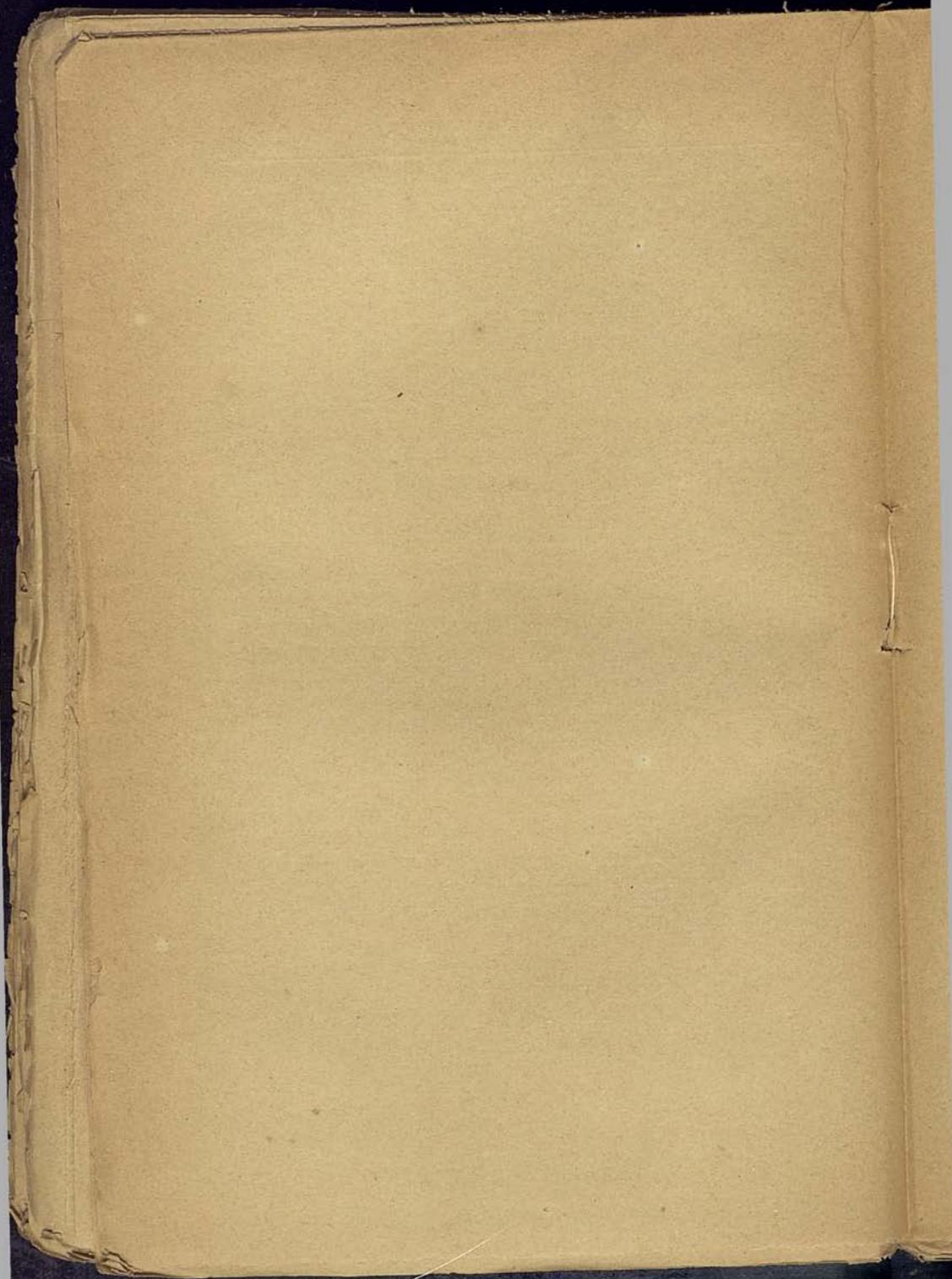
y claridad que las esperanzas de poseer S. M. el Palatinado estaban del todo postradas y aquel ejército y provincia puesto en eminente peligro, que el remedio, en no siendo pronto y eficaz, seria totalmente inútil, que entre tanto no faltaría á cuidar de ir remendando lo que le estaba encargado lo mejor que fuese posible; pero que sobre todo creyese S. A. que la ayuda de Baviera tenia los coxixos que se habian descubierto. Y que así, ó S. M. lo habia de tomar por su cuenta sola pronta y eficazmente, ó echar por el camino de la negociacion, contentándose de perder esotras esperanzas y atendiendo sólo á librarse de aquel embarazo, lo menos mal que se pudiese, que el tomar el camino de en medio, ni bien haciendo guerra eficaz, ni bien excusándola, sólo serviria de gastar el tiempo, el dinero y la reputacion inútilmente.

Entendióse el dia de los 20 que Mansfelt iba alargando su gente hasta Argentina, con designio al parecer de buscar invernadero, y habiendo de nuestra parte la necesidad que se ha dicho de hacer lo mismo, obligó de nuevo á tratar de ello unos grandes hielos que comenzaron á sobrevenir, con los cuales era necesitado retirar luego el puente; y en todo caso, antes de hacerlo, enviar de esotro lado la gente de Baviera que nos acompañaba, para que no nos embarazase los alojamientos, ya tan arruinados que apenas podrian con nosotros solos. Para tratar de esto juntó consejo don Gonzalo ese dia. En él se determinó (viendo que los diputados para lo de Vorms tardaban, y que la necesidad de retirar el puente y la gente no admitia tregua, pues, en apretando el hielo un dia ó dos más, seria imposible) que se hiciese el siguiente, despachándola y marchando nosotros un par de dias en grueso antes de disolver totalmente el ejército, aguardando un poco más á ver si venian los diputados, y, si no, alojando la gente, tratar la plática por cartas, más por no dejarla caer del todo que por esperar en ella ningun buen suceso.

La detencion de estos dos dias sólo sirvió de perfeccionar el desengaño de la plática, que, aunque se emplearon en ella las intercesiones del dansgrave y arzobispo de Maguncia, no se pudo conseguir más que dejarla todavia pendiente con una esperanza casi desahucia-

da. Vióse don Gonzalo en Openen con los diputados de todas partes, y, volviendo con este desengaño, trató de dar algun reposo á los soldados, que era lo que entonces más les importaba. Ejecutólo disolviendo el ejército á los 23 de Diciembre, enviándole á las guarniciones antiguas con harto miedo de que se le deshiciese. Temor de que avisó de nuevo á la Infanta y al Marqués y las levas que Mansfelt prevenia, que todos afirmaban pasarían de 30,000 hombres, dando desde luego dineros á los que habian de hacerlas, empleando en ellos los despojos del obispo de Spira, que hubo de desamparar todo su estado por este tiempo.

Tales fueron los sucesos de este año en aquellas partes y tal la ruina que amenazaba el estado de las cosas á toda la religion católica para el siguiente, habiendo á los principios tenido nuestras armas tan felices sucesos, los cuales turbó ó la negligencia ó la malicia de quien no detuvo ó siguió á Mansfelt como debiera, y el error y confianza nuestra, no recatándonos, como fuera justo, haciendo asistir persona propia cerca de la del duque de Baviera que solicitara el cumplimiento de sus obligaciones ó avisara á tiempo su remision. El gusto de que dejara Mansfelt desembarazado el Palatinado superior (que habia de ser suyo) no le debia de dar lugar á cuidar del daño que por acá nos hacia, sin advertir que el verdadero afirmarse en esotro dominio era tratar de oprimir aquellas armas, las más considerables que habian á la sazón quedado de las enemigas en Alemania; pues no era difícil de conocer que hasta el entero sosiego de ella, ni le podría él tener en aquel nuevo acquisto, ni, lo que es más, en su propio estado patrimonial. Pero á la ambicion (como á todos los demás afectos humanos) siempre mueve con mayor eficacia el objeto presente, y son raros aquellos que truecan conveniencias propias de contado por esperanzas públicas futuras.



## APÉNDICES.

---

### I.

EL MARQUÉS AMBROSIO DE SPINOLA Á JUAN DE CIRIZA.

Lo que ha obligado á enviar á esa córte á don Francisco de Ibarra entenderá Vd. de lo que él mismo dirá, y tambien el estado en que queda todo lo de aquí, pues de ello dará cuenta á Vd. muy por distinto conforme á la órden que lleva. Y así, remitiéndome á su relacion, no tendré que decir más que suplicar á Vd. se sirva procurar por su parte que Su Majestad mande sea despachado cuanto antes conforme á lo que se le representa, pues es lo que más conviene á su Real servicio.

Guarde Dios á Vd. muchos años. De Kreutznach, 28 de Febrero de 1621.—Ambrosio Spinola.

(Archivos de Simancas. Estado, n.º 2310, f. 222.)

---

### II.

EL MARQUÉS DE BELBEDER Á JUAN DE CIRIZA.

Con un trasordinario que partió en 2 del presente escribí á Vd. lo que se ofreció y respondí á su carta de 9 del pasado, y aunque hay poco que añadir con la partida del señor don Francisco de Ibarra, que hará tan buena relacion de todo, no he querido se vaya sin estos ren-

glones. Yo creo va á solicitar las provisiones trasordinarias para el ejército del Palatinado. Como no sé las ordinarias, no puedo juzgar qué tanto se ha menester para las otras. Sin dinero no se puede hacer la guerra, y la gente de aquel ejército se queja de que ha más de cinco meses que no les pagan.

Nuestras levas de caballería é infantería se van haciendo como tengo avisado á Vd. y los Holandeses no se descuidan en las suyas: así las tienen casi acabadas y con voluntad de ayudar al Palatino, que se les ha venido á echar en los brazos, no teniéndose por seguro en ninguna parte de Alemania ni queriéndose encargar de él en algunas. En muy buen estado se ha puesto lo de allí, si nos sabemos aprovechar de la ocasion, que no la he visto tan buena quanto ha que estoy en estos Estados. Pésame que casi toda la caballería, á lo menos la mayor parte de la vieja me la han llevado al Palatinado. A Su Majestad tengo dado cuenta, como Vd. sabe, á quien suplico que, como tan celoso de su Real servicio, tenga la mano en que se manden volver los 1,000 caballos, que fueron con el socorro que se envió al marqués Spinola, como S. A. mandó se me escribiese se haria, en volviendo la caballería holandesa que estaba allá, porque es muy conveniente al servicio de Su Majestad. Guarde Dtos á Vd. como deseo. De Bruselas y Marzo 10 de 1621.

Muy adelante está la tregua, no nos faltan desde hoy más de 29 dias. Segun esto, no hay sino apretar la espada en la mano y, á Dios rogando, proseguir la guerra, que si ellos tienen gana de tregua, se les acrecentará con vernos resueltos y harán mejores condiciones. Usted me tenga en su proteccion y mande como al más obediente servidor que tiene en el mundo.—El Marqués de Belbeder.

(Archivos de Simancas. Estado, n.º 2,310, f. 343).

## III.

EL SECRETARIO DEL CONSEJO DE ESTADO AL REY.

Señor:

Las cartas que trajo don Francisco de Ibarra del señor archiduque Alberto y el marqués Espinola de 4 y 10 del pasado, pidiendo que con toda brevedad se enviase al ejército del Palatinado la provision de dinero que se habia pedido en otras ocasiones, se vieron en el consejo, como Vuestra Majestad fué servido de mandarlo, y por haberse ya enviado á Flandes 800,000 ducados con un correo que se despachó ocho dias ha, los 400,000 para allí, y los otros 400,000 para el Palatinado, esto además de lo que ha de ir de Italia de resto de los 3 millones (en que veo más dilacion de la que es menester), pareció al consejo que se respondiese á S. A. que en esta provision se haria el esfuerzo posible, sin que se apuntase otra cosa. Y aunque, con dar á don Francisco de Ibarra cartas de Vuestra Majestad en esta substancia en respuesta de las que él entregó, se pudiera dar por despachado, antes de hacerlo me ha parecido poner en consideracion de Vuestra Majestad si convendrá responder á S. A. con más particularidad y si se ha de tratar de hacer más provision para allí y el Palatinado, pues con la de los 800,000 ducados, rompiéndose la guerra en Flandes, no habrá más que hasta fin de Junio en los 400,000 que allí tocan, y con lo que Vuestra Majestad fuere servido de resolver podrá partir don Francisco de Ibarra.—En 6 de Abril 1621.

(Archivos de Simancas. Estado, n.º 2,035. f. 87.)

## IV.

## CONSULTA DEL CONSEJO DE ESTADO.

Señor:

Don Francisco de Ibarra refiere en un memorial que ha que sirve á V. M. más de trece años en los estados de Flandes, los siete de capitán de lanzas, habiéndose hallado en todas las ocasiones que se han ofrecido, y últimamente en la entrada del Palatinado, donde, cuando don Diego Mejía pasó á tomar algunas villas y castillos cerca de la Mosela, fué por cabo de la caballería que llevó, y en la toma de los castillos de Piquelen y Trarbac asistió siempre en las trincheras y en lo demás que se ofreció, hasta que el marqués Spinola con acuerdo del señor archiduque Alberto le mandó venir á tratar los negocios de que está aguardando respuestas, y, sin tratar de los propios, se volverá en dándosele, por hallarse en las ocasiones que se pueden ofrecer este verano, y, para poderlo hacer, suplica á V. M. le haga merced de una ayuda de costa como se ha hecho con otros que han venido á semejantes negocios que él.

Y habiéndolo visto el Consejo, le ha parecido consultar á V. M. será justo hacerle merced de dos mil ducados de ayuda de costa por este viaje, que es lo mismo que se dió á don Diego Mejía, cuando vino á tratar de lo de las provisiones.

V. M. mandará lo que más fuere servido. En Madrid á 24 de Abril 1621.

(Archivos de Simancas. Estado, n.º 2783.)

## V.

EL REY AL ARCHIDUQUE ALBERTO.

Serenísimo Señor: A don Francisco de Ibarra, que vino por acá á tratar de las provisiones para el ejército del Palatinado, he hecho merced de dos mil ducados de ayuda de costa por una vez librados en el dinero del ejército, atento á los gastos que ha de tener en su vuelta ahí. V. A. dará orden que se le paguen con toda brevedad, que yo lo tengo así para bien. Nuestro Señor guarde.

(Archivos de Simancas. Estado, n.º 2233, f. 89.)

## VI.

EL REY AL ARCHIDUQUE ALBERTO.

Serenísimo Señor: V. A. sabe bien lo que merece don Diego de Ibarra del mi Consejo de Estado por los particulares servicios que hizo al Rey, mi señor, que haya gloria, de que mostró siempre mucha satisfacción. A su imitación ha servido tambien en esos estados don Francisco de Ibarra, su hijo, de doce años á esta parte, los más con una compañía de caballos con el mismo cuidado, procediendo en las ocasiones en que se ha hallado con el valor que siempre. Y aunque por estas causas tan justas y dignas de remuneracion espero que V. A. le honrará en lo que se ofreciere de su mayor acrecentamiento, en que escribió tambien á V. A. el Rey mi señor, he querido por las mismas razones y la estimacion que hago de servicios tan particulares de padre é hijo encargar mucho á V. A. (como lo hago) honre y adelante la dal dicho don Francisco en las ocasiones que allá hubiere, así ente,

---

infantería como en la caballería, asegurando á V. A. que será esto para mí de muy particular estimacion. Nuestro Señor.

(Archivos de Simancas. Estado, n.º 2233, f. 90.)

---

## VII.

## EL REY AL MARQUÉS DE SPINOLA.

Don Francisco de Ibarra, como se os ha escrito, llegó por acá los días pasados y refirió á mí y á mis ministros lo que le encargastes á propósito del estado en que se hallaban las cosas del Palatinado, los progresos que allí se hacian con el ejército que está en aquella parte y cuánto convenia acudir si dilacion con la provision necesaria para el sustento del todo con mucha particularidad y distincion. Y aunque por lo que á mi tío se ha escrito tendreis entendido lo que hasta ahora se ha hecho, que es haberle remitido para lo del Palatinado 400,000 ducados demás de otros 500,000 que he ordenado vayan de Italia, de resto de los tres millones que aquellos reinos habian de proveer, he querido deciros en esta que tambien lleva entendido el mismo don Francisco el cuidado con que se queda de no faltar á lo de ahí, como tambien lo entendereis de mi tío, y el con que ha acudido al cumplimiento de su comision. Por esto y lo que ha servido, y ser hijo de padre que tan particularmente lo ha hecho, holgaré le ayudeis y favorezcais con mi tío en orden á lo que se le escribe, como os lo encargo.

(Archivos de Simancas. Estado, n.º 2233, f. 101.)

---

## VIII.

## EL REY AL ARCHIDUQUE ALBERTO.

Con don Francisco de Ibarra escribió V. A. al Rey, mi señor, que haya gloria, avisándole el estado en que quedaban las cosas del Palatinado y remitiéndose á los despachos que traía del marqués Spinola, que le enviaba ha hacer memoria de las provisiones para aquel ejército. En esto se á hecho lo que se ha escrito á V. A. días ha, y aquí he querido añadir que quedo con mucho cuidado de acudir como es justo á todo lo de esas partes, de que se queda tratando como lleva entendido el dicho don Francisco, el cual ha cumplido muy bien con su comision, y por esto y ser persona tan benemerita e hijo de su padre que con tanta satisfaccion ha servido, siempre holgaré que V. A. le honre y haga merced en todas ocasiones, como es razon y lo escribo á V. A. en carta aparte. Nuestro Señor.

(Archivos de Simancas. Estado, n.º 2233, f. 102.)

## IX.

## DON FRANCISCO DE IBARRA Á JUAN DE CIRIZA.

Acabo de recibir el despacho de V. con la instruccion de S. M. para lo que me manda. Beso á V. las manos mil veces por la parte que ha tenido en la merced que S. M. me hace. Pondré cuidado en acertar y daré de todo cuenta á V., á quien guarde Nuestro Señor con la salud y acrecentamientos que yo deseo. De Irun, á 15 de Julio 1621.—Don Francisco de Ibarra.—Mañana espero partir.

(Archivos de Simancas, Estado n.º 2310, f. 230.)

## X.

## CONSULTA DEL CONSEJO DE ESTADO.

Señor:

De los despachos que se han tenido ultimamente de Flandes para V. M. de 2, 8, 9 de este, de la señora Infanta y del marqués de Bedmar, en que se da cuenta de la rota de Mansfelt y de otras cosas, se ha sacado la relacion que aquí va, y habiendo platicado el consejo sobre algunos cabos de ella, botó como se sigue.

*El Duque del Infantado.* Que este suceso y rota que don Gonzalo de Córdoba á dado á Mansfelt ha sido la mayor cosa en la ocasion presente de cuantas se podian ofrecer y muy digna de que V. M. haga con él mucha demostracion, para que quedando él bien satisfecho se animen los demás. Y pues á don Francisco de Ibarra mataron en esta ocasion, peleando con tanto valor, como se ve por las relaciones que se han leido, será muy digno de la grandeza de V. M. que vea el mundo cuánto estima semejantes servicios, haciendo á su padre en persona del hijo que le queda alguna particular merced, como será el transferir en él la que le estaba hecha al difunto de la encomienda de su padre y á él otra alguna que le sirva de consuelo, pues en sus largos servicios y estarlos continuando en este consejo con tanta aceptacion se empleará muy bien toda la merced que V. M. fuere servido de hacerle.

*Don Pedro de Toledo.* Que el servicio que don Gonzalo de Córdoba ha hecho es de muy gran estimacion y digno de que reciba muy particular merced, y si en estas ocasiones no se hace alguna demostracion, parece que se cortan las fuerzas á los que sirven como él, y así le parece que V. M. se la haga de una buena encomienda y algun puesto en Flandes correspondiente al que tiene, pues de éste no puede usar allí, y tambien á don Diego de Ibarra del paso de su enco-

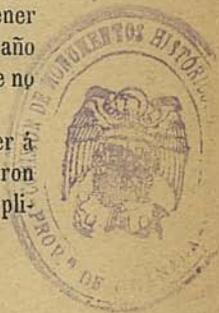
mienda desde luego en el hijo que le queda y á él otra, pues es merced que estaba hecha para el mayor que mataron, peleando en esta ocasion. Y esta demostracion será muy justa y bien empleada en los servicios de don Diego y que sea con brevedad. Y tambien lo será hacer alguna lucida merced á Gauchier y á don Felipe de Silva, pues se ve por lo que se ha leido cuán bien lo han merecido en esta ocasion. Y á la señora Infanta se deben dar muchas gracias por lo bien y prudentemente que lo ha dispuesto y gobernado todo con sus órdenes. Que le da mucho cuidado y no le contenta de la manera que queda lo del Palatinado, ausente don Gonzalo y en poder de Tilli, porque de esta manera quedará encaminado que conforme los intentos del duque de Baviera se podría hacer tan dueño de aquello como lo es del Palatinado superior, de que se podrian seguir los inconvenientes que se dejan considerar, dificultando más la composicion que se pretende en las cosas de Alemania. Y para remedio de esto convendría que don Gonzalo de Córdoba, dejando alguna gente de la que llevó á Flandes para el refuerzo del sitio de Bergas, con la demás vuelva á su puesto en el Palatinado y gobierne aquello como antes.

Que la falta de Españoles que hay en Flandes obliga á que se trate luego de levantar alguna buena cantidad de ellos para allá, porque lo que se ve es que la gente que va de Italia se vuelve toda y ninguna de la que va de España.

Las cosas de Francia que aquí se han dicho no es de espantar, porque son enemigos nuestros de corazon y, aunque es buena la buena correspondencia con ellos, es menester á Dios rogando.

Pide S. A. dinero para el sustento del ejército, y si, como se ha entendido, se mueren, enferman y se van tantos soldados, parece que lo que es menos el gasto de éstos podría suplir buena parte y tener consideracion para contentarse con las provisiones hechas este año respecto de 300,000 escudos al mes, que es tan gran socorro que no sabe que pueda ser mayor.

*Don Agustín Mejía.* En cuanto á la merced que se debe hacer á don Gonzalo de Córdoba y á las personas particulares que se hallaron en aquella ocasion, es muy justo que V. M. se la haga y muy cumpli-



da y tambien á don Diego de Ibarra, como va dicho, y que demás de esto á don Gonzalo se escriba una carta de gracias y honrándole mucho, como lo merecen su persona y servicios.

Hace cuenta que Mansfelt entraría en Breda con cuatro mil caballos, con que ha de embarazar mucho á nuestros convoyes, que será de harto daño. Dale mucho cuidado de que el sitio de Bergas va despacio por algunas consideraciones que obligan á ello, con que ha de pasar mucho tiempo y perderse mucha gente, y acabado el sitio, ha de quedar muy deshecho el ejército. Y así, anteviendo esto, es menester que se trate desde luego de enviar un buen golpe de Españoles é Italianos. En cuanto á lo que se ha dicho del Palatinado, no le da mucho cuidado por ahora, por estar presidiadas las plazas que se han tomado allí, y no se sabe que haya de parte del Palatino fuerzas ni gente que las pueda sitiar.

De lo que toca á Francia no hay que hacer caso, porque siempre fué y ha de ser así, y el suceso de Mansfelt ha sido tal que los pudiera tener muy corridos.

*El Comendador Mayor de Leon* (1) se conforma con lo que va votado, y añade que la persona de don Gonzalo convendría mucho que estuviese en el Palatinado, y á él le estaría mejor, porque de otra manera queda sin puesto. Y presupuesto que parece que el sitio de Bergas ha de ser largo, no ve que sea muy hacedero sacar de allí ninguna gente. Que la que tiene el conde Enrique de Bergas es mucha y buena, y podría tomar don Gonzalo parte de ella y pasar al Palatinado, é importaría mucho para lo de allí su presencia y que tambien se haga aquí alguna leva de infantería que pase á Flandes, como va votado.

En cuanto á lo de Francia es menester que V. M. entienda que siempre han de hacer malos oficios en las cosas de Flandes tanto por su propia inclinacion como por su materia de estado.

*El Marqués de Aitona.* Que don Gonzalo de Córdoba ha hecho

---

(1) Don Baltazar de Zúñiga.

tan señalados servicios en ocasiones tan buenas y de tanta importancia, que merece muy bien que V. M. le haga muy gran merced como va dicho, y presto. Y tambien es muy justo que se le haga á don Diego de Ibarra y á las personas particulares que se nombran en la relacion que se ha leído, que se señalaron en la rota de Mansfelt. En cuanto á volver don Gonzalo al Palatinado, se conforma con lo que va votado, y que se levanten Españoles por lo que son menester en Flandes.

*El Marqués de Montesclaros.* En lo que toca á don Gonzalo de Córdoba, tiene votado cerca de que se le haga considerable merced y se le señale puesto con oficio preeminente, porque en Flandes no parece que le puede haber segun están las cosas. En lo que toca volver al Palatinado, se le ofrece de inconveniente que en una de las relaciones que se han oído y en otra que ha visto fuera del consejo se dice que el archiduque Leopoldo ha tomado algunas plazas del Palatinado, y más claro ha visto en otra relacion que el marqués de Montenegro está en aquella provincia, con que parece se excusa la persona de don Gonzalo, y que la asistencia que se hubiese de hacer con gente habia de ser enviándola á órden de Montenegro; por lo cual tendria por conveniente que á don Gonzalo se le diese el título y oficio de Maestre de Campo general de Milan, y, si despues con este y alguna gente de aquel estado se quisiese V. M. servir de él en otra provincia, lo podrá hacer, quedando don Gonzalo honrado con este título, y en particular dándole una encomienda de las que hubiese mayores de su órden, ó conmutando la que tiene el duque (1), su hermano, como el mismo Duque ofrece que olgará de dejarlo para este efecto, dándole á él otra de otra órden.

A don Diego de Ibarra, le parece que no será hacerle merced por la muerte de su hijo darle la sucesion de la encomienda que tenia el otro, sino que es menester acompañarla con otra merced como seria en conformidad de lo que dijo don Pedro de Toledo: á él una encomienda y la que él tiene á su hijo. Tambien le parece muy justo

---

(1) El duque de Sesá.

hacer merced á las personas que nombra la señora Infanta y que se han señalado en esta ocasion, en particular á don Felipe de Silva, que hace oficio de teniente general de la caballería.

Cuidado parece que puede dar la armada de las Indias occidentales, y estos avisos, en no enviándose allá con la órden que se ha de guardar y prevenir, suelen ser muy costosos, y lo que entiende es que la armada y fuerzas que V. M. tiene en aquella mar del Sur es muy bastante, si no se emplea en más intento que estorbar al enemigo que entrare, y así se le debería ordenar al Virey por el consejo donde toca, y que si no es con conocida ventaja por la mayor ligereza de los navíos de aquella mar, no hiciese más la armada de andarse tras el enemigo hasta echarle de aquellas costas.

*El Duque del Infantado.* Volvió á hablar, y se conforma en que don Gonzalo vuelva al Palatinato como ha votado don Pedro de Toledo, y en la forma que dice don Baltazar de Zúñiga, y porque ha muchos dias que no se han enviado Españoles á Flandes, le parece que se haga una leva de treinta ó cuarenta compañías para allá; y de Italia, como está lo de allí, no se atrevería á sacar un solo hombre.

Todo el consejo se conforma en que se haga luego una leva de treinta compañías en Portugal, Castilla y en la corona de Aragon para llevar á Flandes.

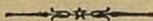
V. M. lo mandará ver y proveer lo que más fuere servido. En Madrid á 25 de Setiembre de 1622.

(Archivos de Simancas. Estado, nº, 2036, f. 13.)



LAS GUERRAS  
DE  
LOS ESTADOS BAJOS,

DESDE EL AÑO DE 1588 HASTA EL DE 1599.



Á  
DON DIEGO DE IBARRA,

CABALLERO DEL HÁBITO DE SANTIAGO, COMENDADOR DE VILLA-  
HERMOSA Y DE LOS CONSEJOS DE ESTADO Y GUERRA DE SU  
MAJESTAD, ETC.

No sé si en dedicar á V. S. estas memorias ha tenido tanta parte el deseo de cumplir con las obligaciones que reconozco, como el de acreditar su verdad con el testimonio más irrefragable; pues siendo V. S. tan gran profesor y amparo de ella, ofreciéndole al mundo por testigo de vista de cuanto en ellas refiero, eche de ver la que pro-

fesan, osando emprender su aprobacion. Procurado he pintar sin afectacion nuestras victorias y nuestras pérdidas ingénuamente, sin defraudar al enemigo de la gloria que mereció su valor: estilo poco usado de otras naciones, y menos de la francesa; como si ellos mismos no llamasen jornaleras á las armas, y los efectos de ellas no fuesen más sujetos á mudanzas causadas de leves accidentes, que todas las demás cosas humanas; y es esto con tanto extremo, que llegando sus historiadores á tratar de los dos años en que se hizo la guerra de rey á rey, quando nuestros buenos sucesos parece que se alcanzaban unos á otros, ó los deshacen con quimeras sofisticas ó los pasan en malicioso silencio. Estos conocidos y peligrosos estorbos que procuran poner nuestros enemigos, y los que sin consentir este nombre nos hacen obras tales, para que no llegue á la posteridad entera y pura la fama del valor de nuestra nacion, se remedian con el trabajo de pocos, entre los cuales si fuere el mio de algun fruto, le daré por muy bien empleado. Cuarenta y dos años ha durado la guerra en Flandes, y sólo ha escrito relaciones de diez don Bernardino de Mendoza, y dado que merezca ser nombrado este trabajo mio junto á tan calificado autor, á lo sumo quedará memoria fiel de solos veinte y dos años, quedando los otros veinte á discrecion de extranjeros: inconveniente que deben prevenir esos supremos consejos, en que V. S. tiene tanta parte, procurándole breve remedio; y digo breve, porque lo es nuestra vida, y lo que importa, que escriban estas cosas, ó por lo menos las hagan escribir, los que las vieron. Esta es la causa por que me he limitado dentro del término de los doce años en que serví en ellas, dejando desde el

---

de 1577, en que fenece don Bernardino, hasta el principio del de 88, en que comienzo yo, y desde el de 1600 hasta la conclusion de las treguas á cargo de los que lo hubieren visto y manejado; que si se buscan y favorecen, se hallarán sin duda. Las causas que me han movido á sacar á luz estas relaciones digo en el prólogo, á que remito á V. S.; y entre tanto que las ocasiones no me permiten mayores demostraciones en que mostrar la voluntad que tengo de servirle, suplico á V. S. admita ésta para animarme á ellas.

*Don Cárlos Coloma.*

---



## PRÓLOGO.

---

Cuando tan diferentes ocasiones me tenían, no sólo descuidado, sino desobligado y ajeno de escribir historias, una causa, si al parecer leve, en su sustancia gravísima, me hizo exceder mis propios límites, y hurtar el oficio á los que han emprendido el recopilar los sucesos de nuestros tiempos: esta fué ver andar en poder de extranjeros y de algunos españoles eclesiásticos *Las guerras de Flandes*, teatro nobilísimo, donde se ha representado al vivo en cuarenta y dos años todo cuanto la antigüedad pudo ir consagrandó en millares de ellos á la memoria de su descendencia; y aunque esta consideracion sola pudiera ser bastante incentivo á cualquier buen español, confieso que para mí lo ha sido mayor ver el poco cuidado que estos autores eclesiásticos y algun seglar han tenido en escribir los sucesos de aquellas guerras como realmente pasaron, y el agravio que sin pensarlo hacian á su nacion valiéndose de las relaciones de autores italianos y franceses, por no haber tenido los españoles que han militado en Flándes tanto cuidado de escribir sus hazañas como de hacerlas: cosa que á los que no se hallaron en ellas, en alguna manera sirve de disculpa; pero habiendo llegado este yerro de cuenta, no sólo á ofuscar nuestras victorias, pasando en silencio mucha parte de ellas, sino á hacernos

cargos de culpas que no tuvimos, afirmando lo mismo el historiador español, y pudiéndole presentar nuestros émulos, por testigo mayor de toda excepcion, como no apasionado contra nosotros, me ha parecido no menos justo que conveniente procurar deshacer tan dañosas nieblas con la luz de la verdad; obligando por mi parte á que los que tienen autoridad para ello, la interpongan en hacer recopilar en un libro todos los sucesos de guerras tan largas y crueles, que serán más afrenta que emulacion á las de Roma y Cartago, Lacedemonia y Atenas. Y pues la mayor parte de la gente y todo el oro consumido en ellas ha salido de España, razon será que se hallen acá verdaderos registros de estos sucesos, sin que nuestros descendientes mendiguen su noticia de naciones extrañas, algunas de las cuales es cierto que no aspiran á cosa más que á deshacer la fama del valor español, si bien en esto hay más y menos; porque los franceses engrandecen con grandes exageraciones sus victorias, y del todo disimulan las nuestras, comprando á peso de su legalidad la falsa opinion que dejan en sus escritos á sus descendientes, con quien en esto usan el mismo estilo que con ellos sus antecesores. Los flamencos acriminan nuestras culpas, atribuyéndonos las de los siniestros sucesos, sin disimular nuestras victorias, con tal que entre en ellas á la parte la nacion walona, digna de este premio por su conocido esfuerzo. Los italianos siguen otro camino, y cuentan nuestras cosas con la tibieza de ajenas, dilatándose en las suyas con tanto cuidado, que á quien las leyere sin él causará alguna duda el de terminar la precedencia de ambas naciones en el valor y disciplina militar. De estos últimos es á mi juicio Pompeyo Justiniano, soldado de estimacion mientras militó debajo de nuestras banderas, y aventajado coronista de si mismo y de su nacion; el cual escribió, no sin elegancia, el sitio de Ostende desde que se encargó de él el marqués Espinola; y cierto que cuando no hubiera otro ejemplo que el de Jerónimo Franchi Conestagio, se deben recatar nuestros descendientes de escri-

tores que, estando ausentes, escriben por informaciones de extranjeros apasionados. Este autor, habiendo emprendido el escribir todas las guerras de Flándes, habla de manera, que no parece sino que el príncipe de Orange y sus secuaces fueron los que defendieron la mejor causa; y que en querer el rey sustentar la fe católica, su debida obediencia, y la quietud y tranquilidad de aquellos sus vasallos, emprendia y tomaba á pechos todo lo contrario. Finalmente, en el pintar la crueldad del duque de Alba, la ignorancia del Comendador mayor y los juveniles impulsos del señor don Juan (términos todos suyos), no parece sino que ha copiado á los escritores más herejes de Holanda, que dando siniestros sentidos á las acciones de tan grandes príncipes, no afectan otra cosa que, hacernos odiosos á todas las naciones del mundo, para disculpar su rebelion á entrambas majestades; y es de notar ver de la manera que trata de nuestras victorias, pasando en silencio las circunstancias más importantes y muchas veces las mismas victorias; y cuando más no puede, y acaso se halla algun italiano en el tal suceso, no duda de hacerle autor de él, con el mismo desenfado que si escribiera la guerra de Troya ú otras cosas de tan remota y dificultosa averiguacion. En la rota que se dió á monsieur de lanlis cuando vino a socorrer á Mons, donde mandaba don Fadrique de Toledo, hijo del duque de Alba (oponiéndose á cuantos han escrito y á la misma verdad), quiere que mandase Chapin Vitelo, y no toma en la boca á don Fadrique; y de justicia debiera hacer lo mismo en la presa de Harlem, donde da por autor á don Fadrique de las crueldades que allí (segun él exagera) se usaron, y con hacer allí, como sobre Mons, Chapin el oficio de maestre de campo general, no le mienta en manera alguna. En la batalla de Moquen quiere que gobernase nuestra caballería Juan Bautista del Monte, porque fué la caballería mucha causa de aquella victoria; siendo verdad que la gobernaba don Bernardino de Mendoza, como capitán español y más antiguo, y de la primera clase de la nobleza de España, cuyas

eran las fuerzas y dinero de aquella guerra; consideraciones que, añadidas á ser el que gobernaba todo el ejército Sancho de Avila, pueden persuadir cualquier mediano entendimiento á que es verdad lo que digo; y eslo sin duda que no hace lo que piensa por su nacion quien le anda mendigando honores fabulosos, especialmente pudiendo en otras muchas ocasiones honrarla con solos los verdaderos, como lo hago yo siempre que la verdad me da ocasion, y se verá en el discurso de estas memorias; donde todas las virtudes militares del duque de Parma, no las refiriera con mayor estimacion Guichiardino, y las demás acciones loables de esta nacion y de otras que siguieron nuestras banderas; decoro que áun le guardo con los enemigos. Y porque puede justamente admirar que la pasion pudiese corromper el juicio y legalidad de un historiador tan señalado, débese sin duda prohibir esta culpa á las siniestras relaciones de que fué informado; acordándose de lo bien que cumplió con la verdad y las demás circunstancias de la historia en la de la union de Portugal y Castilla, por haber sido testigo de la mayor parte, y de lo demás advertido desapasionadamente; lo cual es sin duda que le faltó en ésta; de donde pudiera traer más ejemplos de esta calidad, y de otro historiador napolitano, que puso en compendio todas las guerras de Flandes, habiendo pasado á aquellos estados despues de la treguas, del cual diré solamente, que siguiendo en parte á Campana, que atribuye la vitoria de Dorlan al príncipe de Avellino, y á la nobleza italiana, él se la atribuye á sólo el Príncipe; el cual, como aventureiro que era, no tuvo otra cosa á su cargo que acompañar al guion y la persona del conde de Fuentes, general del ejército, como lo hicieron otros de no menor calidad y valor; cosa en que unos y otros cumplieron con sus obligaciones. Para remediar, pues, estos inconvenientes en la mejor forma que se puede, he resuelto emprender este trabajo, pareciéndome que si en el tiempo que sucedió lo que aquí escribo ayudé con mis pocas fuerzas, peleando, á engrandecer la reputacion de la nacion española, no

me quedará en menos obligacion si procuro restituírsela escribiendo verdades asentadas, con ánimo libre de afectos, disculpa bastante á merecer blanda censura: en las demás faltas, que cónfesaré fácilmente, de las cuales, y señaladamente de las de la memoria, á que van más sujetas estas relaciones, por escribirse tantos años después, si alguno quedare defraudado, pues la intencion me salva, esperaré justísimamente perdon.

---



LAS GUERRAS  
DE LOS  
ESTADOS BAJOS.



LIBRO PRIMERO.

Año 1588.

Dase cuenta del estado en que se hallaban las cosas de los Países-Bajos, al principio de este año, y de las fuerzas de ambos partidos.—Junta el duque de Parma un grueso ejército para la empresa de Inglaterra, y apúntanse las causas de aquella guerra.—Entra la armada católica en el canal, derrótase, y por qué causa.—Pónese el Duque sobre Bergas-op-Zoom; refiérense los sucesos de aquel sitio y de los de Bonna y de Vactendonck.—Comienzan á empeorarse las cosas de Frisa.—Refiérense los principios y causas de las guerras civiles en Francia, y las muertes del duque y cardenal de Guisa.

Comenzaré este trabajo desde el principio del año 1588, que fué en el que llegué á los estados de Flandes; porque no me conformo con los que escriben historia de lo que no vieron, y menos con que se les permita sacar á luz las militares á personas de tan diferentes profesiones, por los engaños grandes que se reciben, las honras desme-recidas que se dan, y las que por el mismo camino se quitan; y por-que los tales (excepto algunos de aventajadas partes), como ignoran-

tes de los términos de la milicia, escriben muchas cosas de manera, que dan que murmurar y áun que reir á los extranjeros, en vez de agradecerles el haber podido valerse de sus relaciones, que es otro nuevo inconveniente; y así, por no incurrir yo en él, no saldré de los límites de los Países-Bajos sino en cuanto las armas católicas (ocupadas en Francia en amparo de la Liga, y despues de la reconciliacion del príncipe de Bearne, llamado comunmente por los franceses rey de Navarra, hasta que se juraron las paces) me obligaren á ello: sujeto, si la pasion no me engaña, nada desigual á los que en la antigüedad pudieron consagrar la fama de sus escritores en la memoria posterior. Bien que no lisonjeo tanto mi esperanza, que prometa á tan corto trabajo tanto premio: bastante le tendrá el cuidado de no dejar en manos del olvido ó la pasion estas memorias, si dieren su lugar á la verdad de las cosas, y al valor y virtud de quien puso en ellas la mano ó el consejo; y espero escribir con fiel verdad estos sucesos, por el cuidado que puse en cargar á la memoria menuda y precisamente las cosas de que fuí testigo, y por la seguridad con que en las de Frisa, donde no me hallé, puedo valerme de las relaciones que de ellas dejó el coronel Francisco Verdugo, gobernador de aquella provincia y de las armas que en ella militaron; capitan de los más señalados de nuestro tiempo, y de cuya integridad nadie puede dudar; siendo la noticia que contienen estos escritos tan universalmente importante, por concurrir por una parte en estas guerras la mayor de las fuerzas de tan gran monarca, y por otra las de casi todos los demás príncipes, émulos ó celosos de su grandeza, y de cuyo suceso pendia ó el castigo de semejantes rebeliones, ó el escarmiento de menospreciar los príncipes los que parecen leves principios de ellas; considerable tambien mucho por la variedad de los accidentes, acontecidos por la mayor parte contra la comun opinion, y útil no menos por la calidad de ejemplos que pueden deducirse de la inconstancia con que se gobiernan las cosas humanas, y de los riesgos que traen á las repúblicas las deliberaciones consultadas con el furor y la pasion del pueblo, y con la ambicion de los que de sus ruinas esperan y pretenden propia utilidad.

Y aunque es verdad que no puedo hacer relacion de vista de ojos

de todos los sucesos que se referirán en estos doce libros, por haberse hecho la guerra en muchas partes, lo es tambien que no pondré por verdad sino lo que en la misma sazón me costó haberse recibido por tal en el ejército, y en la noticia y crédito del General, verdadero crisol donde se apura el oro de las acciones militares, y piedra de toque del valor de todas las naciones; á quien pide perdon mi brevedad si no se alargare en sus hazañas como ellas merecieron; que la ley de la precision, que profeso, no permitió más difusa narracion; aunque siempre procuraré no defraudar, con toda igualdad, el premio á la virtud, donde la topare, sin alterar esta balanza el ódio ni el amor, afectos de que se desvía mucho mi condicion.

Los estados de Flandes, cuya rebelion emprendo á escribir por espacio de doce años, eran gobernados al principio del año 1588 por Alejandro Farnesse, duque de Parma y Placencia, príncipe de singulares partes, y de tanto valor, que habiendo casi desterrado del todo á los rebeldes de las provincias que antiguamente se comprendian, parte debajo del nombre de *Galia Bélgica* y parte de *Germania Inferior*, aspiraba, como otro Germánico César, á pasar á la isla de los Bátavos, llamada hoy Holanda, y sojuzgar aquellas fieras naciones por las armas; las cuales, gobernadas en lo civil por la junta de los Estados, y en lo militar por el conde Mauricio de Nassau, hijo de Guillermo, príncipe de Orange, iban cada día perdiendo tierra y reputacion, y créese que vieran bien presto su ruina si no se dividieran las fuerzas españolas á otras empresas, yendo á buscar enemigos fuera de casa cuando se tenian más fuertes y más pertinaces dentro de ella; consejo tan dañoso como lo ha mostrado la experiencia, é indigno de que le tome ningun príncipe prudente, por poderoso que sea; bien que le disculpa el celo de la religion con que se emprendió, que sin duda peligrara en aquel nobilísimo reino, á no haber asistido á su reparo las fuerzas y cuidado del Rey, á quien tambien en razon política incumbía desviar que, en tanta vecindad, cayese en manos no católicas un reino tan rico y poderoso; y porque mejor se comprenda las esperanzas en las cosas propias, que menospreció el Rey por asistir á las ajenas, haré una breve descripcion de las fuerzas católicas al

principio de este año, para que, comparadas con las enemigas, se vea esto con evidencia.

Poseía el Rey á la sazón absolutamente los ducados de Luxembourg y Limbourg, los condados de Namur, Henao y Artois; todo el ducado de Brabante, excepto las villas de Bergas sobre el Zoom, santa Gertrudemberg y Husden; todo el condado de Flandes menos la villa de Ostende; todo el ducado de Gueldres, excepto la villa de Guatendonch y otras algunas, que por estar desotra parte del Vaal, siniestro brazo del Rhin, falsamente las computamos entre las de Holanda, como son: Arnhem, Vianem, Brila, Burem y otras, hasta tocar con los términos del país de Utrecht. Las fuerzas con que se guardaba todo esto se designarán cuando se trate de los apercebimientos para la jornada de Inglaterra. Poseíamos también casi toda la Frisa occidental, y en la oriental la villa y castillo de Linguen con su territorio, y sobre el río Issel las plazas de Zutfen y Deventer. Tenían los enemigos parte del país de Overisel, lo restante del ducado de Gueldres, el país de Utrecht, y los condados de Holanda y Zeelanda absolutamente. La gente con que guardaban sus fronteras, junto con la que tenían sobresaliente para poder acudir á socorros, que á sitios aún estaba por ver, podía llegar toda á catorce mil infantes y dos mil caballos, ingleses, holandeses, valones y alemanes, y algun francés descarriado; porque banderas francesas no se arbolaron en las islas jamás hasta despues de las paces, no menos por las guerras internas de aquel reino, que por otras consideraciones por parte de Enrico III, las más por conveniencia propia, y algunas por el parentesco con España y buena inteligencia de los ministros. Era maestro de campo general el conde Pedro Ernesto de Mansfelt; general de la artillería su hijo el conde Cárlos; de la caballería don Fernando Dávalos, marqués del Vasto; superintendente del condado de Flandes Valentin de Pardieu, señor de la Mota; gobernador de Artois el príncipe de Simay, de Henao el marqués de Renti, de Namur el conde de Berlaymont, de Lila, Duay y Orf el baron de Billi, de Luxembourg el conde de Mansfelt, de Limbourg el señor de Risbroueq, de Gueldres el Barambon, de Frisa el coronel Francisco Verdugo. Con esta

breve relacion, pues, entraremos en los sucesos deste año, que del todo comenzaron á mudar en peor el feliz progreso que llevaban las cosas de los Países-Bajos.

De muy gran daño fué para los estados rebeldes la pérdida de la Esclusa, que la ganó el duque de Parma por composicion, á los 15 de Agosto del año pasado, y no de menor disgusto para la reina de Inglaterra, tanto por la comodidad que se daba á las armas católicas con aquel puerto tan cercano á los suyos, como por la que se le abrió al Duque para poder conducir la armada de barcas chatas, que habia mandado juntar en el país de Was, con intento de servirse dellas para pasar el canal de Inglaterra; las cuales se pasaron á la Esclusa y á Dama, y de allí á Brujas y á Nioporte, despues de haber cortado cuatro leguas de tierra en el país de Was, y hecho una fosa navegable, obra de gran ingenio y costa, ejecutada por los mismos artífices que dos años antes habian hecho la estacada y puente de barcas con que se sitió y ganó Amberes.

Atendia entre tanto el Duque á juntar un florido ejército, para tener un cuerpo de treinta mil hombres que embarcar para Inglaterra, y otro de diez mil por lo menos, sin las guarniciones, que dejar en guardia de los estados, que en este caso habian de quedar á cargo del conde Pedro Ernesto de Mansfelt. Y porque entre tanto no estuviesen éstos en ocio (peligroso escollo de la virtud militar), envió á Cárlos de Croy, príncipe de Simay, con mucha parte dellos á la empresa de Bona, cuyo suceso se dirá adelante; tocando ahora los motivos que tuvo el Rey para formar aquella poderosa armada contra Inglaterra, y lo que no se pudiere excusar del suceso della, dejando su entera relacion á muchos que lo han tomado de propósito y lo vieron.

La reina Isabel de Inglaterra, de religion protestante, despues de haberse usurpado en su reino el temerario título de cabeza de la Iglesia anglicana, celosa de su nuevo evangelio y émula de la grandeza del Rey, no sólo fomentó las primeras sediciones de los flamencos por lo disimulado, pero quitándose la máscara en tiempo del duque

de Alba, con la detencion de grandes sumas de dineros que venian de España para la paga del ejército católico, y con los malos tratamientos que hizo contra el derecho de las gentes primero á don Guerao de Espés, y despues á don Bernardino de Mendoza, embajadores del Rey, continuó toda su vida el socorrer con gente y dineros á los estados rebeldes: consejo, dado que pueda llamarse útil, de ruin ejemplo, á lo menos en los príncipes, que tanto deben desviar á sus vasallos de esperar amparo en semejantes rebeliones, que mañana pueden experimentarlas en los estados propios, y sentir lo que la Providencia divina permite á la prudencia humana desviada de sus leyes: que los mismos medios que elige á su grandeza, sirven inmediatamente á su ruina. No procedia en esto Isabel con tanta liberalidad, que no se asegurase primero con la plaza de Flesinguen, absoluta llave de las islas, y con otras de menos nombre. Esto y los crueles y abominables edictos hechos contra los católicos de su reino en vituperio de la Sede Apostólica, y últimamente la muerte lamentable, inhumana y de todo punto bárbara de María Estuarda, reina de Escocia, princesa dotada de singulares virtudes, á manos de un verdugo en el castillo de Fording, cuyo dichoso espíritu, segun la comun piadosa opinion, goza entre los mártires gloriosos la corona que dejó en la tierra, movieron el ánimo piadoso del Rey católico á desear volver por la causa de Dios y oponerse á tanta insolencia con las armas; amonestado á ello tambien por la santidad del Pontífice Gregorio XIII, que, como verdadero pastor de la Iglesia, despues de haber tentado diversos caminos llenos de amor y de blandura, deseaba cortar aquel brazo encancerado de Isabel, para dar salud á todo el cuerpo de aquel reino, ya en otros tiempos tan devoto y grato á la Santa Silla. Movíale por otra parte al Rey ver que estando Francia neutral, ocupada en sus discordias internas, Inglaterra domada, vendrian los rebeldes de Holanda á conocer su yerro por fuerza ó por amor. Esta es la causa porque rehusó Su Majestad el consejo que le daba el duque de Parma, de que se echase todo el resto contra las islas antes de intentar la empresa de Inglaterra. Anteponia ante todas cosas el Duque la incapacidad de los puertos del condado de

Flandes para recibir bajeles de tanto porte como los que habian de venir de España, alegando que en todo aquel mar sólo era capaz de ellos el de Flesinguen, y que era no solamente necesario, pero forzoso, antes de meter una armada tan poderosa como se aparejaba en unos mares tan bravos y sujetos á tantos peligros, ya por la aspereza del clima á cincuenta y dos grados de la equinoccial, ya por la abundancia de bancos ó bajos peligrosísimos, tenerla aparejado puerto seguro y bastante para poderse abrigar en él, y volver segunda y tercera vez á la demanda, como lo hizo César; siendo así que en las empresas en que se interesa tanta parte de hacienda y reputacion, conviene no intentarlas por sólo un camino, como las leves, que si se yerran, fué poco lo que se perdió emprendiéndolas. Añadia que no habiendo otro puerto capaz de tan grandes navíos sino el de Flesinguen, ante todas cosas se debía sitiár por mar y por tierra, y que él se obligaba (guardándole el socorro por mar la armada española) á ganar aquella plaza con menos dificultad que la que se le habia ofrecido en ganar á la Esclusa; con la cual á un mismo tiempo y con sólo un gasto se aseguraba la jornada de Inglaterra, y se tomaban en la mano las riendas de los estados rebeldes. La facilidad desta empresa por este camino y con tan grandes fuerzas, y el deseirlas emplear en esto el Duque antes que en otra cosa, como es fácil el persuadirnos á lo que deseamos, le hizo desconfiar de todo punto de que se habia de acometer Inglaterra sin esta prevencion. Ayudó tambien á inclinarse el Duque á esto la venida de ciertos embajadores ingleses, que llegaron á Ostende á 20 de Febrero, con órden de la Reina de tratar paces, aunque los más prudentes lo atribuían á deseo de entretener con estas esperanzas y evadir el golpe que le amenazaba. Parecióle al Duque, y con razon, que el verdadero tiempo de asentar paces aventajadas es cuando el contrario las pide, y que en un consejo tan prudente como el de España no dejaría de abrazarse aquella ocasion, para procurar conseguir sin peligro y sin gasto lo que por ventura estaba á muy gran riesgo tentándolo con las armas. Escribió el Duque al Rey la llegada y demanda de los embajadores con la recomendacion y esperanzas que se suelen pintar las cosas que se desean; y

aunque poco despues tuvo por respuesta que no era malo entreterlos con palabras generales, sin empeñarse á cosa que pudiese perjudicar ni á la reputacion ni al provecho, y que resueltamente habia de tentarse la jornada, como estaba trazado, no por eso se acabó de persuadir del todo á ello; que fué del inconveniente que se verá; si bien con su acostumbrada diligencia no dejaba cosa por hacer en favor de la jornada. Cortó, como dicho es, casi todo el país de Was para llevar ciento treinta barcones ó barcas chatas hasta Gante, y de allí por la Lieve á Dama, por el Navilio á Brujas, de Brujas á Audenbourg, y de allí á Nioporte por el Iperlee, obra de tanto ingenio como costa. Nombró por almirante de la mar á Felipe de Lalaing, marqués de Renti, á quien encargó la fábrica y adobío de cuarenta filibotes y otros navios de hasta doscientas toneladas, que es el porte que puede entrar y salir por aquella barra con aguas llenas. Hizo levantar nuevas reclutas á los regimientos de alemanes de don Juan Manrique, Ferrante Gonzaga y de los condes de Berlaymont y Arembergh, hasta número de dos mil infantes cada uno. Encomendó la leva de seis mil alemanes altos á Cárlos de Austria, marqués de Burgaut, hijo del Archiduque Ferdinando de Ispruch. Tocábanse cajas en todo el país para la leva de hasta diez mil walones en los regimientos del conde Octavio de Mansfelt, del marqués de Renti, del conde de Bossu, de los señores de Barbanson y Balanson, del señor de la Mota, y otro regimiento peculiar del Duque á cargo del señor de Werpe. Iba tambien otro regimiento de mil quinientos borgoñones, de que era coronel Márcos de Rie, marqués de Barambon, y otro de mil doscientos irlandeses de los que rindieron á Deventer, de que era coronel Guillermo Estanley, inglés, y dos tercios de italianos, uno de don Gaston Espínola y otro de Camilo Capizuca, en que se contaban al pié de tres mil infantes. Habíanle llegado al Duque hácia el fin del año de 88 veinte y dos banderas de españoles, las diez á cargo de don Antonio de Zúñiga, capitan viejo de Flandes, y las demás que eran levantadas en Cataluña, al de don Luis de Queralt; si bien aquéllas se reformaron en Givé, repartiéndose la gente entre los tercios, y éstas quedaron en forma de tercio por justas consideraciones, en

órden á que se conservase aquella gente, sacada el vulgo della de los bandos de Cataluña, con el amor de los capitanes y oficiales de su nacion, y mucha gente noble con quien se habian familiarizado. Estas banderas se alojaron en Warneton. El tercio viejo, que, por haber hecho el Rey á Cristóbal de Mondragon castellano de Amberes, se dió á don Sancho Martinez de Leiva, alojaba en Fornos, Bergas, san Vinoch y Dixmuda; el de don Juan del Aguila, que tambien se proveyó en don Juan Manrique de Lara, hijo del duque de Nájera, estaba alojado en Ipre; el de don Francisco de Bobadilla, gobernado por Manuel de Vega Cabeza de Vaca, en Ballú: todos estos cuatro tercios podian hacer siete mil españoles, y toda junta la infantería llegaría á número de treinta mil hombres. Las compañías de caballos aperebidas eran veinte y dos; dos de la guardia del Duque, una de lanzas y otra de arcabuceros, de que era capitan Pedro Francisco Nicelli; las de italianos del conde Nicolao Cessis, Pedro Gaetano, Francisco Coradino, Apio Conti, Blas Capizuca y Franco Morosino; las de españoles del marqués de la Favara, de Juan de Anaya de Solís, don Ambrosio Landriano, don Alfonso Dávalos, hermano del marqués del Vasto, don Octavio de Aragon, don Carlos de Luna, Antonio de Olivera, teniente general de la caballería, y don Luis de Borja, hermano del duque de Gandía, en quien poco antes proveyó el Duque la compañía que fué de don Sancho Martinez de Leiva; todas las cuales, con las del marqués del Vasto, general de toda la caballería ligera, incluso cinco compañías de arcabuceros á caballo, llegaban al número de mil ochocientos caballos escogidos, antes más que menos. El señor de la Mota hacia el oficio de maese de campo general en ausencia del conde de Mansfelt, y su hijo el conde Cárlos el de general de la artillería en propiedad, como está dicho.

Con estos aparatos pues, artillería, municiones y dinero á proporcion, esperaba el Duque el aviso de que hubiese salido de Lisboa la armada católica; y para estar más á pique de embarcarse cuando fuese necesario, juntó todo el ejército en campaña, en los contornos de Dixmuda, y desde Brujas, á donde tenia la córte, acudió dos veces á visitarla, haciendo ambas disponer la gente en batalla, hacer y des-

hacer los escuadrones, y otros ejercicios militares, con alegría y alborozo universal. Llegaron á la fama de esta jornada muchos señores de diferentes naciones: de España, don Rodrigo de Silva, duque de Pastrana; de Francia, Felipe de Lorena, llamado el caballero de Aumala, hermano del duque de Aumala; de Italia, don Juan de Medicis, hermano del duque de Florencia; de Saboya, don Amadeo, hermano del Duque; de Alemania, Cárlos de Austria, marqués de Burgaut; y de todas partes, muchos señores de título y caballeros principalisimos; uno de los cuales fué don Juan de Mendoza, hoy marqués de la Inojosa y gobernador del estado de Milan, hijo del conde de Castro, que dejando una compañía de infantería que tenia en Nápoles, llegó por la posta á Brujas, y poco despues don Felipe de Leiva, hermano de don Alonso de Leiva; Hércules Gonzaga, y otros muchos; tal, que no habia memoria de haberse visto tanta y tan lucida nobleza en los Estados-Bajos desde que Cárlos V renunció los reinos. Habia enviado algunos meses antes el duque de Parma al capitan Morosino á Lisboa, á solicitar (á lo que decian) la partida del duque de Medina Sidonia, aunque á la verdad no fué sino á tener testigo de vista de que hubiese acabado de arrancar aquella gran máquina, y asegurar al duque de que era imposible salirle á buscar el canal arriba si no se franqueaba el paso hasta Dunquerque, peleando con la armada inglesa; y las razones eran bien claras, pues no teniendo más de treinta y ocho filibotes, y habiendo de salir forzosamente uno á uno por la barra de Dunquerque y por los bancos de aquella costa. forzosamente tambien habian de ir cayendo en manos de la armada holandesa, que guardaba la boca de aquel puerto, con cincuenta navíos muy bien armados, á cargo de Justino de Nasau, hijo bastardo del príncipe de Orange; pues las barcas chatas que estaban en Nioporte, no sólo no podian ser de algun servicio, pero con fuerza habian de ocasionar gran embarazo; y que así, lo que hacia al caso era desbaratar la armada enemiga, y quedar el duque de Medina señor de la mar, para que todo se pudiese hacer despues sin peligro de consideracion. Este monton grande de dificultades, lo mucho que se aventuraba en la menor de ellas que quedase por allanar, fuera de las razones que apunté arriba, fueron

causa de que, no acabándose de persuadir el duque de Parma á que se seguiría un camino tan peligroso, no acabase tampoco de creer la relacion de vista que trajo el dicho capitán Morosino, afirmando que dejaba ya la armada á la vela. Así se yerra no pocas veces en el juicio de las acciones ajenas, no creyendo el efecto de las que no parecen útiles á quien las ha de hacer: hasta la prudencia puede ser dañosa en las acciones infelices, en quien la virtud desdichada parece vicio y defecto. Sea la causa la que fuere, lo cierto, y lo que yo ví es, que iba por este tiempo muy lento el adobío de la armada de Dunquerque, y que cuando fué menester embarcarse en ella la infantería española, ni aún la capitana, en que habia de embarcarse la persona del General, estaba para poder navegar; culpa, á lo que se ha de creer, de los ministros inferiores; aunque el no verla despues castigada abrió las bocas á muchos. Pues no faltó quien allegase á discurrir lo bien que le estaría al duque de Parma el casar al principe Ranucho, su hijo, con madama Arbela heredera forzosa del reino de Inglaterra, de que afirmaban algunos haberle dado la reina Isabel no pequeñas esperanzas, si bien cerrólas poco despues el tiempo y la reputacion del Duque.

Partió la armada católica del puerto de Lisboa á los 30 de Mayo, y del de la Coruña (á donde se detuvo muchos dias, rehaciéndose de un recio temporal que padeció) á los 22 de Julio; y con el suceso que otros han escrito, y no es de mi argumento, dió fondo en la rada de Calés á los 7 de Agosto, despues de haber enviado antes de entrar en el canal á don Rodrigo Tello, y poco despues al capitán Pedro de Leon, á dar prisa al duque de Parma, que se hallaba en Brujas; de donde partió tres dias despues, mandando encaminar su córte y toda la infantería española á Dunquerque, por ser lo más que podia caber en los navíos que allí se aprestaban; y toda la caballería, artillería, pertrechos é infantería de naciones á Nioporte, donde estaba trazada su embarcacion, y á monsieur de la Mota por cabeza de ella. Antes de salir el duque de Brujas, y en el camino que hizo hasta Dunquerque, le fueron llegando varios mensajeros que el de Medina enviaba, avisándole por puntos cómo se iba acercando, y asegurándole con todos de que era

forzoso salir á juntarse con él para acertar la empresa y cumplir con la orden del Rey. Pasó el Duque adelante con intento de aconsejarse en la ocasion, y llegó á Dunquerque á los 8 de Agosto; y en teniendo aviso que el de Medina se habia ancorado á los siete en la rada de Calés, y que le tenia á menos de siete leguas, determinó de embarcarse pospuesta toda consideracion y todo peligro. Al punto se distribuyeron las órdenes de la embarcacion por los sargentos mayores de los tercios; las cuales se ejecutaron luego, aunque con harta risa de los soldados, pues tocó á muchos embarcarse en navíos donde no habia puesto la mano el calafate ni el maestro de hacha: sin municiones, sin bastimentos y sin velas. Supo luego el Duque esta falta, y disimulando por entonces con los autores de ella, se resolvió en salir del puerto en viendo asomar la armada española, con solos los navíos que pudiesen seguirle, resuelto en perderse ó sacar lo restante de su flota de la barra de Nioporte. Todo lo cual fuera posible ejecutarse si el duque de Medina pudiera poner su armada entre la inglesa y la costa de Flandes; para lo cual eran necesarias tantas concurrencias, del tiempo, de las mareas, de las corrientes y de los bancos, que casi no se hacia caso de la más urgente, que era el poder de Inglaterra y Holanda, que con fuerzas bien grandes, con navíos frescos y propios para aquellos mares, estaban resueltos en no dejar perder ocasion alguna. En las cosas trazadas tan de lejos, por más que la diligencia y el cuidado hayan prevenido los inconvenientes, rarás veces en la ejecucion dejan de descubrirse algunos que muestran dificultad con que se decreta en lo porvenir; de que se sigue cuán forzoso sea permitir á la prudencia y autoridad de los ejecutores alterar como lo pidieren los accidentes en las órdenes que reciben del Príncipe, á quien es imposible consultar á tiempo. Añadióse á esto tambien, y fué el principio de todo el desconcierto, un harto pequeño accidente la misma noche de los 7 de Agosto, pues pegando fuego los enemigos á algunos navíos viejos, y dejándolos ir con la corriente y con el viento, la vuelta de la armada católica, de tal manera atemorizaron los ánimos de todos, creyendo que era otra máquina fatal cual la que se vió en el contradique de Amberes, confirmándolas por tales algunos de los

que se hallaron en aquel fracaso, y entre ellos el capitán Serrano, á quien el duque de Medina había enviado con instrumentos para desviarlos, que zarpando las áncoras la capitana real y otros galeones de los más diligentes, todos los demás picaron las amarras y comenzaron á salir á la mar del Norte; queriendo más, según decían, pelear en campo abierto contra aquellas naciones septentrionales, que con un elemento tan inexorable como el fuego. Fué tan grande el daño que causó esta arma falsa, que no se hizo caso de la pérdida de la galeaza capitana, en que iba don Hugo de Moncada, general de todas cuatro, que pasó así. Al retirarse los galeones y naves de la armada con la confusion y desórden que se deja considerar, picado el cable de la *Rata*, nave levantisca en que iba don Alonso de Leiva, quedó el áncora de manera, que pasando por encima la dicha galeaza, se hizo pedazos el timon, con que viéndose don Hugo imposibilitado de seguir la armada, y que á más andar se le iba alejando, sin acordarse de socorrerle, valiéndose de los remos, en que estos bajeles son menos aptos para el mar Océano de lo que se creyó cuando los enviaron á aquella jornada, tentó de arrimarse á Calés, pareciéndole que debajo de la artillería de aquella plaza y de la fe del señor de Gordan, su gobernador, estaría seguro de cualquier acometimiento; á quien envió á pedir con el capitán Maldonado, que entre tanto que se reparaba un poco, le diese puerto seguro y lo necesario por su dinero. Venido el día de los 8 del dicho, don Hugo, sin aguardar la respuesta del francés, por venirle acercando buena parte de la armada enemiga, comenzó á ir entrando por la barra con tan poco timon, á causa de la falta del timon, que á la que el sol salía dió en un banco; accidente que al punto quitó el uso de la artillería, y dió comodidad á los ingleses de acometerle con cantidad de barquillas, lanchas y otras suertes de bajeles que pescan poca agua; todas las cuales llegaron á arremeter cuando ya no quedaban veinte hombres que pudiesen resistirlas, habiéndose los demás puesto en salvo, parte á nado, y parte en barcas francesas, que se habían llegado ya á la galeaza. Don Hugo, tras una honrada resistencia, cayó atravesada la cabeza de un mosquetazo. Defendía la proa Juan Setanti, caballero cata-

lan, muerto el cual, despues de haber peleado valerosamente, entrando por ella el enemigo, se apoderó de todo el bajel. Llevóse presos á los capitanes don Rodrigo de Mendoza, Solorzano y Loaysa, dejándose mal heridos al capitán Luis Macian y don Francisco Juan de Torres, ambos naturales de Valencia. Fué este daño irreparable, pero ocasionóle mucho mayor el no poder volver jamás la armada católica á embocar el canal, por causa de los vientos contrarios, y causarse de aquí, además de la pérdida de la ocasion que no se ha vuelto á cobrar aún, el peligro en que se vió la armada de dar en los bancos tan frecuentes y tan justamente temidos en aquella costa boreal (de que la libró Dios, obrando un conocido milagro, mudando el viento cuando la sonda no daba más de seis brazas y media), y el perderse despues en las costas de Escocia ó Irlanda la tercera parte de ella, con tantas personas de cuenta como es notorio.

Llegó otro dia por la mañana á Dunquerque la nueva de que la armada habia desferrado de Calés, y á la tarde don Antonio de Leiva, príncipe de Asculi, contando que habiendo sido enviado por el Duque á dar ciertas órdenes á la retaguardia en una fragata, acompañado de don Alonso de Luna y Carcamo, cargó el tiempo de manera, que escapulando todos los navos de la armada, le habia sido forzoso abrigarse con aquel puerto. Hospedóle el duque de Pastrana, amigos desde que estuvieron ambos en la córte.

El dia siguiente supo el duque de Parma que estaba surto fuera de la barra de Nioporte el galeon San Felipe, el cual, despues de haber peleado con casi toda la armada enemiga, acribillado de cañonazos y casi perdido del todo, se abrigó allí más no poder. Venia en él el maese de campo don Francisco de Toledo, hermano del conde de Orgaz: el cual embarcando casi toda su gente en dos pataches que el duque de Medina envió en su socorro, y pudiéndose embarcar él, no quiso, por no desamparar lo restante de la gente que quedaba en el galeon, y aquel bajel, uno de los cuatro mayores y mejores de la armada. Desembarcó don Francisco con la poca gente que le quedaba, para solicitar el socorro del galeon y procurar que se salvase siquiera la artillería y municiones, aunque fuese perdiéndose el Duque: pero

por mucha prisa que se dió él en solicitarlo y monsieur de la Mota en socorrerle, se la dió mayor una escuadra de navíos holandeses en apoderarse dél y llevarle al puerto de Flesinguen. Hallaron dentro cuarenta y ocho piezas de artillería de bronce, y entre otras cosas de precio, una que costó la vida á trescientos herejes, pues cargando esta cantidad de hombres á la fama de un excelente vino de Ribadavia que traia el galeon, mientras gozaban de aquella comodidad, á su parecer sin peligro, acabó de vencer el peso del agua que entraba por los cañonazos recibidos á toda la máquina y obras muertas del navío, y dando una vuelta en redondo se fué á pique, sin que se salvase ninguno de aquellos bebedores, ni en muy breve espacio se descubriese el penol del trinquete de gavia.

Peor fortuna corrió el galeon San Mateo, en que iba el maese de campo don Diego Pimentel, hermano del marqués de Tabara, y hoy marqués de Gélves y virey de Aragon; porque roto por mil partes, y desaparejado de velas y jarcia á fuerza de cañonazos, peleó seis horas con toda la armada de Holanda y muertos los más y heridos casi todos, se dió á la fuerza y porfía de treinta naves, vendiendo tan caras las vidas y sus libertades los españoles, que quedará eternamente por ejemplo de valor y generosa constancia. Don Diego y algunas otras personas de cuenta fueron llevados en prision á Medenblic, á donde estuvieron hasta el año siguiente, que alcanzaron libertad, ayudados por el duque de Parma y pagando gruesas sumas de dinero por su rescate. Tuvieron libertad don Juan de Velasco, hermano del conde de Siruela, el capitán Alonso de Vargas, don Luis Manrique, don Juan de Cardona bastardo de don Cristóbal de Cardona, almirante de Aragon, y otras algunas personas de calidad. A la entrada del canal se derrotó la almiranta de Juan Martinez de Recaldí, en que venia el maese de campo Nicolás de Isla; y acometida á la entrada de la Havre de Gracia por algunos navíos ingleses, peleando varonilmente con ellos, murió el dicho maese de campo por ocasion de un pedazo de la entena que le cayó sobre la cabeza. Sabido este suceso por el duque de Parma, con licencia y gusto del rey de Francia, envió despues al capitán Luis Macian por la gente escapada de la dicha almiranta, que

se fué á fondo y en número de doscientos soldados que quedaban, los trajo á los estados debajo de su bandera. He dicho el suceso de estos bajeles para que se sepa cómo entre la gente escapada de ellos y rescatada de Holanda é Inglaterra, de la que se perdió con el maese de campo don Alonzo Luzon en Irlanda y con el general don Pedro de Valdés en la primera refriega que se tuvo con la armada inglesa, inclusa en ella tambien la que trajeron de Escocia los capitanes Estéban de Legorreta y Patricio Antolinez de Búrgos (á quien el rey Jacobo de Escocia, que hoy lo es de la Gran Bretaña, trató como amigos y aliados), llegaron á Flandes más de mil trescientos españoles, que despues fueron de mucho servicio; dejadas aparte las personas de don Diego Pimentel, don Alonso Luzon y don Rodrigo Niño y Laso, hoy conde de Añover, sumiller de corps del archiduque Alberto y mayordomo mayor de sus altezas en Flandes.

Detúvose el duque de Parma algunos dias en Dunquerque por ver si podía socorrer en algo la armada española; pero en sabiendo que tiraba la vuelta del norte, haciendo juicio que le habia de ser forzoso, como lo fué, doblar á Escocia y á Irlanda para volverse á España y que por aquel año estaba ya perdida la ocasion, determinó no perder él la que le ofrecia aquel florido ejército con que se hallaba, ni tres meses de tiempo que le quedaban para poder campear antes de lo recio del invierno y recompensar con algun buen suceso parte de aquella pérdida, haciendo rostro á la fortuna; y así, fuera del campo que tenia sobre Bona, cuyo suceso se dirá luego, formó otro de ocho mil infantes y quinientos caballos, y encargándolo al conde de Mansfelt, le ordenó que fuese á sitiar la villa de Wachtendonck. El nervio de este ejército fueron seis mil alemanes del marqués de Burgaut, que habiéndose de despedir, pareció conveniente emplearlos de camino en aquella empresa. El Duque, con los cuatro tercios de infantería española y lo restante del ejército, marchó la vuelta de Amberes, desde donde envió al marqués de Renti, con el tercio de don Francisco, gobernado, como dicho es, por Manuel de Vega Cabeza de Vaca y con el de italianos de don Gaston, y un regimiento de alemanes y dos de walones, el suyo y el del conde Octavio de Mansfelt, su hermano de

madre, á ocupar de improviso la isla de la Tola, con intento de asegurar por aquella parte el canal de Bergas sobre el Zoom, á quien determinaba poner sitio. Fué mucha la diligencia del Marqués, pero con mayor fueron avisados los enemigos; daño harto comun en guerras civiles; tal, que cuando se echó al agua la vanguardia formada de españoles, italianos y walones, en que podria haber mil hombres escogidos, ya estaban los enemigos defendiendo el paso de mampuesto, y tan bien atrincherados, que ni con el valor de los soldados ni el ejemplo de los capitanes (dentro los cuales sacaron medio ahogado al conde Octavio), fueron bastantes á pasar el esguazo, donde quedaron al pié de cien soldados de todas naciones, entre ahogados y muertos de heridas. Dañó mucho la poca fe ó falta de experiencia de las guias, tanto en la eleccion del vado, quanto en la relacion del curso de la marea; que tomaron el esguazo á tres horas de su creciente. Marchaba el Duque con todo su ejército, ignorante de este suceso y aunque lo supo en el alojamiento que hizo en el fuerte de Wau, no por eso mudó de propósito, fiado en cierto trato comenzado por Pedro de Luque, natural de Córdoba, á quien poco despues ahorcó el enemigo en Bergas por espía, y proseguido por el capitan Valfort, escocés de nacion y otro inglés llamado Graveston, que ofrecieron entregar el fuerte de la Cabeza, que guarda la siniestra ribera del rio Zoom, en la punta por donde desemboca en la Scalda, con cuya presa se aseguraba la entrada del socorro, y de todo punto se le quitaba este refugio al enemigo, que era lo mismo que tener ya aquella importante plaza en las manos. Desde el fuerte de Wau sacó el Duque seis mil hombres, la noche de los 27 de Setiembre, y dos horas antes del dia se puso detrás de las dunas de Bergas, para en amaneciendo reconocer los puestos y señalar los cuarteles para alojar todo el campo, como se hizo el dia siguiente. Pasóse toda la gente con que se hallaba el Duque detrás de las dunas á la parte del poniente, á tiro de esmeril de la villa y toda la que llevó el de Renti, á la parte de mediodía, más cercano al fuerte de la Cabeza y al canal de la Tola. Este cuartel se fortificó por todas partes, como lo pedia el estar apartado más de media legua del cuerpo del ejército, y tener ya el enemigo, entre ingle-

ses y holandeses, al pié de seis mil infantes y seiscientos caballos á la defensa de aquella plaza, sin los que cada dia iban entrando á toda su voluntad por el canal.

El secreto grande con que trataba el Duque la entrega de aquel fuerte de la Cabeza, daba ocasion á que se murmurase de ver que con un ejército que llegaba á veinte mil infantes se estuviese muchos dias sin tentar cosa de consideracion. En tanto Tomás de Morgan, inglés, gobernador de la plaza, no dejaba de entretenerle con ordinarias escaramuzas: en una de ellas, á los 5 de Octubre, sacó cuatro mil infantes y toda su caballería y acometió algunos reductos que cubrian el cuartel del marqués de Renti. Pelearon los españoles, italianos y wálones que estaban en su defensa muy bien, con muerte de algunos de ambas partes, donde salió con un brazo roto el capitan don Álvaro Suarez de Quiñones, del tercio de don Francisco, á quien tocó aquel dia la vanguardia de las picas, y peleó con ellas con mucho valor. A los 12 de Octubre volvió á salir el inglés con mayores fuerzas al cuartel del Duque, aunque escarmentado de la escaramuza pasada, en que perdió gente y reputacion, no alargó sus escuadrones de manera que se pudiese picar en ellos; y así, no hubo otra cosa de notar sino la prision de un caballero principal inglés, que se empeñó demasiado entre las tropas de caballos católicos: llamabase Antonio Sirley, el cual ha sido empleado después acá en servicio del Rey en cosas de importancia, si bien entonces se rescató por gruesa suma de dineros.

Otra noche, á los 17 de Octubre, tentó el Duque el esguazo tentado ya otras veces con felicidad, por donde con baja marea podia pasarse á la isla de Tergoes, que comunmente llamamos Darguz, fiado en algunos exploradores mal informados; mas sea que se errase el vado, ó que el suelo de aquellos canales es tan inconstante y mudable como todos los demás bancos de arena de todo aquel mar, lo cierto es que á menos de doscientos pasos de la orilla fué menester nadar y que el Duque mandase á los maeses de campo, don Sancho de Leiva y Camilo Capizuca, que retirasen la gente sin pasar adelante. Iba entre tanto el Duque fomentando el trato del fuerte de la Cabeza y engolosinando á los tratadores con dádivas; pero dudando ellos de ser

descubiertos, ó temiendo no poder cumplir lo prometido, ó (lo que se tuvo por más cierto) yendo desde el principio con ánimos dañados, como debe temerse siempre en los que faltan á su mayor obligacion, lo que se sabe es que tuvo noticia del caso el Gobernador, y resolviéndose en hacer el trato doble, metió en el fuerte quinientos hombres más que la guarnicion ordinaria, la noche de los 22 de Octubre, que era la que estaba señalada para hacer el efecto.

En siendo de noche, hizo salir el Duque de su cuartel dos mil infantes de todas naciones, para que juntándose con otros mil del cuartel de Renti, procurasen pasar los canales en su baja mar. Estos canales se causaban del flujo del Océano, entrando con tanta furia por ciertas cortaduras de diques, hechas para guardar la villa por aquella parte meridional, que en su plena mar podian entrar por ellos navíos de alto bordo. Encomendóse toda esta gente al maese de campo don Sancho de Leiva, quedándose el Duque con el de Renti y el conde Carlos, el de Pastrana, príncipe de Asculi, y otros muchos señores de su córte encima del dique, con gruesas tropas de gente para segundar si fuese necesario. Llevaban la vanguardia tres capitanes de los tres tercios viejos de españoles: don Alonso de Mendoza, del de don Juan Manrique; Gregorio Ortiz, del tercio viejo, y don Juan Hurtado de Mendoza, del de don Francisco, y con el Graveston atado por guia, comenzaron á marchar con una quietud tan grande, que con sólo el daño de mojarse hasta la cintura llegó la gente al fuerte, sin ser vistos al parecer ni sentidos de un centinela tan sólo. Dió el traidor de Graveston la contraseña, y al punto se alzó el rastillo y se caló el puente, dejando los que llevaban atada la falsa espía en su libertad, como seguros de la victoria. Debían de haber entrado ya la mayor parte de las compañías de arcabuceros, cuando dejando caer el rastillo los enemigos prevenidos, y descargando una y muchas veces sus arcabuces y mosquetes sobre los nuestros, comenzaron á hacer cruel matanza. Los que se hallaron dentro del fuerte vendieron bien sus vidas y al fin con honrado, si no dichoso fin, murieron matando; y de entre ellos sólo don Alonso de Mendoza, roto el brazo derecho de un arcabuzazo, tuvo dicha de salvarse, rodando por la muralla del fuerte

abajo. Quedó preso el capitán Gregorio Ortiz y muerto el capitán don Juan Hurtado de Mendoza; de los que quedaron fuera arrimados al rastillo murieron muchos, unos de heridas y otros ahogados al retirarse en la primera cortadura, que era la mayor. Prendieron los enemigos, que cargaron en viendo que los nuestros se retiraban, al capitán don Luis de Godoy, tan mal herido, que murió dentro de seis días, á don Juan de Mendoza, hoy marqués de la Inojosa y gobernador de Milan; don Iñigo de Guevara, hoy conde de Oñate y embajador de Alemania, don Francisco de Palafox, don Tristan de Leguizamo, don Alonso de Contreras, y algunas otras personas de cuenta. A don Sancho de Leiva, herido de un mosquetazo, que le atravesó algo más abajo de los riñones, le salvaron sus soldados con harto trabajo. A don Alonso de Idiaquez, que aunque capitán de una compañía de caballos que vacó por muerte de don Luis de Borja, quiso hallarse como infante en esta ocasión, le salvó á nado sobre sus hombros el sargento Limon, que había sido soldado de su compañía de infantería. Este fué el suceso del trato del fuerte de la Cabeza, tan honrado para quien le intentó, y tan provechoso si tuviera el efecto que se pensaba, cuán infame de parte de quien le hizo, pues aún cuando el Graveston vino á dar cuenta á la reina Isabel del servicio que le había hecho trazando aquel trato, si bien le mandó dar mil ducados de ayuda de costa, le dijo á la despedida: «Andad norabuena á vuestra casa, donde me acordaré de vos para emplearos siempre que haya menester un hombre que sepa hacer bien el personaje de un traidor.»

Perdió con esto el Duque la esperanza de expugnar á Bergas, acabando de echar de ver, aunque tarde, que las largas en que le habían traído los que manejaban el trato, habían sido más por dejar entrar el invierno é imposibilitar la empresa por las armas, que no por encaminarla mejor, como ellos decían. La verdad es que si el Duque (aunque tuvo toda su vida por máxima que ningun capitán debe sitiarse plaza á quien no se le pueda quitar el socorro) tentara aquel sitio á viva fuerza, luego en llegando, tuviera sin duda próspero suceso; porque Bergas, fuera de que no es fuerte por arte ni por naturaleza, tiene el terreno maravilloso para abrir trincheras, la comodi-

dad de los bosques vecinos grande para hacer faginas; y tantas villas nuestras al rededor, á tres y á cuatro leguas, como eran Bredá, Herentales, Diste, Hostrate, Tornaute y otras, todo el país de Campiña á las espaldas, y Amberes á menos de siete leguas, bastaban para que no se pudiera padecer de vituallas; pero como se habian gastado tantos dias en aquellas vanas promesas, vino á hacerse del todo imposible á la postre lo que por ventura fuera fácil al principio; más ¿cuándo dejó de ser dificultoso poner duda en las esperanzas de lo que se desea? Fuera de la aficion que se cobra á las resoluciones hechas, que casi nunca aciertan á mudarse, y conocer los yerros (si es que éste lo fué) despues de hechos, todos lo hacen; prevenirlos en algunos casos, muchos, pero en todos nadie. Detúvose el Duque lo que bastó para dejar en defensa dos fuertes que se hicieron, uno en Tornaute, y otro en Calentout, para estorbar las correrías del enemigo; y al fin desalojó el campo á los 12 de Noviembre, enviando los tercios de guarnicion; el de don Juan Manrique á Malinas, salvo las compañías de Bartolomé de Torralba y don Hernando Giron, que alojaron en Ars-cote; el de don Francisco de Bobadilla en Tilimont y Nivela y el tercio viejo en Diste y Herentales. Pocos dias antes que se partiese el duque de Bergas, el veedor general, Juan Bautista de Tásis, hizo la reformacion del tercio que habia traído de Cataluña don Luis de Queralt, salvo la compañía de don Pedro Pacheco, que se agregó al tercio viejo, la de don Diego de la Guerra al de don Juan Manrique y la de Gabriel Dorti al de don Francisco; la gente de las demás compañías se dividió por iguales partes en los tres tercios restantes, y llevaba toda al número de mil doscientos hombres, gente de servicio.

Estando todavía el Duque sobre Vergas, supo como á los 28 de Setiembre se habia rendido al príncipe de Simay la villa de Bona. Habíase metido en ella por estratagemá Martin Esquenck, de quien darán harta noticia las historias anteriores á ésta; y con fuerzas no despreciables la sustentaba, á pesar del Elector de Colonia, cuya es, con notables daños de aquel nobilísimo arzobispado y de las provincias de Limbourg y Guéldres, con quien confina. Esta insolencia tan perjudicial á los estados del Rey, y áun á su reputacion, procuró refre-

nar el duque de Parma, y atajarle los pasos á su principio (como se debe procurar en males de este género, cuyo principal apoyo es la duracion), haciendo marchar por Diciembre, el mismo año de 87, un ejército á cargo de Cárlos de Croy, príncipe de Simay, hijo mayor del duque de Arscot, con orden de ponerle sitio. Consta el ejército católico de seis mil infantes, dos mil napolitanos que trajo el maestre de campo Cárlos Espineli, mil y quinientos loreneses á cargo del coronel Sablemont, y dos mil y quinientos alemanes del regimiento de Equembergh, seiscientos caballos ligeros gobernados por don Juan de Córdoba, debajo de su compañía las de Hernando de Pradilla y don Juan Moreo, españoles; Jorge Cresia y Nicolás Basta, albaneses; marqués Bentibollo y Francisco del Monte, italianos; Antonio de Aguayo y Juan de Contreras Gamara, arcabuceros de á caballo, y don Felipe de Robles, lanzas del país; y otros seiscientos hombres de armas en las compañías del General, del duque de Arscot, su padre, y de los condes de Rus y Egmont, de los marqueses de Habre y Barambon, gobernadas por sus tenientes. Añadióse al principio á este campo la persona del coronel Tássis, á quien mataron pocos dias despues, de un mosquetazo, que fué gran pérdida. Llegó tambien el coronel Francisco Verdugo, que sirvió en esta ocasion con el valor y crédito que en otras, y dejó escritas memorias de lo que sucedió á este trozo del ejército; cuya principal faccion fué el sitio de Bona, villa en dignidad y grandeza la segunda del arzobispado de Colonia, famosa por la hermosura de su sitio, colocada en la siniestra márgen del Rhin, y por no haber perdido ni mudado el nombre desde el tiempo de Julio César, en cuyos comentarios, y en las historias de Tácito y otros, se halla nombrada muchas veces, y nunca con vituperio. Contiene más de media legua de circuito, y dentro de él al pié de cuatro mil vecinos. A esta villa pues puso sitio el ejército católico por Mayo de este año, repartiendo los cuarteles, y levantando trincheras fuertes y reductos en las partes convenientes, en orden á estorbar el socorro de vituarlas, de que no se hallaba Esquenek tan proveido como era menester para el sustento de tan gran pueblo y de casi tres mil hombres que tenia en su defensa. La llegada del coronel Verdugo fué á

tiempo que el de Simay no habia hecho más de comenzar á abrir las trincheras, aunque no le faltaba gente y artillería para haberse adelantado más. Con su llegada juntó consejo para consultar lo que debia hacerse, habiendo hecho hasta allí los enemigos algunas salidas, degollado gente, y roto en una de ellas una compañía de hombres de armas, tomando prisionero á monsieur de Conroy, que se portó valerosamente, cuya prision duró hasta la toma de la plaza. En el Consejo se confirió el estado de las cosas, la importancia de llevar la empresa al cabo, y tratóse de elegir los medios convenientes á este fin. Al coronel Verdugo tocó (como se debia á su autoridad y experiencia) discurrir en primer lugar; y habiendo dicho que plaza no acabada de ceñir y entrar en veinte y cuatro horas era difícil de ganar si á los dentro no les faltaba valor para su defensa, y á sus amigos de fuera voluntad y medios para su socorro, resolvió que su parecer era acometer primero los fuertes que Esquenck habia hecho de la otra parte de la ribera; porque ganados, podrian los navíos de armada pasar el rio arriba, y estorbando el socorro, tomar la tierra, y no de otra manera, como despues lo comprobó el suceso; con que viendo el Esquenck ir el sitio de veras, dejando al baron Oton de Poluitz por gobernador, salió de la plaza, y levantando gente en el Palatinado, embarcándola el rio abajo, entró de noche en Bona. Tomóse pues resolucion de acometer los fuertes, y ganáronse uno ó dos que estaban el rio arriba. Sitióse el grande con gran peligro, batióse y ordenóse de darle asalto; y porque de la otra parte del rio se descubria todo él, mandó el Príncipe poner tres piezas para dar asistencia á los que arremetiesen, tirando á quien se pusiese á la defensa; que todos estaban descubiertos. Encargóse al tercio de Cárlos Espineli la vanguardia, con órden de que no arremetiese hasta que se le mandase. Los alemanes lo hicieron sin esperarla, y el capitán don Alejandro de Limontí, con su ejemplo y la ordinaria emulacion de las naciones en la gente militar (de que resultan alguna vez buenos sucesos, y las más ruines), se movió tambien; y todos tan confusamente, que resultó luego lo que siempre en la milicia procederá del desórden; cuya principal fuerza es la disciplina y obediencia. Dió esta comodidad áni-

mo para defenderse á los enemigos, á quien tal vez ayuda más el desórden ajeno que el valor propio, y así lo hicieron, haciendo retirar nuestra gente. Quejábase Cárlos Espineli de don Alejandro, reprehendiendo lo que en razon de buena disciplina era delito, pero loable por la causa que procedió, y que nadie pudiera ni debiera excusarlo viéndose privar del puesto que le tocaba: perplejidad que no pocas veces sucede, encontrarse las razones del punto de la persona, puesto ó nacion propia con el rigor de la obediencia de las órdenes, en que tiene dificultad grande saber tomar consejo y resolucion, y ayuda har-to en lo que se elige el suceso y la opinion de la persona, como pudo en este caso la de don Alejandro, por su valor y cordura conocida en otras ocasiones. Habiéndose poco despues acercado con sus trincheras los Alemanes de Equembergh, que las tenian hácia la ala del fuerte, estando cerca de ellos, hablaron con los de dentro, que eran de su nacion, y los trajeron á nuestra parte; los cuales ocuparon luego la misma á la que guardaban, por donde los del fuerte no podian entrar ni salir, á cuya causa padecian mucho. El Príncipe se pasó hácia el fuerte, dejando al coronel Verdugo con su gente á los contornos de la villa. Los del fuerte trataron con el Príncipe y se rindieron, y él los dejó ir á Holanda el rio abajo, sin dar parte de ello á Verdugo, con cuya órden el conde Federico de Vergas estaba en Burick; y por no traer la suya, no dejó pasar á esta gente, de que se sintió el Príncipe, á quien ruines terceros tenian desabrido con el coronel; el cual, no reparando en esto, sino en lo que convenia al servicio del Rey y al buen acierto de lo que se trataba, procuró la concordia por su parte cuanto pudo; tan necesaria entre los que gobiernan, que sin ella la cantidad y valor de sus soldados es de todo punto inútil y áun tal vez dañosa; como los accidentes y corrupcion de humores en los cuerpos gallardos y robustos es de mayor peligro que en los flacos y débiles. Despues, con la buena maña del coronel Verdugo y la sana intencion del Príncipe, estuvieron muy avenidos. Tomado el fuerte y pasados más arriba los navíos de la armada, se apretó más la tierra con la zapa: llegados al foso, se halló muy hondo, y en él algunas casas matas. La intencion del Príncipe era cegarle, que fuera obra larga, pero

segura, y más importando tanto la conservacion de la gente, sin la cual no se pueden tener soldados viejos, que son el nervio de las fuerzas: consideracion que, aunque la debieran hacer todos los que gobiernan ejércitos, resistiendo á la ambicion de acreditarse á costa de la sangre de sus soldados, no veo que la hacen sino los más prudentes. No dejaban los enemigos de hacer continuas salidas, y algunas con daño nuestro, especialmente á la parte donde estaban los loreneses de Samblemont, con quien tenian ódio particular. En esta sazón supo el Príncipe que el duque de Parma enviaba al conde de Mansfelt á asistir á aquella faccion, queriendo por ventura emplearle á él en otra cosa; el conde consideradamente dilató su venida por respecto del Príncipe, y él se dió prisa á concluir con la plaza, hallando buena ocasion en los intentos de los sitiados, que decian que por un soldado de fortuna como Esquenck, que con particulares fines habia tomado esta empresa á cargo, no querian llegar al extremo peligro del sitio, de que procedió no tener orden en las municiones ni en los bastimentos, por tener tanto mayor ocasion de rendirse: tal es la fe que se guarda á los injustos poseedores de las cosas, y tal la poca seguridad con que pueden vivir los tiranos. Comenzaron á tratar esto más vivamente despues que supieron la venida del de Mansfelt, pareciéndoles que el Príncipe, por venir al cabo de su empresa, les haria mejores partidos. Tratóse, y como negocio que ambas partes le deseaban, se efectuó, saliendo la gente con armas y bagajes. Pidieron rehenes, y dióseles á Federico de Aflito y Cola María Caracholo, caballeros napolitanos, ambos capitanes del tercio de Cárlos Espineti. Hubo sobre la seguridad de volver los navíos alguna dificultad; y como estaban á cargo del coronel Verdugo, cuidaba él de ello; mas hallándose acaso entre los enemigos un capitan llamado Gerit Heriunge, que fué el que obstinadamente defendió á Loquem, habiéndole conocido el coronel Verdugo en Harlem, donde, siendo gobernador en tiempos atrás, tuvo amistad con su padre, fiándose de su verdad y buenas partes, de quien tenia experiencia, la hizo de su palabra, asegurándose de la que le dió de volvérselos, como lo cumplió despues honradamente. Sabida por el duque de Parma la presa de esta tierra, mandó retirar

al de Simay, y al de Mansfelt sitiár á Watendonck con aquella gente. Partió luego el Conde á esperarla á Venló, cuyos vecinos y el coronel Ventink su gobernador, fueron los que persuadian el sitio para librar-se de la ruin vecindad que les hacia aquella plaza: el coronel Verdugo partió á Burick con los navos de la armada, y allí, estando de cami-no para Groeninguen, supo la venida del conde de Mansfelt á Venló; y habiéndose visto y tratado con él de los medios que tenia para la expugnacion de aquella plaza, le dijo las dificultades que hallaba en todo, del tiempo ya tan vecino al invierno, el sitio pantanoso de la tierra, la necesidad y mala voluntad de la gente que venia de Bona, y ja ruin asistencia que se le daba, con lo cual dudaba mucho del buen suceso; concluyendo que quien falicitó al duque de Parma aquella em-presa y otras que ordenó el Conde de todo púnto imposibles, ó tenia poca experiencia ó muy ruin intencion. Aun los príncipes tan pruden-tes y tan soldados como el Duque no se libran de creer malos conse-jos, siendo fuerza no gobernarlo todo por sólo su parecer. Puso el sitio á Watendonck el conde Mansfelt: con todo eso, siguiendo la tra-za que le dió Verdugo, sin embargo de las dificultades referidas, con su buena diligencia y valor ganó la tierra, como veremos, sin pasar adelante en lo demás que se le habia mandado, que era lo que prin-cipalmente contradijo el coronel, cuyo parecer no desacreditó este buen suceso, pues los soldados prudentes y cuerdos le dan conforme al órden más ordinario de las cosas y reglas de buena soldadesca, sin preveuir los accidentes que tal vez impensadamente truecan los su-cesos contra lo que debe esperarse, y sólo el vulgo y la gente igno-rante aprueba ó desestima por ellos los consejos. Volvió desde allí el coronel Verdugo á Frisa, donde halló con su ausencia empeorado mucho el estado de las cosas, habiendo puesto en contribucion el enemigo toda aquella provincia, dudosa en la devocion y fe á su rey: á quien ayudaba el burgomaestre Bal, cohechado de los anabatistas de que está lleno aquel país; peligroso daño y harto difícil de conocer y remediar, cuando aquellos á quien incumbe el cuidado del bien pú-blico tratan de su ruina con particulares intereses. A estos disgustos y cuidados se le añadió al coronel Verdugo el agravio de dar el Du-

que al baron de Chasé la Drosartia de Linguen (1), con patente de gobernador de la villa, castillo y país; todo contra la autoridad de su cargo. Representó esto al Duque con quejas al parecer justas, de que resultó recompensar al de Chasé, en otras cosas, con que ni premió á quien quiso ni satisfizo á quien agravió: raras veces la enmienda deja las cosas en el estado que tuvieron antes errarse. Era ya al principio de Noviembre, y no daban muestras de quererse rendir los enemigos que defendian á Watendonck, plaza en el país de Gueldres, sobre el rio Niers, en igual distancia de tres leguas entre Rimbergue y Venló; fuerte de sitio, por estar situada sobre unos pantanos muy grandes, tal, que sólo se le puede arrimar por un dique bien estrecho. El rigor del tiempo y las incomodidades de la guerra habian disminuido mucho la infantería alemana de que constaba casi todo el ejército del Conde; pero al fin, temerosos los sitiados del rigor con que entraba el invierno, por los grandes hielos con que amenazaba la sazón tan adelante, por cuyo medio se podía ir al asalto con comodidad, se resolvió el capitán Lanckteir, que gobernaba el presidio, de entregar la villa, sacando solas las espadas en la cinta él y sus soldados. En 20 de Diciembre metió en ella el Conde bastante guarnicion y á monsieur de Guilein por gobernador (que lo era tambien de Nimega), como señor que era de aquella villa; y hecho esto, se volvió á Bruselas á dar cuenta al Duque de su jornada.

Murió en este mes de Diciembre, en su castillo de Hulft, el conde Guillermo Vandenberg, el cual dejó, de su mujer Magdalena de Nassau, hermana de Guillermo, principe de Orange, seis hijos varones, y valerosos todos, tan aficionados al servicio del Rey (á que ayudó harto la educacion que en ellos hizo el coronel Verdugo), que de todos se hará larga memoria en estas relaciones, especialmente de los tres mayores, Herman, Federico y Enrique de Bergas.

Acabadas estas expediciones, mandó el Duque reformar y despe-

---

(1) Autoridad que, ejerciendo jurisdiccion sobre un círculo ó bailía, administraba justicia en nombre del señor del territorio.

dir los dos regimientos de alemanes altos, del marqués de Burgaut y del Equembergh; aunque casi al mismo tiempo, con la órden que tuvo del Rey para favorecer y dar calor á las cosas de la Liga, que con la buena maña del comendador Juan Moreo comenzaba á tomar pié en Francia, ordenó que del residuo de ellos se levantase otro regimiento debajo de la conducta del conde Jacobo de Colalto, que en número fueron tres mil, y dos cornetas de reitres (1), á cargo de Cristiano de Brunzvicq, hijo natural de Enrique, duque de Brunzvicq, y que marchasen la vuelta de Francia y en servicio de los coligados; y pues habemos llegado ya á este punto, no será fuera de propósito volver un poco atrás, y dar brevemente alguna luz de los motivos que los de la casa de Guisa tuvieron para inquietar y perturbar el estado en el reino de Francia, pues en los once años que nos quedan de historia han de ir las cosas de aquel reino tan mezcladas con las de los Países-Bajos, como lo estuvieron las armas de las más nobles partes de Europa en la prosecucion de la variedad de sus intentos. Procuraré seguir con llaneza el mio, que es tratar verdad y dejar, si puedo, alguna luz de las cosas de mi nación, con quien los de las demás anduvieron tan escasos, que me han obligado á tomar este trabajo para que no queden calificadas por verdades muchas cosas que de ninguna manera lo son, ni las armas españolas defraudadas de la parte de gloria que con tanta razon les toca, por descuido ó quizás por demasiado cuidado de sus envidiosos, con quien, en todo lo que no fuere apartarme de la verdad voluntariamente, pienso seguir otro estilo, sin género de pasion en su contra, conservando hasta en esto mi natural condicion, que siempre fué tener por españoles y amar como á tales á todos los que han militado y militaren debajo de las banderas de España.

En ninguno de los reinos afligidos de la herejía ha causado esta

---

(1) Dos secciones de ciertos soldados de caballería caballeros aventureros, que aunque comprendidos en la categoría de vasallos, pertenecian á una clase distinguida.

bestia infernal tantas inquietudes y tantos males como en el de Francia; porque en los otros, el no hallar contraste con las armas parece que en su tanto ha servido de minorativo á la sedicion. Los reyes de Francia, y particularmente los tres últimos de la casa de Valois, Francisco, Carlos y Enrique III, deseosos de conservar el nombre de cristianísimos, se opusieron vivamente á esta contagion; y para juntamente con ella remediar la dolencia del Estado, no les quedó piedra por mover ni traza por tentar, conociendo que nada tiene ceñidos los ánimos de los súbditos como la uniformidad de la religion, ni hay cosa que abra de par en par las puertas á la tiranía y ruina del bien público, tanto como la desconformidad en ella; pero oprimidos de los accidentes, tal vez adversos y tal prósperos, procedian designalmente, unas veces cediendo y otras apretando, siempre ambas cosas con exceso, siendo, si no imposible. á lo menos muy dificultoso, hallar medio entre dos extremos tan apartados, como lo son la verdad y la mentira, la obediencia y la sedicion, y muy dificultoso en un príncipe elegir personas con quien aconsejarse en tales movimientos, por lo mal que se conocen y distinguen los interesados en ellos, pues hasta entre los más seguros puede la ambicion y deseo de mejorarse en la mudanza y confusion que traen las guerras civiles, hacerlos justamente sospechosos. De todas las resoluciones fuertes y de todos los remedios rigurosos fueron siempre, no sólo autores, pero ejecutores, los de la casa de Guisa, como príncipes celosísimos de la honra de Dios y de la religion, por quien consiguieron tan honradas victorias y alcanzaron tanto nombre sus pasados. Y tiénese por cierto que si el duque de Guisa Francisco no muriera á manos de un asesino en el sitio de Orliens, acabara de abatir en muy breves dias el orgullo á los hugonotes, y estableciera en Francia una venturosa paz. Heredó su celo y su valor Enrique de Lorena, su hijo, príncipe de singulares partes, y de tan levantados pensamientos, que con la desdicha comun de todos los grandes personajes comenzó á ser tenido del rey Enrique III, príncipe sospechoso, mudable y desdichadamente desconfiado hasta de su propia madre Catalina de Médicis, y de su hermano el duque de Alanson. Ayudaron á fomentar estas sospechas del de Guisa, y del

cardenal y duque de Humena, sus hermanos, otros príncipes envidiosos de su valor y del aplauso universal con que eran amados del pueblo; peligrosos siempre estos favores populares, y las más veces inútiles, especialmente en quien no los procura con ambicion y malicia, que incurre en lo dañoso que tienen, y no se sirve de lo útil. Envidiaban y sentian la buena suerte de esta casa en particular, el duque de Espernon y su hermano el señor de la Valeta, íntimos privados, ó á su modo de hablar, miñones del Rey, por designios y emulaciones particulares; y los príncipes de la sangre real, por parecerles que se hacia menos caso de ellos en el manejo de los negocios del que se debia á su calidad y conocidas esperanzas, siendo así que siempre que los reyes, por flojedad ó aversion á los negocios, alargan alguna parte de su poder, y le dejan caer en otras manos, sucede esta emulacion y desconformidad entre los nobles, y de ella turbacion en las repúblicas y desestimacion en la persona y consejos del Príncipe. Hasta las pasiones nobles del ánimo, como son el amor y la liberalidad, han menester corregirse cuidadosamente. Estos señores pues, y sobre todos la Reina Madre, aunque en lo exterior hacian buena cara al duque de Guisa, no dejaban perder ocasion en que pudiesen lacerarle con el Rey y hacérsele odioso. La rota que el de Guisa dió á los reitres en Alneau acabó de hacer caer la balanza, y dió grandes motivos á sus émulos para calumniarle: tal es la envidia y la desdicha de la virtud en esta parte, que de las acciones estimables fabrica la ruina de quien las hizo; tal, que en los lugares altos ó se ha de padecer vituperio con la flojedad y malos sucesos, ó envidia y peligro con la virtud y prosperidad. Y al rey de Francia, en cuyo servicio y utilidad sucedió esto, por más que procurase fingir alegría de aquel suceso, se le conocia no haber sido del todo conforme á sus designios: tanto encubre en los príncipes la disimulacion, y tan dificultoso es acertar á servirles á su gusto. Con esto se acabaron de persuadir muchos á que aquel ejército no bajaba de Alemania del todo contra su voluntad. Decian sus émulos que la forma en que el duque habia hecho la guerra, y el dinero que contra la costumbre francesa iba derramando, mostraba bien el arcadúz por donde le venia y aún los intentos de quien

se le enviaba. Que no era malo el pretexto de religion que habia tomado para engrandecerse y aspirar á la corona con el apoyo del rey de España, cuyos designios y vastas esperanzas se publicaban bien con las idas y venidas de un español, que en trueque de ellas, dejaba en poder de los de Guisa y sus fautores grandes sumas de dinero, joyas ricas, y mucho más ricas promesas. Que menos derecho que en el duque de Guisa concurrió en la persona de Hugo Capeto, y con todo eso, el dejarle el absoluto dominio de las fuerzas del Estado bastó para ponerle en las manos el cetro que tantos años se habia conservado en la estirpe de Cárlos, con tanta seguridad, que hasta hoy se conservaba en la suya. Que mirase el Rey lo que hacia, y las víboras que criaba en su seno, si no queria aguardar á caer en la cuenta cuando ya no le quedase remedio, ni apenas reino á quien preservar del menor de los males que se le aparejaban. Dudábase en Francia, y no sin aparente razon, que empleando el Rey Católico sus fuerzas y tesoros en las cosas de aquel reino, no podia ser sin grandes esperanzas de recompensa, ya que no aspirando á todo él, á lo menos á algunos pedazos, ó á mudar la forma dividiéndole. Otros discurrían que el designio era adelantar para despues de los dias del rey de Francia, si faltase sin dejar sucesion, como se pensaba, la pretension por parte de la infanta doña Isabel, su hija, confutando la ley sálica, ó mostrando su poco fundamento, introduciendo príncipe extranjero en aquella corona; y otros que seria natural y de la casa de Lorena, que puesto de su mano, reconoceria siempre esta obligacion, en perjuicio del bien público. Esto es lo que hacia estar en generales celos á todo el reino y á los demás príncipes de Europa; pero quien conocia el celo de la religion que tuvo siempre el Rey, y lo mucho que peligrara en Francia dejando entrar en aquella corona al príncipe de Bearne, en la profesion que estaba entonces, conocerá claramente cuán desnudo de tales intentos entraba en este negocio; bien que siempre tuvo la mira á poner príncipe de su mano, casado con su hija: pequeño interés sin duda á tan crecidos gastos, en tiempo que tenia una de las principales partes de su estado en tanta alteracion, y así tuvieron siempre los de sanas entrañas por lo más cierto que el motivo prínci-

pal fué la conservacion de la religion, y á vueltas de él, parte de esotros que se han dicho; aunque los émulos del Duque lo reducian todo á fines particulares suyos: este riesgo tienen las acciones sinceras, que miradas á la luz de la malicia, no lo parecen. No ignoraba el Duque estos oficios; y así, no vivia descuidado ni falto de amigos; y como el mayor número de ellos consistia en el pueblo de París, y el vulgo en cualquier parte no es capaz de medio ni consiente freno, de tal manera se desbocó en su favor, que imaginando que el hacer entrar el Rey en la ciudad tropas de caballos, por ocasion de haber llegado el duque de Guisa á ella, aunque desarmado, era con intento de prenderle; furiosos y ciegos de rabia, atropellando al propio Duque, que trató de detenerlos, y dañando (como suelen los imprudentes amigos) á quien deseaban hacer provecho, no pararon hasta obligar al Rey á salir huyendo de su córte. Este fué el dia de los 12 de Mayo de este año, á quien comunmente llaman el de las barricadas; dia lamentable para Francia, y principio de los males y miserias que padeció aquel reino en el espacio de diez años que duraron las guerras civiles; porque irritado el Rey contra los de Guisa, y atribuyendo el desórden de aquel dia no solamente á la autoridad del Duque, pero á sus secretas inteligencias, no paró hasta que debájo de seguro, y contra su fe y palabra real, les quitó las vidas á él y á su hermano el Cardenal en el palacio de Blois, á los 23 de Diciembre, saciando, como otro Vitelio, la vista en sus miserables cuerpos aún palpitantes, acribillados de heridas, que mezcló la ira de un príncipe desconfiado con las que habian sido recibidas en su servicio. Tal es el fin que tuvo Enrique de Lorena, varon de los más señalados de su tiempo, á quien el lustre de sus virtudes grangeó en el pueblo infructuoso favor, entre algunos nobles pernicioso envidia, y con el Rey peligrosa desconfianza; y tales los bienes y favores de la fortuna, que carecer de ellos es miseria, y poseerlos peligro. Con esto, y con serle forzoso al Rey valerse de las armas del de Bearne y de las fuerzas hugonotas, acabó de concitar contra sí los ánimos de casi todas las ciudades principales, que al momento le negaron la obediencia con pretexto de religion, dándola á los capitanes de la santa Liga, de que quedó por cabeza Cárlos de Lorena, duque de Humena, her-

mano de los muertos, que á aquella sazón se hallaba gobernando el ducado de Borgoña. Hame parecido relatar, aunque sucintamente, estos sucesos, para hacer la zanja en que asentar las piedras del edificio de la historia que tenemos de seguir; pues, como tengo dicho, ha de constar la mayor parte de ella de las cosas de Francia, donde con el nuevo accidente de las muertes de estos dos principalísimos varones quedaban las cosas sumamente turbadas; el nuevo duque de Guisa, Cárlos, hasta entonces príncipe de Lanville, preso en el castillo de Tours; el cardenal de Borbon, también preso en la villa de Chartres; el Rey huido, sus ciudades amotinadas, los príncipes confinantes, sin excluir á ninguno, cuidadosos y diligentes en fomentar la sedición para pescar en agua turbia; el de Bearne y sus fautores, favorecidos y llenos de esperanzas, y el Rey apercibiendo sus tesoros, vasallos y aliados para acudir á la causa de la Iglesia, siempre que, como se temia, cayese la sucesion del reino de Francia en príncipe segregado de ella; no sin dar qué discurrir á muchas naciones mal afectas á España, y publicar que el celo de la fe católica para con el reino de Francia era una honesta capa con que cubrir mil ambiciosos deseos de agregarle á los demás de la monarquía española, ó á más no poder, dividirle entre potentados, para despues hacerse poco á poco señor de todos, á la manera que suele dividirse en varios canales la corriente de un gran río para pasarle con facilidad.

---

## LIBRO II.

Año de 1589.

Mudanza en la forma de proseguir la guerra; designios del duque de Parma para ofender á los rebeldes; empréndese el sitio de Rimbergue; amotínase la guarnicion de santa Gertruden, y entrégase al Duque; tienta monsieur de la Mota en vano á Ostende. — Saquea el enemigo á Tili-mont, y es roto. — Sitia el conde Cárlos á Heusden; vase el Duque á Aspa; gánase el castillo de Heel. — Tienta de amotinarse el tercio viejo, y su reformacion. — Rompe el Esquenck un convoy, emprende á Nimega, y muere. — Mete el enemigo socorro en Rimbergue. — Cuéntase la muerte de Enrique III, establecimiento de la Liga, y los primeros progresos de ambos partidos. — Monsieur de la Mota va con un ejército á las fronteras de Artois.

El primer dia deste año llegó á Bruselas la nueva de la muerte lamentable del duque y cardenal de Guisa, que, como suelen siempre los accidentes impensados, hizo mudar del todo el designio que se tenia de proseguir, en abriendo el tiempo, la guerra contra las islas de Holanda y Zelanda; desviando por entonces el mayor cuidado de aquello que tanto importaba, y contra todas las razones políticas, menospreciando los propios intereses por los ajenos: tanta fuerza tuvo con el Rey el de la religion católica; si bien no faltó quien juzgase que hubiera sido más acertado dejar aquella provincia y las fuerzas della embarazadas en sus propias discordias, y ayudar con parte de sus armas y dineros á que se dividiese en potentados, como Italia, pareciendo que inclinarían á esto todos los que tenian provincias ú otras plazas á su devocion, y algunas ciudades que aspirarian á hacerse repúblicas libres; con que divididas sus fuerzas desta manera, vendrian á hacerse menos sospechosas. Pero los que conocian mejor

la naturaleza de aquellos pueblos, sabian cuánto habian de contradecir esta negociacion, pues siendo en todo lo demás tan desconformes, habian mostrado siempre tan unidos los ánimos en procurar la conservacion de todo el reino debajo del dominio de un príncipe; y así, ni á la prudencia del Rey se le pudo representar posible esto, ni á su cristiandad justificado, fomentar semejantes trazas, en que forzosamente habia de padecer mucho el estado de la religion, á cuyo apoyo enderezaba principalmente sus intentos; pero los que segun la opinion más probable tuvo, ya se dirán cuando esta materia tenga su lugar.

Por este tiempo no deseaba el duque de Parma estar del todo ocioso, aunque la aspereza de los frios lo pedia; antes para tentar algo, aún en el corazon del invierno, en Holanda, mandó hacer doce mil pares de ramplones con que servirse de los hielos, que resistiendo el peso de los soldados, privan aquella fortísima provincia del embarazo de las aguas, que la hacen inexpugnable, y dan lugar á pelear sobre ellos y arrimarse á las plazas. Tenia trazada el Duque la entrada de las islas pasando el Vaal por Nimega y el Rhin, ganando á la villa de Arnem, no sin secretas inteligencias con los de la ciudad de Utrecht, la mayor parte dellos católicos y aficionados al dominio de su rey y señor natural. Otros hacian la entrada más segura por Zutfen, y deste parecer era el coronel Verdugo, en quien concurrían las dos esenciales partes del Consejo, ciencia y experiencia; pero como se comenzaron á ir alimentando nuevas esperanzas, fundadas en los sucesos de la Liga, y es tan ordinario cobrar á las que se conciben de nuevo la aficion que basta para que todo lo demás se emprenda con tibieza, tuvo á un mismo tiempo el Duque orden de no darse por entendido en lo tocante á las discordias civiles del reino de Francia, y de no empeñarse en empresas dificultosas en Flandes, para que hallándose desembarazado cuando se ofreciese ocasion de ayudar á la causa católica en aquel reino, pudiese acudir á ella con las fuerzas que Su Majestad le ordenase. Así suelen los príncipes tener suspensos á sus ministros y celarles lo cierto de sus designios, no sin daño muchas veces en el efecto dellos, y las más en la hacienda. Con todo

eso, movido el Duque de la viva instancia que le hacia el Elector de Colonia, deseoso de cobrar su villa de Rimbergue; el cual vino á sólo esto á Bruselas por el mes de Febrero, determinó de concedérselo y procurar quitarse aquel mal vecino del país de Gueldres complaciendo y granjeando al Elector, y empleando las fuerzas que habian de estar ociosas hasta llegar la sazón de entrar en Francia; pues raras veces los soldados ni los ejércitos se empeoran con el trabajo. Ordenó para esto á Márcos de Rie, marqués de Barambon, gobernador de aquel ducado, que con seis mil infantes de todas naciones, y número proporcionado de caballería y de los demás pertrechos necesarios, se pusiese sobre aquella plaza, como lo hizo; ganando primero al fuerte de Blimbeque, fortificado antes, y abastecido por Martin Esquenck, y rompiendo algunas tropas suyas que tentaron defenderle el paso, con muerte de cien enemigos. Rodeó tras esto el marqués á Rimbergue por todas partes, aunque sin acercársele, de manera que se le abriesen trincheras ni le plantase batería, por el grueso presidio con que se hallaba, y por no tener el marqués la gente y pertrechos necesarios para emprender á viva fuerza una plaza de tanta consideracion. Fundóse con esto la esperanza de su conquista en el asedio, y en orden á ello, se procuró sitiár por todas partes; aunque mientras vivió el Esquenck nunca dejó de entrarle socorro de municiones y bastimentos por la parte del rio; con que se alargó aquella empresa más de lo que al principio se pensó: el suceso que tuvo se dirá adelante. Ofreciósele al Duque por el mes de Marzo una ocasion, que lo pudiera ser de grandes efectos si el tiempo no la malograra despues; la cual pasó así.

Ya desde el año antes andaba el presidio de santa Gertrudenberg medio amotinado por falta de pagas: el cual constaba de mil y quinientos infantes y trescientos caballos, ingleses y flamencos casi todos, y los demás walones; y como es el camino real para llegar á la sedicion comenzar á perder respeto á sus mayores, consistiendo toda la fuerza militar en la obediencia, llegó de lance en lance este presidio, multiplicándose, como suelen los yerros, á la última desvergüenza, haciendo saber á los Estados, que si no les remataban cuentas con

pago dentro de un mes, entregarían aquella importantísima plaza á quien los pagase. Estaban los Estados á la sazón muy cortos de dineros, y el sacarlo con exacciones y tallas trasordinarias, como suele ser el mayor enemigo de la quietud de un estado, podia ser de mayor daño en otra parte, que de provecho en aquella. Acudir por ellos á los amigos traía dilacion; el negarlos del todo evidente peligro, y el castigarlos con las armas imposibilidad, por la fortaleza de la plaza, cuyo sitio la hacia inexpugnable con cualquier socorro que el Duque le enviase, pues era cierto que no dejaría de aprovecharse de la ocasion, sabiéndose ya que sus ministros, desde Breda, distante dos leguas de santa Gertruden, hacian vivos oficios con los amotinados, hinchéndolos de esperanzas y ganando con dádivas á los autores del motin; cuyas voluntades, tentadas en vano por el conde Mauricio, se resolvió en poner sitio á aquella plaza con las mayores fuerzas que pudo, atropellando el inconveniente grande de mover las armas contra parte de los propios soldados, á que siempre se obedece de mala gana. Así el cuidado de mayores males hace menospreciar los menores, y por mucha diligencia que puso, apenas llegó á cinco mil hombres la gente que pudo juntar. Estaba el Duque en Bruselas cuando llegó el aviso de lo que pasaba en santa Gertruden; y para á un mismo tiempo acudir á la ocasion que le llamaba, y deslumbrar al enemigo con la diversion, efectos ambos de igual importancia, deseoso tambien de intentar cierto trato que monsieur de la Mota traía contra el presidio de Ostende, juntó todas las fuerzas que tenia en Brabante y Flandes, y haciendo dos campos dellas, con el uno envió á la Mota, es á saber, el tercio de don Juan Manrique, gobernado en ausencia del maese de campo, que se habia vuelto ya á España, por el capitán Simon de Iturbide, dos regimientos de walones y cinco compañías de caballos; y con el otro, en que habia los otros dos tercios de don Sancho y don Francisco, dos regimientos de alemanes y tres de walones, y diez compañías de caballos, incluidas las de sus guardias, dió consigo en Breda. Habíase ido acercando Mauricio con trincheras la vuelta de santa Gertruden, tentando por el último camino de desespe

racion el de domar á los amotinados con las armas; mas como corría á las parejas su valor con su obstinacion, fuera del estímulo del peligro en que se hallaban, sazón en que el miedo tal vez excede los efectos del valor, y la esperanza tambien del premio que tenían al ojo defendiéndose, de tal manera menearon las manos, que ninguno de ellos las dejó de teñir muchas veces en sangre holandesa, con ordinarias salidas y una continua tempestad de arcabuzazos : tan cruel es el ódio que sucede á la amistad. Ganaba con todo esto tierra el conde Mauricio, batiéndoles con seis cañones desde el dique de Sevenberg, y con todos los que se podian manejar desde su armada en aquel brazo de mar de Dordrecht, con daño alternativo ; instigado no tanto de la conveniencia de conseguir el castigo de aquella gente, cuanto del daño que de dejarla sin él se le siguiera en la reputacion, sin la cual no tienen vida los estados, ni las armas ejecucion y respeto. Ayudó mucho á entretener las esperanzas del presidio el cuidado con que el capitán Eduardo Lanza Vecha, gobernador de Breda, les iba avisando de la venida del Duque; el cual, llegado con su ejército á Breda, sabido como por no hallarse Mauricio con bastante número de gente, no habia podido acabar de sitiár la plaza ni ocupar el dique de Ramesdonck, que va á Languestrat, dió el negocio por hecho, por más que supo tambien que el enemigo tenia ya la batería en estado que se podia ir al asalto. Crecieron entre tanto las aguas con ocasion del lleno de la luna y grandes lluvias que sobrevinieron; de manera que hubo de retirar su artillería el conde Mauricio, y poco despues todo su campo, desconfiado de domar la fiereza de aquella gente, y medroso de recibir algun golpe por el ejército del duque de Parma, que se venia acercando; el cual firmó en Breda las capitulaciones con el presidio de santa Gertruden, que fueron de la sustancia siguiente:

Que perdonaba á los vecinos de aquella villa todos los delitos que pudieron haber cometido contra el Rey desde el año de 1566.

Que se les restituirían todos sus bienes, muebles y raíces, en cualquier parte de las provincias obedientes que probasen tenerlos.

Que no se les pudiese pedir cuenta de oficio que hubiesen administrado del tiempo que estaban en la obediencia del Rey.

Que se les concedian dos años de tiempo á los herejes para resolverse en volver á la obediencia de la Iglesia, ó vendidas ó arrendadas sus haciendas, retirarse dentro dellos á donde fuese su voluntad.

Que gozasen de allí adelante de todos los privilegios que de atrás hubiesen obtenido y gozado, con tal que no fuesen repugnantes á la autoridad del Rey y bien de la patria.

Que se les concedia licencia para poder ir y contratar con las provincias y villas rebeldes, con tal que dentro de seis meses volviesen á residir á tierras de la obediencia de S. M., ó por lo menos neutrales.

Que por término de dos años no pudiesen ser molestados en juicio ó fuera dél por deudas generales ni particulares.

Que se entendiese esto mismo con los soldados del presidio.

Que se obligaba el Duque á procurar alcanzar perdon de los príncipes confinantes aliados del Rey, á los soldados del presidio que se supiese ser sus vasallos, de todos los daños y atrevimientos cometidos contra ellos.

Que si todos los soldados ó parte de ellos quisiesen quedar en servicio del Rey, se les daría no solo competentes estipendios, pero todas las haciendas que probasen haber sido suyas, aunque estuviesen ocupadas.

Que á los que quisiesen militar debajo de las banderas católicas, se les restituirían también sus haciendas como á los demás.

Que se les pagaría en buena moneda todo el remate de cuentas causadas en servicio de los Estados; y para mostrar que la voluntad con que se les hacía esta merced correspondía á la prontitud de su servicio, fuera de todo el remate, se les contarían cinco pagas más, conforme al sueldo con que militaban en servicio de los rebeldes.

Que gozasen también del perdon, aunque no de las mercedes, los fugitivos, si acaso se hallaban algunos dentro de la villa.

Estas fueron las capitulaciones con que se efectuó aquella importante negociacion, comprando á menos costa aquella plaza de lo que

importara quince dias de estar sobre ella. Mucho adelantan las cosas semejantes tratos, si bien piden prudencia para saber entrar en ellos y conducirlos al efecto. Firmadas pues estas condiciones, entró el Duque en la villa con el contento que dan semejantes sucesos, premio de los trabajos militares, con poca gente y demasiada confianza; pues se notó que puso á mayor riesgo su persona, de lo que fuera razon, encomendándose á la fe de aquellos hombres sin ella. Estaban con todo eso las puertas guardadas por infantería italiana del tercio de Capizuca, por una de las cuales, yendo á entrar el duque de Pastrana, acompañado de hasta diez ó doce entre camaradas y criados, se lo quiso defender el capitán Goito y su gente, y aunque de más lejos, á voces Eduardo Lanza Vecha, excusándose con la orden del General. Habíale hecho el Duque merced á Lanza Vecha del gobierno de aquella plaza, juntamente con la de Breda, y mostrábase á esta causa tan puntual á la defensa. Rempujó con todo eso el duque de Pastrana, y á pesar de todos pasó adelante, seguido de solos tres criados suyos, diciendo que aquellas órdenes no se solian dar sin una tática excepcion para con las personas de su calidad. Caminó el Duque un rato por la calle, sin caer en los pocos que le seguian, y como veia que todavía insistía el Lanza Vecha en detener á sus camaradas, por no mover alboroto disimuló por un rato, hasta que vió al dicho Lanza Vecha en la plaza acompañado de diez ó doce soldados suyos, y yéndose para él con intento de repletarle la descortesía de palabra, y obligarle á que cayese en el yerro que habia hecho, pues no era ni podia ser aquella la voluntad del General, le salió á recibir Lanza Vecha con la espada en la mano él y los que le acompañaban. Juntóse al Duque y á sus criados un caballo ligero español, llamado Francisco Roman, que acaso se halló allí; y de tal manera se desenvolvieron, valiéndose el de Pastrana en esta ocasion mucho más de sus manos que de su autoridad, con ser toda la que se puede prometer de un grande de España, que si no acudieran muchas personas neutrales y desinteresadas á remediarlo, sucediera por ventura algun inconveniente de importancia; pero atájole con prudencia el duque de Parma, prendiendo, aunque por breve tiempo, á Lanza Vecha, y pidiendo al duque de Pastrana que se fuese

á esperarle á Breda, como lo hizo, viniendo antes de su partida el Lanza Vecha á pedirle perdon por órden del Duque; el cual se le dió, sabiendo el ejército la satisfaccion que habia tomado por sus manos de aquel hombre incivil y poco considerado, que tan mal supo distinguir la calidad de las personas y usar con prudencia de las órdenes, moderando su rigor en algunos casos, que no puede comprenderlos la generalidad con que se dan; pero reducir los preceptos universales á los particulares sucesos, sólo lo hace la prudencia, sazónada con la larga experiencia de las cosas. Detúvose el duque de Parma en Santa Gertruden lo que bastó para pagar aquella gente y recibir al sueldo la que se quiso quedar en servicio del Rey, que fueron cosa de 400 infantes, que se agregaron al regimiento de ingleses é irlandeses del coronel Estanley, y 150 caballos de que se formó una compañía que fué despues de mucho servicio, y se dió á uno de ellos, llamado Juan de Matrique, paje que fué de don Alonso de Vargas. Y dejando en defensa la bateríá, seis compañías de italianos y la mitad de su regimiento, que, como dicho es, gobernaba el señor de Werpe, á cargo todo y el gobierno de la plaza de Eduardo Lanza Vecha, volvió á Bruselas contento de haber acabado en tan breves dias una empresa de tanta importancia; y cierto que si se atendiera á la guerra de las islas, sólo con las barcas y bajeles de remo que se podian fabricar en Santa Gertruden, era muy posible inquietar á toda Holanda y Zelanda, y hacerles sentir en sus casas la guerra, sin concederles una hora de reposo; mas como fueron tantas las ocasiones que se malograron, apenas se hizo caso de ésta.

Monsieur de la Mota, que como dijimos, habia marchado con su campo la vuelta de Ostende, llegó la noche de los 6 de Abril (1589) debajo de las murallas de aquella villa, á donde estuvo hasta cerca del día aguardando la contraseña que le habia de hacer la espía, para arremeter con la menguante á la baja villa; mas como estas cosas penden de punto y hora, siendo necesario para que se consigan suceder todas como se trazaron, y para no acertarlas basta errarse sola una, no acudiendo la dicha espía, creciendo la marea y saliendo el alba, fué fuerza retirarse sin tentar nada. Al pasar de Audenburg, alistando

las armas, con voz de que el enemigo seguía la retaguardia, y poniendo la gente en escuadron, vino un mosquetazo de una manga de mosquetería desmandado, y estropeó de una mano á don Carlos Coloma, hermano del conde de Elda, soldado de la compañía de don Ramon Cerdan. Este solo desman hubo en esta jornada; la cual, á la opinion de todos, fué más por divertir al enemigo de sobre Santa Gertruden, que no porque el trato ó inteligencia de Ostende estuviese tan bien fundado como se creyó al principio.

Volvió diez dias más presto el tercio de don Juan Manrique á Malinas su alojamiento, que los otros dos que habian ido con el duque de Parma al suyo, y en uno de ellos, informado el gobernador de Bergas de que el bagaje del tercio de don Francisco habia quedado en Tilimont con sola la guardia de una compañía del mismo tercio, de que era capitan don Cristóbal Mascon, caballero valenciano, envió quinientos hombres con su teniente, á que procurasen entrar en la villa y saquearla. Es Tilimont, con no tener 800 casas, de mucho mayor circuito de murallas que Bruselas, y á esta causa no habia otra guardia que la media compañía en el cuerpo de guardia que se hacia en la casa de la Villa, y la otra media en guardar el pedazo de muralla que podia, hácia las avenidas del enemigo; el cual, avisado tambien desto, tomando un largo rodeo, vino á escalar la muralla por la parte de hácia Lovaina, y acudiendo á la plaza sin resistencia ni contraste alguno, acometió al cuerpo de guardia tan de improviso que antes que la media compañía acabase de tomar las armas, estuvo degollada la mayor parte. Defendiéronse los restantes y el capitan con gran valor, hasta que cayendo tambien, vendieron honradamente sus vidas. Saqué con todo eso el enemigo el lugar, y cargado de despojos, comenzaron á marchar la vuelta de Bergas, con la caballería de vanguardia, la presa tras ella, llevada por todos los carros de los capitanes del tercio que halló allí, y al pié de 400 infantes de retaguardia. Habiendo pasado ya los enemigos el rio Dee por Roselaer, y encaminándose á Remenant, para pasar el Demer sobre Malinas, avisado del suceso el capitan Bartolomé de Torralva, casi á las puertas de Ariscote, á donde volvía á alojarse con su compañía y la de don Fernando Giron,

gobernaba en su ausencia por su allérez Juan de Almaraz, determinó verse con ellos, fiando en la presteza el buen suceso, y en la flojedad con que pelean soldados cargados de despojos, á quien el deseo de conservarlos hace cobardes, al mismo paso que valientes poco antes la codicia de adquirirlos; así una causa misma produce efectos de valor y miedo tal vez en unos mismos ánimos. Había ya pasado la caballería enemiga el rio Demer, cuando asomando por la orilla de un bosque 130 españoles, que podían tener las dos compañías, amedrentándose la infantería enemiga, salvándose los que pudieron á nado, los demás, hasta número de 230, quedaron entre muertos y presos, y todo el despojo en poder de los españoles, que se restituyó despues á sus dueños, aunque no sin pleito.

Entrado Mayo envió el duque de Parma al conde Cárlos de Mansfelt, con seis regimientos de naciones y quince compañías de caballos, gobernadas por el comisario general Jorge Basta, á sitiár á lo largo á la villa de Husden; el cual, ante todas cosas, ganó el fuerte de Herpe, y pocos dias despues levantó otro en el villaje de Hemert, con los cuales, y con otros fuertes y reductos de menos importancia, sitió aquella plaza; de manera que ya por fin de Julio comenzó á padecer necesidad de vituallas; tal que si con barcas pequeñas desde Gorcom no la proveyera para muchos dias el conde de Holack, forzosamente hubiera de rendirse. Tratábase este asedio con alguna flojedad, tanto por las gruesas contribuciones de que gozaban las cabezas de aquel exercito, con notable daño de todo el país de Campiña, como por cierto trato que el conde Cárlos fomentaba en la villa de Bomel, que, como empresa de mayor importancia, le hizo divertir de la que traía entre manos: castigo ordinario de ambiciosos, por no saber ceñir ni moderar sus deseos, asistir flojamente á todos y no lograr ninguno. No dejó de hacer el señor de Famá, gobernador de Husden, todo lo posible por defenderse y ofender; y entre otras salidas, hizo una con 100 caballos y 200 infantes en un casar algo desviado del cuerpo del ejército, y apeó las compañías de caballos del Morosino y don Ambrosio Landriano, llevándoles la mayor parte de los caballos y algunos prisioneros. Comenzábase á sentir indispuesto el duque de Parma de

cierta especie de hidropesía, causada de beber agua por huir de la gota, que ya de atrás le habia comenzado á tocar; y para procurar atajar el mal á su principio, acordó de ir á tomar el agua de Aspa, en el país de Lieja; remedio á lo que decian, eficacísimo y tan conforme al apetito, que siendo el efecto de la hidropesía una ardentísima sed, para que haga la fuente el suyo es necesario beber por libras y á todas horas; y es cosa maravillosa lo poco que esta agua se detiene en el estómago, y las curas milagrosas que hace.

Partió el Duque la vuelta de Aspa á mediado Junio, dejando despachado para España al presidente Richardote, con cartas de creencia y órden de disculparse con el Rey y sus ministros de las calumnias que contra su reputacion se habian escrito y dicho en lo tocante á la jornada de Inglaterra. Llevó tambien Richardote instruccion del Duque para pedir licencia de retirarse á su casa, ordenándole que no jugase desta pieza sino en caso que no se le admitiesen las disculpas, ó con certidumbre de que gustaba el Rey de enviarle sucesor; pero en España tenia el Duque tan buenos amigos, y estaban las cosas tan bien dispuestas, que no tuvo jamás ceasion Richardote de hacer el envite; y así, volvió (aunque el año siguiente) muy bien despachado, y encargado de los más secretos consejos del Rey en lo tocante á materias de Francia.

Era ya entrado Agosto, y no se trataba de sacar en campaña la infantería española, efecto de la enfermedad del Duque; el cual, aunque con su gran viveza y valor procuraba no rendirse á la enfermedad de suerte que le divirtiese del cuidado público, como los accidentes de dolor entibian los afectos de la ambicion, que son los que en nosotros tienen más poder de hacer tolerable el trabajo, no pudo dejar de causar una bien dañosa y no poco murmurada dilaciou. Añadíase á esto la falta de dineros, y á todo se opuso al fin el cuidado del Duque, buscando prestados en Amberes los que bastaban para dar dos pagas. Salió la gente española de los alojamientos á los 9 de Agosto, en número de cerca de 6,000 infantes, y tomó por el camino de Ostrate la derrota de la isla de Bomel. Juntóse en Languestrat con los tercios el conde Cárlos, á cuyo cargo habia de estar el ejército de Bra-

bante mientras estuviese ausente el Duque; y pasando el Mosa por el villaje de Bochoven, se puso con los tercios sobre el castillo y fuerte de Heel, en que habia 500 hombres con el capitan Sindenburg, su gobernador. El tercio de don Juan Manrique, gobernado por el capitan Diego de Avila Calderon, se alojó junto al dique, entre el castillo y el casar de Rosem; y el tercio viejo, de que era maese de campo don Sancho de Leiva, tomó cuarteles entre el castillo y la villa de Bomel, y el de don Francisco de Bobadilla, gobernado por Manuel de Vega Cabeza de Vaca, entre el tercio de don Sancho y el Mosa. Servian en los dos primeros, con la asistencia que pudieran dos particulares soldados, el duque de Pastrana y el príncipe de Asculi, enseñando á los grandes señores que aspiran á los mayores cargos militares, cuánto conviene subir á ellos por este camino, y no querer empezar á ser generales y soldados en un mismo dia, no sólo aventurando lo que quieren que se las oncargue, sino su honra y reputacion propia. Abrióronse trincheras por la parte del tercio que gobernaba Diego Dávila, y plantada la batería y ciego el foso, se les avisó si querian rendirse antes de dar la primera carga, y como persistiesen en su obstinacion, jugaron diez cañones desde el alba del dia de los 8 de Setiembre hasta las cuatro de la tarde. Hecha ya batería bastante para dar el asalto, temiendo el capitan y presidio su ruina, comenzaron á parlamentar: admitióles el Conde á discrecion, y saliendo el propio dia sin armas ni banderas, en estando entre los escuadrones se tocó un arma tan viva, que en un instante fueron degollados cuatrocientos y más de ellos, salvándose apenas el capitan y veinte ó treinta soldados de los más honrados, á quien dió luego libertad el Conde, culpando su pertinacia y la cólera de los soldados, que ambas á dos cosas fueron causa de aquel desórden. En los delitos de la multitud siempre fué forzoso disimular, ó por no teñir el castigo con mucha sangre, ó por dejar sin él las culpas averiguadās, por no verterla. Tuviron sobre el caso otro dia palabras harto descompuestas el conde Cárlos y don Sancho de Leiva, echando cada cual la culpa al otro; pero aunque se apaciguó luego por la autoridad y prudencia del duque de Pastrana y príncipe de Asculi, no quedaron los ánimos tan

conformes como fuera razon para seguir el curso de la victoria y aprovecharse de la flaqueza del enemigo, que á lo sumo, con cinco ó seis mil infantes, estaba de la otra parte del Vaal, procurando defender el paso á los españoles cuando lo tentasen, como se creia. Mas ¿cuándo de la discordia entre los que gobiernan dejaron de resultar tales ó peores efectos? El propio dia que entró el ejército en la isla tuvo aviso el conde Cárlos de que se habia descubierto el trato de la villa de Bomel, con castigo de dos de los tratadores; y así, despues de ganado Heel, quiso reconocer la dicha villa, como lo hizo, y despues el fuerte de Voorden, que en la punta occidental y última de la isla de Betua, habian fabricado dos años antes los rebeldes frontero del villaje de Voorden, con intento de conservar por su medio la entera posesion de ella; y retirándose á los cuarteles, se reconoció un puesto donde se podia levantar otro fuerte en otra estrechura de tierra que hace la isla, entre el Mosa y el Vaal, bastante para hacer inútil el fuerte de Voorden. No se estaba entonces de aquél espacio; pero lo que en aquella sazón se advirtió, se vino á ejecutar nueve años despues, como se dirá en su lugar. Tenia el conde Cárlos órden secreta del Duque de procurar entretener aquella gente lo restante del verano en leves empresas y alojarla despues en tierras del enemigo, para tenerla en accion y por quitar tan gran carga á los países obedientes: ayudaban á esto los ministros de estado naturales del país, deseosos de conservarle entero y de tener á los españoles en ejercicio y lejos; y á esta causa, levantando el Conde el campo del casar de Rosem, junto á Heel, pasó á la otra punta occidental de la isla, pegado al castillo de Lobrestein, con intento de tentar el paso del Vaal, á pesar del enemigo, cosa que se pudiera hacer sin ningun peligro por Nimega; pero no tenia órden de alargarse tanto, faltábante barcas, y entre tanto que se aderezaban tres pontones, que á fuerza de brazos se pasaron del Mosa, un accidente que sobrevino divirtió esta empresa, y dió ocasion á grandes novedades.

El amor que los soldados del tercio viejo tenian á don Sancho de Leiva, su maese de campo, fué causa de que, teniendo opinion de que el conde Cárlos era su enemigo, le comenzasen á aborrecer sobre ma-

nera; y como la mayor parte de ellos se acordaban del riesgo á que tuvieran las vidas y las banderas en aquella propia isla, tres años antes, debajo de la propia mano del conde Cárlos; como se veían en aquel país tan pantanoso, sin puente en la Mosa, con las primeras aguas del invierno en casa y con los enemigos vigilantes, poderosos por la mar, y escarmentados de la falta que hicieron la vez pasada, comenzaron á llamar á aquellas empresas bomboladas, y á desear estar en parte donde no fuese necesario, para salir de tantos peligros, impetrar nuevos milagros de Dios, que no acostumbra hacerlos por los que voluntariamente se meten en ellos. Estas eran las conversaciones de los más honrados; pero llegando este lenguaje á oídos del vulgo de los soldados, como los tales de ordinario no miran más adelante que á su provecho, comenzaron á pensar en sus alcances y á desear pedirlos á voces. Estaba ya casi olvidado del todo el uso de los motines, por haber sido el último de que se tenía memoria el de Alosté, el año de 76, de que todavía se acordaban muchos soldados del tercio viejo; y así, imprudentemente comenzaron á irse, juntando muchas tropas fuera de las banderas la noche de los 13 de Octubre; y á cosa de dos horas despues de anochecido volvieron todos tocando arma la vuelta de ellas, con tanta confusion y desconcierto, que se echó bien de ver que no era cosa premeditada ni sabida sino de pocos. Opusieronseles el maese de campo, el sargento mayor Diego de Escobar, los capitanes y oficiales, y una gran tropa de gente principal, y sobre todos el príncipe de Asculi; pero como por momentos se iban pasando muchos arcabuceros y mosqueteros al bando de los sediciosos, estaba el negocio á pique de suceder un gran inconveniente; y sucediera, si, despues de llegados el conde Cárlos y el duque de Pastrana á las banderas del tercio de don Juan Manrique, no calaran todos los de ellas las picas en socorro de los leales del tercio viejo, y los socorrieran á tiempo que comenzaban ya á caer algunos de ambas partes. Vino con la luz del día la vergüenza á los rostros de todos, y barajándose los ruines con los buenos, apenas habia quien dejase de preciarse de haber deshecho el motin; admitióseles la disculpa á todos por entonces, salvo á seis, que colgados de los árboles, sirvieron de espectáculo á todo el

ejército, que pasó el dia siguiente por delante de ellos la vuelta de Rosem, donde se volvió á pasar el Mosa.

Habian crecido las aguas de manera, con el invierno anticipado de aquel clima, que anegando casi del todo los fuertes de Herpe y Hemert, hubo de mandar el Conde desalojar las naciones de sobre Heusden, dejando para guardia del Mosa, en Hemert, al capitan Antonio Grobendoneq con trescientos walones, y levantando otro fuerte dos leguas el rio arriba de la parte de Brabante, frontero del castillo de Heel, á quien llamó de Crevecour. Quedaron en él cien walones, y en Heel doscientos á cargo del capitan Mosquefier.

Duró el componer aquello algunos dias, y habiendo tenido el duque de Parma en ellos aviso de la sedicion tentada por el tercio viejo, envió órden desde Aspa, donde todavía se hallaba, que al punto marchase la vuelta del condado de Flandes, á donde monsieur de la Mota le daría órden de lo que habia de hacer. Hiciéronse varios juicios sobre la ida de este tercio, el cual, aunque generalmente se publicó que iba para entrar en Francia en socorro de la Liga, no dejó envidiosos sino á los imprudentes; y con razon, porque salido de Brabante y entrado en Flandes, despues de pasada la Lisa por Harlebeck y llegado al burgaje de Tilt, halló allí á Juan Bautista de Tássis, veedor general, y á los contadores del sueldo, que con órden expresa de no admitir réplica, reformaron aquel tercio, padre de todos los demás, y seminario de los mayores soldados que ha visto en nuestro tiempo Europa. Quedaron en pié algunas banderas, que luego se distribuyeron por varios presidios, y á todos los soldados de las demás se permitió que asentasen sus plazas en las compañías, tercios y presidios que les diese gusto. Discurrióse variamente sobre esta resolucion: decian los más que, habiéndolo pecado el vulgo de los soldados, lo venian á pagar el maestre de campo y los capitanes solos; otros, que cortaban la yerba más baja, decian que no era posible sino que queria el Duque remediar á su principio aquella ruin consecuencia para los demás tercios, siendo los escarmientos tanto más eficaces, quanto los castigos fueren ejecutados en personas de mayor cuenta; castigando tambien las cabezas, para obligarlos á vivir de allí adelante con mayor recato

y observar hasta las más mínimas señales de alborotos, que siempre las dan los que tratan de amotinarse, como los edificios, que anuncian su propia ruina.

Alojó el conde Cárlos su campo entre Bolduque y Grave, á donde se entretuvo algunos dias; y uno de ellos, yendo desde Bolduque á su cuartel con sola una compañía de arcabuceros á caballo, le acometieron cien freybutres (son éstos ladrones de camino) que habian pasado el Mosa. Peleó con ellos la dicha compañía y alguna gente suelta que le acompañaba, y degolló cincuenta enemigos, quedando los demás en prision ó ahogados en el rio.

Habia dias que el coronel Verdugo pedia socorro de gente y de dinero para continuar la guerra en Frisa, de donde era gobernador: envióle el Duque al coronel Paton, inglés, el que entregó la villa de Gueldres al Rey con su regimiento de walones, en que podia haber seiscientos, y á Juan de Contreras Gamarra, con su compañía de ochenta arcabuceros de á caballo: llevaban siete mil ducados con que ir entreteniendo las guarniciones de aquella provincia, y cantidad de vestidos para los soldados. Avisado de esto Martin Esquenck en el fuerte que hoy tiene su nombre, juntó el mayor golpe de gente que pudo, y con diligencia y secreto extraordinario acometió á esta escolta al paso de la Lipa: es este un rio que en verano se vadea, y bajando del país de Westfalia, desagua en el Rhin por Wesel. Halló el Esquenck pasada la mayor parte de la caballería, y al punto la rompió, no sin honrada resistencia de Contreras, que al fin, mal herido, quedó en prision. Procuró con esto ponerse en cobro el coronel inglés, medroso de que le hiciesen pagar con el pellejo los treinta mil ducados que tomó por entregar la villa de Guéldres al duque de Parma, y otros odios privados entre Esquenck y él; é hizolo dejando su gente á la discrecion del enemigo, que mató y prendió á los que quiso, tomando el dinero y las demás cosas que se llevaban á Frisa: con este sobresalto viven los que faltaron á la primera obligacion de que se encargaron, y con esta poca seguridad es fuerza servirse de ellos. Poco tiempo pudo alabarse de este suceso Martin Esquenck; porque, ensoberbecido con él y con otros que tuvo despues que se pasó al bando

rebelde, olvidando que tienen límite los favores de la fortuna, y que las cosas grandes piden más que dicha para efectuarlas, acordó de emprender á Nimega, ciudad católica de las más principales de los Estados, situada sobre la siniestra márgen del rio Vaal, con quien él tenia tan particular ojeriza, que se alababa de haber nacido en ella para su ruina. Recogida pues cantidad de infantería en el fuerte de su nombre, que ocupa el pedazo de tierra á quien Cornelio Tácito llama la punta de la isla de los Bátavos, distante tres leguas el rio arriba de Nimega, se embarcó con ella en treinta navíos, pensando hacer golpe dos horas por lo menos antes del día; mas por ocasion de vientos contrarios, si bien iban los navíos ayudados de la corriente, no pudieron llegar á la vista de la ciudad antes que comenzase á reir el alba. Envió el Esquenck una barca de remos con cincuenta soldados escogidos, para que en son de amigos pudiesen desembarcar en la playa, entre la ciudad y el rio, y ganando puesto, defender el breve espacio que tardaria en llegarles el socorro; pero descubierta por la guardia que, medrosos ya del caso, se hacia en un torreón redondo de la marina, comenzaron á tratarlos como enemigos; si bien, desembarcados sin contraste, con picos y algunas vigas que hallaron en la playa, abrieron en breve espacio un portillo en cierta parte muy débil de la muralla, y de hecho se apoderaron de una casa y se hicieron fuertes en ella, defendiéndose valerosamente hasta que llegaron los compañeros, que los animaban con palabras y con obras. Acudieron los nimegueses con valor á tan peligroso accidente, y con algunas piecuelas de campaña que hallaron á mano comenzaron á batir la casa de que se habia apoderado el enemigo, y arremetiendo vivamente á ella, arrancaron á los herejes, y con muerte de muchos los echaron fuera. Peleábase entre tanto en la puerta que va á Cleves, llama la Mayeporte, donde roto el rastrillo y la misma puerta, comenzaban ya á entrar muchos enemigos, aunque por su daño, porque cargando los ciudadanos valerosamente, los rechazaron tambien, matando y prendiendo á los más arriscados. Martín Esquenck, valeroso y cuerdo capitán, tentó por el espacio de tres horas otras muchas veces la entrada, y siempre infelizmente; y á la última era ya tanta la gente

católica que habia cargado á la muralla, y tal la prisa que se daba en descargar sus arcabuces y mosquetes sobre los herejes, que al fin volvieron del todo las espaldas con tanta confusion y asombro que se ahogaron más de trescientos en el rio, sin más de otros tantos que quedaron muertos y heridos. Tomaron los de Nimega mucha parte de los navíos, desamparados de defensores; y para gozar de la victoria cumplida, hallaron entre otros cuerpos muertos abogados, el de Martin Esquenck; el cual, entregado al furor del pueblo, padeció los improperios que se pueden pensar, dejándole despues por muchos dias en un palo por espectáculo de su temeridad.

Quedó con la muerte de este hombre militar, que comenzaba ya á ser tremendo á todo el país, muy contento y satisfecho el de Gueldres; y créese de su condicion y modo de proceder, que si viviera, no fuera causa de menos inquietudes á los de las islas que á los propios católicos: altivo, insolente, despreciador de toda obediencia y de toda ley; cuyos soldados le lloraron por esto harto más que por las virtudes que no tenia; condicion propia suya.

De muy grande importancia era para los estados rebeldes la conservacion de la villa de Rimbergue, tanto por tener aquella plaza tan importante en el país de Gueldres, como por conservar aquel paso del Rhin á pesar de las fuerzas católicas. Habia ya seis meses que el marqués de Barambon la tenia sitiada, sin que en todos ellos se hubiese conseguido otro efecto que incomodar de vituallas á los cercados; y en este tiempo, habiendo tomado á su cargo el conde Adolfo Nuenaro el socorrerla, animado á ello tanto más despues de la muerte del Esquenck, que habia quedado heredero absoluto de sus fuerzas y perniciosas inteligencias, juntó en Arnem hasta tres mil infantes y golpe de caballos, con intento de tentar la fortuna; mas pegándose accidentalmente fuego á cantidad de pólvora que tenia en su casa, quedó abrasado con otros muchos y el socorro por hacer; que al fin le hubieron de tomar á su cargo los estados rebeldes. Tratóse pues en el consejo de Holanda de socorrerla á viva fuerza; y no menos por hallarse con pocas, que por estar tan poderoso el conde Cárlos en Brabante, se resolvieron en aventurar solamente tres mil quinientos infantes y tres-

cientos caballos; los cuales pasando el Vaal por el fuerte de Esquenq, á cargo del conde de Obresteny y del coronel Francisco Veer, inglés, y encaminándose por junto á Cleves, al fuerte que tenian en frente de Res, comenzaron á marchar en buena órden la vuelta de Rimergue, dejando el Rhin siempre á la mano izquierda. Habia sido avisado de esta junta el Marqués, y escribiendo al conde Cárlos que le viniese á socorrer, por excusar la emulacion, se ofreció en la carta á servir debajo de su mano con una pica. Resolvióse el Conde en socorrerle, y avisado del movimiento del enemigo, envió desde junto á Grave seis compañías de españoles muy á la ligera, á cargo del capitán Bartolomé de Torralba, y él comenzó á marchar con el campo: díjose que temió de trabajar en cosa cuyo buen suceso se habia de atribuir á otro; lo cierto es que si marchara con más diligencia, se estorbara el socorro y no sucediera lo que sucedió; y se verán semejantes inconvenientes siempre que los que gobiernaren ejércitos no tuvieren por su principal fin el servicio de su señor. Alegróse mucho el Marqués con la llegada de Torralba, tres dias despues de la cual tuvo aviso de que el enemigo se venia acercando y que su vanguardia habia ya pasado de Burique. Creyó el Marqués que no dejara el rio por no desabrigarse; y sacando de sus fuertes y reductos toda la gente que pudo, que en suma fueron mil italianos del tercio de Carlos Espineli, gobernados por don Alejandro de Limonti, su regimiento de ochocientos borgoñones y las seis compañías de españoles, en que podia haber cuatrocientos, y cosa de ochocientos caballos, gobernados por Apio Conti, determinó de salirle al encuentro fuera de tiro de cañon de la villa. Habíase hallado un puesto bien fuerte donde aguardar al enemigo, cuando trajeron aviso los corredores de que los herejes tomaban el camino de Alpe, y al punto mandó el Marqués tocar á marchar la vuelta de ellos, con quien se topó la caballería católica de manos á boca por entre aquellos bosques. Fué Apio Conti á cerrar con la infantería inglesa, y hallándose atajado de un zanjon grande de agua, de los que hay á cada paso en aquel país, y al enemigo tirando sus arcabuces y mosquetes de mampuesto, volvieron él y toda su caballería por un camino hondo, por donde venia ya embocado el tercio de Cárlos Espineli, que

abriéndole, atropelló la mayor parte de él. Valióse el coronel Veer de la ocasion y cargó con tanto valor, que sin embargo de la honrada resistencia que hicieron los napolitanos, degolló más de trescientos, y entre ellos la gente más lucida del tercio. Torralba, y tras él los borgoñones, cerraron con la vanguardia holandesa, que habia ya salido del bosque y entrado en el llano, la cual, seguida de su caballería, que iba de vanguardia, rompió tambien á este escuadron, aunque con mucha y honrada resistencia. Tomaron la carga los católicos la vuelta del cuartel fortificado del Marqués, distante más de media legua, á donde habia ya llegado la vanguardia del conde Cárlos, que oyendo la arma tan viva, apresuró el paso, y en particular algunas compañías de caballos, y el oír las trompetas y cajas de esta gente detuvo la furia del enemigo; el cual, sin otra pérdida que de cincuenta hombres, entró en Rimbergue con todo el socorro. Hizo el marqués de Barambon todo lo que pudiera el más experto capitan y valeroso soldado; tal, que estuvo muchas veces entre los enemigos peleando y animando á los suyos con su ejemplo, y á la postre quedara en prision si no fuese socorrido de Fernan Gonzalez de Sepúlveda, y otras dos picas españolas (1), que como él lo confesaba despues, le dieron aquel día la libertad ó la vida. Murieron de los españoles los capitanes don Diego de la Guerra y Cosme Pujalte, valenciano, natural de Alcira; don Diego Enriquez, hijo natural de don Bernardino de Toledo, hermano del conde de Alba, alférez y gobernador de la compañía de don Pedro Manrique, murió dentro de ocho dias de las heridas que sacó en esta ocasion; don Juan Coloma, caballero aragonés, natural de Borja, murió abrazado con una bandera del enemigo, despues de haberla quitado con la vida al alférez que la llevaba (2); finalmente, faltaron este dia ciento y

(1) «Alejandro de Cartellá, baron de Folgons, natural de la ciudad de Gerona y Bernardino de Flores, natural de Zamora.» En vez de las dos picas, cita la edicion de 1635 los nombres de estos dos españoles, que eran sin duda los que las acaudillaban.

(2) «Y murieron Solivera, Marco Antonio Cacosta de Lentorn, Jerónimo



treinta y dos españoles, la gente más lucida de las seis compañías. Murieron de los napolitanos el marqués de Cirro, Juan Antonio Carrara y Alonso Palagano, capitanes; siete alféreces, don Antonio Espínola, natural de Palermo, hijo del maestro Portolano, y otra mucha gente noble; Juan Tomás Espina, napolitano también, capitán, quedó muy mal herido de un picazo que le pasó desde abajo del ojo izquierdo al colodrillo, y otro caballero valenciano, llamado don Jerónimo Corrella, fué hallado después entre los muertos con veinte y dos heridas, y ambos curaron de ellas (1).

Viéronse y consoláronse aquella noche juntos el Marqués y el Conde, dando el primero la mano en el gobierno con modestia verdadera, y no admitiéndole el segundo con humildad cortesana; con todo eso se encargó de castigar la temeridad del enemigo á su salida de Rimerbergue, y discurriendo que no saldría por el camino de Buriq, por ser el más sospechoso, como el más fácil, determinó de aguardarle por el que va á Watendonck, por si acaso, medroso del peligro que se le aparejaba, se resolviese en retirarse á Orsoy y pasar el Rhin por allí, valiéndose del país neutral, como lo era aquella y las demás villas del duque de Cleves. Creyóse que fué advertido de esto el enemigo, daño casi irreparable en guerras civiles, y uno de los mayores que en ellas se padece; porque el otro día, después de metido el socorro, se salió por la puerta de Buriq y se puso en salvo sin que se le tocara un arma.

---

Guinarte, don Andrés Gallart y Onofre Tomás:» añadido en la edición de 1635.

(1) «Señaláronse en esta ocasión de valientes soldados Federico de Flito, del hábito de Santiago, capitán napolitano y su sargento, y de los españoles los tres que socorrieron y libraron al marqués de Barambon, Cristóbal Maldonado, don Gaspar de Lupian, Pedro de Rajadell, Jusepe Ponce de Monclar, Baltasar Guinarte, hermano de Jerónimo; Bartolomé Pla, Francisco Castellon de las Puellas y otro Francisco Castellon de Tarragona, el alférez Pablo Bas, el alférez Casales, el alférez Juan Lopez de Teruel, el alférez Hernando Diaz, Pedro de Orcau, á quienes señaló el duque de Parma ventajas particulares:» añadido en la misma edición.

Seguiose el Conde cuando ya no era posible alcanzarle; y sabiendo que se habia retirado del todo, se puso sobre el fuerte de Res, y en seis dias de sitio se le rindió (1) saliendo de él cuatrocientos hombres, á quien se dió escolta hasta el fuerte de Esquenck. La pérdida de este fuerte y el haber sido el socorro que entró en Rimbérgue más de ostentacion que de provecho, dió ocasion á que algunos meses despues se resolviese monsieur de Dort, gobernador de aquella plaza, en rendirla con honestas condiciones; pero esto fué por Marzo del año siguiente.

Era ya entrado el mes de Diciembre cuando se enviaron los tercios de españoles á los alojamientos; el de don Francisco se alojó en Diste, Liau y Herentales y el de don Juan Manrique en los búrgos de Cortray y en Menin, para desde allí comenzar á dar calor á las cosas de Francia, cuyos sucesos contaremos luego todos juntos para mayor claridad.

Salió el duque de Parma de Aspa, á mediado Octubre, algo mejorado de su hidropesia, y despues de haber estado algunos dias en Bruselas, se fué á Binz, para recrearse allí con la caza y apartarse de los negocios que comenzaban ya á cansarle demasiado. Allí se despidió dél la víspera de Navidad el duque de Pastrana, de vuelta para España, á donde le llevaba la necesidad de acudir á los negocios de su hacienda, despues de la muerte de la princesa de Évoli, su madre, de quien heredó grandes estados. Llegado el duque de Pastrana á Milan, tuvo aviso de la merced que Su Majestad le habia hecho del cargo de capitán general de la caballería ligera de los estados de Flandes, por haber aceptado el marqués del Vasto la del estado de Milan, y entre los que le acompañaban hubo votos que se volviese desde allí á servir aquel oficio tan importante y honrado; con todo eso, se resolvió en seguir su viaje, para poder volver despues con más comodidad, como lo hizo, aunque lo difirió dos años.

---

(1) «Despues de plantada la artillería á punto de batir:» adición como las anteriores.

Muertos los príncipes de Guisa, como se dijo; presos el cardenal de Borbon y el nuevo duque Cárlos, quedando sólo el duque de Humena por cabeza del bando de la Santa Liga, comenzó á triunfar el rey de Francia y ganar muchas tierras sin dificultad; pero aumentando el de Humena su campo con todas las fuerzas de la Liga, por quien se declaró luego el duque de Lorena y sin los príncipes de su linaje, que en Francia son los duques de Mercurio y de Aumale y el Beuf, sus amigos; y obligados los duques de Joyossa y Nemours, los mariscales de la Chatre, Rone, Bassompierre y Sampol, con catorce mil infantes franceses, tres mil alemanes del conde de Colalto y cantidad de lorenenses y al pié de tres mil caballos, sitiaron al Rey en la ciudad de Tours, capital del país de Turreyna y en una gruesa escaramuza le mataron más de dos mil soldados y le atemorizaron de manera, que con mensajeros á gran prisa envió por el príncipe de Bearne, que venía ya con toda diligencia en su socorro con tres mil gascones y mil caballos. Llegado á Tours, le recibió el francés con tantas demostraciones de alegría, como si toda la vida hubieran sido estrechos amigos, jurándose perpétua amistad y alianza: á tanto obliga la necesidad presente, ó tanto puede en los príncipes la disimulacion; y ordenaron las cosas de manera, que el duque de Humena, despues de abrasados los búrgos de aquella ciudad, se resolvió en pasar el Sena, para aguardar los socorros que le venian de Flándes y de Alemania y un regimiento de esguázaros católicos, que habia de subir por el ducado de Borgoña, hecho levantar por el duque de Nemours; el cual desde la ciudad de Leon, donde era gobernador, y el duque de Saboya, su primo, principal pretendiente de los despojos de Francia, despues de engolosinado con el marquesado de Saluzo, no dejaban perder ocasion en que pudiesen encaminar el aumento de la Liga, y á vuelta de él el suyo. En viéndose el rey de Francia desembarazado, por adquirir reputacion comenzó á tomar muchas villas; y dando á saco las primeras, no fué menester hacer grandes diligencias para aumentar el ejército, que en breves dias se acrecentó de mucha infantería. Seguian el partido del Rey todos los príncipes de su sangre, el condestable Montmorency, el duque de Nevers y los mariscales de Bullon, Biron,

Matiñon, la Nue, Aumont y Res. Habia entre tanto el duque de Aumala juntando un buen ejército en Picardía, su gobierno, asistido de monsieur de Baliñi, tirano de Cambray, que por entonces tenia el partido de la Liga, y con él se puso sobre la ciudad de Sanlis (llamo ciudades á todas las que en Francia son cabezas de obispados, aunque los naturales no las llaman más que villas), y en breves dias la redujeron á término que trataban ya de rendirse; cuando pareció el socorro que traian el duque de Longueville y los señores de la Nue y Gibri, y tras alguna resistencia, rompieron el campo colegado, con pérdida de mucha gente y de toda la artillería; que fué un daño notable en aquella sazón y tal que comenzó á causar gran temor en los de París, que al punto enviaron á llamar en su socorro al duque de Humena, el cual hacia honrados progresos en la alta Normandía. Por otra parte, el duque de Lorena, asistido de las fuerzas colegadas de campaña, á cargo del mariscal de Sampol, teniente en aquel gobierno por el duque de Guisa, preso, y Camilo Capizuca con su tercio de italianos, enviado por el duque de Parma y en su compañía doscientos caballos ligeros y trescientos hombres de armas de las bandas de Flandes, rompieron un socorro de infantería alemana, que el conde Palatino enviaba en servicio del francés. El duque de Joyosa, tambien del bando de la Liga, llamado por los de la ciudad de Tolosa, se encargó de su defensa y de toda la Gascuña y Lenguadoca contra los herejes. El duque de Mercurio hacia la guerra en Bretaña, de donde era gobernador por la Liga, como el de Montpensier por el francés; de suerte que toda la Francia ardía en guerra, sin que una sola lengua de ella pudiese alabarse de estar en paz: hasta el duque de Saboya, deseoso de pescar en agua turbia, se hacia sentir contra los de Ginebra, asistido por los ejércitos y dinero del Rey, que deseaba ver á su yerno señor de aquella importante ciudad, cabeza entonces de la secta de Calvino.

En esta confusion se hallaban las cosas de Francia cuando, después de haber ganado el Rey, en compañía del de Bearme, á Pontoise, se resolvieron en poner sitio á París, fiados en tenerle tomados los pasos de las vituallas y en ciertas inteligencias que se traian dentro

con los que se llamaban realistas y políticos; los primeros excusables, y áun dignos de alabanza, por el amor natural de su rey y señor, y los segundos despreciadores de toda ley y de toda religion, profesores de reglas de estado y discípulos del Machiavello y del Bodino; como si las reglas del buen gobierno y los preceptos con que la maña y el cuidado deben asistir á la conservacion del Estado no pudiesen practicarse sin ofensa de la conciencia, y lo que pueden hacer la prudencia y vigilancia fuese necesario mendigarlo del engaño y la malicia; siendo así que para la conservacion de las cosas propias no es necesario engañar, sino procurar no ser engañado; y esto no contradice á las reglas de la conciencia cristiana, ni ha menester las que ellos llaman políticas para conseguirlo. Alojóse el rey de Francia en el puente de San Cláudio, dos leguas pequeñas de París, poniendo todo su campo en diversos puestos, acomodados para conseguir su intento; pero cortó sus pasos y esperanzas, cuando mayores se las pudo prometer, la Providencia divina, atajando los daños que pudo ocasionar en la religion, sino su duda en ella (que esto no lo creo), á lo menos la nueva amistad con los herejes, cuya contagion es tan peligrosa, y tan prohibido en los príncipes católicos valerse de quien no lo es.

Hallábase dentro de París un fraile dominico, de hasta veinte y seis años de edad, de humildes padres, natural de Sens, en el ducado de Borgoña; persona de pocas letras, y que en la humildad de su vida habia mostrado corto y retirado talento; su nombre Jacobo Clemente. Solia éste entre los religiosos de su convento contar que habia tenido ciertas revelaciones en que se le aseguraba poder matar al Rey sin escrúpulo, y á esta causa era tenido por hombre falto de juicio, y más cuando afirmaba que habia de ser él ejecutor de esta muerte. Harto puede maravillar que este poco recato no hubiese hecho advertir al Rey más fundadamente, pues sólo se le dijo que se guardase, segun refieren algunos, de un fraile dominico, sin señalar cuál; con que prendiéndole y averiguándolo, hubiera librádose de aquella desventura; pero si esta muerte, sea para castigo ó beneficio de su reino, la tenia decretada la Providencia divina, mal pudiera desbaratarla ninguna prudente prevencion humana. Y no es estilo poco guardado de

Dios en tales casos, engañar todos los consejos de los hombres, y hacer ejecutar los suyos por los medios más flacos, para convencer la duda de quién fué el autor. No dejó el Rey, aunque el aviso fué de la calidad referida, de guardarse con algun recato, de que no se sirvió cuando debiera. Salió de París fray Jacobo el postrero de Julio, despues de haber celebrado la misa y encargado á sus frailes que le encomendasen á Dios, porque iba á Orliens, y temia no verlos más. Harto descubiertamente parece que habló en esto, é induce á mucha maravilla no haberlo entendido y detenídole los frailes, siendo cierto que lo advirtieran, aunque queramos imaginarlos poco parciales del Rey, pues no debe presumirse llegarían á desear su muerte; y dado que pudiese ser, no pudo contentarles el medio ni tenerle por útil á su religion. Parece que iba la justicia divina multiplicando pruebas de ser suyo el decreto. Llegado á San Cláudio, pidió le deixasen hablar al procurador del Rey, con quien afirmó tener nogocio de importancia; hablóle, y mostrando un pasaporte y cartas de algunas personas de cuenta presos en París, de cuya parte dijo que tenia que referir al Rey á boca cosas de gran consideracion, le dió cuenta de ello aquella misma noche, y el dia siguiente mártes á 1.º de Agosto, á las once de la mañana, aún no acabado de vestir el Rey, le mandó llamar. Cuando entró estaba solo con él monsieur de Bellagarde: preguntando el Rey si traía cosas secretas que decirle, respondió que sí, y haciendo caedizo un papel, cuando se bajó para levantarle, sacó de la manga izquierda un cuchillo que habia dias tenia amolado, y segun algunos afirman, emponzoñado para aquella miserable hazaña, y antes de enderezarse, se le metió por el vientre al Rey. Volvió Bellagarde á sus voces, que se habia desviado algo, y entre él y dos ó tres ayudas de cámara, que acudieron, movidos de la debida indignacion, á tan lamentable suceso, hicieron pedazos al fraile, que espiró de la segunda puñalada, gritando el Rey que no le acabasen. Echáronle luego por las ventanas, y despues de hecho cuartos, con otros tantos caballos fué quemado con fiereza digna de su maldad, si pudiera haberse ejecutado en cosa sensible; porque en caso semejante, no sólo la ejecucion halla proporcionadas penas al delito, mas ni aún la cólera

y el deseo de venganza acierta á pensar las que se le deben; porque, si vemos que las leyes de Esparta y otras no señalaron pena al parricidio, por hallarse aquellos antiguos legisladores incapaces de dársela condigna á tan atroz delito, ¿qué será cuando la vida que se quita no es al propio padre, sino al que lo es de tantos; no á un hombre ordinario, sino al ungido de Dios, y al escogido entre todos para el gobierno de los demás? Lícito dicen algunos que es matar al tirano; peligrosa doctrina por lo menos, por el motivo que puede dar á semejantes males; porque ¿quién sabrá que es tirano el que mata? ¿Quién hace tan sabio á un hombre solo, que sin conocimiento de causa, sin admitir defensa, haga el cargo, juzgue y ejecute, especialmente en la persona real, y á un mismo tiempo sirva de fiscal, relator, juez y verdugo de quien nació para dueño y cabeza de la justicia, sin sumision á otro juez que á Dios, dejando el perjudicial ejemplo que en el mismo reino tomó adelante Francisco Ravallack, mónstruo del siglo presente, y ambos memorables en los porvenir? Tal fué la maldad de fray Jacobo Clemente; y puesto que mirada á todas luces, es tan execrable, procedió, á lo que parece, en ella con simpleza ó locura, creyendo firmemente que acertaba; y aunque se tiene este suceso por efecto de la Providencia divina, librando la cristiandad de los males que amenazaban, el enojo y ceguera de aquel Rey no disculpa la atrocidad del pecado que se cometió en su muerte, y el delicto, que lo fué sin duda el mayor que pueden cometer los mortales; permitiéndole Dios por sus justos juicios, como con las armas infieles castiga tal vez las provincias y reyes más católicos. Curaron al momento al Rey de su herida, no con entera desconfianza de su salud, hasta de los más modestos; que los lisonjeros para dentro de seis dias se la aseguraban: bajo de los más peligrosos que tiene toda la navegacion de la vida de un príncipe, pues al remate de ella, siendo tanto más largas y dificultosas las cuentas que ha de ajustar y tanto más el espacio que piden, nadie osa manifestarle á tiempo el peligro; aún hasta aquel último trance no pueden librarse del veneno de la lisonja, á que viven sujetos siempre, sin duda el más perjudicial de todos, pues entre otras ruines calidades con que excede á los demás, es sólo, entre todos los

engaños, el que no se ataja descubriéndole, que en quien le conoce, y áun en los que se previenen para resistirle, hace efecto; tanto se ajusta con nuestro natural. Pasó el Rey aquella noche con algun sosiego; pero hinchándosele la herida y el vientre, al otro dia comenzaron á desconfiar los cirujanos de su salud; y en confirmándose hácia la noche el pasmo, le hicieron advertir que se moria. Los de la Liga, en ódio suyo, afirman que fué sin confesion; pero lo cierto es que se confesó, como consta de una escritura hecha el cuarto dia de Agosto de aquel año, confirmaba por el cardenal Gondi, obispo de París, con once testigos los más principales que allí se hallaron, y entre ellos el que le confesó, el cual, pidiéndole que le absolviese de cierto monitorio que habia pronunciado el Pontífice por la muerte del cardenal de Guisa y prision del de Borbon, rehusó de hacerlo hasta que, ofreciéndose á obedecer en cuanto pudiese á los mandatos de Su Santidad, recibió devotamente la absolucion; pero el haber dejado nombrado por sucesor en la corona al de Bearne, sin acordarse del cardenal de Borbon, que debia precederle, ni haber hablado en su libertad, causa alguna duda en la calidad de su arrepentimiento, ó por lo menos en la total entereza del juicio, que pudo ocasionarlo, como queda dicho, el haber tardado más de lo justo en declararle su cercana muerte.

Tal fué la que tuvo Enrique III, rey de Francia, y antes de Polonia, habiendo gozado poco más de trece años el reino, si gozarle puede llamarse con los trabajos, guerras, desobediencias y cuidados que le tuvo, causado de las disensiones que en él introdujo la herejia, y no remedió su flojedad y descuido natural con que aborrecia el trabajo y los negocios, dejándolos en manos de sus privados, á quien era demasiado rendido, y por la facilidad de su condicion sujeto á miedos y sospechas. Tenia, á vueltas de estos defectos, algunas virtudes no poco estimables: era de agudo y presto entendimiento, y elocuencia muy eficaz, principalmente en el negocio que deseaba efectuar; disimulaba el enojo sagazmente y los deservicios, aunque los olvidaba tarde. Acabó con él la antigua y esclarecida sucesion de la casa de Valois, despues de haber poseído la corona doscientos setenta años, y entre sus mismos autores hay quien diga que, por haber procedido el

Rey Felipe el Hermoso con demasía contra el papa Bonifacio, y despues con la clerecía y los templarios, se extinguió su sucesion. Y á la verdad no causa poca admiracion haber visto perecer aquel gran linaje, apoyado poco antes con cuatro hijos varones de Enrique II: tal es la firmeza que se puede adquirir en las cosas de esta vida, á quien Dios con supremos fines gobierna, sin que pueda rastrearlos ni prevenirlos el juicio de los hombres, cuya prudencia debe, acordándose de las cosas pasadas, tratar de las presentes lo más advertidamente que se pudiere, y jugar algunos pocos lances no más en las futuras, pues siendo tan dudosas como se ve, es error cargar todo el cuidado en ellas; que por mirar siempre adelante, tropezará el que lo hiciere en la piedra que tuviere á sus piés.

Causó este suceso en el ejército francés la confusion que se puede pensar, alterando, como acontece siempre, este gran accidente los ánimos y esperanzas de todos: tan flaco es el fundamento que tienen los discursos humanos, pues pudo impedir cuanto trazaba un Rey y habian de ejecutar sus fuerzas el atrevimiento ó la locura de un hombre tan humilde. Comenzó toda la gente de guerra, despues de dada la obediencia al príncipe de Bearne, á dividirse de manera, que no fué posible pasar por entonces adelante el sitio de París, tanto por la falta de la mayor parte de la nobleza, que se retiró á sus casas, como por no acudir los realistas de París á los negocios del de Bearne con la prontitud que solian al servicio de su Rey y señor natural; á quien los pueblos, aunque se hallan justamente quejosos de algunas faltas suyas, aman con cierta especie de reverencia diferente que á los demás hombres. Causa fué tambien desto la opinion en que estaba de no católico, á cuya causa, y por tocarle antes la corona al cardenal de Borbon, como se ha dicho, vinieron todos de buena gana en la eleccion que el bando de la Liga hizo del Cardenal; jurándole y dándole aunque ausente y preso, la obediencia como á su Rey y señor, y al duque de Humena como á su lugarteniente general. No reparaba esto totalmente el estado de las cosas presentes, por la edad del Cardenal y la imposibilidad de dejar sucesion, y en cierta manera calificaba el derecho del de Bearne; pero escogióse por medio breve, para

dar tiempo á consultar más maduramente, y resolver con mayores apoyos lo que conviniese para adelante; pareciendo que al partido de la Liga daría autoridad esta sombra siquiera de Rey, que tanta fuerza tiene con los pueblos, á quien siempre fué sospechosa la junta de los nobles sin él. Enviaron los príncipes de la sangre real aliados con el bearnés un embajador al Papa, justificando su causa; y lo mismo hicieron los del bando de la Liga, de que resultó enviar Su Santidad por su legado *a latere* al cardenal Cayetano á París, favoreciendo en esto y en otras muchas demostraciones á los colegados; los cuales, reforzados de gente, llevaron su ejército á Normandía, y el de Bearne, despues de haber tentado en vano á la ciudad de Roan, viéndose con menores fuerzas que los colegados, se retiró á Diepa, cediendo á la fortuna por entonces, como con gran prudencia y valor lo hizo este príncipe muchas veces, dando lugar con eso á lograr sus ordinarias mudanzas. Allí se defendió del ejército de la Liga, que luego fué en su busca con la fortaleza de aquella plaza y del castillo de Arques, hasta que, viniendo en su socorro con gruesas tropas el duque de Longueville y el mariscal de Aumont, desalojó el de Humena, y pasando la Soma, entró en Picardía para dar calor á los católicos de la villa de la Fera; de la cual se apoderó por industria del senescal de Montalimar, matando éste por sus manos y (á lo que se dijo) en son de amistad al marqués de Menele, que la tenia por la Liga y trataba de entregarla al de Bearne; el cual tomó en este medió á Hen, y de allí pasó otra vez á Diepa, para aguardar el socorro de 4,000 ingleses que le enviaba la reina Isabel. Aumentó con ellos su ejército de suerte que se atrevió á volver á poner sitio á París, deseoso tambien de retirar de Picardía al duque de Humena, cuyas fuerzas, juntas con las del Rey, que á cargo de monsieur de la Mota estaban ya aperechadas en las fronteras de Artois, le comenzaba á parecer demasiadas; y llegando de repente, saqueó los búrgos de San German, de Santiago y de San Marcelo. Entró pocos dias despues en París con gruesas tropas el duque de Nemours, y luego el de Humena, que fué de gran momento para muchas cosas, y en particular para tener á raya á los políticos, que comenzaban ya á tumultuar. Viendo pues el bearnés la

poca posibilidad que tenia por entonces de proseguir el sitio de París, levantó el campo, y consecutivamente tomó con poca ó ninguna resistencia á las villas de Estampes, Gionvila, Vendome, Mans y Alanson, sin que el duque de Humena juzgase á propósito el pasar el Sena en su socorro, ni desamparar á París, á donde cada dia se iban descubriendo más ruines humores. Estas son las cosas más notables que pasaron este año en Francia; de que he procurado desembarazarme con brevedad, sin dejar de tocarlas como de paso; lo primero por no estar aún interesadas las armas del Rey, aunque sí el dinero y los amigos; y lo segundo por hacer más inteligible la narracion de los años venideros, en que forzosamente habré de alargarme más por acompañar á las banderas y estandartes españoles, cuyo suceso es nuestro principal asunto.

En sabiendo el duque de Parma en Aspa, en donde estaba, la muerte del rey de Francia, mandó luego á monsieur de la Mota que con su regimiento de walones y los del marqués de Renti, monsieur de Guerpe, conde de Bossu y los regimientos de alemanes de Ferrante Gonzaga y don Juan Manrique, las compañías de caballos de don Alonso Idiaquez, don Juan de Córdoba, don Pedro Moreo y las de arcabuceros de á caballo de los capitanes la Escolé y la Biche, con las de ordenanzas del duque de Arscot, príncipe de Simay y conde de Egmont, que por todos podian hacer número de cinco mil hombres, se alojase entre Hedin y Bappames, á la raya de Francia y que allí aguardase la órden de lo que habia de hacer. Fué casi en esta ocasion cuando se mandó dividir el tercio viejo del campo del conde Carlos, y á esta causa creyeron algunos que le mandaban encaminar allá; pero hizose dél lo que dijimos en su lugar y del campo de monsieur de la Mota lo que veremos en el discurso del año siguiente; el cual desde fin de Octubre de este estuvo alojado en Pas, en Artois, sin desmandarse un hombre á entrar en Francia debajo de ningun pretexto; y esto por el buen cuidado de la Mota, y principalmente por comenzarse ya á emplear en esta gente, como destinada á la guerra de Francia, el dinero que con particular cuidado se enviaba para aquel efecto; é hizole tan malo como veremos presto esta diferencia, pues cuando es-

tas tropas gozaban poco menos que de sus pagas cada mes, la demás gente padecía mil descomodidades, que, exageradas por el vulgo de los soldados, no podían dejar, según su natural condición, de producir ruines intentos y peores efectos.

### LIBRO III.

Año de 1590.

Toman los rebeldes á Breda por estratagema; castiga el duque de Parma el poco valor de aquel presidio.—Toma el conde Cárlos á Seembergue.—Tienta Mauricio en vano á Nimega.—Amotínase el tercio de don Juan Manrique y págase.—Forma el duque otro tercio de españoles.—Sucesos de Francia: sitio de París y su socorro por el duque de Parma, que sitia y toma á Lagní y despues á Corbell, ambas por asalto. Entra el Duque en París; vuélvese á los Países-Bajos, y en Pontarsi es acometido por el príncipe de Bearne con pérdida de reputacion y gente francesa.—Progresos del coronel Verdugo en Frisa, de donde sale mal contento el tercio de Manuel de Vega Cabeza de Vaca.

Andaban al principio de este año 1590 muy vivas las inteligencias con Francia y las trazas del comendador Juan Moreo comenzaban á hacer grandes efectos; y así, para empezar á dar órden á esto, volvió el duque de Parma á Bruselas á los 6 de Febrero, muy mejorado, al parecer, de sus achaques y con grandes deseos de tentar la fortuna con el rey de Navarra siempre que se le mandase entrar en Francia; aunque no dejaba de representar al Rey en todas las ocasiones, que para no más de sustentar lo ganado en los Países-Bajos y hacer de veras la guerra en Francia eran necesarias muchas más fuerzas y mayores provisiones de dinero de las que se tenían. El hablar el Duque en sus cartas en esta materia con la libertad que debe un buen criado

á su señor, y usar el mismo lenguaje en Bruselas sus ministros, dió ocasion á que Moreo (que, por verificar sus promesas y conseguir sus esperanzas en Francia, no reparaba en el peligro á que se ponian los estados de Flandes) escribiese á la córte desconfiado de la voluntad del Duque en lo tocante al socorro de la Liga, con término poco decente y menos recatado de lo que fuera justo. Estas cartas llegaron á manos del príncipe de Bearne, y poco despues, por conveniencias de estado á las del duque de Parma, que lo sintió como era razon, y á su tiempo lo mostró, como se dirá. Entristeció poco despues los ánimos de todos la pérdida de la villa de Breda, una de las más principales de Brabante y de las más fuertes; que pasó de esta manera.

Habia, como se ha dicho, hecho merced el duque de Parma á Eduardo Lanza Vecha del gobierno de Santa Gertrudembegue, con retencion del de Breda; consejo peligroso y lleno de mil inconvenientes siempre, y merced no sólo dañosa á quien la hace, sino tambien á quien la recibe, pues empeñar su honra en el cuidado ajeno parece que no puede apetererlo la ambicion más ciega. Fuélo la de Lanza Vecha en más que abrazar los dos gobiernos, pues pudiendo dejar en su lugar en Breda algun soldado de su nacion experimentado y valeroso, á quien encargar su honra, mientras atendia á la fortificacion de Santa Gertruden, en que estaba ocupado, dejó un hijo suyo llamado Pablo Antonio, mozo de diez y ocho años, el cual desde el castillo en donde habitaba, atendia más á los ejercicios capaces de su edad que á los que fueran menester para asegurar una plaza de tanta importancia; fiado tambien en la experiencia y solicitud del sargento mayor Francisco María Graso, como si el tener de quien tomar consejo, y el no pedirle, sucediese raras veces. A este sargento mayor habia su padre encomendado, entre otras cosas, muy en particular que no dejase entrar barcas de carga de las que con licencia del conde Mauricio solian bajar de Holanda y subir de Breda por el rio Merque, el cual, atravesando parte de la villa y por medio del castillo, desagua en aquellos brazos de mar más abajo del fuerte de Noordam, junto á Se-venbergue. Habia en el castillo cien soldados italianos de guarnicion y en la villa las compañías de don Francisco Ventimilla, que goberna-

ha la gente, César Guerra, Dominico Ripeta, Jerónimo Graciar y Jacomo Janfilachi, aunque este último se halló ausente. Habia tambien la compañía de lanzas del marqués del Vasto, gobernada por el Tarlatino, su teniente, soldado de cuenta entre su nacion. Supo el conde Mauricio el poco cuidado que, sin embargo de la órden dada por Lanza Vecha, habia en reconocer las barcas que entraban en la villa por el castillo; y mandando apereibir una con un sobrado falso, donde metió setenta hombres escogidos de todo su ejército, la hizo cargar de turba, que es la leña ordinaria de aquel país, y encomendando la empresa al capitan Cárlos de Herrouguieres, natural de Cambray, apereibiendo dos mil hombres á cargo del conde Holach, con que secundar á la primera nueva del buen suceso, él con 3,000 más se dispuso á echar el resto, cuando lo necesitase la resistencia, que no hubo. Partió la barca de la aldea de Terlever, en la isleta de Clundert, tres leguas de Breda, el Merque arriba, la noche de los 25 de Febrero; y tras varias dificultades de hielos, vientos contrarios y bajas mareas, que los detuvo en el camino cerca de nueve días, llegó finalmente junto al primer rastrillo cosa de hora y media antes de anohecer, y sin ser reconocida por el sargento mayor (que, por hallarse jugando y perdiendo, envió dos cabos de escuadra en su lugar), acabó de entrar del todo dentro del castillo. Cuéntase por gran maravilla que ya á esta sazón estaba el ponton tan maltratado de los hielos y golpes que habia dado en tierra con las bajas mareas, que llegaba casi á la cintura el agua á los soldados; y que uno de ellos, apretado de la tos, pidió con gran instancia que le matasen, por no dañar á sus compañeros. Un ciego que reconociera el bajel descubriera el engaño; y fueron tales los exploradores, que en lugar de hacerlo, se fueron á beber á una taberna con el patron de la barca, y se estuvieron basta cerca de las ocho de la noche. Debían ser poco más de las once, á los 3 de Marzo, cuando calió el capitan con sus soldados, y de tal manera menearon las manos, que en un instante se apoderaron del primer cuerpo de guardia, y tras él, con poca resistencia, de la puerta que sale á la villa, y en ambas partes mataron al pié de treinta hombres. En medio del castillo está la torre del homenaje, rodeada de fosos con

agua y puente levadizo; donde viendo el pleito mal parado, se hizo fuerte el capitán Pablo Antonio Lanza Vecha con algunos soldados. Comenzáronse á juntar los burgueses en su cuerpo de guardia de la villa al estruendo y vocería que oyeron del castillo, acudiendo también los italianos al suyo; y en lugar de ir luego á cortar el puente que sale del castillo á la villa, ó de hacerse fuertes en la puerta de Amberes para aguardar el socorro, que no les podia faltar en breve, se resolvieron en salvarse y desamparar la plaza, y al punto lo hicieron, sin embargo de la instancia que contra esta vergonzosa resolución les hizo el conde Vicencio Capra, alférez de don Francisco Ventimilla. Pero ellos, turbados ya, insistieron en su primer propósito con tanto temor, que por no aguardar á que trajesen las llaves de la puerta, la hicieron pedazos. La compañía de caballos fué la primera á desamparar la tierra, sin olvidar su bagaje, y tras ella con la misma prevención salieron los demás, sin dar oídos ó los burgueses de la villa, que se ofrecían todos con gran valor á la defensa de la patria y de la reputación del Rey su señor; pero nada desto bastó á detener á aquellos ánimos, que habiendo comenzado á faltar á las obligaciones de la honra, sólo trataban de salvar confusamente las vidas. Llegaron á la puerta del Burgaraute de Amberes cuando con gruesas tropas de infantería y caballos salía por ella el coronel Cristóbal de Mondragon, avisado del suceso del castillo de Breda, deseosos todos de emplear sus vidas en la defensa de aquella importantísima plaza. Llegó poco despues de la salida de la gente el conde Holach con la primera tropa del socorro, y en viéndole asomar los de Lanza Vecha, se rindieron, dejando las armas y el bagaje en poder del enemigo. Tentaron de defenderse por un rato los burgueses; pero en sabiendo que se acercaba el conde Mauricio con lo restante de su ejército, se resolvieron en capitular, rescatando el saco con 30,000 ducados que desembolsaron luego, obligándose á recibir la guarnición que el conde Mauricio quisiese meterles; el cual, alegre lo que se puede pensar de este suceso, hizo gobernador de aquella plaza al capitán Carlos de Herrouguieres, que la ganó, y dejándole 2,000 hombres de guarnición, volvió á Holanda contento y victorioso.

Sintió el duque de Parma este suceso por muchas razones: la primera por la importancia de la plaza, llave del país de campiña, el más poblado, y aunque estéril en sí, de lo más provechoso del ducado de Brabante, á quien desde ella se podía poner casi todo en contribucion, y por otras consideraciones en órden al servicio del Rey, y al buen suceso de aquella guerra; pero lo que por ventura le afligió más vivamente el ánimo fué el deslucimiento que se le seguia á la nacion italiana, que dado que esta mancha (pues la culpa no puede ser de quien no la comete) no la abrazaba toda, el sentimiento de ella es sin duda que era universal, especialmente habiéndola el Duque comenzado á favorecer, contra la opinion de su padre, con algun exceso. No hubo mientras el duque Octavio vivió, tercios italianos en Flandes: decia este príncipe prudente y lleno de experiencia, que aunque el provecho que su hijo anteponia, y con razon de la emulacion que forzosamente habia de nacer entre los españoles é italianos, era muy grande; y podia ser de mucho fruto eso y su valor, era sin comparacion mayor el daño que se seguiria si, aficionándose su hijo, como se aficionaría sin duda, á su propia nacion, llegasen los españoles á tener celos de los italianos y á persuadirse que los amaba más y los estimaba en tanto como á ellos; y en esta conformidad le escribia muy de ordinario que si queria alcanzar prósperos sucesos, conservase el crédito que con los españoles tenia, honrándoles y haciéndoles merced y arrojándolos á los peligros, de donde era cierto que saldrian con la reputacion que siempre. Añadido pues este sentimiento á la ley de la guerra, presos los capitanes de Breda (salvo el Rapeta, que probó haber procedido bien) y el teniente del marqués del Vasto, con la presteza que la ira acompañada de la razon y de la autoridad ejecuta, les fueron cortadas las cabezas en las vallas del palacio de Bruselas. A don Francisco Ventimilla salvó, aunque más culpado que todos, su mucha nobleza y pocos años. Sobrevivió este caballero menos de uno á su desventura, ahogándose en el puente de Palermo con otros muchos que acabaron allí desgraciadamente sus vidas. Su compañía dió el Duque al conde Vicencio Capra, alérez que era de ella, en pago del buen

ánimo que mostró y de los protestos que hizo, procurando que se opusiesen todos al enemigo y darles á entender que no podia ofrecérseles en toda la vida mejor ocasion de perderlas que en defensa de su honra.

Este fué el suceso de esta infelice pérdida, y ella despues ocasion de otras muchas, como se verá. Dejó tambien el gobierno de Santa Gertruden Lanza Vecha, que se volvió harto afligido á la ciudad de Alejandría de la Palla, su patria, donde vivió pocos meses, dejando bastante ejemplo y escarmiento de la brevedad con que malogra en la guerra la reputacion adquirida en muchos años una sola hora de descuido ó desdicha, que así se habrian de llamar los defectos de quien suele acertar. Mandó el Duque entrar en aquella plaza el tercio de borgoñones del marqués de Barambon, en que podia haber mil y trescientos; encomendando el gobierno á monsieur de Waterdick, teniente coronel del Marqués, y soldado de valor y experiencia. Al viejo Lanza Vecha culparon todos más de ambicioso que de falto de valor, y siempre será tenido con razon por tal y por temerario, no sólo quien se atreviere á obligar su honra en dos partes (siendo menester todo un hombre para acudir al cumplimiento de sus obligaciones en una), pero quien se consolare de estar cuatro meses, quanto más años, ausente de la plaza que se le tiene encomendada, sin órden expresa de quien se la puede dar, aunque los generales y áun los reyes no reparan en ello; que á quien el gusano de su honra no le persuade á que esté atado á las murallas que se obligó á guardar, no se lo persuadirá el miedo de la pena, si es hombre de honra, como lo han de ser los que se escogen para tales confianzas.

Estaba todavía en su rigor el invierno, y el duque de Parma, sin reparar en él, antes pareciéndole que en el tiempo dedicado al descanso se logra y luce mejor el trabajo, envió al conde Cárlos de Mansfelt con el tercio de don Francisco de Bobadilla, alojado en Brabante, y con seis mil infantes de naciones, á procurar cerrar con fuertes á Breda, y quitarle con ellos la comodidad de correr el país de Brabante. Hizo el Conde algunos de la parte de la campiña en lugares competentes, y queriéndola incomodar por la mar, ganó la villa de Se-

vembergue con poca dificultad. Intentó tambien de ganar el fuerte de Nordam, pero hubo de dejar la empresa, forzado de las grandes lluvias y furias de las crecientes de la mar, que casi la imposibilitaron el retirar la artillería. Sin embargo de esta dificultad, volvió el Conde á continuar el sitio de Breda, cuyo presidio, por ser muy grueso, hacia ordinarias salidas, en una de las cuales acometió el cuartel de la caballería por una avenida que guardaban cincuenta infantes walones, los cuales le entretuvieron hasta que pudo ponerse á caballo el comisario general Jorge Basta y su gente, con que al punto cargó al enemigo con resolucion, el cual, retirándose á la villa, y hallando ocupado el paso por el capitan Cornelio Gasparino con trescientos infantes italianos, que valerosamente le acometieron por el costado, faltos de ánimo y de consejo los capitanes holandeses, se escaparon á uña de caballo, dejando al pié de cuatrocientos herejes entre muertos y presos.

Mientras el conde Cárlos procuraba apretar á Breda, deseoso el conde Mauricio de apartarle de allí, tentó la diversion con arrimarse á Nimega, cuya importancia, considerada por el Duque, mandó al conde Cárlos que con su ejército y gran diligencia marchase en su socorro. Pasó el Conde al país de Gueldres con siete mil infantes y dos mil caballos, donde supo que habiendo tentado á Nimega los enemigos por entrepresa, plantando dos petartes (ingenio que se comenzaba á usar entonces) en la puerta de Hesel, siendo sentidos por el presidio y ciudadanos, y prevenido el daño, se habian retirado desotra parte de Vaal, y poco despues, reforzados de gente y de pertrechos, tentaban el sitio á viva fuerza, plantando su artillería y abriendo trincheras con tanta prisa, que comenzaban ya á temer los nimegueses, aunque animados de monsieur de Guillein, su gobernador, y de alguna gente de Bolduque, Grave y Venló, que habian enviado de socorro los gobernadores de aquellas plazas. La noche que el conde Cárlos llegó á Moquen, desalojó Mauricio y volvió á pasar el Vaal, desconfiado de buen suceso; desde Moquen envió el conde Cárlos grueso socorro de gente y vituallas á Nimega, y á los 9 de Junio entró, con alegría universal de los sitiados, gente católica y aficionada al servicio del Rey.

Pasado el enemigo á la isla de Betua, comenzó á levantar un fuerte en el dique frontero de la ciudad con intento de inquietarla desde allí con la artillería, aunque el rio en medio, de anchura de tiro de mosquete, la cual asestada ante todas cosas, en ódio de la religion, á la torre de la iglesia mayor, que era muy hermosa y de artificiosa estructura, en breves dias la derribaron casi toda. Apercibíase el Conde para pasar el rio, con intento de echar de allí al enemigo, y para esto hizo bajar algunos pontones y envió á pedir al Duque la gente y pertrechos necesarios; el cual, resuelto en socorrer á París, le envió á mandar que volviese á Brabante con aquel ejército, dejando las cosas de Gueldres en el menos mal estado que fuese posible, tan poco temeroso de recibir daño en sus cosas, desviaba de ellas el Rey sus armas para asistir á las ajenas. Ocasiónó esto despues la pérdida de aquella importante ciudad, como se dirá á su tiempo.

Desconfiado Mauricio de ganar por entonces á Nimega, dejó buena guarnicion en el fuerte, y en él una plataforma con doce cañones, que de noche y de dia fulminaban sobre aquella pobre ciudad y todo un año entero, con increíble daño de los edificios, aunque con más increíble dicha de las personas, pues es cosa cierta que en todo aquel tiempo no murieron de cañonazos sino sólo una vieja y dos muchachos. En pasando el conde Cárlos el Mosa, pasó Mauricio el Vaal, haciendo muestra de ir en su seguimiento; pero despues de tomado y arruinado el fuerte de Dodedaël, entró en la isla de Bomel y tomó el castillo de Heel, tan mal defendido del capitan Mosquetier, que se rindió antes de ver la artillería. Lo mismo hizo el que tenía á su cargo el fuerte de Crevecour, y con poca más resistencia los que estaban de guarnicion en los fuertes de Hemert y Herpe, de uno de los cuales salió tambien rendido el capitan Antonio Grobendonck, que fué la primera y última desgracia que tuvo este capitan, harto valeroso y nombrado despues; al cual la poca suerte de aquel suceso le sirvió de estímulo para despertar su valor, que le mostró siempre en muchas ocasiones, y hoy en dia le muestra gobernando la ciudad de Bolduque con particular vigilancia y lealtad. Heme querido desembarazar de las cosas de Flandes de una vez, para entrar en las de Francia, que ha

ya gran rato que me llaman, como las que en este tiempo llevaban principalmente á sí los ánimos de todos.

Alojaba, como se ha dicho, el tercio de don Juan Manrique en los búrgos de Cortray y villa de Menin, traído allí por el Duque para comenzar á dar calor á las cosas de Francia, y en particular al ejército que á cargo de monsieur de la Mota estaba alojado en Pas, en Artois, debianselo á este tercio, como á todos los demás, muchas pagas, y cuando por ocasion de su entrada en el alojamiento esperaban algunas con que entretenerse, llegaron los contadores del sueldo á sacar las cuentas de sus alcances, tan deslumbrados, que hasta con las palabras (que suelen darse buenas de balde) no dudaron de irritar aquellos ánimos incultos y fieros. Rompió finalmente la rabia y la codicia el hilo á la vergüenza la noche de los 15 de Enero de este año, y como se suele en semejantes insolencias, comenzaron á haberlas con Diego Dávila Calderon, que los gobernaba, y principalmente con el sargento mayor Diego Ortiz, con quien estaban mal por el rigor con que les castigaba sus desórdenes, y con los capitanes y oficiales con tanta furia, que milagrosamente escaparon de sus manos, quien arrojándose por la muralla y quien escondiéndose por los más viles rincones; y en viéndose sin banderas y sin vergüenza, cerraron tan de improviso con la guardia flamenca que asistia á la puerta de la villa, que con muerte de algunos se apoderaron de ella, á donde se alojaron á discrecion. Hicieron su electo y consejeros, y enviando trescientos hombres á Menin, hallaron que habian echado ya las banderas y los capitanes, y en particular á Juan de Paz, que los gobernaba, y que venian marchando para juntarse con los demás en Cortray, desamparando á Menin, por tener unidas sus fuerzas. Comenzó esta gente á poner en contribucion todo el condado de Flandes, usando en esto y en el gobierno político más disciplina de la que se pudiera esperar de gente amotinada. Mandó el Duque alojar las banderas, con el gobernador Diego Dávila, capitanes y oficiales, en Nuestra Dama de Hal, y pareciéndole que cosa de treinta alféreces y sargentos reformados que se habian salido y escapado del motin podian ser de más servicio entre los sediciosos que en el alojamiento, con una orden general, en

que los nombraba á todos, mandó que se volviesen á Cortray, fiando de su celo é industria que encaminarian los ánimos de aquella gente desordenada, ya que no á una total reduccion y obediencia á sus superiores, á lo menos á una modestia en las demandas capaz de poderse las conceder sin vergüenza; y cierto que consiguió su efecto el Duque con esta diligencia, aunque á muchos de ellos no les ha servido de disculpa la órden del General, pues veo que hasta hoy les obsta en sus pretensiones haberse hallado en esta alteracion, si bien los que recibieron sus remates con razon malograron esta disculpa, pues ni se les ordenó, ni pudo, tal particularidad, y cuando tuvieran tal órden, fuera bien excusarse de obedecerla, siendo sólo en este caso lícita la inobediencia; pero la necesidad de aplicar el hierro y el fuego á esta contagion, y la conveniencia de desarraigar de una vez este género de gente escandalosa y bestial del número de los fieles, ha hecho general el rigor, dejando de exceptuar estos pocos é inocentes ó menos culpados, no siendo esta la primera vez que los desdichados como los delincuentes sirvieron á la ira y al escarmiento. Envió el Duque á concertar esta gente por el mes de Abril al príncipe de Asculi, el cual, cercenándoles con su prudencia y autoridad muchas demandas impertinentes, les concedió la paga entera de su remate, y que desde aquel día en adelante se entendiese ser el escudo de la paga del soldado de á diez reales con el nombre de un Felipe, moneda que en aquel país vale cincuenta placas, quitando para siempre una cierta computacion de monedas, entendidas apenas por los contadores más prácticos, y dañosa no solamente á los soldados, pero tambien al Rey; y así, se admitió este capítulo con tanto aplauso de todos, que hasta hoy se ha observado, causando siempre nueva admiracion el ver que de una sentina tan abominable como es un motin pudiese salir un acuerdo tan santo y tan justificado. Prometióles el príncipe de Asculi, de parte del Duque, aunque no hubo capítulo por escrito, que les mudaría el sargento mayor; consejo poco acertado, que causó despues bien ruines electos, como se irán apuntando á su tiempo, y como sucederá siempre que el súbdito supiere que puede temer algun género de mano contra quien le gobierna.

Habia hecho el Duque merced, dos años antes, á don Antonio de Zúñiga de la compañía de caballos de Juan Anaya de Solís, y el dia que salió este tercio de Cortray, que fué á los 24 de Mayo, le hizo maese de campo dél, y su compañía se dió á don Fadrique del Águila; la plaza de sargento mayor se dió al capitan Bartolomé de Torralba, y su compañía de arcabuceros al capitan Alonso Ruiz Fajardo, uno de los reformados del tercio viejo; al gobernador Diego Dávila Calderon se le dió la compañía de caballos que vacó algunos meses despues por muerte de don Pedro Moreo; otras algunas compañías del tercio, cuyos capitanes se habian ido á España, se proveyeron parte en capitanes de los reformados, como fueron Juan Ramirez, Andrés de Castro, Andrés de Miranda, don Diego de Medina Carranza, y parte en alféreces: dellos fueron Antonio de Espinosa, Hernando de Isla, Gilberto Perez Machon, Francisco Vega de Mendoza, don Juan de Tásis, don Pedro Sarmiento, y otros. Finalmente, el tercio salió de Cortray á los últimos de Mayo, muy lucido y muy entero, que contenia al pié de dos mil infantes, y comenzó á marchar la vuelta de Artois, á donde se aparejaba la masa del ejército para socorrer á París.

Deseó el Duque con una misma accion levantar un tercio de las cenizas del viejo, y hacer merced á don Alonso de Idiaquez, no menos por sus méritos y partes personales, que por contemplacion de don Juan, su padre, ministro de los principales del Rey, y persona llena de integridad, virtud y nobleza dignas de su fortuna; y así, juntando las compañías del dicho tercio, que habia dividido antes por los presidios, como se dijo tratando de su reformacion, y algunas de las que dos años antes habia traído don Antonio de Zúñiga, que tambien habian estado alojados hasta entonces; añadiendo á todas estas las de Estéban de Legorreta, Patricio Antolinez, y Luis Macian, de las de la armada, formó un tercio de veinte y una banderas, de que hizo maestro de campo á don Alonso, dándole por sargento mayor á Simon de Iturbide, que pasó con su compañía de arcabuceros, del tercio de don Antonio al suyo. Llegó á tener este tercio al pié de dos mil hombres, á quien se mandó seguir la misma derrota que el de

don Antonio, y juntos entraron en Francia con los demás, como veremos luego. El tercio de don Francisco de Bobadilla, gobernado, como se ha dicho, por Manuel de Vega, mandó el Duque ir á Frisa, y al conde Cárlos de Mansfelt pasar el Mosa con algunos regimientos de naciones. Quedábanle encomendadas al Conde las armas en los Países-Bajos, mientras los gobernaba su padre en ausencia del Duque; el cual le dejó orden que procurase no traer á Brabante el tercio de don Francisco, ni le alojase en tierras cercadas; medroso de que habia de querer seguir el ejemplo de los demás, que se temia con tanta mayor causa, cuanto eran más los soldados que voluntariamente se habian ido á él del tercio viejo, en ódio de los del de don Juan, por ocasion de la resistencia que les hicieron la noche de la isla de Bomel, y presto veremos del inconveniente que fué no obedecer el de Mansfelt á esta prevencion tan antevista por el Duque.

Pendia la suma de las cosas de la cristiandad del suceso de las de Francia, donde tenian puestos los ojos todos los reyes y potentados, y muchos dellos sus fuerzas. Súpose en principio deste año en Francia, que venia en calidad de legado *a latere* el cardenal Gaetano, á quien hizo saber el príncipe de Bearne por indirectas, que si venia derecho á él, le trataria como era justo, y si no, como á enemigo; pero desengañóse presto viendo que con gruesa escolta que se le dió de gente de la Liga entró en París, á donde consoló con su presencia los ánimos de todos los católicos, y en particular á don Bernardino de Mendoza, embajador del Rey, á cuyo servicio atendia todo lo que se puede encarecer y cuanto pudiera prometerse de una persona de tanta calidad y experiencia. La intencion del Papa era encaminar las cosas á que, dejadas las armas, viniesen todos á reconocer por rey al cardenal de Borbon, y que si el de Navarra se resolvia en abjurar los errores de Calvino, que profesaba, fuese tambien tenido y jurado por príncipe heredero de aquella corona, y no de otra manera. Justificada demanda y poco perjudicial al de Bearne, aguardar á suceder á un viejo incapaz de sucesion por la edad y por el estado, si la aficion á su religion entonces, ó la comodidad de los socorros que ella le traía, no mostrara presto la imposibilidad de concederse,

especialmente no siendo menos dificultosa la paciencia en el deseo de reinar, que fácil cosa desbaratar el tiempo y sus ordinarios accidentes las esperanzas más bien asentadas; y así, ensordeciéndose las leyes y la justificación de los derechos al ruido de las armas, hubo de hacer el legado oficio de soldado, como lo veremos en el discurso del sitio de París, que ya se nos acerca.

Rindióse á los 6 de Enero deste año al duque de Humena la villa de Pontoisa, desde donde pasó á ponerse sobre Meulan, y avisado dello el de Bearne, que se hallaba sobre Onflu, en la baja Normandía, marchó en su socorro con tres mil hombres á la ligera, conociendo cuántos buenos sucesos ocasiona en la guerra la diligencia, dejando en su lugar al duque de Montpensier; el cual, rindiéndosele pocos dias despues Onflu, pudo marchar en su seguimiento. Supo el duque de Humena la rendicion de Onflu á tiempo que, desconfiado de poder ganar á Meulan, se habia retirado á un puesto muy fuerte, al primer aviso de la venida del enemigo; el cual, socorrido de gente y vituallas Meulan, hallándose con pocas fuerzas, volvió en busca del de Montpensier, que sabia venir marchando en la suya; siguióle el duque de Humena hasta Eureus, y hallándole bien fortificado, volvió sobre Meulan con intento de darle un asalto por la batería que habia dejado hecha; pero salióle mal y perdió alguna gente; con lo cual, y con la nueva que tuvo de que el de Bearne venia ya á buscarle con todo su campo, pasó el Sena, sobre cuya diestra márgen se acuarteló, y ei dia siguiente el rey de Navarra en la siniestra, sin poder haber entre ellos más que algunos cañonazos, con poco daño y menos reputacion de ambas partes. Desalojó primero el Príncipe, y subiendo el rio arriba, se puso á batir á Poysi, la cual, con un fuerte que estaba en defensa del puente por donde se pasa el Sena, tomó por asalto, sin que lo pudiese impedir el Duque, aunque le impidió el paso y le obligó á desalojar á fuerza de cañonazos, despues de haber dejado bien guarnecida á Poysi.

Dos dias despues de la retirada del príncipe de Bearne supo el duque de Humena que monsieur de Alegre habia ganado por inteligencia el castillo de Roan, á los 22 de Febrero, y pareciéndole justo

dejar toda otra cosa y acudir á esta tan importante, marchó con su campo á grandes jornadas; pero supo en el camino que le habian vuelto á recuperar, con gran valor de los roaneses, degollando á los hugonotes, y á su capitán con ellos, y ahorcando el otro día los que se tomaron vivos. Dejó con esto el camino de Roan, y rehusando el volverse á ver con el enemigo hasta tener consigo las tropas que esperaba del País-Bajo, á cargo del conde de Egmont, marchó dos jornadas en busca suya.

Mientras sucedian estas cosas en Francia, el duque de Parma, que por órdenes apretadas del Rey atendía á socorrer las cosas de la Liga, despues de haber enviado al comendador Juan Moreo con gruesas sumas de dineros, y algunas reclutas de alemanes á París, que se agregaron al regimiento del conde de Colalto, envió tambien al conde de Egmont con tres compañías de hombres de armas, la suya, la del príncipe de Simay, y la del duque de Arscot, tres compañías de lanzas españolas, la de don Juan de Córdoba que las gobernaba, la de don Alonso de Idiaquez, gobernada por el teniente Ramada, y la de don Pedro Moreo; dos compañías de arcabuceros á caballo de la Escola y la Bicha, á órden tambien de don Juan de Córdoba, y las dos cornetas de reitres que llevaba á su cargo Cristiano de Brunswick: toda esta gente podia llegar al número de novecientos caballos. Fué gran yerro no arrojar siquiera tambien dos ó tres regimientos de walones de los que tenia monsieur de la Mota en la frontera, como se verá en el discurso de la batalla de Ibri. Deseó pasar el Sena el príncipe de Bearne, y verse con el campo de la Liga antes que se juntase con él el de Egmont; pero desconfiado de alcanzarle, y sabiendo que el mariscal de Biron estaba todavia hecho fuerte con su gente en un torreón de la villa de Dreux, determinó de ir á acabar aquella empresa antes que se lo pudiese defender el enemigo; y llegado á la improvisa, ganó y quemó los búrgos, arrimándose con trincheras y plantando una bateríá de ocho piezas. El duque de Humena, unido ya con el de Egmont, sabiendo el peligro en que estaba aquella plaza, determinó socorrerla ó dar la batalla al de Navarra. Con esta resolucion pasó el Sena por Manta, villa colegada. El mariscal de

Aumont que estaba alojado junto al riachuelo Deure, fué el primero que, sabida la derrota del ejército de la Liga, dió aviso al de Bearne della, advirtiéndole que venia el Duque con determinacion de darle la batalla. Envió el príncipe de Bearne varios mensajeros á toda diligencia á los presidios y provincias circunvecinas, para que al punto viniesen para él todas las tropas de caballos y nobleza que fuese posible; y conociéndose inferior sin este socorro, tomó un puesto fuerte junto á Neocourt, donde se detuvo todo el día de los 22 de Marzo. Reconocido este puesto por el mariscal de la Chartra, volvió á avisar al duque de Humena, que al punto se resolvió de acometer al enemigo en él, infiriendo de aquí temor ó pocas fuerzas, concepto de que de ordinario suelen proceder ruines efectos; y en lugar de servirse desta ocasion y del primer terror del enemigo, a quien los corredores de su campo le habian pintado las fuerzas de la Liga (como acontece casi siempre) mayores de lo que eran, pasando el riachuelo Deure por el puente de Ibrí antes de mediodía, y pudiendo acometer aquella tarde al enemigo, que no trataba sino de fortificarse en su alojamiento y aguardar los socorros que le venian, se alojó en dos casares distantes de Ibrí menos de media legua, para refrescar aquella noche su gente y dar el día siguiente la batalla. Llegáronle aquella noche al de Bearne más de tres mil infantes y ochocientos caballos, con los cuales deliberó no sólo de aguardar al Duque en campaña rasa, pero de irle á buscar en su alojamiento, y sacando á este efecto sus escuadrones antes del día, ocupó casi toda la plaza que había sobre una colina cercana al villaje de san Andrea, desde la cual era fuerza ver venir al ejército católico, y lance forzoso el ofenderle desde allí con la artillería, que fué otro yerro del duque de Humena; porque si despues de refrescada su gente cuatro ó seis horas, madrugara á ocupar este puesto, no hay duda en que ocasionara en el ejército enemigo el daño que él ocasionó en el suyo, pero el juicio que hizo de las fuerzas contrarias y la esperanza de que no podrian ser aumentadas tan brevemente, fué causa de que tuviese menos bien pensado lo que habia de hacer en tal caso. Dividió el príncipe de Bearne la caballería de su vanguardia en siete tropas: la primera,

que formaba el cuerno siniestro de hasta trescientos caballos, guiaba el mariscal de Aumont, con dos regimientos de infantería francesa; á las espaldas seguian con poco intervalo otros trescientos caballos, gobernados por el duque de Montpensier, asegurados de dos regimientos, uno de esguizaros y otro de alemanes; delante del duque de Montpensier estaba con otra tropa de trescientos caballos el baron de Biron, y á su mano izquierda dos tropas de corazas, cada una de cuatrocientas, la una gobernada por el gran Prior, y la otra por monsieur de Gibri; entre Gibri y el Prior estaban plantadas seis piezas gruesas de artillería; guiaba el rey de Navarra la batalla, formada de ochocientos caballos en seis escuadrones, cubierto por ambas partes de buen golpe de infantería inglesa y esguizara, en que podia haber cuatro mil. El cuerno derecho se encargó al viejo mariscal de Biron, con tres tropas de cada ciento y cincuenta caballos, dos cornetas de reitres y cuatro regimientos de infantería francesa.

Sacó con el dia el duque de Humena su gente del alojamiento, y aunque fué avisado del socorro que le habia llegado al enemigo, y de que tenia ya ocupada la plaza de armas, no dejó de marchar la vuelta dél, y á tiro de cañon ordenó su gente desta manera: el cuerno derecho entregó al mariscal de la Chartra, con tres regimientos de franceses y uno de alemanes, los cuales asistian á las tres compañías de lanzas españolas, y las dos cornetas de reitres de Brunswick, y á cuatrocientas corazas en cuatro tropas; la batalla, con un grueso escuadron de tres mil esguizaros, dos regimientos de franceses y la corneta blanca de la Liga, en que habia seiscientos caballos, todos gente noble, tomó el duque de Humena para sí, asistido del duque de Nemurs, su hermano de madre, y en frente de la infantería marchaban seis cañones y tres culebrinas, el cuerno izquierdo se encargó al mariscal de Rona, con seis regimientos de franceses y lorenese, dos mil alemanes, seiscientas corazas francesas, y las compañías de hombres de armas del conde de Egmont. Saludáronse un rato los dos ejércitos con la artillería con mucho daño, y por hallar mejor entrada el cuerno derecho católico para la plaza de armas enemiga, fué el primero á menear las manos. Cerraron las compañías españolas con la

tropa del gran Prior, y derribando algunos con sus lanzas, llegaron hasta la artillería enemiga, dando los reîtres de Brunswick sus cargas, y los arcabuceros á caballo walones con mucho valor, asistidos del mariscal de la Chatra y corazas francesas, con tanto terror de los enemigos, que casi comenzaron á cantar victoria los católicos por aquella parte; pero cargando á tiempo el baron de Biron valerosamente, sostuvo el ímpetu de aquel choque, quedando mal herido de una lanzada en el rostro y de otras dos heridas. Habíanse juntado las cornetas blancas de los generales, y peleaban con singular valor, cuando tambien llegado á chocar el cuerno izquierdo del señor de Rona con el derecho del viejo mariscal de Biron, cerró valerosamente el conde de Egmont, y al tiempo que iba á dar la vuelta para tornar á la carga, cayó herido de un mosquetazo por la hijada, que al punto le quitó la vida. Hizo en toda esta batalla muy ruin prueba la infantería católica, y en particular la francesa, volviendo al mejor tiempo las espaldas; los esguízaros pelearon un rato, hasta que vieron doblar á la corneta blanca del duque de Humena, combatida por los escuadrones del príncipe de Bearne y duque de Montpensier; y haciendo señas de rendirse, se pasaron de golpe al bando enemigo, con que acabó de declararse por él la victoria. Fué la salud de los que huían el acordarse el bearnés en esta ocasion de cierta burla que le hicieron los alemanes católicos junto á Diepa, dando muestras de rendirsele, y cargando despues con gran daño de sus ingleses, pues con la dilacion que hubo en asegurarse deste peligro, salió el Duque y toda su caballería del que se le siguiera si los enemigos le cargaran como pudieran. Es cosa de notar que en una batalla tan grande, donde por lo menos habia treinta mil hombres de ambas partes, no murieron cuatrocientos, y destes murió casi la mitad del campo victorioso: fuera del conde de Egmont y de algunos otros caballeros franceses de nombre, murió tambien el Brunswick, ambos á dos muy mozos y de grandes esperanzas. Retiróse el duque de Humena á Manta, á donde apenas dejaron entrar su persona sola. El duque de Nemours y los señores de Rona, Tabanes y Basompierre se salvaron hácia Chartres, y con el duque de Humena el residuo de las tres compa-

ñas de lanzas españolas, que nunca se apartaron un punto dél, y en particular los capitanes don Juan de Córdoba y don Pedro Moreo, que aquel día se portaron valerosamente.

Quedaron quebrantadas y casi deshechas del todo las cosas de la Liga con este suceso, y sintieran á letra vista el efecto de su temor, si el enemigo siguiera la victoria y se presentara delante de París, de cuyos sucesos pendía todo lo restante. Juzgó á la verdad por demasiado grande empresa aquella, consideradas las fuerzas que le quedaron despues de habérsele ido, como se le fué, casi toda la nobleza; cuya costumbre en Francia es acudir á la esperanza de batalla con singular valor y prontitud, y en alcanzándola, desear volverse á sus casas á rehacerse. Con todo eso determinó de irse apoderando de los rios y pasos forzosos de las vituallas, siguiendo el mismo consejo que dos años antes tomó, aunque infelizmente, Enrique III, y de aguardar los socorros de gente que le enviaban la reina de Inglaterra y los de las islas para aquella empresa, como para la cima y corona de las demás.

Llegó el duque de Humena con poca gente á San Dionis, que estaba por la Liga, y otro día le fueron á visitar el Legado y el embajador de España, el arzobispo de Leon y otros prelados, y despues de haberse consolado unos á otros de aquel infortunio, consultaron los mejores expedientes para la defensa de París, á quien proveyeron lo más que se pudo de vituallas; pero todo era poco donde habia pasadas de trescientas mil almas. Despachóse el comendador Moreo al duque de Parma, y avisóse á todos los príncipes colegados, y principalmente al Papá, pidiéndoles no dejasen de acudir á la causa comun.

Habia hecho en estas expediciones y en todas el duque de Humena cuanto pudiera esperarse de un príncipe sobre cuyos hombros cargaba el peso del Estado, y principalmente de la fe, en el reino de Francia; mas como el pueblo se deja llevar de ordinario por los sucesos, y más que ninguna otra cosa pende de ellos la fama y la estimacion de las acciones militares, comenzó á culpar su modo de hacer la guerra, llamándole remiso, descuidado y poco capaz de lo que traia entre manos; pero él, firme y menospreciando aquella fama (siendo lo más

que puede hacerse por el bien público), no dejaba de atender á lo que convenia al bien de los que le calumniaban, mostrando tanto en esto su grandeza de ánimo como su valor en las ocasiones donde era menester aventurar su persona. Pareció en el consejo que se tuvo en San Dionis que no convenia encerrarse el duque de Humena en París, sino estar libre para encaminar el socorro; y así, se encomendó el gobierno de aquella ciudad á Felipe de Saboya, duque de Nemours, el cual, el Legado, el embajador de España y los del gobierno de la ciudad, aficionados al bando de la Liga, hicieron tanto, que en breve comenzó á echarse de ver su diligencia en fortificaciones, division y repartimiento de los ciudadanos á la defensa de los puestos más peligrosos, juntando bastimentos y municiones para irlos repartiendo con cuenta y razon, y en todo lo demás que pareció necesario para la guardia de la cabeza del reino, y para la defensa contra un enemigo tan vigilante y poderoso.

Ganó el príncipe de Bearne con poca dificultad á Manta, y poco despues á Corbell, villa puesta en el ángulo que hace el rio Esona á desembocar en la Sena, desde el cual, con razonable guarnicion que allí puso, quitó á París todos los bastimentos que le pudieran venir por agua, del país de la Beusa, del ducado de Borgoña y del Gastiões y Nivernoës. Ocupó con la misma facilidad á Lañi, tierra puesta en la siniestra ribera del rio Marna, donde hay un puente para pasar de la provincia que llaman Isla de Francia al país de Bria, fértil de vinos, y tránsito de los trigos que suelen bajar á París del país de Champaña, á que desde allí se cerró al punto el paso. Guarnecidas aventajadamente estas dos plazas, puso el Príncipe sitio á la ciudad de Sens, la cual se la defendió tan bien monsieur de Chavalon, que le obligó á levantarse con poca reputacion, y calando otra vez sobre París, tomó á Pontcharenton y ganó casi todos los búrgos de la ciudad; haciendo despues su alojamiento á menos de tiro de cañon de ella, se puso á sitiirla de propósito, pareciéndole que teniendo, como tenia, tomados los pasos á los bastimentos que solian entrar para la provision de aquella vasta ciudad, sin disputa la mayor de Europa, era tan imposible sustentarse dos meses, como que en ellos pudiese

venir el socorro que se esperaba de los Países-Bajos ; para donde, dejando su ejército en Picardía junto á Suason, se partió el duque de Humena, viéndose en la villa de Condé, en Henau, con el duque de Parma, que salió á lo mismo hasta allí, y le hospedó y regaló con toda grandeza y amor. Discurrióse largamente sobre el modo de socorrer á Paris, y resolviéronse en que convenia que el duque de Parma entrase en Francia personalmente, y que en demanda de una causa tan justa y tan conveniente á todas las razones de estado, se aventurase el resto con tanta mayor prontitud, cuanto en ello se procuraba más el aumento de la fe católica, y se cumplia la voluntad del Rey.

Tuvo aviso allí el duque de Parma como, despues de haber sabido en París la muerte del cardenal de Borbon, ó por mejor decir, de Carlos X, rey de Francia, que acabó sus dias en la prision de Fontana, de comun consentimiento y con gran solemnidad se habian juramentado el legado apostólico, los grandes, prelados, embajadores y todo el magistrado de la ciudad, de defenderla hasta la muerte, y de no reconocer en ella á otra persona que á un rey católico. Alegráronse mucho aquellos dos príncipes de esta nueva, y despues de haber resuelto entre ellos el modo de hacer la guerra, se volvió el duque de Humena á su campo, y atendió el de Parma á apercebir el suyo con toda la diligencia posible, aunque no pudo ser tanta, que no se dilatase más de lo que fuera menester para que en solos tres meses de sitio no padecieran los de París todas las miserias y desventuras juntas que se escriben en semejantes casos de otras ciudades. Mucha causa de esto fué la piedad, por ventura excesiva, de las cabezas que gobernaban en París, siendo así que todas las virtudes practicadas inmoderadamente hacen de ordinario contrarios efectos del que se pretende. En vez de echar del lugar las bocas inútiles, recogieron más de treinta mil villanos de las aldeas circunvecinas, que los realistas hicieron encerrar dentro para aumentar la hambre. Ayudó mucho á remediar este trabajo y á hacerle soportable la mucha caridad del legado Gaetano, que hizo batir moneda de toda su bajilla para sólo subvenir á los más necesitados, y del embajador don Bernardino de

Mendoza se supo que distribuia cada dia cien escudos de sólo pan entre la gente más miserable: cosa que le hizo odioso á muchos de los poderosos, atribuyendo aquella liberalidad á deseo de fomentar la guerra hasta que su rey se hiciese rey de Francia; que no es cosa nueva calumniar las mejores acciones, atribuyéndoles viciosas causas, cuando falta ocasion de poderlo hacer por sus efectos.

Tenia sitiada tambien dias habia el príncipe de Bearne á San Dionis, villa nobilísima por el enterramiento de más de treinta reyes de Francia, no poco fuerte por su sitio pantanoso, la cual, afligida de la hambre, se le rindió á los 9 de Julio, que fué gran pérdida en aquella ocasion, por la comodidad que daba para desde ella meter el socorro en París, de donde dista dos leguas, y por ser al fin lugar á donde suelen coronarse los reyes franceses; suceso que comenzó á dar mal agüero á los profesores de tales novedades, pareciéndoles que iba Dios aperebiendo el lugar en donde habia de ser coronado Enrique; pero lo más cierto seria que por ventura, por los ruegos de aquel santo apóstol de la Gallia, aperecibia aquella su Iglesia para que en ella abjurase el mismo Enrique los errores de Calvino, y comenzase á reducirse al gremio de la Iglesia católica, como lo hizo con singular beneficio de la cristiandad.

Algunos dias despues de rendido San Dionis, emprendió su recuperacion el caballero de Aumale, y llegando dos horas antes del dia desde la villa de Pontoisa, con dos mil infantes y trescientos caballos, aperebido de petardos, escalas y otros pertrechos, roto el primer rastrillo de una puerta y volado el puente levadizo, comenzó á entrar la gente católica con furia de vencedores; mas no cayendo en hacer escuadron en la plaza y asegurar la puerta, que debe ser el principal cuidado en empresas de este género, cargando la guarnicion de franceses é ingleses que estaba dentro, hallando á los católicos desmandados, los volvieron á echar fuera con muerte de más de doscientos, y entre ellos el propio caballero de Aumale, que cayó atravesado de un arcabuzazo mientras con la espada en la mano volvia segunda vez á cargar á los enemigos. Fué su muerte sentida por todos los católicos, y en particular del duque de Aumale, su hermano, al igual que

el infelice suceso de aquella empresa, por ser persona de singular valor y conocidas esperanzas.

Habia el duque de Humena solicitado en este medio vivamente el socorro, y en tanto que acababa de llegar el de Parma, no dejaba de atender tambien cuidadosamente á juntar el mayor golpe de gente que le era posible; hallabase en Miaux, ciudad en la provincia de Bria, con razonables fuerzas hácia el fin de Julio, habiéndosele juntado el duque de Aumale, su primo, con las tropas de Picardía; monsieur de Sampol con las de Champaña, monsieur de Rona con las de la isla de Francia, monsieur de la Chartra con las del país de Orliens, el conde de Salini, hermano del duque de Mercurio, que hacia la guerra en Bretaña, con la infantería y caballería lorenesa; monsieur de Villars, nombrado ya por almirante de Francia, con toda la gente de á pié y de á caballo que habia podido juntar en la alta y baja Normandía; y las tropas del ducado de Borgoña, gobierno peculiar del duque de Humena, á cargo del vizconde de Tabanes. Toda esta gente podia hacer el número de ocho mil infantes franceses, dos mil alemanes, levantados nuevamente por el conde de Colalto, y dos mil y quinientos caballos, todos corazas y arcabuceros á caballo, salvo las tres compañías de lanzas españoles que dijimos arriba. Pocos dias despues llegaron los dos tercios de españoles de don Antonio de Zúñiga y don Alonso de Idiaquez, en que habia cerca de cuatro mil; de italianos el de Camilo Capizuca, y el de napolitanos que se dió á Pedro Gaetano, hijo del duque de Salmoneta, como su compañía de lanzas á su hermano Rugero Gaetano, y por no estar del todo ocioso el de Humena, ganó en tres dias á la Fertesuser, plaza pequeña, aunque no flaca, y cómoda para pasar sobre la villa de Corbell, como despues se hizo. Degollóse la guarnicion, y entre los presos fueron hallados y ahorcados tres de los arqueros del rey Enrique III, que se supo haber ayudado á perpetrar las muertes del duque y cardenal de Guisa. Raras veces á delitos execrables deja de llegarles, aunque se difiera, el castigo.

Llegó finalmente el duque de Parma á la ciudad de Miaux á los 22 de Agosto, con dos mil y quinientos caballos, la flor de la caballería de

Flandes; es á saber: mil y quinientos caballos ligeros, gobernados por Jorge Basta, comisario general y mil hombres de armas, cuyo general era el marqués de Renti, que lo era tambien de la infantería walona. A los 27 llegó monsieur de la Mota, general de la artillería y maestro de campo general en Francia, con los tres regimientos de alemanes de don Juan Manrique y los condes de Aremborgue y Berlaimont, y de walones los del conde de Bosu; monsieur de Balanzon, marqués de Renti y el del duque de Parma, gobernado por monsieur de Werpe; la infantería pagada por el Rey podia llegar á número de catorce mil hombres y la caballería, incluidas las compañías que estaban ya en Francia, pasaban de tres mil caballos; gente toda curtida en la guerra y digna de una empresa tan importante. Luego que llegó el Duque á Miaux, fué, segun acostumbraba, á la iglesia catedral de aquella ciudad y en presencia de todos juró á Dios Nuestro Señor que su entrada en aquel reino no era (como se esforzaban á darlo á entender los herejes) para apoderarse de todo ni de parte de él en nombre del Rey su señor, sino por socorrer á la causa católica y librar á los amigos y confederados de Su Majestad de la violencia y opresion herética, y que en prosecucion de este intento no rehusaria el aventurar aquel ejército ni su propia vida; siendo tal la voluntad de quien se lo podia mandar, como verdadero celador de la honra de Dios y amparo de la cristiandad. Tratóse despues del modo de socorrer á París y aprobóse el consejo de abrirle el paso á las vituallas, tomando los lugares y puestos que lo impedian y desde luego se comenzó á poner en órden todo lo necesario, tanto para esta expedicion, como para el alimento de los sitiados, cuyas miserias no se ignoraban.

Murió en Miaux á los 30 de Agosto el comendador Juan Moreo, hombre de ingenio pronto y artificioso, que de moderados principios de un pobre caballero de Malta, llegó á ser primer móvil de las furiosas guerras que abrasaron tantos años á Francia; excesivo gastador de la hacienda del Rey y atrevidísimo comprador de voluntades: éste ganó la del duque de Guisa de manera que le hizo español de corazon, y le confirmó en el aborrecimiento contra los herejes y sus fautores, sin excepcion de persona, tan á la descubierta, que le costó

la vida; á él se dijo que le costó la suya lo que escribió al Rey contra el duque de Parma: murió casi al improviso despues de cierto banquete que ocasionó esta fama y en el que le trazó, no menos infamia que acrecentamiento.

En sabiendo Enrique, príncipe de Bearne, la llegada del duque de Parma á Miaux, comenzó á dudar del buen suceso de aquella empresa, habiéndose persuadido siempre á que no se resolviera en desamparar los Países-Bajos, dejándolos casi desiertos y sin defensa, y que, cuando contra toda razon de estado, quisiese arriscarse á entrar en reino ajeno, á donde forzosamente á largo andar habia de tener hasta las piedras por enemigas, no sería tan presto, que no hubiese él apoderádose antes de París; pero engañóse y conoció, aunque tarde, la flaqueza de los discursos humanos, y que hasta los bien fundados y conforme á razon (como lo fueron éstos) pueden admitir engaño: raras veces en lo porvenir puede hacer la prudencia más que prevenirse, resuelta en irse aconsejando con los sucesos. Puso la mira en remediar sus cosas, tentando ciertos acuerdos con los de París, intentados algunos meses antes en vano; pero halló que acordaba tarde, habiendo ya llegado las cosas á términos que era forzoso levantar el sitio ó pelear; así suelen salir inútiles algunos remedios reservados demasiadamente para la postre; mas ¿cuándo fué fácil conocer la calidad de las esperanzas y desengañarse á tiempo?

Resolvieron pues los Duques de sitiar la villa de Lañi para comenzar á abrir el paso á las vituallas de París por lo más cercano (está Lañi en la siniestra ribera del rio Marna, en el país de Bria, tres leguas más abajo de Miaux y siete antes de París); y á este efecto pasó la mitad del ejército de Condet en la Bria, donde estaba alojado todo, y ocupó los puestos por las espaldas de la dicha villa y por cabeza del monsieur de la Mota; el Duque, con casi toda la caballería y buen golpe de infantería, se alojó en frente de Lañi, solamente el rio en medio, y haciendo dos puentes de barcas, uno más arriba y otro más abajo de la villa, quedó ceñida del todo y por los puentes se daban la mano los dos ejércitos y se socorrian con facilidad y presteza. Fortificó el duque su plaza de armas, á tiro de cañon de la villa,

con capacidad para encerrar dentro de las trincheras y reductos todo el ejército, por si acaso se resolvía Enrique en buscarle en su alojamiento; el cual, tras largas consultas sobre si debía perseverar en el sitio de París ó ir á buscar al enemigo con todas sus fuerzas, resolvió lo postrero, considerando que la empresa de París pedia más tiempo y fuerzas, y no habiendo de conseguirla, era reputacion y necesidad oponerse al Duque, sin que pudiese parecer mal levantar el sitio para mayor efecto. Hizolo á la una despues de media noche á los 29 de Agosto; y recogiendo toda la gente que pudo en el llano de Bondi, una legua de la ciudad, se halló en siendo de dia con cinco mil caballos, la mayor parte gente noble y cerca de diez y ocho mil infantes esguizaros, franceses, alemanes, ingleses y holandeses. Entre los principales conductores de ejército se hallaron con él los mariscales de Biron y Aumont, el duque de Bullon, el señor de Chatillon, el de la Nua, Gibri, Laberdin, Glisi, general de la artillería; Montiñi y otros. De príncipes de la sangre, el príncipe de Conti y el conde de Suason, su hermano; el duque de Montpensier y el de Longabila, el conde de Sampol, el duque de Nevers, de casa Gonzaga, aunque casado con princesa de la de Cleves y otros muchos príncipes y señores de cuenta. De tan floridos ejércitos, guiados por los más diestros y experimentados capitanes de Europa, se esperaba generalmente un famoso encuentro digno de tales cabezas y parecia que el príncipe de Bearne tenia fundada en esto toda su esperanza, enviando, como envió muchas veces, á ofrecer la batalla al duque de Parma; el cual juzgando que quien aventura poco puede arriescarlo en muchas ocasiones, y el que mucho, debe aguardar el echar el resto, por lo menos á cuando se ofrezca alguna tan aventajada que disculpe el ruin suceso (puesto que no le vemos acompañar menos veces á las temerarias que á las prudentes resoluciones), respondió á un trompeta del de Bearne, que, habiendo venido á ciertos rescates, se adelantó á tratar con el Duque esta materia de parte de su Rey, que le dijese de la suya que no acostumbraba á dar batallas á gusto de sus enemigos, sino al suyo; y con cierto prisionero, persona grave, que apuntándole lo mismo le dió libertad, le envió á decir estas palabras: «Decid al príncipe

de Bearne que yo he venido á Francia con este ejército que veis sólo para librarla, si puede, de la opresion herética que padece; en cuya ejecucion, siguiendo la voluntad del Rey mi señor, pondré el cuidado y solicitud posible, y buscaré el camino más corto para llegar á este fin; y que si hallo que lo es el darle la batalla, se la daré sin falta ninguna.»

Viendo, pues, Enrique no salirle á su gusto la traza de sacar de Lañi al Duque y llevarle tras sí á algun puesto desaventajado, se alojó con su campo en la abadía de Cheles, monasterio real de monjas, seis leguas de París y menos de una de Lañi, alojamiento fuerte y acomodado para inquietar de allí al campo colegado, atajándole los bastimentos que le venian de las provincias amigas y para ir socorriendo á los sitiados de gente y municiones cuando la hubiesen menester. Turbáronse presto estos prudentes consejos con la impaciencia francesa, no pudiendo sufrir la gente noble tanta dilacion; la cual suele salir de su casa con provision cuando mucho para quince dias y en acabándoseles antes de dar la batalla, con cuya esperanza vienen de muy lejos y á extraordinaria diligencia, se vuelven, sin que baste á detenerlos cualquiera autoridad, por grande que sea. Añadióse á esta su natural condicion, la falta de forrajes que habia en aquel alojamiento y poca comodidad de acudir los villanos del país con provisiones, por las ordinarias correrías de ambos ejércitos; y así, importunaban cada momento á su príncipe que diese la batalla ó que tomase otro expediente: levantó al fin su campo de Cheles al 1.º de Setiembre y ordenó sus escuadrones á menos de media legua del ejército católico, de esta manera.

Dispuso el cuerpo de la batalla en un valle cuyas espaldas cerraban un bosque harto espeso; levantábanse apaciblemente dos montañas por ambos lados, y por frente hácia el mediodía se extendia una llanura de muy hermosas praderías, que llegaban hasta las trincheras del campo católico. Dividiase la caballería enemiga en muchas tropas, y cada una tenia su guarnicion por frente de mosquetería. Tomó Enrique su puesto en la batalla, rodeado de toda su nobleza: sobre la eminencia de la parte derecha se plantaron seis piezas de ar-

tillería, y por vanguardia 5,000 infantes ingleses, holandeses y franceses; en la batalla estaban colocados los esguízaros, y en la otra eminencia de la mano izquierda, que hacia oficio de retaguardia, los alemanes y algunos regimientos de franceses y otras seis piezas de artillería. Algo separados de estos tres trozos estaban seis escuadroncillos volantes, que ellos llaman *enfants perdus*. Toda esta gente tan en orden, tan sin bagaje ni embarazos, hacia una hermosa muestra, y al fin no pasó de ella; porque resuelto el duque de Parma en hacer la guerra á su modo, pareciéndole que la importancia de ella, como lo más precioso de todas las acciones, consistia en conseguir el fin, sin escuchar á los franceses de nuestra parte, que le aseguraban la victoria, ó persuadidos de su propio valor, ó deseosos de dar más breve aunque más aventurado fin á la guerra, determinó estarse quedo y continuar la batería de Lañi, que estaba ya comenzada, pareciéndole que no ganaba poca reputacion en tomar aquella plaza á la vista del enemigo; quitado el estorbo de la cual, se podia llevar á París por el rio abajo sin dificultad gran cantidad de bastimentos, que para este efecto estaban juntos en Miaux, con que comenzar á consolar aquel pueblo tan afligido y hambriento, consiguiendo el principal intento que le habia sacado de los Países-Bajos por entonces. Estuvo en esta ordenanza el Rey de Navarra desde antes de mediodía hasta la tarde, y viendo que el ejército católico estaba quedo, retiró su gente á Cheles, á donde estuvo ocho dias, trabando ordinarias escaramuzas con los colegados, aunque sin ventaja notable de alguna de las partes. Ordenó el Duque al capitán Maximiliano de Herroguier que á media noche con su compañía de walones ocupase una torre que atalayaba el campo del enemigo, y que fuese avisando de sus acciones, como lo hizo del socorro que el de Bearne enviaba á los cercados. Batióse entre tanto Lañi con nueve cañones desde la diestra parte del rio con harto efecto, por ser la distancia poca, aunque el rio de la Marna en medio, y las murallas á lo antiguo, comenzadas á terraplenar de tierra y fagina; habia dentro ocho banderas de infantería francesa á cargo de monsieur de la Fin, en que podia haber ochocientos hombres, gente suelta y escogida entre los demás. En tanto que se apercibia la bate-

ría, se habian ido arrimando con trincheras, por ambas partes de la villa la vuelta del rio, los dos tercios españoles con alguna infantería walona y alemana y parte del tercio de Camilo Capizuca, y hácia las cuatro de la tarde, viendo ya el Duque la batería aparentemente buena para dar el asalto, despues de mandada reconocer por cuatro alféreces reformados, dos españoles y dos italianos, dió la señal de arremeter, sin haber querido escuchar ciertos tratos que movian los sitiados, indignos de la autoridad de aquel ejército. Defendiéronse cerca de dos horas valerosamente los franceses; pero al fin de ellas cedieron á la constancia de la infantería católica, que con no pequeña pérdida entraron en la villa, pasando á cuchillo todos sus defensores y entre ellos á otros cuatrocientos franceses, que al paso que iba subiendo la gente vencedora por la batería, iban entrando ellos con deseo de defenderla por cierta parte mal guarnecida de hácia Cresi, plaza hugonota en el país de Bria y cantidad de infantería en rocines, á quien llaman dragones, que se atrevieron á pasar á nado la Marna, animados por el propio príncipe de Bearne; los cuales fueron todos muertos ó presos, digno su valor de más dichosa suerte, si ya no lo es en un soldado rematar honradamente su vida á ojos de su príncipe. Murió sobre la batería peleando valerosamente el capitán Gilberto Perez Machon, aragonés, uno de los alféreces á quien se dió compañía en el tercio de don Antonio de Zúñiga, y otros dos capitanes italianos y alguna gente particular; quedó preso el Gobernador, y la plaza el día siguiente desmantelada.

Sintió vivamente el de Bearne la pérdida de aquella plaza, sin habérsele podido aplicar remedio que lo fuese, y en su tanto más ver el modo de guerrear que seguía su enemigo, prudente, vigilante y nada arriscado; tal, que no tenia que esperar el venir á las manos sin una conocida ventaja de parte del campo de la Liga; con que casi se le amotinó todo el suyo, principalmente la nobleza, que tomaba con impaciencia la seguridad con que el duque de Parma tenia á sus ojos tan lucidos sucesos, que aunque eran procedidos más del cuidado del Duque que de negligencia del de Bearne ó poco valor de su ejército, siempre, y especialmente en las acciones militares, deslucen mucho

los ruines sucesos; y como el vulgo juzga por ellos de ordinario el valor de quien los padece, así los generosos y prudentes ánimos suelen estimar el que se muestra en sufrirlos, pues no es la menor parte de la fortaleza saber ceder á la adversidad, virtud que, entre otras, resplandeció mucho en este príncipe; el cual, viendo la seguridad con que sabia el Duque encaminar su negocio sin peligro, y que no habia que esperar ya batalla por entonces, apretado de la viva instancia con que le pedia licencia la mayor parte de su nobleza para volver á sus casas, se la hubo de conceder; que hasta los reyes suelen hacer de la necesidad virtud, y disimular muchas cosas cuando no pueden castigarlas sin peligro, pues no conserva menos el Príncipe su autoridad dejando de mandar lo que ve que no se ha de obedecer, que siendo obedecido en lo que manda; y es sin duda mejor consejo dejar de enmendar algunas cosas, que intentándolo, mostrar que no se puede: con todo, antes de enviar á refrescar su gente, quiso tentar una cosa con que, disimulando su retirada, aventurase á hacer un grande efecto, que fué acometer de noche á París; considerando que en las empresas militares suele ser prudente consejo tentar algunas cosas de las que por su demasiada seguridad llegan á un cierto descuido peligroso y á una confianza fundada sólo en reputacion.

Partióse pues con gran silencio la noche de los 9 de Setiembre de la abadía de Cheles, y tomando la vanguardia con la infantería gascona y con la caballería, mandó que lo restante del ejército le siguiese, sin descubrir su designio sino á pocos y á los de más confianza: excelente prevencion para lograr cualquier faccion, especialmente las empresas que pende la mayor parte de su acierto del descuido del enemigo, y ese del secreto propio. Pasado pues el Sena sobre un puente de barcas, no lejos de Pontcharenton, que estaba ya por la Liga, fué á ponerse en el burgo de San Jacques, á la parte de lo que llaman *Université*, favorecido de una niebla muy espesa.

Esta demasiado animosa resolucion engañó á un mismo tiempo al Duque y á los de París; porque el Duque no quiso creer á las espías francesas, á quien muchas veces habia conocido por de poca verdad, en lo tocante á la partida del de Bearne; y los de París, advertidos

tambien de que queria darles una escalada la noche siguiente, no hicieron prevencion alguna, pareciéndoles imposible que pudiese desahogarse tan fácilmente del ejército católico, y mucho más el intentar una empresa tan desesperada en una ciudad tan populosa y casi restaurada del todo de la hambre pasada; porque en levantando el sitio el de Bearne, comenzaron á entrar bastimentos en París de los países de Beosa, Normandía, Orliens, Bria y Borgoña, con tanta abundancia, por sólo el interés y ganancia de los conductores, que hubo dia que entraron por una puerta sola dos mil carros de trigo; mas como el principal intento del de Bearne era apartarse del ejército católico con reputacion, conociendo el inconveniente y casi la imposibilidad, quiso tentar el suceso como prudente capitán, y aprovechar el poco tiempo que le quedaba por entonces de poder tener consigo toda su nobleza.

Fué sentido el enemigo por los de París al llegar que hizo al burgo de San Jacques, y tocando arma las centinelas, acudieron los primeros á la muralla los Padres Jesuitas, guiados por el Padre Francisco Suarez, español, cuyo colegio estaba cercano al dicho burgo; mas no continuándose el rumor y quietándose las postas, comenzaban ya á retirarse, cuando volvió á gritar la centinela, y acudiendo de nuevo los dichos Padres y algunos vecinos bien armados, hallaron que comenzaban á subir los enemigos por dos escalas, que al momento las hicieron pedazos con gruesas piedras. A este rumor y al que hicieron con los arcabuces y cajas los cuerpos de guardia más cercanos, acudió mucha gente deseosa de defender su libertad, y entre ellos el duque de Nemours, el cual mandando coronar toda la muralla de mosquetería y arrojar grinaldes de alquitran encendidas al foso, comenzaron á ojear á los realistas con muerte de los más atrevidos.

No habiéndole salido bien este intento al príncipe de Bearne, y quedándole poca ó ninguna esperanza de otro por entonces, receloso de que el campo colegado, hallándose ya suelto y sin embarazo, podia seguirle las pisadas con notable peligro suyo, como lo pudiera haber hecho desde el principio, si el duque de Parma diera crédito á las espías, se resolvió en despedir la mayor parte de la nobleza que le se-

guia y toda la demás gente sin sueldo, á quien habia traído el cebo del saco de París, ó el deseo de hallarse en una batalla, pues por entonces parecia que estaban ya cerrados ambos caminos; y así, reteniendo consigo á los señores de Chastillon, Biron y Tramulla con su gente y cuatro mil esguizaros, todos los demás se volvieron á sus casas, y la gente pagada se alojó en las villas de su devocion, las más cercanas al campo católico que fué posible, y él puso su córte en Sanlis, ciudad fuerte entre París y Compiègne; alojando el mayor golpe de caballería con que pudo quedarse á sus espaldas en villajes, para tenerla pronta por si se ofrecia ocasion de hacer alguna buena suerte con el campo católico.

Levantó el duque de Parma su campo de junto á Lañi á 22 de Setiembre, y á los 24 llegó sobre la villa de Corbell, plaza fuerte y bien guardada, y yendo á reconocer su disposicion el marqués de Renti, quedó herido de un arcabuzazo, aunque levemente, y poco despues de otro en un muslo el veedor general Juan Bautista de Tássis, y en una pierna el conde Octavio de Mansfelt. Está Corbell, como dicho es, en el ángulo que hace el rio Esona para desaguar en el Sena; y así, el un rio le cubre por poniente, donde confina con el país de Chatres, y el otro por levante hácia la Bria; y para asegurarla del todo se había sacado un foso de rio á rio por la parte del mediodía.

Es Corbell casi de forma triangular, y está aislada en la manera dicha. Fuera fortísima plaza si no la sojuzgaran de montañuelas, de suerte que desde ellas se pueden batir en ruina todas las casas, aunque la que está por mediodía no es tan dañosa, por estar más lejos, como la que se levanta por el oriente en la diestra del rio Sena. Al pié de esta eminencia hay un burgo de cantidad de casas, y desde él se pasa á la villa por un puente, en cuya extremidad, de la parte del burgo, hay un castillo no muy fuerte, de que se apoderó brevemente el Duque, despues de alojado en el burgo, que tambien se ganó con facilidad. Resolvióse en consejo de batir la villa por junto al ángulo que mira al oriente, habiendo experimentado muchas veces el duque de Parma que los lugares asegurados con la profundidad de los rios ó con su anchura, suelen fortificarse menos que los otros, y así fácil-

mente ceden á la furia de los cañones, y cayendo con facilidad las murallas, se da seguro tránsito al asalto, pasando en barcas ó en puentes, que suelen echarse á este propósito. Dificultaba este pensamiento una torre que podía ser través á la batería; mas minada por los oficiales de monsieur de la Mota, la desampararon los defensores antes que la mina pudiese hacer efecto. Comenzáronse tras esto á batir las defensas con cinco cañones puestos en la diestra orilla del Sena, y con tres culebrinas plantadas en el padastro sobre el burgo, con los cuales se inquietaban continuamente por las calles y casas los de la villa; con todo eso, hallándose dentro muchos y buenos soldados, se comenzaron á reparar lo mejor que pudieron.

El mismo dia que se comenzó á batir Corbell, llegó al campo el legado Gaetano, de vuelta para Italia á la promoción del nuevo Pontífice. Salióle á recibir el duque de Humena, y luego el de Parma, honrándole tanto por sus grandes partes, calidad y valor, como por su dignidad y oficio: partióse de allí á dos dias acompañado del conde de Saliñi y de monsieur de Sampol, que gobernaba el país de Champaña por el preso duque de Guisa, en donde tuvo aviso el legado de la creación de Urbano VII, si bien no mucho despues le tuvo tambien de su arrebatada muerte, á cuya causa aceleró más el paso, por hallarse en la creación del nuevo Pontífice, como sucedió.

Dilatóse algunos dias la batería de Corbell, introduciéndose ciertos ratos de rendir la plaza, con los cuales salió un capitan llamado monsieur de Corbison, que no tuvieron efecto. Visto esto, determinó el Duque pasar con parte del ejército el rio Sena, y comenzaron á abrir trincheras, arrimándose á la orilla del dicho rio los españoles del tercio de don Antonio de Zúñiga, el cual se encargó de ellas. Algunos dias despues pasó casi lo restante del ejército, y se alojó de la otra parte del Sena, que servia de seguro foso á la villa. Por esta parte se comenzaron tambien á abrir trincheras, que se encomendaron á don Alonso de Idiaquez, con su tercio: por aquí tuvo necesidad el Duque de echar dos puentes para proceder al asalto, siendo imposible divertir la corriente del rio, y á esta causa mandó cubrir dos grandes pontones de gruesas tablas, con su espalda á prueba de mos-

quiere, con intento de acomodarlos en el puesto conveniente; y porque era muy posible que los enemigos, teniendo antevisto este daño, se hubiesen prevenido de estacadas ó de otros impedimentos á flor del agua, pareció á propósito reconocer el rio y asegurarse de aquella dificultad. Encomendóse esta faccion á un allérez italiano y al sargento Nieto, de la compañía del capitán Luis Masian, los cuales bajaron de noche nadando el rio abajo hasta el puesto donde habia de asentarse el puente, y en llegando allí, y siendo sentido del enemigo, al punto se coronó la muralla de lampiones y otras luminarias, y se guarneció de mosquetería, de la cual hirieron luego de cuatro mosquetazos al sargento Nieto, que sin poder más valerse de piés ni de manos, la propia corriente le arrimó á unos matorrales, á donde saliendo algunos enemigos, le prendieron. Fué más dichoso el italiano, porque sin herida alguna pudo volver y hacer la relacion que se pretendia, y aunque la hizo verdadera en esto, ó por ganar toda la honra solo, ó quizá por entenderlo así, refirió que el español, no habiendo podido sufrir la frialdad del agua, se resolvió en quedarse y rendirse al enemigo. Fatal desdicha de la nacion española, el cargarle todas las demás culpas que no tiene, como en este caso y en otros hace cierto autor italiano, menos bien informado de lo que debe estarlo un historiador que emprende á escribir cosas modernas. Esta es realmente la verdad de este caso, y que el dicho sargento Nieto quedó en prision, tan mal herido, que ganada la villa, le hallaron sus camaradas en un hospital, y espiró dos dias despues en sus brazos.

Habia en Corbell dos gobernadores, uno de la villa y otro del presidio: éste se llamaba monsieur de Rigo, hombre valeroso y resuelto, compañero que fué de Sebastian, famoso ingeniero que defendió á Matrique, y conociéndole por tal el duque de Parma, viendo que habia de ser forzoso llegar á las manos, determinó batir la villa por dos partes para dividir la defensa. Mandó que por la parte del ~~Se~~ se fuese arrimando con trincheras á la batería el tercio de don ~~Se~~ de Zúñiga para que pudiese dar el asalto por las ruinas que hacia ~~Se~~ la muralla cercana al rio cinco cañones que batian desde la otra parte dél; la otra batería, con nueve piezas en dos camaradas, se hizo por

la parte de la Esona, y las trincheras, hasta el puente que dijimos por donde se habia de arremeter, se encomendaron á don Alonso de Idiaquez con su tercio. Ambas baterías hicieron su efecto, y despues de reconocidas por los alféreces Francisco Miron, natural de Valencia, y Alonso de Mercado, andaluz, sucedió que, saliendo á la deshilada cierta infantería walona de las trincheras para cerrar desordenadamente con la batería, y enviandolos á detener don Alonso con un sargento, medroso de que le tomasen la vanguardia, que era suya, en tanto que llegaba la órden de arremeter cargó su mosquete un soldado walon, y disparando contra el sargento, le rompió un brazo de un mosquetazo. Perseveraron los walones en querer pasar adelante; y así, por no dejar salir con la suya á aquellos soldados que con desobediencia lo intentaban, arremetió don Alonso con tanta resolucion, que, aunque no sin resistencia, entró con sus españoles la villa, mandando á cuantos se le ponian delante, siguióse la victoria hasta la plaza, y despues hasta la cabeza del puente, que el enemigo tenia fortificado y guardado con 200 mosqueteros, que servian de hacer través á la batería por donde habia de arremeter don Antonio; los cuales, viéndose ganadas las espaldas, desampararon el puesto. Venia ya cerrando con la batería don Antonio, cuyo tercio padeciera notable daño por ocasion deste través, que jamás se pudo quitar con la artillería, si no sucediera el primer desórden, que hizo, como dijimos, anticipar el asalto al tercio de don Alonso; con todo eso, halló no poca resistencia don Antonio de Zúñiga; pero al fin ambos á dos tercios se apoderaron en breve de la villa, con prision del gobernador de ella, muerte del de la gente de guerra y de más de 1,000 soldados franceses que pasó á cuchillo el primer furor de los españoles. Súpose que monsieur de Rigo tenia tomada la palabra á sus soldados de que no se rindieran sin aguardar tres asaltos. Juzgan en Francia haberse defendido mal ó bien una plaza por el número de los que resisten, y con á causa previno esta diligencia; por ventura no creyó habia de ser ejecutado el primero con tanto valor.

Ganada Corbell, y avituallada París para muchos meses por aquellos rios, mientras se reparaban las baterías y se restauraba un poco

la gente de los trabajos pasados, el duque de Parma, con mil y quinientos caballos, acompañado del de Humena y sus córtes, pasando el Sena por el Pontcharenton, entró en París con color de visitar á las princesas del bando colegado que se habian hallado sitiadas en aquella ciudad, cuyo valor, mucho más que varonil, fué gran parte para defenderla, acompañado de su singular caridad y grandeza, por cuyo medio se sustentó infinito número de pobres, que sin ellas murieran de hambre. Estas eran Ana de Este, mujer ya del duque Francisco de Guisa, y despues de Jacobo de Saboya, duque de Nemours; la duquesa de Humena con algunos de sus hijos; Catalina, condesa de Heu, viuda del duque Enrico de Guisa, y su cuñada, tambien Catalina, hija de la dicha Ana de Este y viuda del duque Francisco de Montpensier. Fué el duque de Parma recibido con gran triunfo en París, por más que procuró entrar disimulado, y habiendo estado allí dos dias, volvió al ejército junto á Corbell, con el cual, pasando la Marna por Meaux, tomó la derrota del País-Bajo á pequeñas jornadas; habiendo enviado antes á monsieur de la Chartra con cuatro mil hombres á traer cuatro mil carros de vituallas desde Orliens á París, que se hizo con felicidad. Quedaron de guarnicion en París, fuera de los alemanes viejos del conde de Colalto, el tercio de napolitanos de Pedro Gaetano, gobernado por don Alejandro de Limonti, las dos compañías españolas de los capitanes Estéban de Legorreta y Diego de Rojas, y algunas de walones, que toda junta esta infantería podía hacer el número de tres mil infantes. Volvióse el duque de Nemours á su gobierno de Leon, y el de París quedó encomendado al conde de Belin, caballero gascon, muy confidente del duque de Humena, y persona de traza para conservar los ánimos del pueblo en su constancia, puesto que los realistas la llamaban obstinacion.

En Corbell quedaron trescientos franceses, fuera de doscientos alemanes del regimiento nuevo del conde de Colalto, y no más de dos dias despues, estando el duque de Parma en Suason, de vuelta de los Países-Bajos, tuvo aviso de que saliendo de Melun el señor de Chastillon, con tres mil infantes juntados de los países vecinos, se habia apoderado de Corbell por inteligencia; suceso que le entriste-

ció, más por haberla él ganado y deseado en vano meter guarnicion española, que porque, despues de socorrido París tan aventajadamente de vituallas, fuese aquella plaza de importancia alguna.

Partió el duque de Parma de Meaux, la vuelta del País-Bajo, á los 3 de Noviembre: avisado dello el príncipe de Bearne, con dos mil quinientos caballos, muchos de los cuales tenia juntos al rededor de Sanlis para este efecto, y otros que le llegaron de los presidios y provincias sus devotas, se puso en campaña con deseo de hacer alguna suerte en la retaguardia católica, ó por lo menos ganar reputacion con decir que echaba de su tierra á los españoles, fiado tanto más en la gente noble que le seguia, quanto por la division que se habia hecho de las fuerzas católicas, enviando muchas á sus presidios y alojamientos, habia venido á quedar el campo más débil de lo que por vantura fuera razon.

Alojó el Duque su campo la noche de los 25 de Noviembre en Fema, y al desalojar el dia siguiente, despues de haber pasado la vanguardia, y áun la batalla, el rio que pasa por Pentarsi, se presentó el rey de Navarra á la retaguardia con doce tropas de caballos; llevábala don Antonio de Zúñiga, con su tercio y dos regimientos de walones, el cual, acabando de pasar el rio, formó su escuadron en una ladera, y al momento arrojó algunas mangas de mosquetería que defendiesen el paso á la caballería enemiga, que con su acostumbrada presteza venia cargando, y con la misma pasaron el vado algunas tropas de caballos, con quien comenzó á escaramuzar la infantería de la retaguardia. Acudió al arma el Duque con toda la caballería del País-Bajo, y la mayor parte de la francesa con el duque de Humena, y viendo el de Bearne lo poco que podia ganar con caballería sola, comenzó á retirar sus tropas la vuelta de Longueval, dejando á los vados al pié de trescientos dragones, que, apeados de sus rocines, defendian el paso á la caballería católica, más para dar lugar á que se mirase la suya, que para conseguir otro intento. Vióse que anduvieron mezclados entre ellos el propio Rey, hasta que, comenzados á degollar los dragones ó argolets, como los llaman algunos, que al fin se degollaron todos, hubo de tomar la carga como los demás. No le pa-

reció al Duque desabrigarse mucho de su infantería, y así pudo ratificarse el príncipe de Bearne sin más daño que la dicha pérdida, no sin alguna de reputacion.

Alojó aquella noche el Duque en campaña, y al desalojar del dia siguiente se tocó un arma tan viva, que se creyó tener ya otra vez al enemigo en la retaguardia: tocábale la vanguardia de las lanzas aquel dia á don Fadrique del Aguila, y queriendo favorecer el duque á Apio Conti, capitán de lanzas italianas, otros dicen que mal informado del comisario general Jorge Basta, que gobernaba la caballería, encomendó la vanguardia al Conti. Sintióse don Fadrique, no sin causa, y era de condicion tan altiva, que se atrevió á resentirse con él más libremente de lo que se permite entre un capitán y su general. Dijo que no estaba acostumbrado de sufrir agravios de nadie; puso mano á la espada el Duque, y don Fadrique se le quitó de delante, como era justo. Proveyóse al punto su compañía en don Alonso de Lerma, natural de Búrgos, soldado muy viejo, de mucha experiencia, valor y solicitud; eleccion que no pareció haber sido hecha con cólera, sino muy sobrepensado.

Esta arma falsa fué la postrera que tuvo el ejército católico hasta el dia de los 30 de Noviembre, que, reforzado de nuevas tropas Enrique, quiso tentar otra vez la fortuna, procurando picar en la retaguardia, corrido de que el Duque volviese vencedor y sin daño alguno; pero hallándola más fuerte de caballería é infantería de lo que pensaba, se hubo de retirar tambien, desesperado de buen efecto, sacando el baron de Biron una herida en un brazo, mientras le daba una buena carga nuestra arcabuceria de á caballo, y en particular las compañías de los señores de Maldeguem y Moude. Llegó aquella noche el Duque á Guisa; despues por Landresi entró en el país de Henna, hasta donde llevó consigo las compañías de caballos italianos, que llamaban las otras naciones las favorecidas, que eran las de su guardia, la de Mario Farnese, conde Nicolo Cessis, Apio Conti, Blas Capizuca; y de allí se fueron á sus alojamientos en Brabante, Limbourg y Lieja. Toda la demás gente de á pié y á caballo quedó

alojada en Francia, al rededor de Rens, en Champaña, á cargo del duque de Humena; monsieur de Rona por maestro de campo general, la caballería con su comisario general Jorge Basta, y la artillería á cargo de tenientes; el tercio de don Antonio de Zúñiga se alojó en Belli, y el de don Alonso de Idiaquez en Brena; el de Capizuca y los regimientos de alemanes y walones en los búrgos y villetas, á donde se designó pasar el invierno, aguardando ocasion de hacer algun buen efecto. Todas las tropas francesas se fueron ó á sus casas ó á sus presidios, y el duque de Humena á Suason, gobierno antiguo suyo, y plaza muy su devota y tenida por de las más fuertes de Francia.

Llegó finalmente el Duque á Bruselas, á los 4 de Diciembre, contento por la felicidad de su jornada, aunque con harto poca salud; para que no fué ningun alivio el nuevo desman que sucedió pocos dias antes de su llegada, amotinándose el tercio de Manuel de Vega, que pasó de la manera que contaremos en el libro siguiente, para donde lo guardo, por haberme alargado en contar las cosas sucedidas en este año más de lo que pensaba; sin dejar por eso las de Frisa, que pasaron así.

En tanto que estuvo el Duque en Francia ordenó fuese á Frisa el tercio de don Francisco de Bobadilla, gobernado por Manuel de Vega Cabeza de Vaca: diósele entonces un tercio de paga, y despues en todo el tiempo que asistió en aquella provincia, que fué diez meses, no recibió más, de que resultó lo que adelante se dirá; y así le fué fuerza al coronel Verdugo alojar parte de las compañías en villas donde pudiesen sustentarse, y las demás en el país de Groninguen, asistidas por él y la villa. Desta manera estuvieron aquellas fuerzas (que ayudadas de mejores medios fueran útiles) ociosas todo un invierno, sin haber sucedido otra cosa que haber querido alterarse algunas compañías deste tercio, alojadas en Emelscamps; pero el capitán Prado, que las gobernaba, y el capitán Juancho Duarte, saliendo con á guido, prendieron y dieron garrote á algunos, con que apaciguaron los demás: su intencion era juntarse todos é ir á donde estaba la compañía de lanzas del coronel Verdugo, y apeándola con sus caballos, hacer otra, y volverse á Brabante á pedir sus remates. El conde

Guillermo, temiendo ser acometido el verano con esta infantería española y la ordinaria de aquella provincia, procuró socorro, y le vino de infantería y caballería, y así salió en campaña: hizolo tambien Verdugo, y para darle ocasion de buscarle y desabrigarse del villaje de Colmer, donde se habia fortificado, acometió un fuerte suyo, que llamaban Emertil, batióle con dos piezas que sacó de Groninguen, y ganado, pasó al fuerte de Lopeslague, hecho por el mismo Verdugo el año antes, con designio de acometer el de Nieciil, del enemigo, que estaba alojado allí cerca en Colmer, procurando sacarle á la campaña, puesto que acometerle en su alojamiento era imposible, por el sitio fuerte y bien reparado; y así, se alojó con su gente el coronel Verdugo junto al fuerte que habia hecho entre el dique y un brazo de mar que venia á él, sobre el cual comenzó á hacer un dique para que las vituallas y lo demás necesario pudiese venir de Groninguen con más facilidad. Ayudaron los de la villa á esto, como interesados, con madera y gente, porque con él ganaban una buena cantidad de tierra, y haciendo un dique desde el fuerte hasta el otro de Groninguen, excusaban entretener una legua de diques; de que les procedia gran provecho, y al ejército gran comodidad: trabajóse de manera, que, contra la opinion de muchos, que juzgaban la obra imposible, se cerró en poco tiempo todo el brazo de mar, y se puso en perfeccion el camino hasta el otro dique. Estando, pues, alojados en esta forma, de entrambos campos se hacian emboscadas á menudo, escaramuzando, y en particular con los del fuerte, á quien habia el enemigo proveido bien de gente y todo lo necesario á su defensa; pero nunca pudo el coronel Verdugo sacarlos á pelear de sus alojamientos. Sobrevino en esto una gran tormenta en la mar con aguas vivas y viento nordeste, de que coligió Verdugo seria imposible mantenerse más en aquel puesto: djólo al ayudante Duran, que lo era del tercio de Manuel de Vega, y habiéndole advertido que la gente estaba bien acomodada, que se aventuraba reputacion en retirarse, no habiendo hácia el enemigo puesto seguro que ocupar, condescendió con él, dejando por entonces de mudarlos; pero despues, creciendo la mar con la tormenta, se vió que el primero hubiera sido mejor consejo, pues hu-

bo peligro y trabajo en salvar la gente, perdiendo parte del bagaje y algunos soldados que tardaron en retirarse; y aunque es verdad que pudiera y debiera el coronel Verdugo, como más práctico en el país, seguir su parecer y resolución, ó el no tener la otra malos fundamentos, ó el deseo de no desagradar aquella gente, no propia de su gobierno, sino venida allí tan mal asistida, le debía de hacer mandar con menos resolución de la que debiera; que uno de los peores efectos de traer mal pagada la milicia es el recato con que procede quien la manda de la seguridad con que puede hacerlo, y la duda con que vive de que su obediencia sea tan puntual como conviene. Pasado el dique nuevamente hecho, que por estar imperfecto, el agua le sobrepujaba, se alojó el coronel Verdugo en la abadía de Grotwert, y de allí sacó su gente á lo seco y comenzó á alojarla. A los españoles envió á los presidios, porque los enemigos habian dado á entender á los de la villa de Groninguen que el duque de Parma habia mandado alojar en ella este tercio; y así, no permitian entrar á nadie dentro sin dejar las armas á la puerta.

Con tales artificios ponian en sospecha á aquella villa, y como el no recibir en ella guarnicion era deseo que igualmente comprendia á los buenos y á los malos y resolución universal de todos, tanto más bien acogida y creida era esta desconfianza; de que resultó pedir Verdugo algunas veces licencia al Duque para dejar aquel cargo, en que se hallaba mal asistido; que no es la menor desdicha de la profesion militar, juzgándose en ella más que en ninguna otra por los sucesos, pender la honra de quien tiene algo á su cargo de la diligencia ó remision con que quieren asistirle, sin tomarle en descuento de las pérdidas ninguna consideracion de lo que en esto hubiere habido, teniendo necesidad las más justificadas de disculpas, y siempre las del que pierde son tenidas por sospechosas, áun de los más bien intencionados, que de ordinario son los menos. Sucedió en este tiempo que un hermano y un primo de Cristóbal Lechuga, sargento mayor de aquel tercio, sin que él lo supiese, porque no corria bien con su maestre de campo, se resolvieron en volarle con una mina que hicieron debajo de su barraca, la cual hizo el efecto tan contrario, que voló al primo, y el

hermano, que pudo retirarse, se escondió y salvó, no faltando muchos que le ayudasen, por lo mal que querían al maestre de campo; tanto, que cuando este tercio se amotinó, le hubo de proveer Su Majestad en otra parte á instancia de ellos mismos: cosa de ruin consecuencia y disciplina; pero la conveniencia de concluir con aquella alteracion, y lo mal que se pueden gobernar la fuerza y pasion cuando se juntan, hizo ceder á la necesidad por entonces, eligiendo el que parecia menor inconveniente; que si bien es regla de prudencia hacerlo así, puesto que ha de ser á mas no poder, hay tanta dificultar en conocer esta imposibilidad, como peligro en dejarse llevar de algunos afectos que la muestran antes de tiempo. Probó el sargento mayor su inocencia, y salió libre de ello, y llegando á padecer este tercio demasiadamente, por no haber ya medios para sustentarle, se comenzó á solicitar de parte del maestre de campo y capitanes con el conde de Mansfelt, que gobernaba en ausencia del duque de Parma, su vuelta á Brabante: concediólo el de Mansfelt, ordenando antes al coronel Verdugo fuese con él á ganar un castillo que los enemigos habian tomado en el país de Rinchenclusen, jurisdiccion del arzobispado de Colonia, y que de allí fuese á verse con [él á Bruselas. Fué Verdugo donde se le mandaba, y sabiéndolo los del castillo, se concertaron con los del Elector; con lo cual, llegando allí y no hallando á nadie de parte del Elector que diese asistencia ni vituallas, pasó el Rhin y fué á Bruselas, y allí advirtió al conde de Mansfelt en consejo, del estado en que dejaba su provincia, las inteligencias que en ella tenia el enemigo, la poca seguridad de algunos que tenian mano en el gobierno, y la sustancia de las fuerzas militares con que se defendia. Advirtió principalmente el estado de la villa de Groninguen, en que habia muchos de conocida infidelidad, y entre ellos, algunos del magistrado, ofreciéndose á probarlo con algunos de los fieles y bien intencionados de la villa; oficio que, con haberlo hecho muchas veces, no sólo no le lució, antes bien de estos mismos avisos tuvieron muchas veces noticia los acusados: culpa sin duda de la infidelidad de algunos ministros inferiores, por cuya mano es fuerza pasen los negocios más graves, y riesgo de que es imposible librarse totalmente los superiores más re-



catados, especialmente en las guerras que emprenden vasallos contra su señor. Llegó en esto de Francia el duque de Parma, con quien hizo el mismo oficio, advirtiéndole especialmente de que por las villas de Deventer y Zutfen podía hacer grandes progresos, entrando por el país de Utrecht en Holanda, que seria sin duda la cosa que más sintiesen los enemigos el verse meter la guerra en sus propias entrañas; camino el más breve para darle honrado y provechoso fin; pudiéndose esperar que aquellos pueblos, escarmentados de los daños que en el tiempo pasado habian sufrido con la guerra, se reducirian á algun buen partido antes que pasar otra vez por ellos; y que ya que no pudiesen hacerse tan presto estos efectos, proveyese á lo menos aquellas dos plazas de manera que no se perdiesen cuando menos lo pensase, pues era de creer que, habiendo tomado los holandeses tan á pechos el manejo de la guerra, no se olvidarian de acometer aquellas dos villas, tan importantes como poco fuertes: consejo que le calificaron bien presto el tiempo y nuestro descuido por mejor de lo que nadie pensó, y que debe guardarse en la memoria de los que alcanzan el fin de las treguas, para encaminar las cosas por el camino más corto y más seguro. Avisóle tambien de que el enemigo se apercibia para acometer las dichas plazas, y de todo lo que convenia hacer para resistirle, supuesto que no bastaban todas las fuerzas que por entonces se tenian en Frisa. Ofreció dar el Duque en todo la asistencia conveniente, y por buen principio le mandó volver de allí á pocos dias sin gente y sin dinero, habiendo tenido el Duque otros avisos conformes á cuanto Verdugo le habia significado; el cual, protestando el daño que haria su vuelta sin el socorro que con él esperaba aquella soldadesca y los leales (á quien la desconfianza de tenerle haria por ventura mudar de opinion), obedeció al fin, volviéndose harto descontento á Zutfen; á cuyo gobernador y al conde Herman, que lo era de Deventer, envió despues el Duque algun dinero para avituallar aquellas plazas. Informóse Verdugo en Zutfen del Gobernador qué provision tenia de pólvora: respondióle que buena, por haber hallado en la casa que era del coronel Tásis alguna cantidad; ordenóle que con diligencia se proveyese de fagina y cestones, y trabajase desde la puerta

---

que llaman del Pescado hasta la del rio, que era por donde le podian hacer más daño, y sin que él la pidiese, metió dentro una compañía de infantería más. Dada esta orden, pasó á Deventer, y habiendo proveido allí algunas cosas, fué á Groninguen, que era la vila de que más dudaba. Causó general desconsuelo y desmayo en aquellas plazas su vuelta sin cosa alguna de las que convenia tener prevenidas para su defensa, como destituidos de la última esperanza; de que resultó lo que adelante se dirá; causando cada dia mayor admiracion el ver que, por acudir el Rey á los negocios ajenos, dejasen él y sus ministros en abandono los propios, consolándose de perder la llave y paso seguro de las islas, y con él la esperanza de castigar sus continuados y perniciosos atrevimientos.

---

## LIBRO IV.

Año de 1591.

Amotínase el tercio de Manuel de Vega, y págase.—Toma el príncipe de Bearne á Chartres.—Toma el duque de Humena á San Lamberto, á Nela y á Chatetiri por asalto. Va á París y encomienda su ejército al príncipe de Asculi. Gana el Príncipe á Chateo du Mont, á Moncoroet, y despues á Verbi.—Llega á París el nuncio Landriano; efectos de su llegada; edictos del de Bearne y de algunas villas contra el Pontífice y Nuncio.—Gana el de Bearne á Noyon por asalto; pónese sobre Ruan.—Gana Mauricio á Zutfen y á Deventer; toma á Vuede, y restáurala Verdugo.—Entra el duque de Parma en la isla de Bura, y retirase despues á Aspa.—Gana Mauricio á Hulst; quémale Mondragon algunos bajeles.—Vuelve el Duque á Bruselas; apresurase para ir á Francia; dásele la Ferra para su refugio.—Apodérase Mauricio de Nimega por estratagemas.

Habia ordenado, como queda dicho, el duque de Parma al conde de Mansfelt que por ningun caso alojase la gente que le dejaba para la defensa de los Países-Bajos en villas cercadas, y en particular el tercio de Manuel de Vega; pero deseoso el Conde de aliviarle y recrearle de los trabajos que habia padecido en Frisa, pareciéndole que le obligaba, con mostrar aquella confianza, á tener mayor cuidado de no desmentir sus esperanzas, en llegando á Brabante le alojó en las tres villas de Diste, Liao y Herentales, á donde estaban con más comodidad de la que permitian aquellos tiempos. Tuvo este tercio algun respeto á las canas de quien allí le puso, y al amor que el Conde tenia á la nacion española; pero en sabiendo que el duque de Parma, de vuelta de Francia, habia entrado ya en los estados, y que no corrían por cuenta del Conde los sucesos de ellos, habiéndose antes concertado con varios avisos todos los tres alojamientos, algo más

adelante de la media noche, que fué la de 27 de Noviembre, tomaron las armas contra sus oficiales, y en particular contra el maestre de campo, tan desenfrenadamente, que con peligro de las vidas de todos, y heridas y golpes de muchos, los echaron fuera á ellos y las banderas, tras las cuales se salieron por medio de las picas y mosquetes de los alterados al pié de ciento y cincuenta soldados particulares y alféreces reformados, comprando con su sangre la honra de no hallarse en aquella odiosa sedicion: ejemplo que le dió de allí adelante para en semejantes desventuras. Estaba alojado en Joudoigne, lugar pequeño en el walon Brabante, la compañía de Antonio de Mosquera, una de las del tercio; la cual, ó no avisada con tiempo, ó medrosa de algun accidente, por hallarse sola y sin asistencia, estuvo firme sin tentar novedad; quitósele luego la ocasion de arrepentirse con la entrada que hizo allí el maestre de campo, capitanes y oficiales del tercio, con las banderas de él. Metieron luego los alterados todo el país de Campiña y de Lieja en contribucion, y para mejor poderlos apremiar á pagarla, hicieron una compañía de lanzas, tomando para esto los caballos de los capitanes y oficiales, tanto de silla como de carro, y ocho caballos que Hernando Patiño tenia comprados en Liao para la compañía de don Sancho de Leiva, de quien era soldado en Frisa; al cual Hernando Patiño forzaron á que se encargase de la dicha compañía, en que llegó á haber ochenta lanzas muy en orden y bien á caballo; y él lo hizo, protestando primero que se encargaba de ella con condicion que habia de salir en servicio del Rey siempre que se le ordenare, con las seguridades necesarias, y que no habia de ser pagado cuando y como los alterados, pues él no era ni lo pensaba ser. Mostró Patiño presto que no se habia encargado de aquella gente para estar ocioso, pues rehusando los liejeses de acudir con la contribucion ordinaria, y armándose el país para defenderla, salió con sus caballos de Liao, y volviendo con priesa bastante para cobrar los corridos, halló tomado el puente de Lisemeao con dos mil villanos liejeses, mosqueteros y picas todos; con quien cerraron Patiño y sus lanzas tan valerosamente, que ganaron el puente y rompieron á los de Lieja, con muerte de más de cuatrocientos; y mataran más si no sobreviniera

una gran lluvia, y tras ella la noche. Quedaron con esto más cuerdos los liejeses y pagaron de allí adelante las contribuciones sin réplica; murió sólo un soldado de Patiño, y heridos tres.

Casi en los mismos dias que se amotinó el tercio de Manuel de Vega, echaron la guarnicion católica los burgueses de la villa de Venló, una de las más importantes del país de Gueldres, situada en la ribera diestra del Mosa. Estaba allí de guarnicion el tercio de don Gaston Espinola de italianos, y el de alemanes del coronel Ventinck; éstos se gobernaron tan mal durante la ausencia del Duque, y fueron tan aborrecibles en aquella gente sencilla las borracheras de los unos y desórdenes de los otros, que, concertados primero con los alemanes, ofreciéndoles de quedarse con ellos á solas, echaron á los italianos, y despues á los alemanes mismos, como menos poderosos. Temió al principio el conde de Mansfelt que no habian tomado los de Venló aquella resolucion sin inteligencia con los Estados; pero enviando ellos á disculparse con cuatro burgueses de los más honrados de la villa, alcanzó perdon no menos la aparente justificacion que la imposibilidad que habia por entonces de castigarlos. Cansados tambien por este tiempo los de Nimega de la continua batería del fuerte, alcanzaron algun reposo con permitir franco paso por el Vaal á los bajeles holandeses, que por la extraordinaria sequedad de aquel verano no podian bajar cargados por el brazo diestro, que conserva el nombre del Rhin: resolucion que ocasionó despues su pérdida, como se dirá, domesticándoseles algunos herejes más de lo que fuera justo, como sucede en todo género de treguas; por donde sin muy gran necesidad no deben hacerse con rebeldes, siendo nuestro natural tanto más inclinado á conformarse con lo malo, que es más cierto aficionarse los súbditos leales á su modo de vida licenciosa y libre, que reducir los infieles con el ejemplo de la virtud de esotros; como sucedió en este caso, que al fin fueron ganando muchas voluntades con sus falsas lisonjas, como acostumbran. Murió al principio deste año de enfermedad Manuel de Lalaing, marqués de Renti, en Mons de Henao, cabeza de su gobierno, caballero de gran calidad y de singular valor, famoso por no haber dejado jamás el servicio del

Rey, sino fué el tiempo que, llamándose monsieur de Montini, se hizo cabeza de los mal contentos, enemigos declarados de los herejes, y un cierto género de neutrales, que con el tiempo y con la conformidad de la religion, que suele ser el vínculo más estrecho de las amistades, vino á unirse con la causa del Rey, trayendo consigo él y el marqués de Rubay, su pariente, los países de Henao y Artois, que, aunque sin nota de infidelidad, andaban algo perplejos, y muchas plazas importantes. Sucedióle al Marqués en el gobierno de Henao, Carlos de Croy, príncipe de Simay, que tenia el del condado de Artois, como se dijo arriba; y á él, el marqués de Barambon, cuyo gobierno del ducado del Gueldres se dió hácia la fin del año al conde Herman de Bergas, coronel de alemanes.

A los 26 de Enero llegó á Bruselas, enviado por el Rey, don Diego de Ibarra, veedor general del reino de Sicilia, caballero de grandes partes; trajo orden al duque de Parma que le llamase á todos los consejos de estado, hacienda y guerra y que hiciese acompañar á él y á Juan Bautista de Tássis á París; á donde, habiendo salido ya de allí don Bernardino de Mendoza, ciego del todo y necesitado de descanso, deseaba Su Majestad tener estos dos personajes, para que en aquella ciudad, cabeza de Francia, asistiesen, atendiendo al bien universal de la causa católica y á las cosas que en particular se ofreciesen de su servicio. Pasaron ambos á dos por el mes de Mayo á Rens, en Champaña, en cuyos contornos, como se ha dicho, alojaba el ejército católico y poco despues á París, donde fueron muy bien recibidos y acariciados por los que gobernaban la ciudad. Y porque, hallándonos ya en Francia, no hay para que volver á los Países-Bajos sin desembarazarnos de los sucesos del ejército colegado en Champaña, Picardía é isla de Francia, escribiré lo que supe de las mejores relaciones y guardaré para la postre los sucesos de Flandes de que soy testigo de vista; de donde no salió el duque de Parma hasta la fin de este año; y así podrá ir la relacion más inteligible y consecutiva.

Quedó el príncipe de Bearne con el socorro que dió el ejército católico á París, no sólo afligido y casi desconfiado de mejorar el estado de sus cosas, pero imposibilitado de hacer grandes progresos; y así

con varios embajadores y mensajeros solicitaba á la reina de Inglaterra y los protestantes de Alemania por socorro. Fué más pronta la Reina, como quien participaba de mayor interés: medida la más cierta con que los príncipes en las necesidades pueden tantear las esperanzas de ser ayudados de los más amigos, pues sólo lo son unos de otros en cuanto les conviene. Envióle al Príncipe, casi en principio de este año, tres mil ingleses, con que reforzó el campo y entró en esperanzas de hacer algunos efectos de importancia; atendia entre tanto á visitar las plazas de su devocion, sin apartarse de Picardía ni de la isla de Francia tanto, que diese ocasion al duque de Humena para tentar alguna cosa de gran importancia; contentándose con tener sus capitanes por gobernadores de las demás provincias, las cuales era cierto que habian de seguir la fortuna, conforme la prosperidad ó adversidad de los sucesos. En Borgoña tenia al baron de Biron contra el vizconde de Tavanoes, en el Leonés y Delfinado á monsieur de la Diguiera contra los duques de Saboya y de Nemours, en Proenza al duque de Parnon contra el mismo duque de Saboya, en Lengudoca al condestable Memoransi contra el duque de Joyosa, en Guiena al mariscal de Matignon contra el señor de N., que tenia, entre otras plazas, á Blaya, á la entrada que hace á la mar el rio Garona; en Bretaña al duque de Montpensier contra el de Mercurio; á donde últimamente envió á monsieur de la Nua, soldado, aunque hereje, de los más experimentados de Francia, con la nueva que tuvo de la llegada á aquella provincia de don Juan del Aguila con tres mil infantes españoles, los cuales se habian apoderado del puerto de Blavet y le iban fortificando para asegurarse por la mar; de suerte que no habia palmo de tierra en Francia que no tuviese dos poseores, uno en nombre del Rey y otro de la Liga, robando, matando y abrasando todos con tanta crueldad y aborrecimiento, como si aquella ira se ejecutara en la nacion más enemiga: tan ciego es el furor y tanto el que produce la herejía, especialmente la que con nombre de razon política, antepone el propio interés á toda justa y razonable consideracion, teniendo por honesta toda utilidad, por detestables que sean los medios con que se adquiere; de que resulta inmediatamente destruirse la

fe pública y privada y de ello todas las disensiones que experimentó este miserable entonces y antes nobilísimo y poderoso reino.

Púsose el príncipe de Bearne, á mediado Febrero, sobre la villa de Chartres, con el mayor golpe de gente que pudo juntar; la cual se le defendió más de dos meses valerosamente, hasta que desconfiada de socorro, por estar el campo de la Liga ocupado en los países de Champaña y Picardía, se rindió con honestas condiciones á los 24 de Abril. Invernaba el ejército católico, como se ha dicho, entre Suason y Rens, en Champaña y sacando la gente de los alojamientos el duque de Humena por el mes de Febrero, tomó á San Lamberto, plaza de alguna consideracion. Hizo otra salida de más importancia al principio de Abril, poniéndose sobre Chateotiri, villa situada sobre el rio Marna, siete leguas más arriba de Miaux y plaza importantísima para conservar el dominio de los países de Champaña y Bria, con quien confina. Juntó el duque de Humena para este sitio todas sus fuerzas, puesto que por entonces no pasaban de ocho mil infantes y poco más de mil quinientos caballos. Habia tentado el Duque muchas veces á meter socorro en Chartres y siempre en vano, por la vigilancia de los realistas; y así, no hallándose con fuerzas bastantes á darles la batalla y resuelto en no pasar el Sena sino con poder muy aventajado, tentó la diversion con el sitio de Chateotiri; y prudentemente, pues es sin duda que cuando se tienta este camino, no ha de ser, si se puede, no aventurado á ganar menos que lo que se deja perder, y Chateotiri, considerado el puesto donde por entonces se hacia la guerra, no era de menos, sino de más importancia que Chartres. Batióse Chateotiri con nueve cañones y tocóle el abrir las trincheras al tercio de don Antonio de Zúñiga, por entre el castillo y el rio de la parte del norte. Alojóse el de don Alonso de Idiaquez arrimado al rio, hácia la parte de Miaux y comenzó tambien á venirse arrimando con trincheras y algunas piezas que tiraban á las defensas: gobernaba este tercio, por ausencia del maese de campo y muerte de Simón de Iturbide, sargento mayor que murió de enfermedad en Brena, el capitán Gonzalo de Luna, en quien se proveyó su oficio. Resolvióse finalmente el asalto por la parte de don Antonio, y olvidados ya los franceses de Lafi y

Corbell, ó confiados en la retirada del castillo, se resolvieron en aguardarle, arremetieron los capitanes don Alvaro Osorio, don Pedro Sarmiento, Antonio Gonzalez, Fadrique Villaseca, Juan Bravo de Lagunas, Simon Antúnez y otros y con tanto valor cargaron sobre el enemigo, que con heridas de muchos españoles, aunque no con muerte de alguna persona de cuenta, entraron en la villa. Habia quedado la batería un poco difícil, y en particular la bajada, detrás de la cual hacian los franceses muy bien su deber. Afírmase que el primero que se arrojó en medio de ellos, siguiendo luego los demás, fué un alférez reformado, de la compañía del maese de campo, llamado Sancho de Tuesta, aunque herido de un mosquetazo en el brazo izquierdo, que no le he querido pasar en silencio, por pagarle con esto que puedo lo bien que sirvió despues siendo soldado mio y haber finalmente acabado la vida en la batalla de las dunas de Ostende, en compañía de otros muchos de su tercio, peleando con gran valor Murieron más de quinientos franceses en la batería y por las calles la vuelta del castillo, adonde se recogieron al pié de cuatrocientos, que le comenzaron á defender con el mismo valor que habian defendido la villa, aunque con mejor seso; porque, desconfiados de socorro, despues de haber aguardado más de quinientos cañonazos, se rindieron, sacando armas y bagajes. Fué esta presa de mucha importancia y muy provechosa para restaurar la pérdida de reputacion causada por la rendicion de Chartres, que se supo luego.

Detúvose el duque de Humena en Chateotiri algunos dias, refrescando su gente y en particular la española, que lo habia trabajado más, y despues de haber tomado algunos lugares de poco nombre en el país de Bria, envió la gente á sus alojamientos y pasó á París, dejando el ejército á cargo de Antonio de Leiva, príncipe de Asculi, á quien envió por aquellos dias el duque de Parma por cabo de la gente que pagaba el Rey; con la cual saliendo á mediado Mayo en campaña, tomó, no sin resistencia, á Chateo Dumon y á Moncornet; y puesto despues sitio sobre Vervi, y llegado de nuevo al campo el duque de Humena, se batió por tan mala parte, que procediendo al asalto, no se pudo hacer más que quedar los españoles alojados en la

muralla, con muerte de más de ochenta y algunos capitanes de naciones. Salió de este asalto mal herido por el ojo, que le salió al colodrillo, el capitán Villaseca, natural de Perpiñán, aunque curó después. Rindióse finalmente la villa á los doce días de sitio, y salieron los defensores con sus armas y bagajes. Tentó tras esto el duque de Humeña una empresa de importancia y que pudiera sucederle bien si no lo mal lograra la ignorancia ó la infidelidad de las guías y haber querido el Duque dar la vanguardia á gente menos plática de aquel género de facción de lo que convenia. Supo pues el Duque que en la ciudad de Compiègne no se estaba con el recato necesario, y partiendo dos horas antes de anoecer de los cuarteles, caminó con tres mil infantes de todas naciones y seiscientos caballos sueltos toda la noche; y donde hubiera de llegar una hora por lo menos antes del día á dar la escalada, por ocasion de cierto rodeo que tomaron las guías, á lo que se dijo no sin malicia, no se llegó sino ya al reir del alba. Pretendió don Antonio de Zúñiga que le diesen parte de las escalas á sus españoles, pero teniendo el Duque el negocio por hecho y deseando dar aquella honra á la nobleza de Francia, que dejando sus caballos, habian tomado picas y alabardas, mientras, como poco pláticos, hacian más ruido que efecto, fueron sentidos por los centinelas, y acudiendo en su socorro, no sólo los realistas, pero los aficionados al bando de la Liga, que no eran pocos, aunque en aquella ocasion no les importaba menos que á los demás el defender sus murallas, pues en semejantes accidentes suelen llevarse por un rasero amigos y enemigos, de tal manera pelearon, que viniendo al suelo los más atrevidos colegados, vino tambien la luz del día, que acabó de imposibilitar la empresa.

Habia llegado por este tiempo á París monseñor Landriano, nuncio de Gregorio XIV, cuyos monitorios, publicados por todas las ciudades y villas católicas, comenzaban á hacer bonísimos efectos, los cuales conminaban nuevas censuras á los fautores del príncipe de Bearne si no se apartaban de su servicio, declarando por legítima, buena y católica la Liga de los príncipes de aquel reino, por cuyo medio se conservaba tambien la autoridad pontifical y la verdad de la Iglesia romana. Sintió mucho el príncipe de Bearne esta declaracion,

y en cierta junta que tuvo en Manta, presente el cardenal Lenoncourt, se hizo un edicto, en el cual se ofrecia el Rey á hacer toda cortesía al anuncio de Su Santidad si iba á él, y si á sus enemigos, mandaba á sus súbditos que no le obedeciesen ni conociesen por más que por persona privada. Pasaron más adelante los de Chalons, en Champaña, rompiendo públicamente la bula apostólica y amenazando con grandes castigos á quien la obedeciese; y en otras ciudades se excedió hasta hacer esta ceremonia el propio verdugo, con pregones infamatorios, no sólo contra el Nuncio, pero contra la persona del Papa. Con esto y con otros nuevos edictos en favor de los hugonotes, que hizo en Tours el de Bearne, animado con otro nuevo socorro de ingleses, que supo haber llegado á Diepa, se puso sobre la ciudad de Noyon, una de las principales del país que llaman Isla de Francia. Tentó el duque de Humena muchas veces y por muchas vias el socorro de esta plaza tan importante, cuanto digna de funesta memoria por haber sido patria de Juan Calvino, el peor y el más abominable heresiarca de cuantos han procurado contrastar la fe católica; pero no le pudo dar el que fuera necesario para defenderse largo tiempo. Defendióse con todo eso el presidio de franceses que estaba dentro más de dos meses, con tanta constancia, que despues de grandes salidas y muerte de mucha nobleza realista, tuvieron valor para aguardar tres asaltos, aunque finalmente hubieron de ceder al cuarto, con muerte y prision de toda la gente de guerra colegada, dejando el más seguro y honrado ejemplo de cómo se debe defender una plaza que aunque muchos salen de ellas enteras la honra y la vida, esotro es lo más asegurado. Deseó el duque de Humena socorrer esta plaza á viva fuerza; pero siendo por entonces mucho mayores las del enemigo, hallándose en sitio fuerte, y su plaza de armas muy bien fortificada, no se tuvo por sano consejo el acometerle desaventajadamente, ni aventurar la suma de las cosas por una plaza que al fin habia de ser presa y despojos del vencedor. Habia llegado el ejército colegado á dos leguas de Noyon, resuelto en aguardar allí algun buen lance para ofender al enemigo; cuando, sabido el suceso, se retiró á Suason y de allí á unos villajes junto á Rens, en Champaña. Ganada Noyon, despidiéndosele al de

Bearne, conforme á la costumbre de Francia, casi toda su nobleza, quedó imposibilitado de tentar otra cosa de importancia; y así, resuelto en esperar el socorro que le bajaba de Alemania, cuya fama era por entonces de catorce mil infantes y veinte cornetas de reitres, en que se juzgaba vendria al pié de seis mil caballos, pasó á Mets de Lorena, dejando casi toda su gente repartida en guarniciones y quitando con esto la ocasion al duque de Humena de tentar ni la recuperacion de Noyon, ni la presa de otras plazas con que recompensar aquella pérdida; la cual, aunque sentida con extremo por los colegados, no tardó mucho en tener su descuento, como de ordinario le tienen las cosas de acá bajo.

Estaba, como se dijo atrás, el duque de Guisa, mancebo de edad de diez y ocho años, preso en el castillo de Tours en Turena, á cargo de monsieur de Ruberay, hombre severo y que no ignoraba los grandes daños que podia ocasionar á la causa de su señor la libertad de aquel príncipe, á quien tenia con tan estrechas guardias de vista, que hasta sus acciones más secretas las habia de ver un capitán y cinco arqueros, que á este efecto, mudándose alternativamente con otros de su género, asistian siempre en su aposento, velándole de día y de noche con particular cuidado. Fuera de estas guardias de vista, que por todas eran veinte arqueros y cuatro capitanes, habia en el castillo otro buen número de gente de guerra para guardia de alguna violencia, que de ordinario preveian las centinelas, rondas y contrarondas necesarias. Pareciale al alcaide estar tan asegurado de la persona del Duque, guardado con tanta vigilancia, que no le quedaba que temer; pero enseñóle la experiencia, aunque á su costa, que por mucho que sea el cuidado de las guardias, es mayor y más natural el que un preso tiene de procurar su libertad. Usase en Francia mucho servirse de lacayuelos, por medio de los cuales se visita todo, se anda todo y se sabe todo; ellos son las verdaderas espías, y tan diestros en este oficio, que se ha visto lacayuelo de doce años, con sólo haber entrado una vez por una puerta de ciudad ó villa, designarla despues y delinearla con sus traveses, rastrillos y otras defensas, como pudiera el más diestro ingeniero. Iba y venia uno de éstos con recaudos á Or-

liens del Duque para el mariscal de la Chatra, y del mariscal para el Duque; por medio de los cuales se concertó que ejecutase el Duque su intento el día de los 15 de Agosto, y que el Mariscal tendría al baron de la Chatra, su hijo, en cierto lugar vecino con gente de á caballo para asistirle, caso que Dios fuese servido de ayudarle, dejándole escalar el castillo. Venido el día señalado, despues de haber encomendado el Duque aquel negocio á Dios y pedídole buen suceso, si había de ser de su servicio, saliendo de su aposento, para entretener los guardias y tener ocasion de apartarse algun tanto de ellas, inventó un juego de subir la escalera saltando con un pié, y al soldado que mejor lo hacia, le daba algun premio por su ligereza: quiso finalmente mostrar él tambien la suya, y llegando al último descanso se arrojó con la mayor diligencia que pudo en su aposento, cerrando tras sí la puerta, que era de golpe, y tan fuerte como lo suelen ser las de las cárceles. Estuvieron un rato suspensos los soldados, pensando que todo aquello era del juego; pero sospechando los capitanes lo que era, en lugar de acudir por la puerta del castillo á ocupar la parte por donde podia escalarle, acudieron á romper la del aposento en que trabajaron en vano casi un cuarto de hora. No fué perezoso en tanto el Duque en echar una cuerda que tenia aparejada por una ventana, ni en descollarse por ella, aunque con notable peligro de su vida; porque acudiendo los soldados á sus puestos, y viendo suspendido aún en el aire al Duque, por ser la ventana muy alta, tiraron hácia él una rociada tan buena de arcabuzazos, que le obligaron á soltar la cuerda más de veinte palmos antes de llegar al suelo. Ofendióse en un brazo y en una espalda, y con todo esto pasó adelante como un gamo, y con la misma ligereza atravesó un burgo de la ciudad lleno de gente y á mediodía; que fué caso milagroso no detenerle, como lo pudiera hacer un niño, no llevando el Duque arma ninguna. Fué otro nuevo milagro no alcanzarle dos escoceses que salieron á caballo por la puerta del castillo, pues pudo detenerlos un viejo con asir de la rienda al uno, y obligar al otro á que le diese una cuchillada; acto que alborotó la gente y acabó de dar libertad al fugitivo, el cual, deparándole Dios un rocin de un villano, y subiendo en él á fuerza de promesas y bue-

nas razones, tomando por la ala de un bosque, fué á un pasto donde ciertos confidentes suyos le tenían aparejado un caballo tal cual convenia para conseguir su intento. Tenia trazado de pasar el rio Cher (que, bajando del Borbonés, se arroja en la Luera algo más abajo de Tur) por un vado conocido por él, y puesto donde habia de hallar al varon de la Chatra; mas turbado de tantos accidentes, hubo de pasar el dicho rio á nado en su caballo. Pasado el rio, descubrió seis caballos del Baron, y despues al Baron con otros sesenta, que le recibieron con la alegría que se deja considerar. Vinole á recibir el Mariscal hasta Burges, en Berri, y pasando á Orliens, y de allí á París, acompañado ya de seiscientos caballos, dió con su vista á aquella ciudad tan su devota la mayor alegría que habia recibido en muchos años. Pasó finalmente hácia la fin de Setiembre al campo, donde fué recibido por su tio el duque de Humena y por todos los capitanes colegados, con tanto regocijo y con tan seguras esperanzas de buen suceso, como si hubiera resucitado su padre. Tuvieron particular contento de esta nueva, no sólo el duque de Parma y el Rey cuando la supo, sino el pontífice Gregorio XIV, en prueba del cual hizo dar generales gracias á Dios por aquella libertad tan impensada y tan á buen tiempo.

Habia atendido Gregorio desde el principio de su creacion con particular cuidado al remedio de las cosas de Francia; pero advertido del proceder del príncipe de Bearne, y de la poca esperanza que se podia tener de su reduccion, determinó ayudar la causa católica no sólo con palabras, pero tambien con obras, por no faltar con esto al oficio de buen padre, que donde no llega con los consejos y con las persuasiones, procura llegar con la fuerza y con el rigor. Con este intento pues levantó el Pontífice por el mes de Mayo un lucido ejército, y haciéndole marchar la vuelta de Francia, pasó los Alpes por la Val de Osta al principio de Agosto, y en el ducado de Saboya se le juntaron cuatro mil esguízaros de los cantones católicos, pagados por Su Santidad. Era general de este ejército Hércules Esfrondato, duque de Montemarchano, sobrino del Papa; general de la caballería Pedro Gaetano, duque de Salmoneta, y Apio Conti maese de campo general. Llegaba la caballería al número de mil caballos en diez compañías, la

más lucida gente que muchos años antes había salido de Italia; los capitanes eran estos nueve, sin el general: Ascanio de la Cornia, Octavio de Cesis, Antonio Palavesino, Pedro Francisco Visconti, Luis Arcimboldo, Leonardo Avolio, Marco Rasponi, Octavio Piñatelo y Fabricio Dentichi. Traía el Duque otras dos compañías de caballos de su guardia, una de lanzas, de que era teniente el caballero Melzi, y otra de arcabuceros, del capitán Rigoletí. La infantería podía llegar á mil y quinientos hombres en nueve compañías, de que era maestro de campo Rodolfo Ballon. Pasada pues esta gente al país de Bresia, sucedió en Leon de Saoni un desman que comenzó á dar mala sombra á aquel ejército; y fué desavenirse el de Montemarchano y el duque de Salmoneta, general de la caballería, como se ha dicho, y su lugar eniente, y volverse el de Salmoneta á Italia; por cuya ausencia comenzó á irse deshaciendo aquel ejército, hecho por la mayor parte en Roma, donde como natural de ella, era muy conocido y estimado el de Salmoneta. Llegó finalmente Montemarchano á juntarse con el campo de la Liga casi á la fin del mes de Octubre, la caballería cansada, la infantería deslucida; aunque los cuatro mil esguizaros, que eran el nervio, enteros y sanos, como gente que se hace pagar, y no menos por esto que por su natural disciplina, no se desmanda; mas lo que acabó de debilitar aquel ejército fué la nueva que en él se tuvo de la muerte del Pontífice, con que se abatieron los ánimos de todos, comenzando á desear volverse á Italia, y muchos á ponerlo por obra. Sucedió á Gregorio (1) Clemente VIII en la Silla de San Pedro y en el celo de la causa católica, y por conservar lo que quedaba entero en aquel ejército, confirmó el oficio al duque de Montemarchano, y á los demás ministros y oficiales dél, mandoles escribir con tanto amor y benevolencia, que de nuevo se resolvieron los que quedaban en asistir hasta ver el fin de aquellas guerras más que civiles.

---

(1) Sucedió á Gregorio por breves dias el cardenal Faquineto, que se llamó Inocencio, y fué el octavo de este nombre, y tras él, Clemente VIII, llamado antes el cardenal Albrobandino, el cual, etc.

Era grande la fama del ejército alemán que le bajaba al príncipe de Bearne, y no menor la que corría del esfuerzo que hacían en su socorro la reina de Inglaterra y los estados rebeldes; y á este mismo paso iba proveyendo el Rey nuestro señor de gente y dineros, puesto que ambas cosas, como es costumbre, quedaban muy atrás de sus esperanzas. Vinieron casi siguiendo las pisadas del ejército del Papa diez compañías de españoles del tercio de Nápoles, y diez y siete de las que habían militado en Saboya en la guerra de Ginebra; de las primeras era maestro de campo, nombrado por el conde de Miranda, virrey de Nápoles, don Luis de Velasco, y de las segundas gobernador el capitán Alonso Corcuera, y todas juntas venían á orden de don Rodrigo de Toledo, gobernador de Alejandría, que no las dejó hasta entregarlas al duque de Humena, en número de poco más de cuatro mil infantes españoles, gente lucida y bien disciplinada.

Entraba ya muy apriesa el invierno, y no se sabía aún lo que determinaba emprender el ejército realista, hallándose, á más de las fuerzas francesas, con las que al fin llegaron de la Alemania; que se vinieron á reducir á tres mil reitres, y menos de seis mil tudescos, con seis mil ingleses y cuatro mil holandeses, que acabó de enviar la Reina, aquéllos á cargo del coronel Francisco Veer, y éstos al del conde Felipe de Nassao; toda gente escogida; pero duró poco esta duda, sabiéndose que se encaminaba toda la máquina la vuelta de Roan, ciudad en aquella ocasión la segunda del reino, y en todas muy de las primeras. Tuvo muy de atrás antevisto este peligro el duque de Humena, y fuera de la gente francesa que para su defensa tenía el señor de Villars, almirante de Francia, una de las cabezas más principales de la Liga, le envió 300 valones y 400 alemanes para que guardasen el fuerte de Santa Catalina, situado encima de la ciudad y una de las mayores defensas de ella.

Puso su campo sobre Roan el príncipe de Bearne al principio de Noviembre, con las fuerzas extranjeras que acabamos de decir y más de otros 6,000 infantes franceses, 2,000 esguízaros de los cantones herejes, y al pié de 4,000 caballos; la mayor parte nobleza voluntaria, y fortificando primero sus cuarteles comenzó á irse arrimando con

trincheras á la ciudad con sus franceses y alemanes, y por otra parte los ingleses y holandeses hácia el fuerte de Santa Catalina, á cargo del mariscal de Biron. Fué avisado al punto de todo el duque de Humena, y tanto para dar calor á los sitiados, como para aguardar al duque de Parma, que se decia venir ya marchando con grandes fuerzas, para emprender el socorro de Roan con la misma prontitud que habia emprendido el año antes el de Paris, dejó los alojamientos de junto á Rens, en Champaña, y puso sus enarteles en Picardía, entre la Fera, Guisa y Perona, plazas fuertes del bando colegado. Con esto nos habemos desembarazado de los sucesos de este año en Francia, á lo menos de la parte tocante á nuestro destajo; y así, volveremos al hilo que dejamos comenzado en la narracion de los Países-Bajos.

Afligíale vivamente al duque de Parma la falta grande de dineros con que se hallaba, y las muchas partes donde era neecesario acudir con él; siendo fuerza, no igualando los medios á la necesidad, no poder abrazarlo todo, y haber de dejar necesariamente alguna parte descubierta; consideracion que debería ocurrir á los señores de las acciones de los que gobiernan, que mirando de ordinario singularmente cada negocio de por sí, y ajustando con aquel solo los medios, hallan que siempre se pudiera haber hecho más; y á la verdad hay gran diferencia entre el discurrir sobre lo que se debía hacer, ó lo que es posible hacerse. Procedió en esto el Duque con el cuidado que en todo lo demás, y entre otras diligencias que hizo para ser socorrido, fué enviar á don Alonso de Idiaquez á representar esta necesidad á España, como persona tan bien informada de todo, y tan acepta á los ministros de la Junta (nombre que se dió á un consejo de cinco gravísimos personajes en la córte, á donde se trataba todas las más graves materias de estado por menudo, para relatarlas en junto al Rey, á cuyo vigor de entendimiento y experiencia envejecida con tantos negocios, no impedia en manera alguna el mal de la gota, aunque le comenzaba ya á combatir con exceso). Sintióse algunos meses despues el fruto de esta diligencia, llegando, además de la provision ordinaria para cuatro meses, á razon de 300,000 ducados cada mes, un golpe de 400,000 para pagar el tercio de Manuel de Vega, que

estaba amotinado, y acudir en alguna manera á los rezagos debidos á los hombres de negocios de Amberes, que eran muy grandes y acompañados de gruesos intereses. Estaba el Duque en lo vivo de su necesidad, cuando llegó á Bruselas, enviado del de Humena, el conde de Brisac. Vino este caballero á representar la necesidad de aquel ejército, y á pedir dineros con que pagar la gente francesa y con que levantar nuevas tropas, para ir igualando todo lo posible á las fuerzas realistas, que se esperaban formidables; tal, que se temia perder del todo, con el dominio de la campaña, la reputacion del bando, en que tan interesada estaba la majestad católica. No eran encarecimientos, sino verdades, las razones de Brisac; y así, haciendo el Duque vivos esfuerzos por enviarle contento, lo hizo al fin, aunque con menos dinero que esperanzas; remate que suelen tener los más de los negocios de este género. Llegó poco despues monsieur de Vitri, capitán de valor no despreciable y aficionadísimo por entonces al bando de la Liga, y ofreciendo levantar dos compañías de cada 150 caballos, una de corazas y otra de arcabuceros, tuvo maña con que sacar en medio de aquella estrechez dineros con que hacer la leva, dándosele por distrito para levantar, las fronteras de Lorena, y excediendo él antes qué faltando al número de la gente prometida, que despues fué de no poco servicio.

Resolvióse el Duque, á petición del conde de Brisac, en enviar tres regimientos de alemanes al ejército de Francia, por socorrerle y animarle, alentando las esperanzas de su llegada; de los cuales, marchando el del conde de Barlaimont por el condado de Henao, quiso amotinarse por falta de pagas; pero socorrido con lo que se pudo, y castigadas ante todas cosas las cabezas de la sedicion (remedio, aunque eficaz, de poca dura), pasó su camino en número de 2,000 hombres. Los otros dos regimientos de Venting y Suarzburg, que por no cargar al país, marchan desotra parte del Mosa, irritando á los villanos en sus desórdenes y rapiñas, y levantándose contra ellos la gente del obispado de Lieja, en el Condroy, degollaron más de 400, obligando á los demás á escapar apenas las banderas de aquella furia. Pareció más culpado en aquellos excesos el Suarzburg, y así estu-

vo muchos dias preso en el castillo de Namur. Al Venting quitaron el regimiento, y reformando los dos en uno, que apenas llegaron á 1,500 hombres, se dió al conde Ludovico Via, milanés que hasta entonces habia sido teniente coronel de don Juan Manrique, y con ellos pasó, como el de Berlaimont, al campo colegado.

Súpose en este medio que el conde Mauricio hacia grandes aparejos por mar y por tierra, asistido de las fuerzas de la reina de Inglaterra y de los protestantes de Alemania; los cuales, no menos por ayudar al príncipe de Bearne, introduciendo en los Países-Bajos una gallarda diversion (que sin duda era una eficaz manera de socorro), que por asistir y fomentar, como siempre, á los rebeldes de Holanda, hacian sus últimos esfuerzos, y con casi seguras esperanzas de mejorar las cosas de sus amigos y acabar de asegurar las suyas, no les quedaba diligencia por hacer ni voluntad por tentar. Comenzó el Duque á temer del país de Gueldres, y á recibir varias y apretadas cartas de Verdugo, en que mostraba al ojo evidente peligro de Gronin-guen y de toda Frisa; si bien con ocasion de tomar los enemigos el castillo de Westerlo, situado en el país de Campiña, por descuido de la gente que tenia en él su señor el baron de Petersen (á quien eu ausencia del Duque le habia restituido el conde de Mansfelt, sacando una compañía de infantería walona, que estaba de guarnicion), parece que ofrecia más causas de temor el ducado de Brabante, y en particular la villa de Santa Gertrudembegue. Procuró el Duque acudir á todo, aunque por falta de gente y dinero no acabó de asegurarse nada, dejando abierta la puerta á los enemigos, que no perdian ocasion para poder tentar lo que les viniese más á cuento, como lo fueron haciendo tan á su salvo, que no parecia sino que se dejaban los estados propios al arbitrio de la fortuna por conservar los ajenos: tanta era la fuerza que hacia en el ánimo católico del Rey el deseo de conservar la fe en Francia, cuyos historiadores (apasionados sin duda en este juicio) no acaban de darle otros motivos políticos; que aunque pudo haber algunos de los que se han señalado, tiénese por verdad infalible que el principal fué esotro, pues ningun otro interés pudiera parecer tan útil que fuese justo comprarle tan caro; é ignorar este

riesgo, no sólo no puede presumirse de un Rey tan prudente y curtido en negocios, pero del más moderno estudiante de sus reglas: parece cierto que los que lo niegan es por confesarse de mala gana deudores de á quien lo fué toda la cristiandad en esta parte, pues á ninguno de prudente juicio he visto dejar de entender que la oposicion de la Liga y las armas del Rey fueron causa de la reconciliacion del de Bearne con la Iglesia; cuya accion, si política entonces, que áun es justo dudarlo, se trocó despues en conocimiento cierto de la verdad, como lo manifestó en muchas obras llenas de piedad. Hizo el Duque con todo eso las diligencias posibles porque no le cogiese el enemigo tan desapercibido, que pudiese atreverse á sitiar alguna plaza á vista suya; cosa de que se habia guardado hasta entonces; y porque no le fuese necesario haber de traer alguna gente de Francia, lo que forzosamente habla de redundar en gran peligro y desreputacion de aquel ejército, buscando dineros prestados en Amberes, envió á levantar nuevos regimientos de alemanes y walones, encabalgó la caballería, y mandó apercebir doce cañones con el tren necesario para llevarlos en campaña. Pero esto se hacia tan lentamente, que el enemigo, como bien proveido de espías, no le daba mucho cuidado, pareciéndole que no hacia poco el duque de Parma en sustentar la guerra defensiva en los Países-Bajos, teniendo ocupado lo más y lo mejor de sus fuerzas en Francia; de donde hácia el fin de Mayo llegaron los mariscales de la Chatra y de Sampol á representar los daños que podian seguirse á la reputacion de la causa católica si, como ya se habia dejado perder Chartres, no se le iba la mano al príncipe de Bearne con un esfuerzo extraordinario. Volvieron estos señores cargados de promesas, y al parecer contentos con algunos dones y reconocimientos particulares, que era todo lo que se podia hacer en aquella ocasion.

El conde Mauricio en tanto, juntando un ejército de 10,000 infantes y al pié de 2,000 caballos, con todos los aparejos necesarios para expugnar tierras, dada mucho que pensar al duque de Parma, hallándose tan poco apercebido y con tantas partes á donde acudir; cuando se tuvo aviso de que á los 22 de Marzo habian ganado los ene-

migos por estratagema el fuerte fabricado algunos años antes por el coronel Verdugo, frontero de la villa de Zutfen, de la otra parte del rio Isel. Deseó Mauricio tener ocupado aquel puesto tan importante antes de mover su campo de Brabante ni ponerse á aquella empresa; y así, en sabiendo el buen suceso, embarcándolo todo en pocas horas, y valiéndose de la comodidad de aquellos rios y brazos de mar (con lo cual han podido los rebeldes en el discurso de aquellas porfiadas guerras malograr mil buenos sucesos nuestros, y dar prosperísimos fines á muchos suyos), llegó á poner sitio á Zutfen á los 24 del dicho; camino que para hacerle nuestro ejército cuando estuviera á punto, fuera menester marchar por tierra diez dias, y pasar dos rios tan caudalosos como lo son el Mosa y el Rhin. Hallábase gobernando á Zutfen el Loukeman, teniente coronel de don Juan de Robles, baron de Billi, cuyo regimiento militaba en la provincia de Frisa, y en la villa tres compañías dél; las cuales hicieron tan mal su deber y acudieron tan poco á su defensa, que en sólo tres dias de trabajo se alojaron los herejes en el foso, le cegaron y plantaron catorce piezas de batir. No hubo menester más Loukeman para rendirse y entregar la plaza sin aguardar la batería, que fué un acto indigno de un soldado de su opinion, y tal, que dió evidentes sospechas de inteligencias con los rebeldes, con tanta mayor certidumbre, cuanto no se podia atribuir á falta de ánimo. Túvole desterrado de Bruselas este accidente todo lo que vivió el duque de Parma; aunque gobernando despues el conde de Mansfelt, le vimos sindicado y absuelto, creyeron muchos que en honra de la nacion alemana, originaria del Conde, aunque es lo más cierto por hallarse sin culpa. Ganaron esta villa los herejes con sólo la pérdida del conde Felipe de Herbestein, capitán señalado entre ellos, á quien quitó la vida un mosquetazo desmandado. Estando Mauricio sobre Zutfen, le llegó, enviado de los de Zelanda, el conde de Solm, con 3,000 infantes zelandeses, con que reforzado su ejército, resolvió la empresa de Deventer, de cuyo gobernador, el conde Herman de Bergas, aunque primo hermano suyo, temia más defensa de la que habia hallado en Loukeman, y con mucha razon, por haber preferido siempre este caballero la fidelidad á las demás

obligaciones; y así, por no perder una hora de tiempo, siendo preciosas todas las que desocupa la negligencia del enemigo, la misma noche que se rindió Zutfen envió toda su caballería por tierra á tomar los puestos para el sitio de Deventer, distante de Zutfen una legua alemana. Subió el dia siguiente el rio arriba con todo su campo y artillería, y haciendo dos puentes de barcas en el Isel, ciñó la villa por todas partes, plantando en diversas baterías 24 cañones de batir; los cuales comenzaron á hacer su efecto á los 9 de Junio, habiéndose gastado nueve dias en alojarse, fortificar el campo y abrir trincheras; plantóse la principal batería de catorce cañones en la cortina diestra de un baluarte de tierra y fagina, cuyo ángulo mira al Isel, y despues de batido seis horas continuas, cayó tan gran ruina, que se comenzó á tratar de dar el asalto.

Anduvo el conde Herman todos aquellos dias con el valor que podia prometerse de su persona, y en tres ó cuatro salidas que hizo mató mucha gente del enemigo, y créese que si no quedara aquel dia herido de una piedra, á quien despedazó un cañonazo, que fuera de sacarle un ojo, le tuvo algunos dias casi sentido y con alguna lesion en el cerebro, que no sólo defendiera aquel asalto, sino otros muchos; pero en viéndole herido sus soldados, sin aguardar al asalto, que se dilató para otro dia, comenzaron á parlamentar, ayudando los mismos que, despues de rendida Zutfen, se habian retirado allí como gente que habia comenzado ya á quitarse el velo de la vergüenza. Entregóse finalmente la plaza á los 12 de Junio con muy honradas condiciones, queriendo Mauricio dar aquella honra al conde Herman, su primo hermano; el cual con toda su gente, que podia llegar al número de 800 hombres, se retiró á Grol, dejando en poder del enemigo aquellas dos plazas importantísimas, para tener con el paso del Isel el pié en el país de la Velua y en toda Holanda; que fué una pérdida tal, que hasta hoy se llora, y el primer ruin efecto de la guerra de Francia.

Hecho esto y proveidas aquella villas de gruesos presidios, entró el conde Mauricio en Frisa con intento de sitiar á Estenuique; pero avisado de que el coronel Verdugo se habia atrincherado allí cer-

ca con 4,000 hombres, pasó al país de Groninguen, y ganada la villa de Vuede, el fuerte de Delfziel, el de Upslague y otros de menos nombre, comenzó á apretar á Groninguen, y minarla á lo largo con inteligencia que por entonces le salieron vanas. Acudió Verdugo al socorro de la cabeza de su gobierno, y entrando en ella, desvaneció las trazas de Mauricio. Cobró de paso á Vuede, y aseguró lo restante de la provincia más con su autoridad que con sus fuerzas, por ser entonces harto débiles:

La primera nueva que el Duque tuvo, bastante á darle cuidado, fué el haberse embarcado el enemigo con gran prisa, sin saberse á la parte que se encaminaba; y así, haciéndola dar á los reclutas que bajaban de Alemania para los dos regimientos de los condes de Artembergue y Berlaimont, mandó que se encaminasen á la abadía de Tor, junto á Ruremonda; y es de advertir que aunque se nombran aquí estos regimientos enteros y tambien en el ejército de Francia, no es por yerro ni falta de memoria, sino por ser estas banderas levantadas de nuevo para recluta de la parte principal que estaba en el campo colegado; si bien las personas de los coroneles fueron con el duque de Parma esta jornada. Tambien marcharon los regimientos de walones del conde Octavio de Mansfelt y del conde de Bosu, y otro de liejeses levantado por monsieur de la Capela; el de italianos, de don Gaston Espínola, y el de Irlandeses, del coronel Estanley. Descó el Duque llevar consigo siquiera mil españoles de los amotinados, con que sin duda formara un razonable ejército; pero enviando á persuadirse á Pedro de Castro, criado suyo, y á ofrecerles todas las seguridades que supiesen desear; ofendidos, segun decian, de que para una cosa tal no enviase dos de los más principales de su córte, y temerosos de los villanos y burgueses de las villas donde estaban, si el nervio de sus fuerzas se alejara tanto, y más estando divididos en tres alojamientos, y lo que es más cierto, faltándoles, como á gente desordenada y sin cabezas, aquel punto y reputacion que debiera moverlos, rehusaron absolutamente el acudir á una cosa tan importante, ofreciéndose á quedar en guardia y defensa de aquellos países; los cuales, á la verdad, ausente el Duque con todas sus fuerzas, quedaban desamparados

de todo humano socorro. Hubo el Duque de admitirles la disculpa, aunque no sin enojo y pena grande, que al fin le hubo de disimular; sacó con todo eso de Loudoigne la bandera de Antonio Mosquera, en la cual, fuera de todos los oficiales y gente de cabo del tercio, habia más de doscientos soldados, gente de honra, y aunque poca, deseosa de hacer efectos de mucha. Siguieron tambien el maestro de campo Manuel de Vega, y los capitanes, alféreces y sargentos, que arrimados á ellos los entretenidos cerca de la persona, pasaban de ciento; así que todos los españoles podian llegar á trescientos y treinta.

Partió el Duque de Bruselas á los 10 de Junio con el primer aviso de que estaba sitiada Zutfen, resuelto en socorrerla, y á este efecto se escribió á Verdugo que procurase juntarse con Su Alteza, aunque no fuese sino con tres mil hombres á la ligera, en que, si bien se ofrecian dificultades, no eran del todo invencibles. Pasado Tilimont, se juntó á la caballería en número de mil y quinientos caballos, gente lacida y bien en órden: las compañías eran las dos de la guardia, las de Mario Farnese, Apio Conti, Blas Capizuca, los condes Nicolo Cesis y Galvan de Languisola, de los cuales los primeros cuatro capitanes estaban ausentes. Llegaron tambien las compañías de don Ambrosio Landriano, Alonso de Mondragon, don Alfonso Dávalos, don Felipe de Robles, Jerónimo Garrafa, Hernando de Pradilla, la del marqués del Vasto, gobernada por el conde Decio de Manfredi y otras de walones. Faltaban los tres principales oficiales de la caballería, no habiendo aún llegado el duque de Pastrana, general que era de ella y estando ocupado en Saboya Antonio de Olivera, teniente general y el comisario general Jorge Basta en Francia; y así, queriendo el Duque honrar á su capitan de las guardias, Pedro Francisco Niceli, le encargó el gobierno de toda la caballería, no sin disgusto de don Ambrosio, que la habia gobernado todo el año antes, y era capitan más antiguo; con que, dejando el gobierno de su compañía á Hernando de Salazar, su teniente, siguió la córte.

Pasó el Duque el Mosa por Matrique, y llegando á Ruremonda, halló allí toda su infantería, en número de seis mil infantes, y la nueva de como se habia rendido Zutfen, de que se ofendió mucho, pare-

ciéndole no sólo bajeza de ánimo, sino perfidia la del Loukeman en haber dejado perder un fuerte de tanta importancia, y haberse rendido en una villa tenida por fuerte, sin aguardar siquiera la batería. Marchó el día siguiente con su campo en batalla, resuelto en socorrer á Deventer, de cuyo presidio, y en particular del conde Herman, esperaba mucho más valor y constancia; pero advertido antes de llegar á Gueldres de lo sucedido, acabó de perder del todo la esperanza de buen suceso, culpando el consejo de quien para sustentar dos guerras tan apartadas y contra enemigos tan poderosos y vigilantes, no acudia con extraordinarios socorros.

Estando el Duque en Gueldres, villa, aunque pequeña, la cabeza de aquel ducado, llegó allí impensadamente su hijo primogénito, Ranucho Farnesio, príncipe de Parma y Plasencia, mozo de hasta veinte y dos años, de amable aspecto y nobilísimas costumbres; el cual, deseoso de aprender á ser soldado en tan buena escuela y en la disciplina de tan gran maestro, partiendo de Italia sin sabiduría de su padre, corrió la posta hasta Bruselas, y de allí mil peligros, por venir casi solo y deseoso de alcanzar al ejército antes que pasase el Rhin. Mostró su padre al principio sentimiento de aquel viaje tan impensado, si bien el amor paternal y las muchas causas con que pudo el Príncipe justificar aquella resolución, se le hicieron mitigar después, como era justo.

Pasó el Duque de la villa de Gueldres á la abadía de Mariambon, monasterio de frailes bernardos en el país de Cleves, aunque desierto entonces por causa de la guerra, á donde se puso para ver el desig- nio de Mauricio, y acudir, si era necesario, al socorro de Frisa. Durante la detencion del Duque en la dicha abadía vinieron monsieur de Guilein, gobernador de Nimega, y muchos de los más principales de aquella ciudad, á representarle la facilidad con que podia tomarse el fuerte fabricado por los enemigos en la isla llamada Betua, y vulgarmente de Bura, frontero de la dicha ciudad, cuyos ciudadanos ofrecían muchas comodidades para el ejército y nueve pontones en que pasar el Rhin, de los que tomaron á Martin Esquenck, guardados y aderezados muy de atrás para aquel efecto. Deseaba el Duque hacer

algo que en parte recompensase la pérdida de Zutfen y Deventer, y con presteza, no menos por conocerse inferior de fuerzas al enemigo, que por la necesidad que habia de acudir á las cosas de Francia; y así, viendo la facilidad con que se le pintaba aquella empresa, y conociendo que dependia della la conservacion de aquella ciudad tan importante y tan católica, condescendió con el deseo de los nimegueses; los cuales, haciendo subir el Vaal arriba los nueve pontones á los 14 de Julio, pasó el Duque su ejército á los 15 con tan buena orden, que con pasar tambien la artillería, caballería y bagaje, apenas se gastó en ello el espacio de veinte y cuatro horas. Pasó de vanguardia la bandera de Antonio de Mosquera con toda la gente española, en número de poco más de trescientos; tras ellos el tercio de don Gaston Espinola y el de Estanley, luego los alemanes, y de retaguardia los walones. Tomó el príncipe Ranucho una pica con la infantería española, y llegados los dos ayudantes del tercio á hacer la primera hilera, como los que se oponian á ella eran caballeros y capitanes, hubo tanta dificultad, que importunadamente se detuvieron en esto más de una hora, y se detuvieran más si, cansado Ranucho, no amenazara de irse con los italianos. Pudo esta amenaza más que habian podido el maestre de campo y los ayudantes Luzon y Diego Marin, y al punto se hicieron de suyo las hileras. Traía monsieur de la Mota á su cargo dos oficios de los más incompatibles de un ejército, el de maestre de campo general, y general de la artillería; y así, las sobradas ocupaciones del postrero, con ocasion del paso de un rio tan caudaloso, le hicieron olvidar de la principal obligacion del primero, que es ocupar ante todas cosas los puestos de la plaza que se va á sitiarse, para que no le entre socorro; dejóse descubierto del todo el dique por donde se viene de Til; cuyo gobernador, avisado del intento del Duque, posponiendo el peligro propio al de aquella plaza tan importante, envió trescientos holandeses, que, entrando en el fuerte con felicidad, fueron parte para divertir el buen suceso que con tanta razon se esperaba.

Ocupáronse á la mañana los puestos, y en una salida que hizo el enemigo con esta ocasion, quedó herido de un mosquetazo en una

pierna le capitán Antonio de Mosquera. Gobernó en su ausencia la compañía su alférez Diego de Ulloa, soldado tan honrado, que se alababa el príncipe de Parma de haberlo sido suyo, el cual en todas las ocasiones tomaba una pica y se ponía en la primera hilera como cualquier soldado; y como todos los españoles servían con picas, mandó el Duque que se les agregasen las picas irlandesas del coronel Estanley, que eran por la mayor parte caballeros y soldados muy aventajados de aquella nación, y que por guarnición y mangas se pusiese la mosquetería y arcabucería irlandesa, la cual, preciándose de proceder de España, se auna y acompaña de bonísima gana con españoles mejor que otra cualquier nación: con esto vino á hacer un buen cuerpo aquella infantería en número de mil quinientos, con quien pudo también tomar puesto el maese de campo Manuel de Vega, acompañado del dicho coronel Estanley, para abrir trincheras, como por su parte lo hacían los italianos á cargo de don Gastón Espínola, y los walones al del conde Octavio de Mansfelt.

Seis días tardó monsieur de la Mota en poner en orden la batería de diez cañones, los cuales comenzaron á jugar á los 22 de Julio, aunque con poquísimo efecto, por ser la materia del fuerte tierra y fagina, y sepultarse las balas sin hacer escarpa de consideración; y así por esto, como por haber comenzado á batir sin cegar el foso ni acabar el puente que se hacía para ir al asalto, no se hizo otro efecto que acabar de persuadir al enemigo á que pensaba el Duque ganarlos con sólo el miedo; pero como eran valerosos y pertinaces, y en número de casi 600, en lugar de amedrentarse, cobraron ánimo. Tratóse (visto lo poco que se podía esperar de la batería) de ocupar puesto en la muralla y ganar el fuerte por la zapa, esperando poder echar la noche siguiente un puente fabricado sobre toneles, que se estaba acabando; así, eligiendo el Duque tres soldados nadadores, mandó que con sendas zapas ó azadones pasasen el foso, de hondura de una pica, y procurasen hacer la plaza en aquella parte de la muralla que había comenzado á ablandar la artillería; que de acá se tendría cuidado de socorrerlos. Obedecieran los nadadores, que fueron el alférez Diego de Luna, un irlandés y un italiano. Habíanse metido ya tan adentro

en la muralla, que no podían ser ofendidos ni vistos por los enemigos; los cuales, viendo el peligro que se les aparejaba, saliendo hasta veinte con sendas medias picas, y tras ellos algunos arcabuceros, valiéndose de lo que la artillería había movido, y haciendo una senda por la misma muralla, pudieron coger por las espaldas y desapercibidos á los trabajadores, sin que bastase á detenerlos el granizo de mosquetazos que llovía sobre ellos de las trincheras, tal, que derribó nueve ó diez atravesados al foso. Tuvieron Luna y sus dos compañeros valor para defender por entonces sus vidas, y después romper por medio de los enemigos y echarse al agua: de los tres, sólo el irlandés volvió sano, el italiano, atravesado el pescuezo de un alabardazo, de que murió luego, y Luna con seis heridas, que al fin le quitaron la vida.

A este suceso siguieron de allí á tres días otros dos, que acabaron de imposibilitar aquella empresa: el uno fué la muerte del conde Octavio de Mansfelt, mancebo no sólo valeroso, sino temerario; acabó-le al improviso un mosquetazo que pasó antes la trinchera, aconsejándole sus amigos que se cubriese con ella; que por ventura no lo había hecho otra vez, hallando más peligro en el recato que en la temeridad, por ser sólo de la suerte, ó por mejor decir, de la voluntad divina, librarse ó no de los peligros en la guerra, que perdonan muchas veces á los valientes que andan en medio de ellos, y alcanzan al cobarde que con mayor recato y arte los huye; y así, tiene tanta parte de inconsideración la cobardía en la guerra, como de falta de ánimo. Sucedió en la coronela su teniente Cláudio de la Barlota, soldado de valor, industria y resolución, pero nada de esto sin artificio; aunque tomado en junto, no se le puede negar que por el espacio de diez años que vivió después no fuese tenido por el Aquiles de la nación walona. El otro suceso fué la rota de la caballería católica, que pasó así.

Supo Mauricio que el duque de Parma había pasado el Vaal á tiempo que andaba ya á las vueltas con los de Groninguen, y casi la tenía sitiada á lo largo con los fuertes ganados y puestos ocupados; si

bien hacia poco caso de aquellos aspavientos el coronel Verdugo, por hallarse ya con razonable número de gente y menos mal proveido que otras veces de comida y municiones; y así, dejando los enemigos aquellas esperanzas para otro tiempo (que no se les dilató mucho), bajando por el Isel hasta el Rhin, y por el Rhin abajo hasta Arnem, tuvieron lengua del estado en que estaban los del fuerte, y de cuán necesario les comeuzaba á ser su socorro. Con todo eso, no se aventuró Mauricio tanto, que osase alargarse de las murallas de Arnem más que lo que podia guardar la artillería de la villa. Dista Arnem de Nimega tres leguas, todas de bosque y praderías, las cuales, conforme al uso de casi todos los Países-Bajos, se dividen con zanjones de agua. Deseó el Duque tener lengua del enemigo, y para poderla tomar con seguridad, mandó á Pedro Francisco Niceli, gobernador de la caballería, que con quinientos caballos se adelantase todo lo que fuese posible, sin conocido peligro de emboscada, y que desde allí arrojase algunas tropas para el dicho efecto. Hizolo así el Niceli el día de los 24 de Julio; y deseoso de volver con victoria, cebado con cincuenta caballos enemigos que tomaron la carga, sin mirar al peligro que se ponía ni acordarse de la órden de su general, que expresamente le mandó que no se empeñase, pasó sin consideracion alguna nueve puentes, de más de veinte que era necesario pasar para ir del fuerte á la villa de Arnem. Habia salido el enemigo con el mismo intento con toda su caballería y cosa de mil infantes, por ser aquel país muy acomodado para infantería, y oyendo el arma que venian tocando sus corredores, sospechando lo que era, abrió sus tropas para recogerlas, guarneciendo los costados por donde habia de pasar la caballería católica de buenas mangas de mosquetería; la cual jugó de suerte en llegando á tiro, que la obligaron á volver las espaldas con muerte de muchos, y en particular del capitán Hernando de Pradilla, que traía la vanguardia de las lanzas. Tuvo el general de la caballería enemiga el recato que le faltó al Niceli, y teniendo la rienda antes de tiempo, temeroso de emboscada, cuando aún faltaban cuatro puentes que pasar, no les dió menos que la vida á los que iban ya rotos y sin esperanza de remedio. Quedaron, entre muertos y presos, en este

fracaso cosa de cien soldados de todas las compañías, y apeados casi otros tantos: prendieron los enemigos al gobernador Pedro Francisco, á don Francisco Dávalos y á tres tenientes de las demás compañías; Jerónimo Garrafa, marqués de Montenegro, quedó herido en el rostro, y se perdió su estandarte y el de la compañía de lanzas de la guardia.

Con la nueva de esta victoria se resolvió Mauricio en acercarse al campo católico, como lo hizo el día siguiente, y sabido por el Duque, tuvo toda su gente en escuadron, resuelto en pelear siempre que el enemigo se atreviese á socorrer el fuerte. Estaba ya acabado el puente sobre toneles, y deseando el Duque hacer el último esfuerzo, mandó que se echase en el foso la noche de los 24. Encomendóse esta facción á los capitanes Gaspar Zapena y don Alonso de Luna; pero revocóse la orden cuando, después de una hora anochecido, estaba ya todo á punto para hacer el efecto: la causa de esto fué la llegada aquella tarde de don Alonso de Idiaquez y con él unas cartas muy apretadas del Rey, en que mandaba al Duque que, dejado por entonces todo designio ó intento de ofender á los rebeldes, pasase en persona en socorro de la causa católica de Francia. Mostró el Duque exterior sentimiento de haber de dejar en tan ruin estado las cosas de los Países-Bajos y particularmente aquella empresa, tras cuyo ruin suceso era imposible sustentar cuatro meses enteros la ciudad de Nimega, por ventura la más importante del país en aquella ocasion; pero á la verdad no pudiera llegar en ninguna más á propósito la orden del Rey para dar algun color á la retirada, que habia forzosamente de hacerse, conforme á toda ley de guerra, hallándose con un enemigo tan poderoso á las espaldas, y sin puente en el Rhin, ni piedra que no fuese enemiga; tal, que ya no se hacia caso de otra cosa que de la imposibilidad, ni de otro remedio que el del cielo y de las manos. Y vióse bien lo primero, pues les quitó visiblemente Dios del entendimiento á los enemigos el no apoderarse de las barcas, que estaban más de media legua del campo y con guardia de sólo un regimiento de alemanes, sin que fuese posible tenerlas más cerca, por ocasion de la artillería del fuerte; como realmente lo pudieron hacer,

y cuando no con las armas, á lo menos con la hambre, consumieran en quince dias á todo aquel ejército á vista de sus amigos, sin poder ser socorrido de ellos: cosa que, considerada por el Duque, le hizo caer en la temeridad que habia hecho en pasar el Rhin sin puente con un ejército tan pequeño y sin sus españoles, que hasta allí le habian sacado de mayores peligros y dado infinitas victorias. Resuelta pues la retirada, se hizo de esta manera.

Venido el dia de los 25 de Julio, despues de retirada la artillería á la plaza de armas aquella noche, enviándola con el bagaje la vuelta de las barcas, puso el Duque todo su ejército en escuadron con algunas piezas de campaña, como presentando la batalla al enemigo, que con casi doblado el número de gente se lo estaba mirando á menos de media legua, sin desmandar un hombre. Estúvose el Duque de esta manera desde el amanecer hasta las dos de la tarde, y durante este tiempo, entre la retaguardia del ejército y el rio se fabricaba una media luna, con sus traveses y foso, capaz de coger dos mil infantes. Pasó entre tanto la primera y segunda barcada y en ellas la artillería, que, plantada en la siniestra márgen del Vaal, alta y acomodada para ello, podia barrer toda la campaña por encima de las picas católicas: hecho esto, comenzó á pasar la caballería; y como los pontones eran grandes y acomodados para aquello, y el ejército pequeño y con poco bagaje, por haberse dejado la mayor parte en Nimega, vino á acabarse el dia cuando el príncipe Ranucho (á quien se entregó la retaguardia con la poca infantería española) acababa de pasar en la postrer barcada, sin que en todo este tiempo tuviese el enemigo atrevimiento de dejar los bosques: tal era la reputacion de aquel ejército, gobernado por tal capitan; el cual, despues de haber estado cinco dias en Nimega procurando, aunque en vano, meter guarnicion bastante á defenderse del peligro que se le aparejaba (tanta era la desconfianza de aquellos tiempos, áun entre los más leales, pues siéndolo esta ciudad, elegia antes el riesgo de perderse que la incomodidad de recibir guarnicion), llegando entre tanto de Frisa con trescientos caballos el coronel Verdugo, le dejó con dos mil infantes entre Grave y Venló, con órden de acudir con ellos á la defensa de la ciudad ó villa que lo

necesitase. Hecho esto y dejadas solas dos compañías de alemanes en Nimega á cargo del gobernador monsieur de Guilein, despues de haber hecho un largo parlamento á los de aquella ciudad, encargándoles la fidelidad para con su rey y señor, marchó con todo su campo hasta Ramunda; y llegando á Matrique, tomó con quinientos caballos la vuelta de Aspa, deseoso de gastar lo que quedaba del verano en atender á su salud, que los inmensos trabajos corporales y de espíritu se la tenian acabada y habíala menester para obedecer al Rey que, como quedaba dicho, le daba prisa que entrase en Francia. Antes de partir del ejército proveyó la compañía de lanzas españolas de Pradilla en Luis de Villar, uno de los capitanes reformados del tercio viejo de los más antiguos, y persona por sus servicios benemérita.

Con las letras de cambio que trajo don Alonso de Idiaquez se comenzaron á hacer grandes levas de gente walona y alemana, para poderse oponer á las fuerzas que juntaba el príncipe de Bearne, y para dejar en defensa de los Países-Bajos, á cargo otra vez del conde Pedro Ernesto de Mansfelt. Tomó á su cargo levantar cinco cornetas de reitres el coronel Eslegre, soldado viejo; y otro baron, vasallo del duque de Baviera, otras cinco, que por todos habian de ser dos mil caballos. Tambien se envió dinero á Francia á los gobernadores de provincias, para que se levantasen nueve tropas de corazas, y á las cabezas del ejército para alegrar un poco á los soldados, obligados hasta allí á vivir de rapiñas, por falta de otro medió humano de sustentarse: peligrosa consecuencia, no sólo por la ruin disciplina que ocasiona, sino porque, á vueltas de acordarse de los alcances grandes que causan tales faltas de pagamento, los mismos vicios de aquella vida licenciosa crian unos ánimos incapaces de sufrir despues la necesidad y trabajos de la campaña; y así, no sólo crece el daño y la razon de los motines, sino la disposición y deseo de apetercerlos, y en los superiores el miedo de gobernarlos con severidad, que no es el menor de estos inconvenientes. Envió el duque de Parma desde Aspa á don Sancho de Leiva con orden de juntarse en Bruselas con los contadores del ejército, y entrar en Diste á hacer el remate y pagamento del tercio de Manuel de Vega, en que se tardó más de dos meses, á cau-

sa no sólo de haber en él gente de grandes remates, y venidos allí del tercio viejo y varios presidios, sino tambien por no haber querido aquella gente incivil abrir los oídos á ningun buen acuerdo si, ante todas cosas, no les daba el Duque la palabra de mudarles el maese de campo. Estaban mal con Manuel de Vega por su condicion, más rígida de lo que permitian aquellos tiempos tan estragados; y fuera de esto, no gustaban de tener por superior á quien los conociese, ni á quien pudiese castigarles las culpas pasadas con ocasion de las presentes. Fueron y vinieron muchos mensajeros al Duque con esta demanda, que al fin se la hubo de conceder, cayeron tarde en la cuenta, y condenando por yerro lo que se hizo en Cortray cuando se les concedió la mudanza del sargento mayor á los de aquel tercio; tan dañosa suele ser una permission injusta en los casos que necesariamente han de volver á suceder, donde la consecuencia y el ejemplo ata las manos y obliga á continuar los yerros, y despues á hacerlos totalmente irremediables; y uno de los mayores es permitir este género de condicion, con la cual se estraga totalmente la obediencia de los súbditos y la autoridad de los superiores: polos sobre que estriba toda la perfeccion militar; pero la necesidad siempre obliga á curar con remedios poco menos dañosos que los propios males. Hizole el Rey merced á Manuel de Vega del gobierno de Puerto Hércules, en la Toscana, aunque no le aceptó, por no apartarse de la guerra. El tercio se proveyó despues en don Alonso de Mendoza, capitan de lanzas, y las compañías que estaban sin capitanes de esta manera: la del comendador Rutinier á don Francisco Juan de Torres, la de Gabriel de Orti á don Francisco de Palafox, la del capitan Diego de Castro al alférez Alonso de Ribera, la de Melchor Martinez de Prado á su alférez Hernando de Prado, la de Acasio de Hiera á don Juan de Vivanco, la de don Diego de Acuña al alférez Diego de Ulloa, la de Gaspar Zapena, á quien se dió el cargo de teniente de maese de campo general, á don Juan de Salazar; la de Hernan Tello Puertocarrero, que quedó por sargento mayor del tercio, á Jerónimo de Herrera, alférez que habia sido de don Francisco de Bobadilla; la de Pedro de Angulo al sargento mayor Diego Ortiz, la de Márcos de Mosquera á don Antonio Oso-

rio; y estando vacas otras dos en los tercios que militaban en Francia, proveyó la una en don Francisco de Cadilla Gaitan y la otra en don Luis Bravo de Acuña, caballero de mucha calidad y esperanzas. Antes de concluir el pagamento de este tercio, cuyo motin habia sido ocasion de tantos daños, como se ha dicho, valiéndose Mauricio de la comodidad de los rios y brazos de mar, metiendo en ochenta leños casi toda su infantería, en cuatro dias de navegacion, desde junto á Nimega, llegó á poner su campo sobre la villa de Hulst, en el país de Was, espacio de más de cuarenta leguas. Era gobernador de ella el capitan Escribani, italiano, hechura de Cosme Massi, secretario del Duque; el cual, por haber ido á Aspa con Su Alteza y dejado la plaza en poder de cierto capitan de walones, teniente suyo, llamado Castillo, hubo tan mal recaudo en ella, que, sin aguardar batería, entregaron la villa con infame ejemplo, que lo deberia ser, con otros de este género, del cuidado que conviene tengan los gobernadores de faltar lo menos que puedan de sus plazas, pues aunque sea lícita la ausencia y ajeno el descuido, siempre es desdicha, que parece culpa, perder lo que se tiene á cargo. Al primer aviso de que el enemigo bajaba á Celandia, juntó el coronel Mondragon, castellano de Amberes, la gente que pudo, temeroso de alguna plaza vecina; y animados los de Diste de las persuasiones de don Sancho de Leiva, no menos que de tenerle á él en su poder, enviaron al campo ochocientos infantes y cien caballos: llegó á tener Mondragon en el villaje de Burcht, una legua de Amberes, cinco mil infantes y ochocientos caballos, con los cuales se resolvió en ir á buscar al enemigo, que sabia ya estar sobre Hulst; pero avisado de la entrega de la villa, apresuró el paso por hacer algun daño en su armada, si acaso la cogia en baja mar. Mauricio, que se hallaba en país enemigo y conseguido su intento con tanta facilidad, dejando gruesa guarnicion en Hulst, se volvió á embarcar y se hizo á la vela á los 28 de Setiembre; pero avisado Mondragon de la retirada del enemigo, arrojó la caballería de Diste, gobernada por Hernando Patiño, seguida de su infantería, los cuales, hallando en seco hasta treinta bajeles, les pegaron fuego, con muerte y prision de algunos marineros y presa de parte de los despojos de

Hulst; haciendo aquella soldadesca muestra de un celo en medio de su desobediencia, granjeando méritos entre las culpas, para que pareciesen accidentales y natural el valor y deseo de servir. Vióse Mondragon imposibilitado de poder cobrar la plaza, por haber salido sin artillería y tener órden del Duque de no empeñarse en cosa que pudiese diferir un punto la ida de Francia; y así por estorbar las correrías en el país de Was, que, aunque pequeño, es uno de los más fértiles y ricos de los estados, fundó el fuerte que, por ser en cierta iglesia del santo de este nombre, se llamó san Juan Estien. Dejó el Duque á los 3 de octubre el agua de Aspa con ocasion de estas nuevas; y llegando á Bruselas á los 7, comenzó á ir apercibiendo la ida de Francia con particular cuidado, por tener cada dia nuevos avisos de las fuerzas que le bajaban al rey de Navarra de Alemania, de Inglaterra y de las islas. Supo por estos dias el Duque la muerte de don Cárlos de Luna, capitan de una compañía de lanzas españolas que estaba de guarnicion en Nioporte y poco despues proveyó su compañía en don Cárlos Coloma, el cual, con voluntad de su alteza, deseando acompañarle en aquella jornada, trocó con don Juan de Córdoba; y así pudo quedar el dicho don Juan en Nioporte á reposar algun tanto de los trabajos pasados en aquella guerra, donde habia servido con tanto valor y asistencia, y don Cárlos comenzar á servir, puesto que habia algunos años que lo continuaba en la infantería, con ventaja de soldado.

Acabó de apresurar la partida del Duque á Francia la nueva de haber puesto el príncipe de Bearne sitio á Roan, á quien determinó socorrer; y deseando poseer en Francia alguna villa fuerte donde hacer pié, y tenerla como lugar de cierto refugio para en cualquier accidente, tuvo medios, por intercesion de don Diego de Ibarra y Juan Bautista de Tásis, de alcanzar de los príncipes de la Liga la villa de la Fera, en Picardía, situada en donde se juntan los rios Oysa y Serrra; los cuales, formando como un lago en torno de ella, la fortifican maravillosamente. Quedóle el gobieruo al propio senechal de Montalimar que la tenia; pero metiéronse cinco compañías, dos de alemanes y tres de walones, con capitanes de confianza, á quien se avisó de

cómo aquella villa estaba desde entonces, no por la Liga, sino por el Rey, y al propio senechal se le tomó el pleito homenaje en esta conformidad. Asegurado el Duque de una plaza tan importante, envió á ella catorce piezas de batir, gran cantidad de pólvora y otras municiones de guerra; un puente de barcas capaz de poder pasar sobre cualquier rio de los de Francia, y otras mil menudencias necesarias para expugnacion y defensa de ciudades; y esto hecho, partió de Bruselas á 28 de Noviembre con intento de arrimarse todo lo posible á la frontera de Francia, y al fin hizo alto en Valencianas; desde donde, entrando ya Diciembre, volvió otra vez á la ligera á Bruselas á verse con ciertos embajadores enviados por el Emperador á introducir algunos tratos de paz con los estados rebeldes, el principal de los cuales era don Juan, baron de Fernestin. Fué el Duque á estas vistas, mas porque no quedase cosa por tentar, que confiado de ningun buen efecto, pareciéndole imposible que en tiempo que los Estados estaban tan victoriosos y esperaban prosperísimos sucesos durante su ausencia, se doblasen á querer la paz, y más acabando de ganar á Nimega, que fué el suceso más importante que tuvieron ni pudieron tener en muchos años; era de creer que, ó querrian seguir la buena fortuna que corrian, no dejando pasar tan buena ocasion de mejorar sus cosas, procedida de ocupar el Rey sus fuerzas en las ajenas, ó pedir tan aventajados partidos, que apenas fuese lícito oírlos; siendo así que ningunas paces se deben intentar en tiempo que no se está con muchos medios de poder aventajadamente hacer la guerra. La pérdida de Nimega pasó así.

Habia muchos dias que el conde Mauricio conservaba grandes inteligencias en aquella ciudad, á donde se habia arrimado con su ejército desde que ganó á Hulst, en el país de Was, no sin esperanza de ganar tambien por inteligencia á Grave. Presentóse finalmente con su campo á vista de Nimega á los 14 de Octubre, y á los 15, formando un puente sobre cantidad de barcas, que á este efecto se bajaron del fuerte del Esquenk, pudo pasar el rio con facilidad y cercar la ciudad por todas partes; el presidio de la cual era tan débil, que apenas podia monsieur de Guilein guarnecer con él las puertas. Iban entre tan-

to los fautores de Mauricio negociando y ganando voluntades hasta con dádivas. «¿Qué esperanzas podeis tener, decian, del duque de Parma ni de su ejército, si aquí delante de nuestros ojos no pudo ganar este fuerte que ha tanto que nos aflige, y allá, seis leguas de su córte, dejó perder delante de los suyos una villa tan importante y y fuerte como Hulst? ¿Vendrá ahora por ventura de tanto más lejos, ó á desígnios que allá le llevan, y á las órdenes apretadas del Rey podrá ni querrá faltar por el riesgo de una sola ciudad? Si el peligro fuera solamente dudoso, pudiera y debiera menospreciarle la fidelidad; mas queriendo parecer constantes, ser para miseria total de la patria vanamente obstinados, ¿quién habrá que lo alabe? Todas las virtudes tienen sus límites, que excedidos, pierden el nombre y dignidad de tales, y se convierten en los vicios contrarios: la que hasta aquí puede haber sido constancia loable y útil, será pertinacia dañosa y llena de vituperio. El recibir á Verdugo podrá dilatar, pero no estorbar, nuestra ruina; donde, si no le admitimos, es cierto que podremos hacer partidos aventajados, sustentar la religion, evitar el presidio, y al fin, vivir y morir como libres.» Instaba entre tanto Verdugo por ser admitido, deseoso de salvar aquella ciudad, cuya proteccion se le habia encomendado; pero venciendo las razones aparentes de los herejes disimulados, como suelen siempre las que persuaden lo peor llegadas ó oirse, entregaron la ciudad á Mauricio á los 22 del dicho, donde al punto fueron profanados los templos, quemadas las imágenes, y hechos los cuarteles para 2,000 infantes y 300 caballos. No más que esto tardaron aquellos miserables ciudadanos en pagar su yerro, y conocer, aunque inútilmente, la suavidad del dominio que perdieron, habiendo rehusado de admitir para su defensa menos gente que la que ahora sustentaban para su opresion. Dióse el gobierno de la ciudad al conde Felipe de Nassao, aunque se hallaba por entonces, como se ha dicho, en socorro del príncipe de Bearne. Verdugo, viendo la perfidia de los nimegueses, determinó á lo menos guardar las plazas del Mosa, ya que no habia tenido dicha de poder defender aquella tan importante y única en Vaal. Estos eran los provechos que el Rey sacaba de la guerra de Francia; y todo lo daba por bien empleado á

trueque de encaminar en aquel reino tan vecino un Rey católico, como permitió Dios que lo viese antes de su muerte, sin que ninguno que quiera decir verdad puede negar que lo encaminó por medio de sus armas.

Detúvose el duque de Parma en Bruselas lo que bastó para acabar de dar á entender al mundo que conocia los ánimos y trazas de los rebeldes; y á mediado Diciembre volvió á Valencianas, donde llegó el día siguiente el duque de Guisa, acompañado de 200 caballos, que venia á verse con él, y á darle prisa para el socorro de Roan: recibióle y hospedóle el duque de Parma con todo género de cortesía y demostraciones de amistad: cosa debida á la memoria de su padre y abuelo, y á las esperanzas que podian concebirse de aquel generoso príncipe, asistido de los consejos de los mariscales de Francia, la Charta y Sampol, que le acompañaban; el primero autor de su libertad y antiquísimo amigo y obligado de su casa, y el segundo su lugarteniente en el gobierno de la provincia de Champaña; ambos grandes soldados y antiguos conductores de ejércitos. Volvióse el duque de Guisa á su casa hácia la fin del año, cargado de esperanzas; el de Parma pasó las fiestas de Navidad en Landresi, con menos salud de la que habia menester para la jornada que emprendia en el corazon del invierno; desde donde fué el príncipe Ranucho por orden de su padre, acompañado de toda la nobleza que le seguia, á la villa de Guisa á visitar á aquella duquesa y á su hija, que hoy es princesa de Conti: fueron recibidos y hospedados todos con mucha grandeza, y no faltaron saraos, banquetes y otros pasatiempos de los que se usan en Francia, y en particular en casas tan grandes.

---

## LIBRO V.

Año de 1592.

Vuelve á entrar segunda vez el duque de Parma en Francia.—Hieren al príncipe de Bearne.—Saquean los católicos á Humala.—Ganan á Neufchatel.—Hieren al dupue de Parma, el cual gana á Caudebeck, y envia á Roan al de Humena.—Cobra Enrique á Caudebeck.—Vuelve el duque de Parma á Aspa, y queda monsieur de Rona gobernando aquel ejército.—Gana á Eperne.—Apodérase el de Humena de Pontaudemer.—Vuelve á cobrar el enemigo á Eperne.—Rinde el de Humena á Crepi.—Gana Mauricio á Estenuich.—Toma Mondragon los castillos de Vesterlo y Turnhaut.—Gana Mauricio á Octmarsum y á Coevorden.—Sale el de Parma tercera vez para Francia, y hace alto en Arras.—Llega el conde Fuentes á Bruselas.—Muere el de Parma, y queda el gobierno del País-Bajo encomendado al conde de Mansfelt.

Pagado el tercio de don Alonso de Mendoza, como queda dicho, se ordenó que pasase el Rhin; pero tomóse despues otra resolucion, por no desamparar á Brabante en tiempo que no se sabia aún la parte donde habia de dar el enemigo; que fué de gran daño para lo de Frisa; todo procedido de no igualar las fuerzas á los designios de Francia y la defensa de los Estados, que se pretendia á un mismo tiempo; sazón en que no se trataba de lo más conveniente, sino de lo menos dañoso. Acudió á su provincia el coronel Verdugo, en rindiéndose Nimega, despues de haber dejado por órden del conde de Mansfelt suficiente guarnicion en Grave, á cargo de Evangelista de las Cuevas, gobernador de aquella plaza, y la superintendencia de las cosas de guerra en poder del conde Carlos. Y porque nos llaman las de Francia, dejaremos por ahora los Países-Bajos hasta su tiempo.

Estaban vueltos los ánimos de todos al sitio de la ciudad de Roan, y al suceso que tendría el socorro que se le aparejaba. Tenia el prin-

cipe de Bearne las mayores fuerzas con que se habia visto hasta entonces: ingleses, holandeses, esguizaros, alemanes y franceses, naciones todas de las más belicosas de Europa, cantidad grande de nobleza, y el cerco de Roan tan bien entendido, que comunmente se juzgaba no habia de ser como en París, y que no lo habia de comprar tan barato el ejército católico; el cual, junto todo entre Guisa, Perona y la Fera, aguardaba al Duque con deseo de emplearse en una empresa tan noble y de tanta importancia. Tres dias antes que partiese el duque de Landresi, llegó allí eventurero el marqués del Vasto, capitán general de la caballería de Milan, con veinte gentiles hombres bien armados y á caballo; el cual, arrepentido de haber dejado la caballería de Flandes por la de Lombardia, tornaba á buscar las ocasiones, obligado de su natural valor, tanto como del que heredó de sus pasados. Seguian al duque de Parma en esta ocasion, fuera del Príncipe su hijo y el marqués del Vasto, otros muchos caballeros italianos, como fueron Marco Pío de Saboya, príncipe de Sasolo, Federico Espínola, el conde Vicencio Guerrieri y otros; de españoles seguian al Duque el príncipe de Asculi, los maestros de campo don Diego Pimentel, don Alonso Luzon, y don Sancho de Leiva y don Rodrigo Niño y Laso, que le habian seguido tambien el año antes en el socorro de París, y don Diego de Ibarra, que dejando los demás negocios, quiso hallarse en aquella ocasion como soldado, no menos para aconsejar que para ejecutar los consejos con su persona. Habíase disminuido mucho de gente el tercio de don Luis de Velasco, no pudiendo los soldados (hechos á la vivienda del reino de Nápoles y á los regalos, que tanto relajan los ánimos militares) sufrir los trabajos corporales de la guerra ni el rigor de aquel clima, desayudando tambien algunos capitanes, que, por ser casados en aquel reino, quisieron más dejar las compañías que mirar por ellas. Don Luis, con su persuasion, con su cuidado y con su ejemplo, hacia todo lo posible por detenerlos; pero finalmente, de todos los capitanes, vinieron en pocos meses á quedar solos don García Dávila, Luis de Molina y Juan de Urreta. Proveyó el Duque las compañías de los otros en Martin Lopez de Aybar, ayudante del tercio de don Alonso de Idiaquez; Pedro de Aybar, An-

tonio Caballero de Ibarra, Baltasar Lopez del Arbol, don Luis Puertocarrero y otros soldados beneméritos; y agregándole las compañías del tercio de Ginebra, que trajo el capitán Corcuera, vino á tener don Luis un tercio de diez y ocho compañías, en que habia cerca de dos mil hombres; los otros dos, de don Antonio de Zúñiga y don Alonso de Idiaquez pasaban de 3,000 entre los dos; los esguízaros podian ser otros 3,000; pero la infantería y caballería italiana del Papa habia llegado ya á suma miseria; no llegaban los infantes á 600 ni los caballos á 300, y esos cansados y consumidos; con todo eso, no perdía el guion pontifical el duque de Montemarchano, sobre que se ofrecieron grandes dificultades, que al fin las allanó la prudencia del duque de Parma, ordenando que el guion de Su Santidad fuese con la persona de su general en la vanguardia de los esguízaros, y ellos siempre en el cuerpo de la batalla. Habia en el ejército los regimientos de alemanes viejos de los condes de Arembergue, Barlaimont y Via, y el del conde de Fustemberg, levantado de nuevo; los de walones de la Bartolota, monsieur de Balanson, marqués de Renti, que se dió á monsieur de Barbanson, y el peculiar del Duque, gobernado por monsieur de Werpe, aunque ya tenia hecha la merced del gobierno de Matrique, y entre estas dos naciones 8,000, hombres y más; el tercio de Capizuca podia tener 4,500 italianos. Fuera de esta habia gran cantidad de infantería francesa y lorenese, y toda junta pasaba de 20,000 hombres. La gente de á caballo, incluso los reitres y las compañías de hombres de armas, de que era general el príncipe de Simay, pasaban de 3,000, y la caballería francesa llegaba á 2,500: ejército de los más floridos que vieron aquellos tiempos. Era maese de campo general de los franceses monsieur de Rona, la artillería llevaba su general monsieur de la Mota, y daba las órdenes á la gente del Rey como maese de campo general de ella; la caballería gobernaba el comisario general Jorge Basta.

Partió el Duque á los 19 de Enero de Landresi, y despues de haberse detenido algunos dias en Guisa y en la Fera, llegó finalmente al campo el penúltimo del dicho mes, que hallándole alojado al rededor de Nela, se alojó en la villa. Comenzóse á discurrir en su conse-

jo sobre el modo más conveniente de socorrer á Roan con varios pareceres. Algunos, y entre ellos el conde Cárlos de Mansfelt, que habiendo acompañado hasta allí al Duque, se había de volver á los Países-Bajos á asistir por lugar teniente de su padre en las cosas de la guerra, eran de parecer que debía arrimarse el ejército á la Havra de Gracia, villa colegada, donde se arroja á la mar el rio Sena, y subiendo despues con el rio á la mano derecha, ganar á Candebeck, y meter por agua en Roan la gente y vituallas necesarias. Hubo muchos de este voto, y áun el Duque no se mostró del todo contrario á él, por valerse de la comodidad del rio y por comenzar á acreditarse con sitios de tierras, como en el modo de pelear en que se hallaba más ejercitado, y el que le habia dado más reputacion hasta en los sucesos del socorro de París, ejemplo reciente. Otros, y en particular el príncipe de Asculi, don Diego de Ibarra y los maestros de campo españoles, eran de parecer que no militaban en el socorro de Roan las mismas causas que en el de París, y hallándose con un ejército tan poderoso, tenian por mengua de reputacion cualquier otro camino que el que con mayor brevedad llevase á aquellas banderas y estandartes la vuelta del enemigo. A París decian que bastaba socorrerla con vituallas, pues no necesitaba de otra cosa, y que así fué prudencia encaminarle el remedio abriéndole los rios y asegurando todo siniestro accidente, con no llegar voluntariamente á las manos; pero en Roan, emprendida por el de Bearne á viva fuerza y alojada ya su gente en el foso, no sólo del fuerte de Santa Catalina, pero de la misma ciudad, no bastaba meter bastimentos y municiones, antes bien era necesario desalojar al enemigo, y si lo rehusaba, darle la batalla; añadiendo que la voluntad del Rey era que se socorriese Roan, y aunque se aventurase todo, se decidiese aquella causa de una vez, cuando estaban las fuerzas enteras, la gente deseosa y los ánimos de los confederados bien afectos. No faltó quien introdujo alguna diversion. El duque de Humala, gobernador de Picardía, la deseaba por San Quintín por ampliar su gobierno, y al de Guisa no le pesara que le quitaran del suyo el padrastró de Chalons, ciudad fortísima y de grande importancia en el país de Champaña; utilidades particulares, en que no era

sazon de gastar tiempo, cuando se debia aspirar á lo más importante; y así, pesadas las cosas por el General, y conocidos los fines con que era aconsejado, virtud que adquiere la experiencia, y sin ella no puede el ingenio más aventajado, escogió el ir por el camino más breve á Roan, con intento de socorrerla ó dar la batalla. Aguardábanse muy en breve del País-Bajo algunas reclutas de naciones que venian marchando, y cantidad de bastimentos; y así, para recogerlo todo, hizo alto el ejército algunos dias junto á Pondarmi; desde aquí, con trescientos caballos de escolta, á cargo de don Cárlos Coloma, pasó á Flandes don Alonso de Mendoza en busca de su tercio, que marchaba ya la vuelta de Frisa; á su vuelta encontró esta caballería con una compañía de arcabuceros de á caballo del enemigo, que venia á tomar lengua, y apeándola, quedaron algunos muertos, y la mayor parte en prision. Súpose de ellos que determinaba el de Bearne salir á verse con el campo colegado; que á este fin habia convocado ya toda su nobleza, y hecho otras demostraciones de desear la batalla.

Tuvo aviso el duque de Parma, estando alojado en Blangi, á los 18 de Febrero, de que, sabida por el príncipe de Bearne la resolucion de los colegados, la habia tomado de salirles al encuentro con cuatro mil caballos, deseoso de dar una mano á la caballería católica si la podia coger desabrigada de la infantería. Marchó de allí adelante el Duque siempre en batalla, y á la mañana, á los 16 del dicho, volvieron los corredores con aviso de que habian descubierto grandes tropas de caballos desotra parte de Humala, volvió el Duque á enviar nuevos corredores, y tras ellos á monsieur de Vitri con sus corazas, y á Juan de Contreras Gamarra y el señor de Moude con sus compañías de arcabuceros de á caballo, con orden de no pasar el riachuelo que divide la villa, y de ir enviando aviso por momentos, mientras él se iba mejorando con todo el ejército, por no dar ocasion, con desmenbrarle, y que el enemigo ejecutase su intento. Pusieron pues los señores de la Mota y Rona, maestros de campo generales, uno de la gente del Rey y otro de la faancesa, el ejército en esta ordenanza.

La vanguardia se dió á la infantería española, que agregado á ella el tercio de Gamilo Capizuca, hacia el número de seis mil infantes.

La batalla ocuparon los esguízaros, y á causa de consistir sus fuerzas en muchedumbre de picas y carecer de armas de fuego, se guarneció su escuadron de la infantería del Papa, y de arcabucería y mosquetería walona y alemana. La retaguardia se formaba de dos batallones, uno de alemanes y walones, y otro de franceses y alemanes; gente toda lucida y deseosa de pelear. Habia en aquellos llanos de Humala, donde se puso la gente en batalla, dos bosques, uno á la mano derecha y el otro á la izquierda, distantes entre sí una legua francesa, por cuyo beneficio mandó el Duque que los tres batallones hiciesen frente, y ordenó las alas de la caballería en esta forma. La vanguardia, y por el consiguiente el cuerno derecho, tocó aquel día á la caballería española y á los capitanes don Cárlos Coloma y Diego Dávila Calderon, á quien en ordenanza estrecha seguian las demás compañías de dos en dos. A esta tropa de vanguardia envió el Duque al Príncipe su hijo; agregóse tambien á ella el marqués del Vasto con sus gentiles hembres, en número de veinte, muy bien armados, y él extremadamente lucido, con armas cuajadas de estrellas de oro, casaca y paramentos bordados sobre terciopelo azul. El cuerno siniestro llevaban las compañías llamadas favoridas, á cargo del conde Nicolo Cesis; por frente marchaban nueve cañones de batir; en guardia de ellos seis tropas de corazas francesas, dispuestas á acudir á lo que se les mandase, conforme la ocasion lo pidiese. La retaguardia tocó aquel día á la caballería del Papa; por ambos lados, fuera de las alas de la caballería, marchaban los carros del bagaje de tres en tres, con que se acabó de ocupar toda la distancia de bosque á bosque. Fué toda diligencia perdida; porque el príncipe de Bearne no era creible que habia de chocar con tan gallardo ejército, acompañado de sola caballería, aunque en número y en bondad la mejor que habia juntado hasta entonces; el cual brevemente se halló demasiadamente empeñado con su vanguardia, en que habia seiscientos caballos y trescientos dragones, que, como se ha dicho, son mosqueteros en rocines, aparejados á aparecer en la ocasion y defender prontamente un paso, haciendo oficio de infantes, y como desde un collado desta parte de Humala vió la ordenanza del ejército católico, y las tropas de caballos que

se venian mejorando la vuelta de él, conoció que era perdido si la caballería católica cargaba de veras. Y fuera así si el Duque no la detuviera con más recato del que conviniera por ventura en aquella ocasion: inevitable desdicha aquella en que se incurre acertando, ó por lo menos teniendo razones para creer que se acierte. Movióle la relacion de un capitan francés, que fué preso, el cual aseguraba, contra todos los avisos ya recibidos hasta entonces, que estaba toda la infantería realista abrigada en un bosque distante un cuarto de legua de Humala; y á la verdad parecia imposible que un tan gran soldado como Enrique se aventurase con sola caballería á sostener el choque de aquel ejército, como lo parecia viéndose siempre calar tropas de caballos en la villa, y salir de ella á la campaña la vuelta del ejército católico; más duró poco esta duda, pues cargando Vitri, Moude y Contreras, y algunas otras tropas de corazas francesas, fuera de sesenta lanzas españolas, que se deshilaron con el teniente Luis Olivera, comenzó á ordenar el de Bearne su retirada, dejando, como en Pontarsi, sus dragones á pié, que por un rato detuvieron la furia de los católicos. Peleó aquí el de Bearne por su persona por salvar su vida; esto le valió al principio, mientras se degollaron los dragones, y despues á él y al baron de Biron y á monsieur de Gibri, sus caballos. Salió el de Bearne herido de un arcabuzaso al soslayo por los riñones, y el de Biron de otro en un brazo. Tuvo aviso el duque de Parma de que se retiraba el enemigo, y con todo eso no se resolvió en dar licencia de arremeter á su caballería; tanto pudo la aprension de aquel aviso primero, ó la prudencia de querer cautelarlo todo, que tal vez malogra mil buenos sucesos, como al revés, suelen las resoluciones aventuradas granjear muchos buenos: saber tomar el punto del acierto entre estos dos extremos, mejor puede desearse que pretenderse. Murieron de la parte del Príncipe, fuera de los dragones, cosa de cien hombres de á caballo, y entre ellos algunos nobles, y quedaron casi otros tantos en prision. Entróse luego la villa, y fué saqueada, aunque se procuró estorbar. Este fué el suceso del rencuentro de Humala, en el cual, si se mostrara el duque de Parma tan determinado como otras veces, acabara de aquella vez la guerra; pero

teniale Dios ordenado otro fin más suave, como veremos á su tiempo. No le pareció al príncipe de Bearne prudente consejo aventurarse otra vez como la pasada, pues conservaba con su ejército no menos que las esperanzas del reinar: por esto, como por curarse de su herida, que todavía, aunque encarnó poco, le fatigaba, retiró sus tropas al campo, á donde publicó que habia dado una mano al enemigo, y que venia á esperarle en su plaza de armas, como en efecto comenzó á fortificarla, y á convocar toda la gente de á pié y de á caballo que podia venir de las provincias y plazas comarcanas; y para inquietar el campo y dificultar el curso de las vituallas que le venian de Amiens, Abevila, Beauboys y otras ciudades amigas, dejó á monsieur de Gibri, general de la caballería, con cuatrocientas corazas en Neufchatel, plaza suya no del todo flaca, especialmente el castillo; porciéndole que ó no se detendria el Duque á ganarla, ó que deteniéndose, compraba por lo menos cuatro ó seis dias de dilacion, por beneficio de los cuales era muy posible ganar el fuerte de Santa Catalina, á quien habia hecho ya dar algunos asaltos en vano el mariscal de Biron. Pero engañóse; porque llegado el Duque á Neufchatel con todo su campo á los 22 de Febrero, y plantada el dia siguiente la artillería por el tercio de don Luis de Velasco, á menos de cien cañonazos tirados comenzaron á parlamentar los de dentro, y fueron admitidos á composicion. Ayudó mucho á esto con Gibri el mariscal de la Chatra, su padrastra, mostrándole el peligro evidente si esperaba el asalto. Salió aquella misma tarde con todas sus corazas monsieur de Gibri, y entró el duque de Parma en la villa con la infantería española, á donde se alojó á pesar del gobernador de la plaza, que con su infantería en número de trescientos hombres se habia entrado en el castillo, y trataba de defenderle con pertinacia. Mandó el Duque plantarle por la mañana la artillería, y antes de comenzar á batir tuvo el Gobernador atrevimiento de hacer salida, en que perdiendo algunos hombres y juntamente el ánimo, recurrió á los ruegos, y obtuvo gracia de la vida; aunque se supo despues que los franceses que le acompañaban, como es costumbre, hasta dejarle en salvo, se la quitaron, porque osó alabarse de haber sido uno de los que mataron en Bles á los príncipes de Gui-

sa. Estuvo el Duque dos dias en Neufchatel, y partió á los 25, dejando allí por gobernador al capitán Gonzalo Franco de Ayala, del tercio de don Luis, con su compañía y otras dos de walones.

Marchó el ejército católico tres dias despues de salido de Neufchatel, siempre en batalla, con un tiempo rigurosísimo de hielos y nieves; y hallándose á 28 del dicho en la plaza de armas, con intento de continuar el camino hasta Roan, para llegar á la cual faltaban apenas seis leguas, llegó un aviso del almirante Villars en esta sustancia. Que hallándose muy apretados los sitiados del fuerte de Santa Catalina, habian, con su orden, trazado una salida, parte con infantería francesa y walona, y parte con las picas alemanas que tenia á su cargo don Antonio de la Mota Villegas, y dando de improviso en las trincheras, habian degollado al pié de ochocientos enemigos de todas naciones, en especial ingleses; que habian los católicos sido señores de las trincheras más de cuatro horas, y como tales, allanado más de cuatrocientas brazas de ellas, enclavado cinco piezas de artillería, echado á rodar el monte abajo tres, y retirado otras tres con ganancia de banderas y pérdida de sólo diez soldados; que estaba el de Bearne afligidísimo por esto y por su herida, y que sin duda se retiraba á Pontalarche; por lo que suplicaba á S. A. que no se pusiese en trabajo de socorrerle, pues Dios lo habia hecho ya por aquel camino, que solamente le enviase trecientos walones, y con ellos el mayor golpe de dinero que fuese posible, y alguna pólvora. Parecióle al Duque que era imposible que por ocasion de una salida levantase el Príncipe un sitio tan porfiado y en que tanto le iba; y juntando el Consejo, se discurrió variamente sobre el caso. Los que al principio habian sido de opinion de meter el socorro á viva fuerza, decian que no se debia fiar tanto en el aviso de Villars, hombre arrojado y deseoso de ganar toda aquella honra solo, que bastase á hacer mudar una determinacion tan bien acordada, y que no sólo era conveniente certificarse del suceso, y acabar de saber si el enemigo habia levantado el sitio antes de volver las espaldas, pero convenientísimo el seguirle, pues desde allí se le podia con facilidad cortar el paso de Pontalarche, y darle la batalla mientras duraba la aprehension y terror de aquella pérdida; que la reputacion del ejército católico era

tanta, que nada la podía menoscabar sino el dejar de ver á Roan, ó la cara á quien tan poco antes les habia mostrado las espaldas. Púedase escribir al Rey, decian ellos, que socorrió á Roan este ejército, pues con tanta costa y cuidado le ha hecho aparejar para ello.

Decian otros, en contrario, y su cabeza el duque de Humena, que no era cordura aventurar por ver á Roan lo que se aventuraba por socorrerla. Que habia hallado otras veces tan verdaderos los avisos de Villars, que no ponía duda en que el enemigo habia desalojado, y que pues él se contentaba con tan poco, que se le enviase luego, y aquel ejército se recogiese á parte donde, acabado de dejar pasar el rigor del invierno, pudiese guardarse sano y entero para emprender otras cosas más importantes, á la primavera, que el ver á Roan despues de socorrida, y al enemigo retirado á Pontalarche; refugio seguro y sin que se le pudiese quitar con fuerzas ni diligencias humanas. Arrimóse el duque de Parma á este parecer, que le hubiera de costar tan caro como veremos presto, enviando cuatrocientos walones y ciento cincuenta franceses á cargo de monsieur de Bar y del capitán Maximiliano de Herroguier; porque ni el sitio se levantó, aunque en todo lo demás escribió verdad Villars, ni la gente y dinero enviado, que entró con facilidad, bastaron para que en muy breves días dejase de verse aquella ciudad, no sólo en la misma apretura que antes, pero en tanto mayor, que brevemente llegó á mayor aprieto y estuvo muy á pique de ver su ruina. Dobló aquel mismo día el ejército católico la vuelta de Pontarmi, con intento de pasar por allí la Soma y entrar en el país de Avebila, como lo hizo, que fué otro nuevo yerro, pues se dió ocasion en aquello, á que con la vecindad del condado de Artois se desmandase mucha gente walona, y se volviesen á sus casas más de trescientos hombres de armas de las bandas de Flandes.

El día que el duque de Parma alojó en Pontarmi se mostraron hácia la tarde catorce tropas de caballos del enemigo, conducidos por monsieur de Gibri; aunque escaementado de las otras veces, no hicieron más que arrimarse demasiado á unos setos que tenia ocupados don Antonio de Zúñiga, á quien tocó aquel día la retaguardia con su tercio, y volver más que de paso en viéndose saludar con la mosque-

tería. Pasó el Duque el río por el puente, y después de haber estado dos días en Avebilla, ciudad de las más principales y fuertes de Picardía, llevó el ejército á los contornos de Rue, villa calvinista, fortísima de sitio, por estar entre unos pantanos que hacen allí la creciente de la mar y el curso del río Soma. Alojóse el Duque en la abadía de Formentier, distante una legua de Rue; y porque no pareciese que se estaba allí sin hacer algo, mandó que se abriesen trincheras á la dicha villa, por una calzada de las que en Flandes llaman diques. Dióse esta empresa á los franceses, con promesa de si se alojaban, como prometían, en un rebellin, que se proseguiría la empresa con toda la infantería; mas como no se cumplió lo primero, no se puso en práctica lo segundo.

Apenas comenzó á entrar con el mes de Abril la primavera, cuando volvió á importunar por socorro el almirante Villars, no menos arrepentido él de haberle divertido, que los duques y todas las cabezas del ejército católico de no habérselo dado; el cual se hallaba enflaquecido de más de cuatro mil infantes y seiscientos caballos, por haberse vuelto muchos á sus casas, y por enfermedades causadas por el rigor del invierno, que aquel año fué excesivo. Entre los que llegaron á lo último de su vida, fué uno el marqués del Vasto, á quien llevaron desahuciado á Hedin, después de haber pasado notable peligro de quedar abrasado de un incendio repentino que padeció en Formentier su casa pajiza, de la cual, con ser el medio del día, pudo sólo salvar su persona y criados, pereciendo la mayor parte de sus caballos y toda su recámara. Llegaronle al Duque á 6 de Abril algunas reclutas de walones del País-Bajo, y respuesta del conde de Mansfelt, en que le negaba cuatrocientos españoles del tercio de don Alonso de Mendoza, que habia enviado á pedir, excusándose con que pensaba enviarlos á Frisa por escudo de todo lo demás, como á la verdad convenia; y era tanta la confianza que el Duque tenia en esta nacion, que por ir algun tanto acrecentado della, envió á mandar al capitán Estéban de Legorreta que de los españoles que tenia á su cargo en París, le enviase doscientos hombres, ordenándole que procurase enviárselos al camino que habia de hacer desde Avebilla á Roan, como lo hizo.

Supo el príncipe de Bearne estas diligencias tan á su principio, que causó grandes sospechas contra algunos franceses de los que entraban en nuestro consejo; daño de imposible remedio, pues fuera de mayor inconveniente mostrar declarada desconfianza. Valiéndose pues desta ocasion, hizo saber al Almirante la flaqueza de las ramas á que se abrazaba el duque de Parma, y que era temeridad esperar socorro de quien, habiéndole podido dar con tantas ventajas, lo habia rehusado; y estuvo bien á pique de hacer esta negociacion mayor efecto que habian hecho hasta entonces las armas y los cañones; y al fin se resolvió el Almirante en responderle que estaba presto y aparejado para entregar aquella ciudad y su persona á un rey católico digno de heredar el cetro de San Luis. Causó esta respuesta gran alteracion entre la nobleza del ejército realista, pues siendo la mayor parte della católica, y viendo que tras haberles prometido el Príncipe el reducirse á la fe dentro de seis meses, despues de haber dejado pasar más de dos años sin tratar dello, rehusaba el acabar la guerra con un remedio tan fácil como necesario para la salud de su alma y quietud del reino; despues de haber hecho en nombre de todos una larga oracion el mariscal de Biron el viejo, y no alcanzando dél otra respuesta sino que no estaba puesto en mudar de opinion hasta que Dios se lo inspirase, y que no era resolucion aquella para tomarla compelido por medios humanos ni entre el ruido de las armas, determinaron desampararle mucha parte dellos, como realmente lo hicieron, retirándose á sus casas más de mil quinientos caballos, toda gente noble. Tan ciego en su error vivía entonces este príncipe, ó tan recatado de no hacerse sospechoso á los de su religion, que osó perder tan grandes fuerzas y menospreciar tales esperanzas. Pareciale, sin duda, que seguir la fortuna y alianza comenzada se debía hacer, aunque se topasen dificultades, antes que experimentar, dejando este arrimo cierto, ofrecimientos que podian salirle dudosos, á tiempo que no pudiese volver á cobrar lo que dejaba; siendo dificilísimo el saber elegir el punto conveniente para mudar partido. Más adelante la fortuna, ó causa más alta, se lo encaminó con todas las seguridades que pudo desear; si bien haberlo dilatado con tanto riesgo de lo más im-

portante, sólo puede parecer tolerable á los que con nombre de políticos quieren que la religion sirva al Estado.

Recibió el duque de Parma aviso del almirante Villars á los 12 de Abril, en que le amenazaba de rendir la ciudad si no era socorrido para los 20. Pareció sobrada prisa y brava desconfianza, cotejada con la confianza de antes; extremos que pudieran ocasionar mil inconvenientes. Quedábanle todavía al Duque algunos que allanar, y no fué el menor la renitencia de los esguízaros del Papa, fomentados por el obispo Mateuchi, comisario general de Su Santidad, y de corazon navarrista, el cual, tomando por achaque el ir á buscar dineros á Amberes, desamparó el ejército en la ocasion que más deberia asistir en él para reprimir las sediciones y demandas importunas de aquella gente. Rehusaban los esguízaros el pasar adelante sin su remate; y al fin, tras largas altercaciones, se contentaron de marchar recibidas dos pagas, que se las hubo de prestar el Duque, dilatando el pago de una, librada á la gente de Su Majestad, para que, y para otras dos pagas en paño, se habia tomado muestra; con lo cual, llevados unos de la posesion del dinero, y otros de la esperanza de más honrados deseos, se dispusieron todos á la partida para cuando se les ordenase.

En el modo de conducir el ejército hubo varias opiniones, y al fin se resolvió en el Consejo que se llevase por el camino más corto; y así, sin volver á pasar por Pontarmi, que todavía era algun rodeo, y el paso del puente ocasion de embarazo y detencion, se pasó el Soma á los 16 del dicho, por el vado que hace aquel rio, con ensancharse más que en otra parte entre Crotoy y san Valeri, llamado la Blanche-taque. Aguardóse á la baja marea, y con todo eso hubo de nadar mucha parte de la infantería de la retaguardia, aunque sin peligro, por la mansedumbre con que corren casi todos los rios de Francia, y en especial aquél. Caminóse tres dias á toda la diligencia que se permitia á un ejército que llegaba á catorce mil infantes y á cuatro mil caballos, sin otros seiscientos que trajo al cuarto dia monsieur de Sampil; el cual vino acompañando desde Rens, en Champaña, al Legado apostólico, que no quiso dejarse de hallar en aquella jornada. Animó

su presencia mucho á todo el ejército, y ya no se deseaba sino venir á justa batalla; lo que no era creído por los más prudentes, por hallarse el príncipe de Bearne con tanta parte de su nobleza menos, aunque sin ella igual á la caballería católica, y por no ser verosímil que quisiese perder lo ganado en tantos meses de sitio, ni encomendar la suma de las cosas en manos de la fortuna. Persuadiáanse con todo esto á que aguardarian en sus puestos, y que, fortificados, como se sabia que lo estaban, no era fácil, sino bien dificultoso, echarle dellos.

Marchóse el quinto día en batalla con la misma órden que en el primer socorro, y el siguiente ni más ni menos, que fué el de los 19 del mes, sin que hasta entonces, ni por via de aviso, ni por cantidad de caballos, que de ordinario se enviaban á tomar lengua, se pudiese saber el designio y el progreso del enemigo, que daba mucho que pensar, causando aquella suspension nuevas sospechas de que los realistas se apercebían á la batalla. Confirmóse más este pensamiento el día de los 20, pues llegando el ejército á unas tendidas campañas, tres leguas de Roan, se comenzaron á descubrir algunas tropas de caballos, á quien los nuestros cargaron luego, tocando una arma muy viva en el campo, que al punto se puso en batalla. Era ya tarde y no se acababa de verificar la ocasion de aquel alboroto; y así, se hizo allí mismo el alojamiento, en que reposó la gente hasta el hacer del día, que de nuevo se puso en órden de batalla. Volvieron á media noche los corredores, con aviso de que habian cargado los enemigos hasta cerca de Pontdelarche; pero el que llegó de Roan una hora el sol salido, acabó de declarar la duda; afirmando cincuenta caballos del Almirante que por sus ojos habian visto desalojar el día antes al de Bearne con todo su campo y tirar la vuelta de Pontdelarche, á donde estaba alojado desta banda, aunque cubierto de la artillería de aquel castillo, que es de los más fuertes y bien artillados de Francia. Afirmaban más; que hasta del río se habian retirado á Caudebeck los bajeles de armada, y una galeota con que guardaban la entrada de los bastimentos por el Sena. Disculpábase Villars de no haber avisado antes con las muchas diligencias que el enemigo habia hecho para

impedirle el comercio con el campo colegado, hinchendo de emboscadas los lugares capaces dellas, todo en orden á no dar lengua de su retirada. Los franceses, y en particular los que han escrito las historias de Enrique IV, con la pasion natural, y la estimacion grande que hacian dél (como sin duda podian, si en alguna manera moderaran el exceso de sus afectos), llaman á esta resolucion, que á la verdad no admite ninguna causa de jactancia, acto de singular prudencia, y dan sus razones harto aparentes, por no confesar que rehusó la batalla; como si no hubiese casos en que es acto de mayor valor, á trueque de encaminar el bien comun, forzar un rey ó general de ejército su ardiente y natural deseo de llegar á las manos, y por este camino vencerse á sí mismo. Quanto á lo primero, es cierto que en los siete dias que marchó el duque, advirtiendo que lo supo el francés desde el primero, volvió á su campo toda la nobleza que le habia dejado, con que excedía el número de nuestra caballería con conocida ventaja, y su infantería no hay duda en que se igualaba con la católica, y sin embargo se encerró en Pontdelarche. Y el duque de Parma, contra su propia opinion y la de los consejeros españoles, que era de irle á buscar á su alojamiento, y por lo menos obligarle á pasar el rio á cañonazos, con pérdida de reputacion, despues de haber alegrado aquel dia y el siguiente á los roaneses con su presencia y con la de su ejército, pasó la vuelta del país de Caux, en la alta Normandía, con intento de acabar de limpiar toda aquella ribera hasta la Havra de Gracia, sólo con ganar la villa de Caudebeck situada sobre la diestra márgen della, tres leguas de Roan y cuatro de la Havra de Gracia.

Llegó el campo á vista de Caudebeck, á los 24 del dicho, y lo primero que se hizo fué desalojar la armada enemiga, que en número de treinta bajeles guardaba el rio. Hízose con facilidad, ganando los nuestros la nave almiranta, la galeota y otros bajeles menores. Atendia á esto monsieur de la Mota, general de artillería; y queriendo entre tanto el duque de Parma reconocer el puesto de plantarla, acompañado del Príncipe su hijo y de otros muchos, se adelantó, cubierto algun tanto con un ribazo, con sólo Propercio, su ingeniero, y los

capitanes Peñuela y Diego de Escobar, entretenidos y soldados viejos. Tiraron los enemigos hácia ellos algunos arcabuzazos, uno de los cuales hirió al Duque en el brazo derecho, en igual distancia del codo y la muñeca; vino el golpe algo cansado, y así se detuvo la bala entre las dos canillas. Fué esta desgracia causa de los inconvenientes que veremos, y la primera que tuvo el Duque de este género, no habiéndole sacado hasta entonces una gota de sangre los enemigos, con haberse metido entre ellos infinitas veces, no menos como soldado que como capitan. No se dejó por esto de trabajar por ganar á Caudebeck, y abriéndole la noche siguiente trincheras, y plantada la batería, amedrentado el presidio á los primeros cañonazos, comenzó á parlamentar. Salió otro dia despues con armas y bagaje, y entraron de guarnicion tres compañías de walones y la de españoles del tercio de don Luis de Velasco, del capitan Antonio Caballero de Ibarra, á quien se encomendó el gobierno de aquella plaza, donde se halló cantidad de trigo y otras provisiones que se tenian para el sustento del campo realista, de que se llevó mucha parte á Roan; aunque hizo despues harta falta, como veremos presto. Apenas le habian hecho al duque de Parma la tercera cura en Caudebeck, á donde entró con deseo de mirar por su salud, cuando se tuvo aviso de que el príncipe de Bearne venia marchando á gran diligencia, con toda su nobleza y gran golpe de infantería, que habia sacado de las ciudades y pueblos comarcanos, además de la extranjera, que como batalla que ya no podia excusarse, venian todos á pié y á caballo, con la prontitud y confianza que acostumbran. Causó esta nueva notable melancolía en el Duque, por verse imposibilitado de poder acudir como hasta allí con su persona, y lamentábase vivamente de que le faltase la salud cuando más la habia menester. Juntó el Consejo, y proponiendo el estado de las cosas, los más fueron de parecer que, pues era imposible volver á Picardía sin venir á las manos con el enemigo desaventajadamente, se escogiese un puesto en que aguardarle, tal que, á más de ser fuerte, se tuviesen las espaldas seguras y los bastimentos á la mano. Propúsose por el mejor el casar de Lilibon, del conde de Brisac, y á este efecto se comenzaban ya á dar las órdenes en la plaza de

armas, cuando por instancia que hizo el dicho conde, ayudado de otros interesados, se mudó de parecer, poniendo las banderas en Ivetoy, y fortificando allí de buenas trincheras un puesto, capaz de poder aguardar en él la furia con que venia el enemigo, con siete mil caballos y más de quince mil infantes. Conocióse presto el yerro y el daño que causa en semejantes accidentes el anteponer al bien público los intereses particulares; porque Lilibon, por estar más cerca de la Havra de Gracia, era puesto más acomodado para recibir los socorros y bastimentos que podian venir al ejército por mar.

Habia sido necesario para sacar la bala del brazo al Duque, abrísele por tres partes; con que de todo punto se hallaba imposibilitado de gobernar el ejército ni ponerse á caballo; y así, ordenó que toda la gente del Rey obedeciese al Príncipe su hijo como á su persona propia; no sin emulacion grande del duque de Humena, que quisiera aquella honra para sí, como lugarteniente de la corona de Francia; pero disimuló con su prudencia y envejecido sufrimiento. Comenzóse á fortificar maravillosamente la plaza de armas, pareciendo que, pues el enemigo nos venia á buscar, tenia obligacion de buscarnos en ella, y más viniendo con fuerzas tan aventajadas; pero no lo hizo así; antes en teniendo aviso de que se habian acampado los colegados en parte donde con facilidad se les podian quitar los bastimentos, dió su negocio por acabado, y determinó ayudarse tambien de los yerros de su enemigo: consejo alabado de todos, y seguido de solos los sabios y prudentes capitanes.

El propio dia que el enemigo llegó á nuestra vista se alojó á menos de legua francesa, sin que por nuestra parte se le impidiese. La plaza de armas católica era en muy buen sitio; pero por haber á su lado otra algo mayor, que si el enemigo la ocupaba podia ofendernos con ventaja, se hizo en ella un fuerte, en que se pusieron tres medios cañones, con que se aseguraban entrambas. Los dos primeros dias hubo algunas escaramuzas, á que no se permitió salir nuestra gente; sólo las hubo entre los franceses, á quienes es imposible quitar el salir á escaramuzar; y el tercer dia por la mañana intentaron arrimarse al campo católico, echando alguna infantería hácia la plaza de ar-

mas que guardaba el fuerte, á ganar ciertos setos, impidiéndosele con valor nuestro escuadron volante, y echándolos de allí con algun daño. Pocas horas despues de esto se echó de ver que el enemigo desalojaba para mejorar de puesto, y dando el costado á menos de media legua á la frente del campo católico, pudiera recibir un mal golpe, si no se gastara en consejos y consultas con el Duque, que todavía estaba en Caudebeck, cerca de una legua del ejército, el tiempo que se debiera gastar en la ejecucion: peligrosa y casi imposible manera de gobernar, pero forzosa en la resolucion que tomó de entregar el ejército á su hijo, cuya experiencia, si sus pocos años le dejaran igualar con su valor, es cierto que aquella ocasion no se malograra. Envió el Duque á toda diligencia al capitán Escobar, mandando que se acometiese la retaguardia enemiga, si era así que estaba, como decian, con poca órden y mezclada con el bagaje; haciéndose él traer despues en una literilla. Pero ya en las idas y venidas se habia puesto todo en razon, sin más que leves escaramuzas, y prision en una de ellas del baron de la Chatra, por socorrer al duque de Guisa, empeñado demasiado entre las tropas enemigas.

Alojóse el príncipe de Bearne aquel mismo dia con su campo á poco más de media legua de los colegados, en un puesto harto fuerte rodeado de bosques y fosos, como á cada paso los hay en aquel país, y poco antes de anochecer se trabó una escaramuza con nuestra infantería francesa; tal, que faltó poco que por su ocasion no se llegase á dar la batalla. Húbose de sacar golpe de infantería y guarnecer los setos para ojear al enemigo, que con su primera furia acostumbrada se venia arrimando demasiado. La primera caballería que llegó al arma que se tocó en el campo, fué la tropa que tenia á su cargo don Cárlos Coloma, su compañía, y las dos de don Alonso de Mendoza y Castellano Olivera, gobernadas por sus tenientes. Llegaron luego las de Aníbal Bentivolio, y otra tambien de lanzas con un teniente, que por alojar ya el Duque en el campo, le estaban de guardia; con las cuales acudió en persona el príncipe Ranucho. Pretendian don Cárlos y el Bentivolio la vanguardia para cerrar con el enemigo; el uno por haber llegado el primero á la ocasion, y el otro por ser de guardia; y

estando irresoluto el Príncipe, llegó el comisario general Jorge Basta, y declaró en favor de Bentivolio, el cual cerró con un escuadrón de infantería inglesa, y sin poder penetrar por sus picas, al tomar la vuelta le hirieron de un arcabuzazo en un talon, y mataron á su alferez, aunque no se perdió el estandarte. Quiso cerrar don Carlos, y tras él Diego de Avila Calderon con su compañía y la de don Octavio de Aragon, gobernada por su teniente Gabriel Rodriguez, y otras tropas que habian ido llegando; pero detúvolas el Príncipe con la espada en la mano, pareciéndoles á él, á monsieur de la Mota, Jorge basta y don Diego de Ibarra, que habian llegado al arma, que era temeridad acometer con caballería sola á infantería que, aunque en campaña rasa, estaba franqueada de mampuesto, de mucha y muy buena mosquetería.

Comenzaba ya á oscurecer cuando el enemigo retiró sus tropas, con pérdida de alguna gente de consideracion. De los nuestros faltaron algunos, y otros salieron heridos; uno de ellos fué el conde Horacio Escoto, gentil-hombre de la cámara del Príncipe, que salió con un brazo roto. Al Príncipe y á dos capitanes les mataron los caballos. De la infantería enemiga quedaron muertos al pié de ciento, y fuera mayor la pérdida si no sobreviniera la noche, porque nuestra infantería peleaba de lugar aventajado.

Con ocasion de esta retirada se reconoció menos de tiro de arcabuz más adelante otro puesto harto fuerte, con su seto y foso, la vuelta del enemigo; y por la comodidad que daba para tenerle apartado, se ocupó aquella noche, con intento de prevenir al enemigo, y consultar despues si convenia sustentarle. Dióse parte al Duque aquella noche de todo, y aunque no fué de opinion que se empeñase gente en aquel puesto, tuvo más votos el parecer de los que aconsejaban que se sustentase. Metiéronse en él hasta seiscientos hombres españoles, walones y franceses, y por más que aquella noche se procuró fortificar cuanto se pudo, no se hizo más que ahondar el foso por la frente, no curando de las espaldas, por tener tan cercano el socorro. Llegado el dia siguiente, sacó en amaneciendo el rey de Navarra un escuadrón de tres mil infantes ingleses y holandeses, y haciéndoles espal-

das con toda su infantería y caballería, les mandó que acometiesen el seto ó trincheron. El conde Felipe de Nassao y el coronel Veer, conductores de estas dos naciones, cerraron con él por la parte que le guardaban los capitanes don Alvaro Osorio, don Luis Bravo de Acuña, don Diego de Medina, Espinosa y Antonio Gonzalez, todos del tercio de don Antonio de Zúñiga; los cuales hicieron valerosa resistencia, con muerte de muchos enemigos, que temerariamente intentaron á pasar el foso; mas viendo las cabezas de ellos el daño, partieron la gente en dos partes, y ganando las puntas del trincheron por sus extremos, aunque distantes entre sí más de mil pasos, guardados por la Barlota, coronel walon y Tramblecourt, francés, comenzaron á acometer á los españoles por las espaldas, sin que á todo esto se moviese nadie en su socorro, ni en particular Camilo Capizuca, á cuyo cargo estaba el escuadron volante, á lo que dijeron por no tener orden. Quedaron aquí hechos pedazos cosa de doscientos españoles, gente granada toda, y muchos de ellos oficiales reformados, y heridos, entra otros, los alféreces Antonio Pinto de Fonseca, Alonso Vazquez, Juan Gonzalez y otros; de los capitanes murió sólo Espinosa, y de las naciones pocos, por no tener lejos la retirada; quedando la opinion del Duque aprobada con el suceso, y su prudencia acreditada con haberse mostrado de mejor vista desde más lejos.

Con este buen suceso tuvo el enemigo confianza de dar la batalla aquel día; y así, se arrimó de manera, que fué menester sacar todo el ejército de la plaza de armas, salvo los esguízaros, que quedaron en escuadron en ella, y parte de la artillería para abrigar la que estaba alojada en aquella frente, y plantar cuatro piezas sobre la mano izquierda, con que se les comenzó á hacer mucho daño, sin recibirle de la artillería hugonota, por no tener el sitio en tan buena disposicion. Este día más que otros hizo falta la persona del Duque, que, aunque se vistió, no pudo verlo ni estar allí; y el tiempo que se perdía en avisarle del estado de las cosas junto con la irresolucion con que entre tanto se mandaba, pudiera ocasionar algun daño notable, pues siempre se creyó que aquel día se habia de llegar á rompimiento; y aunque en cantidad y calidad de la infantería se tenia el ejército católico

por superior, sabia el príncipe de Bearne que faltaba mucha de ella; con que parecia imposible dejarse de llegar aquel dia á las manos. En la caballería se conoció luego gran falta, especial en los hombres de armas; disculpándose el príncipe de Simay, que los gobernaba, con que se habian ido aquella noche al País-Bajo pasados de trescientos, (notable infamia) y el comisario general Jorge Basta, con que habian salido más de quinientos caballos ligeros á buscar de comer y forraje para sus caballos, de que se padecia notable falta.

No le pareció al de Bearne acometer los puestos fortificados de nuestra infantería, ni á los que gobernaban nuestro ejército, salir de ellos tan desaventajadamente, advirtiéndole que, siendo el enemigo el que acometia, estaba obligado á hacerlo, no menos que los católicos á conservar el puesto y la plaza de armas. Y así, persistiendo entrambos campos en estarse quedos, se continuó por más de ocho horas una perpétua lluvia de cañonazos, haciendo y recibiendo aún mayor daño con los arcabuces y mosquetes: tanta era la vecindad en que se estaba todo aquel tiempo. Venia ya asomando la noche, cuando el de Bearne comenzó á retirar sus escuadrones la vuelta de los cuarteles con menos buena orden de lo que podia prometerse de sus cabezas. Ofrecióse aquí otra buena ocasion de ofenderle, que tambien se malogró, como las demás, por la ausencia del Duque. Venida la noche, dejó el enemigo el trincheron, como cosa que no la podia sustentar sin gran peligro; en que anduvo más prudente y recatado que nosotros.

Otros dos dias estuvo el campo colegado sin hacer mudanza en el puesto de Juetoy, continuándose siempre las escaramuzas y ausentándose cada dia gente por la excesiva hambre y sed que se padecia. Estábase á menos de legua del rio y valia un escudo un azumbre de agua y cuatro reales un pan muy pequeño. El saber esto el enemigo por la misma via que sabia otras cosas, dió ocasion á que, dando ya la guerra por acabada, escribiese á Inglaterra, á Holanda, á Alemania, Florencia y Venecia que tenia el ejército católico en estado que no se le podia escapar sin alas ó pasando por debajo del yugo, como los romanos en las horcas caudinas. Entendiólo él así y por no poner en

duda lo que á su parecer estaba seguro, se dejó de inquietar al campo católico con escaramuzas. El cual, no pudiendo sufrir más la necesidad, medroso el Duque de que se le acabaria de ir toda la gente, desalojó de Juetoy la noche de los 18 de Mayo, y sin ver al enemigo, se arrimó á Caudebeck y al rio Sena poco más de un cuarto de legua, ocupando un sitio fortísimo y eminente, rodeado de bosques, de los que, como dicho es, hay á cada paso en aquel país. Ceñia á todo este alojamiento un vallado natural harto hondo y ancho, el cual, partiendo de sobre la mano izquierda del alojamiento, y dejando en la frente una pequeña plaza de armas, la cubria toda, y el costado diestro hasta topar con un arroyo pantanoso que caminando despues hasta el rio, daba al parecer bastante seguridad á todo el campo. Alojóse toda la caballería católica en este vallado, por hallarse muy disminuida; con el comisario general á la muerte, de un tabardillo, y los caballos consumidos del continuo trabajo y falta de forrajes y de unas importunas lluvias que había quince dias que duraban. No le dió cuidado alguno al de Bearne esta mudanza de alojamiento que hizo el campo colegado, persuadido á que la necesidad se le había de traer á las manos; como fuera sin duda, si Dios, por medio de la prudencia del Duque, no lo remediara, como veremos.

Alojada la caballería ligera en el vallado que queda designado, con los reitres y hombres de armas á las espaldas, las últimas compañías (que acertaron á ser las de lanzas españolas, con las de arcabuceros á caballo de Juan de Contreras) venian á quedar algo apartadas de las demás y descubiertas por su costado; y aunque Diego Dávila Calderon, don Alonso de Lerma y don Cárlos Coloma, que eran solos los capitanes que se hallaban con todas estas compañías, instaron con monsieur de la Mota que enviase alguna infantería con que cubrir aquel alojamiento, tan empeñado como de ordinario se hace, no se consiguió, tanto á causa de la confusion grande con que se gobernaba aquel ejército por ocasion de la herida del Duque, como por parecer que no podia defenderse aquel cuartel, y á esta causa haber ordenado que estoviese siempre cargado el bagaje, y que á cualquier arma que

se tocase, se encaminase luego á la plaza de armas y las compañías ocupasen los puestos que tenian señalados en ella. Hacia el tiempo que hemos dicho que no cesaba de llover, con que se habian puesto los caminos de manera, que era imposible llevar los carros á juntarse con lo restante del bagaje, por haber de subir una cuesta en aquella sazón inaccesible. Supo todo esto el enemigo por medio de sus espías, y determinó de dar una mano á estas compañías separadas y conocidamente expuestas á este peligro.

La mañana de los 18 de Mayo enviaron los capitanes españoles á Francisco Espada, teniente de don Carlos, con treinta soldados escogidos, á tomar lengua, y á las diez del dia volvió con catorce franceses presos y aviso de que venian marchando grandes tropas de caballos. Cuanto el país de Caux se va acercando más al rio Sena, tanto se va doblando más la tierra y formando mayores montañuelas, dejando entre unas y otras valles capaces de poder venir escondida por ellas gran golpe de gente, como sucedió en esta ocasion.

Debía de ser al punto de mediodía, cuando mostrándose el enemigo con todo su campo á la frente del nuestro, arrojó al baron de Biron con mil quinientas corazas la vuelta de nuestro cuartel de la caballería, y sin ser visto ni oido por el ejército católico, que á gran prisa se ponía en batalla, desembocó por la principal avenida que entraba en el cuartel de la española, y apiñados todos los franceses en un camino hondo, comenzó Biron á echar la gente que pudo por entre unos setos á cortar el paso al bagaje, que con las alas que suelen poner el peligro y el miedo, á gran prisa procuraba ganar la subida de la plaza de armas. Hacían el mismo camino los estandartes, acompañados de pocos caballos, por estar los más á buscar la vida, cuando herido de un arcabuzazo Lorenzo Martin, alférez de la compañía que habia sido de don Alonso de Mendoza, dejó la vida y el estandarte en manos del enemigo. Tocábase arma por todas partes, y por la frente, como dicho es, se habian ido arrimando los escuadrones franceses hasta llegar á tiro de cañon; y á esta causa, donde se pensaba aventurar todo el resto, no se hacia caso del peligro en que estaba la caballería española, ni se atendía á ofender á Biron, que tan temeraria-

mente se habia metido en parte donde con facilidad se le podia pedir estrecha cuenta á la retirada. Pero acabada de conocer por las cabezas la estratagema del enemigo, y cayendo en que todo aquel aparato habia sido para ejecutar á su salvo la empresa que llevaba Biron contra el cuartel de la caballería, llegando á proveer de remedio, se hizo con tanta confusion, que tres veces salió de la plaza de armas, y otras tantas volvió á ella Camilo Capizuca con su escuadron volante; y es cierto que si calara una de ellas con resolucion, no se retiraba un francés con la vida. Desbalijaron los enemigos cosa de veinte carros de la caballería, y lo que ellos dejaron por la prisa se llevaron los wálones é italianos que bajaron ya cuando no era menester. Esta pérdida y la de otro estandarte de hombres de armas del conde de Rus, y la muerte de diez soldados de la compañía de don Carlos, última ella y él á retirarse, fué todo el daño que recibió aquel dia la caballería española, tan encarecido por los historiadores franceses. Murió peleando en la defensa de un portillo de un seto el capitán Mosquetier, lavando con su sangre la mancha de lo mal que defendió el castillo y fuerte de Heel, en la isla de Bomel. De los franceses murieron á lo que se supo despues, más de ochenta, ofendidos primero de algunos arcabuceros á caballo, juntados por el teniente Jerónimo de Gurea, que desde un alto rodeado de setos tiraba á bulto á todas las tropas francesas metidas en un camino hondo, y despues por algunos soldados que iban á pié en la caballería, que en oyendo el arma se subieron á la torre de una iglesia derribada y desde allí procuraron descargar á menudo sus escopetas. Hizo Biron de su retaguardia vanguardia, viendo que le era lance forzoso salir por donde entró; y topándose en el camino con cien infantes del tercio de don Alonso de Idiaquez, que habian bajado con órden de entretener al enemigo mientras acababa de calar el escuadron volante, y de no salir de la espesura de un bosque; apartado algun tanto de los demás el capitán Hernando Venero, deseoso de señalarse, le derribaron atravesado tres arcabuceros á caballo enemigos. Acabó finalmente de retirarse Biron, sin que acabase jamás de abajar el escuadron volante, mordándose los dél las manos de ver perder ante sus ojos una ocasion tan aventa-

jada; y dándola á grandes murmuraciones, como sucede á los que, ignorando las causas, no juzgan de la prudencia con que se encaminan, sino por los efectos de ellas.

Habia algunos días que se procuraba hacer un puente sobre el rio Sena en derecho de Caudebeck, para tener paso á la baja Normandía y servirse de aquel país como fertilísimo y entero; y por su gran anchura y subir allí la creciente del Océano con tanto ímpetu y tal presteza, que admira, se tuvo por imposible salir con ello. Atendióse por esto á fabricar unos pontones y juntar cantidad de barcas grandes sueltas, con que poder pasar de una vez golpe de gente, y para seguridad del paso del rio se hizo de la otra parte dél un fuerte, el cual, con cuatro cañones que se le metieron, se encargó al coronel la Barlota.

Otros tres días más fué todo lo que pudo detenerse en aquel puesto el ejército católico; durante los cuales el duque de Parma, desde Caudebeck, á donde estaba, á lo que se vió despues, por engañar al enemigo, dándole á entender que se estaba allí de asiento, mandó levantar cuatro fuertes en frente de la plaza de armas para asegurarla más y uno capaz de ochocientos hombres sobre la mano izquierda de Caudebeck, con que acabar de asegurar el paso del rio, en el cual se metieron tres medios cañones: Era grande la necesidad que se padecía de vituallas; tal, que faltaban de ordinario más de la tercera parte de los soldados; los cuales, pasando el rio iban á buscar de comer á la baja Normandía. Para remedio de esto y para que no faltase el pan de munición, no habiendo un real tan sólo con que comprar trigo, mandó el Duque á don Diego de Ibarra que buscase entre sus amigos cantidad de cadenas de oro y plata labrada, como lo hizo, añadiendo él tambien la suya; todo lo cual, enviado á Roan, sirvió despues para proveer el hospital de los soldados del ejército y para otros gastos menudos no menos importantes en su tanto.

Con estas dificultades parecia lance forzoso el haberse de retirar, añadido el hallarse el campo de la Liga tan disminuido quanto el enemigo pujante y lleno de confianza, pasando en esta ocasion de diez y seis mil infantes y siete mil caballos; y á la verdad el intento del Du-

que no era detenerse allí con pertinacia, supuesto que habia algunos que le daban nombre de constancia y necesidad, sino pasar el rio y burlar al enemigo; resolucion que sólo el fiarle de pocos bastó á darle felices sucesos, y cierto que se puede tener el haberlo ejecutado á su salvo por la mayor hazaña que en toda su vida hizo este famoso capitán, consideradas las dificultades que se revencieron y las demás circunstancias que se pueden considerar en esta retirada.

Asegurando el paso del rio con los fuertes ya dichos y engañado el enemigo con los que se iban haciendo en la frente de la plaza de armas, tomando parecer el Duque de las personas de quien se podia fiar tan gran resolucion, puesto que la esperanza de ejecutarla consistia en sólo el secreto, y ese entre muchos, aunque sean todos fieles, es temeridad esperarle, hubo varias opiniones sobre la parte á donde habia de encaminarse el ejército despues de pasado el rio; procurando esforzar antes de esto don Diego de Ibarra que no conyenia á la reputacion de la causa apartar el rostro al enemigo, cuyos soldados era cierto habian de cansarse de aguardar, como acostumbra la nacion francesa, de naturaleza impaciente y regalada, que sufre dificultosamente largo tiempo el trabajo de la guerra, en llegando á ser demasiado grande y continuo; en lo cual les hacen otras naciones conocida ventaja; y así, podia esperarse mejor salida de la que entonces se figuraba, alegando, entre otras modernas y antiguas experiencias, el ejemplo del Garellano, en donde el sufrir los trabajos y esperar habia sido causa de una gloriosa victoria. Pero viéndose casi solo en esta opinion, declaró la suya, con el presupuesto de que era forzoso pasar el rio primero, al presidente Richardote y Cosme Masi secretario del Duque, diputados para tomar los votos, y despues al propio Duque en esta sustancia: que le parecia acertado, supuesto que habia de pasar el rio, el arrimarse á la mar fronterero de la Havra de Gracia y escoger un puesto el más acomodado y fuerte que se pudiese, gozando, mientras el enemigo no lo estorbaba, de la fertilidad de aquel país, lleno de bastimentos, de la vecindad de la misma Havra de Gracia y de la comodidad de aquel famoso puerto, desde donde, acudiendo luego bajeles de Dunquerque, como acudirían al primer

aviso, podia escribirse á Su Majestad, dándole cuenta del estado de las cosas, y obligándole, con tener el ejército tan empeñado, á que mirase por él con cuidado trasordinario. Decia que el socorro por mar no podia faltar, no sólo de España, pero del ducado de Bretaña, enviándole á pedir al duque de Mercurio, á don Juan del Águila, don Mendo de Ledesma y don Diego Brochero; el cual, con las galeras y bajeles de alto bordo que allí tenia, podia en muy breves dias acudir con la mayor parte de las fuerzas católicas y buen golpe de españoles. Que era este socorro muy cierto y á propósito; porque, además de la gente, las galeras y bajeles ayudarían á limpiar el rio, asegurando las vituallas y metiéndolas en Roan con tanta abundancia, que no se pudiese perder por necesidad cuando el enemigo se resolviese en sitiarla otra vez. Que de los estados de Flandes, por mar, embarcándose en Dunquerque, podia venir dinero y municiones de guerra; y en tal ocasion y necesidad, estando empeñadas en Francia las fuerzas de Holanda, no seria temeridad el sacar alguna gente al conde de Mansfelt. Que con esto se conservaba la reputacion de aquel ejército, en que consistian todos los buenos efectos que se esperaban de la junta de los Estados. Que el tomar otra retirada más larga, fuera del conocido peligro que traia consigo, era confesarnos por tan inferiores en ánimo como lo éramos en número de gente, y desacreditar del todo las fuerzas de Su Majestad, que forzosamente habia de enajenar las voluntades, ya de suyo poco afectas, de aquella gente. No faltó quien propusiese el arrimarse á Orliens, en que venian los de este voto por la vecindad de Bretaña, con quien se podian mancomunar las fuerzas, por la fertilidad de aquel distrito y del país de Beausa, y ser todo aquello el corazón de Francia y la gente aficionadísima á la causa católica. Tampoco faltaron contradicciones á estos pareceres, no del todo insubsistentes, á que añadido el gusto con que el duque de Parma oia tratar en acercarse al País-Bajo, y lo que convenia no alejarse tanto de París, se resolvió que se encaminase allá el ejército; y á este fin, visto que no habia más que nueve ó diez pontones en que pasar, se tomó por expediente enviar toda la caballería ligera, reitres y hombres de armas, con el bagaje de todo el ejército, á pasar el Sena

por Roan, por un puente antiguo y roto que se acomodó lo mejor que se pudo, para que quedando la infantería suelta y desembarazada, pudiese hacerse lo que se había de hacer, sin confusión. La caballería francesa católica, que toda se había venido á reducir á pocos más de mil caballos, había pasado dos días antes el río con voz de irse á refrescar; tal, que no se quedó el Duque con más que con la compañía de arcabuceros á caballo de Contreras y las de su guardia, y toda la infantería, que podía llegar á nueve mil infantes, gente escogida y valerosa de todas naciones.

Estaba la caballería ligera sin cabeza, por la enfermedad de Jorge Basta, que se había hecho llevar á Roan; y así, por no agraviar el Duque á ninguna de las tres naciones de que constaba, nombró tres cabos que la gobernasen á días: cosa no vista hasta entonces ni practicada despues. Por los italianos se nombró Apio Conti, por los españoles Diego Dávila Calderon, y por los albaneses Jorge Grecia. Tocóle al primero el llevar el bagaje á Roan, que partió de la plaza de armas despues de anochecido, y sin tocarse una arma ni perderse un carro, se halló á las puertas de Roan á dos horas de día, con pasar todas las tropas y tanta jarcia y bagaje de un ejército á menos de dos leguas francesas de los cuarteles enemigos: notable descuido en tan experimentados capitanes como militaban en el campo francés.

Esta propia noche, que fué la de los 22 de Mayo, comenzó á pasar el ejército; en la cual, y en todo el día siguiente y parte de los 24, acabó de pasar todo, sin que el enemigo, aunque pudiera muy bien, tratase de impedirlo; porque si bien el baron de Biron, monsieur de Gibri y el duque de Longavila llegaron con golpe de caballería el primer día al fuerte, deseando reconocerle, fueron rechazados valerosamente por don Alonso de Idiaquez y su tercio, asistido de la poca caballería que había; y finalmente, volviendo el francés el día siguiente con todo su campo, resuelto en acometer la retaguardia católica, le avisaron sus corredores que iba ya pasando la última barcada; y deseándola inquietar el de Bearne con su artillería, plantó algunas piezas; con que hizo menos daño del que recibió del fuerte de la Barlota. Pasó en esta última barcada el príncipe Ranucho, despues de haber

hecho todo lo que se pudiera esperar del Duque su padre, acompañado de don Luis Bravo, Domingo de Villaverde y don Juan de Velasco, con sus tres compañías de infantería española, los postreros pontones, en que venian las tres piezas de artillería del fuerte, contra quien echó el enemigo el rio arriba algunos bajeles en vano. En Caudbeck quedó alguna infantería, más por estorbar que el francés no se le llevase de vuelo, que por pensar que se podia defender. Acabóse de pasar el rio á las cuatro de la tarde, sin pérdida de un hombre tan sólo; y á esta hora, viéndose imposibilitado el de Bearne de poder hacer algun buen efecto, volvió á sus cuarteles desengañado de apaciguar por aquella vez las centellas de la guerra, pensamiento que le tuvo creído muchos días y escrito á sus amigos, como se ha dicho; y aunque tan gran efecto es de creer que no le perdió por sólo el descuido desta confianza, es sin duda que si le acompañara de mayores diligencias, pudiera valerse de la enfermedad del Duque y de los daños que ocasionó este gran accidente en nuestro ejército; coyuntura preciosa para él, y que debiera lograrla con mayor resolución y presteza, como es necesario en todas las accidentales y que pasan presto.

La primera noche que se juntó el ejército despues de pasado el Sena, llamando el Duque á las cabezas dél, se trató de la forma en que convenia dejar á Roan para que el enemigo no se apoderase della con fuerza ó con inteligencia; que por ambos caminos se podia temer la pérdida de aquella ciudad, quedando el de Bearne tan orgulloso y bien reputado; y pareció á los más que quedase en ella el duque de Humena, en que vino él de buena gana, por hallarse con poca salud. Hubo quien fué de otro parecer, representando en secreto al duque de Parma que convenia tener al de Humena cerca de sí, quitándole con este color la ocasion de reconciliarse con el enemigo con partidos tan aventajados como podia sacar sin duda, entregándole á Roan y á todas las plazas católicas de Normandía que estaban á su devocion; sin embargo, deseando el Duque acudir con remedio al dolor más apretante, sin rendirse á esotras consideraciones más remotas, que las más veces son más embarazo que consejo, y fiando del Duque, á vueltas de tan grandes cosas, aquella, ep que haria mucho al caso su

autoridad, se resolvió en que quedase; conviniendo todos en que no era bien volver á fiar una ciudad como aquella del almirante Villars, de quien cada día se iban concibiendo más ruines sospechas; y tratando de la gente que convenia dejar al Duque en Roan, no menos por la autoridad de su persona que por la seguridad de la plaza, se resolvió que quedasen todas sus tropas francesas, que podian llegar á quinientos caballos, y los esguízaros del Papa; los cuales, aunque al principio rehusaron el encerrarse, cosa que lo hacen pocas veces, á lo menos sirviendo de nuestra parte, que no denota mejor afecto para con nosotros, á la postre entraron con tan mal pié, que llegando del País-Bajo el obispo Matcuchi, comisario general de Su Santidad, con dañoso y por ventura malicioso consejo, los despidió, sin que aprovecharan ruegos y protestas del duque de Humena; disculpándose con que tenia órden de su amo para ello, sin atender al estado de las cosas, tanto con la piedad que suele y debe tener el sumo Pastor para con las causas católicas, como con lo que le estaba bien al príncipe de Bearne, á quien en su corazon amaba y de todas maneras favorecía más de lo justo.

Hasta aquí fué digna de suma alabanza esta retirada, por haberse hecho á la barba de un enemigo tan poderoso, en el paso de un rio tan grande, y á país enemigo, cual lo era la baja Normandía, sin que desde Caudebeck hasta París por aquella parte hubiese un palmo de tierra por la Liga. Mas desdóróle un poco la prisa que se llevó el día siguiente, caminándose en él catorce leguas, hasta el casar quemado; á que los enemigos dieron nombre de huida, y los amigos de necesidad, como suele suceder, deseando mejorar cada cual sus acciones, que, sin contravenir á la verdad en las que pueden interpretarse indiferentemente, más es licito que reprobable; puesto que en la conveniencia desta, y en el primor con que se ejecutó, no puede haber duda, como ni tampoco en el descuido de habérsela dejado fenecer al Duque tan á su salvo. Alojóse el ejército por fuerza en el dicho casar, que era un burgo cercado y razonablemente en defensa; y sobre el ganar la iglesia fortificada hubo algunas muertes y heridas de consideracion, y al fin se degollaron en ella más de ciento cincuen-

ta franceses de los que emprendieron su defensa con temeridad. De los muertos fué uno don Francisco Cerbellon, y de los heridos los capitanes Zambrana y don Juan de Caravajal, el alférez don Leandro Lloriz y otros. Salió al camino el tercero día la caballería y bagaje, y junto ya todo el ejército, se comenzó á marchar con más orden y menos prisa; pidiéndolo así la facilidad con que el enemigo podia pasar por Pontalarche y aguardar en el camino. Pero detúvole el deseo de cobrar á Caudebeck, como lo hizo, aunque con resistencia de cuatro dias del capitán Antonio Caballero, el cual salió finalmente con sus armas y bagaje, y fué llevado en Barcas á Roan; en que se muestra cuán acertado fué el presidiar aquella plaza, aunque fuese para perderla. Malogró tambien esta ocasion el príncipe de Bearne en no calar luego á Pontalarche; pero daba por disculpa que no era sano consejo acometer á un ejército desesperado y obligado á pelear, no sólo por su honra, sino por su propia vida; y la verdad es que comprara bien cara la victoria, si la tuviera, por el mucho ánimo y resolucion que se notó, aún más que otras veces, en todos los soldados, en cuya prueba contó un curioso al pasar el rio que pasa por Aneta, hermosa casa de placer de los duques de Aumala, más de ocho mil infantes, con faltar los esguízaros, y más de tres mil caballos; que como el país por donde se pasaba era entero y lleno de bastimentos, acudió toda la gente que andaba esparcida matando el hambre, sin que ya cuando se llegó al puente de San Cláudio, que fué al sexto día, se echase de ver ni en hombres ni en caballos señal alguna de la necesidad pasada.

Detúvose el duque de Parma en París tres dias, y el ejército en sus contornos, hasta que haciendo un puente junto á Charenton, en la parte donde se juntan los dos rios Marna y Sena, se entró en el país de Bria, y al fin se hizo alto en Chateotiri; en donde se tuvo aviso de una señalada victoria ganada por el duque de Mercurio, cabeza de la Liga de Bretaña, asistido de la infantería española que tenia á su cargo don Juan del Aguila en nombre de la serenísima infanta doña Isabel, como legítima heredera de aquel ducado, cuyos sucesos escribirán otros; pues, como propuse al principio, no pasa mi destajo de las cosas en que me hallé, y de las que sucedieron en Flandes y

en Francia á los ejércitos cuyas cabezas fueron los gobernadores de aquellos estados ó sus lugartenientes, debajo de cuya mano serví.

Sabido en Chateotiri por el Duque cómo el comisario Mateuchi<sup>1</sup> habia despedido en tan ruin coyuntura los esguízaros, tuvo dello el sentimiento que era razon; y deseando guarnecer de otra gente la ciudad de Roan, sacando del ejército hasta ochocientos infantes walones y alemanes, y ciento cincuenta españoles en las dos compañías de Simon Antúnez y Gregorio Lopez de Zabala, la envió por el rio abajo la via de París, á cargo de monsieur de Vitri, con harta repugnancia de los ministros españoles, que no les parecia bien se introdujese el encomendar el gobierno de gente española á franceses; sin embargo, mandó el Duque ejecutar su orden, y que la gente marchase, como lo hizo, llegando, no sin algun peligro, á salvamento á Roan.

Otro aviso tuvo el Duque por estos dias, de Lorena, en que le avisaban de una victoria que aquel duque habia tenido de los realistas, en que rompió diez estandartes de caballos escogidos de las plazas hugonotas de Champaña, y como habia tomado los castillos de Coisi, Montigni, Monteler y la Fauxe; de que se alegró todo el ejército, oyendo buenas nuevas de todas partes; y el Duque, tanto por esto, como por lo que le iba apretando su hidropesía, tuvo alguna más ocasion para declarar su voluntad acerca de su partida para Aspa. Con todo eso la difirió algunos dias, deseoso de cobrar fuerza con que poder seguir su camino, y de saber entre tanto con certidumbre los intentos del francés, discurriendo algunos que con la rota recibida en Bretaña seria posible arrimarse allá; mas sabiendo que se estaba quedado entre Neufchatel y Roan, porque otro aviso no le impidiese su jornada, partió á los 14 de Junio por Rens y Masiers, llevando consigo al príncipe su hijo, al de Asculi, que de Bruselas pasó á España, al marqués del Vasto, que en viéndose sano, atravesó de Hedin á Roan con notable peligro de su persona, acompañado de don Rodrigo Lasso y don Francisco Juan de Torres, que tambien habian llegado al extremo de sus vidas, y finalmente, de toda su córte y compañías favoridas. Desearan los ministros del Rey en primer lugar, que el Duque no se fuera, pero habiendo de ser forzosa su ida para cobrar

salud, holgaron de que aquel ejército quedara á cargo de monsieur de la Mota; mas no arrojando él á ello, dejó el Duque de mandárselo con la resolucion que pudiera, dejando el gobierno absoluto de todo, durante la ausencia del duque de Humena, al mariscal de Roma. De la caballería se hicieron dos tropas, con título de española é italiana: la primera se encargó á don Carlos Coloma, con nueve compañías, las seis de lanzas españolas, en que no habia otro capitán sino él; la de Contreras de arcabuceros, que alcanzó licencia para España, y dos de walones de los señores de Maldegem y Moude; la segunda tropa quedó á cargo del marqués Alejandro de Malespina, con trece estandartes de italianos, walones y albaneses, sin otro capitán que él, y cinco de arcabuceros á caballo. Quedaron en el ejército don Diego de Ibarra y Juan Bautista de Tássis, con orden de calificar con su parecer todas las resoluciones, de tener muy particularmente la mano sobre la hacienda del Rey, y solicitar la junta de los estados generales, que con tanto deseo se esperaba. El duque de Guisa se quedó en París; los demás príncipes y gobernadores se fueron á sus puestos, y de la caballería francesa no quedó más que la tropa del señor de Rentigni, gobernador de Miaux, y otras dos compañías de corazas, fuera de las que tenian en Chateotiri y la Fertemilon los señores Dupeche, hermanos, y gobernadores destas dos plazas. La falta de dinero le hizo tambien al de Bearne deshacerse de parte de su gente, despidiendo los alemanes del príncipe de Analt, la mitad de los esguízaros y todos los reitres; con que vinieron á quedar casi iguales las fuerzas de ambos partidos.

Descó monsieur de Rona hacer con el ejército de la Liga alguna empresa de importancia antes que el enemigo se desembarazase de Normandía; y así, con seis mil infantes, mil y quinientos caballos y nueve piezas de batir, cuatro de las cuales se trajeron de Rens, en Champaña, se puso al principio de Julio sobre la villa de Eperne, una de las más fuertes y mayores del país de Bria. Al apoderarse el tercio de don Antonio de los búrgos, que se hizo por fuerza y con muerte de cien franceses de los que habian salido á quemarlos, mataron al capitán Cristóbal Hernandez, y en el último dia del sitio,

que fué el octavo, al capitán Andrés de Castro, del mismo tercio. Rindióse al fin el gobernador monsieur de San Luc en viendo abierta la batería, sin esperar el asalto, y fué acompañado con armas y bagaje, y aún con dos piezas de artillería que sacó hasta Provins, villa realista. Quedó de guarnición el coronel la Barlota con su regimiento y tres compañías del tercio del conde de Bossu, número en todo de ochocientos hombres; no atreviéndose Rona á señalar gobernador permanente en ausencia del duque de Humena; el cual no estaba ocioso en aquella sazón; porque mientras el de Bearne se apercebía para divertir los efectos del campo católico, en llegándole la gente que se ha dicho, salió de Roan y se apoderó de la villa de Pontaudemer, en la baja Normandía, no sin tácito consentimiento del señor de Aqueville, gobernador realista. Encomendó el Duque el presidio de aquella plaza á los españoles y á trescientos entre alemanes y walones, dando el gobierno de ella al capitán Simon Antúnez, portugués de Nación y soldado de valor y experiencia. Pensó el Duque hacer lo mismo de la villa de Quilibuf, y defendiéndosela valerosamente el gobernador de ella, hubo de levantar el sitio sin fruto.

Sabido por el príncipe de Bearne que se había puesto sitio sobre Eperne, juntando hasta siete mil infantes y dos mil caballos, comenzó á marchar en su socorro, resuelto en dar la batalla ó librar la plaza; á seis leguas de la cual supo como San Luc la había rendido sin esperar el asalto, y sabido también cómo, después de ganada, se había vuelto á recoger nuestro campo á Chateotiri, pasó adelante con deseo de valerse del beneficio de nuestra batería; y llegando á su vista, yendo el mariscal viejo de Biron á reconocer los puestos, le llevaron la cabeza de un cañonazo, con particular sentimiento y vivas lágrimas de Enrique, que le amaba como padre. Con este triste suceso, fingiendo el francés que no se atrevía á sitiar á Eperne, pasó la vuelta de Chalon, desde donde dió muestra de querer sitiar la villa de Vitri; y no fué sino deseo de que con sobrada confianza se disminuyese la guarnición de Eperne, como sucedió; porque deseando Rona en mala sazón reforzar el ejército, sacó de Eperne á la Barlota, dejando solos cien soldados de su regimiento, los trescientos del conde de Bossu y

algunos franceses, el cual Barlota, valiéndose de una licencia que tenía del duque de Parma, se fué al País-Bajo, como otros muchos que dejaron aquel ejército en ruin ocasion. Avisado de esto el príncipe de Bearne, dobló otra vez con la diligencia que pudo la vuelta de Eperne; y Rona, cayendo en el yerro que habia hecho, le remedió con otro, como de ordinario sucede; porque enviando al teniente coronel de la Barlota con trescientos soldados de su regimiento, cogidos en unas villas, á menos de tiro de cañon de la villa, degolló casi á todos el nuevo mariscal de Biron, entrando en ella apenas cuarenta; que fué terrible desman, puesto que se defendieron valerosamente, y mataron alguna gente particular del enemigo. Tras este buen suceso acabó el de Bearne de poner sitio, fortificándose en él por todas partes, y en particular las avenidas por donde se les podia meter socorro á los sitiados.

Instaban monsieur de Rona y los ministros españoles con el duque de Humena que viniese en socorro de Eperne; y aguardábanse tambien las fuerzas de Picardía, con el duque de Aumale, y las de Champaña con monsieur de Sampil; pero, como habian de venir de varias partes, y todos tenian sus designios particulares, antes que se resolviesen en querer acudir á la causa comun, se perdió la ocasion; rindiéndose finalmente los sitiados al cabo de veinte y dos dias de sitio; despues de haber mostrado su valor, y enseñado con la experiencia que no se perdiera aquella plaza si se hallara con el primer presidio que se le puso.

Fortificó el príncipe de Bearne la batería de Eperne, y dejando buena guarnicion, pasó á San Dionís, desde donde con secretas inteligencias solicitaba sus parciales en París, y procuraba ir desvaneciendo las máquinas que sus enemigos levantaban, fundados en la eleccion del Rey, tanto más peligrosa para él, quanto estaba recibida más generalmente la opinion de que no lo podia ser quien no reconociese á la Iglesia católica. Solicitaban la eleccion, fuera del Rey y el Papa, todas las ciudades católicas del reino y el duque de Lorena, uno de los principales defensores de la Liga, y á este fin se comenzaron los estados y córtes generales, primero en Suason, y despues en París; á

donde vino de Roan por este tiempo el duque de Humena á hacer convocacion, que fué recibida con general aplauso de las ciudades y villas colegadas, esperando todos por su medio la quietud y reposo de aquel reino, tan combatido de peligrosos accidentes; y porque los sucesos de éste, que fueron por ventura los más notables de nuestro siglo, podrán ir con el favor de Dios juntos en el discurso del año siguiente, los guardaré para entonces.

Deseaba el de Humena hacer alguna empresa de consideracion antes que se pasase el verano, con aquel ejército, pequeño á la verdad en número de gente, pero lleno de gallarda soldadesca; y así, encaminándose á él á mediado Agosto, avisado de que el bearnés, deseoso de apretar otra vez á París por hambre, habia ocupado un puesto dos leguas más abajo de la desmantelada Lañi, llamado Gorney sur Marne, y que comenzaba á fortificarle, se resolvió en procurárselo estorbar; si bien entreteniéndose algunos dias en el país de Valois, quiso dejar ganada antes la ciudad de Crepi, para alojamiento de parte del ejército aquel invierno. Púsose sobre ella á 3 de Agosto, y el tercer dia del sitio, que tocó al maestro de campo don Luis de Velasco, mataron al capitan Antonio Caballero de Ibarra, que despues de rendida Caudebeck habia vuelto á su tercio. Rindióse Crepi despues de abierta la batería, y salieron casi seiscientos franceses, gente de quien se podia esperar mayor defensa. Quedaron italianos y walones de guarnicion, el bagaje del tercio de Capizuca, y caballería italiana, á quien desde luego se señaló por alojamiento. Trafa el Duque cierto trato sobre Compiena; y esta esperanza, aunque le salió vana, le entretuvo por los contornos de Suason más de lo que fuera menester, para no llegar tarde á estorbar el edificio del fuerte de Gorney, aunque no faltó quien lo echase á peor parte; que en las guerras civiles todo se sospecha y áun todo se intenta. Llegó finalmente el Duque á los búrgos de Miaux á los 10 de Octubre; y dejando en ellos todo el bagaje, pasando el rio por el puente de la ciudad, y cuatro piezas de artillería, dió una vista al villaje de Gorney. Adelantóse el Duque con toda la caballería, y mandó á don Cárlos Coloma que con cincuenta soldados de sus tropas diese golpe en él y procurase tomar lengua, entre tanto que

por el vado junto á la abadía de Cheles, á donde alojaba el príncipe de Bearne, se procuraba entretener su caballería con una gallarda escaramuza que se trabó. Señalóse mucho en ella don Luis de Velasco. el cual, aunque maestro de campo, quiso aquel día pelear á caballo; Dió don Cárlos hasta dentro del villaje, y rompiendo el primer cuerpo de guardia de esguizaros, se tomaron seis prisioneros, y entre ellos un alférez francés, que avisó del estado en que estaba la obra del fuerte, de las fuerzas con que se hallaba el enemigo y de la resolución con que estaba de defenderle. Desconfiado el Duque de divertir aquel edificio, retiró el campo, y llegado á Miaux, se repartió por sus alojamientos casi á la fin de Octubre; la infantería y caballería española se alojó en los búrgos de Miaux, y monsieur de Rona con la córte, nueve cañones y el tren de la artillería, dentro de la ciudad; Camilo Capizuca, con su tercio de italianos, dos regimientos de walones y la caballería italiana, en Crepi; los alemanes y otros dos regimientos de walones en algunos búrgos entre Miaux y Chateotiri. Hecho esto, sabido por el duque de Humena que el de Bearne habia pasado todo su campo al país de Bría, pasó á París, llevando en su compañía don Diego de Ibarra y Juan Bautista de Tássis, para continuar la convocacion de los estados generales, que con mucha prisa se iban juntando.

Como estaba la gente en guarniciones y el bagaje seguro, hacia la caballería ligera grandes salidas, y en particular la española, gobernada por don Cárlos Coloma, como más cercana al campo enemigo, le daba todos los dias golpe de importancia. En uno degolló dos compañías de infantería francesa, desmandadas demasiado en el casar de Rantilli, y en otro hizo presa de sesenta caballos limoneros, y en lo restante de aquel mes, sin muchos que se mataron, se tomaron en prision al pié de trescientos franceses de á pié y de á caballo.

Por otra parte, la caballería italiana corria todo el campo que llaman isla de Francia, é inquietaba las guarniciones realistas de aquellas villas y ciudades, con daño en todas partes, universal de amigos y enemigos, por el poco cuidado con que de ordinario se informan de esto los soldados y por la indiferencia del sujeto; pues mu-

chas veces por yerro sucedió castigar al amigo y dejar libre al enemigo; infelicidad no la menor de las que suceden en las discordias civiles.

Túvose aviso á mediado Noviembre de que el enemigo volvía á pasar la Marna, dejando acabado el fuerte de Gorney, y en él por gobernador, con buena guarnicion, al señor de la Nua el mozo; y por enviar á París relacion verdadera del camino que llevaba, envió don Cárlos la compañía de Contreras, gobernada por su teniente Francisco Navajas, á tomar lengua; el cual, partiendo á media noche, volvió al amanecer con presa de treinta corazas, que refirieron cómo el campo se iba á refrescar en guarniciones y el Rey á Sanlis, á donde le aguardaba madama Gabriela, con quien habia poco que tenia grande amistad, y despues la hizo duquesa de Beaufort; y la hiciera su mujer si viviera, con ser él y ella casados. Púsose otro dia don Cárlos á caballo con su caballería, y tomando en prision otros veinte franceses desmandados, confirmaron el mismo aviso; con el cual comenzó el duque de Humena á maquinar ciertas empresas sobre las villas de san Dionís y Manta, que todas se malograron, aunque la última se pensó ejecutar por Enero del año siguiente.

Estaba la caballería católica muy mal parada; tanto que de las tres partes de los soldados habia las dos á pié; y deseando el duque de Parma resucitar esta parte tan importante del ejército, envió á comprar cantidad de caballos á Alemania, y llegando hácia la fin de este año á Miaux al pié de mil quinientos, se repartieron por todas las compañías; que fué una manera de encabalgarlas muy socorrida y á poca costa, tomando á su cargo los tenientes que fueron por ellos á la frontera, el traer armas, lanzas y las demás cosas necesarias; con que se puso la caballería muy lucida y bien en órden.

Tambien llegó por este tiempo á Bruselas una provision trasordinaria de dinero, que llegaba á millon y doscientos mil escudos, parte en moneda de oro y parte en barras de plata, de que al momento se comenzaron á batir Felipes tallares, moneda que vale diez reales, en las secas de Namur, Bruselas, Amberes, Arras, Tornay y Valencianas, para emplear en las nuevas levás de alemanes y walones que

se hacian, y poner en órden veinte cañones de batir por lo menos. Pero eran tantas las cosas á que había que acudir en Francia, tales y tan excesivos los sueldos y otros géneros de gastos, que no bastara el cuatro tanto á cumplir mediantemente con todo. Hízose con todo eso lo que se pudo para tener junto á la primavera un buen ejército con que corroborar la eleccion de Rey y tener segura la junta de los Estados; que las leyes sin la asistencia de las armas que las defienden, son como cuerpo sin alma y como la materia sin la forma.

Apenas volvió las espaldas el duque de Parma del país de Henao para entrar en Francia, al principio de este año, como queda dicho, cuando, despedidos por los holandeses los embajadores imperiales, comenzaron á fundar seguras esperanzas de prósperos sucesos en la division de las fuerzas católicas. Y á la verdad, ¿cuándo podian mejor esperarlos que cuando veian el mayor nervio de ellas ausentes y ocupadas en parte que podian muy bien dudar de su vuelta, á lo menos tan en breve? Tratóse en su consejo por el mes de Marzo lo que era bien emprender en aquella ocasion; y pareció á los más que era mejor añadir una provincia más á las unidas, que no ir salpicando en Brabante, Gueldres ó Flandes; y así, se resolvieron en que se acabase de una vez con Frisa, país fuerte por naturaleza y capaz de poder sustentar en él de ordinario 6,000 infantes y 1,000 caballos, con que ayudar á ganar lo restante de los Estados, que ya les parecian pequeños durante la guerra de Francia, como realmente lo fueran si no se acabara, ó no se preveyera de más fuerzas. Tuvieron secreta esta resolucion, parte con que se asegura el efecto de los buenos consejos, hasta saber que el duque de Parma habia partido segunda vez al socorro de Roan, y en sabiéndolo, añadiendo al consejo la segunda parte esencial, que es ejecutarle en sazón, juntó el conde Mauricio todas sus fuerzas, y con ellas gran golpe de gastadores y cuarenta piezas de batir, y se puso á los 28 de Mayo sobre la villa de Estenuick, plaza la más fuerte y la más importante de toda Frisa. Tuvo aviso de esta resolucion el coronel Verdugo desde que se tomó; y hallándose con muy pocas fuerzas, importunaba al conde de Mansfelt por socorro de gente y dineros; el cual, medroso de las partes

vitales cercanas al corazon, hubo de desamparar los extremos, sabiendo bien la facilidad con que el enemigo, viendo descubierto á Brabante, podia señalar á Frisa y herir á Amberes ó á Brujas. El conde Herman de Bergas, siendo avisado de lo mismo, ordenó al capitan Andrés de Pedrosa que con su compañía se metiese en Estenuick. Era gobernador de aquella plaza Antonio Cokel, llamado comunmente la Coquela, teniente del regimiento de walones de monsieur de la Mota, soldado de conocido valor; y fuera del que constaba doce banderas, tenia otras cuatro de borgoñones altos, toda gente escogida, que pasaba de 1,000 hombres, contados cosa de 300 de los que rindieron los años pasados á Santa Gertrudenbergue. De una de las dichas compañías de walones era capitan el conde Ludovico, hermano de los condes de Bergas, mozo de diez y ocho años, y servíala en persona, sin embargo de su poca edad, con la misma prontitud que ellos sus cargos, con ser primo hermano del conde Mauricio, y todos alemanes de nacion. Fué este uno de los lugares más bien defendidos que por ventura hubo en todo el discurso de estas guerras. Hicieron los sitiados gallardas salidas, en una de ellas degollaron trescientos herejes, con pérdida de sólo seis; y en otra que hizo el capitan Andrés de Pedrosa, á cuyo cargo estaba una de las tres baterías que hicieron los enemigos, llegó hasta él la artillería de ellos, y la tuvo ganada media hora, dejando al capitan con más de 100 soldados que estaban á su guardia muertos, trayendo algunos presos á la villa; si bien la pérdida que se hizo poco despues del conde Ludovico no dejó de ser de consideracion, y de gran sentimiento á sus hermanos y al coronel Verdugo, que los crió á todos, y les dió la buena leche de la fe, que les faltó á sus padres y tíos. Cuarenta y cuatro dias se defendió la Coquela con gran lustre suyo y de la nacion walona, resistiendo tres asaltos y matando al enemigo 1,300 soldados, y entre ellos mucha gente particular. Fueron tantos los heridos, que apenas habia en su campo 5,000 sanos, con haber puesto el sitio con más de 10,000; y lo que es de consideracion, con tirarse á la villa pasados de 30,000 cañonazos, tantas salidas y tantos asaltos, no pasaron de 150 los muertos, y poco mayor número de heridos. Deseó el conde

de Mansfelt socorrer esta plaza, y á este efecto comenzó á juntar cantidad de gente, que al fin paró todo en menos de 5,000 hombres de á pié y de á caballo: tal era la penuria de dinero y tantos los intereses que llevaban en Amberes los hombres de negocios, que apenas lucian las provisiones que venian de España; desórden que ocasionó poco despues un decreto tan santo quanto merecido por ellos.

Vuelto el de Parma á las aguas de Aspa, con más necesidad de ellas que nunca, por hallarse ya casi con la hidropesía confirmada, deseó tambien socorrer á Estenuick; juzgándola por la llave de Frisa, aunque está situada en la provincia que llaman de Overysel ó Transsiselana; y todo lo que pudo alcanzar su diligencia, fué aumentar el campo de otros 2,000 walones y de toda la caballería que volvió de Francia, que, junto con la que tenia en la campiña el coronel Mondragon, á cargo de don Ambrosio Landriano, nombrado ya por teniente general del duque de Pastrana, llegaba al número de mil quinientos caballos. A esta gente se añadió el tercio de don Alonso de Mendoza, que hasta entonces no se había resuelto el de Mansfelt en enviarle á Frisa; con que vino á hacerse un razonable ejército, capaz de poder hacer algo de bueno si llegara á poderse juntar con las reliquias que le quedaban á Verdugo; más como para hacer este esfuerzo se hubo de gastar mucho tiempo, el propio dia que llegaba Mondragon á querer pasar el Mosa, se supo la rendicion de Estenuick á los 4 de Julio, despues de haber hecho la Coquela y sus soldados todo lo último de valor y fieldad, y aguardando, sobre más de 30,000 cañonazos, á que por tres partes se hubiese el enemigo alojado en la muralla. Salió la gente con honestas condiciones respecto al término tan peligroso en que se hallaba, pues fué la peor obligarse á no servir en Frisa por espacio de seis meses, que se observó religiosamente, pasando la Coquela á Brabante con los suyos, y ocupando los puestos que se le señalaron en órden á la seguridad de aquella provincia.

En viendo al enemigo desembarazado, se volvió á los ordinarios temores de la facilidad con que podia en dos dias naturales emprender algo en Brabante ó Flandes por agua, si despues de haber cami-

nado hácia Frisa ocho ó diez jornadas el ejército católico, habia menester otras tantas para socorrer lo de casa: desventaja la mayor que han tenido nuestras armas en estas guerras, y causa de haber logrado con inferiores fuerzas los enemigos mil buenos sucesos. Y así, teniendo orden Mondragon de no pasar el Mosa, por no estar ocioso, tomó en breves dias los castillos de Vesterlo y Turnhaut. Y mientras se trazaba otra diversion de más importancia, por mensajeros de Verdugo, que no cesaba de pedir gente y dineros, se supo que, despues de haber ganado á Oetmersum, en el país de Oberysel, se habia puesto Mauricio sobre el fuerte de Coeborden, y que con seis mil villanos del país, que con gran prontitud le servian de gastadores, se iba fortificando de manera, que á tardar el socorro, seria despues imposible dársele. Es Coeborden un fuerte de cinco caballeros reales, situado en donde se acaba el país de Oberysel y comienza el de Drent; paso forzoso y seguro para entrar por el país de Tuent y condado de Benthem, en el territorio de Groninguen; y como á puesto de tanta importancia, se procuró antes guarnecer de fuertes murallas y rodearle de agua por todas partes, á causa de la comodidad que ofrecian para ello el Vechth y el Dinckel, rios que con sus aguas empantanaban todas aquellas llanuras hurtadas á la mar, y ponerle grueso presidio. Previno este suceso el coronel Verdugo; y á vueltas de avisar el intento del enemigo en esta empresa, advirtió, luego que se perdió Estenuick, cuán buena sazón era de intentar algo, por haber quedado el enemigo tan deshecho, que en mes y medio no podia rehacerse para salir en campaña, habiendo perdido más de 2,000 hombres. El suceso comprobó este parecer: porque tardó casi este tiempo en salir, y si en él se le enviara á Verdugo el socorro que pedia, se hubiera excusado sin duda lo que sucedió adelante; pero la cantidad de intentos que se traian entre manos hizo apartar el cuidado deste, que debiera tener el primer lugar. Al cabo las continuas instancias de Verdugo hicieron resolver el socorro; más entre tanto, logrando mejor el tiempo y la ocasion, grandes dos prendas del buen suceso, rehecho ya el ejército, marchaba el enemigo hácia Coeborben. Verdugo, habiendo proveido aquella plaza de municiones y gente, dejó en ella

al conde Federico, que no la pudo poner en mejores manos, y se fué á Grol á aguardar el socorro, con el aviso que tuvo de que marchaba. Llegó el conde Mauricio á Coeborden; y puesto el sitio, y encominado el acometimiento por la parte del burgo, dejando el ejército á cargo del conde Guillermo, su primo, pasó con parte dél y artillería á ponerse sobre Oetmersum, tan impensadamente (gran circunstancia para este género de facciones), que Alonso Mendo, teniente de Verdugo, que estaba dentro con su compañía de lanzas españolas con órden de no dejarse encerrar, hubo de pasar por medio de los enemigos, como lo hizo valerosamente, y se metió en Oldenzeel, dejando en Oetmersum otra de infantería. Comenzó el conde Mauricio sus trincheras, y plantando la artillería, mataron de dentro á monsieur de Fama, general de ella, y despues de haberla batido, se le rindió la plaza con las condiciones de Estennick. En tanto que esto pasaba, su primo se acercaba al burgo de Coeborden, en que no había más fortificacion que una trinchera simple; defendióla el Conde algunos dias hasta la vuelta de Mauricio. Estuvieron una vez los enemigos dentro del burgo, y fueron rechazados; mas visto por el conde Federico que al cabo no podia defenderle, y que era poder inútilmente la gente que había menester para lo principal, habiéndole quemado, se retiró al fuerte, hácia donde el enemigo caminó con sus trincheras, y conociendo el poco efecto que haría en él la artillería, puso toda su esperanza en la zapa, sangrando primero el foso, que aunque era grande, bien que no muy hondo, lo hizo brevemente con un artificio de bombas. Levantó tambien dos plataformas, que abrazaban los dos baluartes de donde batian las defensas. Verdugo en tanto, aunque confiado en el socorro que se le prometia, dado que había dentro aún más gente de la que se acostumbra poner en semejantes fuertes, por asegurarle cuanto más pudiese, metió parte de las compañías de caballos, suya y de don Sancho de Leiva, á pié, pareciéndole que estos pocos españoles serian de alguna ayuda al Conde. Levantó en este medio el enemigo algunos fuertes, sobre que hizo el Conde una salida, y batió desde el suyo el que estaba más cerca de la tierra; que aunque no le tenían aún en defensa los que le guardaban, lo hicieron

con tanto valor, que sin embargo de que, por estar casi descubiertos, recibian gran daño, jamás desampararon el puesto; mandólos el Conde acometer con buen golpe de gente, de que se defendieron hasta quedar muy pocos vivos: llególes socorro de sus cuarteles, y los nuestros, por no ser cogidos por las espaldas, hubieron de retirarse. Murieron entre la gente particular dos alléceces del regimiento de Verdugo, Juan Lopez, español, y monsieur de Ruilo, walon. Sea lícito, aunque parezca menudencia, pagarles nombrándoles el valor con que perdieron la vidas, pues no es el menor motivo con que se aventuraran, y lo mismo hiciera con los enemigos si supiera sus nombres; que el valor y las partes loables en nadie se aborrecen. Hechas las plataformas, comenzaron á cegar el foso, que lo hacen con mucha maña y presteza. En esta sazón llegó el socorro á Grol, á cargo de monsieur de la Capela: constaba de su regimiento de liejeses, el tercio de italianos de don Gaston Espínola, y el de irlandeses del coronel Estanley, que todos juntos (parece increíble, pero es cierto) no pasaban de 800 soldados, y algunas compañías de caballos á cargo de don Alonso Dávalos, hermano del marqués del Vasto; que todas juntas es cosas averiguada que no llegaban al número de cien soldados. Llególe esta gente á Verdugo sin un real; y así, se resolvió (por no tenerla con tan conocido peligro en casares abiertos, donde por lo menos tuviera algun refresco) á meterla en Grol; y deseando alargar cuanto pudiese el sitio de Coeborden, envió un capitán del tercio de la Capela con algunos walones dél á procurar entrar dentro, y él lo hizo, aunque con gran peligro. Avisó el coronel la Capela al duque de Parma y al conde de Mansfelt la calidad del socorro que habia traído: estas cartas se perdieron en el camino; y llegadas á manos de Mauricio, se las envió á su primo con un trompeta, para que viese cómo le socorrian. Importó poco esta diligencia en la resolucion y valor del conde Federico; y así, respondió que, aunque no le viniese otro socorro, esperaba en Dios defender la plaza.

Platicando un dia Verdugo con algunos capitanes italianos, que deseaba meter alguno de ellos en Coeborden, se ofreció honradamente Juan Jerónimo de Oria, caballero ginovés de mucho valor, prometien-

do entrar ó perderse: cumpliólo honradamente, rompiendo por la guardia que tenia el enemigo en aquella parte. Llegó en este sazón el socorro á cargo de don Alonso de Mendoza, con su tercio de infantería española y una buena cantidad de caballería: con esto, y con lo que Verdugo tenia, pudiera socorrerse el fuerte si hubiera podido llegar don Alonso algunos dias antes y traer dinero, que de todo punto llegó sin él, bien que de Colonia se esperaba alguna suma. Llegó esta gente cuando el enemigo habia cegado el foso, y por una cortina de un baluarte se habia alojado dentro, arrancando con tornos los árboles de que estaba vestida; minóle, sin que se le pudiese estorbar, por el poco efecto de los traveses, á causa de ser demasiado cortas las cortinas, y las plataformas impedian el valerse de ellos, que tiraban continuamente cruzando la batería. Acertó á ser el baluarte más fuerte de los cinco, y el Conde le cortó, desamparando la mayor parte de él, comenzando á hacer una retirada hácia una plataforma, hasta lo que habia cortado del baluarte, que tambien hacia través con ella. Este era el estado de este sitio entonces; y entendiendo Verdugo por sus espías el que tenia el campo del enemigo, dió prisa á don Alonso de Mendoza, que no estaba lejos; y luego que lo supo, tomó la vanguardia con su gente para informarse de más cerca como podria trazarse el socorro. Sabido esto por don Alonso, le siguió con mucha diligencia, aunque llovia mucho; juntáronse en Ulsen, lugar del condado de Benthem, y otro día marcharon juntos á Doetechum, tambien del mismo condado, una legua de Coeborden. Está este fuerte en un sitio fortísimo, ceñido de todas partes de pantanos y turbales (es tierra movediza y floja, que cortada sirve de carbon y leña), y están la mayor parte del año inaccesibles; sólo hay un paso arenisco y firme, pero siempre cubierto de agua. Dura antes de llegar al fuerte algo menos de legua; paso hecho á mano para las barcas de una provincia á otra; que esto significa *Coeborden* en aquella lengua: de los pantanos salen tres ó cuatro arroyos, que se juntan en el fuerte, y de ellos se forma un rio que por unos grandes prados entra en el Vecht. Antes que llegase Verdugo á Doetechum se habia juntado al campo de Mauricio, con un regimiento nuevo y alguna otra gente, el conde de Holach, y

quiere estar apartado de él, se alojó entre Doetchum y sus cuarteles, más cerca de él que de Verdugo, y allí se había fortificado; mas teniendo noticia del socorro, dejó aquel puesto y tomó otro, que también le desamparó, alojándose en uno más fuerte y más pegado á Mauricio, el cual había hecho fuertes en algunos pasos, y principalmente en el del agua. Hizo señal Verdugo de su venida, con tres piezas de campaña que traía, al conde Federico, y envió á tomar lengua con alguna caballería por el cuartel del conde de Holach, y por los pantanos á dos capitanes, uno español y otro italiano: su designio era, puesto que se podía caminar por ellos, que la infantería llegase por aquella parte lo más cerca del fuerte que se pudiese sin ser sentida, y con la caballería tocarle arma muy viva, estando la infantería hecha alto para arremeter, en oyendo el arma, á las trincheras, que ganándolas, como podía esperarse, sería lo mismo de las plataformas y del burgo; pareciéndole á Verdugo que en tocando arma en el cuartel del conde de Holach, Mauricio le socorrería, como después lo hizo, y entonces nuestra infantería hubiera hecho el efecto sin mucha dificultad, por estar el cuartel del de Holach media legua lejos de las trincheras; pero los dos capitanes que fueron á reconocer el paso para guiar la infantería, se volvieron sin reconocerle, echando la culpa el italiano al español, y diciendo que no había querido pasar más adelante, y que él no se juzgaba obligado á ser más valiente ni prudente que el otro; culpa harto grave, y en aquella sazón de irreparable y gravísimo daño, pues parece que probablemente se podía esperar un importante suceso si se prosiguiera lo intentado; porque mucha parte del ejército del enemigo estaba fuera á traer vituallas, de que padecían falta. No se padecía menos falta de ellas en nuestro campo; que aunque las traían, faltaba á nuestros soldados dinero para comprarlas, y eso tenía fuera de los cuarteles una gran parte de ellos, desamparando sus banderas, salvo los del tercio de don Alonso, en quien la honra contrastaba á la necesidad: de tal calidad se vuelven los ejércitos mal asistidos, donde es imposible atajar estas permisiones, que, fuera de los daños presentes que ocasionan, no es el menor lo que relajan la disciplina y el respeto de los superiores, sin lo cual

¿cómo podrá un hombre ser temido de tantos? A no estar el enemigo ocupado en sus fuertes y trincheras, pudiera hacer alguna buena suerte en el ejército católico. Visto por Verdugo lo que los dos capitanes habian hecho, ó no habian hecho, se resolvió en acometer el cuartel del de Holach con mil soldados escogidos de todas naciones de vanguardia, trás éstos toda la demás infantería, y la caballería de retaguardia; con intencion de que los mil soldados acometiesen los primeros, y ganadas las trincheras, la demás infantería se pusiese en escuadron dentro del cuartel, y que toda la caballería, embosecada en un bosque que habia junto al cuartel de Holach, esperase la gente que del de Mauricio viniese al socorro; habiendo ordenado que no se tocase arma hasta que se pelease mano á mano, y dádoles una guia para mostrarles por dónde entraban y salian los carros de aquella fortificacion, sin que hubiese puerta ni trinchera en aquel paso. Llegaron los soldados al cuartel en que habia estado poco antes el de Holach, y creyendo que se huia, diéronse prisa á caminar: no hay yerros más desgraciados que los que se hacen fundados en consideraciones acertadas. Tal fué este, pues con la prisa que daba el valor y deseo de verse con los enemigos, y con la confusion del arma que se tocó antes de tiempo, y contra lo que habia prevenido Verdugo, se escapó la guia, sin la cual quedaron ciegos y faltos de toda otra cosa que confusion; en cuya prueba, no sabiendo dar con las surtidas por donde entraran en los cuarteles del enemigo sin dificultad, viéndose casi arrimados á las trincheras y fortificaciones, las acometieron con no poca confusion y desórden, que se acrecentó con la llegada de todas las fuerzas enemigas, que acudieron como á cosa en que les iba tanto: mataron luego al capitan don Juan de Vivanco, que iba de vanguardia, y otro capitan aleman del regimiento del conde de Berlaymont, que habiendo entrado dentro con algunos soldados, no siguiéndole los demás, le mataron con los que entraron con él. Habia ya llegado Mauricio en persona con lo último de sus fuerzas, y con él la luz del dia. Verdugo entre tanto, temiendo lo que sucedió, habia hecho mejorar la caballería para abrigar la infantería si sucediese mal, como es justo prevenirlo en facciones que se intentan de noche. A su calor comenzó

á hacerse la retirada, recibiendo mucho daño de la artillería; costó trabajo el retirar la gente, y al pasar del rio guarneció con alguna infantería las trincheras del de Holach, por si el enemigo cargaba: volviósese con esto al cuartel, siempre con cuidado de no ser ofendido en la retaguardia, y perdiéronse cosa de cien hombres de todas naciones. Otro dia, viendo cuánto convenia que no concibiese el enemigo opinion de que era temido, que tanto suele importar, se presentó con toda la gente junto á Coeborden, en frente de su cuartel, llamándole con la mayor parte de las trompetas á batalla; pero ni la dió ni trabó ninguna escaramuza, como lo deseaba Verdugo, por ver si le podia sacar de sus puestos y pelear con él. Con esto se volvió á sus cuarteles, habiendo animado á los del fuerte con su vista. Reconoció despues el paso de Tsheerenberg, pensando pasar por allí á la Drent y tentar el camino de Groninguen: hallóse imposible, con llevar los caballos á mano, y hubo de costar la vida al teniente Mendo, que iba de vanguardia, y se empantanó de suerte, que costó dificultad grande el sacarle. Juntóse en esta sazón el conde Herman con Verdugo, con la gente que habia sacado de aquel país; mas fué á tiempo que, habiendo llegado el conde Federico á total imposibilidad de defenderse, minada la mayor parte del baluarte que habia cortado, y asegurado de no ser socorrido, hubo de rendirse con honradas condiciones que le concedieron, hallándose tambien apretadísimo de vituallas. Este fin tuvo aquel sitio, defendido con mucho valor y constancia por el conde Federico y los soldados que se hallaron dentro, y socorrido tan á mal tiempo como se ha visto, aunque sin haber faltado ninguna diligencia en Verdugo, sino en los que tardaron tanto en darle los medios necesarios á tan importante efecto; y si este socorro viniera cuando el primero, puédesse tener por cierto que se lograra, por ser el tiempo en que vino la Capela seco, en que hubieran sido fáciles muchos efectos que cuando vino don Alonso, á causa de las grandes aguas del otoño, fueron imposibles; y aunque es verdad que reparte Dios las victorias y las quita segun sus supremos juicios, es cierto que, poniendo los medios necesarios y al tiempo que conviene, pueden esperarse, y sin ellos no sin milagro. Rendida pues Coeborden, despues

de haber campeado cerca de un mes ambos ejércitos sin suceso considerable, primero los alemanes de Arembergue y Berlaymont sin orden, y despues con ella los tercios de don Alonso de Mendoza y don Gaston Espínola, marcharon la vuelta de Brabante, dejando á Verdugo casi solo, y al enemigo con gran ocasion de acabar de apoderarse de aquella provincia: con todo eso deshizo tambien él su campo, dividiéndole por guarniciones y retirándose á Holanda, que no causó poco regocijo en los ánimos de los que temian peores accidentes, puesto que no se dilataron mucho.

Apenas se vió el duque de Parma libre de este cuidado, y algun tanto alentada Frisa, cuando se le ofreció otro que comenzó á dárselo mayor, viendo las apretadas órdenes que le llegaban de entrar tercera vez en Francia, el ruin aparejo de gente y dineros con que se hallaba, y el extremo á que le habia reducido la salud la hidropesia y sus ordinarios cuidados, tanto más sensibles en él, quanto sabia estar más recibida en la córte la opinion de que rehusaba el entrar en Francia por designios particulares. Llególe finalmente nueva, estando todavía en Aspa, de como estaba nombrado para hacer la jornada de Francia, caso que le faltase á él la salud ó totalmente el gusto de hacerla, don Juan Pachero, marqués de Cerralbo, soldado viejo de Flandes, y persona que, dejadas aparte su experiencia y conocida nobleza, venia acreditado de nuevo con la defensa de la Coruña, una de las más honradas acciones de nuestros tiempos, en donde fué capitan general. Súpose tambien como poco despues, estando en Colibre para pasar el golfo en prosecucion de su viaje, habia acabado de pasar el de la vida, y que en su lugar venia á lo mismo, y con órdenes muy secretas, don Pedro Henriquez de Acevedo, conde de Fuentes.

La relacion de las partes del primero, llenas de afabilidad y blandura, tenian resuelto al duque de Parma esperarle en Bruselas, conferir las órdenes del Rey y encaminar las cosas por el camino que pareciese más conveniente; pero avisado de la condicion del segundo, que muchos la pintaban más áspera de lo que despues pareció, tuvo por acertado el no verse con él voluntariamente, y por lance forzoso para su reputacion entrar en Francia, aunque le costase la vida, que

sacrificándola tan de ordinario, por una parte de reputacion, justo era aventurarla por toda, si bien en los que más de cerca tenían experiencia de sus virtudes no corría este riesgo; antes, persuadidos de su prudencia, juzgaban efecto de ella emplearse de mala gana en aquella empresa, menos necesaria al Rey que la defensa y restauracion de sus propios estados; pero en las acciones que indiferentemente pueden ser atribuidas á buena ó mala parte, raras veces el mayor número de los votos deja de inclinarse á lo peor, como más conforme á nuestro ruin natural.

Partió pues de Bruselas el penúltimo de Octubre, haciendo caminar hácia la frontera los regimientos nuevos de alemanes de Curcio y Pernestein, las reclutas de walones y sus compañías de caballos favoridas; y aunque esto se hacia con menos prisa de lo que el Duque quisiera, por haberse acabado de consumir del todo las provisiones venidas de España, todavía, partiendo algunos días antes que él el veedor general Juan Bautista de Tássis, que habia venido de París con negocios gravísimos, y llegado á Suason publicando las muchas fuerzas con que entraba el Duque, acreditó el bando de la Liga, y dió mucho que pensar al príncipe de Bearne, por hallarse casi sin fuerzas extranjeras, y sin dineros ni tiempo para juntarlas.

A los 14 de Noviembre supo el Duque en la ciudad de Arras, donde se hallaba, la entrada del conde de Fuentes en Bruselas á los 11; de quien recibió cartas muy cumplidas y aviso de que, en reposando algun día del trabajo del camino, iría á verse con Su Alteza y á comunicarle las órdenes que traía del Rey. Respondióle el Duque, alegrándose mucho de su llegada, y pidiéndole que no se pudiese en camino hasta estar muy descansado; pues por mucha priesa que se diese, no le hallaría ya sino dentro de Francia. Parecióle al Conde, como era verdad, que el Duque iba con poca gana de verle; y así, apercibiéndose siempre para la partida, no pensaba en cosa menos que en irle á ver.

El Duque entre tanto, engañado igualmente de sus familiares y del comun deseo de vivir, no echaba de ver que se iba acabando, y con nuevo engaño hacia todos los ejercicios que acostumbraba en sa-

lud, madrugando antes del dia, pasando la mayor parte dél en el campo á caza, y acudiendo á sus audiencias y despachos ordinarios. Pero como al fin era mortal aquel cuerpo incansable, queriendo hacer lo mismo el dia de los 2 de Diciembre, le tomó un desmayo tal, que bastó á darle á entender que se moria; y con todo eso, sin quererse acostar, firmó aquella propia tarde muchos despachos, y pidió particularmente algunos que antes habia rehusado de firmar. Metióse en la cama á su hora acostumbrada, que siempre era temprano, y casi á la media noche conocieron los médicos y sus criados que se iba acabando, y él tambien, más en sus semblantes de ellos que en su propio desfallecimiento; y pidiendo la Extremancion, preparado ya con los demás sacramentos del dia antes, la recibió, y las amonestaciones del obispo de Arras y del abad de San Vas, en cuya casa estaba, con la resignacion y franqueza de ánimo con que vivió toda su vida. Podian ser las ocho de la mañana cuando en un paroxismo que le comenzó como el dia antes, abrazado á un crucifijo, y con vivas demostraciones de contricion dió el alma á Dios, siendo de edad de cuarenta y ocho años, algunos meses más. Príncipe lleno de valor y fidelidad, benigno, cortés, liberal, afable y lleno de otras mil virtudes dignas de más largos años de vida; de los cuales si se puede decir que lo son los bien empleados, no hay poner en duda en que vivió más que otros muchos con doblada edad. Cerca de quince años gobernó los Países-Bajos con suma prudencia y valor, yendo siempre en crecimiento su fortuna hasta la presa de Amberes: puédense contar por estado della todos los años que vivió despues; y finalmente, parece que comenzaba ya á entrar en la declinacion cuando salió desta vida; que en ella las cosas grandes y las pequeñas pasan por estas tres puertas inevitables. Vivió con gran salud hasta que le comenzó la hidropesía, y conservóla entre infinitos trabajos corporales con sólo sobriedad y ejercicio. En el rigor del invierno oía misa con hachas por falta de luz, y en oyéndola, habia de salir al campo á pié ó á caballo, si ya por ser el tiempo lluvioso no se bajaba al juego de la pelota, que la jugaba con agilidad. En tiempo de paz iba de buena gana á los festines, y danzaba en todos, y bien. Ni en ellos ni en su casa,

ni aún en el ejército, como no fuese á caballo, le vió nadie sino descubierta, atribuyéndolo muchos á costumbre, despues que lo comenzó á usar con el señor don Juan, su tío, por respeto, y otros, á deseo de igualar por aquel camino á los grandes y á los pequeños, y excusar diferencia de personas, que nunca cria buenos humores. Dejó á su hijo más tesoro de reputacion que de dinero; pues, contra la opinion comun, que las más veces es ofensiva al que gobierna, hubieron de aguardar los criados á que se vendiese parte de la recámara para poder salir de Flandes con sus huesos. Mandólos enterrar en Parma, en el monasterio de los padres capuchinos, junto al umbral de la puerta de la iglesia, para que, pisándole todos, se le pasasen en cuenta los ratos de elevacion que por ventura tuvo; acordándose de haber pisado él las cervices de tantas fieras naciones. Dotóle Dios de un aspecto feroz, y por otro camino amable y venerable. Fué de mediana estatura, pelo antes negro que castaño, nariz aguileña, ojos alegres, templado de carnes, y airoso en gran manera, especialmente á caballo. Fué curioso en el vestir; tanto, que llegó á ser por su camino prodigalidad. Del comer solia decir que comía por sustentar la vida; sucedíale levantarse tres ó cuatro veces de la mesa á negocios tan leves, que podian aguardar muchas horas sin peligro. Heme alargado en contar tan menudamente las cosas deste príncipe, inferior á ninguno de los que más celebra la fama entre los naturales de su patria, Roma, por haberlo notado todo muchas veces, y hallarme obligado á ello en ley de agradecido y de soldado; poniendo, como pongo, en el primer lugar de mis buenas dichas el haberlo sido de tan gran capitán, y comenzado á tener acrecentamiento y honores militares por su mano.

Sabida por el conde de Fuentes la muerte del duque de Parma, abrió en presencia del consejo de estado del país, y del secretario Estéban de Ibarra, enviado de la córte por ministro absoluto de la hacienda, ciertas órdenes secretas que traían para en aquel caso; y en ellas se vió cómo mandaba el Rey que se encargase del gobierno universal de los Países Bajos el conde Pedro Ernesto de Mansfelt, hasta que se proveyese aquello en propiedad. El cual, prestado el ju-

ramento, como es costumbre, atendió muy de veras á prevenir las exequias del difunto, que se hicieron casi á los últimos del año, con tanta grandeza como ternura en los corazones de todos, sin que en esto excediesen los italianos á los españoles, por más que lo sienta de otra manera algun historiador de su nacion, que, como lo vió de lejos, no se engañó en esto menos que en otras cosas.

## ÍNDICE

### GUERRAS DEL PALATINADO.

	<u>Págs.</u>
Dedicatoria.. . . . .	5
Libro primero. . . . .	7
Libro II.. . . . .	40
Libro III.. . . . .	82
Libro IV. . . . .	125
Apéndices. . . . .	185

### LAS GUERRAS DE LOS ESTADOS BAJOS.

Dedicatoria.. . . . .	197
Prólogo. . . . .	200
Libro primero. . . . .	205
Libro II.. . . . .	238
Libro III. . . . .	269
Libro IV. . . . .	312
Libro V.. . . . .	348